

DE LA AUTORA DE NO LOGO

**NAOMI  
KLEIN**

**LA  
DOCTRINA  
DEL  
SHOCK**



**EL AUGE DEL  
CAPITALISMO  
DEL DESASTRE**

**Naomi Klein.**

**La doctrina del *shock*. El auge del  
capitalismo del desastre.**

# AGRADECIMIENTOS

Creo que debe haber alguna regla literaria que impide dedicar dos libros a la misma persona. Necesito romper esa costumbre para este libro. Este proyecto sencillamente no habría sido física, intelectual o emocionalmente posible sin mi marido, Avi Lewis. Es mi colaborador en todo: mi editor, mi compañero de viaje (a Sri Lanka, a Sudáfrica, a Nueva Orleans) y la persona que hace mi vida mejor. Hicimos esta tarea juntos.

Tarea que sin duda me hubiera derrotado sin la extraordinaria labor de mi ayudante de investigación, Debra Levy. Debra entregó tres años de su vida a este libro, con una única pausa para dar a luz. Sus brillantes dotes de investigadora han dejado huella en cada una de las páginas de este volumen. Desenterró información nueva y apasionante, gestionó y organizó fuentes poco colaboradoras, realizó diversas entrevistas, y luego revisó de nuevo las referencias citadas en todo el libro. Estoy inconmensurablemente agradecida por haber gozado de una colega tan dedicada y capaz en todas y cada una de las fases de este proyecto. Debra además reparte su amor y su aprecio entre Kyle Yamada y Ari Yamada-Levy, y yo me sumo a ese cariño.

Dos editoras trabajaron y mantuvieron una relación editorial poco habitual, fructífera y gratificante, y dieron forma a este manuscrito de maneras demasiado profundas como para describirlas: Louise Dennys de Knopf Canadá y Frances Coady de Metropolitan Books. Louise y Frances, que también son íntimas amigas mías y mis maestras, me animaron a desarrollar la tesis del libro hasta nuevas cotas y me concedieron los meses de tiempo necesario para llevar a cabo sus firmes retos. Louise ha sido mi leal editora y fiel defensora desde *No logo* y me sigue asombrando su capacidad para apaciguarme y endurecerme a la vez. Cuando entregué el manuscrito revisado y mucho más extenso de lo previsto, Francés lo reestructuró y lo refinó con un compromiso absoluto en cada fase del desarrollo del texto. El hecho de que el mundo editorial aún tenga espacio para titanes intelectuales como estas dos mujeres me da esperanza para el futuro de los libros.

El manuscrito recibió una lectura crítica y comentarios incisivos de Helen Conford en la editorial Penguin U.K., que trabajó estrechamente con nosotros desde el principio. La pasión sin límites de Alison Reid por este proyecto, así como su atenta mirada puliendo el texto, sobrepasan con mucho la inadecuada nomenclatura de correctora. Estoy en deuda con ella.

Mi brillante agente, Amanda Urban, creyó en este libro cuando sólo era un proyecto vinculado a Irak, y su fe y lealtad crecieron con cada fecha de entrega que incumplí, y con cada desarrollo del plan del libro que crecía y se expandía. También disfruta del equipo más divertido y agudo de colaboradoras: Margaret Halton, Kate Jones, Elizabeth Iveson, Karolina Sutton y Liz Farrell. Rodeada de las mujeres de ICM Books, una se siente capaz de todo. También estamos agradecidos a la labor previa llevada a cabo por Nicole Winstanley y Bruce Westwood.

Jackie Joiner es la directora de Klein Lewis Productions. Durante dos años actuó como escudo humano, manteniendo el mundo a raya para que yo pudiera concentrarme. Luego, cuando el manuscrito estuvo acabado, Jackie nos puso en marcha como una magnífica directora de orquesta. Decir más acerca de los hitos diarios de administración creativa de Jackie sería una invitación a la envidia, de modo que lo dejaré ahí.

El equipo de ICM encontró el hogar editorial perfecto en cada país para este libro, en todo el mundo, y así disfruté del lujo de organizar una red de investigadores internacionales sin los cuales Debra y yo no habríamos podido completar un proyecto de este alcance. Cada uno de ellos se hizo con una pieza esencial del rompecabezas, haciendo uso de sus conocimientos especiales y de sus particulares habilidades para enriquecer el libro.

Mi querida amiga Andrea Schmidt, con la que viajé a Irak, fue una compañera intelectual constante, que no solamente me nutría de pesados archivos llenos de lecturas hiperorganizadas sobre los temas más terribles, sino que me educaba y me llevaba a investigar más a fondo el horror. En particular, las secciones sobre la tortura son producto de nuestra conversación sin fin al respecto. También leyó versiones del manuscrito y me proporcionó indicaciones de la mayor importancia.

Aaron Mate fue mi investigador principal entre 2003 y 2005, cuando mi labor periodística se concentró casi exclusivamente en la transformación económica de Irak. Fue una bendición trabajar con Aaron, una persona de gran capacidad intelectual y un fantástico periodista. La huella de Aaron ha

quedado impresa en los capítulos dedicados a Irak, así como en los que abundan sobre el conflicto entre Israel y Palestina.

Fernando Rouaux y Shana Yael Shubs, ambos brillantes investigadores en estudios sobre Latinoamérica, descubrieron un apartado largamente olvidado de escritos económicos sobre las relaciones entre las crisis y las reformas neoliberales. Fue dicho material el que me abrió los ojos acerca de la importancia de la doctrina del *shock* y su impacto en los más altos niveles de las instituciones financieras internacionales. Fernando llevó a cabo varias entrevistas de investigación en Buenos Aires, y Shana se encargó de la traducción de docenas de documentos del castellano original al inglés. También se ocuparon de cribar rigurosamente los datos y cifras proporcionados en los capítulos que versaban sobre Argentina.

La maravillosa Amanda Alexander fue mi investigadora principal sobre el capítulo de Sudáfrica, e hizo hallazgos, comprobó fechas, datos y nombres, y transcribió cintas de entrevistas con la valiosa colaboración de Audrey Sasson. Amanda también se ocupó de la investigación sobre el período de la terapia de *shock* en China. Varios investigadores adicionales se sumaron al equipo en distintos momentos: Bruno Anili, Emily Lodish (especialmente en los datos relativos a Rusia), Hannah Holleman (la crisis financiera en Asia), Wes Enzinna (la inclusión de algunas entrevistas de última hora en Bolivia), Emma Ruby-Sachs, Grace Wu y Nepomuceno Malaluan.

Debra Levy, una profesional bibliotecaria de formación, desea agradecer a su equipo de soporte personal: los pacientes y resolutivos empleados de las bibliotecas de la Universidad de Oregón, de la biblioteca del condado Corvallis-Benton y la biblioteca pública de Eugene.

Mis artículos de corresponsalía también bebieron de diversas fuentes de investigación, traductores, colaboradores y amigos, demasiados como para mencionarlos a todos, pero he aquí un humilde intento. En Irak: Salam Onibi, Linda Albermani y Khalid al-Ansary, uno de los mejores periodistas estacionados en Bagdad, así como mi amigo y compañero de trayecto Andrew Stern. En Sudáfrica: Patrick Bond, Heinrich Bohmke, Richard Pithouse, Raj Patel y, como siempre, el brillante y arrollador Asfrwin Desai. Un agradecimiento especial para Ben Cashdan y su equipo por compartir sus entrevistas con Nelson Mandela y el arzobispo Desmond Tutu, y por muchas cosas más. En Nueva Orleans: Jordán Flaherty, Jacquie Soohen y Buddy y Annie Spell. En Sri Lanka: Kumari y Dileepa Witharana fueron los

guías espirituales e intelectuales (de Avi y míos) durante nuestra estancia allí, aparte de la labor de traducción que llevaron a cabo. Sarath Fernando, Kath Noble y el resto del equipo de MONLAR fueron nuestro hogar, y la razón por la que viajamos. Cuando regresé a Canadá, Stuart Laidlaw transcribió horas de entrevistas, y Loganathan Sellathurai y Anusha Kathiravelu transcribieron y tradujeron textos y materiales del tamil y del sinhala.

Boris Kagarlitski colaboró en el capítulo sobre Rusia. Przemyslaw Wielgosz, Marcin Starnawski y Tadeusz Kowalik me dedicaron su tiempo, hablándome y enseñándome lo que sabían acerca de la transición polaca. Marcela Oliviera me puso en contacto con los miembros de los movimientos antiterapia del *shock* de Bolivia. Tom Kerr de la Coalición Asiática para el Derecho a la Vivienda fue nuestro puente hacia las zonas de reconstrucción del *tsunami* de Tailandia.

La génesis de este libro fue el año que viví en Argentina, donde un grupo de nuevos amigos me hablaron de las sangrientas raíces del proyecto de la Escuela de Chicago, a menudo compartiendo sus propios recuerdos y tragedias personales y familiares conmigo. Esos pacientes maestros son, entre otros, Marta Dillon, Claudia Acuña, Sergio Ciancaglini, Nora Strejilevich, Silvia Delfino, Ezequiel Adamovsky, Sebastian Hacher, Cecilia Sainz, Julián A. Massaldi-Fuchs, Esteban Magnani, Susana Guichal y Tomás Bril Mascarenhas. Cambiaron la forma en que veía el mundo. El análisis de la tortura que aparece en este libro procede de docenas de entrevistas que mantuve con personas que habían sufrido abusos y maltratos, y también con aquellos que han dedicado sus vidas a dar consuelo psicológico a los supervivientes. En particular, me gustaría agradecer su ayuda a Federico Allodi y Miralinda Friere, ambos fundadores del Centro Canadiense para las Víctimas de la Tortura, así como a Shokoufeh Sakhi, Carmen Sillato y Juan Miranda.

Algunas de las personas que más aprecio son escritores especializados en los temas que este libro trata, y varios de ellos leyeron versiones del manuscrito y se pasaron horas comentando sus ideas. Kyo Maclear siempre me enviaba libros y artículos, y su lectura de la primera versión me ayudó a comprender las diversas y sutiles caras del colonialismo; Seumas Milne, que convirtió la página de opinión de *The Guardian* en un verdadero foro de debate global, fue mi tutor sobre los años del thatcherismo y mi consejero político en todo lo demás; Michael Hardt me envió de nuevo a la

pizarra y soportó mi emergente keynesianismo; Betsy Reed, mi editora en *The Nation*, me ayudó a definir el marco de mi tesis y editó mi primer artículo sobre el capitalismo del desastre, así como una docena de columnas de opinión más; el valiente Jeremy Scahill leyó las primeras versiones de algunos capítulos e intercambió su preocupación y sus datos sobre la privatización en estado de guerra (y en la vida); Katharine Viner fue la luz al final del túnel y está convirtiendo al *Guardian* en la plataforma de lanzamiento de este libro. Y lo más importante de todo, estos queridos amigos, que también son casualmente mis colegas, me hicieron compañía y me inspiraron durante años de mi solitaria labor de escritura.

No soy economista, pero mi hermano, Seth Klein, director del indispensable Centro Canadiense para Políticas Alternativas en la Columbia Británica, es mi arma secreta en el sector. Soportó llamadas intempestivas que exigían cursos acelerados al momento en teoría monetaria y revisó cuidadosamente la primera versión del manuscrito, animándome a mejorar y protegiéndome lo mejor que podía. Ricardo Grinspun, un brillante economista especializado en Latinoamérica en la Universidad de York (citado en el texto), fue tan gentil que leyó el manuscrito y me aportó comentarios especializados de gran importancia. Lo mismo hizo Stephen McBride, director del Centro de Economía Política Global en la Universidad Simón Fraser. Ha sido un honor para mí que ambos robaran tiempo de sus cargadas agendas para aceptar un nuevo estudiante, y ninguno de los dos es responsable de los errores de este libro, que sólo deben atribuirse a mi persona.

Mis padres, Bonnie y Michael Klein, emitieron fantásticos comentarios sobre las distintas versiones y me cuidaron amorosamente cuando me mudé a su casa para escribir el libro. Ambos han sido apasionados defensores de la noción de una esfera pública protegida del mercado durante toda su vida, Michael en el campo de la sanidad y Bonnie en las humanidades y las artes. Mi suegra heroína, Michele Landsberg, leyó el manuscrito y me animó como sólo ella sabe. La insistencia de mi suegro, Stephen Lewis, en que situara la pandemia del sida en el contexto del fundamentalismo de libre mercado me dio valor para escribir este libro.

Muchos otros editores de categoría y sus equipos han dado su apoyo a este proyecto, incluyendo a Brad Martin en Random House Canadá, John Sterling y Sara Bershtel en Metropolitan Books en Nueva York, Stefan McGrath y el inteligente y creativo equipo de Penguin U.K., Peter Sillera en

S. Fischer Verlag, Cario Brioschi en Rizzoli, Erik Visser en De Geus, Claudia Casanova en Paidós, Jan-Erik Petterson en Ordfront, Ingerí Engelstad en Oktober, Roman Kozyrev en Dobraya Kniga, Marie Catherine Vacher en Actes Sud y Lise Bergerin y todo su equipo en Leméac.

Todos nosotros hemos contraído una enorme deuda con la animosa Adrienne Phillips, actual editora jefe de Knopf Canadá. No solamente supo llevar este equipo hasta buen puerto, sino que junto con Margaret Halton y Jackie Joiner, logró que el libro se publicara simultáneamente en siete idiomas, poco menos que un milagro editorial. También estoy muy agradecida a Scott Richardson por su hábil y vivaz diseño, a Doris Cowan por su atenta lectura de galeradas y a Beate Schwirtlich por su experta labor de maquetación. Barney Gilmore es, de nuevo, el maestro de los índices. Mark A. Fowler es también el mejor tipo de abogado contra las demandas por difamación y fue un placer debatir y discutir con él los pormenores de este libro. También quiero dar las gracias a Sharon Klein, Tara Kennedy, Maggie Richards, Preena Gadher y Rosie Glaisher, así como a todos los traductores que hacen posible que este texto llegue a lectores de todo el mundo.

Además de los investigadores que trabajaron directamente en este proyecto, muchos activistas y escritores me ayudaron a lo largo del camino. El increíble equipo de Focus en Global South de Bangkok fueron los primeros en identificar la reconstrucción como la nueva frontera del neocolonialismo, una ampliación de su intensa tarea de investigación sobre la explotación de las crisis. Estoy particularmente en deuda con la agudeza de Shalmali Guttal y Walden Bello. Gracias también a Chris Kromm y al equipo del Instituto de Estudios del Sur por sus importantes descubrimientos y su denuncia del capitalismo del desastre en Nueva Orleans, así como a los escritos y a la labor de activismo del abogado en pro de los derechos humanos Bill Quigley. Soren Ambrose, antiguo miembro de Con Cincuenta Años Basta, fue una fuente de información inagotable sobre las instituciones financieras internacionales. Mi investigación sobre los abusos cometidos contra detenidos en la época contemporánea se benefició notablemente de la ayuda de Michael Ratner y el valiente conjunto de personas del Centro de Derechos Constitucionales, así como de la labor de John Sifton y Human Rights Watch, los informes de Amnistía Internacional y Jameel Jaffer del Sindicato de Libertades Civiles Norteamericanas.



Un gran número de documentos desclasificados citados en el texto fueron descubiertos por el extraordinario personal del Archivo de Seguridad Nacional. Otra fuente de gran importancia procede de las entrevistas de la trilogía documental emitida por la cadena pública PBS en 2002 titulada *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*. La mayor parte de las citas no aparecen en los documentales emitidos, pero los productores tomaron la inusual decisión de colgar en Internet las entrevistas sin editar, con todo el texto íntegro. También estoy agradecida a Amy Goodman y a todo el equipo de *Democracy Now!* Sus valientes entrevistas no sólo son una fuente adictiva de noticias, sino también una preciada herramienta de investigación permanente.

Cientos de periodistas, investigadores, reporteros y autores en cuyos trabajos me baso están citados en el texto y en las notas finales. Una bibliografía completa para el lector interesado se halla en [www.naomiklein.org](http://www.naomiklein.org), con enlaces directos a muchos documentos originales. Unos pocos títulos fueron de consulta esencial, y las notas al pie y las bibliografías no son suficientes para indicar su importancia: *Failed Crusade*, de Stephen F. Cohen; *A Question of Torture*, de Alfred McCoy; *Night Draws Near*, de Anthony Shadid; *Imperial Life in the Emerald City*, de Rajiv Chandrasekaran; *A Lexicón of Terror*, de Marguerite Feitlowitz; *True Crimes: Rodolfo Walsh*, de Michael McCaughan; *A Miraele, a Universe*, de Lawrence Weschler; *Empire's Workshop*, de Greg Grandin; *Blood Money*, de T. Christian Miller; *Bush Agenda*, de Antonia Juhasz; *Pinochet's Economists*, de Juan Gabriel Valdés; *The Tragedy of Russia's Reforms*, de Peter Reddaway y Dmitri Glinski; *Thaho Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, de William Mervin Gumede; *El malestar en la globalización*, de Joseph E. Stiglitz; *Precarious Life*, de Judith Butler; *Confesiones de un gángster económico*, de John Perkins; *Pinochet: los archivos secretos*, de Peter Kornbluh, y *The New Rulers of the World*, de John Pilger, entre otros de sus muchos títulos. También estoy en deuda con muchos de los directores de documentales cuyo material me ayudó a entender acontecimientos que no pude vivir de primera mano. La definitiva trilogía de Patricio Guzmán titulada *The Battle of Chile* merece una mención especial.

Varios teóricos y cronistas del neoliberalismo han conformado mis ideas más allá de lo que las citas pueden reflejar: David Harvey (particularmente *A Brief History of Neoliberalism*, y prácticamente toda la

obra de John Berger, Mike Davis y Arundhati Roy. Cuando leo y releo los textos de Eduardo Galeano siento que todo está ya dicho. Espero que perdone mis intentos de poner algunos asteriscos en los márgenes, aunque sólo sea para subrayar algunas ideas.

También deseo honrar cinco modelos exquisitamente diversos del intelectual comprometido y airado, cada uno de ellos en su estilo uno de mis héroes personales, que fallecieron mientras escribía este libro. La pérdida de Susan Sontag, John Kenneth Galbraith, Molly Ivins, Jane Jacobs y Kurt Vonnegut será difícil de superar, para mí como para tantos otros.

Las personas siguientes echaron una mano: Misha Klein, Nancy Friedland, Anthony Arno, John Montesano, Esther Kaplan, John Cusack, Kashaelle Gagnon, Stefan Christoff, Kamil Mahdi, Pratap Chatterjee, Sara Ángel, Manuel Rozenhal, John Jordán, Justin Podur, Jonah Gindin, Ewa Jasiewicz, Maude Barlow, Justin Alexander, Jeremy Pikser, Ric Young, Arthur Manuel, Joe Nigrini, David Wall, John Greyson, David Meslin, Carly Stasko, Brendan Martin, Bill Fletcher, David Martínez, Joseph Huff-Hannon, Ofelia Whiteley, Barr Gilmore y mis comprensivos colegas de la columna sindicada de *The New York Times*, Gloria Anderson y Mike Oricchio.

Roger Hodge me envió a Irak para *Harper's*, con un encargo para el artículo que terminó convertido en este libro, y Sharon Oddie Brown y Andreas Schroeder me alojaron en su perfecto retiro para el escritor cuando regresé. Como siempre, mi agradecimiento a Katrina van den Heuvel, Peter Rothberg y Hamilton Fish por hacer que *The Nation* se pareciera a mi hogar.

Quizá hace falta un pueblo para criar a un niño,<sup>\*</sup> pero mientras contemplo esta larga lista me doy cuenta de que hizo falta una conspiración mundial para que este libro se terminase. Soy muy afortunada por haber recibido el apoyo de esta increíble red de humanidad.

# Introducción: LA NADA ES BELLA

## Introducción

*Tres décadas borrando y rehaciendo el mundo. La Tierra estaba toda corrompida ante Dios y llena toda de violencia. Viendo, pues, Dios que todo en la Tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la Tierra, dijo Dios a Noé: "El fin de toda carne ha llegado a mi presencia, pues está llena la Tierra de violencia a causa de los hombres, y voy a exterminarlos de la Tierra".*

Génesis 6,11

*Del shock y de la conmoción surgen miedos, peligros y destrucciones inaprensibles para la mayor parte de la gente, para elementos y sectores específicos de la sociedad de la amenaza, o para los dirigentes. La naturaleza, bajo la forma de tornados, huracanes, terremotos, inundaciones, incendios descontrolados, hambrunas y epidemias también puede generar estados de shock y de conmoción.*

Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance, extraído de la doctrina militar de la guerra contra Irak <sup>1</sup>

Conocí a Jamar Perry en septiembre de 2005, en el gran refugio que la Cruz Roja había organizado en Baton Rouge, Luisiana. Un grupo de jóvenes miembros de la ciencia de la evacuación repartían, sonrientes, la cena entre la gente que esperaba en fila, y él era uno de ellos. Me acababan de llamar la atención por hablar con los evacuados sin un periodista a mi lado y me estaba esforzando por disimular y mezclarme con el gentío, una canadiense blanca en medio de un mar de afroamericanos sureños. Me escabullí hasta la fila, detrás de Perry, y le pedí que hablara conmigo como si fuéramos amigos de toda la vida, y se avino amablemente.

Nacido y criado en Nueva Orleans, había pasado una semana fuera de la ciudad inundada. Aparentaba unos diecisiete años, pero me dijo que tenía veintitrés. Él y su familia habían esperado a los autobuses de rescate hasta el último momento. A falta de una evacuación organizada, se habían lanzado al exterior, bajo un sol abrasador.

Finalmente habían terminado allí, en un inmenso centro de congresos, en donde habitualmente se celebraban las ferias de la industria farmacéutica y espectáculos de lucha libre como *Capital City Carnage: The Ultimate in*

*Steel Cage Fighting*<sup>\*</sup>. Ahora, en el centro se apretujaban más de dos mil camillas y una muchedumbre de gente exhausta y enfadada bajo la vigilancia de los soldados de la Guardia Nacional, tensos y con los nervios a flor de piel, recién llegados de Irak.

Ese día corría la voz en el refugio de que Richard Baker, un destacado congresista republicano de Nueva Orleans, le había dicho a un grupo de presión: "Por fin hemos limpiado Nueva Orleans de los pisos de protección oficial. Nosotros no podíamos hacerlo, pero Dios sí".<sup>2</sup> Joseph Canizaro, uno de los constructores más ricos de Nueva Orleans, también había expresado una opinión parecida: "Creo que podemos empezar de nuevo, pasando página. Y en esa página blanca tenemos grandes oportunidades".<sup>3</sup> Durante toda la semana, por el parlamento estatal de Luisiana en Baton Rouge habían desfilado grupos de presión, y gente de toda ralea con influencias y ganas de aprovechar esas grandes oportunidades: menos impuestos, menos regulaciones, trabajadores con salarios más bajos y "una ciudad más pequeña y más segura", lo que en la práctica equivalía a eliminar los proyectos de pisos a precios asequibles y sustituirlos por promociones urbanísticas. Al escuchar frases y expresiones como "empezar de nuevo" y "pasar página", casi se le olvidaba a uno el hedor nocivo de los escombros, las mareas químicas y los restos humanos que se amontonaban a unos pocos kilómetros, en la autopista.

En el refugio, Jamar no podía pensar en otra cosa: "Para mí no tiene nada que ver con limpiar la ciudad. Lo que yo veo es un montón de gente del centro que ha muerto. Personas que no deberían estar muertas".

Hablaba en voz baja, pero un hombre mayor que estaba en la cola, delante de nosotros, le oyó y se dio la vuelta como si le hubieran dado un latigazo: "¿Qué les pasa a esos tipejos de Baton Rouge? Esto no es una oportunidad. Es una maldita tragedia. ¿Están ciegos o qué?".

Una madre con dos niños intervino: "No, no están ciegos. Son malvados. Tienen la vista perfectamente sana".

Milton Friedman fue uno de los que vio oportunidades en las aguas que inundaban Nueva Orleans. Gran gurú del movimiento en favor del capitalismo de libre mercado fue el responsable de crear la hoja de ruta de la economía global, contemporánea e hipermóvil en la que hoy vivimos. A sus noventa y tres años, y a pesar de su delicado estado de salud, el "tío Miltie", como le llamaban sus seguidores, tuvo fuerzas para escribir un

artículo de opinión en *The Wall Street Journal* tres meses después de que los diques se rompieran: "La mayor parte de las escuelas de Nueva Orleans están en ruinas -observó Friedman-, al igual que los hogares de los alumnos que asistían a clase. Los niños se ven obligados a ir a escuelas de otras zonas, y esto es una tragedia. También es una oportunidad para emprender una reforma radical del sistema educativo".<sup>4</sup>

La idea radical de Friedman consistía en que, en lugar de gastar una parte de los miles de millones de dólares destinados a la reconstrucción y la mejora del sistema de educación pública de Nueva Orleans, el gobierno entregase cheques escolares a las familias, para que éstas pudieran dirigirse a las escuelas privadas, muchas de las cuales ya obtenían beneficios, y dichas instituciones recibieran subsidios estatales a cambio de aceptar a los niños en su alumnado. Era esencial, según indicaba Friedman en su artículo, que este cambio fundamental no fuera un mero parche sino una "reforma permanente".<sup>5</sup>

Una red de think tanks y grupos estratégicos de derechas se abalanzaron sobre la propuesta de Friedman y cayeron sobre la ciudad después de la tormenta. La administración de George W. Bush apoyó sus planes con decenas de millones de dólares con el propósito de convertir las escuelas de Nueva Orleans en "escuelas chárter", es decir, escuelas originalmente creadas y construidas por el Estado que pasarían a ser gestionadas por instituciones privadas según sus propias reglas. Hay un gran debate en torno a las escuelas chárter en Estados Unidos, pues muchos padres y madres afroamericanos opinan que son un paso atrás en el camino de los derechos civiles, que garantizaba una educación igual para todos los niños. Sin embargo, para Milton Friedman el mismo concepto de sistema de educación pública apeataba a socialismo. Desde su punto de vista, las únicas funciones del Estado consistían en la "protección de nuestras libertades, contra los enemigos del exterior y los del interior: defender la ley y el orden, garantizar los contratos privados y crear el marco para mercados competitivos".<sup>6</sup> En otras palabras, policía y soldados; cualquier cosa más allá, incluyendo una educación gratuita e igualitaria, era una interferencia injusta en las leyes del mercado.

En brutal contraste con el ritmo glacial al que se repararon los diques y la red eléctrica de Nueva Orleans, la subasta del sistema educativo de la ciudad se realizó con precisión y velocidad dignas de un operativo militar. En menos de diecinueve meses, con la mayoría de los ciudadanos pobres

aún exiliados de sus hogares, las escuelas públicas de Nueva Orleans fueron sustituidas casi en su totalidad por una red de escuelas chárter de gestión privada. Antes del huracán Katrina, la junta estatal se ocupaba de 123 escuelas públicas; después, sólo quedaban 4. Antes de la tormenta, Nueva Orleans contaba con 7 escuelas chárter, y después, 31.<sup>7</sup> Los maestros de la ciudad solían enorgullecerse de pertenecer a un sindicato fuerte. Tras el desastre, los contratos de los trabajadores quedaron hechos pedazos, y los 4.700 miembros del sindicato fueron despedidos.<sup>8</sup> Algunos de los profesores más jóvenes volvieron a trabajar para las escuelas chárter, con salarios reducidos. La mayoría no recuperaron sus empleos.

Nueva Orleans era, según *The New York Times*, "el principal laboratorio de pruebas de la nación para el incremento de las escuelas chárter", mientras el American Enterprise Institute, un think tank de inspiración friedmaniana, declaraba entusiasmado que "el Katrina logró en un día [...] lo que los reformadores escolares de Luisiana no pudieron lograr tras varios años intentándolo".<sup>9</sup>

Mientras, los maestros de escuela, que eran testigos de cómo el dinero destinado a las víctimas de las inundaciones era desviado de su objetivo original y se utilizaba para eliminar un sistema público y sustituirlo por otro privado, tildaban el plan de Friedman de "atracó a la educación".<sup>10</sup>

Estos ataques organizados contra las instituciones y bienes públicos, siempre después de acontecimientos de carácter catastrófico, declarándolos al mismo tiempo atractivas oportunidades de mercado, reciben un nombre en este libro: "capitalismo del desastre".

La columna de opinión de Friedman sobre Nueva Orleans terminó siendo su última recomendación sobre políticas públicas: murió menos de un año después, el 16 de noviembre de 2006, a los noventa y cuatro años. Puede parecer que la privatización del sistema de educación pública de una ciudad norteamericana de tamaño medio fue una preocupación modesta para el hombre considerado el economista más influyente del pasado medio siglo, entre cuyos discípulos se cuentan varios presidentes estadounidenses, primeros ministros británicos, oligarcas rusos, ministros de Finanzas polacos, dictadores del Tercer Mundo, secretarios generales del Partido Comunista chino, directores del Fondo Monetario Internacional y los últimos tres jefes de la Reserva Federal. No obstante, su decidida voluntad de aprovechar la crisis de Nueva Orleans para instaurar una versión

fundamentalista del capitalismo también fue un adiós extrañamente adecuado para el profesor de metro cincuenta y ocho y energía sin límites que, en el apogeo de sus facultades, se describió como "un predicador a la antigua pronunciando el sermón de los domingos".<sup>11</sup>

Durante más de tres décadas, Friedman y sus poderosos seguidores habían perfeccionado precisamente la misma estrategia: esperar a que se produjera una crisis de primer orden o estado de *shock*, y luego vender al mejor postor los pedazos de la red estatal a los agentes privados mientras los ciudadanos aún se recuperaban del trauma, para rápidamente lograr que las "reformas" fueran permanentes.

En uno de sus ensayos más influyentes, Friedman articuló el núcleo de la panacea táctica del capitalismo contemporáneo, lo que yo denomino doctrina del *shock*.

Observó que "sólo una crisis -real o percibida- da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que ésa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, para mantenerlas vivas y activas hasta que lo políticamente imposible se vuelve políticamente inevitable".<sup>12</sup> Algunas personas almacenan latas y agua en caso de desastres o terremotos; los discípulos de Friedman almacenan un montón de ideas de libre mercado. Y una vez desatada la crisis, el profesor de la Universidad de Chicago estaba convencido de que era de la mayor importancia actuar con rapidez, para imponer los cambios rápida e irreversiblemente, antes de que la sociedad afectada volviera a instalarse en la "tiranía del statu quo". Estimaba que "una nueva administración disfruta de seis a nueve meses para poner en marcha cambios legislativos importantes; si no aprovecha la oportunidad de actuar durante ese período concreto, no volverá a disfrutar de ocasión igual".<sup>13</sup>

Es una variación del consejo de Maquiavelo según el cual vale más comunicar de una sola vez "las malas noticias", y supuso uno de los legados estratégicos más duraderos de Friedman.

Milton Friedman aprendió lo importante que era aprovechar una crisis o estado de *shock* a gran escala durante la década de los setenta, cuando fue asesor del dictador general Augusto Pinochet. Los ciudadanos chilenos no sólo estaban conmocionados después del violento golpe de Estado de

Pinochet, sino que el país también vivía traumatizado por un proceso de hiperinflación muy agudo.

Friedman le aconsejó a Pinochet que impusiera un paquete de medidas rápidas para la transformación económica del país: reducciones de impuestos, libre mercado, privatización de los servicios, recortes en el gasto social y una liberalización y desregulación generales. Poco a poco, los chilenos vieron cómo sus escuelas públicas desaparecían para ser reemplazadas por escuelas financiadas mediante el sistema de cheques escolares. Se trataba de la transformación capitalista más extrema que jamás se había llevado a cabo en ningún lugar, y pronto fue conocida como la revolución de la Escuela de Chicago, pues diversos integrantes del equipo económico de Pinochet habían estudiado con Friedman en la Universidad de Chicago.

Friedman predijo que la velocidad, la inmediatez y el alcance de los cambios económicos provocarían una serie de reacciones psicológicas en la gente que "facilitarían el proceso de ajuste".<sup>14</sup> Acuñó una fórmula para esta dolorosa táctica: el "tratamiento de choque" económico. Desde hace varias décadas, siempre que los gobiernos han impuesto programas de libre mercado de amplio alcance han optado por el tratamiento de choque que incluía todas las medidas de golpe, también conocido como "terapia de *shock*".

Pinochet también facilitó el proceso de ajuste con sus propios tratamientos de choque, llevados a cabo por las múltiples unidades de tortura del régimen, y demás técnicas de control infligidas en los cuerpos estremecidos de los que se creía iban a obstaculizar el camino de la transformación capitalista. Muchos observadores en Latinoamérica se dieron cuenta de que existía una conexión directa entre los *shocks* económicos que empobrecían a millones de personas y la epidemia de torturas que castigaban a cientos de miles que creían en una sociedad distinta. Como el escritor uruguayo Eduardo Galeano se preguntaba, "¿cómo se mantiene esa desigualdad, si no es mediante descargas de *shocks* eléctricos?".<sup>15</sup>

Exactamente treinta años después de que estas tres distintas metodologías de *shock* cayeran sobre el pueblo de Chile, la fórmula resurgió con mayor violencia en Irak.

Primero fue la guerra, diseñada, según los autores del documento de doctrina militar *Shock and Awe*, para "controlar la voluntad del adversario,



sus percepciones y su comprensión, y literalmente lograr que quede impotente para cualquier acción o reacción”.<sup>16</sup> Luego vino la terapia de *shock* económica, radical e impuesta por el delegado de la administración estadounidense, cuando el país aún se encontraba devorado por las llamas. Paul Bremer decretó las medidas de rigor: privatizaciones masivas, liberalización absoluta del mercado, un impuesto de tramo fijo del 15% y un Estado cuyo papel se vio brutalmente reducido. El ministro de Finanzas provisional de Irak, Alí Abdul-Amir Allawi, declaró entonces que sus conciudadanos estaban "hartos de ser conejillos de Indias. El sistema ha sufrido bastantes golpes por el momento, así que no nos hace ninguna falta una nueva terapia de *shock* económica”.<sup>17</sup>

Cuando los iraquíes se resistieron, los pusieron contra la pared: terminaron en cárceles, donde sus cuerpos y mentes se enfrentaron a más traumas y *shocks*, algunos mucho menos metafóricos.

Empecé a investigar la dependencia entre el libre mercado y el poder del *shock* hace cuatro años, al principio de la ocupación de Irak. Después de informar desde Bagdad acerca de los fallidos intentos de Washington de seguir con sus planes de terapia de *shock*, viajé a Sri Lanka, meses después del catastrófico tsunami del año 2004. Allí presencié otra versión distinta de las mismas maniobras: los inversores extranjeros y los donantes internacionales se habían coordinado para aprovechar la atmósfera de pánico, y habían conseguido que les entregaran toda la costa tropical. Los promotores urbanísticos estaban construyendo grandes centros turísticos a toda velocidad, impidiendo a miles de pescadores autóctonos que reconstruyeran sus pueblos, antaño situados frente al mar.

"En una cruel broma del destino, la naturaleza ha ofrecido a Sri Lanka una oportunidad única: de esta terrible tragedia nacerá un destino turístico de primera clase", anunció el gobierno.<sup>18</sup>

Cuando el Katrina destruyó Nueva Orleans, la red de políticos republicanos, think tanks y constructores empezaron a hablar de "un nuevo principio" y atractivas oportunidades; estaba claro que se trataba del nuevo método de las multinacionales para lograr sus objetivos: aprovechar momentos de trauma colectivo para dar el pistoletazo de salida a reformas económicas y sociales de corte radical.

La mayoría de las personas que sobreviven a una catástrofe de esas características desean precisamente lo contrario de "un nuevo principio".

Quieren salvar todo lo que sea posible y empezar a reconstruir lo que no ha perecido, lo que aún se tiene en pie. Desean reafirmar sus lazos con la tierra y los lugares en los que se han formado. "Cuando ayudo a reconstruir la ciudad, siento que también yo estoy reconstruyéndome", afirmaba Cassandra Andrews, residente en la zona de Lower Ninth Ward, terriblemente asolada durante las inundaciones, mientras seguía limpiando las ruinas después de la tormenta.<sup>19</sup> Pero a los capitalistas del desastre no les interesa en absoluto reconstruir el pasado. En Irak, Sri Lanka y Nueva Orleans, los procesos engañosamente llamados "de reconstrucción" se limitaron a terminar la labor del desastre original, tirando abajo los restos de las obras, comunidades y edificios públicos que aún quedaban en pie para luego reemplazarlos rápidamente con una especie de Nueva Jerusalén empresarial; todo antes de que las víctimas del conflicto o del desastre natural fueran capaces de reagruparse y reclamar lo que les pertenecía.

Mike Battles supo expresarlo mejor: "Para nosotros, el miedo y el desorden representaban una verdadera promesa".<sup>20</sup> El ex agente de la CIA de treinta y cuatro años se refería al caos posterior a la invasión de Irak, y cómo gracias a eso su empresa de seguridad privada, Custer Battles, desconocida y sin experiencia en el campo, pudo obtener contratos de servicios otorgados por el gobierno federal por valor de unos 100 millones de dólares.<sup>21</sup> Sus palabras podrían constituir el eslogan del capitalismo contemporáneo: el miedo y el desorden como catalizadores de un nuevo salto hacia delante.

Cuando me puse a investigar sobre la relación entre los enormes beneficios de las empresas y las grandes catástrofes, pensé que me hallaba frente a un cambio radical en la forma en que la "liberalización" de mercados se desarrollaba en todo el mundo. Durante mi implicación en el movimiento contra el poder de las empresas que hizo su primera aparición global en Seattle en 1999, ya había sido testigo de políticas parecidas, que favorecían a las grandes multinacionales y se imponían en las cumbres de la Organización Mundial de Comercio, a menudo contra la voluntad de los países desfavorecidos, bajo amenaza de negarles los préstamos del Fondo Monetario Internacional si se oponían a ellas. Las tres grandes medidas habituales -privatización, desregulación gubernamental y recortes en el gasto social- solían ser muy impopulares entre la gente, pero con el establecimiento de acuerdos firmados y una parafernalia oficial, al menos se sostenía el pretexto del consentimiento mutuo entre los gobiernos que

negociaban, así como una ilusión de consenso entre los supuestos expertos. Ahora, el mismo programa ideológico se imponía mediante las peores condiciones coercitivas posibles: la ocupación militar de una potencia extranjera después de una invasión, o inmediatamente después de una catástrofe natural de gran magnitud. Al parecer, los atentados del 11 de septiembre le habían otorgado luz verde a Washington, y ya no tenían ni que preguntar al resto del mundo si deseaban la versión estadounidense del "libre mercado y la democracia": ya podían imponerla mediante el poder militar y su doctrina de *shock* y conmoción.

Sin embargo, a medida que avanzaba en la investigación de cómo este modelo de mercado se había impuesto en todo el mundo, descubrí que la idea de aprovechar las crisis y los desastres naturales había sido en realidad el modus operandi clásico de los seguidores de Milton Friedman desde el principio. Esta forma fundamentalista del capitalismo siempre ha necesitado de catástrofes para avanzar. Sin duda las crisis y las situaciones de desastre eran cada vez mayores y más traumáticas, pero lo que sucedía en Irak y Nueva Orleans no era una invención nueva, derivada de lo sucedido el 11 de septiembre. En verdad, estos audaces experimentos en el campo de la gestión y aprovechamiento de las situaciones de crisis eran el punto culminante de tres décadas de firme seguimiento de la doctrina del *shock*.

A la luz de esta doctrina, los últimos treinta y cinco años adquieren un aspecto singular y muy distinto del que nos han contado. Algunas de las violaciones de derechos humanos más despreciables de este siglo, que hasta ahora se consideraban actos de sadismo fruto de regímenes antidemocráticos, fueron de hecho un intento deliberado de aterrorizar al pueblo, y se articularon activamente para preparar el terreno e introducir las "reformas" radicales que habrían de traer ese ansiado libre mercado. En la Argentina de los años setenta, la sistemática política de "desapariciones" que la Junta llevó a cabo, eliminando a más de treinta mil personas, la mayor parte de los cuales activistas de izquierdas, fue parte esencial de la reforma de la economía que sufrió el país, con la imposición de las recetas de la Escuela de Chicago; lo mismo sucedió en Chile, donde el terror fue el cómplice del mismo tipo de metamorfosis económica. En la China de 1989, la masacre de la plaza de Tiananmen fue el *shock* que desató oleadas de detenciones, más de decenas de miles, las cuales permitieron al Partido Comunista convertir el país en una zona de exportación al por mayor, bien surtida de trabajadores demasiado aterrorizados como para exigir ningún

derecho laboral. En la Rusia de 1993, Boris Yeltsin decidió enviar los tanques al parlamento, y maniobrar para impedir que los líderes de la oposición fueran un obstáculo para la privatización fulminante que dio lugar a la nueva clase dirigente del país: los famosos oligarcas.

La guerra de las Malvinas, en 1982, permitió a Margaret Thatcher superar la crisis de las huelgas de los mineros.

Gracias a la excitación patriótica que recorrió el país como un relámpago, pudo aplastar la revuelta de los mineros y lanzar la primera gran marea privatizadora de una democracia occidental. En 1999, el ataque de la OTAN contra Belgrado permitió que más tarde la antigua Yugoslavia fuera pasto de rápidas privatizaciones, un objetivo anterior a la propia guerra. La economía no fue en absoluto la única motivación que desató estos conflictos, pero en todos y cada uno de los casos, un estado de *shock* colectivo de primer orden fue el marco y la antesala para la terapia de *shock* económica.

Los traumáticos episodios que "prepararon el terreno" no siempre han sido de carácter abiertamente violento. En los años ochenta, en Latinoamérica y África, las crisis a causa de las deudas forzaban a los países a "privatizarse o morir", como dijo un ex funcionario del FMI.<sup>22</sup> Devorados por la hiperinflación, y demasiado endeudados como para negarse a las exigencias que venían de la mano de los préstamos extranjeros, los gobiernos aceptaban los "tratamientos de choque" creyendo en la promesa de que les salvarían de mayores desastres. En Asia, la crisis financiera de 1997 y 1998 -de consecuencias comparables a la Depresión de 1929- bajó los humos de los denominados Tigres de Asia, abriendo sus mercados en lo que el *New York Times* describió como "la mayor liquidación por cierre del mundo".<sup>23</sup> Muchos de estos países eran democráticos, pero las transformaciones radicales que crearon el "libre mercado" no se instauraron democráticamente. Más bien al contrario: tal y como lo entendía Friedman, la atmósfera de crisis a gran escala ofrecía los pretextos necesarios para desestimar los deseos expresados por los votantes y entregar las riendas del país a los "tecnócratas" económicos.

Por supuesto, ha habido casos en los que la adopción de las políticas económicas de libre mercado se ha producido de forma democrática. Los políticos han presentado propuestas de línea dura, y han ganado las elecciones, siendo la presidencia de Ronald Reagan en Estados Unidos el mejor ejemplo, y la elección en Francia de Nicolás Sarkozy uno más

reciente. En estos casos, no obstante, los cruzados del capitalismo se enfrentaron a la presión del público, y tuvieron que suavizar y modificar sus planes radicales, viéndose obligados a aceptar cambios graduales en lugar de una conversión total. En resumen, el modelo económico de Friedman puede imponerse parcialmente en democracia, pero para llevar a cabo su verdadera visión necesita condiciones políticas autoritarias. La doctrina de *shock* económica necesita, para aplicarse sin ningún tipo de restricción - como en el Chile de los años setenta, China a finales de los ochenta, Rusia en los noventa y Estados Unidos tras el 11 de septiembre-, algún tipo de trauma colectivo adicional, que suspenda temporal o permanentemente las reglas del juego democrático. Esta cruzada ideológica nació al calor de los regímenes dictatoriales de América del Sur, y en los nuevos territorios que ha conquistado recientemente, como Rusia y China, coexiste con comodidad, y hasta con provecho, con un liderazgo de puño de hierro.

## LA TERAPIA DE *SHOCK* EN CASA

La Escuela de Chicago de Friedman se ha impuesto en todo el mundo desde los años setenta, pero hasta hace poco su visión jamás se había aplicado totalmente en su país de origen. Ciertamente, Reagan fue un pionero, pero Estados Unidos aún cuenta con una red de asistencia y seguridad social, y escuelas públicas a las que los padres se aferran, según las palabras de Friedman, con "un irracional apego a un sistema socialista".<sup>24</sup>

Cuando los republicanos se hicieron con el Congreso en 1995, David Frum, canadiense residente en Estados Unidos y futuro redactor de discursos para George W. Bush, era uno de los neoconservadores que pedía una revolución económica de terapia de *shock* para el país. "Así es como creo que debería hacerse: en lugar de recortes residuales, un poco por aquí, otro poco por allá, yo eliminaría trescientos programas en un día, este verano, todos los cuales cuestan cada uno mil millones de dólares o menos.

Quizá no sean reducciones muy sustanciales, pero vaya si queda claro que las cosas van a cambiar. Y esto se puede hacer ya".<sup>25</sup>

Frum no pudo llevar a cabo sus planes domésticos para la terapia de *shock* en ese entonces, sobre todo porque no hubo ninguna crisis que preparara el terreno. Pero eso cambió en 2001. Cuando se produjeron los

atentados del 11 de septiembre, en la Casa Blanca pululaban un buen número de discípulos de Friedman, incluyendo su gran amigo Donald Rumsfeld. El equipo de Bush aprovechó la ocasión, el momento de vértigo colectivo con ávida rapidez.

Al contrario de lo que algunos han afirmado, no fue porque la administración hubiera maquinado lo sucedido, sino porque las figuras clave del gobierno, veteranos de los anteriores experimentos del capitalismo del desastre de Latinoamérica y Europa del Este, formaban parte de un movimiento que reza para que se produzcan las crisis igual que los granjeros sedientos rezan para que llueva, como los cristianos apocalípticos rezan para que llegue el Rapto que ha de llevarse a los fieles a la vera de Jesús. Cuando por fin se desata la tragedia, saben inmediatamente que ha llegado su momento.

Durante tres décadas, Friedman y sus discípulos sacaron partido metódicamente de las crisis y los *shocks* que los demás países sufrían, los equivalentes extranjeros del 11 de septiembre: el golpe de Pinochet otro 11 de septiembre, en 1973. Lo que sucedió en el año 2001 fue que una ideología nacida a la sombra de las universidades norteamericanas y fortalecida en las instituciones políticas de Washington por fin podía regresar a casa.

Rápidamente, la administración Bush aprovechó la oportunidad generada por el miedo a los ataques para lanzar la guerra contra el terror, pero también para garantizar el desarrollo de una industria exclusivamente dedicada a los beneficios, un nuevo sector en crecimiento que insufló renovadas fuerzas en la debilitada economía estadounidense. El término "complejo del capitalismo del desastre" la describe con más precisión; tiene tentáculos más poderosos y llega más lejos que el complejo industrial-militar contra el que Dwight Eisenhower lanzó sus advertencias al final de su mandato. Estamos ante una guerra global cuyos combates se libran en todos los niveles de las empresas privadas cuya participación se subvenciona con dinero público, y cuya misión sin fin es la protección del territorio estadounidense a perpetuidad, al tiempo que debe eliminar todo "mal" exterior. En apenas unos años, el complejo ha extendido su presencia en el mercado bajo distintas y cambiantes formas: desde la lucha contra el terrorismo hasta las misiones de paz internacionales, desde la seguridad municipal hasta la reacción con motivo de los desastres naturales. El objetivo último de las corporaciones que animan el centro de este complejo

es implantar un modelo de gobierno exclusivamente orientado a los beneficios (que tan fácilmente avanza en circunstancias extraordinarias) también en el día a día cotidiano del funcionamiento del Estado; esto es, privatizar el gobierno.

La administración Bush empezó por subcontratar, sin ningún tipo de debate público, varias de las funciones más delicadas e intrínsecas del Estado: desde la sanidad para los presos hasta las sesiones de interrogación de los detenidos, pasando por la "cosecha" y recopilación de información sobre los ciudadanos. El papel del gobierno en esta guerra sin fin ya no es el de un gestor que se ocupa de una red de contratistas, sino el de un inversor capitalista de recursos financieros sin límite que proporciona el capital inicial para la creación del complejo empresarial y después se convierte en el principal cliente de sus nuevos servicios. Basta citar tres datos que demuestran el alcance de la transformación: en 2003, el gobierno estadounidense otorgó 3.512 contratos a empresas privadas en concepto de servicios de seguridad.

Durante un período de veintidós meses hasta agosto de 2006, el Departamento de Seguridad Nacional había emitido más de 115.000 contratos similares.<sup>26</sup> La "industria de la seguridad interior" -hasta el año 2001 -económicamente insignificante- se había convertido en un sector que facturaba más de 200.000 millones de dólares.<sup>27</sup> En 2006, el gasto del gobierno de Estados Unidos en seguridad interior ascendía a una media de 545 dólares por cada familia.<sup>28</sup>

Y eso si hablamos únicamente del frente nacional de la guerra contra el terror; las fortunas se ganan luchando en el extranjero. Sin contar los fabricantes de armas, cuyos beneficios se han disparado gracias a la guerra en Irak, el mantenimiento del ejército estadounidense es uno de los sectores de servicios que más ha crecido en el mundo entero.<sup>29</sup> "Jamás se ha librado una guerra entre dos países que tengan un McDonald's en su territorio", afirmó sin rubor el columnista Thomas Friedman en el *New York Times* en diciembre de 1996.<sup>30</sup> No solamente se puso de manifiesto su error dos años más tarde, sino que gracias al modelo de beneficios militares, ahora el ejército norteamericano va a la guerra con Burger King y Pizza Hut, puesto que los contrata para hacerse cargo de las franquicias que han de alimentar a los soldados en sus bases militares desde Irak hasta la "miniciudad" de la bahía de Guantánamo.

Luego, el sector de las ayudas humanitarias y la reconstrucción de las zonas declaradas catastróficas. Irak también constituyó una experiencia piloto, y la reconstrucción orientada a los beneficios ya se ha convertido en el nuevo paradigma global, sin importar si la destrucción original procedía de los tanques de una guerra preventiva, como sucedió con los ataques de Israel contra el Líbano en 2006, o de la furia de un huracán. La escasez de recursos y el cambio climático han abierto la puerta a una avalancha de nuevos desastres naturales, un desfile permanente de apetitosas oportunidades de negocio: la ayuda humanitaria es un mercado emergente demasiado tentador como para dejarlo en manos de las organizaciones no gubernamentales. ¿Por qué debe ser UNICEF la encargada de la reconstrucción de las escuelas cuando puede hacerlo Bechtel, una de las empresas constructoras más grandes de Estados Unidos? ¿Por qué recolocar a la gente sin hogar del Misisipi en apartamentos vacíos subvencionados por el Estado cuando los pueden alojar en cruceros de las líneas Carnival? ¿Para qué enviar tropas de pacificación de la ONU a Darfur cuando empresas privadas como Blackwater andan a la caza y captura de nuevos clientes? Y ahí radica la diferencia tras el 11 de septiembre: antes, las guerras y los desastres ofrecían oportunidades para una pequeña parte de la economía, como los fabricantes de aviones de combate, por ejemplo, o las empresas constructoras que reparaban los puentes bombardeados. El principal papel económico de las guerras consistía en abrir nuevos mercados que permanecían cerrados y en generar largas épocas de crecimiento durante la posguerra. Ahora, la respuesta y las medidas de reacción frente a guerras y desastres han alcanzado tan alto grado de privatización que constituyen un nuevo mercado en sí mismas: no es necesario esperar a que termine la guerra para que empiece el desarrollo económico. El medio es el mensaje.

Una de las ventajas más claras de este enfoque posmoderno es que, en términos de mercado, no puede fallar. Como decía un analista de mercado acerca de un trimestre con unos resultados financieros excepcionalmente buenos para la empresa de servicios energéticos Halliburton: "Irak fue mejor de lo que esperábamos"<sup>31</sup>. Eso fue en octubre de 2006, en aquel entonces el mes más cruento de la guerra, con más de 3.709 bajas de civiles iraquíes.<sup>32</sup> Pero pocos accionistas podían quejarse de una guerra que había generado más de 20.000 millones de dólares de ingresos para una única empresa.<sup>33</sup>



Entre el tráfico de armas, la privatización de los ejércitos, la industria de la reconstrucción humanitaria y la seguridad interior, el resultado de la terapia de *shock* tutelada por la administración Bush después de los atentados es, en realidad, una nueva economía plenamente articulada. Nació en la era Bush, pero existe independientemente de una administración concreta y seguirá funcionando entre los intersticios del sistema hasta que la ideología supremacista y empresarial que la propulsa quede en evidencia, aislada y en entredicho. El complejo empresarial está en manos de multinacionales estadounidenses, pero su naturaleza es global: las compañías británicas aportan su experiencia con una red de ubicuas cámaras de seguridad, las empresas israelíes su pericia en la construcción de vallas y muros de última tecnología, la industria maderera canadiense vende casas prefabricadas que son diez veces más caras que las del mercado local, y así podríamos seguir indefinidamente. "No creo que nadie se haya planteado la industria de la reconstrucción tras los desastres naturales como un mercado inmobiliario hasta ahora", afirmó Ken Baker, presidente de un grupo de industriales madereros de Canadá. "Es una estrategia que nos permitirá diversificarnos a largo plazo".<sup>34</sup>

En cuanto a su escala, el complejo empresarial surgido del capitalismo del desastre está en pie de igualdad con los "mercados emergentes" y el auge de las tecnologías de la información que tuvieron lugar en los años noventa. De hecho, las fuentes consultadas afirman que las cifras barajadas son mucho más altas que entonces, y que la "burbuja de la seguridad" inyectó vida en el mercado cuando el negocio de Internet empezó a flaquear. Junto con los grandes beneficios de la industria de los seguros (se cree que alcanzaron un récord de 60.000 millones de dólares en el año 2006, sólo en Estados Unidos), así como los excelentes resultados de las compañías petrolíferas (que crecen con cada nueva crisis), la economía del desastre quizá haya salvado al mercado mundial de la tremenda recesión que amenazaba con desatarse en la víspera de los atentados de 2001.<sup>35</sup>

Un problema recurrente se presenta cuando tratamos de relatar la historia de la cruzada ideológica que ha desembocado en la privatización radical de la guerra y del desastre: la ideología cambia continuamente de forma, de nombres y de identidades. Friedman se consideraba un "liberal", pero sus discípulos estadounidenses, que relacionaban el liberalismo con elevados impuestos y *hippies*, tendieron a identificarse como "conservadores", "economistas clásicos", "defensores del libre mercado", y

más tarde, seguidores de las "*reaganomics*" \* o del "*laissez-faire*". En la mayor parte del mundo, son conocidos como neoliberales, pero a menudo se utilizan los términos "libre mercado" o, sencillamente, "globalización". Únicamente desde mediados de los años noventa, este movimiento intelectual dirigido por los think tanks de extrema derecha con los que Friedman trabajó durante varios años -como Heritage Foundation, Cato Institute o American Enterprise Institute- empezó a autodenominarse "neoconservador", un enfoque que ha enrolado toda la potencia del ejército y de la maquinaria militar al servicio de los propósitos del conglomerado empresarial.

Todas estas reencarnaciones comparten un compromiso para con una trinidad política: la eliminación del rol público del Estado, la absoluta libertad de movimientos de las empresas y un gasto social prácticamente nulo. Pero ninguna de las múltiples nomenclaturas que esta ideología ha recibido parece suficientemente adecuada. Friedman declaró que su propuesta era un intento de liberar al mercado de la tenaza estatal, pero el historial de los distintos experimentos económicos que se han llevado a cabo nos muestra una realización muy distinta de su visión de purista. En todos los países en que se han aplicado las recetas económicas de la Escuela de Chicago durante las tres últimas décadas, se detecta la emergencia de una alianza entre unas pocas multinacionales y una clase política compuesta por miembros enriquecidos; una combinación que acumula un inmenso poder, con líneas divisorias confusas entre ambos grupos. En Rusia, los empresarios multimillonarios que forman parte del juego de alianzas reciben el nombre de "oligarcas"; en China, los "príncipes"; en Chile, "los pirañas"; y en Estados Unidos, los "pioneros" de la campaña Bush-Cheney. En lugar de liberar al mercado del Estado, estas élites políticas y empresariales sencillamente se han fusionado, intercambiando favores para garantizar su derecho a apropiarse de los preciados recursos que anteriormente eran públicos, desde los campos petrolíferos de Rusia, pasando por las tierras colectivas chinas, hasta los contratos de reconstrucción otorgados para Irak.

El término más preciso para definir un sistema que elimina los límites en el gobierno y el sector empresarial no es liberal, conservador o capitalista sino corporativista. Sus principales características consisten en una gran transferencia de riqueza pública hacia la propiedad privada -a menudo acompañada de un creciente endeudamiento-, el incremento de las

distancias entre los inmensamente ricos y los pobres descartables, y un nacionalismo agresivo que justifica un cheque en blanco en gastos de defensa y seguridad. Para los que permanecen dentro de la burbuja de extrema riqueza que este sistema crea, no existe una forma de organizar la sociedad que dé más beneficios. Pero dadas las obvias desventajas que se derivan para la gran mayoría de la población que está excluida de los beneficios de la burbuja, una de las características del Estado corporativista es que suele incluir un sistema de vigilancia agresiva (de nuevo, organizado mediante acuerdos y contratos entre el gobierno y las grandes empresas), encarcelamientos en masa, reducción de las libertades civiles y a menudo, aunque no siempre, tortura.

## ***LA TORTURA COMO METÁFORA***

De Chile a Irak, la tortura ha sido el socio silencioso de la cruzada por la libertad de mercado global. Pero la tortura es más que una herramienta empleada para imponer reglas no deseadas a una población rebelde. También es una metáfora de la lógica subyacente en la doctrina del *shock*.

La tortura, o por utilizar el lenguaje de la CIA, los "interrogatorios coercitivos", es un conjunto de técnicas diseñado para colocar al prisionero en un estado de profunda desorientación y *shock*, con el fin de obligarle a hacer concesiones contra su voluntad. La lógica que anima el método se describe en dos manuales de la CIA que fueron desclasificados a finales de los años noventa. En ellos se explica que la forma adecuada para quebrar "las fuentes que se resisten a cooperar" consiste en crear una ruptura violenta entre los prisioneros y su capacidad para explicarse y entender el mundo que les rodea.<sup>36</sup> Primero, se priva de cualquier alimentación de los sentidos (con capuchas, tapones para los oídos, cadenas y aislamiento total), luego el cuerpo es bombardeado con una estimulación arrolladora (luces estroboscópicas, música a toda potencia, palizas y descargas eléctricas). En esta etapa, se "prepara el terreno" y el objetivo es provocar una especie de huracán mental: los prisioneros caen en un estado de regresión y de terror tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses. En ese

estado de *shock*, la mayoría de los prisioneros entregan a sus interrogadores todo lo que éstos desean: información, confesiones de culpabilidad, la renuncia a sus anteriores creencias. Uno de los manuales de la CIA ofrece una explicación particularmente sucinta: "Se produce un intervalo, que puede ser extremadamente breve, de animación suspendida, una especie de *shock* o parálisis psicológica. Esto se debe a una experiencia traumática o subtraumática que hace estallar, por así decirlo, el mundo que al individuo le es familiar, así como su propia imagen dentro de ese mundo. Los interrogadores experimentados saben reconocer ese momento de ruptura y saben también que en ese intervalo la fuente se mostrará más abierta a las sugerencias, y es más probable que coopere, que durante la etapa anterior al *shock*".<sup>37</sup>

La doctrina del *shock* reproduce este proceso paso a paso, en su intento de lograr a escala masiva lo que la tortura obtiene de un individuo en la sala de interrogatorios. El ejemplo más claro fue el *shock* del 11 de septiembre, día en el cual para millones de personas el "mundo que les era familiar" estalló en mil pedazos, y dio paso a un período de profunda desorientación y regresión que la administración Bush supo explotar con pericia. De repente, nos encontramos viviendo en una especie de Año Cero, en el cual todo lo que sabíamos podía desecharse despectivamente con la etiqueta de "antes del 11-S".

Aunque la historia jamás había sido nuestro fuerte, Norteamérica se había convertido en una tabla rasa, una verdadera "página en blanco" sobre la cual se podían "escribir las palabras más nuevas y más hermosas", como Mao le decía a su pueblo.<sup>38</sup> Un nuevo ejército de especialistas se materializó rápidamente para escribir nuevas y hermosas palabras sobre el tapiz receptivo de nuestra conciencia postraumática: "choque de civilizaciones", grabaron. "Eje del mal", "fascismo islámico", "seguridad nacional". Con el mundo preocupado y absorto por las nuevas y mortíferas guerras culturales, la administración Bush pudo lograr lo que antes del 11 de septiembre apenas había soñado: librar guerras privadas en el extranjero y construir un conglomerado empresarial de seguridad en territorio estadounidense.

Así funciona la doctrina del *shock*: el desastre original - llámese golpe, ataque terrorista, colapso del mercado, guerra, tsunami o huracán- lleva a la población de un país a un estado de *shock* colectivo. Las bombas, los estallidos de terror, los vientos ululantes preparan el terreno para quebrar la

voluntad de las sociedades tanto como la música a toda potencia y las lluvias de golpes someten a los prisioneros en sus celdas. Como el aterrorizado preso que confiesa los nombres de sus camaradas y reniega de su fe, las sociedades en estado de *shock* a menudo renuncian a valores que de otro modo defenderían con entereza. Jamar Perry y sus compañeros de evacuación en el refugio de Baton Rouge tuvieron que sacrificar los pisos de protección oficial y las escuelas públicas. Después del tsunami, los pescadores de Sri Lanka tenían que abandonar su valiosa tierra frente al mar y cederla a los constructores de hoteles.

Los iraquíes, si todo iba según lo planeado, tenían que caer en tal estado de *shock* que cederían el control de sus reservas petrolíferas, sus compañías estatales, y toda su soberanía nacional al ejército estadounidense y sus bases militares y zonas verdes.

## ***LA GRAN MENTIRA***

En el torrente de artículos escritos en el panegírico de Milton Friedman, apenas se mencionó el papel de los *shocks* y las crisis que tanto habían contribuido a difundir su modelo económico. En vez de eso, el fallecimiento del economista se convirtió en una ocasión perfecta para reescribir la historia oficial: de cómo su propuesta de capitalismo radical se había convertido en la ortodoxia del gobierno en prácticamente todos los rincones del globo. Es un cuento de hadas, libre de toda violencia e imposición que tan íntimamente ligadas van en esta cruzada, y representa el golpe propagandístico más exitoso de las últimas tres décadas. El cuento empieza así.

Friedman dedicó su vida a una pacífica lucha de ideas contra los que creían que los gobiernos tienen la responsabilidad de intervenir en el mercado para suavizar su dureza. El estaba convencido de que la historia se había "equivocado de vía" cuando los políticos empezaron a prestar atención a John Maynard Keynes, el arquitecto intelectual del New Deal y del moderno Estado del bienestar.<sup>39</sup> El hundimiento del mercado en 1929 había establecido un consenso general: el *laissez-faire* había fallado y los

gobiernos debían intervenir en la economía para redistribuir la riqueza y fijar un marco de regulación empresarial. Durante esa etapa oscura para el libre mercado, cuando el comunismo conquistaba el Este, y mientras Occidente se entregaba al Estado del bienestar y el nacionalismo económico arraigaba en el Sur poscolonial, Friedman y su mentor, Friedrich Hayek, protegían con suma paciencia la llama del capitalismo en estado puro, sin empañarse por los intentos keynesianos para crear riquezas colectivas que fueran la base de una sociedad más justa.

“En mi opinión, el mayor error -escribió Friedman a Pinochet en 1975- consiste en creer que es posible hacer el bien con el dinero de los demás”.<sup>40</sup> Pocos escuchaban; la mayoría de la gente insistía en que sus gobiernos podían y debían hacer el bien. Friedman fue descrito por la revista Time en 1969 en términos despectivos: “un duende o un pesado”, y era reverenciado como profeta de una selecta minoría.<sup>41</sup>

Por fin, tras décadas exiliado en la jungla intelectual, llegaron los años ochenta y los gobiernos de Margaret Thatcher (que llamó a Friedman un “luchador por la libertad intelectual”) y de Ronald Reagan (que fue visto con un ejemplar de *Capitalismo y libertad*, el manifiesto de Friedman, durante su campaña presidencial).<sup>42</sup> Aquellos líderes políticos sí tuvieron el valor de implementar una absoluta liberalización del mercado en el mundo real.

Según la historia oficial, después de que Reagan y Thatcher liberaran democrática y pacíficamente sus respectivos mercados, la libertad y la prosperidad subsiguientes fueron tan obviamente deseables que cuando las dictaduras cayeron una tras otra, desde Manila a Berlín, las masas voceaban para que las *reaganomics* se instalaran en sus puertas, junto con sus Big Macs.

Cuando la Unión Soviética por fin se derrumbó, la gente del “imperio del mal” también estaba ansiosa por unirse a la revolución friedmanita, al igual que los comunistas reconvertidos en capitalistas de China. Eso quería decir que no existía ningún obstáculo para construir un verdadero libre mercado global, en el cual las empresas no sólo gozaran de libertad absoluta en sus países de origen, sino que también pudieran cruzar las fronteras sin burocracias ni impedimentos, desatando la prosperidad allá donde fueran. Existían dos grandes reglas acerca de cómo debían ser las sociedades: había que celebrar elecciones para votar a nuestros políticos, y las economías debían aplicar el modelo de Friedman. Fue, como Francis Fukuyama lo

bautizó, “el fin de la historia”, “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad”.<sup>43</sup> La revista *Fortune*, en su tributo a Friedman, escribió que “navegó con la marea de la historia”; se aprobó una resolución en el Congreso alabándolo como “uno de los defensores más destacados de la libertad en todo el mundo, no sólo en el campo de la economía sino en todos los aspectos”; el gobernador de California, Arnold Schwarzenegger, declaró que el 29 de enero de 2007 sería el Día de Milton Friedman en todo el estado, y varias ciudades y pueblos imitaron su gesto. Un titular en *The Wall Street Journal* ofrecía una cápsula de ordenada información: “El hombre de la libertad”.<sup>44</sup>

Este libro es un desafío contra la afirmación más apreciada y esencial de la historia oficial: que el triunfo del capitalismo nace de la libertad, que el libre mercado desregulado va de la mano de la democracia. En lugar de eso, demostraré que esta forma fundamentalista del capitalismo ha surgido en un brutal parto cuyas comadronas han sido la violencia y la coerción, infligidas en el cuerpo político colectivo así como en innumerables cuerpos individuales. La historia del libre mercado contemporáneo -el auge del corporativismo, en realidad- ha sido escrita con letras de *shock*.

Hay mucho en juego. La alianza corporativista está cerca de conquistar su última frontera: los mercados y las economías del petróleo del mundo árabe, hasta ahora cerrados, y sectores de las economías occidentales que llevan tiempo protegidos de la regla de los beneficios, incluyendo la respuesta ante los desastres naturales y los ejércitos. Puesto que ni siquiera se pretende buscar el consenso público para privatizar funciones tan esenciales, ni en el frente doméstico ni en el extranjero, es necesario convocar a los jinetes de la violencia creciente y de catástrofes aún mayores para alcanzar dichos objetivos.

Paradójicamente, como el papel decisivo de los *shocks* y las crisis ha sido expurgado tan eficientemente del historial del auge del libre mercado, las tácticas extremas desplegadas en Irak y Nueva Orleans a menudo se tachan de prácticas incompetentes o de amiguismo por parte de la Casa Blanca de Bush. En realidad, las hazañas de Bush son una mera punta del iceberg creado, una diminuta porción de una campaña monstruosamente violenta que lleva en pie de guerra cincuenta años para lograr la absoluta liberalización del mercado.

Cualquier intento de responsabilizar a determinadas ideologías por los crímenes cometidos por sus seguidores debe plantearse con absoluta prudencia. Es demasiado fácil afirmar que la gente con la que no estamos de acuerdo no sólo se equivoca, sino que también son tiranos, fascistas y genocidas. Pero también es cierto que algunas ideologías constituyen un peligro para la sociedad, y que deben ser identificadas como tales. Me refiero a las doctrinas fundamentalistas y reconcentradas, incapaces de coexistir con otros sistemas de creencias.

Sus seguidores deploran la diversidad y exigen mano libre para poner en marcha su sistema perfecto. El mundo tal y como es debe ser destruido, para que su pura visión pueda crecer y desarrollarse debidamente. Arraigada en las fantasías bíblicas de grandes inundaciones y fuegos místicos, esta lógica lleva ineludiblemente a la violencia.

Las ideologías peligrosas son las que ansían esa tabla rasa imposible, que sólo puede alcanzarse mediante algún tipo de cataclismo.

Generalmente, los sistemas que claman por la eliminación de pueblos y culturas enteros con el fin de satisfacer una visión pura del mundo son aquellos que profesan una extrema religiosidad y que propugnan la segregación racial. Pero desde el colapso de la Unión Soviética, se ha producido un reconocimiento histórico de los grandes crímenes cometidos en nombre del comunismo. Los sótanos de las agencias de información soviéticas han abierto sus puertas a investigadores que se han apresurado a contar el número de muertos en hambrunas, campamentos de trabajos forzados y asesinatos. El proceso ha generado un fuerte debate en todo el mundo respecto al papel de la ideología que había detrás de estas atrocidades, y hasta qué punto ésta es responsable de aquéllas, o bien si la distorsión del sistema se debe a que tuvo líderes como Stalin, Ceaucescu, Mao o Pol Pot.

“Fue el comunismo de carne y hueso el que impuso la represión en masa, que terminó creando un reinado del terror estatal”, escribe Stéphane Courtois, coautor del polémico *El libro negro del comunismo*. “¿Podemos decir que la ideología no tiene la culpa?”<sup>45</sup> Por supuesto que no.

Pero tampoco se puede deducir que todas las formas de comunismo sean intrínsecamente genocidas, como se ha dicho con total desparpajo. Ciertamente fueron interpretaciones doctrinales y dictatoriales de la teoría comunista que despreciaban la pluralidad las que llevaron a las ejecuciones masivas de Stalin y a los campos de reeducación de Mao. La dictadura



comunista está, como debe ser, por siempre empañada por esos experimentos en sociedades reales.

¿Y qué hay de la cruzada contemporánea en pro de la libertad de los mercados mundiales? Los golpes de Estado, las guerras y las matanzas que han instaurado y apoyado regímenes afines a las empresas jamás han sido tachados de crímenes capitalistas, sino que en lugar de eso se han considerado frutos del excesivo celo de los dictadores, como sucedió con los frentes abiertos durante la Guerra Fría y la actual guerra contra el terror. Si los adversarios más comprometidos contra el modelo económico corporativista desaparecen sistemáticamente, ya sea en la Argentina de los años setenta o en el Irak de hoy en día, esa labor de supresión se achaca a la guerra sucia contra el comunismo o el terrorismo. Prácticamente jamás se alude a la lucha para la instauración del capitalismo en estado puro.

No estoy afirmando que todas las formas de la economía de mercado son violentas de por sí. Es perfectamente posible poseer una economía de mercado que no exija tamaña brutalidad ni pida un nivel tan prístino de ideología pura.

Un mercado libre, con una oferta de productos determinada, puede coexistir con un sistema de sanidad pública, escolarización para todos y una gran porción de la economía -como por ejemplo una compañía petrolífera nacionalizada- en manos del Estado. También es posible pedirles a las empresas que paguen sueldos decentes, que respeten el derecho de los trabajadores a formar sindicatos, y solicitar a los gobiernos que actúen como agentes de redistribución de la riqueza mediante los impuestos y las subvenciones, con el fin de reducir al máximo las agudas desigualdades que caracterizan al Estado corporativista.

Los mercados no tienen por qué ser fundamentalistas.

Keynes propuso exactamente esta combinación de economía regulada y mixta después de la Gran Depresión, una revolución en las políticas públicas que dio lugar al New Deal y a transformaciones parecidas en todo el mundo. Era exactamente el sistema de compromisos, equilibrios y controles que la contrarrevolución de Friedman se dispuso a dismantelar metódicamente en todo el mundo. Bajo este prisma, la Escuela de Chicago y su modelo de capitalismo tienen algo en común con otras ideologías peligrosas: el deseo básico por alcanzar una pureza ideal, una tabla rasa sobre la que construir una sociedad modélica y recreada para la ocasión.

Esta ansia por los poderes casi divinos de una creación total explica precisamente la razón por la que los ideólogos del libre mercado se sienten tan atraídos por las crisis y las catástrofes. La realidad no apocalíptica no es muy hospitalaria para con sus ambiciones, sencillamente.

Durante más de treinta y cinco años, el motor de la contrarrevolución de Friedman ha sido la singular atracción hacia un tipo de libertad de maniobra y posibilidades que sólo se da en situaciones de cambio cataclísmico. Cuando las personas, con sus tozudas costumbres e insistentes demandas, estallan en mil pedazos; momentos en los que la democracia parece una imposibilidad práctica.

Los creyentes de la doctrina del *shock* están convencidos de que solamente una gran ruptura -como una inundación, una guerra o un ataque terrorista- puede generar el tipo de tapiz en blanco, limpio y amplio que ansían. En esos períodos maleables, cuando no tenemos un norte psicológico y estamos físicamente exiliados de nuestros hogares, los artistas de lo real sumergen sus manos en la materia dócil y dan principio a su labor de remodelación del mundo.

## Primera parte

# LOS DOS INGENIEROS DEL SHOCK INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO

*Os exprimiremos hasta la saciedad, y luego os llenaremos con nuestra propia esencia.*

GEORGE ORWELL, 1984

*La Revolución Industrial sólo fue el principio de la revolución más extrema y radical que jamás inflamó la mente de los sectarios, pero los problemas se podían solucionar, con una cantidad ilimitada de bienes materiales.*

KARL POLANYI, La gran transformación

# Capítulo 1: EL LABORATORIO DE LA TORTURA

Ewen Cameron, la CIA y la maníaca obsesión por erradicar y recrear la mente humana

*Sus mentes son como tablas rasas sobre las que nosotros podemos escribir.*

DOCTOR CYRIL J. C. KENNEDY y DOCTOR DAVID ANCHEL, sobre los beneficios de la terapia de electroshocks, 19481

*Fui al matadero para observar lo que llamaban “matanza eléctrica” y vi que fijaban grandes tenazas metálicas en las sienes de los cerdos, cuyos extremos estaban conectados a una corriente eléctrica de 125 voltios. En cuanto los cerdos tocaban las tenazas, caían inconscientes, se ponían rígidos y al cabo de unos segundos empezaban a convulsionarse como hacían nuestros perros cobayas. Durante este período de inconsciencia (coma epiléptico) el carnicero mataba y sangraba a los animales sin dificultad alguna.*

UGO CERLETTI, psiquiatra, acerca de su “invención” de la terapia de electroshock, en 1954

“Ya no hablo con periodistas”, dijo la voz tensa que se oía al otro lado del hilo telefónico. Y luego una diminuta ventana de esperanza: “¿Qué quiere?”.

Me doy cuenta de que tengo unos veinte segundos para convencerla, y no será fácil. ¿Cómo puedo explicarle a Gail Kastner lo que quiero de ella, el viaje que me ha llevado a llamar a su puerta?

La verdad suena tan extraña: “Estoy escribiendo un libro sobre el *shock*. Y sobre los países que sufren *shocks*: guerras, atentados terroristas, golpes de Estado y desastres naturales. Luego, de cómo vuelven a ser víctimas del *shock* a manos de las empresas y los políticos que explotan el miedo y la desorientación frutos del primer *shock* para implantar una terapia de *shock* económica. Después, cuando la gente se atreve a resistirse a estas medidas políticas se les aplica un tercer *shock* si es necesario, mediante acciones policiales, intervenciones militares e interrogatorios en prisión. Quiero hablar con usted porque creo que es una de las personas que ha sobrevivido al mayor número de *shocks*. Usted fue víctima de los experimentos clandestinos de la CIA con electroshocks y otras “técnicas

especiales de interrogatorio”. Y por cierto, creo que los frutos de las investigaciones para las cuales usted fue una cobaya humana se están utilizando con los prisioneros de Guantánamo y Abu Ghraib”.

No, desde luego que no puedo decirle eso. Así que me limito a contestar: “Hace poco estuve en Irak, y trato de entender el papel que juega allí la tortura. Nos dicen que se trata de obtener información, pero creo que es más que eso. Estoy convencida de que están intentando construir un Estado modélico, borrando las mentes y los cuerpos de las personas y volviéndolos a crear desde cero”.

Hay una larga pausa, y luego el tono de voz de la respuesta es distinto. Tenso aún, pero ¿ligeramente aliviado? “Lo que acaba de decir es exactamente lo mismo que la CIA y Ewen Cameron me hicieron a mí. Trataron de borrarne y volver a crearme. Pero no funcionó”.

En menos de veinticuatro horas, estoy frente a la puerta del apartamento de Gail Kastner, en un edificio gris y antiguo en Montreal. “Está abierto”, dice con una voz apenas audible. Gail me había advertido que quitaría el cerrojo de la puerta porque le cuesta levantarse. Son las pequeñas fracturas de su espina dorsal, que se vuelven más dolorosas a medida que la artritis se extiende por su cuerpo. El dolor de espalda es sólo uno de los recuerdos de las sesenta y tres veces que descargaron entre 150 y 200 voltios de electricidad en los lóbulos frontales de su cerebro, mientras su cuerpo se convulsionaba violentamente encima de la camilla, causándole diminutas fracturas, roturas de ligamentos, mordeduras en los labios y dientes rotos.

Gail me saluda desde un sillón acolchado de color azul.

Tiene más de veinte posiciones, me dice más tarde, y las ajusta continuamente, como un fotógrafo que trata de enfocar la imagen. Pasa los días echada en ese sillón reclinable, buscando la imposible comodidad, esforzándose por no dormirse y caer en lo que ella llama “sus sueños eléctricos”. Entonces es cuando vuelve a verle: “él”, doctor Ewen Cameron, el psiquiatra fallecido ya que le administraba las descargas, así como otras torturas, hace tantos años. “El Monstruo Eminente me visitó dos veces la noche pasada”, anuncia en cuanto entro en el salón. “No quiero que se sienta mal, pero es a causa de su repentina llamada, de sopetón, y todas esas preguntas”.

Me doy cuenta de que mi presencia posiblemente es muy injusta para ella. Esa sensación se afianza en mi interior cuando echo un vistazo al

apartamento y me doy cuenta de que físicamente apenas hay lugar para mí. Toda superficie disponible está repleta de torres y montones de papeles y libros, todos marcados con pequeños pedacitos de papel amarillentos. Gail me indica el único espacio libre de la habitación, una silla de madera que había pasado por alto, pero se pone un poco nerviosa cuando le pregunto dónde puedo depositar la grabadora, un objeto que sólo ocupa unos centímetros. Ni pensar en la mesita al lado de su sillón: veinte paquetes vacíos de cigarrillos, *Matinée Regular*, están colocados formando una pirámide perfecta.

(Gail me había advertido por teléfono acerca de su condición de fumadora empedernida: “Lo siento, pero fumo. Y como fatal. Estoy gorda y fumo. Espero que no le importe”). Parece que Gail ha pintado el interior de las cajetillas de negro, pero al acercarme más me doy cuenta de que se trata de una diminuta y apretada letra manuscrita: nombres, números, miles de palabras.

Durante el día que pasamos juntas, Gail a menudo se inclina hacia delante para garrapatear algo en un trozo de papel o en un paquete de cigarrillos: “Una nota mental -explica-, o jamás me acordaré”. Para ella, los montoncitos de papel y cajetillas son algo más que un sistema poco convencional de archivos. Son toda su memoria.

Durante toda su vida adulta, la mente de Gail le ha fallado.

Los hechos se evaporan inmediatamente de su cabeza, y los recuerdos, si es que permanecen (muchos no lo hacen), son como instantáneas esparcidas por el suelo. A veces es capaz de recordar un incidente a la perfección -lo llama “fragmento de memoria”- pero cuando le preguntan por una fecha, puede llegar a equivocarse por dos décadas de diferencia. “En 1968”, empieza. “No, en 1983”. De modo que hace listas de todo y lo apunta todo. Pruebas de que su vida realmente ha ocurrido. Al principio se disculpa por el desorden. Pero más tarde exclama: “¡El me hizo esto! Este apartamento es parte de su tortura”.

Durante varios años, a Gail la desconcertaban mucho sus lagunas memorísticas, así como otros detalles. Por ejemplo, no sabía la razón por la cual un pequeño destello eléctrico de la puerta del garaje le provocaba un ataque de pánico incontrolable. O por qué le temblaban las manos cuando enchufaba el secador de pelo. Sobre todo, no entendía por qué recordaba la mayor parte de su vida adulta pero casi nada antes de los veinte años.

Cuando se encontraba con gente que decía haberla conocido en su niñez, decía: “Sé quién eres pero no sé de qué te conozco”. “Mentía”, dice.

Gail creía que formaba parte de su cuadro médico: una frágil salud mental. Durante su juventud, había sufrido depresiones y adicción a los medicamentos, y a veces tenía crisis nerviosas tan violentas que terminaba hospitalizada y en coma. Estos episodios la alejaron de su familia, y se quedó sola y desesperada. Terminó rebuscando comida en la basura de las tiendas de alimentación.

Había señales de que Gail había sido víctima de algo aún más traumático en el pasado. Antes de que su familia la abandonara, Gail y su hermana gemela solían discutir sobre la época en que Gail había estado gravemente enferma y Zella la había cuidado. “No tienes ni idea de lo que pasé”, se quejaba Zella. “Te orinabas encima, en medio del salón, te chupabas el dedo y parloteabas como una cría. ¡Querías el biberón de mi bebé! Eso es lo que tuve que pasar”. Gail no sabía qué contestar a las recriminaciones de su gemela.

¿Orinar en el salón? ¿Pedir el biberón de su sobrino? No recordaba ni por asomo haber hecho esas cosas tan extrañas.

Cuando tenía unos cuarenta años, Gail empezó una relación con un hombre llamado Jacob, al que describe como su alma gemela. Jacob era un superviviente del Holocausto, y también le interesaban las cuestiones de memoria y pérdida de identidad. A Jacob, que murió hace más de una década, le preocupaban mucho los años perdidos de Gail.

“Tiene que haber una razón”, solía decir acerca de los períodos vacíos de su vida. “Tiene que haber una razón”.

En 1992, Gail y Jacob se detuvieron frente a un quiosco que exhibía un titular sensacionalista: “Lavado de cerebro: las víctimas recibirán compensaciones”. Kastner empezó a leer el artículo por encima, y varias expresiones le llamaron inmediatamente la atención: “parloteo de bebé”, “pérdida de memoria”, “incontinencia urinaria”. “Vamos a comprar el periódico”, dijo Jacob. En un café cercano, la pareja leyó la increíble historia de cómo, en la década de los cincuenta, la CIA había financiado a un médico en Montreal para que realizara extraños experimentos en los pacientes psiquiátricos. Les privaba de sueño y los aislaba durante semanas, y luego les administraba altas dosis de electroshocks, así como cócteles de drogas experimentales como el psicodélico LSD y el alucinógeno PCP (fenciclidina), conocido más comúnmente como polvo de ángel. Los

experimentos transportaban a los pacientes a estados preverbales e infantiles, y se habían realizado en el Alian Memorial Institute de la Universidad McGill, bajo la supervisión de su director, el doctor Ewen Cameron. La financiación de la CIA se descubrió a finales de los años setenta gracias a una solicitud amparada por la Freedom of Information Act, que dio lugar a varias sesiones en el Senado de los Estados Unidos. Nueve antiguos pacientes de Cameron se unieron y demandaron a la CIA y al gobierno canadiense, que también había aportado dinero para las investigaciones de Cameron. Durante varios juicios, los abogados de los pacientes argumentaron que los experimentos violaban todos los estándares profesionales de ética médica. Los enfermos iban a Cameron en busca de alivio a causa de ligeros trastornos mentales de poca importancia (depresión posparto, ansiedad, incluso terapia de parejas) y fueron utilizados, sin su conocimiento o consentimiento, como cobayas humanas para satisfacer la sed de información de la CIA acerca de las técnicas de control mental. En 1988, la CIA se avino a pagar daños y perjuicios, por la suma de 750.000 dólares para los nueve demandantes. Fue la cifra más alta jamás pagada por la agencia hasta la fecha. Cuatro años después, el gobierno de Canadá se avino a pagar otros 100.000 dólares a cada demandante que fue objeto de los experimentos ilegales.

Cameron desempeñó un papel clave en el desarrollo de las técnicas de tortura contemporáneas de los Estados Unidos.

Sus experimentos también nos ofrecen un claro ejemplo de la lógica subyacente en el capitalismo del desastre. Al igual que los economistas defensores del libre mercado, que están convencidos de que sólo mediante un desastre de enormes proporciones -una gran destrucción- se puede preparar el terreno para sus “reformas”, Cameron creía que podía recrear mentes que no funcionaban, y reconstruir personalidades sobre esa ansiada tabla rasa, si infligía dolor y traumatizaba el cerebro de sus pacientes.

Gail conocía vagamente la historia que implicaba a la CIA y a la Universidad McGill, pero jamás le había prestado atención. Ella nunca había tenido nada que ver con el Alian Memorial Institute. Pero ahora, sentada con Jacob en ese café, leyendo las palabras de los otros pacientes -“pérdida de memoria”, “regresión”-, no dudó. “Comprendí que esas personas debieron de pasar por lo mismo que yo había pasado”. Dijo: “Jacob, ahí está la razón”.



## ***EN LA TIENDA DEL SHOCK***

Kastner escribió al Alian Memorial Institute y solicitó su historial médico. Primero le dijeron que no tenían ninguno.

Finalmente lo logró: 138 páginas. El doctor que la había ingresado era Ewen Cameron. Las cartas, notas y cuadros médicos del expediente de Gail cuentan una historia desgarradora: la de una joven de dieciocho años durante los años cincuenta, y sus limitadas opciones, y la de las instituciones públicas y médicos que abusaron de su poder.

La documentación empieza con el diagnóstico del doctor Cameron con motivo del ingreso de Gail: estudiante de enfermería en McGill, Gail saca excelentes notas, y Cameron la describe como “hasta ahora, un individuo razonablemente bien equilibrado”. Sin embargo, sufre episodios de ansiedad causados, según dictamina claramente Cameron, por su padre, que la maltrata y que es descrito como un “hombre intensamente perturbador” que la “ataca psicológicamente en repetidas ocasiones”.

Gail causó buena impresión entre las enfermeras, según las entradas manuscritas de éstas en el historial, pues compartían vínculos ya que la chica estudiaba enfermería.

La describen como “alegre, sociable y simpática”. Pero durante los meses que pasó bajo su cuidado, Gail sufrió una transformación radical en su personalidad, meticulosamente documentada en el archivo: al cabo de unas semanas, “mostraba un comportamiento infantil, expresaba ideas extrañas y aparentemente estaba en estado de alucinación [sic] y era destructiva”. Las notas indican que esta joven de inteligencia normal apenas llegaba a contar hasta seis. Luego se volvió “manipuladora, hostil y muy agresiva”. Finalmente, “pasiva y apática”, incapaz de reconocer a los miembros de su propia familia.

El diagnóstico final es de “esquizofrenia [...] con claros rasgos histéricos”, un cuadro mucho más serio que la ligera “ansiedad” que sufría cuando fue ingresada.

Sin duda la metamorfosis tenía algo que ver con los tratamientos que también constan en el expediente médico de Gail Kastner: altas dosis de

insulina, que le inducían múltiples comas; extrañas combinaciones de ansiolíticos y antidepresivos; largos períodos en los que permanecía en estado de inconsciencia inducida merced a los calmantes; y una cantidad de electroshocks ocho veces superior a la media que se solía administrar en la época. A menudo las enfermeras consignan los intentos de Kastner de escapar de sus médicos: “Trata de huir, [...] afirma que el tratamiento es erróneo y nocivo. [...] Se niega a recibir su electro después de recibir la inyección”. Estas quejas invariablemente conllevaban un nuevo viaje hacia lo que los colegas más jóvenes de Cameron llamaban la “tienda del *shock*”.

## ***LA BÚSQUEDA DE LA PUREZA***

Después de releer varias veces su historial médico, Gail Kastner se convirtió en una especie de arqueóloga de su propia vida. Leía y estudiaba todo lo que pudiera ser una explicación potencial de lo que le había sucedido en el hospital. Descubrió que Ewen Cameron, un norteamericano de origen escocés, había alcanzado la cúspide de su profesión: la presidencia de la Asociación Americana Psiquiatría, de la Asociación Canadiense de Psiquiatría y de la Asociación Mundial de la Psiquiatría. En 1945 fue uno de los tres psiquiatras norteamericanos que testificó acerca de la salud mental de Rudolf Hess en los juicios de Nuremberg.

Para cuando Gail empezó a investigar, Cameron llevaba ya un tiempo muerto, pero había dejado un legado de docenas de artículos académicos y conferencias. También se habían publicado una gran cantidad de libros sobre el papel de la CIA en la financiación de los experimentos de control mental, obras que incluían muchos detalles acerca de la relación entre Cameron y la agencia.\* Gail se los leyó todos, marcando los pasajes importantes, estableciendo la cronología de los hechos y cruzando las fechas con su documentación. Así llegó a reconstruir lo que había sucedido. A principios de los años cincuenta, Cameron se había apartado del enfoque estándar freudiano, la “terapia conversacional”, que se empleaba para deducir las “causas arraigadas” de las enfermedades mentales de los pacientes. Su ambición era recrear la mente de sus pacientes, en lugar de

curarles o arreglar lo que fuera disfuncional, y para ello utilizaba un método de su invención, llamado “impulso psíquico”.

Según sus publicaciones de la época, Cameron creía que la única forma de enseñar a sus pacientes a comportarse de forma sana y estable era meterse dentro de sus mentes y “quebrar las viejas pautas y modelos de comportamiento patológico”. El primer paso consistía en “erradicar las pautas”, cuyo objetivo era asombroso: devolver la mente al estado en que Aristóteles describió como “una tabla vacía sobre la cual aún no hay nada escrito”, una tabula rasa. Cameron creía que se podía alcanzar dicho estado atacando el cerebro con todos los elementos que interfieren en su funcionamiento normal. Todos a la vez. Eran las tácticas militares de “*shock* y conmoción” desplegadas en el campo de batalla de la mente humana.

A finales de los años cuarenta, la técnica del electroshock se estaba popularizando entre la clase psiquiátrica de Europa y América del Norte. Causaba un daño permanente menor que la lobotomía, y parecía que funcionaba: los pacientes histéricos a menudo se calmaban, y en algunos casos las descargas eléctricas devolvían una cierta lucidez a las personas. Pero se trataba solamente de datos observados, y ni siquiera los médicos que habían desarrollado la técnica podían ofrecer una explicación científica de su funcionamiento.

Sin embargo, conocían bien sus efectos secundarios. No había ninguna duda de que el electroshock podía causar amnesia en el paciente. Se trataba del principal problema asociado con el tratamiento. Estrechamente relacionado con la pérdida de memoria, el otro efecto secundario del que había constancia era la regresión. Los médicos indicaron que en docenas de estudios clínicos, en los momentos inmediatamente posteriores al tratamiento, los pacientes se chupaban el dedo, adoptaban la posición fetal, había que alimentarles como a bebés, y lloraban reclamando a sus madres (a menudo confundían a enfermeras y médicos con sus padres y madres). Esta etapa de comportamientos solía desaparecer rápidamente, pero en algunos casos, cuando las sesiones de electroshock eran numerosas, los médicos informaban de casos en los que la regresión de los pacientes era completa, llegando éstos a olvidarse de andar y de hablar. Marilyn Rice, una economista que a mediados de los años setenta encabezó el movimiento de los pacientes en defensa de sus derechos, en contra del electroshock, describía vividamente lo que significaba perder sus recuerdos, y gran parte de su educación, a causa de los tratamientos. “Ahora sé cómo debió de

sentirse Eva después de ser creada a partir de la costilla de otro, sin ningún pasado ni historia propia. Me sentía tan vacía como Eva”.

Aún hoy en día, en que las terapias de electroshock son mucho más seguras y estudiadas, y se preocupan de garantizar la comodidad y la tranquilidad de los pacientes, convirtiéndose así en una herramienta respetable y a menudo efectiva para el tratamiento de la psicosis, los efectos secundarios siguen incluyendo pérdidas temporales de memoria a corto plazo. Algunos pacientes indican que también han sufrido pérdidas de memoria a largo plazo.

Para Rice y el resto, ese vacío representaba una pérdida irreemplazable. Por contra, Cameron lo veía de forma muy distinta: como una tabla rasa, libre de las costumbres nocivas del pasado, sobre las cuales se podían crear nuevas pautas y nuevos modelos de comportamiento. Para él, “la pérdida masiva de memoria” que traía consigo el electroshock no era un desafortunado efecto secundario: era el aspecto esencial del tratamiento, la clave para arrastrar al paciente a un estado anterior de su desarrollo mental, “mucho antes de que la esquizofrenia y los comportamientos perturbados hicieran su aparición”. Igual que los halcones de la guerra que claman para bombardear países “hasta devolverlos a la Edad de Piedra”, Cameron creía que la terapia de *shock* era el método que arrojaría a sus pacientes de vuelta a la infancia, en una regresión absoluta. En un artículo que escribió en 1962 para una revista científica, describió el estado al que quería reducir a pacientes como Gail Kastner: “No solamente se produce una pérdida de la imagen espacio-tiempo, sino que también se pierde el sentido de que debería existir. Durante esta fase el paciente muestra una serie de síntomas diversos, como pérdida de un segundo idioma o de conciencia acerca de su estado civil. En formas más avanzadas, tal vez no pueda caminar sin apoyo, alimentarse o dé muestras de incontinencia urinaria y fecal. [...] Todos los aspectos de su función de memoria están gravemente afectados”.

Para “borrar la pauta” de sus pacientes, Cameron utilizó un instrumento relativamente nuevo, llamado Page-Russell, que administraba hasta seis descargas consecutivas en vez de una. Frustrado por el hecho de que sus pacientes seguían aferrándose a los retazos de sus personalidades originales, Cameron los desorientó aún más con anfetaminas, ansiolíticos y drogas alucinógenas: clorpromacina, barbitúricos, pentotal sódico, óxido de nitrógeno (el conocido “gas de la risa”), metanfetamina, Seconal, Nembutal,

Veronal, Melicone, Thorazine, largactil e insulina. Cameron escribió en un artículo en 1956 que gracias a estos fármacos, el paciente “se desinhibía y sus defensas se debilitaban”.

Una vez se completaba el proceso de “eliminación de las pautas” del paciente, y su anterior personalidad había sido satisfactoriamente borrada, el proceso de implantación de conducta podía empezar. Consistía en que Cameron hacía escuchar a los pacientes cintas grabadas con mensajes como: “Usted es una buena madre y una buena esposa, y la gente disfruta de su compañía”. En tanto que psicólogo conductista, creía que si sus pacientes se impregnaban de los mensajes grabados en la cinta, empezarían a comportarse de forma distinta.\*

Si Cameron no hubiera gozado de tanto poder en su campo, sus cintas de “implantación conductual” habrían sido tachadas de psicología barata. Tuvo la idea al ver un anuncio del cerebrófono, un fonógrafo que se colocaba en la mesilla de noche, con altavoces insertados en la almohada, y que sostenía ser “un método revolucionario para aprender idiomas durante el sueño”.

Con pacientes bajo estado de *shock* y drogados hasta un extremo vegetativo, éstos no podían sino escuchar los mensajes, durante dieciséis o veinte horas al día durante semanas. En una ocasión, Cameron le hizo escuchar a un paciente la cinta de forma ininterrumpida durante 101 días.

A mediados de los años cincuenta, varios investigadores de la CIA se interesaron por los métodos de Cameron. Era el principio de la histeria de la Guerra Fría, y la agencia acababa de lanzar un programa de operaciones encubiertas para investigar lo que llamaban “técnicas especiales de interrogación”. Un memorando desclasificado de la CIA explica que el programa “examinaba y analizaba numerosas técnicas de interrogación poco habituales, incluyendo el acoso psicológico y otros métodos como el aislamiento total, así como el uso de drogas y sustancias químicas”. El proyecto conoció el primer nombre en código de Bluebird, luego Proyecto Alcachofa y finalmente fue bautizado como MKUltra en 1953. Durante la siguiente década, MKUltra gastó más de veinticinco millones de dólares en busca de formas nuevas de romper la voluntad de un prisionero sospechoso de comunismo o de ser agente doble. Más de ochenta instituciones participaron en el programa, incluyendo cuarenta y cuatro universidades y doce hospitales.

Los agentes implicados tenían abundantes ideas y mostraban una notable creatividad en su celo por extraer información de personas que no deseaban compartirla. El problema era cómo comprobar la efectividad de esos métodos e ideas. Las actividades de los primeros años del Proyecto Bluebird y Alcachofa se parecen sospechosamente a esas escenas de una película de espías tragicómica en la que los agentes de la CIA se hipnotizan mutuamente y deslizan LSD en las bebidas de sus colegas para ver qué sucede (en al menos uno de los casos, un suicidio), por no mencionar la tortura de los sospechosos de pertenecer al espionaje ruso.

Las pruebas terminaron asemejándose más a unas macabras bromas propias de universitarios desatados en pleno fervor étílico que a experimentos propios de una investigación seria, y los resultados no aportaron la certidumbre científica que la agencia iba buscando. Para eso era necesario realizar pruebas con un mayor número de cobayas humanas, y así se intentó. Pero era demasiado arriesgado: si se descubría que la CIA estaba probando drogas peligrosas en suelo americano, existía la posibilidad de que se le diera carpetazo al programa. En ese punto entraron en escena los investigadores canadienses, y el interés de la CIA en sus actividades. El inicio de la relación se remonta al 1 de junio de 1951, en una reunión a tres bandas entre agencias de inteligencia de diversas nacionalidades y un grupo de científicos en el Ritz-Carlton de Montreal. El tema del encuentro era la creciente preocupación que sentía la comunidad internacional de las agencias de inteligencia occidentales ante la posibilidad de que los comunistas hubieran descubierto un método para “lavar el cerebro” de los prisioneros de guerra. El motivo de esa inquietud era que los soldados norteamericanos cautivos en Corea aparecían frente a las cámaras, al parecer cooperando, para denunciar el capitalismo y el imperialismo. Según las actas desclasificadas de esa reunión en el Ritz, los asistentes -Omond Solandt, presidente del Comité de Investigación para la Defensa canadiense; sir Henry Tizard, presidente del Comité de Investigación para la Defensa británico, así como dos representantes de la CIA - estaban convencidos de que las potencias occidentales debían descubrir urgentemente la forma en que los comunistas lograban arrancar esas impresionantes declaraciones de los soldados. El primer paso era llevar a cabo un “estudio clínico de casos reales” para analizar si los lavados de cerebro podían funcionar.

El objetivo declarado de esta investigación no era utilizar el control mental en los prisioneros, sino preparar a los soldados de las potencias occidentales para las técnicas coercitivas a las que podrían ser sometidos en caso de ser capturados.

Por supuesto, la CIA tenía otros intereses. Sin embargo, ni siquiera en una reunión confidencial y a puerta cerrada como la que se desarrolló en el Ritz, podía admitir abiertamente que le interesaba desarrollar métodos alternativos de interrogatorio. No después de las revelaciones acerca de los sistemas de tortura nazi que habían provocado un rechazo unánime en todo el mundo.

Uno de los asistentes a la reunión del Ritz era el doctor Donald Hebb, director del Departamento de Psicología en la Universidad McGill. Siempre según las actas desclasificadas, frente al misterio de las confesiones de los soldados capturados, Hebb especuló con la posibilidad de que los comunistas estuvieran manipulando a los prisioneros colocándolos en celdas aisladas e impidiéndoles el uso de los sentidos. Los jefes de inteligencia se quedaron muy impresionados, y tres meses después Hebb recibió una beca de investigación del Departamento de Defensa de Canadá, para llevar a cabo una serie de experimentos de privación sensorial. Hebb pagó veinte dólares a un grupo de sesenta y tres estudiantes de McGill para que se sometieran a aislamiento sensorial: encerrados en una habitación, con gafas oscuras, cascos con cintas de ruido monocorde, y tubos de cartón sobrepuestos a sus manos y pies para enturbiar su sentido del tacto. Durante días, los estudiantes flotaron en un mar vacío, sin ojos, orejas o manos que les orientaran, viviendo cada vez más intensamente al ritmo de los vaivenes de su imaginación. Para comprobar hasta qué punto la privación sensorial los hacía vulnerables al “lavado de cerebro”, Hebb empezó a pasarles cintas de voces que sostenían que los fantasmas existían, o que la ciencia era una superchería. Antes del experimento, los estudiantes habían declarado que no estaban de acuerdo con esas ideas.

En un informe confidencial acerca de los descubrimientos de Hebb, el Comité de Investigación para la Defensa llegó a la conclusión de que la privación sensorial claramente causaba un estado de confusión extrema, así como alucinaciones, en los sujetos del experimento. El informe seguía diciendo: “Se produce una reducción significativa y temporal de la capacidad intelectual durante e inmediatamente después del período de privación de la percepción”.

Además, la curiosidad estimulada de los estudiantes les hacía más receptivos a las ideas que enunciaban las cintas, y sorprendentemente varios de ellos desarrollaron una afición por las ciencias ocultas que duró varias semanas después de la finalización del experimento.

Era como si la privación sensorial hubiera borrado parcialmente sus mentes, y los estímulos sensoriales aplicados durante el proceso hubieran reescrito sus pautas de conducta.

La CIA recibió una copia del principal estudio de Hebb, y también se enviaron cuarenta y un y cuarenta y dos ejemplares para la Armada y el Ejército de Estados Unidos, respectivamente. La CIA también controlaba los experimentos a través de uno de los ayudantes de Hebb, Maitland Baldwin. Éste, sin saberlo Hebb, informaba directamente a la agencia. El vivo interés de la CIA no resultaba nada sorprendente: como mínimo, Hebb había demostrado que un período de aislamiento intensivo podía llegar a interferir en la capacidad de pensar claramente y hacía que las personas se inclinaran con más facilidad ante las sugerencias o indicaciones de sus captores. Eran ideas que no tenían precio para un interrogador. Hebb finalmente se dio cuenta de que los frutos de su investigación tenían un enorme potencial, y que no solamente podían emplearse para la protección de los soldados capturados, sino también como un protocolo para la tortura psicológica. En la última entrevista que concedió en 1985, antes de fallecer, Hebb declaró: “Cuando enviamos nuestro informe al Comité de Investigación para la Defensa comprendimos que estábamos describiendo unas técnicas de interrogatorio cuya potencia era tremenda”.

El informe de Hebb indicaba que cuatro de los estudiantes “comentaron espontáneamente que el propio experimento era una forma de tortura”, lo que equivalía a decir que si les obligaba a permanecer en el marco del estudio más allá de su umbral de resistencia -dos o tres días- estaría violando la ética médica. Consciente de las limitaciones que eso impondría en el experimento, Hebb escribió que no podía obtener “resultados más depurados” porque “no es posible obligar a los sujetos a permanecer de treinta a sesenta días en condiciones de privación sensorial”.

Quizá no era posible para Hebb, pero su colega en McGill y archirrival académico, el doctor Ewen Cameron, no tenía ningún problema. (En un momento de franqueza, Hebb tildó a Cameron de “criminalmente estúpido”). Cameron ya estaba convencido de que la destrucción violenta de las mentes de sus pacientes era el primer paso necesario para que



emprendieran su viaje de regreso a la salud mental, y por lo tanto no constituía una violación del juramento hipocrático. En cuanto al tema de la autorización del paciente, tampoco era un problema. Estaban a su merced, pues el formulario estándar de ingreso en el hospital prácticamente confería a Cameron un poder absoluto para dictaminar el tratamiento requerido. Incluso podía recomendar una lobotomía total.

Aunque había estado en contacto con la agencia durante años, Cameron obtuvo su primera beca de la CIA en 1957, a través de una organización pantalla denominada Sociedad para la Investigación de la Ecología Humana. A medida que los dólares de la CIA fueron a parar a las arcas del Alian Memorial Institute, éste se parecía más y más a una prisión macabra y menos a un hospital.

El primer cambio consistió en incrementar brutalmente la dosis de electroshocks. Los dos psiquiatras que inventaron la polémica máquina Page-Russell recomendaban cuatro tratamientos por paciente, con un total de veinticuatro *shocks* individuales. Cameron empleó la máquina en sus pacientes dos veces al día durante treinta días, alcanzando la escalofriante cifra de 360 descargas por paciente, mucho más de lo que Gail y otros pacientes al principio habían recibido. Añadió más drogas experimentales al cóctel que recibían, ya de por sí explosivo; a la CIA le interesaban particularmente las que alteraban la percepción sensorial, como el LSD y la fenciclidina.

También añadió otras armas a su arsenal de manipulación mental: privación sensorial e incremento de la duración de los ciclos de sueño, un doble proceso que, según él, “reduciría las defensas del sujeto”, haciéndolo más receptivo a los mensajes de las cintas. Gracias a la financiación de la CIA, Cameron convirtió los antiguos establos de la parte posterior del hospital en espacios individuales de aislamiento. También remodeló el sótano cuidadosamente, construyendo una habitación que denominó la “celda de aislamiento”. La estancia se insonorizó, aunque instaló altavoces para emitir ruido blanco, un sonido monocorde permanente. Eliminó la iluminación y cada paciente recibió un par de anteojos oscuros y “tapones de goma” para las orejas. Sus brazos y piernas fueron forrados con tubos de cartón, “impidiendo que los sujetos toquen su propio cuerpo, y logrando así interferir en la percepción que tienen de su propio cuerpo”, tal y como Cameron describió en un artículo publicado en 1956. Pero en lugar de someter a los sujetos a un par de días de privación sensorial intensa, como

los estudiantes de Hebb que no pudieron aguantar más, Cameron los obligó a permanecer en ese estado durante semanas. Uno de ellos se pasó treinta y cinco días en la celda de aislamiento.

Otro de los experimentos de Cameron con los sentidos de sus pacientes tenía lugar en la sala del sueño, donde se les mantenía en un estado de duermevela a base de fármacos y drogas, durante veinte o veintidós horas al día, con enfermeras turnándose cada dos horas con el único propósito de evitar llagas, alimentar a los pacientes y aliviar sus necesidades urinarias y fecales. Los pacientes permanecían en dicho estado de quince a treinta días, aunque Cameron informó que “algunos pacientes han superado los sesenta y cinco días de sueño continuo”. El personal del hospital tenía instrucciones de no permitir que los pacientes les dirigieran la palabra. Tampoco debían darles ninguna información acerca del tiempo que iban a permanecer en la habitación. Para asegurarse de que nadie lograra escapar de esa pesadilla, Cameron administró a un grupo de pacientes pequeñas dosis de curare, droga que provoca una parálisis física, convirtiéndolos, literalmente, en prisioneros de sus propios cuerpos.

En un artículo publicado en 1960, Cameron afirmaba que “existen dos principales factores que nos permiten mantener una imagen espacial y temporal”. Es decir, que nos permiten saber quiénes somos y dónde estamos. Esas dos fuerzas son “a) una fuente continuada de información sensorial y b) nuestra memoria”. Gracias al electroshock, Cameron aniquilaba la memoria; mediante las celdas de aislamiento, destruía todo origen de información sensorial.

Estaba decidido a forzar la completa pérdida de sentidos en sus pacientes, hasta que no supieran dónde estaban ni quiénes eran. Cuando se dio cuenta de que algunos pacientes conseguían saber la hora que era gracias a las comidas diarias, Cameron ordenó a la cocina del centro que mezclara los platos y las horas: servían sopa para desayunar y leche con cereales para cenar. “Al variar los intervalos y cambiar el menú esperado pudimos romper el ciclo horario de alimentación que los pacientes habían desarrollado”, informaba Cameron con satisfacción. Aun después de aquello, descubrió que a pesar de sus esfuerzos un paciente conservaba una leve conexión con el mundo exterior gracias al “ligero murmullo” de los motores de un avión que sobrevolaba el hospital cada mañana, a las nueve.

Para cualquier persona que esté familiarizada con los testimonios de gente que ha sobrevivido a la tortura, este detalle es desgarrador. Cuando

les preguntan a los prisioneros cómo pudieron sobrevivir durante meses o incluso años de aislamiento, a menudo hablan de cómo oían el lejano tañido de las campanas de una iglesia, o la llamada del imán a la mezquita, o las risas de los niños jugando en un parque cercano. Cuando la vida se reduce a las cuatro paredes de una celda, el ritmo de los sonidos del exterior es una especie de cuerda salvavidas, la prueba de que el prisionero aún es humano, de que existe un mundo más allá de la tortura. “Escuché a los pájaros cantar al amanecer cuatro veces, fuera. Así es como sé que fueron cuatro días”, dijo un superviviente de la última dictadura uruguaya, recordando un período de detención y tortura particularmente brutal. La mujer anónima en el sótano del Alian Memorial Institute, esforzándose por oír el distante motor de un avión en medio de una neblina de oscuridad, drogas y descargas eléctricas, no era una paciente en manos de un médico. Era, a todos los efectos, una prisionera que estaba siendo torturada.

Existen varios indicios de que Cameron sabía perfectamente que estaba simulando un proceso de tortura real y que, en tanto que acérrimo anticomunista, disfrutaba de la idea de que su programa y sus pacientes formaban parte de la Guerra Fría. En una entrevista concedida a una popular revista en 1955, comparó abiertamente a sus pacientes con prisioneros de guerra enfrentados a un interrogatorio hostil, diciendo que “al igual que los capturados por los comunistas, solían resistirse [al tratamiento] y había que romper su voluntad”. Un año más tarde, escribió que el objetivo de eliminar las pautas conductuales era “la erradicación de las defensas del individuo” y señalaba que “el proceso es análogo al sometimiento de un sujeto bajo interrogatorio continuo”.

Hacia 1960, Cameron dictaba conferencias acerca de sus investigaciones sobre la privación sensorial, no solamente a otros psiquiatras, sino también a públicos militares. En una charla en la base aérea Brooks, en Texas, afirmó que no estaba curando la esquizofrenia, sino que más bien “la privación sensorial genera los mismos síntomas iniciales que la esquizofrenia: alucinaciones, ansiedad aguda, pérdida de contacto con la realidad”. En las notas que acompañan al texto de la conferencia, menciona la administración de una “sobrecarga de información” a renglón seguido de la privación sensorial, una referencia a su empleo de las descargas eléctricas y los bucles interminables de cintas con repetición de mensaje. Era una anticipación de las tácticas de interrogación que habrían de llegar en el futuro.

El trabajo de Cameron recibió financiación de la CIA hasta 1961, y durante varios años el destino de sus investigaciones y el uso que el gobierno de los Estados Unidos le dio permaneció en un claroscuro. A finales de los años setenta y ochenta, cuando por fin se abrió una investigación en el Senado acerca de la participación de la CIA en dichos experimentos y la relación financiera entre la agencia y los investigadores, y más tarde, durante las revolucionarias demandas de los pacientes contra la CIA, los periodistas y los legisladores tendían a aceptar la versión de la CIA: que se había interesado en las técnicas de lavado de cerebro con el fin de proteger la salud mental de los prisioneros de guerra norteamericanos. La mayor parte de la prensa se concentró en los aspectos sensacionalistas, y destacó que el gobierno había financiado experimentos con drogas alucinógenas. En realidad, cuando el verdadero escándalo estalló, se puso de manifiesto que la CIA y Ewen Cameron habían destrozado con absoluta impunidad las vidas de los pacientes, sin ningún resultado mínimamente válido. Las investigaciones parecían inútiles: todo el mundo sabía que el lavado de cerebro era un mito de la Guerra Fría. Por su parte, la CIA fomentó esta visión del asunto, pues prefirió ser el bufón de una tragicomedia de payasos de ciencia ficción, en lugar de los culpables financieros que habían permitido que una respetable universidad se convirtiera en un laboratorio de tortura, muy eficiente por cierto. Cuando John Gittinger, el psicólogo de la CIA que se puso en contacto con Cameron por primera vez, se vio obligado a testificar frente al Senado, declaró que el apoyo a Cameron había sido “un estúpido error. [...]

Un terrible error”. Al ser preguntado durante las sesiones de la investigación del Senado por qué ordenó destruir todos los archivos de un programa que había costado veinticinco millones de dólares, el antiguo director de MKUltra, Sydney Gottlieb, afirmó que “el proyecto MKUltra no había obtenido ningún resultado positivo o útil para la agencia”.

En las informaciones publicadas sobre MKUltra en los años ochenta, tanto en las pesquisas oficiales como en la prensa general o los libros escritos sobre el programa, se sigue hablando de los experimentos como “técnicas de control mental” o “lavado de cerebro”. La palabra “tortura” apenas se utiliza.

## LA CIENCIA DEL MIEDO

En 1988, *The New York Times* publicó un valiente reportaje sobre la implicación de los Estados Unidos en la tortura y los asesinatos que habían tenido lugar en Honduras.

Florencio Caballero, un interrogador hondureño miembro del brutal y famoso Batallón 3-16, reveló al periódico que él y veinticuatro de sus compañeros habían viajado a Texas y que la CIA les había entrenado. “Nos enseñaron tácticas psicológicas: cómo estudiar el miedo y las debilidades de un prisionero. Hacer que se levantara y se quedara de pie, no dejarle dormir, desnudarlo y aislarlo, poner ratas y cucarachas en su celda, darle comida podrida, incluso animales muertos, arrojarle agua fría a la cara, cambiar la temperatura de su entorno”. Se olvidó de una técnica: el electroshock. Inés Murillo, una presa de veinticuatro años que fue “interrogada” por Caballero y sus compañeros, dijo al Times que recibió numerosas descargas eléctricas y que “gritaba y gritaba y me desmayaba del *shock*. Los gritos sencillamente brotan de ti”, afirmaba. “Olía a quemado y me daba cuenta de que era mi piel, a causa de las descargas. Dijeron que me torturarían hasta que me volviera loca. No les creí. Pero entonces me abrieron las piernas y conectaron los electrodos a mis genitales”. Murillo también declaró que había alguien más en la estancia: un norteamericano que les pasaba las preguntas a sus interrogadores, y al que los demás llamaban “señor Mike”.

Las revelaciones publicadas en el periódico terminaron en una investigación en el Comité de Inteligencia del Senado, donde el director adjunto de la CIA, Richard Stolz, confirmó que “Caballero efectivamente asistió a un curso de explotación de recursos humanos de la CIA, también conocido como curso de interrogación”. The Baltimore Sun interpuso una solicitud de información al amparo de la Freedom of Information Act para obtener el material del curso utilizado para entrenar a gente como Caballero.

Durante mucho tiempo la CIA se negó a entregarlo.

Finalmente, bajo amenaza de una demanda, y nueve años después de la publicación del artículo, la CIA hizo público un manual titulado Kubark Counterintelligence Information.

Según *The New York Times*, “Kubark” es un criptograma codificado. Ku, una sílaba al azar y bark es el nombre secreto de la agencia en aquellos tiempos. Informes más recientes han especulado con la posibilidad de que

ku se refiera a un país en concreto, o una operación encubierta o clandestina determinada. El texto era un manual secreto de 128 páginas de extensión acerca de las técnicas de “interrogación de fuentes no colaboradoras”, que se nutre principalmente de la investigación encargada por MKUltra.

Se adivina la huella de los experimentos de Ewen Cameron y Donald Hebb sobre privación sensorial en todo el documento. Los métodos van desde la consabida privación sensorial hasta posiciones de estrés, capuchas y técnicas para infligir dolor. (El manual advierte de entrada que muchas de estas tácticas son ilegales e indica a los interrogadores que deben obtener “la aprobación previa de sus cuarteles generales [...] en los casos siguientes: 1) Si va a infligirse un daño físico. 2) Si se van a emplear métodos o materiales médicos, químicos o eléctricos para obtener la obediencia del sujeto”).

El manual está fechado en 1963, el último año de funcionamiento del programa MKUltra y dos años después de que la CIA dejara de financiar los experimentos de Cameron. El texto afirma que si las técnicas se utilizan debidamente, “destruirán la capacidad de resistencia” de una fuente no colaboradora. Este es, en definitiva, el verdadero propósito de MKUltra: más allá de la investigación acerca de los lavados de cerebro (que sólo era un proyecto colateral), el objetivo era diseñar un sistema basado en premisas científicas para extraer información de las “fuentes no colaboradoras”. En otras palabras, tortura.

En la primera página del manual, se puede leer que los métodos de interrogación descritos están basados en “amplias investigaciones, incluyendo pruebas clínicas llevadas a cabo por especialistas en campos relacionados”.

Representa una nueva era de tortura precisa y refinada.

Nada que ver con el tormento sangriento e inexacto que había sido estándar desde la Santa Inquisición. A modo de prefacio, el manual insiste: “El servicio secreto de inteligencia que es capaz de aportar conocimientos pertinentes y modernos que arrojen luz sobre los problemas de nuestro tiempo goza de una increíble ventaja, y va muy por delante del servicio de información que lleva a cabo sus operaciones encubiertas con estrategias propias del siglo pasado. [...] Ya no es posible hablar seriamente de los métodos de interrogación sin hacer referencia a la investigación psicológica que se ha llevado a cabo durante la última década”. Sigue un completo

manual paso a paso sobre cómo dismantelar la personalidad de un ser humano.

El libro también incluye una extensa sección sobre privación sensorial que habla de “una serie de experimentos llevados a cabo en la Universidad McGill ”. Describe cómo deben construirse las celdas de aislamiento y señala que “la privación de estímulos sensoriales induce un estado de regresión en el sujeto, pues impide que su mente esté en contacto con el mundo exterior, forzándole a introvertirse.

Al mismo tiempo, un suministro calculado de estímulos durante la interrogación hace que el sujeto vea al interrogador como a una figura paterna durante su estado de regresión”.

La Freedom of Information Act que amparó la petición del Baltimore Sun también descubrió una versión actualizada del manual, publicada por primera vez en 1983, para ser utilizada en Latinoamérica. “La ventana de la celda debe situarse en un punto elevado de la pared, con posibilidad de bloquear la luz”, afirma.\*

La versión de 1983 está claramente diseñada para dar una clase, pues cuenta con cuestionarios de preguntas y respuestas para autoevaluación. También contiene amigables recordatorios: “Recuerda siempre que debes empezar cada sesión con baterías nuevas”.

Precisamente lo que Hebb temió: que se utilizaran sus experimentos en privación sensorial como “técnicas de interrogación de tremendo alcance”. Pero fue la labor de Cameron, y su receta para romper la “imagen tiempo-espacio”, lo que conforma el espíritu de la fórmula Kubark.

El manual describe varias de las técnicas desarrolladas para romper la pauta de conducta de los pacientes en un sótano del Alian Memorial Institute: “El principio es que las sesiones deberían planificarse con el fin de erradicar la noción de orden cronológico del sujeto. [...] Algunos de los interrogados pueden volver a un estado de regresión si se realiza una manipulación persistente del tiempo, retrasando o adelantando los relojes y llevando la comida a horas desacostumbradas, diez minutos antes o después de la última ingesta. El día y la noche se mezclan y se confunden”.

Lo que fascinó a los autores de Kubark, más que las técnicas individuales, fue el enfoque de Cameron en la regresión, la idea de que al privar a una persona de la noción de quién es y dónde está, en el tiempo y el espacio, los adultos vuelven a ser niños indefensos, dependientes de otros, cuyas mentes son tablas rasas abiertas a la sugestión. Una y otra vez, el

autor o autores del texto se recrea en esa idea: “Todas las técnicas utilizadas para quebrar la obstinación de un prisionero, el espectro completo que va desde el simple aislamiento hasta la hipnosis y los narcóticos, son esencialmente métodos para agilizar el proceso de regresión. A medida que el interrogado se desliza hacia un estado de infantilismo, su personalidad adquirida o estructurada se derrumba”. En ese instante, el prisionero se sumerge en un estado de “*shock* psicológico” o “animación suspendida” del que ya hemos hablado. Es el dulce momento del interrogador, cuando “la fuente está lista para la sugestión y abierta a la cooperación”.

Alfred W. McCoy, un historiador de la Universidad de Wisconsin que ha documentado la evolución de las técnicas de tortura desde la Inquisición hasta nuestros días en su libro *A Question of Torture: CIA Interrogation from the Cold War to the War on Terror*, describe las instrucciones del manual Kubark para la privación sensorial y la sobrecarga sensorial subsiguiente como “la primera revolución real en la cruel ciencia del dolor que ha habido en más de tres siglos”. Según McCoy, esa revolución no habría tenido lugar sin los experimentos McGill en los años cincuenta.

“Prescindiendo de sus extravagantes excesos, los experimentos del doctor Cameron, que bebían de las investigaciones pioneras del doctor Hebb, sentaron las bases del método de tortura psicológica en dos fases diseñado por la CIA”.

En todos los territorios donde el método Kubark se ha enseñado surgen los mismos modelos de comportamiento, diseñados para inducir, profundizar y mantener el estado de *shock* en el prisionero. A los prisioneros se los captura de la forma más desorientadora y confusa posible, a última hora de la noche o en veloces operaciones al amanecer, tal y como indica el manual. Inmediatamente se les pone una capucha o les ponen un trapo encima de los ojos. Les desnudan y reciben una paliza. Luego son sometidos a algún tipo de privación sensorial. Y desde Guatemala a Honduras, de Vietnam a Irán, desde las Filipinas a Chile, el empleo de las descargas eléctricas es omnipresente.

Por supuesto, no todo responde a la influencia de Cameron o del programa MKUltra. La tortura siempre funciona como una improvisación, una combinación de la técnica aprendida y del instinto humano para la brutalidad que se desata siempre que reina la impunidad. A mediados de los años cincuenta, los soldados franceses empleaban el electroshock de forma



rutinaria en Argelia contra los rebeldes, en sesiones en las que a menudo les acompañaban psiquiatras. Durante esa época, algunos jefes militares franceses impartieron seminarios en una escuela militar de Estados Unidos especializada en la “contrainsurgencia”, situada en Fort Bragg, en Carolina del Norte. Allí entrenaron a los estudiantes, compartiendo las técnicas utilizadas en Argelia. Sin embargo, también está claro que el especial modelo de Cameron, que combinaba dosis masivas de *shock*, no solamente con el fin de provocar dolor, sino específicamente para eliminar la personalidad del detenido, causó una honda impresión en la CIA. En 1966, la agencia envió a tres psiquiatras a Saigón, armados con una máquina Page-Russell. Fue empleada tan agresivamente que varios prisioneros murieron durante los interrogatorios. Según McCoy, “de hecho estaban comprobando, bajo condiciones reales, si las técnicas de modificación de conducta de Ewen Cameron desarrolladas en McGill podían alterar el comportamiento humano de veras”.

Para los oficiales de inteligencia estadounidenses, ese enfoque práctico no era lo habitual. Desde los años setenta, el papel de los agentes norteamericanos era el de mentor o entrenador, no el de interrogador directo. Los testimonios de los supervivientes de la tortura en Centroamérica de los años setenta y ochenta están plagados de referencias a misteriosos hombres que hablaban inglés y entraban y salían de las celdas, proponiendo preguntas u ofreciendo consejos. Dianna Ortiz, una monja norteamericana que fue secuestrada y encarcelada en Guatemala en 1989, ha testificado que los hombres que la violaron y la quemaron con cigarrillos se dirigían a otro hombre que hablaba español con un fuerte acento americano, y se referían a él como su “jefe”. Jennifer Harbury, cuyo marido fue torturado y asesinado por un oficial guatemalteco a sueldo de la CIA, ha realizado una importante labor de documentación en su libro *Truth, Torture and the American Way*.

Aunque Washington y sus sucesivas administraciones aprobaban estas operaciones, el papel de los Estados Unidos en las guerras sucias tenía que ser encubierto, por razones obvias. La tortura, ya sea física o psicológica, viola claramente la Convención de Ginebra, que prohíbe “cualquier forma de tortura o de crueldad”, así como el propio Código de Justicia Militar del ejército de los Estados Unidos afirma que no deben realizarse actos de “crueldad” u “opresión” contra los presos. El manual *Kubark* advierte a los lectores en la página 2 que sus técnicas comportan la posibilidad de

“posteriores demandas judiciales”, y la versión de 1983 es aún más directa: “El uso de la fuerza, tortura mental, amenazas, insultos o la exposición a un trato desagradable o inhumano bajo cualquiera de sus formas, como apoyo a una labor de interrogación, están prohibidos por la ley, tanto internacional como nacional”.

Sencillamente, lo que enseñaban era ilegal y debía permanecer en secreto por su naturaleza. Si alguien preguntaba, los agentes estadounidenses estaban supervisando el aprendizaje de sus estudiantes de países en vías de desarrollo. ¿La materia? Técnicas avanzadas de interrogación policial. Ellos no eran responsables de los “excesos” que se producían fuera del horario escolar.

El 11 de septiembre de 2001, ese sempiterno esfuerzo por negar plausiblemente la realidad se esfumó. El ataque terrorista contra las Torres Gemelas y el Pentágono era un *shock* distinto de los que habían imaginado los autores de Kubark, pero sus efectos fueron notablemente similares: profunda desorientación, miedo y ansiedad agudas, y una regresión colectiva. Como el interrogador que adopta la “figura paterna”, la administración Bush se apresuró a jugar con ese miedo para desempeñar el papel del padre protector, dispuesto a defender “la patria” y su pueblo vulnerable por todos los medios que fueran necesarios. El cambio en la política de Estados Unidos, que se resume en la desgraciadamente conocida declaración del vicepresidente Dick Cheney acerca de trabajar “el lado oscuro”, no significó que esta administración abrazara tácticas que habrían repelido a sus antecesores, más compasivos y humanos (como demasiados demócratas han afirmado, invocando lo que el historiador Garry Wills llama el especial mito americano de la “pureza original”). Más bien, la revolución es que anteriormente estas operaciones se llevaban a cabo a distancia suficiente como para negar todo conocimiento de las mismas. Ahora, se realizarían directamente y la administración las defendería abiertamente.

A pesar de todo el debate acerca de la tortura “privatizada”, en manos de proveedores externos, la verdadera innovación de la administración Bush es que la ha internalizado, torturando a prisioneros en instalaciones estadounidenses, con sesiones de tortura dirigidas o gestionadas por norteamericanos. Los presos llegan a las instalaciones mediante “extraditaciones extraordinarias” desde terceros países, transportados por aviones norteamericanos. Ésa es la diferencia del régimen de Bush: después de los ataques del 11 de septiembre, se atrevió a pedir el derecho a torturar

sin vergüenza alguna. Eso ponía a la administración en una posición delicada, pues podía ser objeto de una investigación criminal, problema que soslayó cambiando la legislación. La cadena de acontecimientos es de todos conocida: el entonces secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, siguiendo órdenes de George W. Bush, decretó que los presos capturados en Afganistán no entraban en el marco de la Convención de Ginebra porque eran “combatientes enemigos”, no prisioneros de guerra, un punto de vista corroborado por la Oficina Legal de la Casa Blanca y su director, Alberto Gonzales (más tarde ascendido a fiscal general del Estado)\*. Luego, Rumsfeld aprobó una serie de técnicas de interrogación especiales para la guerra contra el terror. Incluían los métodos descritos por los manuales de la CIA: “celdas de aislamiento durante un máximo de treinta días; privación sensorial de luz y estímulos auditivos”; “puede cubrirse la cabeza del detenido con una capucha durante su desplazamiento e interrogatorio”; “permiso para retirarle la ropa” y “explotar las fobias individuales de los detenidos (como el miedo a los perros) para causarle estrés”.

Según la Casa Blanca, la tortura seguía estando prohibida, pero para que ahora se considerase tortura, el dolor infligido debía ser “equivalente en intensidad al dolor que provoca una herida física de gravedad, como un fallo o insuficiencia de los órganos”.

Según estas nuevas regulaciones, el gobierno estadounidense era libre de emplear los métodos desarrollados durante los años cincuenta en innumerables operaciones encubiertas, secretismos y desmentidos, sólo que ahora podía utilizarlas a plena luz del día, sin miedo a la persecución legal. Así, en febrero de 2006, el Comité de Inteligencia Científica, un brazo consultor de la CIA, publicó un informe escrito por un veterano interrogador del Departamento de Defensa. Declaraba abiertamente que era imprescindible una “cuidadosa lectura del manual Kubark para cualquier participante en un interrogatorio”.

Presionada por los legisladores del Congreso y del Senado, así como por el Tribunal Supremo, la administración Bush se vio obligada a moderar ligeramente su postura cuando el Congreso aprobó la Ley de Comisiones Militares en el año 2006. Pero aunque la Casa Blanca utilizó la nueva ley para argumentar que había abandonado la práctica de la tortura, en realidad existían numerosos vacíos legales que permitían a la CIA y otros agentes privados el uso de las técnicas Kubark de privación sensorial y sobrecarga

mental, así como otras técnicas “creativas” que incluían la escenificación y simulación del ahogamiento del detenido (“water-boarding”).

Antes de firmar la ley, Bush incluyó una “declaración de firmado” estableciendo su derecho a “interpretar el sentido y la aplicación de la Convención de Ginebra” según su criterio. *The New York Times* describió este documento como “la reescritura unilateral de más de doscientos años de tradición legislativa y Derecho”.

Una de las primeras personas que tuvo que hacer frente a este nuevo orden fue el ciudadano estadounidense, y antiguo miembro de una pandilla urbana, José Padilla. Fue arrestado en mayo de 2002 en el aeropuerto O'Hare de Chicago, acusado de intentar construir una “bomba sucia”.

En lugar de presentar cargos y procesarle por los cauces que ofrecía el sistema legal, Padilla fue considerado combatiente enemigo, lo que le privó de todos sus derechos. Le transportaron hasta una prisión de la Armada en Charleston, en Carolina del Sur. Padilla afirma que le inyectaron una droga, que cree pudiera ser LSD o PCP, y le sometieron a una intensa sesión de privaciones sensoriales: la celda era estrecha y las ventanas estaban tapadas para no dejar pasar la luz. No le permitían acceder a relojes o calendarios. Sólo salía de su celda con cadenas, los ojos vendados y cascos para impedir la percepción de cualquier sonido. Padilla pasó 1.307 días en esas condiciones, sin acceso a ningún contacto humano excepto el de sus interrogadores. Durante las sesiones de interrogación, éstos bombardeaban los abotargados sentidos de Padilla con una descarga de luces y sonidos martilleantes.

Padilla por fin recibió la oportunidad de presentarse frente a un tribunal en diciembre de 2006, aunque las acusaciones relativas a la bomba sucia, por las cuales le habían arrestado, no prosperaron. Le acusaron de mantener contacto con terroristas, pero apenas pudo defenderse.

Según el testimonio de los expertos, las técnicas de regresión modeladas por Cameron habían tenido un rotundo éxito, y habían destruido el adulto en él, precisamente el objetivo para el que fueron diseñadas. “La tortura intensiva que ha sufrido el señor Padilla le ha dañado física y mentalmente”, afirmó su abogado. “El trato del gobierno hacia el señor Padilla le ha privado de su ser personal, de su más íntima identidad”. Un psiquiatra que lo entrevistó llegó a la conclusión de que “el acusado carece de la capacidad de colaborar en su propia defensa”. Sin embargo, el juez del tribunal, nombrado por la administración Bush, insistió en que Padilla

estaba capacitado para someterse a juicio. El hecho de que se llevara a cabo ese juicio, en público, convierte al caso Padilla en algo extraordinario. Miles de prisioneros detenidos en prisiones a cargo del gobierno estadounidense -y que a diferencia de Padilla no eran ciudadanos norteamericanos- han sufrido el mismo régimen de tortura, sin la posibilidad de un juicio público en los tribunales civiles.

Muchos languidecen en Guantánamo. Mamduh Habib, un australiano encarcelado allí, declara que “Guantánamo es un experimento [...] y el lavado de cerebro es el objetivo de ese experimento”. Ciertamente, de los testimonios, informes y fotografías que se han filtrado de Guantánamo, se desprende la sensación de que el Allan Memorial Institute de los años cincuenta se ha teletransportado a Cuba. Al ingresar en la cárcel, se les coloca una capucha a los detenidos, anteojos oscuros y pesados cascos que les privan de escuchar sonidos, ver imágenes o conservar nociones espacio-temporales. Les dejan aislados en sus celdas durante meses, y sólo salen para recibir un bombardeo de ruidos, como ladridos de perros, luces centelleantes y grabaciones sin pausa de bebés llorando, música a toda potencia y maullidos de gatos.

Para muchos prisioneros, los efectos de estas técnicas han sido los mismos que se obtenían en el Allan en los años cincuenta: una regresión total y absoluta. Un detenido liberado, ciudadano británico, les dijo a sus abogados que toda una sección del centro, el Bloque Delta, está reservada para “al menos unos cincuenta” detenidos que han caído en un estado de alucinación permanente. Una carta desclasificada del FBI al Pentágono describe a un prisionero de alto valor estratégico que fue “sometido a aislamiento intenso durante más de tres meses” y que “empezaba a dar muestras de un comportamiento propio del trauma psicológico agudo (habla con gente imaginaria, afirma haber oído voces, y se encorva en la celda cubriéndose con la sábana durante horas y horas)”. James Yee, un clérigo musulmán retirado del ejército que trabajaba en Guantánamo, ha descrito a los prisioneros del Bloque Delta, afirmando que presentaban los síntomas clásicos de la regresión extrema. “Me detenía a hablar con ellos, y me respondían con voces infantiles, soltando una sarta de incoherencias. Muchos de ellos canturreaban canciones de cuna, chillando incluso, repitiendo las estrofas una y otra vez. Otros se erguían sobre la cama metálica y se comportaban como niños. Me recordaban al Rey de la Montaña, juego con el que solía pasar el rato con mis hermanos cuando

éramos pequeños”. La situación empeoró notablemente en enero de 2007, cuando 165 prisioneros fueron trasladados a una nueva ala del centro, conocida como Campamento Seis, donde las celdas de aislamiento de acero no permitían ningún contacto humano. Sabin Willett, abogado que representa a varios prisioneros de Guantánamo, advirtió que si la situación seguía así, “terminarán gestionando un asilo de lunáticos”.

Los grupos en pro de los derechos humanos señalan que Guantánamo, a pesar de lo horrible que pueda parecer, es en realidad uno de los centros de interrogación gestionados por Estados Unidos y fuera del marco jurídico más flexible y abierto a investigación. Admiten una relativa labor de control por parte de la Cruz Roja y los abogados. Por todo el mundo, un número indeterminado de prisioneros han desaparecido en la red de “puntos negros” que constituyen las prisiones estadounidenses situadas y controladas en territorio extranjero, o bien se los ha tragado la tierra durante los procesos de extradición. Los pocos que han sobrevivido a esa pesadilla afirman haber sufrido todo el arsenal de las tácticas de choque Cameron.

El clérigo italiano Hasan Mustafá Osama Nasr fue secuestrado en las calles de Milán por un grupo de operativos de la CIA y de la policía secreta italiana. “No tenía ni idea de lo que sucedía”, escribió más tarde.

“Empezaron a darme golpes en el estómago y por todo el cuerpo. Me envolvieron la cabeza con cinta adhesiva, y cortaron aberturas en la boca y la nariz para que pudiera respirar”. Le llevaron a Egipto, donde vivió en una celda sin luz, con “cucarachas y ratas arrastrándose por mi cuerpo” durante catorce meses. Nasr permaneció encarcelado en Egipto hasta febrero de 2007, pero logró sacar al exterior una carta de once páginas escrita a mano en donde detallaba los abusos que sufría.

Escribió que le sometieron repetidas veces a electroshocks.

Según un artículo de *The Washington Post*, “le ataban a una plancha de hierro conocida como "La novia" y le conectaban electrodos al cuerpo. La estructura reposaba sobre un colchón mojado en el suelo. Mientras un interrogador se sentaba en una silla de madera que descansaba en los hombros del prisionero, otro apretaba un botón y enviaba descargas eléctricas que recorrían los muelles del colchón y la plancha”. También le aplicaron descargas en los testículos, según denunció Amnistía Internacional.

Hay motivos para creer que el uso de torturas con descargas eléctricas en prisioneros del gobierno estadounidense no es un caso aislado, hecho

que suele soslayarse en casi todos los debates que tratan de dirimir si Estados Unidos está practicando tortura o si es mera “creatividad interrogadora”. Jumah al-Dossari, un prisionero de Guantánamo que ha intentado suicidarse más de una docena de veces, le dijo a su abogado que durante su detención en Kandahar, bajo custodia norteamericana, “el interrogador trajo un aparato parecido a un teléfono móvil, que en realidad generaba descargas eléctricas.

Empezó a aplicármelo en cara, espalda, miembros y genitales”.

Y Murat Kurnaz, originario de Alemania, tuvo que pasar por situaciones parecidas en otra prisión en Kandahar, también bajo control estadounidense. “Fue al principio, así que no había prácticamente ninguna regla.

Tenían derecho a hacerte de todo. Solían darnos palizas regularmente. Utilizaron descargas eléctricas. También me hundían la cabeza en el agua durante las sesiones”.

## ***EL FRACASO DE LA RECONSTRUCCIÓN***

Al final de nuestra primera entrevista, le pedí a Gail Kastner que me hablara un poco más de sus “sueños eléctricos”.

Me dijo que a menudo sueña con filas de pacientes entrando y saliendo de un estado onírico inducido por las drogas. “Oigo los gemidos, los gritos, los gruñidos, voces diciendo "no, no, no". Recuerdo cómo era despertarse en esa habitación. Cubierta de sudor, mareada, las náuseas, los vómitos. Y esa extraña sensación en mi cabeza. Como si tuviera una masa amorfa en su lugar”. Mientras hablaba, Gail parecía estar muy lejos, hundida en su sillón azul, sus palabras casi sin aliento. Entrecerró los párpados, y pude ver sus ojos moviéndose con rapidez. Se puso la mano en la sien derecha y dijo con una voz cargada y soñolienta:

“Tengo un flashback. Tiene que distraerme. Cuénteme cómo está Irak. Dígame lo mal que va”.

Me devané los sesos para recordar una historia apropiada para ese extraño momento y se me ocurrió algo relativamente inocente acerca de la

vida en la Zona Verde.

El rostro de Gail se relajó lentamente, y su respiración se hizo más pesada. De nuevo sus ojos azules me miraban fijamente.

- Gracias -dijo-. Era un flashback.

- Lo sé.

- ¿Cómo lo sabe?

- Porque usted me lo dijo.

Se inclinó y escribió algo en un pedazo de papel.

Después de dejar a Gail esa tarde, seguí reflexionando sobre lo que no le había contado cuando me pidió que le hablara de Irak. Lo que hubiera deseado decirle, pero no pude: que ella me recordaba a Irak. No podía evitar pensar en lo que le había sucedido a ella, una persona en estado de *shock*, y lo que había sucedido allí, un país en estado de *shock*. Estaban conectados, eran distintas manifestaciones de una misma y terrible lógica.

Las teorías de Cameron estaban basadas en la idea de que llevar a sus pacientes a un estado de regresión crearía las condiciones ideales para el “renacimiento” de ciudadanos de impecable comportamiento. No es ningún consuelo para Gail, que tendrá que vivir para siempre con su columna vertebral dañada y sus recuerdos quebrados, pero en sus escritos Cameron veía sus actos de destrucción como un proceso de creación, un regalo para sus desafortunados pacientes que bajo su cuidadosa labor de repautación, volverían a nacer de nuevo.

En este sentido Cameron fracasó espectacularmente. No importa el grado de regresión que alcanzaron sus pacientes: jamás llegaron a aceptar o absorber por completo los mensajes incansablemente grabados en las cintas. Aunque fue un genio en la destrucción de personalidades, fue incapaz de reconstruirlas. Un estudio de seguimiento llevado a cabo después de que Cameron dejara el Allan Memorial Institute determinó que el 75% de sus pacientes había empeorado después de sus tratamientos. De los pacientes que desarrollaban una vida laboral normal antes de la hospitalización, más de la mitad fueron incapaces de retomar sus trabajos y otros muchos, como Gail, sufrieron una batería de dolencias físicas y mentales desconocidas. La “pautación psíquica” no funcionó, ni siquiera un ápice, y finalmente el Allan Memorial Institute prohibió dichas prácticas.

El problema, obvio visto en retrospectiva, fue la premisa en la que descansaba la teoría de Cameron: la idea de que antes de curar al enfermo, todo lo que existe en su mente debe eliminarse sin excepción. Cameron



estaba seguro de que si borraba los hábitos, costumbres, pautas y recuerdos de sus pacientes, lograría algún día alcanzar el prístino estado mental de la tabla rasa. Pero a pesar de lo mucho que se esforzó, drogando, desorientando y aplicando tratamientos de choque a sus pacientes, jamás lo consiguió. Resultó ser verdad lo contrario: cuanto más insistía, más destrozaba a los sujetos de sus estudios. Sus mentes no estaban “limpias”; más bien quedaban en ruinas, su memoria fracturada y su confianza traicionada.

Los capitalistas del desastre comparten la misma incapacidad de distinguir entre destrucción y creación, entre dolor y recuperación. Es una idea que me asaltó con frecuencia durante mi estancia en Irak, cuando oteaba nerviosamente el paisaje herido en busca de la siguiente explosión. En tanto que fervientes creyentes en los poderes redentores del *shock*, los arquitectos de la invasión británico-estadounidense pensaron que el despliegue de fuerzas sería tan abrumador, tan deslumbrante incluso, que los iraquíes entrarían en una especie de animación suspendida, muy parecida a lo descrito por el manual Kubark. En esa ventana de oportunidad, los invasores introducirían un paquete de nuevas medidas de *shock* - esta vez, económicas- que crearían una democracia de libre mercado sobre la perfecta tabla rasa que constituiría el Irak posterior a la invasión.

Pero no hubo ninguna tabla rasa. Sólo escombros y gente furiosa y destrozada, que al resistirse a la invasión recibió aún más descargas, *shocks* y ataques, algunos de ellos basados en los experimentos que sufrió Gail Kastner tantos años atrás. “Somos muy buenos cuando se trata de romper las cosas. Pero el día que me pase más tiempo reconstruyéndolas en lugar de combatiendo, será un buen día”, declaró el general Peter W. Chiarelli, comandante de la Primera División de Caballería en el ejército de los Estados Unidos, un año y medio después del final oficial de la guerra. Ese día jamás llegó. Como Cameron, los doctores del *shock* en Irak son capaces de destrozarse, pero no parece que sepan reconstruir nada.

## Capítulo 2: EL OTRO DOCTOR SHOCK

### Milton Friedman y la búsqueda de un laboratorio de laissez-faire

*Los tecnócratas económicos podrán estructurar una reforma fiscal aquí, una nueva ley de seguridad social por allá o un régimen modificado de cambio de divisas en alguna otra parte, pero en realidad nunca podrán permitirse el lujo de una tabla rasa sobre la que construir, en su máximo esplendor, el marco completo de sus políticas económicas favoritas.*

ARNOLD HARBERGER, profesor de económicas de la Universidad de Chicago, 1998<sup>1</sup>

Hay pocos ambientes académicos envueltos en un aura más mítica que la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago en la década de 1950, un lugar que era intensamente consciente de sí mismo no sólo como escuela sino como escuela de pensamiento. No se limitaba a preparar estudiantes, sino que construía y fortalecía la Escuela de Chicago de economía, la creación de una agrupación de académicos conservadores cuyas ideas representaban un baluarte revolucionario contra el pensamiento “estatista” dominante entonces. No se pasaba a través de las puertas del Edificio de Ciencias Sociales, bajo un cartel que decía “La ciencia es medida” ni se entraba en el legendario comedor, donde los estudiantes ponían a prueba su fuste intelectual atreviéndose a desafiar a sus titánicos profesores, para conseguir algo tan prosaico como una licenciatura. Se pasaban esas puertas para alistarse e ir a la guerra. Como dijo Gary Becker, economista conservador ganador del Premio Nobel, “éramos guerreros que combatíamos con la mayor parte del resto del gremio”.<sup>2</sup>

Igual que el departamento psiquiátrico de Ewen Cameron en McGill durante ese mismo periodo, la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago estaba subyugada por un hombre ambicioso y carismático embarcado en una cruzada para revolucionar por completo su profesión. Ese hombre era Milton Friedman. Aunque tenía muchos mentores y colegas que creían igual de firmemente que él en el laissez-faire más radical, fue el impulso de Friedman lo que aportó a la escuela su fervor revolucionario. “La gente siempre me preguntaba: “¿Por qué estás tan nervioso? ¿Tienes una cita con una mujer guapa?””, recuerda Becker. “Yo decía: “No, ¡voy a

una clase de economía!". Ser un estudiante con Milton era verdaderamente mágico".<sup>3</sup>

La misión de Friedman, como la de Cameron, se basaba en el sueño de regresar a un estado de salud "natural" donde todo estaba en equilibrio, antes de que las interferencias humanas crearan patrones de distorsión. Si Cameron soñaba con devolver la mente humana a ese estado puro, Friedman soñaba con eliminar los patrones de las sociedades y devolverlas a un estado de capitalismo puro, purificado de toda interrupción como pudieran ser las regulaciones del gobierno, las barreras arancelarias o los intereses de ciertos grupos. También al igual que Cameron, Friedman creía que cuando la economía estaba muy distorsionada, la única manera de alcanzar el estado previo era infligir deliberadamente dolorosos *shocks*: sólo una "medicina amarga" podía borrar todas esas distorsiones y pautas perjudiciales. Cameron usaba electricidad para provocar sus *shocks*; la herramienta que escogió Friedman fue la política, exigiendo que políticos atrevidos de países en dificultades adoptaran la perspectiva del tratamiento de *shock*. A diferencia de Cameron, sin embargo, quien podía aplicar de forma instantánea sus teorías sobre sus pacientes desprevenidos, Friedman necesitaría dos décadas y varios giros y evoluciones de la historia antes de disfrutar de la oportunidad de poner en práctica en el mundo real sus sueños de creación y limpieza radical.

Frank Knight, uno de los fundadores de la Escuela de Chicago, creía que los profesores debían "inculcar" en sus alumnos la creencia de que cada teoría económica es "una característica sagrada del sistema", no una hipótesis sometida a debate.<sup>4</sup> El núcleo de buena parte de la doctrina de Chicago era que las fuerzas económicas de la oferta, demanda, inflación y desempleo eran como las fuerzas de la naturaleza, fijas e inmutables. En el auténtico libre mercado imaginado en las clases y en los textos de Chicago, estas fuerzas coexistían en perfecto equilibrio, la oferta reaccionando con la demanda de la misma forma que la luna empuja las mareas. Si las economías sufrían de una alta tasa de inflación era invariablemente porque, según la estricta teoría del monetarismo de Friedman, políticos mal aconsejados habían permitido que entrase demasiado dinero en el sistema en lugar de dejar que el mercado alcanzase el equilibrio por sí solo. Del mismo modo que se autorregulan los ecosistemas, manteniéndose en equilibrio, el mercado, si se le dejaba a su libre albedrío, crearía el número preciso de productos a los precios exactamente adecuados, producidos por

trabajadores con sueldos exactamente adecuados para comprar esos productos: un edén de pleno empleo, creatividad sin límites e inflación cero.

Según el sociólogo de Harvard Daniel Bell, este amor por un sistema ideal es el rasgo definitorio de la economía radical del libre mercado. El capitalismo se considera “un precioso conjunto de movimientos” o “una maquinaria celestial [...] una obra de arte tan perfecta que uno le lleva a pensar en los célebres cuadros de Apeles, que pintó un racimo de uvas tan realista que los pájaros se acercaban a comérselas”.<sup>5</sup>

El desafío para Friedman y sus colegas era cómo demostrar que un mercado del mundo real podía estar a la altura de sus fantasías perfectas. Friedman siempre se enorgulleció de acercarse a la economía con el mismo rigor con el que un físico o un químico se acercan a sus disciplinas. Pero los científicos del mundo físico recurrían a las reacciones de los elementos para probar sus teorías. Friedman no podía recurrir a ninguna economía real que demostrase que si se eliminaban todas las “distorsiones” lo que quedaba era una sociedad de la abundancia con perfecta salud, pues ningún país del mundo reunía los criterios necesarios para ser considerado un ejemplo del perfecto *laissez-faire*. Como no podía demostrar sus teorías en los bancos centrales o ministerios de Comercio, Friedman y sus colegas tuvieron que contentarse con elaborar ingeniosas ecuaciones matemáticas y modelos computerizados en los talleres de los sótanos del Edificio de Ciencias Sociales.

Friedman había llegado a la economía seducido por su amor hacia los números y los sistemas. En su autobiografía dice que su momento de epifanía llegó cuando un profesor de geometría de su instituto escribió el teorema de Pitágoras en la pizarra y entonces, sobrecogido por su elegancia, citó un fragmento de la “Oda a una urna griega” de John Keats: “La belleza es la verdad, la verdad, belleza”, eso es todo e lo que sabes en la Tierra y todo lo que necesitas saber”.<sup>6</sup>

Friedman transmitió ese mismo éxtasis de amor por un sistema elegante y onmicomprensivo a generaciones de economistas, junto con un deseo de simplicidad, elegancia y rigor.

Como todas las fes fundamentalistas, la economía de la Escuela de Chicago es, para los verdaderos creyentes, un sistema cerrado. La premisa inicial es que el libre mercado es un sistema científico perfecto, un sistema en el que los individuos, siguiendo sus propios intereses, crean el máximo beneficio para todos. Se sigue ineluctablemente que si algo no funciona en

una economía de libre mercado -alta inflación o desempleo- tiene que ser porque el mercado no es auténticamente libre. Tiene que haber alguna intromisión, alguna distorsión del sistema. La solución de Chicago es siempre la misma: aplicar de forma más estricta y completa los fundamentos del libre mercado.

Cuando Friedman murió, en 2006, los escritores de las necrológicas se esforzaron por resumir la magnitud de su legado. Uno de ellos escribió lo siguiente: “El mantra de Milton relativo al libre mercado, libertad de precios, libertad de los consumidores y libertad económica es el responsable de la prosperidad global que disfrutamos hoy en día”.<sup>7</sup> Es parcialmente cierto. La naturaleza de la prosperidad global -quién se beneficia de ella y quién no, de dónde surge- es un tema todavía abierto a debate, por supuesto. Lo que es irrefutable es el hecho de que el manual de reglas de libre mercado de Friedman y sus astutas estrategias para imponerlo han hecho que algunas personas prosperen extraordinariamente y les ha conseguido algo muy cercano a la libertad completa: ignorar las fronteras nacionales, evitar leyes y tasación y amasar nueva riqueza.

Este don de tener ideas altamente rentables parece hundir sus raíces en la infancia de Friedman. Sus padres fueron inmigrantes húngaros que compraron una empresa textil en Rahway, Nueva Jersey. El apartamento de la familia estaba en el mismo edificio que la fábrica que, escribió Friedman, “hoy se consideraría una fábrica en la que se explotaba a los obreros”.<sup>8</sup> Aquéllos eran tiempos difíciles para los patronos de fábricas que explotaban a los obreros, con marxistas y anarquistas organizando a los trabajadores inmigrantes en sindicatos que exigían medidas de seguridad y fines de semana libres y que debatían la teoría de la propiedad obrera de los medios de producción en reuniones al finalizar sus turnos de trabajo. Como hijo del jefe, Friedman sin duda recibió un punto de vista muy distinto sobre estos debates. Al final, la fábrica de su padre quebró, pero en sus clases y apariciones televisivas, Friedman habló a menudo de ella, invocándola como un ejemplo de los beneficios del capitalismo sin regulaciones, una prueba de que incluso los peores y menos reglamentados trabajos ofrecen una forma de subir el primer peldaño en la escalera hacia la libertad y la prosperidad.

Buena parte del atractivo de la economía de la Escuela de Chicago era que, en unos tiempos en que las ideas de la izquierda radical sobre el poder

de los trabajadores ganaban fuerza en todo el mundo, ofrecía una forma de defender los intereses de los propietarios que era igual de radical y estaba imbuida de su propia forma de idealismo.

En palabras del propio Friedman, sus ideas no consistían en defender el derecho de los propietarios de fábricas a pagar salarios bajos, sino, más bien, consistían en una búsqueda de la forma más pura posible de “democracia participativa”, puesto que en el libre mercado “todo hombre puede votar, por así decirlo, por el color de corbata que prefiere”.<sup>9</sup> Donde los izquierdistas prometían liberar a los trabajadores de sus jefes, a los ciudadanos de la dictadura y a los países del colonialismo, Friedman prometía “libertad individual”, un proyecto que elevaba a cada ciudadano individual por encima de cualquier actividad colectiva y les liberaba para expresar su libre albedrío a través de sus elecciones como consumidores. “Lo que resulta particularmente emocionante eran las mismas cualidades que hicieron el marxismo tan atractivo para muchos otros jóvenes de aquellos tiempos”, recuerda el economista Don Patinkin, que estudió en Chicago en los años cuarenta, “simplicidad unida a una aparente completitud lógica; idealismo combinado con radicalismo”.<sup>10</sup> Los marxistas tenían su utopía trabajadora, y los de Chicago tenían su utopía de los emprendedores, y ambos afirmaban que si se salían con la suya, se llegaría a la perfección y al equilibrio.

La cuestión, como siempre, era cómo conseguir llegar a ese lugar maravilloso desde aquí. Los marxistas lo tenían claro: la revolución. Había que librarse del sistema actual y reemplazarlo por el socialismo. Para los de Chicago la respuesta no era tan clara. Estados Unidos ya era un país capitalista pero, según lo veían ellos, lo era a duras penas.

Tanto en Estados Unidos como en todas las supuestas economías capitalistas, los de Chicago veían interferencias por todas partes. Los políticos fijaban precios para hacer algunos productos más asequibles; fijaban salarios mínimos para que no se explotara a los trabajadores y para que todo el mundo tuviera acceso a la educación, que mantenían en manos del Estado. Muchas veces podía parecer que estas medidas ayudaban a la gente, pero Friedman y sus colegas estaban convencidos -y lo “probaron” en sus modelos- de que lo que en realidad hacían era un daño enorme al equilibrio del mercado y perjudicaban la capacidad de sus diversas señales para comunicarse entre ellas. La misión de la Escuela de Chicago, pues, era conseguir una purificación.

Debían liberar al mercado de esas interrupciones para que así el libre mercado pudiera elevar su canto.

Por este motivo los de Chicago no consideraban al marxismo su auténtico enemigo. La auténtica fuente de sus problemas estaba en las ideas de los keynesianos en Estados Unidos, los socialdemócratas en Europa y los desarrollistas en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. Toda esa gente no creía en la utopía, sino en economías mixtas, que a ojos de Chicago no eran más que horribles batiburrillos de capitalismo para la fabricación y distribución de productos de consumo, socialismo en la educación, propiedad del Estado en servicios básicos como el agua y de toda clase de leyes diseñadas para atemperar los extremos del capitalismo. Igual que el fundamentalista religioso respeta, aunque les odie, a los fundamentalistas de otras fes y a los ateos y desprecia al creyente informal, los de Chicago declararon la guerra a esos economistas eclécticos. Lo que buscaban los de Chicago no era exactamente una revolución, sino una Reforma: un retorno a un capitalismo puro, no contaminado.

Buena parte de este purismo procedía de Friedrich Hayek, el gurú personal de Friedman, que también dio clases en la Universidad de Chicago durante parte de la década de 1950. Aquel austriaco austero advirtió que cualquier intervención del gobierno en la economía llevaba a la sociedad “por el camino de la servidumbre” y debía ser evitada.<sup>11</sup> Según Arnold Harberger, que enseñó muchos años en Chicago, “los austriacos”, que era como se conocía a aquel subgrupo dentro del grupo, defendían a capa y espada que cualquier intervención estatal no sólo era perjudicial, sino “malvada [...]. Es como si ahí fuera hubiera una imagen preciosa pero muy compleja, que se mantiene por sí misma en perfecto equilibrio, ¿comprende?, y si hay una mota donde no debiera haberla, bien, se trata de algo horrible [...] es un defecto que estropea esa belleza”.<sup>12</sup>

En 1947, cuando Friedman se unió a Hayek para formar la Sociedad Mont Pelerin, un club de economistas partidarios del libre mercado cuyo nombre procedía de su sede en Suiza, la sociedad no consideraba adecuado defender que las empresas debían tener libertad para gobernar el mundo como creyeran conveniente. Todavía estaba fresco el recuerdo del crash de 1929 y de la Gran Depresión que le siguió: los ahorros de toda una vida perdidos de la noche a la mañana, los suicidios, las colas para un plato de sopa en la caridad, los refugiados... La magnitud de aquel desastre del mercado había hecho que cobrara fuerza la exigencia de que el gobierno

participara activamente en la economía. La Depresión no supuso el final del capitalismo, pero sí fue, como John Maynard Keynes había previsto unos pocos años antes, “el fin del laissez-faire”, el fin de la libertad del mercado para regularse a sí mismo.<sup>13</sup> Desde la década de 1930 hasta principios de la de 1950 transcurrió un período de mucho faire: el ethos de manos a la obra del New Deal dio paso al esfuerzo bélico, se lanzaron programas públicos que ofrecieron los puestos de trabajo que tanta falta hacían y se diseñaron nuevos programas sociales para evitar que un número cada vez mayor de personas se pasara a la extrema izquierda. Fue una época en la que los pactos entre la izquierda y la derecha no se consideraban algo sucio, sino parte de lo que muchos veían como la noble misión de evitar un mundo - como Keynes le escribió al presidente Franklin D. Roosevelt en 1933- en el que “ortodoxia y revolución” se vieran obligadas “a enfrentarse entre ellas”.<sup>14</sup> John Kenneth Galbraith, heredero de las ideas de Keynes en Estados Unidos, definió la principal misión de economistas y políticos como “evitar la depresión y prevenir el desempleo”.<sup>15</sup>

La Segunda Guerra Mundial hizo que la lucha contra la pobreza cobrara nueva urgencia. El nazismo había calado en Alemania en una época en que ese país estaba sumido en una durísima depresión económica provocada por las reparaciones de guerra impuestas tras la Primera Guerra Mundial y agravada por la crisis de 1929. Keynes advirtió desde el primer momento que si el mundo adoptaba una estrategia de laissez-faire respecto a la pobreza de Alemania, las consecuencias serían terribles: “La venganza, me atrevo a predecir, no tardará en llegar”.<sup>16</sup> En aquellos tiempos nadie hizo caso a sus palabras, pero cuando se reconstruyó Europa después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias occidentales abrazaron el principio de que las economías de mercado debían garantizar un nivel de dignidad básica lo suficientemente alto como para que los ciudadanos desilusionados no se tornaran de nuevo hacia ideologías más seductoras, fueran el fascismo o el comunismo.

Fue este imperativo pragmático lo que llevo a la creación de casi todo lo que asociamos hoy en día con la pasada época del capitalismo “decente”: seguridad social en Estados Unidos, sanidad pública en Canadá, asistencia social en Gran Bretaña y protección del trabajador en Francia y Alemania.

En el mundo en vías de desarrollo se imponía una tendencia similar, más radical, que se conoció con el nombre de desarrollismo o de nacionalismo del Tercer Mundo. Los economistas desarrollistas afirmaban



que sus países escaparían por fin de la pobreza si llevaban a cabo una estrategia de industrialización orientada al interior en lugar de recurrir a la exportación de recursos naturales, cuyos precios cada vez eran más bajos, a Europa o América del Norte. Defendían reglamentar o incluso nacionalizar la explotación del petróleo, minerales y otras industrias claves, de modo que buena parte de los beneficios obtenidos sirvieran para financiar un proceso de desarrollo financiado por el gobierno.

Hacia la década de 1950 los desarrollistas, igual que los keynesianos y los socialdemócratas de los países ricos, podían enorgullecerse de una serie de impresionantes éxitos. El laboratorio más avanzado del desarrollismo fue el extremo sur de América Latina, conocido como el Cono Sur: Chile, Argentina, Uruguay y partes de Brasil. El epicentro fue la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina, con sede en Santiago de Chile, dirigida por el economista Raúl Prebisch desde 1950 a 1963. Prebisch formó a economistas en la teoría desarrollista y los envió a que sirvieran de asesores económicos de gobiernos de todo el continente. Los políticos nacionalistas como el argentino Juan Perón pusieron en práctica sus ideas con enorme placer, volcando grandes cantidades de dinero público en infraestructuras como autopistas y fundiciones, ofreciendo a los empresarios locales generosos subsidios para que construyeran fábricas que fabricaran coches o lavadoras y evitando la entrada de productos extranjeros con unos aranceles prohibitivamente altos.

Durante este trepidante período de expansión, el Cono Sur empezó a parecerse más a Europa o Norteamérica que a otras partes de América Latina o del Tercer Mundo. Los trabajadores de las nuevas fábricas fundaron poderosos sindicatos que negociaron salarios de clase media y sus hijos estudiaron en las recién construidas universidades públicas. La enorme distancia entre la élite de club de polo de la región y las masas campesinas empezó a acortarse.

En la década de 1950 Argentina tenía la clase media más numerosa de todo el continente y el vecino Uruguay una tasa de alfabetización del 95% y un sistema de sanidad pública gratuita para sus ciudadanos. El desarrollismo consiguió unos éxitos tan indiscutibles durante un tiempo, que el Cono Sur de América Latina se convirtió en un símbolo para los países pobres de todo el mundo: allí estaba la prueba de que si se seguían políticas prácticas e inteligentes y se implementaban de forma agresiva, la

brecha de clases entre el Primer y el Tercer Mundo podía de verdad cerrarse.

El éxito de las economías planificadas -en el norte keynesiano y en el sur desarrollista- supuso una época oscura para el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. A los archienemigos de los de Chicago en Harvard, Yale y Oxford los reclutaban presidentes y primeros ministros para que les ayudaran a domar a la bestia del mercado; a casi nadie le interesaban las atrevidas ideas de Friedman sobre dejar que se moviera todavía más libre que antes. Había, sin embargo, unas pocas personas que sí estaban muy interesadas en las ideas de la Escuela de Chicago. Eran pocas, pero muy poderosas.

Para los dirigentes de las multinacionales estadounidenses, que tenían que lidiar con un mundo en desarrollo cada vez más hostil y unos sindicatos cada vez más poderosos en casa, los años de crecimiento de la posguerra fueron una época inquietante. La economía crecía a buen ritmo, se creó mucha riqueza, pero propietarios y accionistas se veían obligados a redistribuir gran parte de esa riqueza a través de los impuestos que gravaban a las empresas y de los salarios de los trabajadores. Era un arreglo con el que a todo el mundo le iba bien, pero un retorno a las reglas anteriores al New Deal podía hacer que a unos pocos les fuera mucho mejor.

La revolución keynesiana contra el *laissez-faire* le estaba saliendo muy cara al sector privado. Lo que hacía falta para recuperar el terreno perdido era claramente una contrarrevolución contra el keynesianismo, un retorno a una forma de capitalismo que tuviera incluso menos trabas que el capitalismo de antes de la Depresión. No era una cruzada que pudiera liderar el propio Wall Street, no en aquel clima. Si Walter Wriston, gerente de Citibank e íntimo amigo de Friedman, se hubiera atrevido a decir que el salario mínimo y los impuestos a las empresas deberían abolirse, le hubieran acusado al instante de ser un explotador. Y ahí es donde entró en juego la Escuela de Chicago. Pronto quedó claro que cuando Friedman, que era un matemático brillante y un hábil orador, afirmaba exactamente esas mismas cosas, éstas adquirían un cariz muy distinto. Puede que se rechazaran como equivocadas, pero quedaban imbuidas de un aura de imparcialidad científica. El efecto enormemente beneficioso de hacer que las posiciones de las empresas fueran presentadas en boca de instituciones académicas o cuasi académicas hizo que llovieran donaciones sobre la Escuela de Chicago pero además, en muy poco tiempo, dio a luz a una red

global de think tanks de derechas que darían cobijo a los soldados de a pie de la contrarrevolución en todo el mundo.

Todo se centraba en el inquebrantable mensaje de Friedman: todo se estropeó con el New Deal. Ahí fue donde tantos países, “incluido el mío, empezaron a ir por el mal camino”.<sup>17</sup> Para que los gobiernos volvieran al camino correcto, Friedman, en su popular libro *Capitalismo y libertad*, diseñó lo que se convertiría en el manual del libre mercado y que, en Estados Unidos, constituiría el programa económico del movimiento neoconservador.

En primer lugar los gobiernos deben eliminar todas las reglamentaciones y regulaciones que dificulten la acumulación de beneficios. En segundo lugar deben vender todo activo que posean que pudiera ser operado por una empresa y dar beneficios. Y en tercer lugar deben recortar drásticamente los fondos asignados a programas sociales.

Dentro de la fórmula de tres partes de desregulación, privatización y recortes, Friedman tenía muchas salvedades. Los impuestos, si tenían que existir, debían ser bajos y ricos y pobres debían pagar la misma tasa fija. Las empresas debían poder vender sus productos en cualquier parte del mundo y los gobiernos no debían hacer el menor esfuerzo por proteger a las industrias o propietarios locales.

Todos los precios, también el precio del trabajo, debían ser establecidos por el mercado. El salario mínimo no debía existir. Como cosas a privatizar, Friedman proponía la sanidad, correos, educación, pensiones e incluso los parques nacionales. En resumen, abogaba de forma bastante descarada por el abandono del New Deal, aquella incómoda tregua entre el Estado, las empresas y los trabajadores que había impedido que se produjera una revolución popular tras la Gran Depresión. La contrarrevolución de la Escuela de Chicago pretendía que los trabajadores devolvieran las medidas de protección que habían ganado y que el Estado abandonara los servicios que ofrecía a sus ciudadanos para suavizar los cantos más afilados del mercado.

Y pretendía todavía más: quería expropiar lo que gobiernos y trabajadores habían construido durante aquellas décadas de febril actividad en el sector de las obras públicas. Los activos que Friedman apremiaba a los gobiernos a vender eran el resultado de años de inversiones y know-how público, necesarios para construirlos y hacerlos valiosos.

Por lo que a Friedman atañía, por una cuestión de principios había que transferir toda aquella riqueza compartida a manos privadas.

Aunque embozada en el lenguaje de las matemáticas y la ciencia, la visión de Friedman coincidía al detalle con los intereses de las grandes multinacionales, que por naturaleza ansiaban nuevos grandes mercados sin trabas.

En la primera etapa de la expansión capitalista el colonialismo aportó ese tipo de crecimiento feroz “descubriendo” nuevos territorios y apoderándose de tierras sin pagar por ellas para luego extraer sus riquezas sin compensar a la población local. La guerra que Friedman había declarado contra el “Estado del bienestar” y el “gran gobierno” prometía un nuevo frente de rápido enriquecimiento, sólo que esta vez en lugar de conquistar nuevos territorios la nueva frontera sería el propio Estado, con sus servicios públicos y otros activos subastados por mucho menos dinero del que realmente valían.

## ***LA GUERRA CONTRA EL DESARROLLISMO***

En los Estados Unidos de la década de 1950 todavía quedaban varias décadas para acceder a ese tipo de enriquecimiento. Incluso con un republicano de línea dura en la Casa Blanca como Dwight Eisenhower, no había ninguna posibilidad de que se efectuara un giro radical a la derecha como el que proponían los de Chicago: los servicios públicos y las garantías a los trabajadores eran demasiado populares y Eisenhower tenía el ojo puesto en las siguientes elecciones. Aunque no tenía muchas ganas de revocar el keynesianismo en casa, Eisenhower resultó más que dispuesto a emprender medidas rápidas y radicales para derrotar al desarrollismo en el extranjero.

Fue una campaña en la que la Escuela de Chicago acabaría jugando un papel fundamental.

Cuando Eisenhower juró el cargo en 1953, Irán estaba dirigido por un líder desarrollista, Mohamed Mossadegh, que ya había nacionalizado el petróleo, e Indonesia estaba en manos del cada vez más ambicioso Ahmed

Sukarno, que hablaba de unir todos los gobiernos nacionalistas del Tercer Mundo en una superpotencia a la par con Occidente y el bloque soviético. El Departamento de Estado estaba particularmente preocupado por el creciente éxito de los nacionalismos económicos en el Cono Sur. En unos tiempos en que buena parte del globo miraba al estalinismo y el maoísmo como soluciones, las propuestas desarrollistas de “sustitución de importaciones” resultaban bastante centristas. Aun así, la idea de que América Latina merecía tener su propio New Deal tenía poderosos enemigos. A los terratenientes feudales del continente les gustaba el antiguo statu quo, que les permitía tener grandes beneficios y una masa inagotable de campesinos pobres para trabajar sus campos y minas. Ahora se sentían ultrajados al ver cómo se canalizaban sus beneficios en la construcción de otros sectores, cómo sus trabajadores exigían una redistribución de la tierra y cómo el gobierno mantenía el precio de sus cosechas artificialmente bajo para que la comida no resultara demasiado cara. Las empresas estadounidenses y europeas que operaban en América Latina empezaron a plantear quejas similares a sus respectivos gobiernos: sus productos eran bloqueados en las aduanas, sus trabajadores exigían sueldos mayores y, lo que resultaba todavía más alarmante, cada vez se hablaba más de nacionalizar desde las minas hasta los bancos propiedad de extranjeros para financiar el sueño latinoamericano de la independencia económica.

Bajo la presión de estos intereses empresariales, surgió en los círculos de la diplomacia estadounidense e inglesa un movimiento que intentaba colocar a los gobiernos desarrollistas en la lógica binaria típica de la Guerra Fría.

No había que dejarse engañar por el aspecto democrático y moderado de estos gobiernos, afirmaban estos halcones: el nacionalismo del Tercer Mundo era el primer paso en el camino hacia el comunismo totalitario y había que acabar con él antes de que echara raíces. Dos de los principales defensores de esta teoría fueron John Foster Dulles, el secretario de Estado de Eisenhower, y su hermano Allen Dulles, director de la recién creada CIA. Antes de ocupar cargo público, ambos habían trabajado en el legendario bufete de abogados Sullivan and Cromwell, de Nueva York, donde habían representado a muchas de las empresas que más tenían que perder con el desarrollismo, entre las cuales se contaban J. P. Morgan and Company, la International Nickel Company, la Cuban Sugar Cane Corporation y la United Fruit Company.<sup>18</sup> Los resultados de la influencia de

los Bulles fueron inmediatos: en 1953 y 1954 la CIA lanzó sus dos primeros golpes de Estado, ambos contra gobiernos del Tercer Mundo que se identificaban mucho más con Keynes que con Stalin.

El primero fue en 1953, cuando un complot de la CIA consiguió derrocar a Mossadegh en Irán y reemplazarlo por el brutal sha. El siguiente fue el golpe que la CIA patrocinó en 1954 en Guatemala, llevado a cabo por una petición directa de la United Fruit Company. La empresa, que contaba con la atención de los Dulles desde sus días en Cromwell, estaba indignada porque el presidente Jacobo Arbenz Guzmán había expropiado tierras que no usaba (ofreciendo la correspondiente indemnización) como parte de su proyecto para transformar Guatemala, en sus propias palabras, “de un país atrasado con una economía predominantemente feudal en un Estado capitalista moderno”, objetivo al parecer inaceptable.<sup>19</sup> En poco tiempo se derrocó a Arbenz y la United Fruit volvió a regir los destinos del país.

Erradicar el desarrollismo del Cono Sur, donde había arraigado mucho más, era una cuestión mucho más compleja. Sobre ello discutieron dos estadounidenses que se reunieron en Santiago de Chile en 1953. Uno era Albion Patterson, director de la Administración para la Cooperación Internacional en Chile -la agencia gubernamental que con el tiempo se convertiría en USAID- y el segundo Theodore W. Schultz, presidente del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. A Patterson le preocupaba cada vez más la creciente influencia de Raúl Prebisch y los demás economistas “rosas” de América Latina. “Lo que hay que hacer es cambiar la formación de los hombres, influir en la educación, que es nefasta”, había dicho a un colega.<sup>20</sup> Este objetivo coincidía con la creencia de Schultz de que el gobierno de Estados Unidos no se empleaba lo necesario en la guerra intelectual contra el marxismo.

“Estados Unidos debe reconsiderar sus programas económicos para el extranjero [...] queremos que [los países pobres] trabajen en su salvación económica vinculándose a nosotros y que su desarrollo económico se consiga a nuestra manera”, dijo.<sup>21</sup>

Los dos hombres diseñaron un plan que convertiría Santiago, un semillero de la economía centrada en el Estado, en lo opuesto, un laboratorio para experimentos de vanguardia sobre el mercado, ofreciendo así a Milton Friedman lo que deseaba hacía tanto tiempo: un país en el que poner a prueba sus queridas teorías. El plan original era sencillo: el gobierno estadounidense pagaría para enviar a estudiantes chilenos a

aprender economía en lo que prácticamente todo el mundo reconocía que era el lugar más rabiosamente anti “rosa” del mundo: la Universidad de Chicago. Schultz y sus colegas en la universidad también recibirían dinero para viajar a Santiago, investigar la economía chilena y formar estudiantes y profesores en los fundamentos de la Escuela de Chicago.

Lo que diferenciaba este plan de los otros muchos programas de formación estadounidenses que becaban a alumnos latinoamericanos era su carácter desvergonzadamente ideológico. Al escoger Chicago para formar economistas chilenos -una universidad en la que los profesores abogaban por el casi completo desmantelamiento del gobierno con tenaz insistencia- el Departamento de Estado estadounidense disparaba un torpedo bajo la línea de flotación en su guerra contra el desarrollismo, diciéndoles de hecho a los chilenos que el gobierno de Estados Unidos había decidido qué ideas debían aprender sus mejores estudiantes y cuáles otras no.

Se trató de una intervención tan evidente de Estados Unidos en los asuntos de Latinoamérica que cuando Albion Patterson contactó con el rector de la Universidad de Chile, la principal universidad del país, y le ofreció una donación con la que financiar el programa de intercambio, el rector rechazó la oferta. Dijo que sólo participaría si su claustro podía tener influencia sobre quién en Estados Unidos formaría a sus alumnos. Patterson contactó entonces con el rector de una institución de menor importancia, la Universidad Católica de Chile, un centro mucho más conservador que carecía de Facultad de Economía. El rector de la Universidad Católica aceptó la oferta encantado y así nació lo que en Washington y Chicago se conocería como “el Proyecto Chile”.

“Hemos venido aquí a competir, no a colaborar” dijo Schultz refiriéndose a la Universidad de Chicago, explicando por qué el programa estaría cerrado a todos los estudiantes chilenos excepto unos pocos elegidos.<sup>22</sup> Esta postura combativa fue evidente desde el principio: el objetivo del Proyecto Chile era producir combatientes ideológicos que ganaran la batalla de las ideas contra los economistas “rosa” de América Latina.

Inaugurado oficialmente en 1956, el proyecto permitió que cien alumnos chilenos cursaran estudios de posgrado en la Universidad de Chicago entre 1957 y 1970, con la matriculación y los gastos a cargo de los contribuyentes y de fundaciones estadounidenses. En 1965 se amplió el programa para incluir a estudiantes de toda Latinoamérica, con una

proporción particularmente alta de argentinos, brasileños y mexicanos. La expansión se financió con una donación de la Fundación Ford y permitió la creación del Centro de Estudios Económicos Latinoamericanos de la Universidad de Chicago. Gracias a este programa hubo siempre entre cuarenta y cincuenta estudiantes latinoamericanos en la licenciatura de economía, aproximadamente un tercio del total de estudiantes del departamento. En programas equivalentes de Harvard o del MIT sólo había cuatro o cinco latinoamericanos. Fue un logro espectacular: en sólo una década, la ultraconservadora Universidad de Chicago se convirtió en el primer destino de los latinoamericanos que querían estudiar económicas en el extranjero, un hecho que cambiaría el curso de la historia de la región en las décadas siguientes.

El adoctrinamiento de los visitantes en la ortodoxia de la Escuela de Chicago se convirtió en una prioridad institucional apremiante. El director del programa, el hombre responsable de hacer que los latinoamericanos se sintieran bienvenidos, era Arnold Harberger, un economista que vestía traje de safari, hablaba un español fluido, se había casado con una chilena y se describía a sí mismo como un “misionero muy comprometido”.<sup>23</sup> Cuando llegaron los primeros estudiantes chilenos, Harberger creó un “taller de Chile” especial, donde los profesores de la Universidad de Chicago presentaban su diagnóstico altamente ideologizado de los problemas del país sudamericano y ofrecían sus recetas científicas para arreglarlos.

“Chile y su economía se convirtieron de repente en uno de los tópicos de conversación habituales en el departamento de Economía”, recuerda André Gunder Frank, que estudió con Friedman en la década de 1950 y luego se convirtió en un economista desarrollista reconocido a nivel mundial.<sup>24</sup> Todas las políticas de Chile se pusieron bajo el microscopio y se consideraron defectuosas: su sólida red de seguridad social, su proteccionismo de la industria nacional, sus barreras arancelarias, su control de precios. A los estudiantes se les enseñó a despreciar esos intentos de aliviar la pobreza y muchos de ellos dedicaron sus tesis doctorales a diseccionar las locuras del desarrollismo latinoamericano.<sup>25</sup> Cuando Harberger regresaba de sus frecuentes viajes a Santiago en los años cincuenta y sesenta, Gunder Frank recuerda que se dedicaba a fustigar el sistema educativo y sanitario de Santiago de Chile -los mejores del continente-, a los que consideraba “intentos absurdos de vivir por encima de sus medios subdesarrollados”.<sup>26</sup>



Dentro de la Fundación Ford había preocupación por financiar un programa tan abiertamente ideológico. Algunos señalaron que los únicos conferenciantes latinoamericanos a los que se invitaba a dirigirse a los estudiantes eran ex alumnos del propio programa. “Aunque la calidad y el impacto de esta empresa son innegables, su estrechez de miras ideológicas es un defecto grave”, escribió Jeffrey Puryear, un especialista latinoamericano de Ford en uno de los informes internos de la fundación. “Los intereses de los países en vías de desarrollo no están bien cubiertos si se les expone sólo un punto de vista”.<sup>27</sup> Esta evaluación no impidió que Ford continuara financiando el programa.

Cuando el primer grupo de chilenos regresó a casa al terminar sus estudios en Chicago, eran “más friedmanitas que el propio Friedman”, en palabras de Mario Zañartu, un economista de la Universidad Católica de Chile.<sup>28</sup> Muchos trabajaron como profesores de economía en la Facultad de Económicas de la Universidad Católica, a la que convirtieron rápidamente en su pequeña Escuela de Chicago en el centro de Santiago: el mismo programa educativo, los mismos textos en inglés y la misma inflexible insistencia en el conocimiento “puro” y “científico”. Hacia 1963, doce de los trece miembros del claustro a tiempo completo de la facultad eran graduados del programa de la Universidad de Chicago y Sergio de Castro, uno de los primeros graduados, fue nombrado decano de la facultad.<sup>29</sup> Ahora ya no hacía falta que los estudiantes chilenos viajaran a Estados Unidos: cientos de ellos podían recibir una educación al estilo de la Escuela de Chicago sin salir de casa.

Water Heller, el famoso economista del gobierno de Kennedy, se burló en una ocasión de los seguidores de Friedman comparándolos con una secta y diciendo que se dividían en tres categorías: “Algunos son friedmanos, otros friedmanianos, otros friedmánicos y otros friedmaníacos”.

A los estudiantes que participaron en el programa, fuera en Chicago o en su franquicia de Santiago, se les conocía como “los Chicago Boys”. Gracias a más fondos de USAID, los Chicago Boys chilenos se convirtieron en entusiastas embajadores regionales de las ideas que los latinoamericanos llaman “neoliberalismo”, y viajaron a Argentina y Colombia para abrir más franquicias de la Universidad de Chicago para así “expandir este conocimiento por toda Latinoamérica, enfrentándose a las posiciones ideológicas que impedían la libertad y perpetuaban la pobreza y el atraso”, según lo expresó un graduado chileno.<sup>30</sup>

Juan Gabriel Valdés, ministro de Asuntos Exteriores chileno en la década de 1990, describió el proceso mediante el cual se formó a cientos de economistas chilenos en la ortodoxia de la Escuela de Chicago como “un asombroso ejemplo de una transferencia organizada de ideología desde Estados Unidos a un país de su esfera directa de influencia [...] la educación de estos chilenos derivó de un proyecto específico diseñado en la década de 1950 para influir en el desarrollo del pensamiento económico chileno”. Señaló que “han introducido en la sociedad chilena ideas que son completamente nuevas, conceptos enteramente ausentes en el "mercado de las ideas"“. <sup>31</sup>

Fue una forma desvergonzada de imperialismo intelectual.

Hubo, sin embargo, un problema: el sistema no funcionaba. Según un informe de 1957 de la Universidad de Chicago a sus financiadores del Departamento de Estado, “el propósito principal del proyecto” era formar a una generación de estudiantes “que se convirtieran en los líderes intelectuales de los asuntos económicos en Chile”. <sup>32</sup> Pero los Chicago Boys no habían alcanzado el gobierno de sus países en ninguna parte. De hecho, estaban quedándose atrás.

A principios de la década de 1960 el principal debate económico en el Cono Sur no era el sostenido entre el capitalismo del laissez-faire y el desarrollismo, sino el que hablaba de cómo conseguir llevar el desarrollismo a su siguiente fase. Los marxistas defendían nacionalizaciones masivas y reformas agrarias radicales; los centristas decían que la clave estaba en una cooperación económica mayor entre los países latinoamericanos, con el objetivo de transformar la región en un poderoso bloque comercial que pudiera rivalizar con Europa y América del Norte. En las urnas y en las calles, el Cono Sur estaba dando un giro a la izquierda.

En 1962 Brasil avanzó decididamente en esa dirección bajo la presidencia de Joao Goulart, un nacionalista económico decidido a redistribuir la tierra, ofrecer salarios más altos a los trabajadores y poner en marcha un atrevido plan que obligaría a las multinacionales extranjeras a reinvertir parte de sus beneficios en la economía brasileña en lugar de llevárselos corriendo del país para distribuirlos entre sus accionistas de Nueva York y Londres. En Argentina, un gobierno militar trataba de derrotar unas propuestas similares prohibiendo que el partido de Juan Perón

se presentase a las elecciones, pero sólo consiguió radicalizar todavía más a una nueva generación de jóvenes peronistas, muchos de los cuales estaban dispuestos a recurrir a las armas para recuperar el país.

Fue en Chile -el epicentro del experimento de Chicago- donde la derrota en la batalla de las ideas se hizo más evidente. En las históricas elecciones chilenas de 1970 el país se había desplazado tan a la izquierda que, sin excepción, los tres principales partidos políticos estaban a favor de nacionalizar la principal fuente de dividendos del país: las minas de cobre controladas por grandes empresas mineras estadounidenses.<sup>33</sup> En otras palabras, el Proyecto Chile había sido un fracaso muy caro. Como combatientes ideológicos que libraban una pacífica batalla de ideas con sus enemigos de la izquierda, los Chicago Boys habían fracasado completamente en su misión. No sólo el debate económico seguía derivando más y más a la izquierda, sino que los Chicago Boys eran tan poco importantes que ni siquiera se les tenía en cuenta en ninguna franja del abanico electoral chileno.

Todo podría haber acabado aquí, con el Proyecto Chile convertido sólo en una nota a pie de página sin importancia de la historia, pero sucedió algo que rescató de la oscuridad a los Chicago Boys: Richard Nixon fue elegido presidente de Estados Unidos. Nixon “tenía una política exterior creativa y, en general, bastante efectiva”, dijo con entusiasmo Friedman.<sup>34</sup> Y en ninguna parte fue más creativa que en Chile.

Fue Nixon quien les daría a los Chicago Boys y a sus profesores algo con lo que siempre habían soñado: una oportunidad de demostrar que su utopía capitalista era más que una teoría de un taller académico de un sótano, una oportunidad para rehacer un país desde cero. La democracia había sido poco hospitalaria con los Chicago Boys en Chile; la dictadura se demostraría mucho más acogedora.

El gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende ganó las elecciones de 1970 en Chile con un programa que prometía poner en manos del gobierno grandes sectores de la economía que estaban dirigidos por empresas extranjeras y locales. Allende pertenecía a una nueva raza de revolucionario latinoamericano: igual que el Che Guevara, era médico, pero a diferencia del Che, también lo parecía, pues su imagen y su traje de tweed lo alejaban de la imagen romántica de la guerrilla. Podía pronunciar discursos tan feroces como los de Fidel Castro, pero era un demócrata

convencido que creía que el cambio socialista en Chile debía llegar a través de las urnas, no a través de las armas. Cuando Nixon se enteró de que habían escogido presidente a Allende, lanzó su famosa orden al director de la CIA, Richard Helms, de que “hiciera chillar a la economía”.<sup>35</sup> La elección también resonó con fuerza en el departamento de Economía de la Universidad de Chicago. Arnold Harberger estaba en Chile cuando ganó Allende. Escribió una carta a sus colegas describiendo el acontecimiento como una “tragedia” e informándoles de que “en los círculos de la derecha se plantea en ocasiones la idea de un golpe militar”.<sup>36</sup>

Aunque Allende se comprometió a negociar indemnizaciones justas para compensar a las empresas que perdían propiedades e inversiones, las multinacionales estadounidenses temían que Allende representara el comienzo de una tendencia general en toda América Latina, y muchas no estaban dispuestas a aceptar perder unos recursos que se habían convertido en una porción importante de sus beneficios. Hacia 1968, el 20% del total de inversiones extranjeras de Estados Unidos se dirigían a Latinoamérica y las empresas estadounidenses tenían 5.436 filiales en la región. Los beneficios que producían estas inversiones eran sobrecogedores. Las empresas mineras habían invertido mil millones de dólares durante los cincuenta años previos en la industria minera chilena - la mayor del mundo-, pero a cambio habían enviado a casa 7.200 millones de dólares de beneficios.<sup>37</sup>

En cuanto Allende ganó las elecciones, e incluso antes de que jurara el cargo, las empresas estadounidenses le declararon la guerra a su administración. El centro de esta actividad fue el Comité Ad Hoc de Chile, con sede en Washington y formado por las principales empresas mineras estadounidenses con propiedades en Chile, así como por la empresa que, de hecho, lideraba el comité, International Telephone and Telegraph Company (ITT), que poseía el 70% de la compañía telefónica chilena, que pronto iba a nacionalizarse. Purina, Bank of America y Pfizer Chemical también enviaron delegados al comité en varias fases de su existencia.

El único propósito del comité era obligar a Allende a desistir de su campaña de nacionalizaciones “enfrentándole con el colapso económico”.<sup>38</sup> Tenían muchas ideas sobre cómo causar dolor a Allende. Según las actas de las reuniones que se han hecho públicas, las empresas planeaban bloquear los créditos estadounidenses a Chile y “discretamente, hacer que los grandes bancos privados de Estados Unidos hicieran lo mismo.

Conferenciar con bancos extranjeros con el mismo objetivo. Evitar comprar productos a Chile durante los próximos seis meses. Utilizar la reserva de cobre de Estados Unidos en lugar de comprar cobre chileno. Provocar una escasez de dólares en Chile”. Y la lista sigue.<sup>39</sup>

Allende nombró a su íntimo amigo Orlando Letelier embajador en Washington. Recayó en él la labor de negociar las condiciones de la expropiación con las mismas empresas que conspiraban para sabotear el gobierno de Allende. Letelier, un hombre extrovertido y divertido con el bigote arquetípico de los años setenta y una arrasadora voz de cantante, era una persona muy querida en los círculos diplomáticos. Su hijo Francisco recuerda con particular alegría los momentos en que su padre tocaba la guitarra y cantaba canciones populares en las fiestas con amigos en su casa de Washington.<sup>40</sup> Pero incluso a pesar de todo el encanto y la habilidad de Letelier, las negociaciones nunca tuvieron ninguna posibilidad de éxito.

En marzo de 1972, en medio de la tensa negociación de Letelier con ITT, Jack Anderson, un columnista cuyos artículos estaban sindicados a una serie de periódicos, publicó una explosiva serie de reportajes basados en documentos que demostraban que la compañía telefónica había conspirado en secreto con la CIA y el Departamento de Estado para impedir que Allende jurara el cargo dos años atrás. Ante aquellas acusaciones, y con Allende todavía en el poder, el Senado de Estados Unidos, controlado por los demócratas, inició una investigación y descubrió un extenso complot en el que ITT había ofrecido un millón de dólares en sobornos a la oposición chilena y “había tratado de que la CIA participara en un plan para manipular de forma encubierta el resultado de las elecciones chilenas”.<sup>41</sup>

El informe del Senado, publicado en junio de 1973, descubrió también que cuando el plan fracasó y Allende llegó al poder, ITT adoptó una nueva estrategia diseñada para asegurarse de que “no se mantuviera en el cargo ni seis meses”. Lo que más alarmó al Senado fue la relación entre los directivos de ITT y el gobierno de Estados Unidos.

A través de los testimonios y documentos obtenidos durante la investigación, quedó claro que ITT participaba directamente en el diseño al más alto nivel de la política estadounidense respecto a Chile. En un momento dado, un directivo importante de ITT escribió al asesor de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, y le sugirió que “sin informar al presidente Allende se colocaran en la categoría de "revisándose" todos los fondos de ayuda internacional estadounidense ya asignados a Chile”. La

empresa se tomó además la libertad de preparar una estrategia de dieciocho puntos para la administración Nixon que contenía una petición clara de un golpe de Estado: “Contacten con fuentes fiables dentro del ejército chileno”, decía, “[...] alimenten y planifiquen su descontento con Allende y luego propongan la necesidad de apartarlo del poder”.<sup>42</sup>

Cuando el comité del Senado les apretó las tuercas sobre sus desvergonzados intentos de emplear el poder del gobierno de Estados Unidos para subvertir el proceso constitucional chileno sólo para hacer prosperar los propios intereses económicos de ITT, el vicepresidente de la empresa, Ned Gerrity, pareció auténticamente confuso.

“¿Qué hay de malo en preocuparse por el número 1?” preguntó. El comité contestó en su informe: ““El número 1" no debe jugar un papel que no le corresponde en el diseño de la política exterior estadounidense”.<sup>43</sup>

Aun así, a pesar de los años de implacable juego sucio de Estados Unidos, durante los que ITT fue simplemente el ejemplo más público, en 1973 Allende seguía en el poder.

Ocho millones de dólares invertidos en operaciones secretas no habían conseguido debilitar su popularidad. En las elecciones de mitad de mandato de ese año, el partido de Allende incluso ganó terreno respecto a las elecciones de 1970. Estaba claro que el deseo de un modelo económico distinto no había calado en Chile y que el apoyo a una alternativa socialista ganaba terreno. Para los opositores de Allende, que llevaban planeando derrocarlo desde el mismo día en que se conocieron los resultados de las elecciones de 1970, eso significaba que sus problemas no iban a solucionarse simplemente librándose de él, pues simplemente le sustituiría algún otro. Hacía falta un plan más radical.

## ***LECCIONES SOBRE EL CAMBIO DE RÉGIMEN: BRASIL E INDONESIA***

Los oponentes de Allende habían estudiado concienzudamente dos posibles modelos de “cambio de régimen”. Uno era el de Brasil, el otro el de Indonesia.

Cuando la junta brasileña, dirigida por el general Humberto Castello Branco y apoyada por Estados Unidos, se hizo con el poder en 1964, el ejército tenía el plan de no sólo revocar los programas favorables a los pobres de Joao Goulart sino de convertir Brasil en un país totalmente abierto a la inversión extranjera. Al principio los generales brasileños trataron de imponer su programa de un modo relativamente pacífico. No hubo muestras abiertas de brutalidad, no hubo arrestos generalizados, y aunque con posterioridad se descubrió que algunos “subversivos” habían sido brutalmente torturados durante este período, el número fue lo bastante pequeño (y Brasil lo bastante grande) para que los rumores sobre ello casi no pasaran de los muros de las cárceles. La Junta se esforzó también por mantener ciertos visos de democracia, incluyendo una limitada libertad de prensa y de reunión, por lo que a la toma del poder de los militares se la conoció como el “golpe de los caballeros”.

A finales de la década de 1960 muchos ciudadanos utilizaron esas libertades limitadas para expresar su ira por la pobreza cada vez mayor de Brasil, de la que culpaban al programa económico pro empresarios del gobierno, buena parte de él diseñado por graduados de la Universidad de Chicago. Hacia 1968 las calles estaban saturadas de manifestaciones anti-junta, las mayores convocadas por los estudiantes, y el régimen estaba en serio peligro. En un gambito desesperado para mantenerse en el poder, el ejército cambió radicalmente de táctica: se eliminaron por completo los restos de la democracia, se negaron todas las libertades civiles, se recurrió sistemáticamente a la tortura y, según la Comisión de la Verdad que luego se establecería en Brasil, “los asesinatos ordenados por el Estado se convirtieron en habituales”.<sup>44</sup>

El golpe de Indonesia en 1965 siguió una ruta muy distinta.

Desde la Segunda Guerra Mundial, el país había sido gobernado por el presidente Sukarno, el Hugo Chávez de aquellos tiempos (aunque desprovisto del gusto de Chávez por las elecciones). Sukarno irritó a los países ricos con medidas proteccionistas para la economía de Indonesia, redistribuyendo la riqueza y echando al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, a los que acusó de ser meras tapaderas de los intereses de las multinacionales occidentales. Aunque Sukarno era un nacionalista, no un comunista, trabajó muy unido al Partido Comunista, que tenía tres millones de afiliados. Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña estaban decididos a acabar con el gobierno de Sukarno. Documentos

desclasificados muestran que la CIA había recibido órdenes desde los altos escalafones de la administración para “liquidar al presidente Sukarno, dependiendo de la situación y de las oportunidades que se presenten”.<sup>45</sup>

Después de varios intentos fallidos, la oportunidad se presentó en octubre de 1965, cuando el general Suharto, apoyado por la CIA, empezó a hacerse con el poder y a erradicar a la izquierda. La CIA había compilado en secreto una lista de los principales líderes de la izquierda del país, un documento que acabó en manos de Suharto, mientras que el Pentágono le ayudó suministrándole armas y radios de campaña para que las fuerzas del ejército indonesio pudieran comunicarse en las partes más remotas del archipiélago. Suharto envió entonces a sus soldados a cazar a los cuatro o cinco mil izquierdistas que aparecían en sus “listas de ejecuciones”, tal y como las llamaba la CIA. La embajada de Estados Unidos recibía regularmente informes sobre los progresos realizados.<sup>46</sup> Conforme llegaba la información, la CIA iba tachando nombres de la lista hasta que quedó convencida de que la izquierda indonesia había sido efectivamente erradicada. Una de las personas que participaron en la operación fue Robert J. Martens, que trabajaba en la embajada estadounidense en Yakarta. “En realidad fue una enorme ayuda para el ejército”, le contó a la periodista Kathy Kadane veinticinco años después.<sup>47</sup> “Probablemente mataron a mucha gente, y probablemente yo tenga mucha sangre en mis manos, pero no fue del todo malo. Llega un momento en el que tienes que golpear con fuerza en el instante decisivo”.

Las listas de ejecuciones cubrían los objetivos específicos a eliminar; las masacres indiscriminadas por las que Suharto se hizo tristemente célebre fueron, en su mayor parte, delegadas a los estudiantes religiosos. El ejército los entrenó rápidamente y los envió a pueblos con instrucciones del jefe de la marina de “barrer” el campo de comunistas. “Con alegría -escribió un periodista-, llamaban a sus partidarios, se echaban al cinto sus machetes y pistolas, la maza sobre el hombro y embarcaban para cumplir la misión que tanto tiempo llevaban queriendo realizar”.<sup>48</sup> En poco más de un mes al menos medio millón y probablemente hasta un millón de personas fueron asesinadas, “masacradas a miles”, según *Time*.<sup>49</sup> En Java Oriental, “los que han viajado a esas áreas hablan de pequeños ríos y riachuelos literalmente atascados de cadáveres; el transporte fluvial resulta imposible por todas partes”.<sup>50</sup>



La experiencia indonesia fue estudiada con mucha atención por los individuos e instituciones que planeaban el derrocamiento de Salvador Allende en Washington y en Santiago. Lo que resultaba interesante no era sólo la brutalidad de Suharto sino el extraordinario papel que había jugado un grupo de economistas indonesios educados en la Universidad de California en Berkeley, conocidos como la “mafia de Berkeley”. Suharto resultó muy efectivo en la labor de librarse de la izquierda, pero fue la mafia de Berkeley quien preparó el plan económico para el futuro del país.

Los paralelismos con los Chicago Boys eran sorprendentes. La mafia de Berkeley había estudiado en Estados Unidos como parte de un programa que había empezado en 1956 financiado por la Fundación Ford. También habían vuelto a casa y creado una fiel copia de un Departamento de Economía al estilo occidental en la Facultad de Económicas de la Universidad de Indonesia. Ford había enviado a profesores estadounidenses a Yakarta para establecer la escuela, igual que los profesores de Chicago habían ido a ayudar al nuevo Departamento de Economía de Santiago. “Ford creía que estaba formando a los tipos que liderarían el país cuando Sukarno se fuera”, explicó lacónicamente John Howard, entonces director del Programa Internacional Ford de Formación e Investigación.<sup>51</sup>

Los estudiantes financiados por Ford se convirtieron en los líderes de los grupos de los campus que participaron en el derrocamiento de Sukarno y la mafia de Berkeley trabajó estrechamente con el ejército en los preparativos del golpe, desarrollando “planes de contingencia” por si el gobierno caía de repente.<sup>\*52</sup> Estos jóvenes economistas ejercían una enorme influencia en el general Suharto, que no sabía nada de altas finanzas. Según la revista *Fortune*, la mafia de Berkeley grababa clases de economía en cintas para que Suharto las pudiera escuchar en su casa.<sup>53</sup> Cuando se reunían con él personalmente, “el presidente Suharto no se limitaba a escuchar, sino que tomaba apuntes”, recordó con orgullo un miembro del grupo.<sup>54</sup> Otro graduado de Berkeley definió la relación de este modo: nosotros “ofrecimos a los líderes del ejército -el elemento crucial del nuevo orden- un "recetario" con soluciones para enfrentarse a los graves problemas económicos de Indonesia. El general Suharto, como comandante en jefe del ejército, no sólo aceptó el recetario sino que quiso que los autores de las recetas se convirtieran en sus asesores económicos”.<sup>55</sup> Y así fue. Suharto llenó su gobierno de miembros de la mafia de Berkeley,

entregándoles todos los puestos económicos importantes, incluidos el Ministerio de Comercio y la embajada en Washington.<sup>56</sup>

Este equipo económico, formado en una escuela mucho menos ideológica, no eran radicales anti-Estado como los Chicago Boys. Creían que el gobierno debía desempeñar un papel en la gestión de la economía nacional de Indonesia, y asegurarse de que los productos básicos como el arroz eran asequibles. Sin embargo, la mafia de Berkeley fue de lo más generosa con los inversores extranjeros que ansiaban caer sobre las inmensas riquezas minerales y la abundancia petrolífera de Indonesia, descrita por Richard Nixon como el “gran tesoro del Sureste asiático”.<sup>57</sup> Se aprobaron leyes que permitían a empresas extranjeras el control total de estos recursos, se concedieron “vacaciones fiscales” por doquier y en menos de dos años, las riquezas naturales de Indonesia -el cobre, el níquel, las maderas nobles, el caucho y el petróleo- estaban repartidos entre las multinacionales más importantes de la industria minera y energética mundial.

Para los que planeaban derrocar a Allende justo al mismo tiempo que el programa de Suharto empezaba a funcionar, las experiencias de Brasil e Indonesia resultaban una útil panorámica de contrastes. Los brasileños habían hecho escaso uso del poder del *shock*, y habían esperado años antes de mostrar su apetito por lo brutal. Fue un error casi fatal, puesto que sus adversarios tuvieron ocasión de reagruparse y algunos pudieron organizar facciones izquierdistas y guerrillas armadas. Aunque la Junta logró mantener las calles limpias, la creciente oposición actuó como un elemento obstaculizador de sus planes económicos.

Por contra, Suharto había probado que si se empleaba una represión masiva de forma previa, el país caería en un estado de *shock* que permitiría eliminar toda resistencia aun antes de que cobrara vida. Utilizó tácticas de terror sin vacilar, más allá de lo imaginable, y logró que un pueblo que apenas unas semanas antes pugnaba por establecer su independencia terminara cediendo, absolutamente aterrado, el control total del gobierno a Suharto y sus verdugos. Ralph McGehee, director de operaciones de la CIA de alto rango durante los años del golpe militar, dijo que Indonesia era una “operación de manual. [...] La forma en que Suharto llegó al poder está relacionada con todas las operaciones y golpes sangrientos en los que Washington participó o que activó. El éxito de esa acción implicaba que se repetiría una y otra vez”.<sup>58</sup>

La otra lección esencial procedente de Indonesia tenía que ver con la alianza previa entre Suharto y la mafia de Berkeley. Dado que estaban dispuestos a ocupar posiciones “tecnócratas” en el nuevo gobierno y ahora que Suharto ya era un converso, el golpe no sólo eliminó la amenaza nacionalista sino que transformó Indonesia en uno de los lugares más agradables y cómodos para los inversores extranjeros de todo el mundo.

A medida que crecían las tensiones que desencadenarían el golpe militar contra Allende, un escalofriante aviso apareció con pintadas rojas en las calles de Santiago. “Yakarta se acerca”, decía.

Poco después de resultar elegido Allende, sus oponentes nacionales empezaron a imitar la pauta indonesia con inquietante precisión. La Universidad Católica, hogar de los Chicago Boys, se convirtió en la zona cero de creación de lo que la CIA denominó “clima de golpe”.<sup>59</sup> Muchos estudiantes se afiliaron al frente fascista Patria y Libertad, y desfilaron al paso de oca por las calles de Santiago de Chile en abierta imitación de las Juventudes Hitlerianas. En septiembre de 1971, tras un año de mandato de Allende, los principales líderes empresariales chilenos celebraron una reunión de emergencia en la ciudad costera de Viña del Mar para desarrollar una estrategia coherente para el cambio de régimen. Según Orlando Sáenz, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (generosamente financiada por la CIA y por muchas multinacionales afines en Washington), los allí reunidos decidieron que “el gobierno de Allende era incompatible con la libertad en Chile y con la existencia de la empresa privada, y que la única forma de evitar el desastre era derrocar al gobierno”. Los empresarios organizaron una “estructura de guerra”; una parte establecería relaciones con el ejército, y otra sección, según Sáenz, se ocuparía de “diseñar programas de gobierno alternativos que se presentarían sistemáticamente a las fuerzas armadas”.<sup>60</sup>

Sáenz reclutó a varios elementos clave de los Chicago Boys para preparar esos programas alternativos y los instaló en unas dependencias cercanas al palacio presidencial en Santiago.<sup>61</sup> El grupo, dirigido por el recién llegado de Chicago Sergio de Castro y por Sergio Undurraga, su colega de la Universidad Católica, empezó a reunirse en secreto con regularidad semanal, para desarrollar detalladas propuestas sobre cómo reconstruir radicalmente la estructura económica del país siguiendo los dictados neoliberales.<sup>62</sup> Según una posterior investigación del Senado

estadounidense, “más del 75% de la financiación de esta organización de investigación de la oposición” procedía directamente de la CIA.<sup>63</sup>

Durante algún tiempo, la planificación del golpe transcurrió por dos vías paralelas diferenciadas: los militares conspiraban para exterminar a Allende y a sus seguidores, mientras los economistas se ocupaban de la exterminación de su ideario. Cuando el clima llegó al punto de ebullición adecuado para una solución violenta, los dos canales abrieron un diálogo coordinado, con Roberto Kelly -un empresario relacionado con el periódico El Mercurio, financiado por la CIA -, como el mensajero entre ambas partes. A través de Kelly, los Chicago Boys enviaron un resumen de cinco páginas de su programa de medidas económicas al almirante de la Marina a cargo del plan militar. Éste dio su aprobación, y a partir de entonces los Chicago Boys trabajaron contrarreloj para tener el programa listo el día del golpe militar.

Su biblia económica, de más de quinientas páginas -un detallado programa que sería la guía de la Junta durante sus primeros días- llegó a conocerse en Chile como “el ladrillo”. Según un comité del Senado que investigó lo sucedido, “los colaboradores de la CIA estuvieron implicados en la elaboración de un plan económico inicial que fue la base de las decisiones más importantes de la Junta durante su etapa inicial”.<sup>64</sup> Ocho de los diez principales autores del “ladrillo” habían estudiado economía en la Universidad de Chicago.<sup>65</sup>

Aunque el derrocamiento de Allende fue descrito universalmente como un golpe militar, Orlando Letelier, el embajador de Allende en Washington, lo consideró una colaboración conjunta entre el ejército y los economistas.

“Los “Chicago Boys”, como se les conoce en Chile - escribió Letelier-, convencieron a los generales de que podían complementar la brutalidad de éstos con los activos intelectuales de los que carecían”.<sup>66</sup>

Cuando finalmente se produjo, el golpe de Chile presentó tres formas distintas de *shock*, una receta que se repetiría en países vecinos y que surgiría de nuevo, tres décadas más tarde, en Irak. El *shock* del propio golpe militar fue seguido inmediatamente por dos formas adicionales de choque. Una de ellas fue el “tratamiento de choque” capitalista marca de la casa Milton Friedman, una técnica que cientos de economistas latinoamericanos habían aprendido durante sus estancias en la Universidad de Chicago y a través de las diversas instituciones y franquicias del método. El otro fueron las técnicas de *shock* de Ewen Cameron, la privación sensorial y la

aplicación de drogas y otras tácticas, recopiladas ya en el manual Kubark y diseminadas por toda la zona gracias a los amplios programas de entrenamiento de la CIA de los que se habían beneficiado la policía y los estamentos militares latinoamericanos.

Las tres formas de *shock* convergieron en los cuerpos de los ciudadanos latinoamericanos y en el cuerpo político de la zona, desatando un huracán sin fin de destrucción y reconstrucción mutuamente reforzadas, eliminación y creación, en un ciclo monstruoso. El choque del golpe militar preparó el terreno de la terapia de *shock* económica.

El *shock* de las cámaras de tortura y el terror que causaban en el pueblo impedían cualquier oposición frente a la introducción de medidas económicas. De este laboratorio vivo emergió el primer Estado de la Escuela de Chicago, y la primera victoria de su contrarrevolución global.

## Segunda parte

# LA PRIMERA PRUEBA

# DOLORES DE PARTO

*Las teorías de Milton Friedman le dieron el Premio Nobel; a Chile le dieron el general Pinochet.*

EDUARDO GALEANO, *Días y noches de amor y de guerra*, 1983

*No creo que nunca me hayan considerado “malvado”.*

MILTON FRIEDMAN, citado en *The Wall Street Journal*, 22 de julio de 2006

## Capítulo 3: ESTADOS DE SHOCK

### El sangriento nacimiento de la contrarrevolución

*Las injurias deben hacerse de una vez, de modo que, al tener menos tiempo para saborearlas, ofendan menos.*

NICOLÁS MAQUIAVELO, El príncipe, 1513

*Si se adoptase esta estrategia del shock, creo que debería anunciarse públicamente con detalle, para pasar a estar en vigor al poco tiempo. Cuanto más información tenga el público, más facilitará su reacción al ajuste.*

MILTON FRIEDMAN en una carta al general Augusto Pinochet, 21 de abril de 1975

El general Augusto Pinochet y sus seguidores se refirieron siempre a los hechos del 11 de septiembre de 1973 no como un golpe de Estado sino como “una guerra”.

Santiago de Chile, desde luego, parecía zona de guerra: carros blindados abrían fuego conforme avanzaban a través de los bulevares y los edificios del gobierno eran atacados por cazas de combate. Pero había algo extraño en esa guerra: sólo combatía un bando.

Desde el principio, Pinochet tuvo el completo control del ejército, la Armada, los marines y la policía. El presidente Salvador Allende, mientras tanto, se opuso a que sus seguidores se organizaran en ligas de defensa, así que no disponía de ejército propio. La única resistencia procedió del palacio presidencial, La Moneda, y de los tejados a su alrededor, desde donde Allende y sus allegados intentaron con gallardía defender la sede de la democracia chilena. No se puede decir que fuera una lucha justa: a pesar de que en el interior del palacio sólo había treinta y seis defensores fieles a Allende, los militares lanzaron veinticuatro cohetes contra el palacio.

Pinochet, el vanidoso y volátil comandante (cuya constitución recordaba a la de los tanques en los que se desplazaba), claramente quería que el acontecimiento fuera lo más dramático y traumático posible. A pesar de que el golpe no fue una guerra, estaba diseñado para parecerlo, lo que lo convierte en un precursor chileno de la estrategia de *shock* y conmoción. Difícilmente podría el *shock* haber sido mayor. A diferencia de la vecina

Argentina, que había sido dirigida por seis gobiernos militares en los cuarenta años previos, Chile carecía de experiencia en ese tipo de violencia: había disfrutado de 160 años de pacífico gobierno democrático, los últimos ininterrumpidos.

Ahora el palacio presidencial estaba en llamas y de él se sacaba el cuerpo amortajado del presidente sobre una camilla mientras se obligaba a sus colegas más próximos a estirarse boca abajo en la calle bajo las bocas de los rifles de los soldados.\* A pocos minutos en coche del palacio presidencial, Orlando Letelier, que acababa de retornar de Washington para tomar el puesto de ministro de Defensa de Chile, había ido a su despacho en el ministerio esa mañana. Tan pronto como entró por la puerta, doce soldados vestidos con uniforme de combate se echaron sobre él, todos apuntándole con sus ametralladoras.

Allende fue descubierto con la cabeza descerrajada por un tiro.

Continúa el debate sobre si fue alcanzado por una de las balas que se dispararon contra La Moneda o si se suicidó, prefiriendo morir a dejar en la memoria colectiva de los chilenos la imagen de su presidente electo rindiéndose ante un ejército insurrecto. La segunda teoría es más creíble.

En los años que llevaron al golpe, asesores estadounidenses, muchos de ellos de la CIA, habían excitado el ánimo del ejército chileno, atizando un anticomunismo rabioso y persuadiendo a los militares de que los socialistas eran, de hecho, espías rusos, una fuerza ajena a la sociedad chilena, una especie de “enemigo interior” crecido en casa. Lo cierto es que fueron los militares los que se convirtieron en el auténtico enemigo doméstico, dispuestos a volver sus armas contra la población que habían jurado proteger.

Con Allende muerto, su gabinete cautivo y sin indicios de que fuera a haber resistencia popular, la gran batalla de la Junta Militar había terminado a media tarde. Letelier y los demás prisioneros “VIP” fueron al final trasladados a la gélida isla Dawson, en el sur del estrecho de Magallanes, la versión pinochetista de los campos de concentración siberianos. Pero matar y encarcelar al gobierno no era suficiente para la nueva Junta Militar chilena. Los generales estaban convencidos de que sólo podrían retener el poder si lograban que los chilenos vivieran completamente aterrorizados, como había pasado con la población de Indonesia. En los días que siguieron al golpe, unos trece mil quinientos civiles fueron arrestados, subidos a camiones y encarcelados, según un informe de la CIA recientemente



desclasificado. Miles acabaron en los dos principales estadios de fútbol de Santiago, el Estadio de Chile y el enorme Estadio Nacional. Dentro del Estadio Nacional, la muerte reemplazó al fútbol como espectáculo público. Los soldados paseaban entre las gradas al sol acompañados de colaboradores encapuchados que señalaban a los “subversivos” entre los detenidos; los seleccionados eran enviados a los vestuarios o a los palcos, transformados en improvisadas cámaras de tortura. Cientos fueron ejecutados. Cuerpos sin vida empezaron a aparecer en las cunetas de las principales carreteras o flotando en mugrientos canales urbanos.

Para asegurarse de que el terror se extendía más allá de la capital, Pinochet envió a su comandante más despiadado, el general Sergio Arellano Stark, en helicóptero en una misión en las provincias del norte para visitar una serie de prisiones en las que se retenía a “subversivos”. En cada ciudad y pueblo, Stark y su escuadrón de la muerte itinerante escogían a los prisioneros de perfil más alto, a veces hasta veintiséis a la vez, y los ejecutaban. El rastro de sangre que dejaron durante esos cuatro días se conocería como la caravana de la muerte. Al poco tiempo la comunidad entera había captado el mensaje: la resistencia es mortal.

A pesar de que la batalla de Pinochet sólo tuvo un bando, sus efectos fueron tan reales como cualquier guerra civil o invasión extranjera: en total, más de 3.200 personas fueron ejecutadas o desaparecieron, al menos 80.000 fueron encarceladas y 200.000 huyeron del país por motivos políticos.

## ***EL FRENTE ECONÓMICO***

Para los Chicago Boys, el 11 de septiembre fue un día de vertiginosa anticipación y letal adrenalina. Sergio de Castro había estado trabajando a fondo su contacto en la Armada, consiguiendo que aprobara página a página “el ladrillo”.

Ahora, el día del golpe, varios Chicago Boys estaban acampados junto a las rotativas del periódico de derechas El Mercurio. Mientras en la calle sonaban disparos, trabajaron frenéticamente para que el documento quedara impreso a tiempo para el primer día de gobierno de la Junta. Arturo

Fontaine, uno de los editores del periódico, recuerda que las rotativas trabajaron “sin cesar para producir copias de aquel largo documento”. Y lo consiguieron, por los pelos. “Antes del mediodía del miércoles 12 de septiembre de 1973, los generales de las fuerzas armadas que desempeñaban cargos de gobierno tenían el plan sobre sus escritorios”.

Las propuestas que aparecen en ese documento final se parecen asombrosamente a las que hace Milton Friedman en *Capitalismo y libertad*: privatización, desregulación y recorte del gasto social; la santísima trinidad del libre mercado. Los economistas chilenos educados en Estados Unidos habían tratado de introducir esas ideas pacíficamente, dentro de los confines del debate democrático, pero habían sido rechazadas de forma abrumadora. Ahora los Chicago Boys y sus planes habían vuelto en un clima mucho más permeable a su punto de vista radical. En esta nueva era no era necesario que nadie más allá de un puñado de hombres uniformados estuviera de acuerdo con ellos. Sus oponentes políticos más enconados estaban o encarcelados o muertos o huidos; el espectáculo de los cazas de combate y las caravanas de la muerte mantenía a todo el mundo a raya.

“Para nosotros, fue una revolución”, dijo Cristian Larroulet, uno de los asesores económicos de Pinochet. Era una descripción adecuada. El 11 de septiembre de 1973 fue mucho más que el violento final de la pacífica revolución socialista de Allende; fue el principio de lo que *The Economist* calificaría más tarde de “contrarrevolución”, la primera victoria concreta en la campaña de la Escuela de Chicago por recuperar las ganancias que se habían conseguido con el desarrollismo y el keynesianismo. A diferencia de la revolución parcial de Allende, templada y matizada por el característico tira y afloja de la democracia, esta revuelta, impuesta mediante la fuerza bruta, tenía las manos libres para llegar hasta el final. En los años siguientes, las políticas descritas en “el ladrillo” se impondrían en docenas de otros países bajo la coartada de una amplia gama de crisis. Pero Chile fue la génesis de la contrarrevolución, una génesis de terror.

José Piñera, un alumno de la Facultad de Economía de la Universidad Católica que se definía a sí mismo como un Chicago Boy, era estudiante de posgrado en Harvard cuando tuvo lugar el golpe. Al oír las buenas noticias, regresó a casa “para ayudar a fundar un país nuevo, dedicado a la libertad, de las cenizas del antiguo”. Según Piñera, que acabaría convirtiéndose en ministro de Trabajo y Minería con Pinochet, ésta era “la auténtica

revolución [...] un movimiento radical, completo y sostenido hacia el libre mercado”.

Antes del golpe, Augusto Pinochet tenía reputación de ser muy educado, casi demasiado obsequioso, reputación de adular y dar siempre la razón a sus superiores civiles.

Como dictador, Pinochet desveló nuevas facetas de su carácter. Se adueñó del poder con un regocijo indecoroso y adoptó la actitud de un monarca absoluto, declarando que el “destino” le había otorgado su cargo. Sin dilación, dirigió un golpe dentro del golpe para deshacerse de los otros tres líderes militares con los que había acordado dividirse el poder y se hizo nombrar jefe supremo de la nación, además de presidente. Le encantaba la pompa y la ceremonia, prueba de su derecho a gobernar, y no desperdiciaba ninguna ocasión de vestirse con su uniforme prusiano, con capa y todo. Para moverse por Santiago, escogió una caravana de Mercedes-Benz dorados y a prueba de balas.

A Pinochet se le daba bien gobernar de forma autoritaria, pero, igual que Suharto, no sabía prácticamente nada de economía. Eso era un problema, porque la campaña de sabotaje empresarial liderada por ITT había conseguido hacer que la economía entrara en barrena y Pinochet se encontró con una crisis entre manos. Desde el principio se produjo una lucha de poder dentro de la Junta entre los que simplemente querían reinstaurar el statu quo anterior a Allende y regresar rápidamente al sistema democrático, y los de Chicago, que presionaban para conseguir una liberalización del mercado de pies a cabeza que tardaría años en imponerse. A Pinochet, que disfrutaba a fondo de sus nuevos poderes, no le gustaba nada la idea de que su destino fuera una simple operación de limpieza, limitada a “restaurar el orden” y luego marcharse. “No somos como una aspiradora que barrió el marxismo para luego darle el poder a esos señores políticos”, dijo. La visión de los de Chicago de una remodelación completa del país estaba en sintonía con su recién desatada ambición y, al igual que Suharto con la mafia de Berkeley, de inmediato nombró a varios licenciados de Chicago como sus principales asesores económicos, entre ellos Sergio de Castro, el líder de hecho del movimiento y principal autor del “ladrillo”. Los llamaba los tecnos -los tecnócratas-, lo cual encajaba con la pretensión de los de Chicago de que arreglar una economía era una cuestión científica y no de elecciones humanas subjetivas.

Pese a que Pinochet entendía poco sobre inflación y tipos de interés, los tecnos hablaban un lenguaje que comprendía. Para ellos la economía era una fuerza de la naturaleza a la que había que respetar y obedecer porque “ir contra la naturaleza es contraproducente y es engañarse a uno mismo”, como explicó Piñera. Pinochet estaba de acuerdo: la gente, escribió en una ocasión, debe someterse a la estructura porque “la naturaleza muestra que el orden básico y la jerarquía son necesarios”. Esta convicción compartida de obedecer unas leyes naturales superiores formó la base de la alianza Pinochet-Chicago.

Durante el primer año y medio Pinochet siguió fielmente las reglas de Chicago: privatizó algunas, aunque no todas, empresas estatales (entre ellas varios bancos); permitió formas nuevas y muy avanzadas de especulación financiera; abrió las fronteras a las importaciones extranjeras, derribando las barreras que habían protegido durante muchos años a las manufacturas chilenas y recortó el gasto público un 10% excepto, claro, el gasto militar, que aumentó significativamente. También eliminó el control de precios, una decisión radical en un país que llevaba regulando el coste de productos de primera necesidad como el pan y el aceite durante décadas.

Los de Chicago le aseguraron a Pinochet que si hacía que el gobierno dejara de intervenir en esas áreas rápidamente, las leyes “naturales” de la economía harían que se recuperara el equilibrio y la inflación -que consideraban una especie de fiebre económica que indicaba la presencia de organismos insalubres en el mercado- descendería mágicamente. Se equivocaban. En 1974, la inflación alcanzó el 375%, la tasa más alta en todo el mundo y casi el doble de su punto más alto con Allende. El precio de productos de primera necesidad como el pan se puso por las nubes. En paralelo, los chilenos perdían su empleo gracias a que el experimento de Pinochet con el “libre mercado” estaba inundando el país de importaciones baratas. Las empresas locales cerraban a docenas, incapaces de competir; el desempleo alcanzó cifras récord, y se extendió el hambre. El primer laboratorio de la Escuela de Chicago estaba en caída libre.

Sergio de Castro y los demás de Chicago arguyeron, en el mejor estilo de Chicago, que su teoría era perfectamente correcta y que el problema era que no se estaba aplicando de forma suficientemente estricta. La economía no había podido corregirse sola y volver a un equilibrio armonioso porque todavía quedaban “distorsiones”, consecuencia de casi medio siglo de interferencias gubernamentales. Para que el experimento funcionase,

Pinochet tenía que acabar con esas distorsiones: más recortes, más privatizaciones y todo llevado a cabo con más rapidez.

En ese año y medio, buena parte de la élite empresarial chilena se hartó de las aventuras de los de Chicago con el capitalismo radical. Los únicos que se beneficiaban de la situación eran las empresas extranjeras y un pequeño grupo de financieros conocidos como los “pirañas”, que se forraban especulando. Los fabricantes industriales que habían apoyado con entusiasmo el golpe estaban siendo barridos. Orlando Sáenz -el presidente de la Sociedad de Fomento Fabril que había sido quien había introducido a los de Chicago en el complot del golpe- declaró que los resultados del experimento constituían “uno de los mayores fracasos de nuestra historia económica”. A los empresarios no les gustaba el socialismo de Allende, pero no tenían ningún problema con una economía controlada por el gobierno. “Es imposible continuar con el caos financiero que domina Chile”, dijo Sáenz. “Es necesario canalizar hacia inversiones productivas los millones y millones de recursos financieros que hoy se utilizan en operaciones especulativas alocadas frente a los ojos de los que no tienen siquiera empleo”.

Con su plan en grave peligro, los de Chicago y los pirañas (que en muchos casos eran las mismas personas) decidieron que había llegado el momento de sacar la artillería. En marzo de 1975, Milton Friedman y Arnold Harberger volaron a Santiago invitados por un banco importante para ayudar a salvar el experimento.

La prensa, controlada por la Junta, recibió a Friedman como si fuera una estrella del rock, el gurú del nuevo orden. Cada una de sus declaraciones acababa en los titulares, sus clases se emitían en la televisión nacional y contó con la audiencia más importante de todas: un encuentro privado con el general Pinochet.

A lo largo de toda su visita, Friedman machacó un solo tema: la Junta había empezado bien, pero necesitaba abrazar el libre mercado sin ninguna reserva. En discursos y entrevistas utilizó un término que hasta entonces jamás se había aplicado a una crisis económica del mundo real: pidió un “tratamiento de choque”. Afirmó que era “la única cura. Con certeza. No hay otra forma de hacerlo. No hay otra solución a largo plazo”. Cuando un periodista chileno apuntó que hasta Richard Nixon, entonces presidente de Estados Unidos, imponía controles para atemperar el libre mercado, Friedman replicó: “Yo no los apruebo. Creo que no deberíamos aplicarlos.

Estoy en contra de que el gobierno intervenga en la economía, sea el gobierno de mi país o el de Chile”.

Después de su reunión con Pinochet, Friedman escribió unas notas personales sobre el encuentro, que reprodujo décadas más tarde en sus memorias. Observó que al general “le atraía la idea de un tratamiento de choque, pero le preocupaba claramente el aumento del desempleo que podía crear”.

Llegados a este punto, Pinochet ya se había hecho tristemente célebre en el mundo por ordenar masacres en estadios de fútbol, de modo que el hecho de que al dictador le “preocupara” el coste humano de su terapia de *shock* debería haber hecho que Friedman reflexionara. Pero en vez de ello insistió en sus tesis en una carta de seguimiento en la que alabó las decisiones “extremadamente sabias” del general, pero animaba a Pinochet a recortar todavía mucho más el gasto público, “un 25% en los próximos seis meses [...] en todos los apartados”, y a la vez le pedía que adoptara un paquete de políticas proempresariales que le acercaría más “al completo libre mercado”. Friedman predijo que los cientos de miles de personas que serían despedidas del sector público pronto encontrarían trabajo en el sector privado, que despegaría espectacularmente gracias a que Pinochet eliminaría “tantos como sea posible de los obstáculos que ahora perjudican el mercado privado”.

Friedman aseguró al general que si seguía sus consejos podría anotarse el mérito de un “milagro económico”; podría “acabar con la inflación en unos meses” mientras que el problema del desempleo sería igualmente “breve -cuestión de meses- y la subsiguiente recuperación económica sería rápida”. Pinochet tenía que actuar rápida y decididamente; Friedman subrayó la importancia del “*shock*” repetidamente. Usó la palabra tres veces en su carta y subrayó que el “gradualismo no era factible”.

Pinochet se convirtió. En su carta de respuesta, el jefe supremo de Chile expresaba su “más alta y respetuosa admiración” por Friedman y le aseguraba a éste que “el plan está aplicándose plenamente en estos momentos”.

Inmediatamente después de la visita de Friedman, Pinochet despidió a su ministro de Economía y entregó el cargo a Sergio de Castro, al que después ascendería a ministro de Finanzas. De Castro llenó el gobierno de colegas suyos de Chicago y nombró a uno de ellos director del banco central.

Orlando Sáenz, que se había opuesto a los despidos masivos y al cierre de fábricas, fue sustituido al frente de la Sociedad de Fomento Fabril por alguien con una actitud más favorable al *shock*. “Si hay empresarios que se quejan de ello, que se vayan al infierno. No les defenderé”, declaró el nuevo director.

Libres de críticos, Pinochet y De Castro empezaron a desmontar el Estado del bienestar para alcanzar su pura utopía capitalista. En 1975 recortaron el gasto público el 27% de un solo golpe y siguieron recortando hasta que, hacia 1980, llegaron a la mitad de lo que era con Allende. Salud y educación fue lo que más sufrió. Incluso *The Economist*, una animadora del equipo del libre mercado, calificó lo que sucedía como “una orgía de automutilación”. De Castro privatizó casi quinientas empresas y bancos estatales, prácticamente regalando muchos de ellos, puesto que lo que quería era ponerlos lo más rápido posible en el lugar que les correspondía dentro del orden económico. No se apiadó de las empresas locales y eliminó todavía más barreras arancelarias. El resultado fue la pérdida de 177.000 puestos de trabajo en la industria entre 1973 y 1983. A mediados de la década de 1980, la industria como porcentaje de la economía descendió a niveles que no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial.

“Tratamiento de choque era un nombre adecuado para lo que Friedman había recetado. Pinochet envió deliberadamente a su país a una profunda recesión, basándose en una teoría sin probar que afirmaba que la súbita contracción haría que la economía recuperase la salud. En su lógica interna, esta medida era asombrosamente parecida a la de los psiquiatras que recetaron terapia electroconvulsiva en las décadas de 1940 y 1950, convencidos de que las conmociones deliberadamente inducidas con las descargas conseguirían mágicamente reiniciar los cerebros de sus pacientes.

La teoría de la terapia de *shock* económica se basa en parte en el papel de las expectativas como combustible de un proceso inflacionario. Para poner freno a la inflación no basta con cambiar la política monetaria sino que además hay que cambiar la actitud de los consumidores, empresarios y trabajadores. Lo que hace un cambio súbito y brutal de política es alterar rápidamente las expectativas y señalar al público que las reglas del juego han cambiado dramáticamente: los precios no van a seguir subiendo ni tampoco los sueldos. Según esta teoría, cuanto antes se consigan mitigar las expectativas de inflación, más corto será el doloroso período de recesión y alto desempleo. Sin embargo, particularmente en países en los que la clase

dirigente ha perdido su credibilidad ante el público, se dice que sólo un *shock* político enorme y decidido puede lograr “enseñar” al público esta dura lección.\*

Algunos economistas de la Escuela de Chicago afirman que el primer experimento con la terapia de *shock* se llevó a cabo en Alemania Occidental el 20 de junio de 1948.

El ministro de Finanzas, Ludwig Erhard, eliminó la mayoría de los controles aplicados a los precios e introdujo una moneda nueva. Lo hizo rápidamente y sin previo aviso, lo que supuso un *shock* tremendo para la economía alemana, que llevó a una subida masiva del desempleo. Pero ahí es donde terminan las similitudes: las reformas de Erhard se limitaron a los precios y a la política monetaria y no fueron acompañadas de recortes en los programas sociales ni por la rápida introducción del libre mercado, y se tomaron muchas precauciones para proteger a los ciudadanos del *shock*, entre ellas el aumento de los salarios. Alemania Occidental, incluso después del *shock*, se adecuaba con facilidad a la definición que Friedman hacía de un Estado del bienestar casi socialista: ofrecía vivienda de protección oficial, pensiones, sanidad pública y un sistema educativo estatal, mientras que además el gobierno dirigía y subsidiaba casi todo, desde el teléfono a plantas productoras de aluminio. Concederle a Erhard el mérito de haber inventado la terapia de *shock* es una historia agradable, puesto que su experimento tuvo lugar después de que Alemania Occidental fuera liberada de la tiranía. El *shock* de Erhard, sin embargo, no se parece en nada a las transformaciones radicales que hoy se entienden como terapia económica de *shock*: los pioneros de este método fueron Friedman y Pinochet, en un país que acababa de perder su libertad.

Causar una recesión o una depresión es una idea brutal, pues conlleva crear pobreza generalizada, motivo por el cual ningún líder político hasta ese momento había estado dispuesto a poner a prueba la teoría. ¿Quién querría ser responsable de lo que *Business Week* denominó “un mundo a lo doctor Strangelove en el que se impulsa deliberadamente la recesión”?

Pinochet quería serlo. En el primer año de la terapia de *shock* recetada por Friedman, la economía chilena se contrajo un 15% y el desempleo -que sólo sufría un 3% con Allende- alcanzó el 20%, un porcentaje inaudito en el Chile de la época. El país, ciertamente, se convulsionaba bajo el “tratamiento”. Contrariamente a lo que Friedman predijo con optimismo, la crisis duró años, no meses. Hacia 1986 uno de cada cinco trabajadores



industriales había perdido su empleo. La Junta, que había adoptado inmediatamente la metáfora de la enfermedad que utilizó Friedman, no se arrepentía de nada y explicaba que “se había escogido ese camino porque es el único que ataca directamente las causas de la enfermedad”. Friedman estaba de acuerdo. Cuando un periodista le preguntó “si el coste social de sus políticas no sería excesivo”, respondió:

“Esa es una pregunta estúpida”. A otro periodista le dijo:

“Lo único que me preocupa es que perseveren el tiempo necesario y con la fuerza necesaria”.

Es interesante saber que la mayor crítica hacia la terapia de *shock* procedió de uno de los propios ex alumnos de Friedman, André Gunder Frank. Durante sus años en la Universidad de Chicago en la década de 1950, Gunder Frank -originario de Alemania- oyó hablar tanto sobre Chile que cuando se doctoró en economía decidió ir él mismo al país que sus profesores habían descrito como una distopía desarrollista mal gestionada. Le gusto lo que vio y acabó enseñando en la Universidad de Chile y luego siendo asesor económico de Salvador Allende, hacia el que desarrolló un gran respeto. Como hombre de Chicago en Chile, Frank tenía una perspectiva privilegiada sobre la aventura económica del país. Un año después de que Friedman recetara el *shock* máximo, escribió una airada “Carta abierta a Arnold Harberger y Milton Friedman” en la que utilizó su formación en la Escuela de Chicago “para examinar cómo ha respondido el paciente chileno a su tratamiento”.

Calculó lo que significaba para una familia chilena tratar de sobrevivir con lo que Pinochet afirmaba que era un “sueldo mínimo”. Aproximadamente el 74% de sus ingresos se dedicaban simplemente a comprar pan, lo cual obligaba a la familia a prescindir de “lujos” como la leche y el autobús para ir a trabajar. En comparación, bajo Allende el pan, la leche y el autobús alcanzaban el 17% del sueldo de un empleado público. Muchos niños tampoco tenían leche en las escuelas, pues una de las primeras medidas de la Junta había sido eliminar el programa de leche escolar. Como resultado combinado de ese recorte más la situación desesperada de las familias, cada vez más estudiantes se desmayaban en clase, mientras que otros muchos dejaron de acudir a la escuela. Gunder Frank vio una relación directa entre las brutales políticas económicas impuestas por sus antiguos compañeros de estudios y la violencia que Pinochet había desatado contra el país. Las recetas de Friedman eran tan

dolorosas, afirmó el desafecto hombre de Chicago, que no podían “imponerse ni llevarse a cabo sin los elementos gemelos que subyacen a todas ellas: la fuerza militar y el terror político”.

Impasible, el equipo económico de Pinochet se adentró todavía más en terreno experimental, adoptando las políticas más vanguardistas de Friedman: el sistema educativo público fue sustituido por cheques escolares y escuelas chárter, la sanidad pasó a ser de pago y se privatizaron guarderías y cementerios. Lo más radical de todo fue que privatizaron el sistema de seguridad social de Chile. José Piñera, que fue el artífice del programa, dijo haber tenido la idea después de leer *Capitalismo y libertad*. Suele concedérsele a la administración de George W. Bush el mérito de haber sido los pioneros de la “sociedad de propietarios” cuando, de hecho fue el gobierno de Pinochet, treinta años antes, el que primero introdujo el concepto de “una nación de propietarios”.

Chile avanzaba en territorio desconocido y los partidarios del libre mercado en todo el mundo, acostumbrados a debatir los méritos de tales políticas en marcos puramente académicos, le prestaban mucha atención. “Los manuales de economía dicen que ésa es la forma en que debería funcionar el mundo, pero ¿en qué otro lugar se puede ver puesta en práctica?”, se maravillaba la revista norteamericana de negocios *Barron's*. En un artículo titulado “Chile, laboratorio para un teórico”, *The New York Times* destacó que “pocas veces uno de los principales economistas convencido de sus ideas recibe la oportunidad de probar recetas concretas en una economía gravemente enferma. Resulta todavía menos habitual que el cliente del economista sea un país que no es el suyo”. Muchos se acercaron a ver en persona el laboratorio chileno, entre ellos el propio Friedrich Hayek, que viajó al Chile de Pinochet en varias ocasiones y que en 1981 escogió Viña del Mar (la ciudad en la que se tramó el golpe) para celebrar la convención regional de la Sociedad Mont Pelerin, la asamblea de cerebros de la contrarrevolución.

## ***EL MITO DEL MILAGRO CHILENO***

Incluso tres décadas más tarde Chile sigue siendo considerado por los entusiastas del libre mercado como una prueba de que el friedmanismo funciona. Cuando murió Pinochet, en diciembre de 2006 (un mes después de Friedman), *The New York Times* le elogió por “transformar una economía en bancarrota en una de las más prósperas de América Latina” y un editorial del *Washington Post* dijo que había “introducido las políticas de libre mercado que habían producido el milagro económico chileno”. Los hechos tras el “milagro chileno” siguen siendo objeto de intenso debate.

Pinochet se mantuvo en el poder diecisiete años y durante ese tiempo cambió de rumbo político varias veces. El período de crecimiento continuado de la nación que se cita como prueba de su milagroso éxito no empezó hasta mediados de los años ochenta, una década entera después de que los de Chicago implementaran su terapia de *shock* y bastante después de que Pinochet se viera obligado a cambiar radicalmente el rumbo. Y sucedió porque en 1982, a pesar de su estricta fidelidad a la doctrina de Chicago, la economía de Chile se derrumbó: explotó la deuda, se enfrentaba de nuevo la hiperinflación y el desempleo alcanzó el 30%, diez veces más que con Allende. La causa principal fue que las pirañas, las empresas financieras al estilo de Enron a las que los de Chicago habían liberado de cualquier tipo de regulación, habían comprado los activos del país con dinero prestado y acumularon una enorme deuda de 14.000 millones de dólares.

La situación era tan inestable que Pinochet se vio obligado a hacer exactamente lo mismo que había hecho Allende: nacionalizó muchas de estas empresas. Al borde de la debacle, casi todos los de Chicago perdieron sus influyentes puestos en el gobierno, incluyendo a Sergio de Castro.

Muchos otros licenciados de Chicago tenían altos cargos en las empresas de los pirañas y fueron investigados por fraude, con lo que se desvaneció la fachada de neutralidad científica tan fundamental para la identidad que se habían construido los de Chicago.

La única cosa que protegía a Chile del colapso económico total a principios de la década de 1980 fue que Pinochet nunca privatizó Codelco, la empresa de minas de cobre nacionalizada por Allende. Esa única empresa generaba el 85% de los ingresos por exportación de Chile, lo que significa que cuando la burbuja financiera estalló, el Estado siguió contando con una fuente constante de fondos.

Está claro que Chile nunca fue el laboratorio “puro” del libre mercado que muchos de sus partidarios creyeron. Al contrario: fue un país donde una pequeña élite pasó de ser rica a superrica en un plazo brevísimo basándose en una fórmula que daba grandes beneficios financiándose con deuda y subsidios públicos, para luego recurrir también al dinero público para pagar aquella deuda. Si uno consigue apartar el boato y el clamor de los vendedores, el Chile de Pinochet y los de Chicago no fue un Estado capitalista con un mercado libre de trabas, sino un Estado corporativista.

El corporativismo se refería originalmente al modelo de Estado ideado por Mussolini, un Estado policial gobernado bajo una alianza de las tres mayores fuentes de poder de una sociedad -el gobierno, las empresas y los sindicatos-, todos colaborando para mantener el orden en nombre del nacionalismo. Lo que Chile inauguró con Pinochet fue una evolución del corporativismo: una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron fuerzas para lanzar una guerra total contra el tercer centro de poder -los trabajadores-, incrementando con ello de manera espectacular la porción de riqueza nacional controlada por la alianza.

Esa guerra -que muchos chilenos comprensiblemente ven como una guerra de los ricos contra los pobres y la clase media- es la auténtica realidad tras el “milagro” económico de Chile. Hacia 1988, cuando la economía se había estabilizado y crecía con rapidez, el 45% de la población había caído por debajo del umbral de la pobreza.

El 10% más rico de los chilenos, sin embargo, había visto crecer sus ingresos en un 83%. Incluso en 2007 Chile seguía siendo una de las sociedades menos igualitarias del mundo. De las 123 naciones en que Naciones Unidas monitoriza la desigualdad, Chile ocupaba el puesto 116, lo que le convierte en el octavo país con mayores desigualdades de la lista.

Si ese historial hace que Chile sea un milagro para los economistas de la Escuela de Chicago, quizá sea porque el tratamiento de choque nunca tuvo como objetivo devolver la salud a la economía. Quizá se suponía que tenía que hacer exactamente lo que hizo: enviar la riqueza a los de arriba y conmocionar a la clase media hasta borrarla del mapa.

Así lo creía Orlando Letelier, ex ministro de Defensa con Allende. Después de pasar un año en las prisiones de Pinochet, Letelier consiguió escapar de Chile gracias a una intensiva campaña de presión internacional. Al contemplar desde el extranjero el rápido empobrecimiento de su país, Letelier escribió en 1976 que “durante los últimos tres años varios miles de

millones de dólares fueron sacados de los bolsillos de los asalariados y depositados en los de los capitalistas y terratenientes [...] la concentración de la riqueza no fue un accidente, sino la regla; no es el resultado colateral de una situación difícil -que es lo que a la Junta le gustaría que el mundo creyera- sino la base de un proyecto social; no es una desventaja de la economía, sino un éxito político temporal”.

Lo que Letelier no podía saber entonces era que Chile bajo el gobierno de la Escuela de Chicago ofrecía un avance del futuro de la economía global, una pauta que se repetiría una y otra vez, de Rusia a Sudáfrica y a Argentina: una burbuja urbana de especulación frenética y contabilidad dudosa que generaba enormes beneficios y un frenético consumismo, y rodeada por fábricas fantasmagóricas e infraestructuras en desintegración de un pasado de desarrollo; aproximadamente la mitad de la población excluida completamente de la economía; corrupción y amiguismo fuera de control; aniquilación de las empresas públicas grandes y medianas; un enorme trasvase de riqueza del sector público al privado, seguido de un enorme trasvase de deudas privadas a manos públicas. En Chile, si estabas fuera de la burbuja de riqueza, el milagro se parecía a la Gran Depresión, pero dentro de su caparazón estanco los beneficios fluían tan libre y rápidamente que el dinero fácil que las reformas estilo terapia de *shock* hace posible se ha convertido desde entonces en la cocaína de los mercados financieros. Y es por eso por lo que el mundo financiero no respondió a las obvias contradicciones del experimento chileno reevaluando las premisas básicas del *laissez-faire*. En lugar de ello, reaccionó como reacciona un drogadicto: se preguntó dónde conseguir la siguiente dosis.

### ***LA REVOLUCIÓN SE EXTIENDE, EL PUEBLO DESAPARECE***

Durante un tiempo la siguiente dosis la aportaron otros países del Cono Sur a los que la contrarrevolución de la Escuela de Chicago se extendió rápidamente. Brasil estaba ya bajo el control de una junta apoyada por Estados Unidos y muchos de los estudiantes brasileños de Friedman ocupaban puestos clave en el gobierno. Friedman viajó a Brasil en 1973, en

la época de mayor brutalidad del régimen y declaró que el experimento económico era “un milagro”. En Uruguay los militares dieron un golpe de Estado en 1973 y al año siguiente decidieron seguir el rumbo trazado por Chicago. Ante la falta de uruguayos licenciados en la Universidad de Chicago, los generales invitaron a “Arnold Harberger y a [el profesor de economía] Larry Sjaastad de la Universidad de Chicago y su equipo, que incluía ex alumnos de Chicago argentinos, chilenos y brasileños, para que reformaran el sistema impositivo y la política comercial de Uruguay”. Los efectos sobre la sociedad anteriormente igualitaria de Uruguay fueron inmediatos: los salarios reales descendieron un 28% y hordas de mendigos aparecieron por primera vez en las calles de Montevideo.

El siguiente país en unirse al experimento fue Argentina en 1976

Antes de que la Junta tomara el poder, Argentina tenía menos pobres que Francia o Estados Unidos -solo un 6% de la población- y una tasa de desempleo de sólo el 4,2%.

El siguiente país en unirse al experimento fue Argentina en 1976, cuando una junta arrebató el poder a Isabel Perón. Con ello Argentina, Chile, Uruguay y Brasil - los países que habían sido los abanderados del desarrollismo- estaban ahora todos dirigidos por gobiernos militares apoyados por Estados Unidos y se habían convertido en laboratorios vivos de la Escuela de economía de Chicago.

Según documentos brasileños desclasificados en marzo de 2007, semanas antes de que los generales argentinos tomaran el poder contactaron con Pinochet y con la Junta brasileña y “esbozaron los principales pasos que debería tomar el futuro régimen”.

A pesar de esta estrecha colaboración, el gobierno militar argentino no fue tan lejos en su experimento neoliberal como Pinochet; no privatizó las reservas de petróleo del país ni la seguridad social, por ejemplo (eso vendría después). Sin embargo, en lo que se refiere a atacar las políticas e instituciones que habían conseguido elevar a los pobres argentinos a la clase media, la Junta siguió fielmente el ejemplo de Pinochet, gracias en parte a la abundancia de economistas argentinos que habían asistido a los cursos de Chicago.

Los argentinos recién salidos de Chicago se hicieron con puestos clave en el gobierno: secretario de Finanzas, presidente del banco central y director de investigaciones del Departamento del Tesoro del Ministerio de Finanzas, además de otros puestos económicos de menor nivel.

Pero mientras los de Chicago de la rama argentina fueron partícipes entusiastas del gobierno militar, el principal puesto económico no fue para ninguno de ellos, sino para José Alfredo Martínez de Hoz. Martínez de Hoz pertenecía a la alta burguesía rural que formaba parte de la Sociedad Rural, la asociación de rancheros que desde hacía tiempo controlaba las exportaciones del país. A estas familias, lo más cercano a una aristocracia que tenía Argentina, el orden económico feudal les parecía perfecto: no tenían que preocuparse de que sus tierras se redistribuyeran entre los campesinos ni de que el precio de la carne se redujera para que todo el mundo pudiera comer.

Martínez de Hoz había presidido la Sociedad Rural, igual que su padre y su abuelo antes que él; también formaba parte de los consejos de administración de varias multinacionales, entre ellas Pan American Airways e ITT.

Cuando tomó el cargo en el gobierno de la Junta quedó claro que el golpe representaba una revuelta de las élites, una contrarrevolución contra cuarenta años de avances de los trabajadores argentinos.

La primera decisión como ministro de Martínez de Hoz fue prohibir las huelgas e instaurar el despido libre. Abolió los controles de precios, disparando el precio de la comida.

También estaba decidido a hacer que Argentina volviera a ser un lugar hospitalario para las multinacionales extranjeras. Derogó las restricciones a las propiedades que los extranjeros podían tener en el país y en pocos años vendió cientos de empresas estatales. Estas medidas le granjearon poderosos aliados en Washington. Documentos desclasificados muestran que William Rogers, subsecretario de Estado para América Latina, le dijo a su jefe, Henry Kissinger, poco después del golpe: “Martínez de Hoz es un buen hombre. Hemos mantenido consultas con él constantemente”. Kissinger quedó tan impresionado que, “como gesto simbólico”, organizó un encuentro de alto nivel con Martínez de Hoz cuando éste visitó Washington.

También se ofreció a hacer un par de llamadas para ayudar a Argentina en sus esfuerzos económicos: “Llamaré a David Rockefeller”, le dijo Kissinger al ministro de Exteriores de la Junta, refiriéndose al presidente del Chase Manhattan Bank. “Y llamaré a su hermano, el vicepresidente [de Estados Unidos, Nelson Rockefeller] “.

Para atraer inversores extranjeros, Argentina publicó un folleto de treinta y una páginas en *Business Week*, producido por Burson-Marsteller, un gigante de las relaciones públicas, en el que se declaraba que “pocos gobiernos en la historia han animado más a la inversión privada. [...] Estamos realizando una auténtica revolución social y buscamos socios. Nos estamos desembarazando del estatalismo y creemos firmemente en la importancia fundamental del sector privado”.\*

La Junta estaba tan ansiosa por subastar el país a los inversores que incluso inundó “un 10% de descuento en el precio de la tierra para construcción durante los próximos sesenta días”.

También en esta ocasión el impacto humano fue inconfundible: en un año los salarios perdieron el 40% de su valor, cerraron fábricas y la pobreza se generalizó.

Antes de que la Junta tomara el poder, Argentina tenía menos pobres que Francia o Estados Unidos -solo un 6% de la población- y una tasa de desempleo de sólo el 4,2%. Ahora el país empezaba a dar muestras de un subdesarrollo que creía haber dejado atrás. Los barrios pobres carecían de agua corriente y enfermedades que podían prevenirse se convertían en epidemias.

En Chile, Pinochet tuvo las manos libres para destripar a la clase media gracias a la forma devastadora y aterradora en que se hizo con el poder. Aunque sus cazas y sus pelotones de fusilamiento habían sido muy efectivos para extender el terror habían acabado por convertirse en un desastre de relaciones públicas. Las noticias sobre las masacres de Pinochet provocaron la indignación del mundo y activistas en Europa y América del Norte presionaron agresivamente a sus gobiernos para que no comerciaran con Chile. Era un resultado claramente desfavorable para un régimen cuya razón de ser era mantener el país abierto a los negocios.

Los documentos recientemente desclasificados en Brasil demuestran que cuando los generales argentinos estaban preparando su golpe de 1976 se propusieron “evitar sufrir una campaña internacional como la que se ha desatado contra Chile”. Para conseguir ese objetivo eran necesarias tácticas de represión menos espectaculares, tácticas de perfil bajo que pudieran extender el terror pero que no resultaran tan obvias para los fisgones de la prensa internacional. En Chile, Pinochet pronto optó por las desapariciones. En lugar de matar abiertamente o incluso de arrestar a su presa, los soldados secuestraban a la víctima, la llevaban a campos clandestinos, la torturaban,



muchas veces la mataban y luego negaban saber nada del asunto. Los cuerpos se enterraban en fosas comunes.

Según la Comisión de la Verdad de Chile, creada en mayo de 1990, la policía secreta se deshacía de algunas de sus víctimas arrojándolas al océano desde helicópteros, “después de abrirles el estómago con un cuchillo para que los cuerpos no flotaran”. Además de tener un perfil bajo, las desapariciones se demostraron un medio todavía más efectivo para aterrorizar a la población que las masacres descaradas, pues la idea de que el aparato del Estado pudiera utilizarse para hacer que la gente se desvaneciera en la nada era mucho más inquietante.

A mediados de la década de 1970 las desapariciones se habían convertido en el principal instrumento de coerción de las juntas de la Escuela de Chicago en todo el Cono Sur y nadie las utilizó con más entusiasmo que los generales que ocupaban el palacio presidencial argentino. Durante su reinado se estima que desaparecieron treinta mil personas. Muchas de ellas, como sus equivalentes chilenas, fueron lanzadas desde aviones en las turbias aguas del Río de la Plata.

La Junta argentina se destacó por saber mantener el equilibrio justo entre el horror público y el privado, llevando a cabo las suficientes operaciones públicas para que todo el mundo supiera lo que estaba pasando pero simultáneamente manteniendo sus actos lo bastante en secreto como para poder negarlo todo. En sus primeros días en el poder, la Junta hizo una única y dramática demostración de su disposición a usar la fuerza de modo letal: un hombre fue sacado a empujones de un Ford Falcon (el vehículo habitual de la policía secreta), atado al monumento más famoso de Buenos Aires, el Obelisco blanco de 67,5 metros, y ametrallado a la vista de todos los transeúntes.

Después de eso, los asesinatos de la Junta pasaron a ser encubiertos, pero estaban siempre presentes. Las desapariciones, oficialmente inexistentes, eran espectáculos muy públicos que contaban con la complicidad silenciosa de barrios enteros. Cuando se decidía eliminar a alguien, una flota de vehículos militares aparecía frente al hogar o lugar de trabajo de esa persona y acordonaba toda la manzana, muchas veces mientras un helicóptero sobrevolaba la zona.

A plena luz del día y a la vista de los vecinos, la policía o los soldados echaban la puerta abajo y se llevaban a la víctima, que a menudo gritaba su nombre antes de que se la llevaran en el Ford Falcon que aguardaba con la

esperanza de que la noticia de lo sucedido llegase a su familia. Algunas operaciones “encubiertas” eran mucho más descaradas: la policía subía a un autobús abarrotado y se llevaba a pasajeros arrastrándolos por el pelo; en la ciudad de Santa Fe, una pareja fue secuestrada en el altar durante su boda, en una iglesia repleta de gente.

El carácter público del terror no cesaba con la captura inicial. Una vez bajo custodia, en Argentina los prisioneros eran conducidos a uno de los más de trescientos campos de tortura que había en el país. Muchos de ellos estaban situados en zonas residenciales densamente pobladas; uno de los más conocidos ocupaba el local de un antiguo club atlético en una concurrida calle de Buenos Aires, otro estaba en una escuela en el centro de Bahía Blanca y aún otro en un ala de un hospital que seguía funcionando como centro sanitario. En estos centros de tortura se veían entrar y salir a toda velocidad vehículos militares a horas extrañas, se podían oír gritos a través de las mal insonorizadas paredes y se veía entrar y salir extraños paquetes con forma de persona. Los vecinos eran conscientes de todo ello y guardaban silencio.

El régimen uruguayo era igual de descarado: uno de sus principales centros de tortura estaba en unos barracones de la Marina que daban al paseo marítimo de Montevideo, una zona junto al océano por la que antes solían pasear e ir de picnic las familias. Durante la dictadura, aquel bello lugar estaba vacío y los vecinos de la ciudad evitaban cuidadosamente oír los gritos.

La Junta argentina era particularmente chapucera al deshacerse de sus víctimas. Un paseo por el campo podía acabar siendo una pesadilla porque las fosas comunes apenas estaban escondidas. Aparecían cuerpos en cubos de basura, sin dedos ni dientes (igual que sucede hoy en Irak) o, después de uno de los “vuelos de la muerte” de la Junta, aparecían cadáveres flotando en la orilla del Río de la Plata, a veces hasta una docena a la vez. En algunos casos hasta llovían desde helicópteros y caían en el campo de un granjero.

Todos los argentinos fueron de alguna forma reclutados como testigos de la erradicación de sus conciudadanos, y aun así la mayoría afirmaba no saber qué sucedía. Hay una frase que los argentinos utilizaban para explicar la paradoja del haber visto cosas pero cerrar los ojos ante el terror, que era el estado mental predominante en aquellos años:

“No sabíamos lo que nadie podía negar”.

Puesto que muchos de los perseguidos por las distintas juntas a menudo se refugiaban en uno de los países vecinos, los gobiernos de la región colaboraron entre ellos en la conocida Operación Cóndor. Con Cóndor, las agencias de inteligencia del Cono Sur compartieron información sobre “subversivos” -ayudadas por un sistema informático de tecnología punta suministrado por Washington- y dieron mutuamente a sus respectivos agentes salvoconducto para llevar a cabo secuestros y torturas cruzando la frontera, un sistema inquietantemente parecido a la actual red de “extradiciones” de la CIA.\*

La operación latinoamericana parece haberse basado en la “Noche y niebla” de Hitler. En 1941, Hitler decretó que los miembros de la resistencia que se capturaran en los países ocupados por los nazis fueran trasladados a Alemania para que “se desvanecieran en la noche y la niebla”. Muchos nazis de alto nivel se refugiaron en Chile y Argentina tras la Segunda Guerra Mundial, y algunos han especulado con la posibilidad de que entrenaran a los servicios de inteligencia del Cono Sur en esas tácticas.

Las juntas también intercambiaban información sobre los medios más efectivos para extraer información a los prisioneros que cada una de ellas había descubierto. Varios chilenos torturados en el Estadio de Chile en los días posteriores al golpe destacaron el inesperado detalle de que había soldados brasileños en la sala aconsejando sobre cómo usar científicamente el dolor.

Hubo incontables oportunidades para este tipo de intercambios durante este período, muchas de ellas a través de Estados Unidos y con la implicación de la CIA.

Una investigación de 1975 del Senado estadounidense sobre la intervención en Chile descubrió que la CIA había entrenado al ejército de Pinochet en formas de “controlar la subversión”. Está perfectamente documentado, además, que Estados Unidos asesoró a las policías brasileña y uruguaya en técnicas de interrogación. Según un testimonio judicial citado en el informe de la Comisión de la Verdad, Brasil: Nunca Mais, publicado en 1985, oficiales del ejército asistieron a “clases de tortura” impartidas por unidades de la policía militar durante las cuales se les mostraron varias diapositivas que ilustraban diversos métodos atroces. Durante estas sesiones se hacía venir a prisioneros para “demostraciones prácticas” en las que eran torturados mientras hasta cien sargentos del ejército miraban y aprendían. El informe afirma que “una de las primeras

personas en introducir esta práctica en Brasil fue Dan Mitrione, un agente de policía estadounidense. Como instructor de policía en Belo Horizonte durante los primeros años del régimen militar brasileño, Mitrione recogió a mendigos de las calles y los torturó en sus clases para que la policía local aprendiera diversas formas de crear en el prisionero la contradicción suprema entre el cuerpo y la mente”. Mitrione pasó luego a organizar la formación de la policía en Uruguay donde, en 1970, fue secuestrado y asesinado por los tupamaros. El grupo de guerrilleros revolucionarios izquierdistas planeó la operación para poner al descubierto la implicación de Mitrione en la enseñanza de la tortura.\* Según uno de sus ex alumnos, Mitrione insistía, como los autores del manual de la CIA, que la tortura efectiva no se basaba en el sadismo, sino en la ciencia. Su lema era: “El dolor preciso en el punto preciso en la cantidad precisa”. Los resultados de sus enseñanzas se pueden ver con claridad en todos los informes sobre derechos humanos en el Cono Sur realizados en este siniestro período. Una y otra vez dan testimonio de los métodos característicos codificados en el manual Kunbark: arrestos a primera hora de la mañana, encapuchamientos, total aislamiento, drogas, desnude forzado, electroshocks...; y en todas partes el terrible legado de los experimentos de McGill con las depresiones económicas inducidas deliberadamente.

La soberbia película de Costa-Gavras *Estado de sitio* (1972) se basa en estos hechos.

Los prisioneros liberados del Estadio Nacional de Chile dicen que las brillantes luces del campo estuvieron encendidas las veinticuatro horas del día y que parecía que el ritmo de las comidas se rompía deliberadamente. Los soldados obligaron a muchos de los prisioneros a llevar mantas sobre la cabeza, para que no pudieran ni ver ni oír con normalidad, una práctica incomprensible puesto que todos los prisioneros sabían que estaban en el estadio. El efecto de las manipulaciones, informaron los prisioneros, fue que perdieron el sentido de cuándo era de noche y de día y que aumentó la conmoción y el pánico desencadenados por el golpe y los subsiguientes arrestos. Fue casi como si el estadio se hubiera convertido en un laboratorio gigante y ellos en cobayas de un extraño experimento de manipulación sensorial.

Una aplicación más fiel de los experimentos de la CIA pudo verse en la prisión chilena de Villa Grimaldi, “conocida por sus "cuartos chilenos", compartimentos de aislamiento hechos de madera y tan pequeños que los

presos no podían arrodillarse” ni estirarse en el suelo. Los prisioneros de la prisión uruguaya Libertad eran enviados a “la isla”: pequeñas celdas sin ventanas en las que sólo había una bombilla, que siempre estaba encendida. Los prisioneros más importantes fueron mantenidos aislados durante más de una década. “Empezamos a pensar que estábamos muertos, que nuestras celdas no eran celdas sino más bien tumbas, que el mundo exterior no existía y que el sol era sólo un mito”, recordó Mauricio Rosencof, uno de esos prisioneros. Vio el sol durante un total de ocho horas durante once años y medio. A tal extremo llegó el embotamiento de sus sentidos durante el tiempo de reclusión que “olvidé los colores: los colores no existían”.\*

La administración de la prisión de Libertad trabajaba codo con codo con psicólogos conductistas para diseñar técnicas de tortura a medida del perfil psicológico de cada individuo, un método que hoy se aplica en la base de Guantánamo.

En la Escuela Mecánica de la Armada, uno de los mayores centros de tortura de Buenos Aires la cámara de aislamiento se conocía como la “capucha”. Juan Miranda, que pasó tres meses en la capucha, me contó cómo era ese lugar oscuro. “Te mantenían con los ojos vendados y encapuchado y con las manos y las piernas esposadas, tumbado boca abajo en un colchón de espuma durante todo el día, en el ático de la prisión. No podía ver a los demás prisioneros, me separaban de ellos planchas de contrachapado. Cuando los guardias traían la comida, me ponían de cara a la pared y luego me levantaban la capucha para que pudiera comer. Era la única ocasión en la que nos permitían sentarnos: por lo demás siempre teníamos que estar tendidos”. Otros prisioneros argentinos padecieron la desnutrición sensorial en celdas del tamaño de un ataúd, llamadas “tubos”.

Lo único que aliviaba el aislamiento era el todavía peor destino de la sala de interrogatorios. La técnica más extendida, usada en cámaras de tortura de los regímenes militares de toda la región, era el electroshock. Existían docenas de variantes sobre cómo se aplicaba la corriente al cuerpo del prisionero: con cables al descubierto, con teléfonos militares, con agujas bajo las uñas, mediante pinzas colocadas en las encías, pezones, genitales, orejas, bocas, heridas abiertas; en cuerpos remojados con agua para aumentar la intensidad de la carga o en cuerpos atados a mesas o a la “silla dragón” metálica de Brasil. La Junta argentina, formada en buena parte por rancheros, se enorgullecía de su particular contribución: los prisioneros eran

atados a una cama de metal a la que se llamaba “la parrilla” y se les aplicaba la “picana”.\*

El número exacto de personas que pasaron por la maquinaria de torturas del Cono Sur es imposible de calcular, pero probablemente está entre 100.000 y 150.000, decenas de miles de las cuales fueron asesinadas.

## ***TESTIMONIO EN TIEMPOS DIFÍCILES***

Ser de izquierdas en esos años significaba ser perseguido.

Los que no escaparon al exilio se vieron en una lucha minuto a minuto para mantenerse un paso por delante de la policía secreta, llevando una existencia de pisos francos, códigos telefónicos e identidades falsas. Una de las personas que vivió de ese período en Argentina fue el legendario periodista de investigación Rodolfo Walsh.

Hombre renacentista y muy sociable, escritor de novela policíaca y de relatos premiados, Walsh fue también un superdetective capaz de descifrar códigos militares y espiar a los espías. Obtuvo su mayor triunfo trabajando como periodista en Cuba, al interceptar y descifrar un telegrama de la CIA que demolía la coartada de la invasión de Bahía de Cochinos. Esa información fue la que permitió a Castro prepararse para la invasión y defenderse de ella con éxito.

Cuando la anterior Junta Militar argentina prohibió el peronismo y estranguló la democracia, Walsh decidió unirse a los montoneros, como su experto en inteligencia.\* Eso le convirtió en el hombre más buscado por los generales, y cada nueva desaparición conllevaba el temor de que la información que éstos obtenían a través de la picana llevara a la policía al piso franco que compartía con su pareja, Lilia Ferreyra, en un pequeño pueblo a las afueras de Buenos Aires.

Los montoneros se formaron como respuesta a la anterior dictadura. El peronismo fue prohibido y Juan Perón, desde el exilio, pidió a sus jóvenes partidarios que tomaran las armas y lucharan por la vuelta de la democracia. Lo hicieron, y los montoneros -aunque tomaron parte en ataques armados y

en secuestros- tuvieron un papel importante en conseguir que en 1973 hubiera elecciones democráticas con un candidato peronista.

Pero cuando Perón regresó al poder vio una amenaza en el apoyo popular que concitaban los montoneros y animó a los escuadrones de la muerte de la derecha a que fueran a por ellos, por lo que el grupo -objeto de gran controversia- ya estaba seriamente debilitado cuando se produjo el golpe de 1976.

A través de su gran red de contactos, Walsh se dedicó a rastrear los muchos crímenes de la Junta. Compiló listados de los muertos y desaparecidos, así como de la localización de las fosas comunes y de los centros de tortura secretos.

Se enorgullecía de conocer a su enemigo, pero hasta él quedó conmocionado en 1977 por la cruel brutalidad que la Junta argentina desencadenó contra su propio pueblo.

Durante el primer año de gobierno militar docenas de sus amigos íntimos y de sus colegas desaparecieron en los campos de concentración y su hija de veintiséis años, Vicki, falleció también, lo que hizo que Walsh enloqueciera de dolor.

Pero con los Ford Falcon patrullando constantemente la calle, Walsh no podía contar con una vida dedicada al luto por su pérdida. Sabiendo que no contaba con mucho tiempo, tomó una decisión sobre cómo señalaría el venidero primer aniversario del gobierno juntista: mientras los periódicos del régimen se deshacían en elogios hacia los generales por haber salvado a la nación, él escribiría su propia versión, sin censuras, de la depravación en la que su país había caído. Se titularía “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar ” y estaba escrita con la característica valerosa claridad de Walsh. La escribió “sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles”.

La carta sería una decidida condena tanto de los métodos del terrorismo de Estado como del sistema económico al cual servían. Walsh planeaba distribuir su “Carta abierta” del mismo modo que había distribuido sus anteriores comunicados clandestinos: haciendo diez copias y luego enviándolas desde diez buzones distintos dirigidas a diez contactos cuidadosamente escogidos que se encargarían de seguir distribuyéndolas. “Quiero que esos cabrones sepan que todavía estoy aquí, vivo y

escribiendo”, le dijo a Lilia al sentarse frente a su máquina de escribir Olympia.

La carta empieza con una descripción de la campaña terrorista de los generales, mencionando su utilización de la “tortura absoluta, intemporal, metafísica”, así como la participación de la CIA en la formación de la policía argentina. Después de enumerar los métodos de tortura y las fosas de forma dolorosamente detallada, Walsh cambia súbitamente de marcha: “Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada. [...] Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes”.

El sistema que describía Walsh era el neoliberalismo de la Escuela de Chicago, el modelo económico que se iba a hacer con el mundo. Conforme sus raíces se adentraran en la sociedad argentina durante las décadas siguientes, acabaría por empujar a más de la mitad de la población bajo el umbral de la pobreza. Walsh no creía que se tratara de un resultado accidental, sino de la cuidadosa ejecución de un plan, una “miseria planificada”.

Firmó la carta el 24 de marzo de 1977, exactamente un año después del golpe. A la mañana siguiente, Walsh y Lilia Ferreyra viajaron a Buenos Aires. Se repartieron las diez copias de la carta y las dejaron en buzones de diversos puntos de la ciudad. Unas pocas horas después Walsh asistió a una reunión que había organizado con la familia de un colega desaparecido. Era una trampa: alguien había hablado bajo tortura y diez hombres armados con órdenes de capturarlo esperaban fuera de la casa para tenderle una emboscada. “Traedme a ese bastardo vivo: es mío”, se dice que ordenó a los soldados el almirante Massera, uno de los tres líderes de la Junta. Walsh, cuyo lema era “no es un crimen hablar; el crimen es ser arrestados”, desenfundó su pistola al instante y empezó a disparar. Hirió a uno de los soldados, que respondieron a su fuego. Para cuando llegó a la Escuela Mecánica de la Armada estaba muerto.

Quemaron su cadáver y lo arrojaron a un río.



## ***LA TAPADERA DE “LA GUERRA CONTRA EL TERROR”***

Las juntas del Cono Sur no ocultaron sus ambiciones revolucionarias de cambiar sus respectivas sociedades, pero fueron lo bastante astutas como para negar aquello de lo que Walsh les acusaba públicamente: usar la violencia masiva para conseguir objetivos económicos que, sin un sistema que mantuviera al pueblo aterrorizado y eliminara todos los demás obstáculos, con certeza habrían provocado una revuelta popular.

En el grado en el que se admitían asesinatos de Estado, las juntas los justificaban con el argumento de que estaban librando una guerra contra peligrosos terroristas marxistas financiados y controlados por el KGB. Si las juntas utilizaban tácticas “sucias” era porque su enemigo era monstruoso. Con un lenguaje que hoy nos suena inquietantemente familiar, el almirante Massera calificó la situación de “una guerra por la libertad y contra la tiranía

[...] una guerra contra aquellos que están a favor de la muerte librada por aquellos que estamos a favor de la vida.

[...] Combatimos contra nihilistas, contra agentes de la destrucción cuyo único objetivo es la destrucción misma, aunque lo quieran ocultar bajo la máscara de cruzadas sociales”.

En los prolegómenos del golpe chileno, la CIA financió una gran campaña propagandística que retrataba a Salvador Allende como un dictador camuflado, como un maquiavélico conspirador que se había servido de la democracia constitucional para hacerse con el poder, pero que se proponía instaurar un Estado policial al estilo soviético del que los chilenos jamás podrían escapar. En Argentina y Uruguay se presentó a los principales movimientos guerrilleros de izquierdas -los montoneros y los tupamaros como amenazas tan graves para la seguridad nacional que no dejaron otra opción a los generales que suspender la democracia, hacerse con el Estado y usar los medios que fueran necesarios para aplastarlos.

En todos los casos, la amenaza fue o bien brutalmente exagerada, o bien totalmente inventada por las juntas.

Entre muchas otras revelaciones, la Investigación que llevó a cabo en 1975 el Senado de Estados Unidos descubrió que los propios informes de los servicios de inteligencia estadounidenses mostraban que Allende no suponía ninguna amenaza para la democracia. Por lo que se refiere a los montoneros argentinos y los tupamaros uruguayos, eran grupos armados con un importante apoyo popular, capaces de lanzar atrevidos ataques contra objetivos militares y empresariales. Pero los tupamaros uruguayos estaban totalmente desarticulados para cuando el ejército tomó el poder absoluto y los montoneros, argentinos desaparecieron en los primeros seis meses de una dictadura que se alargó durante siete años (por eso Walsh tuvo que esconderse). Documentos desclasificados por el Departamento de Estado estadounidense demuestran que César Augusto Guzzetti, el ministro de Exteriores de la Junta, le dijo a Henry Kissinger el 7 de octubre de 1976 que “las organizaciones terroristas han sido desmanteladas” y a pesar de ello la Junta seguiría haciendo desaparecer a decenas de miles de ciudadanos después de esa fecha.

Durante muchos años el Departamento de Estado también presentó las “guerras sucias” del Cono Sur como igualadas batallas entre los militares y peligrosas guerrillas, una lucha que a veces se les iba de las manos a las juntas pero que aun así valía la pena apoyar militar y económicamente.

Cada vez hay más pruebas de que en Argentina, al igual que en Chile, Washington sabía que estaba apoyando un tipo de operación militar muy distinta.

En marzo de 2006 el Archivo de Seguridad Nacional de Washington publicó las actas recién desclasificadas de una reunión del Departamento de Estado que tuvo lugar sólo dos días después de que la Junta argentina perpetrase su golpe de Estado en 1976. En la reunión, William Rogers, subsecretario de Estado para América Latina, le dice a Kissinger que “es de esperar que haya bastante represión, probablemente mucha sangre, en Argentina muy pronto.

Creo que van a tener que dar muy duro no sólo a los terroristas sino también a los disidentes de los sindicatos y a sus partidos”.

Y así fue. La inmensa mayoría de las víctimas del aparato del terror del Cono Sur no eran miembros de grupos armados sino activistas no violentos que trabajaban en fábricas, granjas, arrabales y universidades. Eran economistas, artistas, psicólogos y gente leal a partidos de izquierdas. Les mataron no por sus armas (que no tenían) sino por sus creencias. En el

Cono Sur, donde nació el capitalismo contemporáneo, la “guerra contra el terror” fue una guerra contra todos los obstáculos que se oponían al nuevo orden.

## Capítulo 4: TABLA RASA

### El terror cumple su función

*El exterminio en Argentina no es espontáneo, no es casual, no es irracional: es la destrucción sistemática de una “parte sustancial” del grupo nacional argentino con la intención de transformar dicho grupo, de redefinir su forma de ser, sus relaciones sociales, su destino y su futuro.*

DANIEL FEIRSTEIN, sociólogo argentino, 2004

*Sólo tenía un objetivo: llegar vivo al día siguiente... Pero no se trataba sólo de sobrevivir, sino de sobrevivir siendo yo.*

MARIO VILLANI, superviviente tras cuatro años en los campos de tortura de Argentina

En 1976 Orlando Letelier estaba de vuelta en Washington, D.C., ya no como embajador sino como activista trabajando para un think tank progresista, el Institute for Policy Studies. Destrozado al pensar en los colegas y amigos que seguían enfrentándose a torturas en los campos de la Junta, Letelier utilizó su recién recuperada libertad para denunciar los crímenes de Pinochet y defender el historial de Allende frente a la maquinaria propagandística de la CIA.

El activismo estaba consiguiendo resultados y Pinochet se enfrentaba a la condena de todo el mundo por su desprecio de los derechos humanos. Lo que frustraba a Letelier, que era economista, era que a pesar de que el mundo contemplaba horrorizado los informes de ejecuciones sumarias y electroshocks en las cárceles, no decía nada sobre la terapia económica de *shock*; o en el caso de los bancos internacionales no sólo no decían nada sino que seguían concediendo una cascada de créditos a la Junta y estaban encantados con que hubiera adoptado los “fundamentos del libre mercado”. Letelier rechazó la noción a menudo repetida de que la Junta tenía dos proyectos distintos y claramente separados: uno, un atrevido experimento de transformación económica y el otro un malvado sistema de crueles torturas y terror. El ex embajador insistió en que sólo había un proyecto, en el que el terror era la herramienta fundamental de la transformación hacia el libre mercado.

“La violación de los derechos humanos, el sistema de brutalidad institucionalizada, el control drástico y la supresión de toda forma de disenso significativo se discuten -y a menudo condenan- como un fenómeno sólo indirectamente vinculado, o en verdad completamente desvinculado, de las políticas clásicas de absoluto "libre mercado" que han sido puestas en práctica por la Junta Militar”, escribió Letelier en un desgarrador ensayo para *The Nation*. Señaló que “este concepto particularmente conveniente de un sistema social en el cual la "libertad económica" y el terror político coexisten sin interferirse, permite a estos voceros financieros sostener su idea de "libertad" mientras ejercitan sus músculos verbales en defensa de los derechos humanos”.

Letelier llegó al extremo de escribir que Milton Friedman como “arquitecto intelectual y consejero no oficial del equipo de economistas ahora a cargo de la economía chilena” era corresponsable de los crímenes de Pinochet.

No concedía valor a la defensa de Friedman de que el cabildeo a favor del tratamiento de choque se limitaba a ofrecer consejos “técnicos”. El “establecimiento de una "economía privada" libre y el control de la inflación "a la Friedman"“ dijo Letelier, no se podían llevar a cabo de forma pacífica. “El plan económico ha tenido que ser impuesto, y en el contexto chileno ello podía hacerse sólo mediante el asesinato de miles de personas, el establecimiento de campos de concentración a través de todo el país, el encarcelamiento de más de cien mil personas en tres años, el cierre de los sindicatos y organizaciones vecinales y la prohibición de todas las actividades políticas y de todas las formas de expresión.

[...] Represión para las mayorías y "libertad económica" para pequeños grupos privilegiados son en Chile dos caras de la misma moneda”. Había, escribió, “una armonía interna” entre el “libre mercado” y el terror ilimitado.

El controvertido artículo de Letelier se publicó a fines de agosto de 1976. Menos de un mes después, el 21 de septiembre, el economista de cuarenta y cuatro años de edad conducía hacia su trabajo en el centro de Washington, D.C. Al pasar por el corazón del barrio de las embajadas detonó una bomba a control remoto colocada bajo el asiento del conductor, haciendo que el coche saliera volando y volándole las dos piernas. Dejando abandonado su pie seccionado en el asfalto, Letelier fue llevado a toda velocidad al hospital George Washington. Entró cadáver. El ex embajador

iba en el coche con una colega americana de veinticinco años, Ronni Moffit, que también perdió la vida en el atentado. Fue el crimen más ultrajante y atrevido de Pinochet desde el propio golpe.

Una investigación del FBI reveló que la bomba había sido cosa de Michael Townley, miembro de la policía secreta de Pinochet, que después fue condenado en un tribunal estadounidense por ese crimen. Los asesinos habían sido admitidos en el país con pasaportes falsos con el conocimiento de la CIA.

Cuando Pinochet murió en diciembre de 2006 a la edad de noventa y un años, se enfrentaba a múltiples intentos de llevarlo a juicio por los crímenes cometidos bajo su mandato: desde asesinato, secuestro y tortura a corrupción y evasión de impuestos. La familia de Orlando Letelier llevaba décadas tratando de llevar a Pinochet ante la justicia por el atentado de Washington y de reabrir el caso en Estados Unidos. Pero la muerte le dio al dictador la última palabra. Le permitió escapar a todos los juicios y que se publicase una carta póstuma en la que defendía el golpe y el uso del “máximo rigor” para impedir una “dictadura del proletariado [...] ¡Cómo quisiera que no hubiese sido necesaria la acción del 11 de septiembre de 1973!”, escribió Pinochet. “¡Cómo hubiera querido que la ideología marxista-leninista no se hubiera interpuesto en nuestra vida patria!”

No todos los criminales de los años del terror en Latinoamérica han tenido tanta suerte. En septiembre de 2006, veintitrés años después del final de la dictadura militar argentina, uno de los principales responsables del terror fue finalmente sentenciado a cadena perpetua. El condenado fue Miguel Osvaldo Etchecolatz, que había sido comisario de policía de la provincia de Buenos Aires durante los años de la Junta.

Durante el histórico juicio, Jorge Julio López, un testigo clave, se desvaneció. Despareció. López ya había sido uno de los desaparecidos durante la década de 1970, cuando fue brutalmente torturado y luego liberado. Ahora todo volvía a empezar. En Argentina, López se hizo famoso como la primera persona que “desapareció dos veces”. A mediados de 2007 seguía desaparecido y la policía está prácticamente segura de que fue secuestrado como un aviso a los otros posibles testigos: las mismas viejas tácticas de los años del terror.

El juez del caso, Carlos Rozanski, de cincuenta y cinco años y miembro de la Corte Federal argentina, falló que Etchecolatz era culpable

de seis cargos de homicidio, seis cargos de encarcelamiento ilegal y siete casos de tortura.

Cuando pronunció su veredicto, dio un paso extraordinario. Dijo que la condena que pronunciaba no estaba a la altura de la auténtica naturaleza del crimen y que, en interés de la “construcción de la memoria colectiva” tenía que añadir que todos esos crímenes “lo fueron contra la humanidad, en el contexto del genocidio que tuvo lugar en la República de Argentina entre 1976 y 1983”.

Con esa frase, el juez interpretó su papel en la reescritura de la historia de Argentina: los asesinatos de gente de izquierda en la década de 1970 no formaron parte de una “guerra sucia en la que se enfrentaron dos partes y durante la cual se cometieron varios crímenes en ambos bandos, como ha repetido la historia oficial durante décadas. No fueron tampoco los desaparecidos meramente víctimas de dictadores locos ebrios de sadismo y de poder. Lo que sucedió fue algo más científico, más atterradoramente racional. Tal y como expresó el juez, existió un “plan de exterminio llevado a cabo por aquellos que gobernaban el país”.

Explicó que los asesinatos formaban parte de un sistema, planificado de antemano, que se aplicó de igual forma en todo el país y diseñado con la intención de atacar no a personas individuales sino a destruir las partes de la sociedad que esas personas representaban. El genocidio es un intento de asesinar a un grupo, no a una serie de personas individuales; así pues, argumentó el juez, fue genocidio.

Rozanski reconoció que la forma en que usaba la palabra “genocidio” era controvertida, y escribió una extensa sentencia para fundamentar su elección. Reconoció que la Convención de Naciones Unidas sobre el Genocidio define el crimen como un “intento de destruir, en todo o en parte, un grupo nacional, étnico, religioso o racial”; la Convención no incluyó en la definición la eliminación de un grupo unido por sus ideas políticas -que es lo que había sucedido en Argentina-, pero Rozanski dijo que no le parecía que esa exclusión fuera legalmente válida. Señalando un capítulo poco conocido de la historia de Naciones Unidas, explicó que el 11 de diciembre de 1946, en respuesta directa al Holocausto nazi, la Asamblea General de la ONU aprobó una resolución de forma unánime prohibiendo los actos de genocidio “en los que grupos raciales, religiosos, políticos o de otro tipo han sido destruidos en su totalidad o en parte”. La palabra

“políticos” fue eliminada en la Convención dos años después porque Stalin así lo exigió.

Sabía que si destruir un “grupo político” era considerado genocidio, sus sangrientas purgas y sus encarcelamientos masivos de opositores políticos entrarían dentro de la definición. Stalin contó con el apoyo de otros líderes que también querían reservarse el derecho de exterminar a sus oponentes políticos, así que la palabra se eliminó.

Rozanski escribió que consideraba la definición original de la ONU como la más legítima, pues no había sido producto de ese compromiso interesado.\* También citó una sentencia de un tribunal español que había juzgado a uno de los torturadores argentinos más conocidos en 1998. Ese tribunal había afirmado que la Junta argentina había cometido un “crimen de genocidio”. Definió el grupo que la Junta había tratado de eliminar como “aquellos ciudadanos que no encajaban en el modelo que los represores habían decidido el adecuado para el nuevo orden que estaban estableciendo en el país”. El año siguiente, en 1999, el juez español Baltasar Garzón, célebre por haber emitido una orden internacional de arresto contra Augusto Pinochet, argumentó también que Argentina sufrió un genocidio. Intentó definir qué grupo en concreto se había tratado de exterminar. El objetivo de la Junta, escribió, era “establecer un nuevo orden -como en Alemania pretendía Hitler- en el que no cabían aquellas personas que no encajaban en el cliché establecido”. Quien no encajaba en el nuevo orden eran “las personas ubicadas en aquellos sectores que estorbaban a la configuración ideal de la nueva nación argentina”.

Los códigos penales de muchos países, entre ellos Portugal, Perú y Costa Rica, prohíben los actos de genocidio y lo definen de forma que claramente incluye los ataques contra agrupaciones políticas o “sectores sociales”. La ley francesa va incluso más allá y define el genocidio como un plan diseñado para destruir en todo o en parte “a un grupo definido por cualquier criterio arbitrario”.

Por supuesto, no se puede comparar la escala de lo sucedido bajo los nazis o en Ruanda en 1994 con los crímenes de los dictadores corporativistas de América Latina en la década de 1970. Si el genocidio comporta un holocausto, estos crímenes no pertenecen a esa categoría.

Si el genocidio, sin embargo, se entiende, tal y como lo definen estos tribunales, como un intento deliberado de exterminar a los grupos que suponen un obstáculo para un determinado proyecto político, entonces se



trata de un proceso que puede verse no sólo en Argentina sino, con mayor o menor intensidad, a lo largo y ancho de toda la región que se había convertido en el laboratorio de la Escuela de Chicago. En estos países las personas que “estorbaban a la configuración ideal” eran gente de izquierda de todo tipo: economistas, trabajadores de caridades, sindicalistas, músicos, organizadores campesinos, políticos... Miembros de todos estos grupos fueron objeto de una clara y deliberada estrategia, que abarcaba toda la región y estaba coordinada internacionalmente a través de la Operación Cóndor, con objeto de erradicar y exterminar a la izquierda.

Desde la caída del comunismo el libre mercado y la libertad de los pueblos se han presentado como una única ideología que pretende ser la mejor y única defensa de la humanidad para no repetir una historia plagada de fosas comunes, masacres y cámaras de tortura. En el Cono Sur, sin embargo, el primer lugar en el que la religión contemporánea del libre mercado desbocado escapó de los sótanos y seminarios de la Universidad de Chicago y se aplicó en el mundo real, no trajo consigo la democracia; país tras país, se predicó precisamente al derrocar la democracia. No trajo la paz, sino que requirió el asesinato sistemático de decenas de miles y la tortura de entre 100.000 y 150.000 personas.

No fue

Existía, escribió Letelier, una “armonía interna” entre el impulso de extirpar algunos sectores de la sociedad y la ideología fundamental del proyecto. Los de Chicago y sus profesores, que ofrecieron asesoramiento a los regímenes militares del Cono Sur y ocuparon puestos en sus gobiernos, creían en una forma de capitalismo esencialmente purista. El suyo es un sistema basado enteramente en la fe en el “equilibrio” y el “orden”, un sistema que, para funcionar, exigía que no existieran “distorsiones”. Debido a estas características, un régimen decidido a aplicar fielmente este ideal no puede aceptar la presencia de puntos de vista alternativos o que aporten matices. Para alcanzar el ideal buscado es imprescindible un monopolio sobre la ideología pues, de otro modo, según la tesis principal de la teoría, las señales económicas se distorsionan y el sistema entero se desequilibra.

Los de Chicago difícilmente podrían haber escogido una parte del mundo menos hospitalaria para su experimento absolutista que el Cono Sur de Latinoamérica en la década de 1970. El extraordinario ascenso del desarrollismo implicaba que el área era una cacofonía precisamente de esas

políticas que la Escuela de Chicago consideraba distorsiones o “ideas aeconómicas”. Más importante todavía, la región hervía de movimientos populares e intelectuales que habían surgido en oposición directa al capitalismo de laissez-faire. Este punto de vista no era marginal, sino el típico de la mayoría de los ciudadanos, y así se reflejaba en las sucesivas elecciones de los distintos países. Una transformación según los parámetros de la Escuela de Chicago tenía tantas posibilidades de ser bien recibida en el Cono Sur como una revolución proletaria en Beverly Hills.

Antes de que la campaña de terror alcanzase Argentina, Rodolfo Walsh había escrito: “Nada puede detenernos, ni la cárcel ni la muerte. Porque no se puede encarcelar ni matar a todo un pueblo y puesto que la gran mayoría de los argentinos [...] saben que sólo el pueblo salvará al pueblo”. Salvador Allende, mientras veía cómo los tanques avanzaban para poner cerco al palacio presidencial, pronunció un último discurso radiofónico, imbuido de la misma actitud desafiante: “Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente”, afirmó en sus últimas palabras dirigidas al público. “Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos”.

Los comandantes de la Junta en la región y sus cómplices económicos eran perfectamente conscientes de esas verdades. Un veterano de varios golpes de Estado argentinos explicó cuál era la opinión dentro del ejército:

“En 1955 creíamos que el problema era [Juan] Perón, así que lo eliminamos; pero en 1976 ya sabíamos que el problema era la clase trabajadora”. En toda la región sucedió lo mismo: el problema era amplio y profundo. Eso quería decir que si la revolución neoliberal quería triunfar, las juntas tenían que lograr lo que Allende consideraba imposible: segar definitivamente la semilla que se sembró durante el auge de las izquierdas latinoamericanas. En su declaración de principios, publicada después del golpe, la dictadura de Pinochet afirmó que su misión era “una acción profunda y prolongada [para] cambiar la mentalidad de los chilenos”, un eco de la idea que Albion Patterson, de USAID, padrino del Proyecto Chile, había hecho veinte años antes: “Lo que tenemos que hacer es cambiar la formación de los hombres”.

Pero ¿cómo se consigue eso? La semilla a la que Allende se refería no consistía en una sola idea ni en un grupo de partidos políticos y sindicatos.

En los años sesenta y principios de los setenta, la izquierda era la cultura popular dominante en América Latina. Era la poesía de Pablo Neruda, la música de Víctor Jara y Mercedes Sosa, la teología de la liberación de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el teatro emancipador de Augusto Boal, la pedagogía radical de Paulo Freiré, el periodismo revolucionario de Eduardo Galeano y el mismo Walsh. Eran los héroes y mártires legendarios del pasado y la historia reciente desde José Gervasio Artigas, pasando por Simón Bolívar hasta el Che Guevara. Cuando las juntas trataron de desafiar la profecía de Allende y arrancar de raíz el socialismo, estaban declarando la guerra a toda esta cultura.

El imperativo se reflejó en las metáforas habituales de los regímenes militares en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina: los eufemismos fascistas que hablaban de limpiar, barrer, erradicar y curar. En Brasil las detenciones de gente de izquierda se bautizaron con el código Operação Limpeza. El día del golpe, Pinochet se refirió a Allende y su gobierno como “escoria que iba a arruinar el país”. Un mes después se comprometió a “extirpar el mal de raíz de Chile”, a conseguir una “depuración moral” de la patria, “purificada de los vicios y malos hábitos”, un objetivo muy parecido al de Alfred Rosenberg, escritor del Tercer Reich, cuando exigía “una limpieza despiadada con una escoba de hierro”.

## ***PURIFICADORES DE CULTURAS***

En Chile, Argentina y Uruguay las juntas llevaron a cabo operaciones masivas de limpieza, quemando libros de Freud, Marx y Neruda, cerrando cientos de periódicos y revistas, ocupando universidades, prohibiendo huelgas y reuniones políticas...

Algunos de los ataques más brutales los reservaron para los economistas “rosas” a los que los de Chicago no consiguieron derrotar antes de los golpes. En la Universidad de Chile, la rival de la base local de los de Chicago, la Universidad Católica, cientos de profesores fueron despedidos por “no observar los deberes morales” (entre ellos André Gunder Frank, el disidente de Chicago que escribió airadas cartas a sus ex profesores).

Durante el golpe, Gunder Frank informó que “se disparó a seis estudiantes a la vista de todos en la entrada principal de la Facultad de Económicas para dar una lección a todos los demás”.

Cuando la Junta se hizo con el poder en Argentina, grupos de soldados entraron en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca y arrestaron a diecisiete miembros del claustro acusados de “enseñanzas subversivas”; también en este caso la mayoría fueron del Departamento de Economía. “Es necesario destruir las fuentes que alimentan, forman y adoctrinan a los delincuentes subversivos”, anunció uno de los generales en una rueda de prensa. Un total de ocho mil educadores de izquierdistas, “de ideología sospechosa”, fueron purgados como parte de la Operación Claridad. En los institutos se prohibieron las presentaciones en grupo, que eran muestra de un espíritu colectivo latente peligroso para la “libertad individual”.

En Santiago, el legendario cantante de izquierdas Víctor Jara estaba entre los que fueron llevados al Estadio de Chile. La forma en que le trataron encarna la decidida furia con la que se emprendió el silenciamiento de una cultura.

Primero los soldados le rompieron ambas manos para que no pudiera tocar la guitarra y luego le dispararon cuarenta y cuatro veces, según los hechos desvelados por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Para asegurarse de que no se convirtiera en una inspiración más allá de su muerte, el régimen ordenó que se destruyeran las grabaciones originales de sus discos. Mercedes Sosa, también música, se vio obligada a exiliarse de Argentina; el dramaturgo revolucionario Augusto Boal fue torturado en Brasil y forzado a exiliarse; Eduardo Galeano fue expulsado de Uruguay y Walsh asesinado en las calles de Buenos Aires. Era el exterminio deliberado de toda una cultura.

En paralelo otra cultura aséptica y purificada ocupaba su lugar. Al inicio de las dictaduras de Chile, Argentina y Uruguay las únicas reuniones públicas aceptadas fueron las demostraciones de poderío militar y los partidos de fútbol. En Chile, si eras una mujer, llevar pantalones era motivo suficiente para un arresto; si eras un hombre, lo era el pelo largo. “En toda la República se está produciendo una profunda purificación”, afirmaba un editorial de un periódico argentino controlado por la Junta. Exigía la limpieza total e inmediata de los graffiti de izquierdas:

“Pronto las superficies relucirán, liberadas de esa pesadilla por la acción del jabón y el agua”.

En Chile, Pinochet estaba decidido a quitar a su pueblo la costumbre de echarse a la calle. Hasta las reuniones más pequeñas eran dispersadas con cañones de agua, el arma favorita de Pinochet para el control de las masas. La Junta tenía cientos de ellos, lo bastante pequeños para ir por las aceras y lanzar su chorro contra los grupos de escolares que repartían panfletos; la represión alcanzaba incluso a los funerales, si eran demasiado movidos. Bautizados como “guanacos”, por una llama famosa por su costumbre de escupir, los omnipresentes cañones de agua limpiaban la gente como si tratara de basura humana, dejando las calles relucientes, limpias y vacías.

Poco después del golpe, la Junta chilena publicó un edicto apremiando a los ciudadanos para que “contribuyeran a limpiar la patria” informando sobre los “extremistas” extranjeros y los “chilenos fanatizados”.

## ***QUIÉN FUE ASESINADO Y POR QUÉ***

La mayoría de la gente contra la que se arremetió en las redadas no fueron “terroristas”, como proclamaba la retórica oficial, sino más bien las personas a las que las juntas habían identificado como los mayores obstáculos a su programa económico. Algunos de verdad eran opositores, pero a muchos se los veía como simplemente representantes de valores contrarios a la revolución del libre mercado.

La naturaleza sistemática de esta campaña de limpieza queda patente al cotejar las fechas y horas de las desapariciones documentadas en los informes de la Comisión de Derechos Humanos y de la Comisión de la Verdad. En Brasil, la Junta no empezó la represión en masa hasta finales de la década de 1960, pero hizo una excepción: tan pronto como se lanzó el golpe, los soldados rodearon a los líderes de los sindicatos activos en las fábricas y en los grandes ranchos. Según Brasil: Nunca Mais, fueron enviados a la cárcel, donde muchos fueron torturados “por la sola razón de tener una filosofía política opuesta a la de las autoridades”. Este informe de la Comisión de la Verdad, basado en las actas judiciales de los propios militares, destaca que la Confederación General del Trabajo (CGT), la

principal asociación de sindicatos, aparece en los procedimientos judiciales de la Junta “como un demonio omnipresente que debe ser exorcizado”. El informe concluye claramente que el motivo por el que “las autoridades que tomaron el poder en 1964 tuvieron especial cuidado en "limpiar" este sector” es porque “temían la generalización de la [...] resistencia desde los sindicatos a sus programas económicos, que estaban basados en la austeridad en los salarios y en la privatización de la economía”.

Tanto en Chile como en Argentina los gobiernos militares utilizaron el caos inicial del golpe para lanzar con éxito su ataque contra el movimiento sindical. Claramente se trató de operaciones planeadas con mucha antelación, pues las redadas sistemáticas empezaron el mismo día del golpe. En Chile, mientras todas las miradas se dirigían al asediado palacio presidencial, otros batallones fueron enviados a “fábricas en lo que se conocía como "cinturones industriales", donde las tropas llevaron a cabo redadas y arrestaron a gente. Durante los días siguientes”, según el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, hubo redadas en varias fábricas más, “lo que llevó a arrestos masivos de personas, muchas de las cuales fueron luego asesinadas o desaparecieron”. En 1976, el 80% de los prisioneros políticos de Chile eran obreros y campesinos.

El informe de la Comisión de la Verdad de Argentina, Nunca Más, documenta una intervención quirúrgica similar contra los sindicatos: “Hemos visto que una gran parte de las operaciones [contra los trabajadores] se llevaron a cabo el mismo día del golpe o inmediatamente a continuación”.

Entre la lista de ataques a las fábricas, un testimonio es particularmente revelador de cómo el “terrorismo” se usó como pantalla de humo para perseguir a activistas pro obreros no violentos. Graciela Geuna, prisionera política en el campo de tortura conocido como La Perla, describió cómo los soldados que la vigilaban empezaron a ponerse nerviosos con una huelga que iba a tener lugar en una central eléctrica. La huelga iba a ser “un ejemplo importante de resistencia a la dictadura militar” y la Junta no quería que tuviera lugar. Así que, recordó Geuna, los “soldados de la unidad decidieron convertirla en ilegal o, como ellos dijeron, "montonizarla"“ (los montoneros eran un grupo guerrillero que el gobierno ya había derrotado).

Los huelguistas no tenían nada que ver con los montoneros, pero eso no importaba. Los “mismos soldados que había en La Perla imprimieron

panfletos que firmaron como "montoneros", panfletos en los que incitaban a los trabajadores a la huelga". Los panfletos se convirtieron entonces en la "prueba" necesaria para secuestrar y asesinar a los líderes sindicalistas.

En ocasiones los ataques a los líderes sindicales estaban coordinados con los propietarios de los lugares de trabajo.

Demandas interpuestas en los últimos años han aportado algunos de los ejemplos mejor documentados de intervención directa de filiales locales de multinacionales extranjeras.

En los años previos al golpe en Argentina, el ascenso de la militancia de izquierdas había afectado a las empresas extranjeras tanto económica como personalmente: entre 1972 y 1976 fueron asesinados cinco ejecutivos de la compañía automovilística Fiat. La suerte de tales empresas cambió radicalmente cuando la Junta tomó el poder y aplicó las políticas de la Escuela de Chicago; ahora podían inundar el mercado local de importaciones, pagar salarios más bajos, despedir a trabajadores libremente y enviar los beneficios a casa sin trabas legales.

Varias multinacionales expresaron efusivamente su agradecimiento. En el primer Año Nuevo del gobierno militar en Argentina, Ford Motor Company publicó en los periódicos un anuncio de felicitación en el que abiertamente se alienaba con el régimen: "1976: Argentina encuentra de nuevo el camino. 1977: año nuevo de fe y esperanza para todos los argentinos de buena voluntad. Ford Motor de Argentina y su gente se comprometen en la lucha para conseguir el gran destino de la patria". Las empresas extranjeras hicieron más que dar las gracias a las juntas por un trabajo bien hecho: algunas participaron activamente en las campañas de terror. En Brasil, varias multinacionales se unieron y financiaron escuadrones de tortura privados. A mediados de 1969, justo cuando la Junta entraba en su fase más brutal, se lanzó una fuerza policial extralegal llamada Operación Bandeirantes, conocida por sus siglas, OBAN. Formada por oficiales del ejército, OBAN fue fundada, según : Nunca Mais, "gracias a contribuciones de varias corporaciones multinacionales, entre ellas Ford y General Motors". Al estar fuera de las estructuras militares y policiales oficiales, OBAN disfrutaba de "flexibilidad e impunidad respecto a los métodos de interrogatorio", afirma el informe, y pronto su sadismo sin igual se hizo tristemente célebre.

Fue en Argentina, no obstante, donde la implicación de la filial local de Ford con el aparato del terror se hizo más obvia. La empresa suministraba

vehículos a los militares, de modo que el Ford Falcon fue el automóvil utilizado en miles de secuestros y desapariciones. El psicólogo y dramaturgo argentino Eduardo Pavlovsky describió el coche como “lo terrorífico como expresión simbólica. El coche de la muerte”.

Mientras Ford suministraba coches a la Junta, la Junta le correspondió con un favor: eliminar las cadenas de producción de problemáticos sindicalistas. Antes del golpe, Ford se había visto obligada a realizar importantes concesiones a sus trabajadores: una hora libre para comer en lugar de veinte minutos y un 1% de lo obtenido por la venta de cada coche para dedicarlo a programas de servicios sociales. Todo eso cambió abruptamente cuando empezó la contrarrevolución, el día del golpe. La fábrica de Ford en las afueras de Buenos Aires se convirtió en una fortaleza armada; en las semanas siguientes se llenó de vehículos militares, tanques incluidos, y sobre ella se oían constantemente los rotores de los helicópteros. Los obreros han testificado que hubo un batallón de cien soldados destinado permanentemente a la fábrica. “En Ford parecía como si estuviéramos en guerra. Y todo estaba dirigido contra nosotros, los trabajadores”, recordó Pedro Troiani, uno de los delegados sindicales.

Los soldados rondaban por las instalaciones, agarrando y encapuchando a los sindicalistas más activos, a los que el capataz de la fábrica tenía la amabilidad de señalar. Troiani se contó entre los que fueron sacados de la cadena de montaje. Recuerda que “antes de detenerme me pasearon por la fábrica, lo hicieron al descubierto para que la gente pudiera verlo: Ford lo utilizó para acabar con los sindicatos en la fábrica”. Más sorprendente fue lo que pasó a continuación: en lugar de llevarlos rápidamente a alguna cárcel cercana, Troiani y los demás dicen que los soldados les llevaron a unas instalaciones de detención que habían sido construidas dentro del perímetro de la fábrica. En su lugar de trabajo, en el mismo lugar en el que tan sólo unos días atrás habían estado negociando contratos, esos trabajadores fueron golpeados, pateados y, en dos casos, sometidos a electroshocks. Fueron conducidos luego a prisiones fuera de la fábrica donde las torturas continuaron durante semanas y, en algunos casos, durante meses.

Según los abogados de los trabajadores, al menos veinticinco representantes sindicales en Ford fueron secuestrados en este período, la mitad de ellos detenidos en la misma empresa en unas instalaciones que los grupos de defensa de los derechos humanos en Argentina están presionando



para que se incluya en una lista oficial de antiguos centros clandestinos de detención.

En 2002, fiscales federales presentaron una acusación penal contra Ford Argentina en nombre de Troiani y otros catorce trabajadores, alegando que la empresa era legalmente responsable por la represión que tuvo lugar en su propiedad. “Ford [Argentina] y sus ejecutivos colaboraron en el secuestro de sus propios trabajadores y creo que deben ser considerados responsables de él”, dice Troiani. Mercedes-Benz (una filial de Daimler Chrysler) se enfrenta a una investigación similar a causa de alegaciones de que la empresa colaboró con el ejército en la década de 1970 para purgar una de sus fábricas de sindicalistas, supuestamente dando nombres y direcciones de dieciséis trabajadores que luego desaparecieron, catorce de ellos para siempre.

Según la historiadora Karen Robert, experta en Latinoamérica, hacia el final de la dictadura “prácticamente habían desaparecido todos los delegados de a pie de las fábricas de las principales empresas del país [...] como Mercedes-Benz, Chrysler y Fiat Concord”. Tanto Ford como Mercedes-Benz niegan que sus ejecutivos tomaran parte en la represión. Los juicios siguen abiertos.

El m

No fueron sólo los sindicalistas los que sufrieron un ataque preventivo: lo sufrió cualquiera que representase una visión de la sociedad construida sobre cualquier valor que no fuera el puro beneficio.

Particularmente brutales a lo largo y ancho de la región fueron los ataques a los granjeros que se habían implicado en la lucha por la reforma agraria. Los líderes de las Ligas Agrarias Argentinas -que habían difundido ideas incendiarias sobre el derecho de los campesinos a poseer tierras- fueron perseguidos y torturados, a menudo en los mismos campos que trabajaban, a la vista de toda la comunidad. Los soldados utilizaban las baterías de los camiones para dar electricidad a sus picanas, volviendo aquel ubicuo utensilio campesino contra los propios granjeros.

Mientras tanto, las políticas económicas de la Junta fueron un auténtico regalo para los terratenientes y ganaderos. En Argentina, Martínez de Hoz eliminó los controles sobre el precio de la carne, con lo que éste subió más de un 700%, provocando un récord de beneficios.

En los barrios pobres, el objetivo de los ataques preventivos fueron los trabajadores comunitarios, muchos de ellos asociados a la Iglesia, que organizaban a los sectores más desfavorecidos de la sociedad para que exigieran sanidad, vivienda y educación públicas o, en otras palabras, para que pidieran el “Estado del bienestar”, que era precisamente lo que los de Chicago estaban desmantelando. “¡Los pobres no van a tener más santurrones que cuiden de ellos!”, le dijeron a Norberto Liwsky, un doctor argentino, mientras “aplicaban descargas eléctricas en mis encías, pezones, genitales, abdomen y orejas”.

Un sacerdote argentino que colaboró con la Junta explicó cuál era la filosofía que les guiaba: “El enemigo era el marxismo. El marxismo en la Iglesia, digamos, y en la patria. El peligro de una nación nueva”. Ese “peligro de una nación nueva” ayuda a explicar por qué tantas de las víctimas de las juntas fueron jóvenes. En Argentina, el 81% de los treinta mil desaparecidos tenían entre dieciséis y treinta años. “Estamos trabajando ahora para los siguientes veinte años”, le dijo un conocido torturador argentino a una de sus víctimas.

Entre los más jóvenes estaban un grupo de estudiantes de instituto que, en septiembre de 1976, se agruparon para pedir una bajada del billete de autobús. Para la Junta, aquella acción colectiva demostraba que los adolescentes estaban contagiados del virus del marxismo, y respondió con furia genocida, torturando y matando a seis de los estudiantes que se habían atrevido a plantear aquella subversiva demanda. Miguel Osvaldo Etchecolatz, el comisario de policía finalmente sentenciado en 2006, fue uno de los personajes clave de aquella operación.

La pauta de las desapariciones estaba clara: mientras los terapeutas del *shock* eliminaban todos los resquicios de colectivismo de la economía, las tropas de *shock* debían eliminar a los representantes de ese ethos de las calles, las universidades y las fábricas.

En algunos momentos distendidos, algunos de los que estuvieron en la línea del frente de la transformación económica han reconocido que para lograr sus objetivos era necesario el uso generalizado de la represión. Víctor Emmanuel, el ejecutivo de relaciones públicas de Burson-Marsteller encargado de vender al resto del mundo el nuevo régimen favorable a las empresas instaurado por las juntas, explicó a un investigador que la violencia era necesaria para abrir la economía “proteccionista y estatalista” de Argentina. “Nadie, pero nadie, invierte en un país que está en guerra

civil”, dijo, pero admitió que no sólo se mataba a las guerrillas. “Probablemente se mató también a mucha gente inocente”, le dijo a la escritora Marguerite Feitlowitz, pero, “dada la situación era necesario aplicar una fuerza inmensa”.

Sergio de Castro, el ministro de Economía de Pinochet de la Escuela de Chicago que supervisó la aplicación del tratamiento de choque, dijo que nunca podría haberlo hecho sin el apoyo del puño de hierro de Pinochet.

“Teníamos a la opinión pública muy en contra, así que necesitábamos una personalidad fuerte para mantener la política. Tuvimos suerte de que el presidente Pinochet lo entendiera y tuviera el valor de resistir a las críticas”. De Castro también ha dicho que un “gobierno autoritario” es el más capacitado para salvaguardar la libertad económica gracias a su uso “impersonal” del poder.

Como sucede casi siempre con el terrorismo de Estado, los objetivos seleccionados servían a un doble propósito.

En primer lugar, eliminarlos quitaba de en medio obstáculos reales al proyecto, pues desaparecían aquellos que era más probable que contraatacasen.

En segundo lugar, el hecho de que todo el mundo viera que los “problemáticos” desaparecían servía de aviso a aquellos que podrían considerar resistir, eliminando también, por tanto, obstáculos futuros.

Y funcionó. “Estábamos confundidos y angustiados, aguardábamos dóciles a seguir las órdenes [...] la gente sufrió una regresión; se volvió más dependiente y temerosa”, recordó el psiquiatra chileno Marco Antonio de la Parra. Estaban, en otras palabras, en estado de *shock*.

Así que cuando los *shocks* económicos hicieron que los precios se dispararan y los salarios se hundiesen, las calles de Chile, Argentina y Uruguay siguieron despejadas y en calma. No hubo disturbios por la falta de comida ni huelgas generales. Las familias sobrellevaron la penuria saltándose en silencio algunas comidas, alimentando a sus bebés con mate, un té tradicional que quita el apetito, y despertándose antes del amanecer para caminar durante horas hasta su puesto de trabajo y así ahorrarse el billete de autobús. Los que morían de malnutrición o de fiebre tifoidea eran enterrados discretamente.

Sólo una década antes, los países del Cono Sur -con sus sectores industriales en alza, sus clases medias creciendo rápidamente y sus sólidos sistemas de sanidad y educación- habían sido la esperanza del mundo en

vías de desarrollo. Ahora los ricos y los pobres se movían en mundos económicos totalmente distintos, con los ricos accediendo a la ciudadanía honorífica en el estado de Florida y el resto empujados hacia el subdesarrollo en un proceso que se agudizaría durante las “reestructuraciones” neoliberales de la era posterior a las dictaduras. Si no ya ejemplos a seguir, estos países se convirtieron en ejemplos aterradores de lo que les sucede a las naciones pobres que creen que pueden prosperar por sus propios medios hasta salir del Tercer Mundo. Fue una conversión paralela a la que sufrieron los prisioneros en los centros de tortura de la Junta: no bastaba con hablar, se les exigía además que abjuraran de sus creencias más queridas, que traicionaran a sus amantes e hijos. A los que se rendían se les llamaba “quebrados”. Eso fue lo que le sucedió al Cono Sur. La región no sólo fue derrotada: fue quebrada.

### ***LA TORTURA COMO “CURA”***

Mientras se trataba de extirpar el colectivismo de la cultura mediante medidas políticas, dentro de las prisiones la tortura intentaba extirparlo de la mente y el espíritu. Como un editorial de la Junta argentina subrayó en 1976, “también las mentes deben limpiarse, pues es allí donde nació el error”.

Muchos torturadores adoptaban el papel de un doctor o un cirujano. Igual que los economistas de Chicago con sus *shocks* dolorosos pero necesarios, estos interrogadores imaginaban que sus electroshocks y demás tormentos eran terapéuticos, que administraban una especie de medicina a sus presos, a los que muchas veces se referían dentro de los campos como “apestosos”, es decir, como los sucios o enfermos. Les iban a curar de la enfermedad del socialismo, del impulso hacia la acción colectiva.\* Sus “tratamientos” eran atroces, cierto, puede que incluso letales, pero eran por el bien de los pacientes. “Si tienes gangrena en un brazo, tienes que cortártelo, ¿verdad?”, dijo Pinochet, impaciente ante las críticas a su historial de ataques a los derechos humanos.

Con ello, la electroterapia regresaba a su anterior encarnación como técnica de exorcismo. El primer uso registrado de la electrocución médica fue por un médico suizo que ejerció en el siglo XVIII. Ese médico creía que las enfermedades mentales las causaba el diablo, así que hacía que el paciente sujetara un cable al que daba potencia con una máquina de electricidad estática.

Administraba una descarga de electricidad por cada demonio que habitaba en el cuerpo del paciente y luego lo declaraba curado.

En testimonios que aparecen en los informes de las comisiones de la verdad por toda la región, los prisioneros describen un sistema diseñado para obligarles a traicionar el principio más fundamental de su sentido del yo. Para la mayor parte de los latinoamericanos de izquierdas, ese principio fundamental era lo que el historiador radical argentino Osvaldo Bayer llamó “la única ideología trascendental: la solidaridad”. Los torturadores entendían perfectamente la importancia de la solidaridad y se aplicaron a destruir ese impulso de interconexión social entre sus prisioneros. Se da por supuesto que todo interrogatorio consiste en obtener información valiosa y, por lo tanto, forzar una traición, pero muchos prisioneros informan que sus torturadores estaban bastante poco interesados en la información, que ya solían tener de antemano, y mucho más interesados en conseguir el acto de traición en sí. Lo importante del ejercicio era lograr que los prisioneros sufrieran una lesión irreparable en aquella parte de ellos que creía que ayudar a los demás era el valor supremo, la parte que les hacía activistas, y reemplazarla por una sensación de vergüenza y humillación.

A veces el preso no podía controlar estas traiciones. El prisionero argentino Mario Villani, por ejemplo, llevaba su agenda encima cuando fue secuestrado. En ella estaban las señas de una reunión que había acordado con un amigo.

Los soldados se presentaron en su lugar y otro activista desapareció en la maquinaria del terror. En la mesa de interrogación, los interrogadores de Villani le torturaron con el dato de que “habían capturado a Jorge porque se había presentado a la cita conmigo. Sabían que para mí eso era un tormento peor que 220 voltios. El remordimiento era casi insoportable”.

Los actos de rebelión más extremos en este contexto consistían en pequeños gestos de bondad entre prisioneros, como tratar de curar las heridas de los demás o compartir la escasa comida. Cuando se descubría alguno de esos gestos, el castigo era durísimo. Se machacaba a los

prisioneros para que fueran lo más individualistas posible y se les ofrecían constantemente tratos fáusticos, como escoger entre más torturas insoportables para ellos mismos o más torturas para otro de sus compañeros de celda. En algunos casos los prisioneros fueron quebrados hasta tal punto que aceptaron aplicar la picana a sus compañeros presidiarios o abjurar por televisión de sus creencias anteriores. Estos prisioneros representaban el triunfo final de sus torturadores: no sólo los prisioneros habían abandonado cualquier idea de solidaridad sino que, para sobrevivir, habían sucumbido al ethos despiadado que era el núcleo del capitalismo de *laissez-faire*, “estar pendiente del número 1”, en palabras de un directivo de ITT.

La manifestación contemporánea de este proceso de destrucción de la personalidad se halla en la forma en que se utiliza el islam como arma contra los prisioneros musulmanes en las prisiones dirigidas por Estados Unidos. De entre el alud de pruebas que se han filtrado de Abu Ghraib y de la bahía de Guantánamo, dos formas concretas de maltrato a los prisioneros aparecen una y otra vez: el desnudo y la interferencia deliberada con las prácticas islámicas, sea obligando a los prisioneros a afeitarse la barba, dando patadas a un Corán, envolviendo a los prisioneros en banderas israelíes, forzándoles a adoptar posturas homosexuales o incluso tocando a los hombres con sangre de menstruación simulada.

Moazzam Begg, que estuvo recluido en Guantánamo, dice que le obligaron a afeitarse con frecuencia y que un guardián le decía: “Esto es lo que de verdad os molesta a los musulmanes, ¿verdad?”. Se profana el islam no porque los guardianes lo odien (aunque bien puede ser así) sino porque los prisioneros lo aman.

Puesto que el objetivo de la tortura es destruir la personalidad, todo lo que comprende la personalidad de un prisionero debe ser sistemáticamente robado: desde su ropa hasta sus creencias más queridas. En la década de 1970 eso llevaba a atacar la solidaridad social; hoy conduce a agredir al islam.

Los dos grupos de “doctores” del *shock* que trabajaban en el Cono Sur -los generales y los economistas- recurrieron a metáforas prácticamente idénticas en su trabajo.

Friedman comparó su trabajo en Chile al de un médico que ofrecía “consejos médicos técnicos al gobierno chileno para ayudar a curar una epidemia médica”, la “epidemia de la inflación”. Arnold Harberger, director del programa sobre Latinoamérica en la Universidad de Chicago, fue

incluso más allá. En una conferencia que pronunció en Argentina frente a un público formado por jóvenes economistas, mucho después de que la dictadura hubiera terminado, dijo que los buenos economistas son en sí mismos el tratamiento, pues funcionan “como anticuerpos que combaten las ideas y políticas antieconómicas”. El ministro de Exteriores de la Junta argentina, César Augusto Guzzetti, dijo que “cuando el cuerpo social del país ha sido contaminado por una enfermedad que corroe sus entrañas, forma anticuerpos. Estos anticuerpos no pueden considerarse del mismo modo que los microbios. Conforme el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción de los anticuerpos desaparecerá, como ya está sucediendo. Se trata tan sólo de una reacción natural de un cuerpo enfermo”.

Este lenguaje tiene, por supuesto, el mismo andamiaje intelectual que permitía a los nazis afirmar que al asesinar a los miembros “enfermos” de la sociedad estaban curando “el cuerpo de la nación”. Como dijo el doctor nazi Fritz Klein:

“Quiero preservar la vida. Y por respeto a la vida humana, amputaré un apéndice gangrenado de un cuerpo enfermo. El judío es el apéndice gangrenado del cuerpo de la humanidad”. Los jermes rojos utilizaron el mismo lenguaje para justificar su masacre en Camboya: “Hay que amputar lo que está infectado”.

## ***NIÑOS “NORMALES”***

Los paralelismos más escalofriantes se encuentran en la forma en que la Junta argentina trató a los niños dentro de su red de centros de tortura. La Convención de las Naciones Unidas sobre el Genocidio declara que entre las prácticas genocidas más habituales está “imponer medidas tendentes a evitar nacimientos dentro del grupo” y “transferir a la fuerza a niños de un grupo a otro grupo”.

Se estima que nacieron unos quinientos niños en los centros de tortura argentinos. Esos bebés fueron alistados inmediatamente en el plan para rediseñar la sociedad y crear una nueva raza de ciudadanos modelo. Tras un

breve período de guardería, cientos de bebés fueron vendidos o entregados a parejas, la mayor parte de ellas con vínculos directos con la dictadura. Según el grupo de defensa de los derechos humanos Abuelas de la Plaza de Mayo, que con gran esfuerzo ha localizado a docenas de aquellos bebés, los niños fueron criados según los valores del capitalismo y el cristianismo que la Junta consideraba “normales” y saludables. Los padres de los bebés, considerados demasiado enfermos como para poder ser salvados, fueron casi siempre asesinados en los campos. El robo de bebés no fue producto de excesos de personas individuales, sino parte de una operación estatal organizada. En un caso llevado a los tribunales se presentó como prueba un documento oficial del Departamento del Interior titulado “Instrucciones sobre procedimientos a seguir con los niños menores de edad de líderes políticos o sindicales cuando sus padres son detenidos o desaparecen”.

Este capítulo de la historia de Argentina guarda un sorprendente paralelismo con el robo masivo de niños indígenas en Estados Unidos, Canadá y Australia, donde se les enviaba a internados, se les prohibía hablar sus lenguas nativas y se les coaccionaba para que fueran más “blancos”. En la Argentina de la década de 1970 operaba una lógica supremacista similar, pero no basada en la raza sino en las creencias políticas, la cultura y la clase social.

Uno de los vínculos más gráficos entre los asesinatos políticos y la revolución del libre mercado no se descubrió hasta cuatro años después del final de la dictadura argentina. En 1987 un equipo de rodaje estaba filmando en el sótano de Galerías Pacífico, uno de los centros comerciales más lujosos del centro de Buenos Aires, cuando descubrieron horrorizados un centro de tortura abandonado. Resultó ser que durante la dictadura, el Primer Cuerpo del Ejército escondió a algunos de sus desaparecidos en las tripas del centro comercial. En las paredes de las mazmorras todavía se podían ver las marcas desesperadas que habían hecho los prisioneros muertos hacía tiempo: nombres, fechas, súplicas de ayuda.

Hoy, Galerías Pacífico es la joya de la corona de la zona comercial de Buenos Aires, la prueba de su consolidación como una capital consumista globalizada. Techos abovedados y suntuosos frescos sirven de marco a una larga serie de tiendas de marca, desde Christian Dior a Ralph Lauren pasando por Nike, con precios inalcanzables para la gran mayoría de los habitantes del país pero que parecen una ganga a los extranjeros que acuden a la ciudad atraídos por las ventajas de su devaluada divisa.



Para los argentinos que conocen su historia, el centro comercial constituye un escalofriante recordatorio de que igual que una forma más antigua de conquista capitalista se edificó sobre las tumbas de los pueblos indígenas, el proyecto de la Escuela de Chicago en América Latina se construyó literalmente sobre los centros de tortura secretos en los que desaparecieron miles de personas que creían en un país diferente.

## Capítulo 5: NINGUNA RELACIÓN

*Cómo una ideología fue absuelta de sus crímenes Milton [Friedman] es la encarnación del aforismo que reza que “las ideas tienen consecuencias”.*

DONALD RUMSFELD, secretario de Defensa de Estados Unidos, mayo de 2002

*Se metía a la gente en la cárcel para que los precios pudieran ser libres.*

EDUARDO GALEANO, 19902

Durante un breve período pareció que el movimiento neoliberal no podría desentenderse de los crímenes que había cometido en el Cono Sur y que éstos le desacreditarían por completo antes que pudiera expandir su primer laboratorio. Después del trascendental viaje de Milton Friedman a Chile en 1975, el columnista del *New York Times* Anthony Lewis formuló una pregunta tan sencilla como incendiaria: “Si la teoría económica pura de Chicago sólo se puede poner en práctica en Chile mediante el recurso a la represión, ¿tienen sus autores algún tipo de responsabilidad por ello?”.

Después del asesinato de Orlando Letelier, los activistas de base respondieron a su llamamiento para exigir responsabilidades por el coste humano de sus políticas al “arquitecto intelectual” de la revolución económica chilena.

Durante aquellos años Milton Friedman no podía dar una conferencia sin que alguien le interrumpiera citando a Letelier y se vio obligado a entrar por la puerta de la cocina en varios eventos celebrados en su honor.

Los estudiantes de la Universidad de Chicago se preocuparon tanto al saber de la colaboración de sus profesores con la Junta que exigieron una investigación académica. Algunos profesores les apoyaron, entre ellos el economista austríaco Gerhard Tintner, que había huido del fascismo en Europa y llegado a Estados Unidos en la década de 1930.

Tintner comparó Chile bajo Pinochet con Alemania bajo los nazis y dibujó un paralelismo entre el apoyo de Friedman a Pinochet y el de los tecnócratas que colaboraron con el Tercer Reich. (Friedman, a su vez, acusó a sus críticos de “nazismo”). Tanto Friedman como Arnold Harberger se atribuyeron con placer el mérito de los milagros económicos conseguidos

por sus Chicago Boys latinoamericanos. Como un padre orgulloso, Friedman alardeó en *Newsweek* en 1982 de que “los Chicago Boys [...] combinaban una extraordinaria habilidad intelectual y ejecutiva con el valor para sostener sus convicciones y la dedicación necesaria para ponerlas en práctica”. Harberger dijo: “Me siento más orgulloso de mis estudiantes que de cualquier cosa que haya escrito; de hecho, el grupo latino es mucho más mío que mis contribuciones a la literatura”. Ninguno de los dos, sin embargo, alcanzaba a ver relación alguna entre los “milagros” que sus estudiantes habían realizado y el coste humano que habían tenido.

“A pesar de que estoy profundamente en desacuerdo con el sistema político autoritario de Chile”, escribió Friedman en su columna de *Newsweek*, “no creo que sea algo malo que un economista ofrezca asesoría técnica al gobierno chileno”.

En sus memorias, Friedman afirmó que Pinochet trató, durante los primeros dos años, de llevar la economía él solo y que no fue hasta “1975, cuando la inflación seguía disparada y una recesión mundial provocó una depresión en Chile, cuando el general Pinochet acudió a los Chicago Boys”. Se trata de un caso descarado de revisionismo: los Chicago Boys trabajaron con los militares incluso desde antes de que tuviera lugar el golpe y la transformación económica empezó el mismo día en que la Junta llegó al poder. En otros momentos Friedman llegó a afirmar que todo el reinado de Pinochet -diecisiete años de dictadura con decenas de miles de víctimas de tortura- no fue un violento intento de destruir la democracia, sino todo lo contrario. “Lo verdaderamente importante del tema chileno es que al final el libre mercado cumplió su labor en la creación de una sociedad libre”, dijo Friedman.

Tres semanas después de que Letelier fuera asesinado, sucedió algo que acabó con el debate sobre la relación entre los crímenes de Pinochet y el movimiento de la Escuela de Chicago. Milton Friedman fue galardonado en 1976 con el premio Nobel de Economía por su “original e influyente” trabajo sobre la relación entre la inflación y el desempleo.

Friedman utilizó su discurso de aceptación para defender que la economía era una disciplina científica tan rigurosa y objetiva como la física, la química o la medicina, y que se basaba en el examen imparcial de los hechos disponibles. Ignoró convenientemente el hecho de que las hipótesis fundamentales por las que estaba recibiendo el Premio Nobel se estaban demostrando falsas de manera muy gráfica en las colas para comprar pan,

los brotes de tifus y los cierres de fábricas de Chile, el régimen que había sido lo bastante despiadado como para poner sus ideas en práctica.

Un año más tarde sucedió algo más que definió los parámetros del debate sobre el Cono Sur: Amnistía Internacional ganó el premio Nobel de la Paz, en buena parte por su valerosa cruzada para poner al descubierto los abusos a los derechos humanos cometidos en Chile y Argentina.

El premio Nobel de Economía es independiente del premio Nobel de la Paz, lo otorga un comité distinto en una ciudad diferente.

Desde la distancia, sin embargo, parecía como si con ambos nóbeles el jurado más prestigioso del mundo hubiera pronunciado su veredicto: había que condenar el *shock* de las cámaras de tortura, pero el tratamiento de *shock* económico debía aplaudirse; y las dos formas de *shock* no tenían, como había escrito Letelier con punzante ironía, “ninguna relación”.

### ***LA ANTEOJERA DE LOS “DERECHOS HUMANOS”***

Este cortafuegos intelectual no se levantó sólo porque los economistas de la Escuela de Chicago no reconocieran ninguna conexión entre sus políticas y el uso del terror.

Contribuyó a afianzarlo la forma particular en que estos actos de terror se calificaron como actos “contra los derechos humanos” en lugar de como herramientas con fines claramente políticos y económicos. En parte fue así porque el Cono Sur en los años setenta no fue sólo un laboratorio para un nuevo modelo económico, sino también para un nuevo modelo de activismo: el movimiento de base internacional por los derechos humanos. Ese movimiento fue indudablemente decisivo para obligar a la Junta a poner fin a sus peores abusos. Pero al centrarse puramente en los crímenes y no en las razones que los motivaron, el movimiento de defensa de los derechos humanos también ayudó a la Escuela de Chicago a escapar de su primer sangriento laboratorio prácticamente sin un rasguño.

El dilema se remonta al nacimiento del moderno movimiento de defensa de los derechos humanos, con la adopción en 1948 por Naciones Unidas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Tan pronto

se escribió, ese documento se convirtió en un ariete partidista utilizado por ambos bandos de la Guerra Fría para acusar al otro de ser el próximo Hitler. En 1967, investigaciones periodísticas desvelaron que la Comisión Internacional de Juristas, el grupo más importante que investigaba las violaciones soviéticas de los derechos humanos, no era el árbitro imparcial que proclamaba ser, sino que recibía financiación secreta de la CIA.

Fue en este contexto tan politizado en el que Amnistía Internacional desarrolló su doctrina de estricta imparcialidad: se financiaría exclusivamente a través de las donaciones de sus miembros y sería siempre rigurosamente “independiente de cualquier gobierno, facción política, ideología, interés económico o credo religioso”. Para demostrar que no usaba los derechos humanos con ningún fin político, cada grupo local de Amnistía Internacional fue instruido para que “adoptara” a la vez tres presos de conciencia, “uno de países comunistas, otro de países occidentales y un tercero de países del Tercer Mundo”.

La posición de Amnistía Internacional, emblemática de la de todo el movimiento de defensa de los derechos humanos en aquellos tiempos, fue que puesto que las violaciones de estos derechos eran algo universalmente reconocido como pernicioso, malas en sí y por sí mismas, no era necesario determinar por qué se estaban produciendo, sino documentarlas tan meticulosa y fiablemente como fuera posible.

Este principio se refleja en la forma en que se investigó la campaña de terror en el Cono Sur. Constantemente vigilados y acosados por la policía secreta, los grupos pro derechos humanos enviaron delegaciones a Argentina, Uruguay y Chile para entrevistar a cientos de víctimas de torturas y a sus familias; también consiguieron acceder en la medida de lo posible a las prisiones. Puesto que los medios de comunicación independientes estaban prohibidos y las juntas negaban sus crímenes, estos testimonios formaron la documentación primaria de un relato que los gobiernos de la zona hubieran deseado que nunca se escribiera. Fue un trabajo muy importante, pero limitado: los informes son listas jurídicas de los métodos más horribles de represión cruzados con los artículos de los tratados de Naciones Unidas que esos métodos violan.

Esta estrechez de miras es muy problemática en el informe de Amnistía Internacional de 1976 sobre Argentina, un relato de las atrocidades de la Junta que supuso un enorme paso adelante e hizo a la organización merecedora del Premio Nobel. A pesar de su meticulosidad, el

informe no aporta ninguna idea sobre por qué se cometieron esos abusos. Sí formula la pregunta de “hasta qué punto son las violaciones explicables o necesarias” para garantizar “la seguridad”, exactamente el motivo oficial con el que la Junta justificó la “guerra sucia”. Después de examinar las pruebas, el informe concluyó que la amenaza que suponían las guerrillas de izquierdas no se correspondía en absoluto con el nivel de represión utilizado por el Estado.

Pero ¿existía algún otro objetivo que hiciera la violencia “explicable o necesaria”? Amnistía no dijo nada al respecto. De hecho, en su informe de noventa y dos páginas no hizo ninguna mención al hecho de que la Junta había emprendido un proceso para rehacer el país sobre unos parámetros radicalmente capitalistas. No manifestaba ninguna opinión sobre la cada vez más extendida pobreza ni sobre la dramática reversión de los programas de redistribución de riqueza, aunque fueran las piedras de toque del gobierno de la Junta. El informe enumera cuidadosamente todas las leyes y decretos de la Junta que redujeron los sueldos y aumentaron los precios, violando así el derecho a comida y techo, que está reconocido en la Declaración de Naciones Unidas. Hubiera bastado un examen superficial del proyecto económico revolucionario de la Junta para evidenciar por qué fue necesaria aquella extraordinaria represión, así como para explicar por qué tantos de los presos de conciencia registrados por Amnistía eran pacíficos sindicalistas y trabajadores sociales.

Otra de las principales omisiones del informe de Amnistía es que presentó el conflicto como un enfrentamiento limitado entre militares y extremistas de izquierdas locales.

No se menciona a otros implicados, ni al gobierno de Estados Unidos ni a la CIA ni a los terratenientes locales ni a las corporaciones multinacionales. Sin un estudio del plan general para imponer el capitalismo “puro” en América Latina y de los poderosos intereses que impulsaban el proyecto, los actos de sadismo documentados en el informe no tienen sentido: son sólo actos malvados aleatorios y exentos de contexto a la deriva en el éter político, actos que deben ser condenados por todas las personas de buena voluntad pero que resultan imposibles de comprender.

Todas las facetas del movimiento de defensa de los derechos humanos operaban bajo circunstancias extremadamente restringidas, aunque por motivos distintos. En los países afectados, los primeros que hicieron sonar las alarmas sobre el terror fueron los amigos y parientes de las víctimas,

pero existían severos límites a lo que se les permitía decir. No podían hablar sobre los planes políticos o económicos que había tras las desapariciones porque hacerlo significaba arriesgarse a que ellos también les desaparecieran. Las activistas más famosas que emergieron en estas circunstancias fueron las Madres de la Plaza de Mayo, conocidas en Argentina como las Madres. En sus manifestaciones semanales frente a la sede del gobierno en Buenos Aires, las Madres no se atrevían a llevar pancartas, sino que mostraban las fotografías de sus hijos desaparecidos sobre una leyenda que rezaba “¿Dónde están?”. En lugar de cantar consignas, desfilaban en silencio, con la cabeza cubierta por pañuelos blancos con el nombre de sus hijos bordados. Muchas de las Madres tenían firmes convicciones políticas, pero se cuidaban mucho de presentarse como nada que no fuera madres angustiadas, desesperadas por conocer el paradero de sus inocentes hijos.\*

Al terminar la dictadura, las Madres se convirtieron en uno de los grupos más críticos con el nuevo orden económico en Argentina y hoy en día lo siguen siendo.

En Chile el principal grupo de defensa de los derechos humanos fue el Comité para la Paz, formado por políticos opositores, abogados y dirigentes de la Iglesia. Se trataba de veteranos activistas políticos que sabían que el intento de detener las torturas y liberar a los prisioneros políticos era sólo un frente en una guerra mucho mayor en la que estaba en juego quién controlaría la riqueza de Chile. Para no convertirse en las siguientes víctimas del régimen abandonaron las consignas habituales de la vieja izquierda contra la burguesía y aprendieron a utilizar el nuevo lenguaje de los “derechos humanos universales”. Despojada de toda referencia a ricos y pobres, a débiles y fuertes, al Norte y al Sur, esta forma de explicar el mundo, tan popular en América del Norte y Europa, simplemente afirmaba que todo el mundo tiene derecho a un juicio justo y a no ser tratado de forma cruel, inhumana o degradante.

No se preguntaba por qué, sólo afirmaba. En la mezcla de lenguaje jurídico e historia de interés humano que caracteriza el léxico de los derechos humanos, aprendieron que sus compañeros encarcelados eran en realidad presos de conciencia cuyos derechos a la libertad de pensamiento y expresión, protegidos por los artículos 18 y 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, habían sido violados.

Para los que vivían bajo una dictadura, el nuevo lenguaje era esencialmente un código; igual que los músicos enmascaraban el izquierdismo de las letras de sus canciones mediante astutas metáforas, ellos lo escondían utilizando ese lenguaje legal. Era para ellos una forma de comprometerse políticamente sin mencionar la política.\*

Incluso a pesar de estas precauciones, los defensores de los derechos humanos no estaban a salvo del terror. Las cárceles chilenas estaban llenas de abogados de los grupos de defensa de los derechos humanos. En Argentina la Junta envió a uno de sus más infames torturadores para que se infiltrara entre las Madres fingiendo ser un pariente de una de las víctimas. En diciembre de 1977 el grupo sufrió un ataque. Doce madres desaparecieron para siempre, entre ellas la líder del grupo, Azucena de Vicenti, junto con dos monjas francesas.

Cuando la campaña del terror en Latinoamérica captó la atención del pujante movimiento internacional de defensa de los derechos humanos, aquellos activistas tenían también sus motivos particulares para no hablar de política, muy distintos de los del movimiento en general.

La negativa a establecer una conexión entre el aparato de terror de Estado y el proyecto ideológico al que servía es una característica común a casi toda la literatura de derechos humanos de este período. Aunque se puede interpretar la reticencia de Amnistía como un esfuerzo por mantener la imparcialidad entre las tensiones de la Guerra Fría, hubo, para muchos otros grupos, otro factor en juego: el dinero. La principal fuente de financiación de su trabajo, con gran diferencia, era la Fundación Ford, entonces la mayor organización filantrópica del mundo. En la década de 1960, la organización gastaba sólo una pequeña parte de su presupuesto en derechos humanos, pero en las décadas de 1970 y 1980 la fundación gastó la sorprendente cifra de 30 millones de dólares en la defensa de los derechos humanos en Latinoamérica. Con esos fondos la fundación apoyó a grupos latinoamericanos como el Comité de la Paz chileno así como a otros grupos con sede en Estados Unidos, entre ellos Americas Watch.

Antes de los golpes militares, la principal tarea de la Fundación Ford en el Cono Sur había sido financiar la formación de profesores, principalmente de económicas y ciencias agrarias, en estrecha colaboración con el Departamento de Estado de Estados Unidos. Frank Sutton, vicepresidente segundo de la división internacional de Ford, explicó la filosofía de la organización: “No se puede conseguir un país modernizador



sin una élite modernizadora”. Aunque totalmente en sintonía con la lógica de la Guerra Fría de intentar fomentar una alternativa al marxismo revolucionario, la mayoría de las becas académicas de Ford no mostraban una tendencia a la derecha. Se enviaron estudiantes latinoamericanos a un amplio abanico de universidades de Estados Unidos, entre ellas grandes universidades públicas con reputación progresista.

Hubo, no obstante, varias excepciones significativas. Como se ha visto antes, la Fundación Ford fue la principal fuente de financiación del Programa de Investigación y Formación económica para Latinoamérica de la Universidad de Chicago, que produjo cientos de Chicago Boys latinos. Ford también financió un programa paralelo en la Universidad Católica de Santiago, diseñado para atraer estudiantes universitarios de economía de los países vecinos para que estudiaran con los Chicago Boys. Eso hizo que la Fundación Ford, conscientemente o no, se convirtiera en la principal fuente de financiación de la difusión de la ideología de la Escuela de Chicago por toda América Latina, superando incluso al gobierno de Estados Unidos.

La llegada al poder de los Chicago Boys mediante las metralletas de Pinochet no hizo quedar nada bien a la Fundación Ford. Los Chicago Boys habían sido becados como parte de la misión de la Fundación de “mejorar las instituciones económicas para así impulsar la consecución de objetivos democráticos”. Ahora las instituciones económicas que Ford había ayudado a construir tanto en Chicago como en Santiago estaban jugando un papel central en el derrocamiento de la democracia chilena y sus ex estudiantes estaban procediendo a aplicar su educación obtenida en Estados Unidos en un contexto descarnadamente brutal. Todavía peor para la fundación es que aquélla era la segunda vez en pocos años que sus protegidos escogían hacerse con el poder de forma violenta, como ya había sucedido con el meteórico ascenso de la mafia de Berkeley en Indonesia después del sangriento golpe de Suharto.

Ford había construido el Departamento de Economía de la Universidad de Indonesia desde la nada, pero cuando Suharto llegó al poder “casi todos los economistas que el programa producía eran reclutados por el gobierno”, apunta un documento de la propia Ford. Prácticamente no quedó nadie para enseñar a las nuevas hornadas de estudiantes. En 1974 se produjo en Indonesia una revuelta nacionalista contra la “subversión extranjera” de la economía y la Fundación Ford se convirtió en objetivo de la ira popular. Fue la fundación, recordaron muchos, la que había instruido a los

economistas de Suharto que habían vendido la riqueza petrolera y minera de Indonesia a las multinacionales extranjeras.

Entre los Chicago Boys de Chile y la mafia de Berkeley en Indonesia, Ford se estaba labrando una reputación bastante desafortunada: licenciados de sus dos programas insignia dominaban ahora las más infames dictaduras de derechas del mundo. Aunque Ford no podía haber sabido que las ideas en las que formaba a sus graduados se llevarían a la práctica con aquel salvajismo, se vio objeto de preguntas incómodas sobre por qué una fundación dedicada a la paz y a la democracia estaba metida hasta el cuello en dictaduras y violencia.

Fuera consecuencia del pánico, de su conciencia social o de una combinación de ambos factores, la Fundación Ford se enfrentó a su problema con las dictaduras de la misma forma en que lo hubiera hecho cualquier buena empresa: proactivamente. A mediados de los años setenta, Ford se transformó de una productora de “asesoría técnica” para el llamado Tercer Mundo en la principal financiadora del activismo en defensa de los derechos humanos. Ese cambio radical fue particularmente dramático en Chile e Indonesia.

Después de que la izquierda hubiera sido arrasada en esos países por regímenes que Ford había ayudado a formar, fue la misma Ford la que financió a una nueva generación de abogados idealistas que se entregaron a fondo para liberar a los cientos de miles de prisioneros políticos que esos mismos regímenes habían encarcelado.

Dada su comprometedor historia, no es sorprendente que cuando Ford entró en el campo de los derechos humanos los definiera de la forma más limitada posible. La fundación favoreció decididamente a los grupos que presentaban sus trabajos como una lucha legal por el “imperio de la ley”, la “transparencia” y el “buen gobierno”. Como dijo un alto cargo de la Fundación Ford, la actitud de la organización en Chile fue “¿cómo podemos hacer esto sin meternos en política?”. No se trataba solamente de que Ford fuera una institución intrínsecamente conservadora, acostumbrada a trabajar codo con codo, no frente a frente, con la política exterior oficial de Estados Unidos.\* Sucedió además que cualquier investigación seria de los objetivos a los que servía la represión en Chile conduciría inevitable y directamente hasta la Fundación Ford y revelaría el papel fundamental que había jugado la fundación en el adoctrinamiento de los dirigentes de aquel país en una secta económica fundamentalista.

En la década de 1950 la Fundación Ford actuó muchas veces como tapadera para la CIA, permitiendo a la agencia canalizar fondos a académicos y artistas antimarxistas que no sabían de dónde procedía el dinero, un proceso documentado con detalle en La CIA y la guerra fría cultural, de Francés Stonor Saunders. Amnistía no recibió financiación de la Fundación Ford, así como tampoco la recibieron las defensoras más radicales de los derechos humanos en Latinoamérica, las Madres de la Plaza de Mayo.

También estaba la cuestión de la inevitable asociación de la fundación con la Ford Motor Company, una relación muy complicada, especialmente para los activistas sobre el terreno. Hoy la Fundación Ford es completamente independiente de la empresa de automoción y sus herederos, pero en las décadas de 1950 y 1960, cuando financiaba proyectos educativos en Asia y América Latina, no era así. La fundación empezó en 1936 con una donación de acciones de tres ejecutivos de Ford Motor, entre ellos Henry y Edsel Ford. Al aumentar su patrimonio, la fundación empezó a operar independientemente, pero su independencia de las acciones de Ford Motor no se completó hasta 1974, el año siguiente al golpe en Chile y varios años después del golpe en Indonesia, y en su consejo de administración siguió habiendo miembros de la familia Ford hasta 1976.

En el Cono Sur las contradicciones eran surrealistas: el legado filantrópico de la empresa que estaba más íntimamente relacionada con el aparato del terror -una empresa acusada de tener un centro de tortura secreto en sus propiedades y de ayudar a hacer desaparecer a sus propios trabajadores- era la mejor, y a menudo la única, posibilidad de poner fin a los peores abusos. A través de su financiación de las campañas a favor de los derechos humanos, la Fundación Ford salvó muchas vidas esos años.

Y merece al menos que se le conceda parte del mérito de persuadir al Congreso de Estados Unidos para que interrumpiera la ayuda militar a Argentina y Chile, lo que gradualmente obligó a las juntas del Cono Sur a abandonar algunas de sus tácticas de represión más agresivas. Pero Ford no acudió al rescate gratuitamente. Su ayuda, conscientemente o no, tuvo un precio: la honestidad intelectual del movimiento de defensa de los derechos humanos. La decisión de la fundación de implicarse en la defensa de los derechos humanos “sin meterse en política” creó un contexto en el que era prácticamente imposible formular la pregunta que subyacía a la violencia

que estaban documentando: ¿por qué había sucedido todo aquello? ¿A quién beneficiaba?

Esa omisión ha desfigurado la forma en que se ha contado la historia de la revolución del libre mercado, eliminando casi por completo cualquier mención de las circunstancias extraordinariamente violentas en las que nació. Igual que los economistas de Chicago no tenían nada que decir sobre la tortura (no estaba relacionada con las áreas en las que asesoraban), los grupos de derechos humanos tenían poco que decir sobre las transformaciones radicales que estaban teniendo lugar en la esfera económica (estaban más allá del limitado ámbito legal en el que habían decidido trabajar).

La idea de que la represión y la economía formaban parte de un único proyecto se refleja sólo en uno de los principales informes sobre derechos humanos de este período: Brasil: Nunca Mais. Significativamente, ésta es la única Comisión de la Verdad que publicó un informe independiente tanto del Estado como de fundaciones extranjeras. Está basado en los registros de los tribunales militares, fotocopiados en secreto a lo largo de los años por abogados y activistas de la Iglesia tremendamente valientes mientras el país estaba todavía bajo la dictadura.

Tras detallar algunos de los crímenes más horribles, los autores plantean la cuestión fundamental que otros se habían tomado tanto trabajo en eludir: ¿por qué? Su respuesta es directa: “Puesto que la política económica era extremadamente impopular entre la mayoría de los sectores de la población, tuvo que recurrirse a la fuerza para implementarla”.

El modelo económico radical que echó raíces durante la dictadura se demostraría más resistente que los generales que lo habían puesto en práctica. Mucho después de que los soldados hubieran regresado a sus barracones y los latinoamericanos pudieran elegir de nuevo a sus gobiernos, la lógica de la Escuela de Chicago seguía firmemente atrincherada en los países de la zona.

Claudia Acuña, una periodista y educadora argentina, me contó lo difícil que fue en los años setenta y ochenta comprender que la violencia no era el objetivo de la Junta, sino sólo un medio. “Las violaciones de los derechos humanos eran tan aberrantes, tan increíbles, que detenerlas se convirtió, por supuesto, en lo más importante. Pero aunque pudimos destruir los centros de tortura secretos, lo que no pudimos destruir fue el

programa económico que los militares empezaron y que todavía continúa en la actualidad”.

Al final, como predijo Rodolfo Walsh, muchas más vidas serían arrebatadas por la “miseria planificada” que por las balas. En cierta manera, lo que sucedió en América Latina en los años setenta es que fue tratada como la escena de un asesinato cuando, en realidad, era la escena de un robo a mano armada extraordinariamente violento. “Era como si esa sangre, la sangre de los desaparecidos, hubiera tapado el coste del programa económico”, me dijo Acuña.

El debate sobre si los “derechos humanos” pueden de verdad separarse de la política y la economía no es exclusivo de América Latina; éstas son cuestiones que emergen a la superficie siempre que un Estado utiliza la tortura como instrumento político. A pesar de la mística que rodea la tortura, y a pesar del comprensible impulso de tratarla como una conducta aberrante que está más allá de la política, no se trata de algo particularmente complicado o misterioso. Es una herramienta de la coerción más despiadada y es fácil predecir que se utilizará siempre que un déspota local o un ocupante extranjero carece del consenso "social necesario para gobernar: Marcos en Filipinas, el sha en Irán, Sadam en Irak, los franceses en Argelia, los israelíes en los territorios ocupados o Estados Unidos en Irak y Afganistán. Se podrían añadir muchos más ejemplos a la lista. Los abusos generalizados a los presos son la prueba del algodón de que los políticos tratan de imponer un sistema -sea político, religioso o económico- que un enorme número de sus gobernados rechaza. Del mismo modo que los ecologistas definen los ecosistemas por la presencia de ciertas “especies indicadoras” de plantas y pájaros, la tortura es un indicador de que un régimen está sumido en un proyecto profundamente antidemocrático, aunque ese régimen haya llegado al poder mediante las urnas.

Como medio de extraer información durante un interrogatorio, la tortura es notoriamente poco fiable, pero como medio de aterrorizar y controlar a la población, nada resulta más efectivo. Fue por este motivo por el que, en los años cincuenta y sesenta, muchos argelinos se impacientaron con los liberales franceses que expresaban su indignación ante las noticias de que sus soldados estaban electrocutando y ahogando a los que luchaban por la liberación y que, sin embargo, no hacían nada por acabar con la ocupación que era la razón de esos abusos.

En 1962 Gisèle Halimi, una abogada francesa de varios argelinos que habían sido brutalmente violados y torturados en prisión, escribió exasperada: “Las palabras eran los mismos clichés rancios: desde que la tortura se usa en Argelia se han usado esas mismas palabras, la misma expresión de indignación, las mismas firmas de protestas públicas, las mismas promesas. Esta rutina automática no ha destruido ni un solo juego de electrodos ni una sola manguera; tampoco ha disminuido ni de forma remotamente efectiva el poder de aquellos que los usan”.

Simone de Beauvoir, escribiendo sobre el mismo tema, se mostró de acuerdo: “Protestar en nombre de la moral contra "excesos" o "abusos" es un error que sugiere complicidad activa. No hay "abusos" o "excesos" aquí, simplemente un sistema que lo abarca todo”.

Lo que quería decir es que la ocupación no podía realizarse de una forma humanitaria. No hay ninguna forma humanitaria de gobernar a la gente contra su voluntad. Hay solo dos opciones, escribió Beauvoir: aceptar la ocupación y todos los métodos necesarios para implementarla, “a menos que se rechacen no meramente algunas prácticas específicas, sino el objetivo superior que las ampara y para el que resultan esenciales”. Hoy esa dura elección se produce en Irak y en Israel y Palestina, y esa dura elección era la única opción en el Cono Sur en los años setenta.

Igual que no existe ningún modo amable y bondadoso de ocupar un país contra la voluntad de su pueblo, no hay ninguna forma pacífica de arrebatarles a miles de ciudadanos lo que necesitan para vivir con dignidad, que es exactamente lo que los Chicago Boys estaban decididos a hacer. El robo, fuera de tierras o de modo de vida, requiere el uso de la fuerza o al menos una amenaza creíble de violencia. Es por eso por lo que los ladrones llevan armas y a menudo las usan. La tortura es asquerosa, pero muchas veces es un medio racional de conseguir un objetivo específico, quizá incluso el único medio de conseguirlo. Se plantea entonces una cuestión más profunda, una pregunta que muchos en aquellos tiempos en América Latina no podían formular. ¿Es el neoliberalismo una ideología inherentemente violenta, hay algo en sus objetivos que exija el ciclo de brutal purificación política seguida por las operaciones de limpieza de las organizaciones de derechos humanos?

Uno de los testimonios más conmovedores sobre esta cuestión procede de Sergio Tomasella, un cultivador de tabaco que fue secretario general de

las Ligas Agrarias de Argentina y fue torturado y encarcelado durante cinco años, igual que su mujer y muchos de sus amigos y familiares.\*

En mayo de 1990, Tomasella subió al autocar nocturno que iba de la provincia rural de Corrientes hasta Buenos Aires para aportar su voz al Tribunal contra la Impunidad, que escuchaba los testimonios sobre abusos a los derechos humanos durante la dictadura. El testimonio de Tomasella fue distinto del de las demás víctimas. Se presentó ante el público urbano con sus ropas de granjero y sus botas de trabajo y explicó que él era una víctima de una larga guerra, una guerra entre los campesinos pobres que querían trozos de tierra para formar cooperativas y los todopoderosos rancheros que poseían todas las tierras de su provincia. “Es una línea continua: aquellos que arrebataron la tierra a los indios siguen oprimiéndonos con sus estructuras feudales”.

Por este relato estoy en deuda con el excelente libro de Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*.

Insistió en que los abusos que habían sufrido tanto él como los demás miembros de las Ligas Agrarias no podían aislarse de los grandes intereses económicos a los que benefició que se torturaran sus cuerpos y se disolvieran sus redes de activismo. Así que en lugar de dar los nombres de los soldados que le torturaron, prefirió dar los de las empresas, nacionales y extranjeras, que se habían beneficiado de la prolongada dependencia económica de Argentina. “Los monopolios extranjeros nos imponen cosechas, nos imponen productos químicos que contaminan la tierra, nos imponen su tecnología y su ideología. Todo eso a través de la oligarquía que es dueña de la tierra y controla a los políticos. Pero debemos recordar que esa oligarquía está también controlada por esos mismos monopolios, por esos mismos Ford Motor, Monsanto o Philip Morris. Es la estructura lo que debemos cambiar. Eso es lo que he venido a denunciar. Eso es todo”.

El público rompió a aplaudir. Tomasella concluyó su testimonio con las siguientes palabras: “Creo que la verdad y la justicia triunfarán al final. Llevará generaciones. Si debo morir en esta lucha, que así sea. Pero un día triunfaremos. Mientras tanto, sé quién es el enemigo, y el enemigo también sabe quién soy yo”.

La primera aventura de los Chicago Boys en la década de 1970 debió haber servido de aviso a la humanidad: sus ideas eran peligrosas. Al no hacer responsable a la ideología de los crímenes cometidos en su primer

laboratorio, se dio inmunidad a esta subcultura de ideólogos impenitentes y se les liberó para que recorrieran el mundo en busca de su próxima conquista. Hoy vivimos de nuevo en una era de masacres corporativas, con países que son víctima de una tremenda violencia militar combinada con intentos de rehacerlos como economías de “libre mercado” modélicas; vemos cómo las desapariciones y las torturas han vuelto con mayor intensidad que nunca.

Y también ahora parece que no se sepa ver ninguna relación entre el objetivo de conseguir crear nuevos mercados libres y la necesidad de utilizar la violencia para lograrlo.



# TERCERA PARTE: DEMOCRACIA SUPERVIVIENTE

## BOMBAS FABRICADAS CON LEYES

*Los conflictos armados entre naciones nos horrorizan. Pero la guerra económica no es más benigna. Es como una intervención quirúrgica. Una guerra económica es una especie de tortura prolongada. Y sus estragos no son menos terroríficos que los descritos en la literatura sobre las guerras propiamente dichas, No pensamos en esa otra guerra porque estamos acostumbrados a sus efectos letales. [...] El movimiento antibelicista es sólido y rezo por que tenga éxito. Pero no puedo evitar sentir un temor lacerante: el de que ese movimiento fracasará si no llega a la raíz de todos los males, es decir, la codicia humana.*

M. K. GANDHI, «Non- Violence: The Greatest Force», 1926

## Capítulo 6: SALVADOS POR UNA GUERRA

El thatcherismo y sus enemigos útiles

*El soberano es aquel que decide el Estado de emergencia*  
CARL SCHIMITT, abogado nazi<sup>1</sup>

Cuando Friedrich Hayek, santo patrón de la Escuela de Chicago, regresó de una visita a Chile en 1981, estaba tan impresionado por Augusto Pinochet y los de Chicago que allí conoció que inmediatamente se sentó a escribir una carta a su amiga Margaret Thatcher, primera ministra de Gran Bretaña. En ella la instaba a utilizar el país sudamericano como modelo para transformar la economía keynesiana británica. Thatcher y Pinochet acabarían compartiendo una sólida amistad, de la que trascendió la famosa visita de Thatcher al anciano general cuando éste se hallaba bajo arresto domiciliario en Inglaterra, acusado de genocidio, tortura y terrorismo.

La primera ministra británica estaba sobradamente familiarizada con el que ella misma calificó de «extraordinario éxito de la economía chilena», que describió, además, como «un impactante ejemplo de reforma económica del que podemos extraer numerosas lecciones». Pero, pese a la admiración de Thatcher por Pinochet, cuando Hayek le sugirió por primera vez que emulara las políticas de terapia de *shock* que aquél había impuesto en Chile, la primera ministra no pareció quedarse, ni mucho menos, convencida. En febrero de 1982, Thatcher no se anduvo con rodeos para explicarle el problema a su gurú intelectual en una carta privada: «Estoy segura de que usted entenderá que, en Gran Bretaña, dadas nuestras instituciones democráticas y la necesidad que aquí existe de alcanzar un elevado nivel de consenso, algunas de las medidas adoptadas en Chile son del todo inaceptables. Nuestra reforma debe ser conforme a nuestras tradiciones y a nuestra Constitución, aunque, a veces, el proceso pueda parecer exasperantemente lento».<sup>2</sup>

Su conclusión final era que, en una democracia como el Reino Unido, no era posible una terapia de *shock* del estilo de la preconizada por la

Escuela de Chicago. Thatcher llevaba entonces tres años en el cargo -era su primera legislatura- y su popularidad se hundía en los sondeos, por lo que no estaba dispuesta a asegurarse una derrota en las siguientes elecciones haciendo algo tan radical o impopular como lo que Hayek le sugería.

Para Hayek y el movimiento que representaba, aquello supuso una auténtica decepción. El experimento del Cono Sur había generado unas ganancias tan espectaculares (aunque fuesen sólo para un pequeño número de jugadores) que había estimulado un enorme apetito de nuevas fronteras entre las multinacionales (cada vez más globales ya por entonces), nuevas fronteras que se abrían no sólo en los países en vías de desarrollo, sino también en las naciones ricas de Occidente, donde los Estados controlaban activos y recursos aún más lucrativos y susceptibles de ser administrados como intereses comerciales privados: los teléfonos, las aerolíneas, las ondas televisivas, las empresas energéticas. Si alguien podía haberse erigido en adalid de ese programa en el propio mundo rico, seguramente habría tenido que ser Thatcher en Inglaterra o el entonces presidente estadounidense, Ronald Reagan.

En 1981, la revista *Fortune* publicó un reportaje en el que se encomiaban las virtudes del «nuevo mundo feliz de las *reaganomics* en Chile». El reportaje alababa «las relumbrantes tiendas de lujo» y los «flamantes coches japoneses nuevos» de Santiago. Pero pasaba por alto la omnipresente represión y la explosión de barriadas chabolistas en el extrarradio. «¿Qué podemos aprender del experimento de ortodoxia económica chileno?», se preguntaba para, de inmediato, aleccionarnos con la respuesta correcta a dicha pregunta: «Si un pequeño país subdesarrollado puede adherirse con éxito a la teoría de la ventaja competitiva, entonces no hay duda de que nuestra economía, provista de recursos infinitamente mayores, también puede».<sup>3</sup>

No obstante, como la mencionada carta de Thatcher a Hayek ponía de manifiesto, la cosa no era tan sencilla. Los dirigentes electos tienen que preocuparse por lo que piensen sus votantes acerca de su desempeño en el cargo, ya que éste se ve sometido periódicamente a examen. Y, a principios de la década de 1980, aun con Reagan y Thatcher en el poder y con Hayek y Friedman como influyentes asesores suyos, no estaba ni mucho menos claro que un programa económico radical como el impuesto con tan feroz virulencia en el Cono Sur pudiese siquiera ser posible en Gran Bretaña o en Estados Unidos.

Diez años antes, Friedman y su movimiento habían tenido que soportar una gran decepción en Estados Unidos motivada nada menos que por Richard Nixon, alguien que parecía confirmar la idea anteriormente expuesta. El mismo Nixon que había contribuido a colocar a los de Chicago en el poder en Chile, había seguido un camino muy distinto en su propio país, dando muestras de una incoherencia que Friedman jamás le perdonaría. Cuando Nixon accedió al cargo en 1969, Friedman creyó que, por fin, le había llegado la hora de dirigir su propia contrarrevolución nacional interna contra el legado del New Deal. «Pocos presidentes han expresado una filosofía tan compatible con la mía propia», había escrito Friedman acerca de Nixon.<sup>4</sup> Los dos se reunían habitualmente en el Despacho Oval y Nixon nombró a varios amigos y colegas correligionarios de Friedman para diversos cargos económicos clave. Uno de ellos fue el profesor de la Universidad de Chicago George Shultz, a quien Friedman ayudó a reclutar para el personal asesor del presidente estadounidense. Otro fue Donald Rumsfeld, quien por aquel entonces tenía treinta y siete años. En la década de 1970, Rumsfeld había asistido a diversos seminarios de la Universidad de Chicago, sesiones que, posteriormente, llegó a describir en términos ciertamente reverenciales. Rumsfeld calificó a Friedman y a sus colegas de «grupo de genios» y dijo que él tuvo «el privilegio», junto a otros «jóvenes cachorros», de poder «entrar allí y aprender a sus pies».<sup>5</sup> Contando, como contaba, tanto con un grupo de fieles discípulos a los mandos de la política económica como con una estrecha relación personal con el presidente, Friedman tenía motivos sobrados para creer que sus ideas estaban a punto de ser llevadas a la práctica en la economía más poderosa del mundo.

Pero, en 1971, la economía estadounidense entró en una depresión: el desempleo era elevado y la inflación impulsaba los precios considerablemente al alza. Nixon sabía que si seguía la línea liberalizadora que aconsejaba Friedman, millones de ciudadanas y ciudadanos enfadados lo echarían del cargo en las siguientes elecciones. Así que decidió instaurar topes a los precios de bienes de primera necesidad como los alquileres y el petróleo. Aquello indignó a Friedman: de todas las posibles «distorsiones» de la intervención estatal, la de los controles de precios era, sin lugar a dudas, la peor. Él mismo la definió como «un cáncer que puede destruir la capacidad de funcionamiento de un sistema económico».<sup>6</sup>

Pero aún más vergonzoso para Friedman resultaba el hecho de que sus propios discípulos fueran los encargados de aplicar el keynesianismo: Rumsfeld estaba al mando del programa de control de salarios y precios, y tenía como superior suyo a Shultz, que a la sazón era director de la Oficina de Gerencia y Presupuesto del gobierno federal. En una ocasión, Friedman telefoneó a Rumsfeld a la Casa Blanca para reprender a su antiguo «joven cachorro». Según el propio Rumsfeld. Friedman le ordenó que «dejase de hacer lo que estaba haciendo». El novel alto funcionario le respondió que lo que estaba haciendo parecía surtir efecto: la inflación estaba remitiendo y la economía volvía a crecer. Pero Friedman le replicó que aquella era la peor fechoría de todas: «La gente va a creer que sois vosotros los que lo estáis haciendo [...] y va a extraer la conclusión equivocada».<sup>7</sup> Y así fue, sin duda, porque, al año siguiente, el electorado reeligió a Nixon con un 60% de los votos emitidos. En su segundo mandato, el presidente continuó desprendiéndose de aún más elementos de la ortodoxia de Friedman y aprobó un elevado número de nuevas leyes que imponían a las empresas unos estándares más estrictos en materia de seguridad y medio ambiente. Pero la estocada más cruel que Nixon depararía a Friedman sería una famosa proclama del presidente: «Ahora todos somos keynesianos».<sup>8</sup> Tan hondo fue el sentimiento de traición que Friedman describiría más tarde a Nixon como «el más socialista de los presidentes de Estados Unidos del siglo XX».<sup>9</sup>

La presidencia de Nixon supuso una dura lección para Friedman. El profesor de la Universidad de Chicago había construido todo un movimiento a partir de la identificación entre capitalismo y libertad, pero las personas libres no parecían querer votar a los políticos que seguían su consejo. Peor aún, sólo los gobiernos dictatoriales en los que la libertad brillaba por su ausencia- se mostraban dispuestos a poner en práctica la doctrina del libre mercado puro. Así que, al tiempo que se quejaban de haber sido objeto de traición en su propio país, las preclaras mentes de la Escuela de Chicago se las ingeniaron para mantener su doctrina viva durante la década de los setenta a lomos de diversas juntas militares. En casi todos los países en los que el poder era tomado por dictaduras militares derechistas, se dejaba sentir la presencia de la Universidad de Chicago. Harberger trabajó como asesor del régimen militar de Bolivia en 1976 y aceptó un doctorado honorario de la Universidad de Tucumán, en Argentina, en 1979, en un momento en el que los centros universitarios de

aquel país estaban controlados por la junta Militar que lo gobernaba»<sup>10</sup> Y su actividad llegó aún más lejos, ya que asesoró también a Suharto y a la mafia de Berkeley en Indonesia. Friedman redactó un programa de liberalización económica para el represor Partido Comunista de China cuando éste decidió convertir el país en una economía de mercado.<sup>11</sup>

Stephen Haggard, politólogo acérrimamente neoliberal de la Universidad de California, ha llegado a admitir «con tristeza» que «algunas de las iniciativas reformistas de mayor alcance llevadas a cabo en el mundo en vías de desarrollo han sido emprendidas a raíz del triunfo de golpes de Estado militares», y ha añadido a la lista de los países del Cono Sur e Indonesia, otros como Turquía, Corea del Sur y Ghana. También ha habido otros éxitos de ese estilo que no se han producido tras golpes militares, pero sí en Estados de regímenes monopartidistas, como México, Singapur, Hong Kong y Taiwán. En contradicción directa con la afirmación central de Friedman, Haggard llega a la conclusión de que «las cosas buenas -como la democracia y la política económica orientada al libre mercado- no siempre van juntas»<sup>12</sup> En realidad, a principios de los años ochenta, *no había un solo caso* de democracia pluripartidista que hubiese abrazado de lleno el libre mercado.

Los izquierdistas de los países en vías de desarrollo sostienen desde hace tiempo que toda democracia auténtica -dotada de normas justas que impidan que las grandes empresas compren las elecciones-desemboca necesariamente en gobiernos favorables a la redistribución de la riqueza. Su lógica es muy simple: en esos países, hay muchas más personas pobres que ricas. Las políticas que interesan a esa mayoría pobre son, claramente, las de redistribución directa de tierras e incremento de los salarios, y no las de la llamada economía del goteo o de la filtración descendente («*trickle-down economics*»). Por lo tanto, si se otorga el derecho al voto a todos los ciudadanos y un proceso electoral razonablemente limpio, éstos elegirán antes a los políticos que más dispuestos parezcan a dar empleos y tierras que a los que ofrezcan promesas relacionadas con el libre mercado.

Por todos esos motivos, Friedman había intentado durante bastante tiempo superar una paradoja intelectual: como heredero del legado de Adam Smith, creía apasionadamente que los seres humanos se rigen por su propio interés y que la sociedad funciona mejor cuando se permite que ese interés privado guíe casi todas las actividades... salvo una: votar. Como la mayoría de personas del mundo son pobres o viven por debajo del nivel medio de

renta de sus respectivos países (también en Estados Unidos), lo que más les conviene a corto plazo es votar a políticos que prometan redistribuir la riqueza en sentido descendente (hacia ellas) desde la cima de la economía.<sup>13</sup> Allan Meltzer, amigo de Friedman desde hacía mucho tiempo y economista monetarista como él, planteó el dilema del modo siguiente: «Los votos están distribuidos de forma más igualitaria que la renta. [...] Los votantes que tengan niveles de ingresos situados en la media de los del electorado o por debajo de ella saldrían ganando si se transfirieran renta hacia sí mismos». Meltzer describió esa reacción como «uno de los costes del gobierno democrático y de la libertad política», pero dijo que «los Friedman [Milton y la esposa de éste, Rose] supieron nadar contra esa corriente tan poderosa. Nunca pudieron detenerla o invertir su curso, pero influyeron mucho más que la mayoría en la manera de pensar y actuar de las personas y los políticos».<sup>14</sup>

Al otro lado del Atlántico, Thatcher intentaba por entonces poner en marcha una versión inglesa del friedmanismo patrocinando lo que acabó conociéndose como «la sociedad de propietarios». Su iniciativa se centró en el sistema público británico de vivienda -las llamadas *council estates* (viviendas municipales de alquiler)- al que Thatcher se oponía por principios filosóficos, ya que creía que el Estado no tenía que desempeñar papel alguno en el mercado de la vivienda. Los pisos de las *council estates* estaban ocupados por el tipo de personas que, según la teoría, jamás votarían conservador porque no les interesaba desde el punto de vista económico. La primera ministra estaba convencida de que, si se lograba incorporar a esas personas al mercado, éstas acabarían identificándose con los intereses del otro sector de la población que, por ser más rico, se oponía a la redistribución. Con esa idea en mente, Thatcher decidió ofrecer fuertes incentivos a los residentes de las viviendas públicas para que adquirieran los pisos en los que vivían a un tipo de interés muy ventajoso. Quienes pudieron se convirtieron así en propietarios de su propia vivienda, pero quienes no lo consiguieron se vieron obligados a hacer frente a alquileres que casi se habían duplicado con respecto a su importe anterior. Aquella había sido una estrategia de «divide y vencerás»... y funcionó: los inquilinos siguieron oponiéndose a Thatcher, las calles de las principales ciudades británicas vieron cómo ascendía ostensiblemente el número de personas sin hogar, pero los sondeos mostraron que más de la mitad de los

nuevos propietarios habían cambiado de afiliación partidista y habían pasado a apoyar a los conservadores.<sup>15</sup>

Aunque la venta de los pisos municipales proporcionó un rayo de esperanza a quienes auguraban la viabilidad de una economía de extrema derecha en democracia, Thatcher parecía seguir condenada a quedarse fuera del cargo tras su primer mandato. En 1979, había concurrido a las elecciones con el lema «El laborismo no funciona», pero en 1982, tras tres años como primera ministra, el número de personas desempleadas y la tasa de inflación se habían duplicado.<sup>16</sup> Había tratado de enfrentarse a uno de los sindicatos más poderosos del país, el de los mineros del carbón, y había fracasado. Tras esos tres años, los índices de aprobación de su labor personal habían caído hasta quedarse en sólo el 25% (por debajo del más bajo jamás alcanzado por George W. Bush e inferior al de cualquier otro primer ministro británico en la historia de los sondeos de opinión). La aprobación del conjunto de su gabinete había descendido hasta el 18%.<sup>17</sup> A solamente un año de las siguientes elecciones generales, el thatcherismo estaba a punto de tocar a un temprano e ignominioso fin, mucho antes de que los *tories* hubiesen logrado sus objetivos más ambiciosos: la privatización en masa y la quiebra de los grandes sindicatos obreros. Ésas fueron las duras circunstancias en las que Thatcher escribió a Hayek para informarle muy cortésmente de que una transformación como la chilena era «del todo inaceptable» en el Reino Unido.

La catastrófica primera legislatura de Thatcher parecía confirmar aún más las lecciones de la era Nixon: que las radicales y altamente lucrativas políticas de la Escuela de Chicago no podían sobrevivir en un sistema democrático. Parecía evidente que para que la imposición de una terapia económica de *shock* resultara exitosa era necesaria la concurrencia de algún otro tipo de conmoción, ya fuera ésta generada por un golpe de Estado o por las cámaras de tortura de un régimen represor.

Aquella era una perspectiva que causaba inquietud en Wall Street, porque, a principios de los años ochenta, empezaban a desmoronarse regímenes autoritarios por todo el mundo (Irán, Nicaragua, Ecuador, Perú, Bolivia) y a éstos les seguirían otros muchos en lo que el politólogo conservador Samuel Huntington denominaría la «tercera ola» de la democracia.<sup>18</sup> La evolución no podía ser más preocupante para los grandes



operadores bursátiles: ¿qué impediría el surgimiento de un nuevo Allende que conquistase votos y apoyos por medio de políticas populistas?

Washington había contemplado aterrorizada cómo un escenario de esas mismas características se había desarrollado tanto en Irán como en Nicaragua en 1979. En Irán, el sha y su régimen respaldado por Estados Unidos fueron derrocados por una alianza de izquierdistas e islamistas. Aunque las noticias sobre los rehenes y los ayatolás acapararon los titulares y las portadas, el aspecto económico del programa del nuevo gobierno también hizo sonar la alarma en Washington. El régimen islámico, que pronto se convertiría en una brutal dictadura, nacionalizó de inmediato el sector bancario y, a continuación, introdujo un programa de redistribución de tierras. También impuso controles a las importaciones y las exportaciones, invirtiendo así el signo de las políticas de libre comercio del sha.<sup>19</sup> Cinco meses más tarde, en Nicaragua, el dictador Anastasio Somoza Debayle, quien contaba igualmente con el apoyo estadounidense, fue depuesto por una revuelta popular que instaló a la izquierda sandinista en el poder. Ésta controló igualmente las importaciones y, como hicieran en su momento los iraníes, nacionalizó la banca.

Todo aquello no hacía más que empeorar el pronóstico del sueño de un mercado libre global. En aquellos primeros años ochenta, los friedmanitas se enfrentaban a la posibilidad de que su revolución, que apenas había cumplido una década de vida, no sobreviviera a una nueva oleada populista.

## ***LA GUERRA AL RESCATE***

Seis semanas después de que Thatcher escribiera aquella carta a Hayek, sucedió algo que le hizo cambiar de opinión y que varió el destino de la cruzada corporativista: el 2 de abril de 1982, Argentina invadió las islas Malvinas, un vestigio del dominio colonial británico. La guerra de las Malvinas (o de las Falkland, para los anglosajones) pasaría a la historia como una batalla sangüinaria pero bastante menor. En aquel entonces, las Malvinas no tenían una importancia estratégica aparente. Aquel grupúsculo de islas situadas frente a la costa argentina estaba a miles de kilómetros de

Gran Bretaña y resultaba costoso de vigilar y mantener. Tampoco tenían mucha utilidad para Argentina, aunque la idea de tener aquella avanzada británica en sus aguas oceánicas era considerada una afrenta a su orgullo nacional. El legendario escritor argentino Jorge Luis Borges resumió aquella disputa territorial como «una pelea entre dos calvos por un peine».<sup>20</sup>

Desde el punto de vista militar, aquella batalla de once semanas de duración no parece haber tenido apenas relevancia histórica. Sin embargo, se ha pasado por alto el impacto de aquel conflicto bélico sobre el proyecto pro libre mercado, que fue enorme: la guerra de las Malvinas fue la que proporcionó a Thatcher la tapadera política que necesitaba para instaurar, por primera vez en la historia, un programa de transformación capitalista radical en una democracia liberal occidental.

Ambos bandos del conflicto tenían sus motivos para desear una guerra. En 1982, la economía argentina se hundía bajo el peso de la deuda y la corrupción, y las campañas de defensa de los derechos humanos ganaban fuerza. El nuevo gobierno de la junta Militar, encabezado por el general Leopoldo Galtieri, calculó que el único sentimiento más poderoso que la ira despertada por la continuada represión antidemocrática era el sentimiento antiimperialista, que Galtieri supo azuzar y canalizar contra los británicos por la negativa de éstos a ceder las islas a los argentinos. La junta no tardó en hacer ondear la bandera albiceleste de Argentina sobre aquel reducto rocoso y, con ello, arrancó el inmediato y entusiasmado aplauso del país entero.

Cuando llegó la noticia de que Argentina había recuperado las Malvinas, Thatcher se dio rápidamente cuenta de que aquélla era una oportunidad para intentar a la desesperada dar la vuelta a su fortuna política e, inmediatamente, adoptó una actitud churchilliana de batalla. Hasta aquel momento, el único sentimiento que había traslucido de la primera ministra con respecto a las Malvinas era la molestia que le producía la carga económica que aquellas islas suponían para las arcas del Estado. Había reducido las subvenciones destinadas al archipiélago y había anunciado también recortes importantes en la Armada, incluyendo los buques de guerra que vigilaban las Malvinas, medidas todas ellas que fueron interpretadas por los generales argentinos como señales claras de que Gran Bretaña estaba dispuesta a ceder el territorio. (Uno de los biógrafos de Thatcher definió la política de ésta sobre las Malvinas como «una invitación en la práctica a que Argentina invadiese las islas».)<sup>21</sup> En los prolegómenos

del conflicto bélico, desde todo el espectro político se alzaron voces críticas que acusaban a Thatcher de utilizar al ejército para sus propios fines políticos. El parlamentario laborista Tony Benn dijo: «Cada vez parece más evidente que lo que está en juego no son las islas Malvinas, sino la reputación de la señora Thatcher». Y el conservador *Financial Times* señaló: «Lo deplorable es que el tema se esté entremezclando rápidamente con toda una serie de diferencias políticas dentro de la propia Gran Bretaña que no tienen nada que ver con el asunto en cuestión. No se trata sólo del orgullo del gobierno argentino, sino también de la posición -puede que, incluso, de la supervivencia- del gobierno *tory* en Gran Bretaña».<sup>22</sup>

Pero pese a estos sanos ejercicios de cinismo en los momentos previos, desde el instante mismo en que se desplegaron oficialmente las tropas, el país se vio invadido por lo que un borrador de resolución del Partido Laborista denominó un «espíritu patriotero y militarista» que hizo que el episodio de las Malvinas fuese visto como la explosión de gloria final del desvanecido imperio británico.<sup>23</sup> Thatcher ensalzó aquel «espíritu de las Malvinas» que se había apoderado de la nación (y que se había traducido, en la práctica, en que los anteriores gritos de «¡Abajo la bruja!» se sustituyeran por la venta masiva de camisetas con la leyenda «¡Que se lo metan por la Junta!»).<sup>24</sup> Ni Londres ni Buenos Aires realizaron ningún intento serio de evitar una confrontación. Thatcher hizo caso omiso de la ONU como, de un modo muy similar, lo harían Bush y Blair en los momentos previos a la guerra de Irak, mostrando un desinterés absoluto por cualquier tipo de sanción o de negociación alternativa. El único resultado que interesaba a cualquiera de los dos bandos era una gloriosa victoria final.

Thatcher luchaba por su futuro político y triunfó espectacularmente. Tras la victoria de las Malvinas, que se cobró las vidas de 255 soldados británicos y de 655 argentinos, la primera ministra fue aclamada como héroe de guerra y su sobrenombre de «Dama de hierro» se transformó de insulto en alabanza.<sup>25</sup> Similar transformación se produjo en sus cifras en los sondeos de opinión. Su índice de aprobación personal creció hasta ser más del doble que antes del inicio de la batalla: del 25% inicial se pasó al 59% del final, lo que allanó el camino para la decisiva victoria que obtendría en las elecciones del año siguiente.<sup>26</sup>

La contrainvasión de las Malvinas por parte del ejército británico recibió el nombre en código de Operation Corporate («Operación

Empresario») y, si bien se trataba de un nombre extraño para una campaña militar, resultó ser profético. Thatcher empleó la enorme popularidad que aquella victoria le había valido para emprender, precisamente, el tipo de revolución corporativista cuya imposibilidad había manifestado a Hayek antes de la guerra. Cuando los mineros del carbón fueron a la huelga en 1984, Thatcher proyectó el enfrentamiento como una continuación de la guerra contra Argentina que requería de una solución similarmente brutal. En unas famosas declaraciones, Thatcher dijo: «Tuvimos que luchar contra el enemigo exterior en las Malvinas y ahora tenemos que luchar contra el enemigo interior, que es mucho más difícil de combatir pero que resulta igual de peligroso para la libertad».<sup>27</sup> Tras encuadrar a los obreros británicos en la categoría de «enemigo interior», Thatcher desató sobre los huelguistas toda la fuerza del Estado: en una de las confrontaciones, por ejemplo, hasta un total de ocho mil policías antidisturbios dotados de porras, muchos de ellos a caballo, cargaron contra un piquete sindical a las puertas de una planta extractora con un resultado de setecientas personas heridas. En el transcurso de aquella prolongada huelga, el número de heridos se contaría por millares. Según documenta Seumas Milne, periodista del *Guardian*, en su relato definitivo de la huelga, *The Enemy Within: Thatcher Secret War against the Miners*, la primera ministra presionó a los servicios de seguridad para que intensificaran la vigilancia que realizaban sobre el sindicato y, en concreto, sobre su militante presidente, Arthur Scargill. El resultado fue «la operación de contravigilancia más ambiciosa jamás organizada en Gran Bretaña». En el sindicato se infiltraron múltiples agentes e informadores y se instalaron micrófonos ocultos en todos sus teléfonos, en los domicilios privados de sus dirigentes e incluso en el establecimiento *de fish and chips* que éstos frecuentaban para almorzar. Se llegó a afirmar, en plena sesión de la Cámara de los Comunes, que el máximo secretario ejecutivo del sindicato era un agente del MI5 introducido en la organización para «desestabilizarla y sabotearla», si bien éste desmintió semejante acusación.<sup>28</sup>

Nigel Lawson, ministro de Economía británico durante la huelga, explicaría más tarde que el gobierno Thatcher consideraba que el sindicato era su enemigo. «Era como si nos armáramos para hacer frente a la amenaza de Hitler a finales de los años treinta», dijo Lawson una década después. «Había que prepararse.»<sup>29</sup> Y, como en el caso de las Malvinas, no interesaba negociar: sólo existía la firme determinación de quebrar el

sindicato a cualquier coste (una factura, por cierto, que acabó resultando abultadísima, dados los tres mil policías diarios adicionales que aquella empresa requirió). Colin Naylor, un sargento interino de policía destacado en el frente del conflicto, lo calificó de auténtica «guerra civil».<sup>30</sup>

En 1985. Thatcher ya había ganado esta otra guerra también: los trabajadores pasaban hambre y ya no pudieron resistir. Al final, 966 personas fueron despedidas.<sup>31</sup> Fue un devastador revés para el sindicato más poderoso de Gran Bretaña y un mensaje muy claro para los demás: si Thatcher había estado dispuesta a todo con tal de hundir la moral de los mineros del carbón -de quienes dependía la iluminación y la calefacción del país-, los sindicatos menos poderosos de otros sectores que no producían bienes y servicios tan cruciales se suicidarían directamente si decidían enfrentarse al nuevo orden económico de la primera ministra. Mejor sería aceptar lo que les ofrecieran, se dijeron. Aquél fue un mensaje muy parecido al que Ronald Reagan había enviado a los pocos meses de su toma de posesión como presidente de Estados Unidos con su respuesta a una huelga organizada por los controladores aéreos. Al no acudir al trabajo, habían «perdido todo derecho a sus empleos» y habían «rescindido automáticamente sus contratos» de trabajo, según el propio Reagan. Acto seguido, despidió de un solo plumazo a 11.400 de los trabajadores más imprescindibles del país (un golpe del que el movimiento sindical estadounidense aún no está plenamente recuperado).<sup>32</sup>

En Gran Bretaña, Thatcher se valió de sus victorias sobre los argentinos y sobre los mineros para imprimir un gran salto adelante a la aplicación de su programa económico radical. Entre 1984 y 1988, el gobierno privatizó, entre otras empresas, British Telecom. British Gas, British Airways, la British Airport Authority y British Steel, y vendió su participación en British Petroleum.

De un modo muy parecido a como los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 brindaron a un presidente impopular la oportunidad de emprender una masiva iniciativa privatizadora (en el caso de Bush, se trató de la privatización de los sectores bélico, de la seguridad y de la reconstrucción), Thatcher utilizó su guerra para lanzar la primera subasta masiva de privatizaciones en una democracia occidental. Ésa fue la auténtica Operación Empresario, la que tuvo verdaderas implicaciones históricas. El exitoso manejo de la guerra de las Malvinas por parte de Thatcher supuso la primera prueba definitiva de que era posible aplicar un

programa económico inspirado por la Escuela de Chicago sin necesidad de dictaduras militares ni de cámaras de tortura.

Ella había demostrado que, con una crisis política de dimensiones suficientemente grandes como para reunir los apoyos necesarios, en una democracia también podía imponerse una versión limitada de la terapia de *shock*.

Aun así, para ello Thatcher había necesitado un enemigo que uniera al país, un conjunto de circunstancias extraordinarias que justificaran el empleo de medidas de emergencia y represión: una crisis, en definitiva, que la hiciera parecer firme y contundente, en lugar de cruel y retrógrada. La guerra había servido perfectamente a su propósito, pero el incidente de las Malvinas había sido una anomalía en plena década de los ochenta del siglo XX, una especie de retorno momentáneo a los conflictos coloniales del pasado. Si los años ochenta iban a ser, de verdad, el alba de una nueva era de paz y democracia, como muchos afirmaban, las confrontaciones del estilo de la de las Malvinas serían demasiado infrecuentes como para constituir la base de un proyecto político global.

Fue en 1982 cuando Milton Friedman escribió las líneas que tan sumamente influyentes se mostrarían con posterioridad y que mejor resumen la doctrina del *shock*: «Sólo una crisis -real o percibida como tal- produce un verdadero cambio. Cuando ocurre esa crisis, las acciones que se emprenden dependen de las ideas existentes en aquel momento, Ésa es, en mi opinión, nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes y mantenerlas vivas y disponibles hasta que lo políticamente imposible se convierta en políticamente inevitable». <sup>33</sup> Aquella idea se convertiría en una especie de mantra de su movimiento en la nueva era democrática. Allan Meltzer desarrolló un poco más esa filosofía básica: «Las ideas son alternativas que aguardan la llegada de una crisis para funcionar como catalizadoras del cambio. El modelo de influencia de Friedman consistía en legitimar las ideas y conseguir que nos resultaran soportables e, incluso, pensáramos que podía valer la pena probarlas cuando se diera la ocasión». <sup>34</sup>

La clase de crisis que Friedman tenía en mente no era militar, sino económica. Lo que él entendía era que, en circunstancias normales, las decisiones económicas se toman en medio del tira y afloja de una serie de intereses contradictorios: los trabajadores quieren empleos y aumentos

salariales, los propietarios quieren impuestos más bajos y mayor desregulación, y los políticos tienen que hallar un equilibrio entre esas fuerzas en conflicto. Sin embargo, si nos sacude una crisis económica de suficiente gravedad -una rápida depreciación de la moneda, un crack de los mercados o una gran recesión-, todo lo demás queda a un lado, con lo que los dirigentes se hallan liberados para hacer lo que sea necesario (o lo que se considere como tal) en nombre de la reacción a una emergencia nacional. Las crisis son, en cierto sentido, zonas «adocráticas», paréntesis en la actividad política habitual dentro de los que no parece ser necesario el consentimiento ni el consenso.

La idea de que las quiebras de los mercados pueden ejercer de catalizadores del cambio revolucionario tiene tras de sí una larga historia en el seno de la extrema izquierda, sobre todo en la teoría bolchevique que aseguraba que la hiperinflación, al destruir el valor del dinero, acerca a las masas un paso más hacia la destrucción del propio capitalismo.<sup>35</sup> Esta teoría explica por qué una corriente muy concreta de la izquierda más sectaria está siempre calculando las condiciones exactas en las que el capitalismo alcanzará «la crisis», de un modo más o menos análogo a como los cristianos evangélicos no dejan nunca de calibrar las posibles señales del Rapto de los creyentes previo al Apocalipsis final. A mediados de los años ochenta, esta idea comunista empezó a renacer con fuerza tras ser recogida por los economistas de la Escuela de Chicago, que sostenían que, del mismo modo que los cracs mercantiles podían precipitar revoluciones de izquierda, también podían ser utilizados para desatar contrarrevoluciones de signo derechista, una teoría que acabaría conociéndose como «la hipótesis de la crisis».<sup>36</sup>

El interés de Friedman por las crisis suponía también un claro intento de aprender de los triunfos de la izquierda tras la Gran Depresión: cuando el mercado quebró, Keynes y sus discípulos -que, hasta entonces, habían predicado en el desierto- habían sabido aguardar su oportunidad y acudieron prestos con sus ideas y soluciones, integradas en el New Deal. En los años setenta, Friedman y las grandes empresas que lo patrocinaban trataron de imitar ese proceso con un singular estilo de preparación intelectual de la población para el desastre. Se dedicaron a construir concienzudamente una nueva red de *think tanks* derechistas, entre los que se incluyeron institutos como el Heritage y el Cato, y produjeron el vehículo más significativo de difusión de las ideas de Friedman: la miniserie

televisiva de diez episodios *Free to Choose*, emitida por la PBS y patrocinada por algunas de las mayores corporaciones empresariales del mundo, como Getty Oil, Firestone Tire & Rubber Co., PepsiCo, General Motors, Bechtel y General Mills.<sup>37</sup> Cuando llegara la siguiente crisis, Friedman estaba decidido a que fueran sus Chicago Boys los que estuvieran más inmediatamente disponibles y preparados con sus ideas y sus soluciones.

Cuando Friedman postuló por primera vez su teoría de la crisis a principios de los años ochenta, Estados Unidos estaba pasando por un período de recesión, caracterizado por el doble azote de una inflación y un desempleo elevados. Y las políticas de la Escuela de Chicago -que, por entonces, habían pasado a conocerse como *reaganomics*- calaron hondo en Washington. Pero ni siquiera Reagan se atrevió a poner en marcha la terapia de *shock* de alcance generalizado con la que soñaba Friedman (es decir, una del tipo de la que ya había recetado en el caso de Chile).

Nuevamente, iba a ser un país latinoamericano el que sirviera de escenario de pruebas para la teoría de la crisis de Friedman, y esta vez, no sería un «Chicago Boy» el que liderase la iniciativa, sino una nueva especie de doctor Shock, alguien más adecuado para la nueva era democrática.



## Capítulo 7: EL NUEVO DOCTOR SHOCK

### La guerra económica sustituye a la dictadura

*La situación de Bolivia podría compararse con el caso de una persona que padece un cáncer. Ésta sabe que se enfrenta a la intervención más peligrosa y dolorosa que existe (y la estabilización monetaria a otras medidas por el estilo lo son sin duda). Pero no tiene alternativa.*

CORNELIUS ZONDAG, asesor económico estadounidense para Bolivia, 1956<sup>1</sup>

*El uso del cáncer en el discurso político alienta el fatalismo y justifica las medidas «severas», además de reforzar considerablemente la noción (ya generalizada) de que la enfermedad es moral de necesidad. El concepto mismo de enfermedad nunca es inocente, pero en el caso de las metáforas que recurren a la imagen del cáncer, podría decirse que resulta implícitamente genocida.*

SUSAN SONTAG, *La enfermedad y sus metáforas*. 1977<sup>2</sup>

En 1985, Bolivia pasó a formar parte de la ola democrática que barría en aquellos momentos el mundo en vías de desarrollo. Durante dieciocho de los veintiún años previos, los bolivianos habían estado sometidos a una forma u otra de dictadura. En aquel instante, tenían la oportunidad de escoger a su presidente en unas elecciones nacionales.

Ahora bien, hacerse con el control de la economía boliviana en aquella particular coyuntura tenía menos de premio que de castigo: su deuda era tan elevada que la cuantía de lo que Bolivia debía sólo en concepto de intereses era superior al total de su presupuesto nacional. Un año antes, en 1984, la administración de Ronald Reagan había puesto la situación del país al límite financiando una ofensiva sin precedentes contra sus cultivadores de coca, planta de cuyas hojas se puede obtener cocaína tras un proceso de refinado. El asedio, que transformó una amplia zona de Bolivia en una auténtica zona militarizada, no sólo asfixió el comercio de coca, sino que también

interrumpió la fuente de aproximadamente la mitad de los ingresos por exportaciones del país, lo que precipitó un descalabro económico general. Según informó el *New York Times* por aquel entonces, «cuando el ejército se adentró en el Chapare en agosto y cerró parte del grifo de los narcodólares, la onda expansiva se dejó sentir de inmediato en el hasta entonces próspero mercado negro operativo en dólares. [...] Menos de una semana después de la ocupación del Chapare, el gobierno se vio obligado a devaluar el precio oficial del peso en más de la mitad». En apenas unos meses, la inflación se había multiplicado por diez y miles de personas abandonaban el país para buscar empleo en Argentina, Brasil, España y Estados Unidos.<sup>3</sup>

Bolivia afrontó sus históricas elecciones nacionales de 1985 en aquellas volátiles circunstancias, con una inflación anual de hasta el 14.000%. Las elecciones fueron una contienda entre dos figuras familiares para los bolivianos: un ex dictador, Hugo Banzer, y un ex presidente electo, Víctor Paz Estenssoro. La votación fue muy reñida y la decisión final correspondió al Congreso de Bolivia, pero el equipo de Banzer estaba convencido de haber ganado los comicios. Antes incluso de que se anunciaran los resultados definitivos, contrataron los servicios de un casi desconocido economista de treinta años llamado Jeffrey Sachs para que les ayudara a elaborar un plan económico antiinflacionista. Sachs era una estrella emergente del Departamento de Economía de Harvard que acumulaba diversos premios académicos y se había convertido en uno de los profesores titulares más jóvenes de aquella universidad. Unos meses antes, una delegación de políticos bolivianos había visitado Harvard y había visto a Sachs en acción; las bravuconadas de éste les habían dejado impresionados. El joven profesor les había dicho que podía dar la vuelta a su crisis inflacionaria en un solo día. Sachs carecía de experiencia en el terreno de la economía del desarrollo, pero, según él mismo admitiría años más tarde, «creía que sabía todo lo que había que saber» sobre la inflación.<sup>4</sup>

Sachs estaba fuertemente influido por los escritos de Keynes sobre la relación entre la hiperinflación y la extensión del fascismo en Alemania tras la Primera Guerra Mundial. El acuerdo de paz impuesto sobre los alemanes había conducido a éstos a una grave crisis económica, que se materializó en una tasa de hiperinflación de un 3.250.000% en 1923 y se vio posteriormente agravada por la Gran Depresión. Con una tasa de paro del 30% y un sentimiento generalizado de indignación ante lo que parecía ser

una conspiración mundial en su contra, el país fue terreno abonado para el nazismo.

A Sachs le gustaba citar una famosa advertencia de Keynes, quien escribió en una ocasión que «no existe un modo más sutil ni más seguro de anular la base de una sociedad que degradar su moneda. El proceso pone en marcha todas las fuerzas ocultas del lado destructor de la ley económica».<sup>5</sup> Compartía con Keynes la opinión de que el sagrado deber de los economistas era reprimir esas fuerzas destructivas a toda costa. «Lo que aprendí de Keynes -dice Sachs- fue la conciencia del riesgo de que las cosas se tuerzan por completo y la honda tristeza que eso produce. ¡Qué estúpidos fuimos al dejar a Alemania en aquel estado de deterioro y abandono!».<sup>6</sup> Sachs también declaró en algún momento a los periodistas que consideraba el estilo de vida de Keynes, un economista trotamundos y políticamente comprometido, todo un modelo para su propia carrera.

Aunque Sachs compartía la fe de Keynes en el poder de la economía para combatir la pobreza, era también un producto de la América de Reagan, que, en 1985, se hallaba inmersa en plena reacción de inspiración friedmanita contra todo lo que Keynes representaba. Los preceptos de la Escuela de Chicago sobre la supremacía del libre mercado se habían convertido enseguida en la ortodoxia indiscutida de los departamentos de Economía de las universidades de la Ivy League, incluida Harvard, y Sachs no fue ni mucho menos inmune a ello. Admiraba la «fe en los mercados [de Friedman], su insistencia constante en llevar a cabo una gestión monetaria adecuada», y consideraba sus ideas «mucho más precisas que los confusos argumentos estructuralistas o pseudokeynesianos que tan a menudo se oyen en el mundo en desarrollo».<sup>7</sup>

Esos argumentos «confusos» eran los mismos que habían sido violentamente reprimidos en América Latina hacía una década y que consistían fundamentalmente en el convencimiento de que, para escapar de la pobreza, el continente necesitaba romper con las estructuras de propiedad coloniales mediante políticas intervencionistas como la reforma agraria, las protecciones y las subvenciones al comercio, la nacionalización de los recursos naturales y la gestión cooperativa de los centros de trabajo. Sachs no tenía tiempo para cambios tan estructurales. O sea que, si bien no sabía casi nada sobre Bolivia ni sobre su larga tradición de explotación colonial, ni la represión a la que se habían visto sometidos siempre sus habitantes indígenas, ni sobre las conquistas que tanto esfuerzo había costado

conseguir en la revolución de 1952, estaba convencido de que, además de hiperinflación, Bolivia era víctima del «romanticismo socialista»: la misma falsa ilusión de desarrollismo que una generación anterior de economistas formados en Estados Unidos había intentado erradicar del Cono Sur.<sup>8</sup>

Donde el camino de Sachs se apartaba de la ortodoxia de la Escuela de Chicago era en que él creía que las políticas de libre mercado tenían que ser respaldadas con medidas de alivio de la deuda y con ayudas generosas: para el joven economista de Harvard, la mano invisible no era suficiente. Esta discrepancia acabaría haciendo que Sachs se separara definitivamente de sus colegas partidarios del *laissez faire* más puro y se dedicara en exclusiva al tema de las ayudas. Pero para ese divorcio aún quedaban unos cuantos años. En Bolivia, la ideología híbrida de Sachs no hizo más que contribuir a ciertas contradicciones de lo más peculiar. Así, por ejemplo, nada más bajar del avión en La Paz, respirando aquella fina atmósfera andina por vez primera, se imaginó a sí mismo como una especie de Keynes de nuestro tiempo que acudía allí a salvar al pueblo boliviano del «caos y el desorden» de la hiperinflación. \* Aunque el principio central del keynesianismo es que los países que padecen una recesión económica severa deben gastar dinero para estimular la economía, Sachs adoptó el enfoque contrario y abogó por la austeridad en el gasto público y por el aumento de precios en plena crisis (la misma fórmula de contracción económica que *Business Week* había calificado tiempo atrás como propia de un «mundo esquizofrénico de depresión inducida deliberadamente».<sup>9</sup>

Sachs tenía un consejo muy directo y simple para Banzer: sólo una terapia de *shock* súbito remediaría la crisis hiperinflacionaria boliviana. Así que le propuso multiplicar por diez el precio del petróleo y desregular los precios de toda una serie de productos, además de practicar diversos recortes presupuestarios. En un discurso ante la Cámara de Comercio Bolivianoamericana, Sachs volvió a predecir que podría poner fin a la hiperinflación de la noche a la mañana y, según él mismo escribiría más tarde, «el público asistente sintió una mezcla de sobresalto y de gran alegría ante aquella posibilidad».<sup>10</sup> Sachs, al igual que Friedman, creía fervientemente que basta una política que induzca una sacudida repentina para que «una economía se reorienta y salga del callejón sin salida en el que se encuentra (sea éste el callejón sin salida del socialismo, de la corrupción

masiva o de la planificación central) para transformarse en una economía de mercado normal». <sup>11</sup>

Mientras Sachs hacía tan osadas promesas, los resultados de las elecciones bolivianas estaban todavía por decidir. El ex dictador Hugo Banzer se comportaba como si hubiera salido victorioso de ellas, pero su rival en la contienda, Víctor Paz Estenssoro, no había arrojado aún la toalla. Durante la campaña, Paz Estenssoro había ofrecido escasos detalles concretos de cómo pretendía abordar la inflación. Pero había sido elegido en tres ocasiones presidente de Bolivia con anterioridad, la última de ellas en 1964, antes de ser depuesto por un golpe de Estado. Paz había sido, precisamente, el rostro de la transformación desarrollista de Bolivia, ya que había nacionalizado las grandes minas de estaño del país, había empezado a distribuir tierras entre los campesinos indígenas y había defendido el derecho al voto de todos los bolivianos. Como Juan Perón en Argentina, Paz había sido una figura compleja pero omnipresente en el panorama político de Bolivia y, a menudo, había practicado bruscos cambios de alianzas para mantenerse en el poder o para regresar a él. Durante la campaña de 1985, un Paz ya envejecido juró lealtad a su pasado «nacionalista revolucionario» e hizo alguna que otra referencia imprecisa a un cierto grado de responsabilidad fiscal. No era un socialista, pero tampoco era un neoliberal de la Escuela de Chicago... o eso, al menos, era lo que los bolivianos creían. <sup>12</sup>

Dado que la decisión definitiva sobre quién iba a ser nombrado presidente correspondía al Congreso, aquél fue un período de negociaciones trascendentales de trastienda y de toma y daca entre los partidos contendientes, el Congreso y el Senado. Uno de los senadores recién elegidos (Gonzalo Sánchez de Lozada, conocido en Bolivia como «Goni») acabó desempeñando un papel fundamental. Había vivido durante tanto tiempo en Estados Unidos que hablaba español con un marcado acento inglés y había regresado a Bolivia para convertirse en uno de los empresarios más ricos del país. Era dueño de Comsur, la segunda mayor mina privada de Bolivia (que pronto se convertiría en la primera). De joven, Goni había estudiado en la Universidad de Chicago y, aunque no era economista, estaba muy influido por las ideas de Friedman y reconocía que éstas tenían implicaciones extraordinariamente rentables para el sector minero, que, en Bolivia, continuaba controlado principalmente por el

Estado. Cuando Sachs expuso sus planes de *shock* al equipo de Banzer, Goni quedó impresionado.

Los detalles de aquellas negociaciones secretas no han trascendido jamás, pero sus resultados son suficientemente evidentes. El 6 de agosto de 1985, Paz fue investido presidente de Bolivia. Sólo cuatro días después, el nuevo presidente designaba a Goni para encabezar un equipo económico bipartidista de emergencia (y de alto secreto) encargado de reestructurar radicalmente la economía. El punto de partida de dicho grupo fue la terapia de *shock* de Sachs, pero ésta iba a ir aún más lejos de lo que el economista estadounidense había sugerido en un principio. Lo que se propuso finalmente, de hecho, fue el desmantelamiento de todo el modelo económico centrado en el Estado que el propio Paz había construido apenas unas décadas antes. Para entonces, Sachs ya había vuelto a Harvard, pero, según él mismo confesó, se «alegró de oír que el ADN [el partido de Banzer] hubiese compartido una copia del plan de estabilización [sugerido por Sachs] con el nuevo presidente y su equipo».<sup>13</sup>

El partido de Paz no tenía ni idea de que su líder hubiera cerrado aquel acuerdo en la trastienda del poder. Paz no había hecho partícipe a ningún miembro de su recién elegido gabinete (salvo al ministro de Economía y al de Planificación, que formaban parte del grupo secreto) de la existencia de aquel equipo económico de emergencia.<sup>14</sup>

El equipo se reunió durante diecisiete días seguidos en el salón de la residencia palaciega de Goni. «Nos escondimos allí con suma cautela y de una manera casi clandestina», recordó años después el ministro de Planificación, Guillermo Bedregal, en una entrevista concedida en 2005 en la que revelaba por primera vez todos esos detalles.<sup>\* 15</sup> El proyecto que tenían entre manos consistía en una revisión tan radical y generalizada de una economía nacional como nunca se había intentado en una democracia. El presidente Paz estaba convencido de que su única esperanza en ese sentido era moverse con toda la rapidez y toda la inmediatez posibles. Él esperaba que, de ese modo, los destacadamente militantes sindicatos y agrupaciones campesinas de Bolivia serían tomados por sorpresa y no tendrían posibilidad de organizar una respuesta. Según recordó posteriormente Goni, Paz «no dejaba de decir: "Si van a hacerlo, háganlo ahora. No puedo operar dos veces"».<sup>16</sup> El motivo del cambio radical de postura de Paz tras las elecciones continúa siendo un misterio. Falleció en 2001 y nunca explicó si había accedido a adoptar el programa de terapia de

*shock* de Banzer a cambio de que se le concediera la presidencia o si experimentó una sincera conversión ideológica. Pero Edwin Corr, embajador estadounidense en Bolivia por aquel entonces, me dio alguna idea al respecto. Él recordaba haberse reunido con todos los partidos políticos y haberles dejado muy claro que la ayuda estadounidense sólo llegaría al país si se decidían por el camino del *shock*,

Tras diecisiete días, Bedregal, el ministro de Planificación, tenía en sus manos el borrador de un programa de terapia de *shock* de manual. En él se proponía la eliminación de los subsidios para alimentos, la anulación de casi todos los controles de precios y una subida del 300% en el precio del petróleo.<sup>17</sup> Pese a que el nivel de vida iba a resultar mucho más caro en un país que ya de por sí era desesperadamente pobre, el plan también preveía la congelación durante un año de los sueldos de los funcionarios públicos en sus bajos niveles de entonces. También instaba a efectuar duros recortes en el gasto del Estado, a abrir por completo las fronteras bolivianas a las importaciones sin límites de ninguna clase y a una reducción de plantilla de las empresas estatales como paso previo a su privatización. Bolivia no había tenido la revolución neoliberal que se había impuesto en el resto del Cono Sur durante la década de los setenta, pero se aprestaba a compensar de golpe todo el tiempo perdido.

Cuando los miembros del equipo de emergencia acabaron de redactar las nuevas leyes, no estaban todavía listos para compartirlas con el resto de representantes electos del país ni, aún menos, con sus votantes, que nunca habían respaldado con sus sufragios semejante plan. Así que tenían una última tarea que realizar. Acudieron en grupo a la oficina del representante del Fondo Monetario Internacional en Bolivia y le explicaron lo que pretendían llevar a cabo. La respuesta de éste fue de ánimo y terriblemente desalentadora, al mismo tiempo: «Esto es lo que todo alto funcionario del FMI sueña en algún momento. Pero si no funciona, yo, por suerte, dispongo de inmunidad diplomática y podré escaparme de aquí en avión».<sup>18</sup>

Los bolivianos que proponían aquel plan no contaban con esa vía de escape, así que varios de ellos empezaron a temer muy seriamente la posible reacción de la población. «Nos matarán», predijo Fernando Prado, el miembro más joven del grupo. Bedregal, principal autor del plan, trató de arengar a los demás comparando el equipo con un escuadrón de pilotos de combate en una misión de ataque sobre el enemigo. «Tenemos que ser como el piloto de Hiroshima. Cuando lanzó la bomba atómica, no sabía lo

que estaba haciendo, pero cuando vio la nube de humo que dejó atrás, dijo: "¡Huy, cuánto lo siento!". Y eso es exactamente lo que tenemos que hacer nosotros: lanzar las medidas y luego pedir perdón». <sup>19</sup>

La idea de que los cambios de política deben realizarse del mismo modo que se lanza un ataque militar sorpresa es un tema recurrente entre los economistas de las terapias de *shock*. Los autores de *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*, documento de doctrina militar estadounidense publicado en 1996 y que acabaría constituyendo una de las bases teóricas de la invasión de Irak en 2003, afirman que la fuerza invasora «debe hacerse con el control del entorno y debe paralizar o sobrecargar las percepciones del adversario o su comprensión de los hechos hasta el punto de anular la capacidad de resistencia del enemigo». <sup>20</sup> El *shock* económico funciona con acuerdo a una teoría similar: la premisa es que las personas pueden desarrollar respuestas a los cambios graduales -un recorte en un programa sanitario por aquí o un acuerdo comercial por allá-, pero si lo que les viene encima son decenas de cambios desde todas las direcciones y al mismo tiempo, lo que les invade es una sensación de inutilidad y la población acaba por cansarse y ablandarse.

A fin de inducir tal desesperanza, los planificadores bolivianos exigían que todas sus medidas radicales se aplicaran simultáneamente y dentro de los primeros cien días del nuevo gobierno. En lugar de presentar cada sección del plan como una ley separada (el nuevo código fiscal, la nueva ley de precios, etc.), el equipo de Paz insistió también en reunir toda la revolución en un único decreto ejecutivo: el D. S. (Decreto Supremo) 21060. Éste contenía 220 leyes diferentes y abarcaba todos y cada uno de los aspectos de la vida económica del país, lo que lo hacía equivalente -en su alcance y su ambición- al conocido como «ladrillo», el voluminoso plan económico redactado por los de Chicago en previsión del golpe de Estado de Pinochet en Chile. Según sus autores, el programa tenía que aceptarse o rechazarse en su totalidad; no era susceptible de enmiendas. Era el equivalente en términos económicos del «*shock* e impacto».

Una vez terminado el documento, el equipo hizo cinco copias: una era para Paz, otra para Goni y otra más para el ministro de Hacienda. El destino de las dos copias restantes es revelador de lo convencidos que estaban Paz y su equipo de que muchos bolivianos considerarían aquel plan como un acto de guerra: una de ellas fue para el jefe del ejército y la otra para el de la policía. El gabinete de Paz, no obstante, continuó sin ser informado y bajo



la errónea impresión de estar trabajando para el mismo hombre que, años atrás, había nacionalizado las minas y había redistribuido tierras.

Tres semanas después de jurar el cargo como presidente, Paz convocó por fin a su gabinete para comunicarles la sorpresa que les había estado guardando. Ordenó que se cerraran las puertas de las dependencias del gobierno y «dio instrucciones a las secretarías para que no pasaran ninguna llamada telefónica a los señores ministros». Bedregal leyó enteras las sesenta páginas a sus asombrados oyentes. Estaba tan nervioso, según confesaría más tarde, que llegó «incluso a tener una hemorragia nasal apenas unos minutos después». Paz informó a los miembros de su gabinete que el decreto no iba a someterse a debate: en otro de sus pactos de trastienda, se había asegurado el apoyo del derechista partido opositor de Banzer. Si no estaban de acuerdo, les dijo, podían dimitir.

«Yo no estoy de acuerdo», le anunció el ministro de Industria.

«Haga el favor de marcharse», le conminó Paz. El ministro optó por quedarse. Con una inflación aún disparada y sin señal alguna de remitir, y dados los indicios de que la aplicación de un enfoque de terapia de *shock*: se vería recompensada con una importante ayuda financiera de Washington, nadie se atrevió a irse. Dos días después, en un discurso presidencial televisado y bajo el lema «Bolivia se nos muere», Paz descargó su «ladrillo» particular sobre una población completamente desprevenida.

Sachs tuvo razón al predecir que el aumento de precios pondría fin a la hiperinflación. En sólo dos años, la inflación anual había bajado hasta el 10%, una cifra admirable desde todos los puntos de vista.<sup>21</sup> Pero el legado general de la revolución neoliberal boliviana es mucho más controvertido. Todos los economistas coinciden en que cualquier aumento rápido de la inflación es sumamente dañino e insostenible, y debe ser controlado a través de un proceso de ajuste que ocasiona importantes penalidades. Lo que ya es objeto de debate es decidir cómo conseguir un programa de ese tipo que resulte creíble y quién ha de soportar, en cada sociedad, el grueso de los mencionados padecimientos. Ricardo Grinspun, profesor de economía de la Universidad de York (en Canadá) y especializado en América Latina, explica que, cuando se adopta un enfoque típico de la tradición keynesiana o desarrollista, se intenta movilizar apoyos y compartir la carga a través de «un proceso negociado entre las partes más importantes: el gobierno, los empresarios, los agricultores, los sindicatos, etc. De ese modo, se alcanzan acuerdos sobre políticas de rentas (como los salarios y

los precios) al tiempo que se ponen en marcha medidas de estabilización». En marcado contraste con el anterior, «el enfoque ortodoxo consiste en trasladar todo el coste social hacia los pobres por medio de una terapia de *shock*», según Grinspun. Y eso, como él mismo me explicó, fue precisamente lo que sucedió en Bolivia.

Se suponía que la liberalización del comercio -tal y como Friedman había prometido que sucedería en Chile ayudaría a crear empleos a medio plazo para quienes se quedasen sin trabajo en un primer momento. Pero no lo hizo y el índice de desempleo pasó del 20% que se registraba cuando se celebraron las elecciones a una cifra entre el 25 y el 30% dos años más tarde.<sup>22</sup> Por ejemplo, en la compañía minera estatal la que Paz había nacionalizado durante los años cincuenta- se produjo una reducción de plantilla que hizo que pasara de tener 28.000 empleados a sólo 6.000.<sup>23</sup>

El salario mínimo nunca recuperó su valor anterior y, tras dos años de aplicación del programa, los sueldos reales habían disminuido en un 40% y llegaron incluso a tocar fondo con una disminución del 70%.<sup>24</sup> En 1985, el año de la terapia de choque, la renta per capita de Bolivia era de 845 dólares; dos años después, había caído hasta los 789. Y hablamos aquí de los indicadores empleados por Sachs y el gobierno, que, pese a que, por sí solos, ya dan una idea de los nulos progresos producidos, no llegan ni siquiera a insinuar la degradación que había experimentado la vida diaria de muchos bolivianos. La renta media por habitante se calcula agregando la renta total del país y dividiéndola por su población, pero no refleja los efectos que la terapia de *shock* tuvo en Bolivia y que fueron los mismos que en el resto de la región: una reducida élite se hizo mucho más rica, pero amplios sectores de la que antaño había sido la clase trabajadora quedaron completamente apartados de la economía y se convirtieron en población excedente. En 1987, los ingresos medios de los campesinos bolivianos sólo eran de 140 dólares anuales, menos de la quinta parte de la «renta media».<sup>25</sup> Ahí radica el problema de medir únicamente el «promedio»: las cifras borran las profundas divisiones existentes.

Un dirigente del sindicato de los campesinos explicó que «las estadísticas del gobierno no reflejan el creciente número de familias obligadas a vivir en tiendas de campaña, los miles de niños malnutridos que sólo tienen un pedazo de pan y una taza de té con que alimentarse al día, los centenares de campesinos que han venido a la capital en busca de trabajo y

que acaban mendigando por las calle;».<sup>26</sup> Aquélla era la historia oculta de la terapia de *shock* en Bolivia: cientos de miles de empleos a tiempo completo y con derecho a pensión fueron eliminados y reemplazados por otros de carácter precario y sin protección social alguna. Entre 1983 y 1988, el número de bolivianos con derecho a prestaciones de la seguridad social descendió en un 61%.<sup>27</sup>

Sachs, que regresó a Bolivia para ejercer de asesor mediada la transición, se opuso a incrementar los salarios para mantener su nivel a la par de las subidas de los precios de los alimentos y la gasolina, y se mostró partidario, sin embargo, de establecer un fondo de emergencia para ayudar a los más duramente golpeados por la transformación: un poco de esparadrapo para tapar lo que se había convertido ya en una herida abierta. Sachs había vuelto a Bolivia a petición de Paz Estenssoro y allí trabajó directamente para el presidente. Se le recuerda como un personaje implacable. Según Goni (quien, unos años después, se convertiría en presidente de Bolivia), Sachs ayudó a hacer aún más firme la determinación de los decisores políticos en un momento en que se acumulaba una creciente presión popular contra el coste humano de la terapia de *shock*. «En sus visitas, [Sachs] decía: "Miren, todo ese rollo gradualista no funciona y punto. Cuando la cosa se les va de las manos, tienen que pararla. Es como si ustedes fueran una medicina. Están obligados a dar algunos pasos radicales, porque, si no, su paciente acabará muriéndose"».<sup>28</sup>

Uno de los resultados inmediatos de esa determinación fue que una gran parte de la población más desesperadamente pobre de Bolivia se vio empujada a dedicarse al cultivo de la coca, ya que ésta les retribuía diez veces más que otros productos agrícolas (lo cual no dejaba de resultar irónico, puesto que lo que había desencadenado la crisis económica en primera instancia había sido el asedio auspiciado por Estados Unidos contra los cultivadores de coca).<sup>29</sup> En 1989, se estimaba que uno de cada diez trabajadores se había reconvertido a alguno de los sectores relacionados con la producción o la distribución de coca o de cocaína.<sup>30</sup> Entre esos trabajadores se encontraba la familia de Evo Morales, futuro presidente de Bolivia y, antes de eso, líder del activo sindicato de los cultivadores de coca.

La industria de la coca desempeñó un papel significativo en la reactivación de la economía de Bolivia y la remisión de la inflación (un

hecho reconocido actualmente por los historiadores, pero jamás mencionado por Sachs en sus explicaciones de cómo sus reformas vencen a la inflación).<sup>31</sup> Sólo dos actos después de la «bomba atómica» lanzada sobre la economía boliviana, las exportaciones ilegales de droga generaban más ingresos para el país que todas sus exportaciones legales juntas, y, según las estimaciones, unas 350.000 personas se ganaban la vida dedicándose a algún aspecto del comercio de la droga. «En estos momentos», comentó por aquel entonces un banquero extranjero, «la economía boliviana está enganchada a la cocaína».<sup>32</sup>

En los instantes inmediatamente posteriores a la aprobación y la aplicación de la terapia de *shock*, pocas eran las voces que fuera de Bolivia hablaban de todas esas complejas repercusiones. Lo que se explicaba era una historia mucho más sencilla que tenía como protagonista a un audaz y joven profesor de Harvard que había conseguido, casi en solitario, «salvar la economía de Bolivia de las convulsiones de la inflación», según la publicación *Boston Magazine*.<sup>33</sup> La victoria sobre la inflación que Sachs había anudado a diseñar fue suficiente para que se calificase a Bolivia de éxito impresionante del libre mercado, «el más extraordinario de la era moderna», según lo describió *The Economist*.<sup>34</sup> El «milagro boliviano» lanzó de inmediato a Sachs al estrellato en los círculos del poder financiero y catapultó su carrera académica como experto más destacado en economías golpeadas por la crisis, lo que, en los años siguientes, le llevaría a Argentina, Perú, Brasil, Ecuador y Venezuela.

Las alabanzas vertidas sobre Sachs no estaban motivadas simplemente por el hecho de que se hubiera logrado contener la inflación en un país pobre, sino porque había conseguido lo que tantos habían juzgado imposible: había contribuido a organizar una transformación radical de signo neoliberal dentro de los confines de una democracia y sin que mediara una guerra, y se trataba de una transformación mucho más amplia que las intentadas por Thatcher o por Reagan. Sachs era plenamente consciente de la significación histórica de lo que había logrado, «Bolivia fue realmente la primera combinación auténtica, en mi opinión, de reforma democrática y cambio institucional económico», diría años después. «Y Bolivia, mucho más que Chile, mostró que es posible conjugar la liberalización política y la democracia con la liberalización económica. Ésa

fue una lección de suma importancia: ambos aspectos podían funcionar paralelamente y fortaleciéndose mutuamente».<sup>35</sup>

La comparación con Chile no era casual. Gracias a Sachs -un «evangelista del capitalismo democrático», según lo describió el *New York Times*-, la terapia de *shock* pudo por fin sacudirse el hedor de las dictaduras y los campos de la muerte que se había adherido a ella desde que Friedman realizara aquel fatídico viaje a Santiago de Chile una década antes.<sup>36</sup> Sachs había demostrado, contrariamente a lo que afirmaban los críticos, que la cruzada por el libre mercado podía no sólo sobrevivir a la ola democrática que recorría en aquel momento el mundo, sino subirse a ella y ser impulsada por ella. Y Sachs, por sus elogios hacia Keynes y su compromiso inmutablemente idealista con la mejora de la situación del mundo en vías de desarrollo, era el hombre perfecto para guiar esa cruzada a través de esta nueva era, más amable y pacífica.

La izquierda boliviana calificaba el decreto de Paz de «pinochetismo económico».<sup>37</sup> Pero para la comunidad empresarial, tanto la de dentro de Bolivia como la del extranjero, se trataba precisamente de eso: Bolivia había introducido una terapia de *shock* de corte pinochetista sin necesidad de un Pinochet y bajo un gobierno de centro-izquierda, nada menos. Como un banquero boliviano comentó con admiración, «Paz ha logrado en el seno de un sistema democrático lo que Pinochet consiguió mediante las bayonetas».<sup>38</sup>

La historia del milagro boliviano ha sido contada una y otra vez en artículos de diarios y de revistas, en perfiles biográficos de Sachs, en el principal *best seller* de este autor y en producciones documentales, como una serie de la PBS en tres partes titulada *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*. Pero hay un problema importante: lo que se explica en esa historia no se ajusta a la verdad. Bolivia demostró que la terapia de *shock* podía ser impuesta en un país que acababa de celebrar unas elecciones, pero no evidenció que pudiese ser aceptada democráticamente o sin represión; en realidad, volvió a ser una prueba evidente de lo contrario.

Para empezar, no hay que olvidar el problema obvio de que el presidente Paz no contaba con mandato alguno de los votantes bolivianos para rehacer por completo la arquitectura económica del país. Había concurrido a las elecciones con un programa nacionalista que había abandonado súbitamente por un pacto a puerta cerrada. Años más tarde, el

influyente economista liberal John Williamson acuñaría un término para lo que hizo Paz en su momento: lo llamó la «política del vudú» (la mayoría de las personas lo llaman simplemente «mentir»).<sup>39</sup> Y ése no era, ni mucho menos, el único problema del relato que narraba la supuesta aceptación democrática del programa.

Como era de prever, muchos de los votantes que eligieron a Paz estaban indignados por su traición y, nada más presentarse el decreto, decenas de millares salieron a las calles para tratar de bloquear un plan que comportaría múltiples despidos y un agravamiento del hambre. La mayor oposición provino de la principal federación sindical del país, que convocó una huelga general que paralizó la industria por completo. La respuesta de Paz fue contundente (hasta el punto de que, en comparación, el trato dispensado por Thatcher a los mineros fue de lo más dócil y gentil). Declaró de inmediato el estado de sitio y desplegó los tanques del ejército por las calles de la capital, en la que se impuso un estricto toque de queda. A raíz de tales medidas, los bolivianos necesitaron presentar pases especiales para viajar por su propio país, por ejemplo. La policía antidisturbios organizó redadas en los locales de los sindicatos, en una universidad y en una emisora de radio, así como en diversas fábricas. Se prohibieron las asambleas políticas y las manifestaciones, y se hizo obligatorio contar con un permiso estatal para celebrar reuniones.<sup>40</sup> La política opositora fue ilegalizada en la práctica, como lo había sido durante la dictadura de Banzer.

Para despejar las calles, la policía detuvo a 1.500 manifestantes, dispersó las multitudes con gas lacrimógeno y disparó sobre los huelguistas que, según sus alegaciones, habían atacado a sus agentes.<sup>41</sup> Paz tomó también medidas adicionales para asegurarse de poner definitivamente fin a las protestas. Los líderes de la federación sindical se declararon en huelga de hambre y Paz ordenó a la policía que arrestara a los doscientos dirigentes obreros más destacados, los subiera a bordo de unos aviones y los trasladara a prisiones remotas en la Amazonia.<sup>42</sup> Según Reuters, entre los detenidos se encontraba «la dirección de la Confederación Obrera Boliviana y otros altos dirigentes sindicales», que fueron llevados «a pueblos aislados de la cuenca amazónica en el norte de Bolivia, donde se les [limitó] su libertad de movimientos».<sup>43</sup> Se trató de un secuestro en masa, con petición de rescate incluida: los prisioneros serían liberados sólo si los sindicatos

desconvocaban sus manifestaciones, algo a lo que finalmente accedieron. Filemón Escobar era un minero y un activista obrero y manifestante habitual en aquellos años. En una entrevista telefónica reciente, me explicó desde Bolivia que «arrancaron a los líderes obreros de las calles y se los llevaron a la selva para que los bichos los devoraran vivos. Para cuando los liberaron, el nuevo plan económico ya estaba plenamente instaurado». Según Escobar, «el gobierno no se llevó a nadie a la jungla para torturarlo o asesinarlo, pero sí para sacar adelante su plan económico».

Este estado de sitio extraordinario se mantuvo durante tres meses. Dado que la totalidad del plan se desplegó en sólo cien días, eso significa que el país estuvo confinado en una especie de celda colectiva durante el período decisivo de aplicación de la terapia de *shock*. Un año más tarde, cuando el gobierno de Paz procedió a efectuar despidos masivos en las minas de estaño, los sindicatos volvieron a salir a la calle y el ejecutivo respondió con la misma serie de dramáticos acontecimientos: se declaró el estado de sitio y dos aviones de las fuerzas aéreas bolivianas trasladaron a cien de los principales dirigentes sindicales del país a campos de internamiento en las llanuras tropicales de Bolivia. Esta vez, entre los líderes secuestrados se encontraban dos ex ministros de Trabajo y un ex senador (algo que recordaba la «prisión VIP» que Pinochet había instalado en el sur de Chile y adonde fue llevado Orlando Letelier). Los dirigentes fueron retenidos en aquellos campos durante dos semanas y media hasta que, de nuevo, los sindicatos accedieron a desconvocar las protestas y las huelgas de hambre.<sup>44</sup>

En todas aquellas intervenciones podía reconocerse el estilo característico de las actuaciones de las juntas militares del Cono Sur: para que el régimen pudiera imponer una terapia económica de *shock*, era necesario que desaparecieran ciertas personas (aunque sólo fuera de forma temporal). Y, si bien en el caso boliviano las desapariciones fueron, sin duda, menos brutales, cumplieron el mismo fin al que habían contribuido en las dictaduras vecinas en la década de los setenta. Internar a los sindicalistas de Bolivia para que no pudieran ejercer resistencia a las reformas allanó el camino para el «borrado» económico de sectores enteros de trabajadores, que no tardaron en perder sus empleos y acabaron almacenados en los poblados chabolistas y las barriadas del cinturón de La Paz.

Sachs había acudido a Bolivia citando la advertencia de Keynes sobre el desmoronamiento económico como germen del fascismo, pero recetó

medidas tan dolorosas que fueron necesarias otras medidas, de signo casi fascista, para aplicarlas.

La ofensiva del gobierno Paz apareció en la prensa internacional de la época, pero únicamente se les daba cobertura informativa durante uno o dos días a los diferentes estallidos de disturbios, que eran vistos como uno más de los múltiples ejemplos de altercados públicos que se producían por aquel entonces en América Latina. Pero cuando llegó el momento de contar la historia del triunfo de las «reformas de libre mercado» en Bolivia, nadie se acordó de incluir aquellos otros sucesos en el relato (de manera muy similar a como se omite habitualmente la simbiosis entre la violencia de Pinochet y el «milagro económico» de Chile). Ni que decir tiene que no fue Jeffrey Sachs quien envió a la policía antidisturbios ni quien declaró el estado de sitio, pero él mismo no se olvida de dedicar un capítulo de su libro *El fin de la pobreza* a la victoria de Bolivia sobre la inflación, y aunque en él parece satisfecho de compartir los méritos de ese triunfo, no hace mención alguna de la represión que se necesitó para llevar adelante el plan. Como mucho, hace una referencia indirecta a los «momentos de tensión que se vivieron en los primeros meses del programa de estabilización».<sup>45</sup>

En otras narraciones de lo sucedido en Bolivia, se borra hasta la más mínima admisión (directa o de soslayo) de los hechos. Goni llegó incluso a afirmar que «se había logrado la estabilización en democracia sin atentar contra los derechos humanos de las personas y dejando que éstas se expresaran libremente».<sup>46</sup> Sin embargo, un antiguo ministro del gobierno Paz realizó una valoración menos idealista y reconoció que «se habían comportado como unos cerdos autoritarios».<sup>47</sup>

Esa disonancia puede que sea el legado más duradero del experimento de terapia de *shock* que se llevó a cabo en Bolivia. El país andino demostró que una terapia desgarradora como aquella seguía necesitando de ataques vergonzosos contra los grupos sociales incómodos y contra las instituciones democráticas. También evidenció que la cruzada corporativista podía proceder a través de semejantes medios descarnadamente autoritarios y ser aplaudida como democrática por el simple hecho de estar amparada en unas elecciones previas, con independencia del grado de represión de los derechos civiles empleado tras los comicios o de lo mucho o poco que se hubiesen ignorado los deseos democráticos en ellos expresados. (Fue, de hecho, una lección que acabaría resultando muy útil para Boris Yeltsin y otros dirigentes políticos en los años siguientes.) De ese modo, Bolivia



proporcionó un modelo para una nueva clase más digerible de autoritarismo: un golpe de Estado civil llevado adelante, no por soldados de uniforme militar, sino por políticos y economistas trajeados y parapetados tras el escudo oficial de un régimen democrático.

## Capítulo 8: LA CRISIS FUNCIONA

La terapia de *shock* como parte de un paquete

*Bien, ¿qué sentido tiene arruinar mi cabeza y borrar mi memoria -que es mi capital- e incapacitarme para lo que hago? Fue un remedio brillante, pero perdimos al paciente.*

ERNEST HEMINGWAY, a propósito de la terapia de *electroshock* a la que fue sometido, poco antes de suicidarse, 1961<sup>1</sup>

La lección que Jeffrey Sachs extrajo de su primera aventura internacional fue que la hiperinflación podía ser detenida en seco con la aplicación de las medidas duras y drásticas correctas. Había ido a Bolivia a dar muerte a la inflación y había salido victorioso. Caso cerrado.

John Williamson, uno de los economistas de tendencia derechista más influyentes en Washington y asesor clave del FMI y del Banco Mundial, observó atentamente el experimento de Sachs y apreció en Bolivia algo de mucha mayor significación aún. El mismo describió aquel programa de terapia de choque como el momento del « *big bang*», un avance espectacular en la campaña destinada a extender la doctrina de la Escuela de Chicago a todo el planeta.<sup>2</sup> El motivo de tal entusiasmo tenía poco de económico y mucho de táctico.

Posiblemente no fuera su intención, pero Sachs había demostrado de forma bastante contundente que la teoría de Friedman sobre las crisis era absolutamente correcta. La debacle hiperinflacionaria de Bolivia fue la excusa perfecta para sacar adelante un programa que, en circunstancias normales, habría sido políticamente imposible. Aquél era un país que contaba con un movimiento obrero fuerte y combativo, y con una potente tradición izquierdista, sin olvidar que había sido escenario, además, del acto final del Che Guevara. Pero se le había forzado a aceptar una terapia de

*shock* draconiana en nombre de la estabilización de su descontrolada moneda nacional.

A mediados de la década de 1980, eran ya varios los economistas que habían advertido que una crisis hiperinflacionaria auténtica simula los efectos de una guerra militar, porque esparce el temor y la confusión, crea sus propios refugiados y provoca una considerable pérdida de vidas humanas.<sup>3</sup> Era más que evidente que, en Bolivia, la hiperinflación había desempeñado el mismo papel que la «guerra» de Pinochet en Chile y que la guerra de las Malvinas para Margaret Thatcher: había creado el contexto preciso para la aprobación de medidas de emergencia, un estado de excepción durante el que fue posible suspender las normas democráticas y se pudo traspasar temporalmente el poder económico al equipo de expertos reunidos en el salón de la residencia de Goni. Para los ideólogos más a ultranza de la Escuela de Chicago, como era el caso de Williamson, eso significó que la hiperinflación ya no era un problema a resolver, como Sachs creía, sino una oportunidad de oro que aprovechar.

En la década de los ochenta no escaseaban las oportunidades de ese tipo. Lo cierto es que gran parte del mundo en vías de desarrollo, pero, en especial, América Latina, estaba entrando en aquel momento en una espiral hiperinflacionaria. Dicha crisis era consecuencia de dos factores principales, cuyos orígenes hay que buscar en las instituciones financieras de Washington. El primero fue la insistencia con que éstas presionaron para que las deudas ilegítimas acumuladas por las dictaduras de esos países fuesen traspasadas a sus nuevos regímenes democráticos. El segundo fue la decisión (de inspiración friedmanita) que tomó la Reserva Federal estadounidense al permitir el alza de los tipos de interés, lo cual incrementó enormemente (y de la noche a la mañana) la magnitud de esas deudas.

### ***TRANSMISIÓN DE DEUDAS «ODIOSAS»***

El de Argentina fue un caso paradigmático. En 1983, tras el desmoronamiento de la Junta Militar a raíz de la guerra de las Malvinas, los argentinos eligieron a Raúl Alfonsín como nuevo presidente. Pero todo

estaba preparado para que el recién liberado país sufriera un estallido de grandes proporciones; el de la llamada bomba de la deuda. Como parte de lo que la Junta saliente había denominado una «transición digna» a la democracia, Washington insistió en que el nuevo gobierno accediese a hacerse cargo de las deudas amasadas por los generales. Durante el gobierno de la Junta, la deuda externa de Argentina se había disparado de los 7.900 millones de dólares del año previo al golpe de Estado a los 45.000 millones del momento del traspaso de poderes al nuevo gobierno democrático (los acreedores principales eran el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Export-Import Bank de Estados Unidos y diversos bancos privados con sede en suelo norteamericano). Ese mismo panorama fue el que, con escasas variaciones, se fue repitiendo por toda la región. En Uruguay, la Junta Militar convirtió la deuda de 500 millones de dólares que encontró cuando tomó el poder en otra de 5.000 millones, una carga exorbitante para un país de sólo 3 millones de habitantes. En Brasil, el caso más espectacular, los generales que habían usurpado el gobierno en 1964 con la promesa de establecer el orden financiero y económico en el país, consiguieron transformar una deuda de 3.000 millones de dólares en otra de 103.000 millones acumulados hasta 1985.<sup>4</sup>

Ya por entonces, en el momento mismo de las transiciones a la democracia, se argumentó convincentemente -tanto desde el punto de vista moral como legal- que aquellas deudas eran «odiosas», ya que las poblaciones de esos países, recién liberados, no tenían por qué estar obligadas a pagar las facturas que habían dejado sus opresores y torturadores. La doctrina de las deudas odiosas parecía tener especial fuerza en el caso del Cono Sur, ya que gran parte de los créditos contraídos por esos países en el extranjero habían ido a parar directamente a sus ejércitos y a sus policías durante los años de las respectivas dictaduras, y habían servido para financiar armas, tanquetas antidisturbios y campos de tortura dotados del instrumental más avanzado. En Chile, por ejemplo, los préstamos costearon la triplicación del gasto militar, que sirvió para que las fuerzas armadas chilenas pasaran de 47.000 soldados en 1973 a 85.000 en 1980. En Argentina, el Banco Mundial calculó que unos 10.000 millones de dólares del dinero que los generales pidieron prestado fueron para adquisiciones diversas de carácter militar.<sup>5</sup>

Buena parte de lo que no se gastó en armamento desapareció sin más. En los gobiernos de las juntas militares imperaba la cultura de la corrupción

(una pequeña muestra del degradado futuro que cabía esperar cuando esas mismas políticas económicas irresponsables se extendieran a Rusia, China y la «zona de fraude libre» -según expresión de un asesor estadounidense desencantado del Irak ocupado).<sup>6</sup> Según un informe del Senado estadounidense de 2005, Pinochet mantenía una compleja red de, al menos, 125 cuentas bancarias secretas en el extranjero a nombre de varios familiares suyos y de varios titulares falsos con nombres formados a partir de variaciones del suyo propio. Las cuentas -las más famosas de las cuales estaban en el Riggs Bank, de Washington, D.C.- ocultaban una cantidad de dinero cifrada en unos 27 millones de dólares.<sup>7</sup>

En Argentina, se ha acusado a la junta de ser aún más codiciosa. En 1984, José Martínez de Hoz, arquitecto del programa económico de la dictadura, fue arrestado bajo la acusación de fraude por una cuantiosísima subvención estatal concedida a una de las empresas de las que era presidente (aunque el caso sería sobreseído con posterioridad):<sup>8</sup> El Banco Mundial, por su parte, investigó lo que había sucedido con 35.000 millones de dólares que la junta había pedido prestados en el extranjero y descubrió que 19.000 millones (un 54% del total) habían sido transferidos fuera de las fronteras argentinas. Las autoridades suizas han confirmado que gran parte de ese dinero fue a parar a cuentas numeradas.<sup>9</sup> La Reserva Federal estadounidense señaló que, sólo en 1980, la deuda de Argentina se amplió en 9.000 millones de dólares; ese mismo año, la cantidad de dinero en depósitos en el extranjero de ciudadanos argentinos se incrementó en 6.700 millones de dólares.<sup>10</sup> Larry Sjaastad, un afamado profesor de la Universidad de Chicago que dio clase a muchos de los Chicago Boys de Argentina, ha descrito esos miles de millones de dólares perdidos (robados ante las mismísimas narices de sus alumnos) como «el mayor fraude del siglo XX».<sup>11\*</sup>

Los desfalcadores de la junta llegaron incluso a reclutar los «servicios» de sus víctimas para esos delitos. En el centro de tortura de la ESMA en Buenos Aires, los prisioneros con buen dominio de idiomas o con titulación universitaria eran habitualmente sacados de sus celdas para que realizaran tareas administrativas para sus captores. Una superviviente, Graciela Daleo, recibió la orden de escribir a máquina un documento en el que se asesoraba

a las autoridades y altos funcionarios del país sobre posibles paraísos fiscales en el extranjero para el dinero que estaban defraudando.<sup>12</sup>

La deuda nacional restante había sido gastada, sobre todo, en el pago de los intereses y en turbias operaciones de reflote de algunas empresas privadas. En 1982, poco antes de la caída de la dictadura argentina, la junta le hizo un último favor al sector empresarial. Domingo Cavallo, presidente del banco central de Argentina, anunció que el Estado asumiría las deudas de grandes empresas multinacionales y nacionales que -de un modo análogo a lo que les había sucedido a los «pirañas» chilenos en su momento se hallaban al borde de la quiebra por la enorme cuantía de los préstamos que habían suscrito. Para las compañías afectadas, aquel ventajoso acuerdo significó continuar siendo dueñas de sus activos y sus beneficios, mientras el erario público se hacía cargo de entre 15.000 y 20.000 millones de dólares en deudas contraídas por aquéllas. Entre las empresas que recibieron tan generoso trato se encontraban Ford Motor Argentina, Chase Manhattan, Citibank, IBM y Mercedes-Benz.<sup>13</sup>

Los partidarios del impago de esas deudas ilegítimamente acumuladas sostenían que los prestadores sabían -o deberían haber sabido- que el dinero se estaba gastando en represión y corrupción. Ese razonamiento se ha visto recientemente fortalecido cuando el Departamento de Estado norteamericano desclasificó la transcripción de una reunión celebrada el 7 de octubre de 1976 entre el entonces secretario de Estado Henry Kissinger y el ministro de Exteriores del nuevo gobierno dictatorial argentino, el almirante César Augusto Guzzetti. Tras comentar la protesta internacional en defensa de los derechos humanos que había provocado el golpe militar, Kissinger dijo: «Mire, nuestra actitud básica es que queremos que ustedes tengan éxito. Soy del parecer, un tanto anticuado, de que hay que apoyar a los amigos. [...] Cuanto antes triunfen, mejor». Kissinger abordó entonces el tema de los préstamos y animó a Guzzetti a solicitar tanta ayuda exterior como fuera posible y de forma rápida, antes de que el «problema de derechos humanos» de Argentina atara las manos de la administración estadounidense, «Hay ya dos préstamos en el banco», dijo Kissinger, refiriéndose al Banco Interamericano de Desarrollo, «y no tenemos intención alguna de votar en contra de su concesión». También dio otras instrucciones al ministro: «Sigán adelante con sus solicitudes al Export-Import Bank. Nos gustaría que su programa económico funcionase y haremos lo que podamos para ayudarles».<sup>14</sup>

La transcripción demuestra que el gobierno de Estados Unidos aprobó préstamos destinados a la junta Militar aun a sabiendas de que estaban siendo utilizados en plena campaña de terror. Pues bien, a principios de la década de 1980, era el pago de esas mismas deudas odiosas el que Washington requería con tanta insistencia al nuevo gobierno democrático de Argentina.

## ***EL SHOCK DE LA DEUDA***

Por sí solas, las deudas ya habrían supuesto un enorme peso para las nuevas democracias, pero la carga se iba a hacer aún mucho más onerosa. Un nuevo tipo de *shock* apareció en las noticias de entonces: el llamado *shock* Volcker. Los economistas emplearon ese término para describir el impacto de la decisión tomada por el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, de incrementar sustancialmente los tipos de interés en Estados Unidos, donde llegaron a alcanzar una cota máxima del 21% en 1981 y se mantuvieron en niveles parecidos hasta mediados de la década de 1980.<sup>15</sup> El aumento espectacular de los tipos de interés provocó una oleada de quiebras en el propio Estados Unidos, donde, en 1983, el número de personas con impagos hipotecarios se triplicó con respecto al año anterior.<sup>16</sup>

Pero donde más se dejaron sentir las penosas consecuencias de aquella subida fue fuera de Estados Unidos. En los países en desarrollo que soportaban pesadas cargas en forma de deuda acumulada, el *shock* Volcker. -conocido también como «*shock* de la deuda» o «crisis de la deuda»- fue como una gigantesca descarga de *electroshock* disparada desde Washington que convulsionó el mundo en vías de desarrollo. El aumento de los tipos implicaba una subida del importe de los intereses de la deuda externa y, a menudo, la única forma de hacer frente a la mayor cuantía de los pagos era contratando nuevos préstamos. Así nació la espiral de la deuda. En Argentina, la enorme deuda traspasada por la junta Militar (de 45.000 millones de dólares) creció con rapidez hasta alcanzar los 65.000 millones en 1989, y la misma situación se reprodujo en países pobres de todo el mundo.<sup>17</sup> La deuda brasileña explotó justo después del *shock* Volcker y se

duplicó en seis años (pasando de 50.000 a 100.000 millones de dólares). Numerosos países africanos que habían pedido préstamos cuantiosos en los años setenta se encontraron en similares aprietos: la deuda de Nigeria pasó, en ese mismo breve período de tiempo, de 9.000 a 29.000 millones de dólares.<sup>18</sup>

Y éstas no fueron las únicas conmociones económicas que recorrieron el mundo en desarrollo durante la década de 1980. Se habla de la existencia de un «*shock* de precios» cada vez que el precio de un producto de exportación, como el café o el estaño, experimenta una caída de un 10% o más. Según el FMI, en los países en vías de desarrollo se experimentaron 25 *shocks* de esa clase entre 1981 y 1983; entre 1984 y 1987, en el momento álgido de la crisis de la deuda, fueron 140 los *shocks* de precios registrados en países en desarrollo, los cuales contribuyeron a hundir a éstos aún más en el pozo de la deuda.<sup>19</sup> Uno de esos *shocks* afectó a Bolivia en 1986, justo un año después de que el país hubiese tragado la amarga medicina de Jeffrey Sachs y se hubiese sometido a su particular remodelación capitalista. El precio del estaño, la principal exportación de Bolivia junto con la coca, cayó en un 55%, lo que devastó la economía del país sin que éste hubiese tenido culpa alguna de ello. (Esa dependencia de las exportaciones de materias primas había sido, precisamente, lo que la economía desarrollista había tratado de superar durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX, una idea que sería luego tachada de «confusa» por el *establishment* económico del Norte.)

Fue en ese punto donde la teoría de la crisis de Friedman empezó a reforzarse a sí misma. Cuanto más seguía sus recetas la economía global (tipos de interés flotantes, precios desregulados y economías orientadas a la exportación), más proclive a las crisis se volvía el sistema, lo que provocaba cada vez más debacles como las que propician las circunstancias en las que, según el propio Friedman, más dispuestos están los gobiernos a seguir al pie de la letra sus radicales consejos.

Así es como se incorpora la crisis al modelo de la Escuela de Chicago. Cuando el dinero puede viajar de un lado a otro del planeta a gran velocidad y sin límite de cantidad, y cuando los especuladores pueden apostar por el precio de cualquier cosa, desde cacao hasta divisas, el resultado es una ingente volatilidad. Y como las políticas favorecedoras del libre comercio incitan a los países pobres a seguir dependiendo de la exportación de recursos y materias primas, como el café, el cobre, el petróleo o el trigo,



estas naciones son especialmente susceptibles de quedar atrapadas en un círculo vicioso de crisis continuas. Un descenso repentino del precio del café hace que economías enteras sufran una depresión que se ve luego agravada por los comerciantes de divisas que, a la vista del empeoramiento de la situación financiera de un país, reaccionan apostando contra su moneda, lo que hace que se desplome su valor, Si añadimos la subida de los tipos de interés y la consiguiente escalada inmediata de las deudas nacionales, nos hallamos ante un escenario de caos económico potencial.

Los partidarios de la Escuela de Chicago suelen hablar del período iniciado a mediados de los años ochenta como una marcha triunfal, sencilla y sin problemas, de su ideología: los numerosos países que se sumaban a la ola democrática no dejaban pasar la ocasión para celebrar -como si de una epifanía colectiva se tratase- la necesaria coincidencia entre «ciudadanía libre» y «mercados libres» y sin limitaciones. Pero esa epifanía fue siempre ficticia. Lo que sucedió en realidad fue que los ciudadanos, en el momento mismo en que recuperaban por fin las libertades que se les habían negado durante tanto tiempo y dejaban atrás las cámaras de tortura de dirigentes del estilo del filipino Ferdinand Marcos o del uruguayo Juan María Bordaberry, se vieron sacudidos por un auténtico huracán de *shocks* financieros, *shocks* de deudas, de precios y monetarios- generados por una economía global desregulada y cada vez más volátil.

La experiencia argentina de complicación de la crisis de la deuda por culpa de esos otros *shocks* fue, desgraciadamente, característica de un fenómeno habitual en otros muchos países. Raúl Alfonsín accedió a la presidencia en 1983, en plena incidencia del *shock*. Volcker, lo que hizo que el nuevo gobierno actuara como un gabinete de crisis desde el primer día. En 1985, la inflación era tan grave que Alfonsín se vio obligado a anunciar la instauración de una nueva moneda, el austral, jugándose todo a que ese nuevo comienzo desde cero le permitiría recobrar el control de la situación. En cuatro años, los precios se incrementaron hasta tales niveles que estallaron disturbios y saqueos generalizados de los establecimientos de alimentación; había restaurantes en el país que usaban la nueva moneda para empapelar las paredes porque resultaba más barata que el papel pintado. En junio de 1989, con una inflación disparada (sólo ese mes había aumentado un 203%) y cinco meses antes de la fecha prevista de finalización de su mandato, Alfonsín se rindió: dimitió y convocó elecciones anticipadas.<sup>20</sup>

Alfonsín tenía otras opciones a su disposición. Podía haber declarado el impago de las enormes deudas del Estado argentino. Podía haberse unido a otros gobiernos de países vecinos que estaban atravesando la misma crisis y haber formado un cártel de deudores. Estos Estados podrían haber creado un mercado común basado en principios desarrollistas, un proceso que ya se había iniciado antes de que la región fuese desgarrada por un conjunto de sádicos regímenes militares. Pero parte de la especial dificultad de aquel momento estribaba en el legado de terrorismo de Estado heredado por las nuevas democracias. Durante las décadas de 1980 y 1990, muchos países en vías de desarrollo se hallaban atrapados dentro de una especie de resaca del terror; sobre el papel, eran libres, pero seguían imperando la cautela y el temor. Tras haber escapado a la oscuridad de la dictadura, pocos políticos electos estaban dispuestos a arriesgarse a padecer una nueva ronda de golpes de Estado respaldados por Estados Unidos por el simple hecho de promover el tipo de políticas que habían motivado los golpes militares de la década de los setenta (sobre todo, cuando la gran mayoría de los oficiales que los habían organizado ni siquiera estaban en prisión, gracias a la inmunidad que habían negociado como condición previa a la transición democrática, y vigilaban la situación desde sus cuarteles).

Comprensiblemente reacias a entablar una guerra con las instituciones de Washington propietarias de sus deudas, las nuevas democracias, acuciadas por la crisis, no tenían apenas otra opción que seguir las normas fijadas desde la capital estadounidense. Y, precisamente entonces, a principios de la década de 1980, las reglas de Washington se volvieron mucho más estrictas debido a que el *shock* de la deuda coincidió (y no por casualidad) con una nueva era en las relaciones Norte-Sur que iba a convertir las dictaduras militares en instrumentos prácticamente innecesarios. Aquél fue el amanecer de la era del «ajuste estructural», también conocida como de la dictadura de la deuda.

Por principio, Milton Friedman no creía en el FMI ni en el Banco Mundial: constituían ejemplos clásicos de interferencia de los grandes aparatos gubernamentales en las delicadas señales del libre mercado. Por eso no dejaba de ser irónico que existiera una especie de correa de transmisión virtual por la que las descomunales oficinas centrales que las dos instituciones tienen en la Calle 19 de Washington, D.C. se abastecían

continuamente de los de Chicago, que acababan ocupando muchos de los principales puestos de responsabilidad.

Arnold Harberger, que dirigió el programa de máster en estudios sobre América Latina de la Universidad de Chicago, alardea a menudo del gran número de titulados suyos que han conseguido establecerse en puestos de poder en el Banco Mundial y el FMI- «Hubo un momento en que cuatro de los economistas principales de las diversas áreas regionales del Banco Mundial habían sido alumnos míos en Chicago. Uno de ellos, Marcelo Selowsky, acabaría convirtiéndose en el economista principal de la recién creada área para el antiguo imperio soviético, que es el cargo más importante de ese tipo en todo el banco. ¿Y sabe qué? Quien lo sustituyó fue otro ex alumno mío, Sebastián Edwards. Así que es muy agradable ver cómo progresan todas esas personas y estoy orgulloso de haber contribuido a su desarrollo como economistas». <sup>21</sup> Otra de las estrellas era Claudio Loser, un argentino que se doctoró por la Universidad de Chicago en 1971 y que se convertiría posteriormente en director del Departamento para el Hemisferio Occidental del Fondo Monetario Internacional, el más alto cargo en la jerarquía del Fondo para temas relacionados con América Latina.\* Los de Chicago también ocuparon otros altos puestos del FMI, como el de vicedirector gerente (el segundo cargo ejecutivo más importante de la institución), el de economista principal del Fondo, el de director del Departamento de Investigación y el de economista *senior* del departamento para África. <sup>22</sup>

Puede que Friedman tuviera motivos filosóficos para oponerse a aquellas instituciones, pero lo cierto es que, en la práctica, no había organizaciones mejor posicionadas para poner en marcha su teoría de la crisis. Los países que se vieron abocados a una espiral de crisis en los años ochenta no tenían otro sitio al que recurrir más que el Banco Mundial y el FMI. Y cuando recurrieron a dichas organizaciones, toparon con un muro de Chicago Boys ortodoxos y adiestrados para no ver sus catastróficas situaciones económicas como problemas que solucionar, sino como oportunidades valiosísimas para ejercer su influencia liberalizadora y asegurar una nueva frontera para el libre mercado. El oportunismo de las crisis había pasado a ser la lógica orientadora de las instituciones financieras más poderosas del mundo. Pero aquella era, al mismo tiempo, una traición fundamental a sus principios fundacionales.

Como la ONU, el Banco Mundial y el FMI habían sido creados como respuesta directa al horror de la Segunda Guerra Mundial. Con el objetivo en mente de no repetir nunca más los errores que habían hecho posible el auge del fascismo en pleno corazón de Europa, las potencias mundiales se reunieron en 1944 en Bretton Woods (New Hampshire, Estados Unidos) para crear una nueva arquitectura económica. El Banco Mundial y el FMI, financiados a partir de las contribuciones de sus 43 países miembros iniciales, recibieron el mandato explícito de impedir *shocks* y quiebras como las que habían desestabilizado los cimientos de la Alemania de Weimar. El Banco Mundial realizaría inversiones en desarrollo a largo plazo para sacar a los países de la pobreza, mientras que el FMI ejercería el papel de una especie de parachoques global, promoviendo políticas económicas que redujeran la especulación financiera y la volatilidad de los mercados. Cuando un país diera síntomas de estar cayendo en una crisis, el FMI entraría en acción por medio de subvenciones y préstamos para la estabilización, con lo que impediría las situaciones críticas antes de que se produjeran.<sup>23</sup> Ambas instituciones, ubicadas una frente la otra en la misma calle de Washington, coordinarían sus respuestas.

John Maynard Keynes, que encabezaba la delegación británica, estaba convencido de que el mundo se había dado cuenta, por fin, del peligro político de dejar que el mercado se regulara por sí solo. «Pocos lo creían posible», declaró Keynes en la clausura de la conferencia, pero si aquellas instituciones se mantenían fieles a sus principios fundacionales, «la hermandad del hombre se habrá convertido en algo más que meras palabras».<sup>24</sup>

Ni el FMI ni el Banco Mundial estuvieron a la altura de ese proyecto universal; desde el primer momento, el poder no se distribuyó sobre la base de «un país, un voto», como en la Asamblea General de las Naciones Unidas, sino en función del tamaño de la economía de cada país, un sistema que otorga a Estados Unidos un poder de veto efectivo sobre todas las decisiones importantes y permite que Europa y Japón controlen el resto. De ahí que, cuando Reagan y Thatcher llegaron al poder en la década de 1980, sus respectivas administraciones -profundamente ideologizadas- fuesen capaces de manejar ambas instituciones para satisfacer sus propios fines que incrementaran rápidamente su poder convirtiéndolas en los vehículos principales para el avance de la cruzada corporativista.

La colonización del Banco Mundial y del FMI a cargo de la Escuela de Chicago fue un proceso eminentemente tácito hasta que, en 1989, John Williamson lo oficializó al revelar el que él mismo denominó «Consenso de Washington». Se trataba de un listado de políticas económicas que, según dijo, ambas instituciones consideraban en aquel momento el mínimo exigible para una buena salud económica: «el núcleo común de ideas compartidas por todos los economistas serios». <sup>25</sup> Aquellas políticas, camufladas bajo el manto de lo técnico e incontrovertible, incluían pretensiones y exigencias tan descarnadamente ideológicas como las de la «privatización de las empresas estatales» y la «abolición de las barreras que impiden la entrada de empresas extranjeras». <sup>26</sup> El listado completo equivalía punto por punto al triunvirato neoliberal de privatización, desregulación/libre comercio y recortes drásticos del gasto público preconizado por Friedman. Ésas eran las políticas, según Williamson, «que los poderes fácticos de Washington estaban fomentando insistentemente en América Latina», <sup>27</sup> Joseph Stiglitz, antiguo economista principal del Banco Mundial y uno de los últimos baluartes frente a la nueva ortodoxia, ha escrito que «Keynes se revolvería en su tumba si viera lo que ha sido de su criatura». <sup>28</sup>

Las autoridades del Banco Mundial y del FMI siempre habían formulado recomendaciones políticas como condición para la concesión de sus préstamos, pero, a principios de la década de 1980, envalentonadas por la desesperación de los países en desarrollo, sus recomendaciones se trocaron en exigencias liberalizadoras radicales. Cuando los países golpeados por la crisis acudieron al FMI en busca de préstamos de emergencia y de alivio para sus deudas, el Fondo respondió con programas generalizados de terapia de *shock*, equivalentes en su alcance al «ladrillo» que la Escuela de Chicago elaboró en su momento para Pinochet y al decreto de 220 leyes cocinado en el salón de la residencia de Goni, en Bolivia.

El FMI lanzó su primer programa completo de «ajuste estructural» en 1983. Durante las dos décadas siguientes, todo país que ha acudido al Fondo en busca de un préstamo importante ha sido informado de la necesidad de que modernizara su economía de arriba abajo como condición para la concesión de la ayuda. Davison Budhoo, un economista *senior* del FMI que diseñó programas de ajuste estructural para países latinoamericanos y africanos durante la década de los ochenta, admitiría

más tarde que «todo lo que hicimos a partir de 1983 se fundamentó en la nueva misión que nos guiaba: el Sur se «privatizaría» o moriría. A tal efecto creamos el caos económico que se vivió en América Latina y África entre 1983 y 1988».<sup>29</sup>

Pese a esa nueva misión radical (y sumamente lucrativa), el FMI y el Banco Mundial siempre afirmaron que todo lo que hacían era en aras de la estabilización. El mandato oficial del Fondo seguía siendo la prevención de las crisis (no la ingeniería social ni la transformación ideológica), por lo que había que mantener la estabilización como justificación pública de sus actividades. Pero la realidad fue que, en un país tras otro, la crisis internacional de la deuda fue metódicamente utilizada como trampolín para promover el programa de la Escuela de Chicago, basado en la aplicación despiadada de la doctrina friedmanita del *shock*.

Los economistas del Banco Mundial y del FMI ya lo admitían por aquel entonces, aunque su reconocimiento de los hechos venía generalmente revestido del habitual vocabulario económico en código y estaba restringido a las publicaciones y los foros especializados de sus colegas «tecnócratas». Dani Rodrik, un renombrado economista de Harvard que colaboró profusamente con el Banco Mundial, describió el concepto mismo de «ajuste estructural» como una ingeniosa estrategia de marketing. «Hay que reconocerle al Banco Mundial -escribió Rodrik en 1994- que su invención y su comercialización del concepto de "ajuste estructural" ha sido todo un éxito. Ese concepto incluye en un mismo paquete reformas tanto microeconómicas como macroeconómicas. El ajuste estructural fue vendido como el proceso por el que aquellos países tenían que pasar para salvar sus economías de la crisis. Para los gobiernos que “compraban” el paquete quedaba difuminada la distinción entre políticas macroeconómicas responsables (aquellas que ayudan a mantener un balance exterior equilibrado y unos precios estables) y políticas de apertura comercial [como las que fomentan el libre comercio]».<sup>30</sup>

El principio era muy simple: los países en crisis necesitan desesperadamente ayuda para estabilizar sus monedas. Cuando las políticas de privatización y de libre comercio se incluyen en el mismo paquete que las medidas de rescate financiero, los países no tienen más remedio que aceptar el lote completo. Lo realmente astuto era que los propios economistas sabían que el libre comercio no tenía nada que ver con el fin de la crisis, pero «difuminaban» expertamente esa información. El comentario

de Rodrik pretendía ser un cumplido: ese empaquetado no sólo sirvió para que los países pobres aceptaran las políticas que Washington había seleccionado para ellos, sino que esa aceptación fue lo único que funcionó, y el propio Rodrik aportó las cifras para respaldar esta apreciación. Él había estudiado todos los países que adoptaron políticas radicales de libre comercio en los años ochenta y no había hallado «ningún caso significativo de reforma comercial en un país en vías de desarrollo durante los años ochenta que se hubiera producido fuera del contexto de una crisis económica grave».<sup>31</sup>

Aquella admisión causó auténtica sorpresa. En aquel momento histórico, el Banco y el Fondo insistían públicamente en que los gobiernos de todo el mundo habían «visto la luz» y habían caído en la cuenta de que las políticas del Consenso de Washington eran la única fórmula de estabilidad posible y, por consiguiente, de democracia. Y, sin embargo, ahí estaba el reconocimiento expreso, hecho por alguien del propio *establishment* de Washington, de que los países en desarrollo sólo se sometían a lo que se les decía porque se les inyectaba una mezcla de falsos pretextos y extorsión pura y dura, ¿Quiere salvar a su país? Véndalo. Rodrik llegaba incluso a admitir que la privatización y el libre comercio -dos piezas centrales del paquete de ajustes estructurales- no tenían relación directa alguna con la generación de estabilidad. Sostener lo contrario era, según el propio Rodrik, «un ejemplo de mala teorización económica».<sup>32</sup>

Argentina -el «alumno modelo» del FMI durante ese período- nos proporciona nuevamente una perspectiva nítida de la mecánica del nuevo orden. Después de que el presidente Alfonsín se viese forzado a dimitir por culpa de la crisis hiperinflacionaria, su cargo pasó a ser ocupado por Carlos Menem, gobernador peronista de una pequeña provincia que vestía cazadoras de cuero, exhibía unas características patillas de boca de hacha y parecía ser lo suficientemente duro como para hacer frente tanto a la amenaza permanente del ejército como a los acreedores del país. Por fin, tras tantos intentos violentos de erradicación del partido peronista y del movimiento sindicalista, Argentina tenía un presidente que había defendido un programa favorable a los sindicatos durante la campaña electoral y había prometido resucitar las políticas económicas nacionalistas de Juan Perón. Aquél fue un momento que compartía muchas de las mismas connotaciones emotivas que la investidura de Paz en Bolivia.

Lo que entonces no se imaginaban los argentinos es hasta qué punto compartirían connotaciones esos dos momentos, pero no por lo que ellos pensaban y deseaban. Tras un año en el cargo, y bajo una intensa presión del FMI, Menem emprendió también el desafiante camino de la «política del vudú». Pese a haber sido elegido como símbolo del partido que se había opuesto a la dictadura, Menem nombró a Domingo Cavallo como su ministro de Economía, con lo que permitió que regresara al poder el máximo responsable de que, en la etapa final del gobierno de la junta Militar, las grandes empresas hubieran enjugado sus deudas a costa del erario público (todo un regalo de despedida de la dictadura)<sup>33</sup> Su nombramiento fue lo que los economistas llaman «una señal»: un indicio inequívoco, en este caso, de que el nuevo gobierno recogería el testigo del experimento corporativista iniciado por la junta y lo continuaría. La Bolsa de Buenos Aires reaccionó con lo que equivalía a una sonora ovación: un repunte súbito de un 30% en el volumen de las contrataciones el mismo día que se anunció el nombre de Cavallo.<sup>34</sup>

Cavallo pidió inmediatamente refuerzos ideológicos y llenó el gobierno y la cúpula de la administración pública del país de antiguos alumnos de Milton Friedman y Arnold Harberger. Casi todos los altos cargos económicos del país fueron ocupados por los de Chicago: el presidente del banco central sería Roque Fernández, que había trabajado tanto en el FMI como en el Banco Mundial; el vicepresidente de esa misma entidad sería Pedro Pou, que había trabajado también para el gobierno de la dictadura; el principal asesor del banco central sería Pablo Guidotti, que vino directamente de su anterior trabajo en el FMI a las órdenes de otro ex profesor de la Universidad de Chicago, Michael Mussa.

Argentina no era un caso único en ese sentido. En 1999, entre los ex alumnos internacionales de la Escuela de Chicago se contaban más de veinticinco ministros en activo y más de una docena de presidentes de bancos centrales (desde Israel hasta Costa Rica), un nivel de influencia extraordinario para un solo departamento universitario.<sup>35</sup> En Argentina, como en tantos otros países, los de Chicago formaron una especie de pinza ideológica en torno al gobierno electo: una parte del grupo apretaba desde dentro y la otra ejercía su propia presión desde Washington. Así, por ejemplo, las delegaciones que el FMI enviaba a Buenos Aires solían estar encabezadas por Claudio Loser, el conocido Chicago Boy argentino, lo que significaba que, cuando se reunía con el ministro de Economía y con las



autoridades del banco central, los encuentros distaban mucho de ser momentos de negociación confrontada y consistían, más bien, en agradables discusiones entre amigos y antiguos compañeros de clase en Chicago que, además, habían trabajado recientemente (o aún trabajaban) en la Calle 19 de Washington. En Argentina, se publicó un libro sobre los efectos de esta fraternidad económica global titulado muy acertadamente *Buenos muchachos*, en referencia al clásico del cine de mafiosos *Uno de los nuestros*, de Martin Scorsese.<sup>36</sup>

Los miembros de esta fraternidad coincidían de forma entusiasta en cuanto a lo que había que hacer con la economía de Argentina y en cómo sacarlo adelante. El Plan Cavallo, como se daría en conocer todo aquel compendio, se fundamentaba sobre el mismo astuto truco de empaquetado en lote que habían perfeccionado el Banco Mundial y el FMI: aprovechar el caos y la desesperación de una crisis de hiperinflación para introducir la privatización como parte integral de la misión de rescate. Así que, para estabilizar el sistema monetario, Cavallo introdujo de inmediato recortes considerables del gasto público y recuperó el peso argentino como moneda nacional, pero vinculado al dólar estadounidense. En el plazo de un año, la inflación se había reducido hasta situarse en el 17,5% anual e, incluso, quedar prácticamente reducida a cero unos pocos años después.<sup>37</sup> Esa parte del «paquete» solucionó la crisis monetaria desbocada, pero «difuminó» la otra mitad del programa.

Pese a su dedicado esfuerzo por complacer a los inversores extranjeros, la dictadura argentina había dejado amplios y apetecibles pedazos de la economía en manos estatales, desde sus aerolíneas de bandera hasta las impresionantes reservas petrolíferas de la Patagonia. Para Cavallo y sus Chicago Boys, la revolución sólo se había completado a medias, por lo que estaban decididos a aprovechar la crisis económica para terminar su labor.

A principios de los años noventa, el Estado argentino vendió la riqueza del país tan rápida y totalmente que la obra sobrepasó con mucho la realizada en Chile una década antes. En 1994, ya se había vendido el 90% de las empresas estatales a compañías privadas como Citibank, Bank Boston, las francesas Suez y Vivendi, o las españolas Repsol y Telefónica. Antes de realizar aquellas ventas, Menem y Cavallo habían prestado un valioso servicio a los nuevos dueños: habían despedido a unos 700.000 trabajadores (siempre según los propios cálculos de Cavallo, pues hay quien

cifra los despidos en un número mucho mayor). Sólo en la petrolera nacional y durante la era Menem, 27.000 empleados perdieron su empleo. Como admirador de Jeffrey Sachs que era, Cavallo llamó a su proceso «terapia de *shock*». Menem tenía una expresión aún más brutal para referirse a él: en un país traumatizado todavía por el reciente historial de torturas masivas, lo denominó «cirugía mayor sin anestesia».<sup>\* 38</sup>

En plena transformación, la revista *Time* dedicó una portada a Menem en la que el rostro sonriente del presidente argentino aparecía en el centro de un girasol bajo el siguiente titular: «El milagro de Menem».<sup>39</sup> Y aquello era ciertamente un milagro: Menem y Cavallo habían sacado adelante un doloroso programa de privatización radical sin que estallara una revuelta nacional. ¿Cómo lo habían conseguido?

Años después, Cavallo lo explicó. «La época de la hiperinflación fue terrible para la gente, especialmente para las personas con bajos ingresos y escasos ahorros, porque veían cómo, en apenas unas horas o unos pocos días, sus salarios quedaban reducidos a nada por culpa de los incrementos de precios, que se producían a una velocidad de vértigo. Así que el pueblo le pedía al gobierno que, por favor, hiciera algo. Y sí el gobierno traía un buen plan de estabilización, era también el momento oportuno para acompañarlo de otras reformas. [...] Las más importantes estaban relacionadas con la apertura de la economía y el proceso de desregulación y privatización. Pero el único modo de poner en práctica todas esas reformas en aquel momento era aprovechando la situación creada por la hiperinflación, porque la población estaba lista para aceptar cambios drásticos a fin de eliminar la hiperinflación y regresar a la normalidad».<sup>40</sup>

A largo plazo, el programa integral de Cavallo resultó desastroso para Argentina. Su método de estabilización de la moneda -vinculando el peso al dólar estadounidense- la encareció tanto para los fabricantes de bienes de dentro del propio país que éstos no pudieron competir con las importaciones de bajo precio que inundaban Argentina. Se perdieron tantos empleos que más de la mitad de los habitantes del país acabaron relegados por debajo del umbral de pobreza. Aun así, a corto plazo, el plan funcionó de forma brillante: Cavallo y Menem habían introducido subrepticamente la privatización mientras el país estaba conmocionado por la hiperinflación. La crisis había cumplido con la misión que se le había asignado.

Lo que los dirigentes argentinos pusieron en práctica durante aquel período fue una técnica más psicológica que económica. Como Cavallo

(todo un veterano de la época de la Junta Militar) sabía muy bien, en momentos de crisis, la población está dispuesta a entregar un poder inmenso a cualquiera que afirme disponer de la cura mágica, tanto si la crisis es una fuerte depresión económica como si es un atentado terrorista (véase, si no, el ejemplo de la actuación de la administración Bush años más tarde).

Y así fue como la cruzada iniciada por Friedman logró sobrevivir a las temidas transiciones a la democracia: no porque sus proponentes persuadieran a los electorados de lo prudente y acertado de su cosmovisión, sino moviéndose hábilmente de crisis en crisis, sacando experto partido de la desesperación propia de las emergencias económicas para imponer políticas que acabaron atando de pies y manos a aquellas frágiles nuevas democracias. En cuanto se hubo perfeccionado la táctica, fue como si las oportunidades de aplicarla no hicieran más que multiplicarse. Al *shock* Volcker le siguió la conocida como «crisis (mexicana) del tequila» de 1994, la «plaga asiática» de 1997 y el «colapso ruso» de 1998, que precedió en apenas días a otro que se produjo en Brasil. Cuando estos shocks y crisis empezaban a perder su anterior fuerza, aparecían otros aún más catastróficos: tsunamis, huracanes, guerras y atentados terroristas. Estaba tomando forma el capitalismo del desastre.

# CUARTA PARTE: LOST IN TRANSITION

MIENTRAS LLORÁBAMOS, MIENTRAS NOS  
ESTREMECÍAMOS, MIENTRAS BAILÁBAMOS

*Los peores tiempos dan pie a las mejores oportunidades para quienes entienden la necesidad de una reforma económica fundamental.*

STEPHAN HAGGARD Y JOHN WILLIAMSON  
*The Political Economy of Policy Reform, 1994*

## Capítulo 9: PORTAZO A LA HISTORIA

### Crisis en Polonia, masacre en China

*Yo vivo en una Polonia que es actualmente libre y considero que Milton Friedman ha sido uno de los principales arquitectos intelectuales de la libertad de mi país.*

LESZEK BALCEROWICZ, ex ministro de Economía de Polonia, noviembre de 2004<sup>1</sup>

*El estómago segrega una sustancia química cada vez que el dinero que ganas se multiplica por diez... y es adictiva.*

WILLIAM BROWDER, gestor monetario estadounidense, sobre el hecho de invertir en Polonia durante los primeros momentos del capitalismo<sup>2</sup>

*Bajo ningún concepto debemos dejar de comer por temor a atragantarnos.*

El *Diario del Pueblo*, periódico oficial del Estado chino, sobre la necesidad de proseguir con las reformas de liberalización económica tras la masacre de la plaza de Tiananmen<sup>3</sup>

Antes de que cayera el Muro de Berlín y se convirtiera, con su desaparición, en el símbolo definitorio del desmoronamiento del comunismo, hubo otra imagen que encarnó la esperanza de la eliminación de las barreras soviéticas. Fue la de Lech Walesa, un electricista de amplio bigote y pelo alborotado, despedido de su empleo años atrás, que, un día de 1980, se encaramó a una valla de acero engalanada con flores y banderas en Gdansk, Polonia. Aquella valla rodeaba y resguardaba los astilleros Lenin y a los miles de trabajadores que se habían encerrado en su interior para protestar contra la decisión tomada por el Partido Comunista de aumentar el

precio de la carne, y Walesa la escaló para unirse a éstos y convertirse en su líder.

La huelga de los trabajadores fue una demostración de desafío sin precedentes contra el gobierno -controlado por Moscú que había regido los destinos de Polonia durante treinta y cinco años. Nadie sabía qué sucedería. ¿Enviaría Moscú sus tanques? ¿Dispararían sobre los huelguistas para obligarlos a volver al trabajo? A medida que transcurría la huelga, el astillero se iba convirtiendo en un foco de democracia popular en medio de un país autoritario. Los trabajadores ampliaron sus peticiones. No querían que sus vidas laborales siguieran estando bajo el control directo de *apparatchiks* del partido que pretendían hablar en nombre de la clase obrera. Querían un sindicato independiente propio y querían el derecho a negociar y a ir a la huelga. Sin esperar permiso de las autoridades, acordaron en votación formar ese sindicato y lo denominaron Solidarnosc (Solidaridad).<sup>4</sup> Era 1980, un año en el que el mundo se enamoró de Solidaridad y de su líder, Lech Walesa.

Walesa, que por entonces contaba treinta y seis años de edad, sintonizaba tanto con las aspiraciones de los trabajadores de Polonia que parecían mantener una comunión espiritual. «¡Comemos el mismo pan!», bramó ante el micrófono del astillero de Gdansk. Se refería no sólo a las intachables credenciales obreras del propio Walesa, sino también al poderoso papel que el catolicismo desempeñaba en este nuevo movimiento pionero. Las autoridades del partido veían la religión con malos ojos, por lo que los trabajadores exhibían su catolicismo como un auténtico símbolo de valentía y hacían cola para comulgar detrás de las barricadas. Walesa, una tonificante mezcla de personaje subido de tono y devoto religioso, inauguró el primer despacho de Solidaridad con un crucifijo de madera en una mano y un ramo de flores en la otra. Cuando llegó el momento de firmar el primer acuerdo laboral histórico entre Solidaridad y el gobierno, Walesa estampó su nombre en el documento con «un gigantesco bolígrafo de recuerdo que llevaba impreso el retrato de Juan Pablo II». La admiración era mutua: el papa polaco le dijo a Walesa que tenía presente a Solidaridad en sus oraciones.<sup>5</sup>

Solidaridad se extendió por las minas, los astilleros y las fábricas del país a un ritmo desaforado. En sólo un año, contaba ya con diez millones de miembros (casi la mitad de la población polaca en edad de trabajar). Tras haber conquistado el derecho a negociar, Solidaridad empezó a realizar

avances concretos: una semana laboral de cinco días en lugar de seis y mayor participación en la gestión de las fábricas. Cansados de vivir en un país que rendía culto a una clase obrera idealizada pero que abusaba de los trabajadores reales, los afiliados de Solidaridad denunciaban la corrupción y la brutalidad de los funcionarios de un partido que no respondía ante el pueblo de Polonia, sino ante los lejanos y aislados burócratas de Moscú. Todo el deseo de democracia y de autodeterminación reprimido por la dominación del partido único se vertía en las delegaciones sindicales locales de Solidaridad, que propiciaban, además, un éxodo masivo de miembros del Partido Comunista.

Moscú se dio cuenta de que aquel movimiento era la amenaza más grave que se le presentaba en su imperio del Este. Dentro de la Unión Soviética, la oposición seguía procediendo principalmente de determinados activistas defensores de los derechos humanos, muchos de los cuales se ubicaban en la derecha política. Pero los miembros de Solidaridad no podían ser tan fácilmente tachados de títeres del capitalismo: eran trabajadores que empuñaban martillos y llevaban hollín incrustado en los poros de su piel: eran precisamente las personas que debían constituir - según la retórica marxista- la base del partido.\*

Aún más amenazante resultaba el hecho de que el proyecto de Solidaridad ofrecía justamente aquello de lo que adolecía el partido: democracia en vez de autoritarismo, descentralización en vez de centralización, participación en vez de burocracia. Y sus diez millones de miembros tenían sin duda capacidad suficiente para paralizar por completo la economía polaca si se lo proponían. Porque como el propio Walesa decía en tono provocativo, los trabajadores podían perder alguna que otra batalla política, «pero no pueden obligarnos a trabajar como ellos quieren. Si quieren que fabriquemos tanques, fabricaremos tranvías. Y los camiones sólo irán hacia atrás si los hacemos así. Sabemos cómo vencer al sistema. Somos alumnos del sistema».

El compromiso democrático de Solidaridad movió incluso a algunos miembros del aparato interno del partido a rebelarse. «Yo era una ingenua al creer que unos pocos hombres malvados eran los responsables de los errores del partido», explicó a un diario polaco Marian Arendt, miembro del Comité Central del PC. «Ahora ya no tengo esa clase de espejismos. Lo que falla es nuestro aparato en su conjunto, toda nuestra estructura».<sup>6</sup>

En septiembre de 1981, los miembros de Solidaridad estaban preparados para llevar su movimiento a una nueva fase. Novecientos trabajadores polacos se congregaron de nuevo en Gdansk para celebrar el primer congreso nacional del sindicato. Allí, Solidaridad se transformó en un movimiento revolucionario que aspiraba a hacerse con el control del Estado y que presentaba su propio programa económico y político alternativo para Polonia. El plan de Solidaridad afirmaba cosas como la siguiente: «Exigimos una reforma democrática y dirigida al autogobierno en todos los niveles de gestión, y un nuevo sistema socioeconómico que combine la planificación, el autogobierno y el mercado». La pieza central era un proyecto radical para las ingentes empresas que administraba directamente el Estado y en las que trabajaban millones de afiliados de Solidaridad: desligarse del control gubernamental y convertirse en cooperativas democráticas de los propios trabajadores. «La empresa socializada», según proponía el programa, «debe convertirse en la unidad organizativa básica de la economía. Debe estar controlada por el consejo de trabajadores en representación del colectivo y debe estar bajo la administración del director de operaciones, que será nombrado en proceso competitivo y podrá ser revocado por el consejo». <sup>7</sup> Walesa se opuso a esa exigencia, porque temía que constituyese un desafío demasiado osado al control del Partido y que, como consecuencia, éste optase por tomar medidas enérgicas. Pero también hubo quien argumentó que el movimiento necesitaba un objetivo, una esperanza positiva de cara al futuro, y no simplemente un enemigo. Walesa perdió aquel debate y el mencionado programa económico pasó a ser la política oficial de Solidaridad.

Pero los temores de Walesa acerca de una posible ofensiva gubernamental eran fundados. La creciente ambición de Solidaridad asustaba y enfurecía a Moscú. Bajo una intensa presión soviética, el máximo dirigente de Polonia, el general Wojciech Jaruzelski, declaró la ley marcial en diciembre de 1981. Los tanques del ejército se desplazaron por la nieve y rodearon las fábricas y las minas. Se practicaron miles de arrestos de miembros de Solidaridad, y sus líderes, incluido Walesa, fueron detenidos y encarcelados. Según la revista *Time*, «los soldados y la policía emplearon la fuerza para dispersar a los trabajadores que oponían resistencia, y dejaron, al menos, siete personas muertas y centenares heridas en Katowice cuando los mineros contraatacaron con hachas y palancas». <sup>8</sup>



Solidaridad pasó a la clandestinidad, pero durante los ocho años siguientes de dominación del Estado policial, la leyenda del movimiento no hizo más que agrandarse. En 1983, a Walesa le fue concedido el Premio Nobel de la Paz, aunque seguía pesando sobre él una orden de restricción de movimientos y no pudo recoger el galardón en persona. «El sillón del Nobel de la Paz está vacío», declaró el representante del Comité del Nobel en la ceremonia. «Hagamos un esfuerzo aún mayor, pues, por escuchar el discurso silencioso procedente de ese asiento sin ocupar.»

La del espacio vacío fue una metáfora muy apropiada, ya que, por aquel entonces, todos parecían ver en Solidaridad lo que cada uno quería ver: el Comité del Nobel vio a un hombre que «no blandía otra arma que la de la huelga pacífica»: <sup>9</sup> La izquierda veía en el movimiento una redención, una versión del socialismo que no estaba manchada por los crímenes de Stalin o de Mao. La derecha veía la demostración de que los Estados comunistas respondían con brutal fuerza a cualquier expresión de disensión, hasta la más moderada de ellas. Los movimientos de defensa de los derechos humanos veían a un gran número de personas encarceladas solamente por sus creencias. La Iglesia católica veía en Solidaridad a un aliado contra el ateísmo comunista. Y Margaret Thatcher y Ronald Reagan vieron en aquellos sucesos una abertura, una grieta en la armadura soviética, aun cuando Solidaridad luchaba por la misma clase de derechos que ambos líderes trataban por todos los medios de invalidar en sus propios países. Cuanto más se prolongaba la ilegalización, mayor fuerza cobraba la mitología de Solidaridad.

En 1988, ya había remitido el terror provocado por la ofensiva inicial y los trabajadores polacos habían vuelto a organizar huelgas masivas. Esta vez, con una economía nacional en caída libre y un nuevo régimen moderado en Moscú (el de Mijaíl Gorbachov), los comunistas optaron por ceder. Legalizaron Solidaridad y accedieron a celebrar elecciones de inmediato. Solidaridad se dividió en dos: a partir de aquel momento existirían el sindicato y una nueva sección, el Comité Ciudadano de Solidaridad, que sería el que participaría en las elecciones. Ambos órganos se hallaban inextricablemente conectados: los líderes de Solidaridad eran los candidatos que se presentaban a los comicios y, dado que el programa electoral era un tanto vago, los únicos detalles concretos sobre el futuro político que proponía Solidaridad se hallaban en el programa económico de la sección sindical. El propio Walesa optó por no presentarse y mantenerse

en sus funciones de presidente del sindicato, pero fue el rostro de la campaña de su partido hermano, que se apoyó en el lema «Con nosotros estáis más seguros».<sup>10</sup> Los resultados fueron humillantes para los comunistas y espléndidos para Solidaridad: de las 261 circunscripciones en las que Solidaridad presentó candidatos, salió victoriosa en 260.\*

Walesa maniobró desde la trastienda para conseguir que Tadeusz Mazowiecki se hiciera con el puesto de primer ministro. Mazowiecki no tenía, ni mucho menos, el carisma de Walesa, pero como director del semanario de Solidaridad, era considerado uno de los más destacados intelectuales del movimiento.

>

## ***EL SHOCK DEL PODER***

Como bien acababan de aprender los latinoamericanos, los regímenes autoritarios tienen siempre la costumbre de abrirse a la democracia cuando sus proyectos económicos están al borde de la implosión. Polonia no fue una excepción. Los comunistas llevaban décadas administrando mal la economía, cometiendo un desastroso error tras otro, y ésta estaba a punto de colapsarse por completo. «Para nuestro infortunio, ¡hemos ganado!», exclamó Walesa en una frase célebre (y profética). Cuando Solidaridad accedió al poder, la deuda nacional era de 40.000 millones de dólares, la inflación anual se situaba en el 600%, se producían episodios graves de escasez de alimentos y el mercado negro prosperaba como nunca. Muchas fábricas producían mercancías que, sin pedido previo ni comprador alguno, estaban destinadas a pudrirse en los almacenes.<sup>11</sup> La situación hizo que la transición a la democracia de los polacos fuese especialmente cruel. La libertad había llegado por fin, pero pocos tenían tiempo o ganas de celebrarlo porque sus sueldos eran nimios. Dedicaban horas y horas a hacer cola para conseguir harina y mantequilla, suponiendo que aquella semana hubiese existencias de esos productos en las tiendas.

El gobierno de Solidaridad se pasó todo el verano que siguió a su victoria electoral paralizado por la indecisión. La velocidad del desmoronamiento del antiguo orden y el súbito y apabullante triunfo en los

comicios habían sido auténticas conmociones: en apenas unos meses, los activistas de Solidaridad habían dejado de ocultarse de la policía secreta para convertirse en responsables del pago de los salarios de esos mismos agentes. Y, además, se habían visto aún más sorprendidos al comprobar que apenas disponían de dinero suficiente para abonar las nóminas debidas. En lugar de construir la economía poscomunista con la que habían soñado, los líderes del movimiento tenían ante sí la tarea, mucho más apremiante, de evitar una debacle total y una potencial hambruna generalizada.

Los dirigentes de Solidaridad sabían que querían poner fin al férreo control estatal sobre la economía, pero no tenían tan claro con qué reemplazarlo. Para las bases militantes del movimiento, aquella era la oportunidad idónea de probar su programa económico: si las fábricas estatales se transformaban en cooperativas de trabajadores, existía la posibilidad de que volvieran a ser económicamente viables (la gestión de los propios trabajadores podría ser más eficiente, sobre todo, sin el gasto añadido que suponían los burócratas del partido). Otras voces abogaban por la misma forma de transición gradual que Gorbachov preconizaba por aquel entonces en Moscú: una lenta expansión de los ámbitos de aplicación de las reglas monetarias de la oferta y la demanda (más tiendas y mercados legales) combinada con un fuerte sector público que siguiera el modelo de la socialdemocracia escandinava.

Pero, como ya había sucedido en América Latina, antes de nada, Polonia necesitaba aliviar su deuda y precisaba de ayuda para salir de su crisis más inmediata. En teoría, ése es, precisamente, el mandato central con el que fue creado el FMI: proporcionar fondos estabilizadores para evitar catástrofes económicas. Si algún gobierno merecía recibir en aquel momento esa clase de salvavidas era el encabezado por Solidaridad, que acababa de conseguir la primera expulsión democrática de un régimen comunista en cuatro décadas. Cabía esperar que, tras toda la retórica antitotalitaria de la Guerra Fría contra los países del otro lado del Telón de Acero, los nuevos gobernantes de Polonia obtuvieran algo de ayuda.

Pero no se les ofreció ninguna asistencia de esa clase. Controlados por economistas de la Escuela de Chicago, el FMI y el Departamento del Tesoro estadounidense veían los problemas de Polonia a través del prisma de la doctrina del *shock*. Una depresión económica y una elevada deuda, complicadas por la desorientación consustancial a un rápido cambio de régimen, significaban que Polonia se hallaba en la posición debilitada

perfecta para aceptar un programa de terapia de *shock* radical. Y lo que estaba económicamente en juego en ese caso era aún más que en América Latina: la Europa del Este era un territorio virgen para el capitalismo occidental (no se podía hablar siquiera de la existencia de un mercado de consumo). Todos sus activos más preciados eran aún propiedad del Estado: candidatos perfectos para la privatización. El potencial de ganancias rápidas para quienes llegasen primero era enorme.

Confiados en que, cuanto peor fueran las cosas, mayor sería la probabilidad de que el nuevo gobierno aceptase una conversión total al capitalismo sin restricciones, el FMI dejó que el país cayera cada vez más hondo en el pozo de la deuda y la inflación. La Casa Blanca, presidida por George H. W. Bush, felicitó a Solidaridad por su triunfo frente al comunismo, pero dejó muy claro que la administración estadounidense esperaba que el nuevo gobierno polaco se hiciese cargo de las deudas acumuladas por el régimen que había ilegalizado y encarcelado a sus miembros. (El gobierno de Estados Unidos ofreció sólo 119 millones de dólares en concepto de ayuda, una miseria para un país como Polonia, que se enfrentaba al colapso económico y que precisaba de una reestructuración fundamental.)

En ese contexto, Jeffrey Sachs, que por entonces tenía treinta y cuatro años, empezó a trabajar como asesor de Solidaridad. Desde sus hazañas bolivianas, el bombo publicitario que rodeaba a Sachs había alcanzado niveles de auténtica fiebre. Maravillado de la capacidad que había demostrado para ejercer como doctor del *shock* económico para media docena de países sin renunciar a su puesto académico, el periódico *Los Angeles Times* proclamó a Sachs -que aún conservaba el mismo aspecto de participante en el equipo de debate de Harvard- como el «Indiana Jones de la economía».<sup>12</sup>

En realidad, la labor de Sachs en Polonia se había iniciado ya antes de la victoria electoral de Solidaridad, a petición del propio gobierno comunista. Empezó con una visita de un día, durante la que se reunió tanto con el gobierno comunista como con Solidaridad. Había sido George Soros, el multimillonario financiero y comerciante de divisas, quien había reclutado a Sachs para que llevara a cabo un papel más directo sobre el terreno. Soros y Sachs viajaron juntos a Varsovia y, una vez allí, Sachs, como recuerda él mismo, «les expli[có], tanto al grupo de Solidaridad como al gobierno polaco, que estaría dispuesto a implicar[se] más a fondo para

ayudar a solucionar la cada vez más grave crisis económica»<sup>13</sup> Soros accedió a sufragar los costes del establecimiento de una misión permanente en Polonia de Sachs y de su colega David Lipton, un economista y partidario acérrimo del libre mercado que trabajaba por entonces en el FMI. Cuando Solidaridad arrasó en las elecciones, Sachs empezó su colaboración estrecha con el movimiento.

Pese a actuar por libre -es decir, sin estar en la nómina ni del FMI ni del gobierno estadounidense-, Sachs poseía, a ojos de muchos de los principales dirigentes de Solidaridad, poderes casi mesiánicos. Gracias a sus contactos de alto nivel en Washington y a su reputación legendaria, parecía estar en posesión de la clave para desbloquear las ayudas y el alivio de la deuda, lo que pasaba por ser la única posibilidad del nuevo gobierno. Sachs dijo entonces que Solidaridad debía negarse sencillamente a pagar las deudas heredadas y se mostró confiado en ser capaz de movilizar 3.000 millones de dólares en ayudas (una fortuna, comparada con lo que Bush había ofrecido)<sup>14</sup> Había ayudado a que Bolivia consiguiera préstamos del FMI y a que renegociara sus deudas, así que no parecía haber motivos para dudar de él.

La ayuda vino, sin embargo, con un precio muy definido: para que Solidaridad lograra acceder a los contactos y las dotes persuasivas de Sachs, el gobierno tendría que adoptar lo que, en la prensa polaca, se daría en llamar «el Plan Sachs» o su «terapia de *shock*».

La trayectoria en él marcada era aún más radical que la impuesta en Bolivia: además de la eliminación de los controles de precios de la noche a la mañana y del recorte drástico de subsidios y subvenciones, el Plan Sachs propugnaba la venta de las minas, los astilleros y las fábricas estatales al sector privado. Aquello entraba directamente en contradicción con el programa económico defendido por Solidaridad (basado en la propiedad de los trabajadores), y aunque los líderes nacionales del movimiento habían dejado de hablar de las ideas más controvertidas de aquel programa, seguían siendo auténticos artículos de fe para muchos miembros de base. Sachs y Lipton redactaron el plan de terapia de *shock* de la transición polaca en una sola noche. Constaba de quince páginas y, según afirmó Sachs, era «la primera vez, creo, que alguien había puesto por escrito un plan integral para la transformación de una economía socialista en una economía de mercado».<sup>15</sup>

Sachs estaba convencido de que Polonia tenía que dar ese «salto de un borde a otro del abismo institucional» inmediatamente porque, además de sus otros problemas, también estaba al borde de un proceso hiperinflacionario. Si éste se desencadenaba, dijo, se produciría un «desmoronamiento fundamental [...] un auténtico desastre sin paliativos».<sup>16</sup>

Sachs impartió diversos seminarios personales a dirigentes clave de Solidaridad (algunos de hasta cuatro horas de duración) explicándoles el plan; también se dirigió a las autoridades electas de Polonia en grupo. A muchos de los líderes de Solidaridad no les agradaron en absoluto las ideas de Sachs: el movimiento se había formado a raíz de una revuelta contra los drásticos aumentos de precios impuestos en su momento por los comunistas y ahora Sachs les estaba diciendo que hicieran lo mismo pero a una escala mucho más generalizada. De hecho, les explicó que podrían salirse con la suya, precisamente, porque «Solidaridad contaba con un gran depósito de confianza entre la población, lo que era tan extraordinario como crucial».<sup>17</sup>

Los líderes de Solidaridad no tenían previsto consumir esa confianza con unas políticas que iban a causar penalidades extremas entre sus propias bases, pero los años pasados en la clandestinidad, en prisión y en el exilio también habían servido para alienarlos de dichas bases. Según explica el editor polaco Przemyslaw Wielgosz, la cúpula dirigente del movimiento «había quedado separada en la práctica. [...] Sus apoyos no provenían ya de las fábricas y las plantas industriales, sino de la Iglesia».<sup>18</sup> Los líderes también estaban desesperados por conseguir una solución rápida, aunque fuese dolorosa, y eso mismo era lo que les ofrecía Sachs. «¿Esto funcionará? Es lo que quiero saber. ¿Funcionará?», preguntó Adam Michnik, uno de los más célebres intelectuales de Solidaridad. Sachs no vaciló: «Esto es bueno. Funcionará».\*<sup>19</sup>

Sachs solía referirse a Bolivia como el modelo que Polonia debía emular. Hasta tal punto la mencionaba que los polacos se cansaron de oír hablar tanto de aquel lugar. «Me encantaría visitar Bolivia», explicó en una ocasión un dirigente de Solidaridad a un periodista. «Estoy seguro de que es un sitio encantador y muy exótico. Sólo que no quiero ver Bolivia aquí». Lech Walesa desarrolló un particular sentimiento de antipatía hacia Bolivia, como le confesaría a Gonzalo Sánchez de Lozada (Goni) en una reunión que ambos celebraron años después con motivo de una cumbre, cuando ambos eran presidentes de sus respectivos países, «Vino hacia mí -según explicó Goni-, y me dijo: Siempre he querido conocer a un boliviano, sobre

todo a un presidente boliviano, porque siempre nos obligan a tomar medicinas de lo más amargo diciéndonos que tenemos que hacerlo porque eso fue lo que hicieron los bolivianos. Ahora que le conozco, no parece usted un tipo tan malo, pero hay que ver lo mucho que he llegado a odiarlos a ustedes».<sup>20</sup>

Al hablar de Bolivia, Sachs olvidó mencionar que para sacar adelante el programa de terapia de *shock*, el gobierno del país andino había tenido que imponer el estado de emergencia y, en dos ocasiones distintas, había secuestrado e internado a los dirigentes del sindicato principal (más o menos, del mismo modo que la policía secreta del Partido Comunista había raptado y encarcelado a los líderes de Solidaridad al amparo de una declaración de estado de emergencia no mucho antes).

La parte más convincente, según muchos recuerdan ahora, fue la promesa de Sachs de que, si seguían su duro consejo, Polonia dejaría de ser excepcional y se transformaría en «normal» (entiéndase en «un país europeo normal»). Si Sachs estaba en lo cierto y podían realmente avanzar a toda velocidad hasta convertirse en un país como Francia o Alemania desguazando las estructuras del viejo Estado, ¿no valía aquel duro esfuerzo la pena? ¿Por qué tomar un camino gradualista hacia el cambio que podía torcerse en cualquier momento, o por qué ser precursores de una nueva tercera vía, cuando tenían ante sí aquella versión de europeidad instantánea llamando a su puerta? Sachs preveía que la terapia de *shock* ocasionaría «trastornos momentáneos» como consecuencia del repunte de los precios. «Pero luego se estabilizarán: la gente sabrá cuál es el nuevo terreno que pisa.»<sup>21</sup>

Sachs formó una alianza con el recién nombrado ministro de Economía polaco, Leszek Balcerowicz, un economista de la Escuela Mayor de Planificación y Estadística de Varsovia. Poco se sabía de la tendencia política de Balcerowicz cuando fue designado para el puesto (todos los economistas eran oficialmente socialistas), pero pronto se hizo evidente que él se tenía a sí mismo por un miembro honorario de la Escuela de Chicago que se había estudiado minuciosamente una edición ilegal en polaco de *Libertad de elegir* de Friedman y que, según explicó posteriormente el propio Balcerowicz, lo había «inspirado [a él] y a otros muchos para soñar con un futuro de libertad durante los años más oscuros del dominio comunista».<sup>22</sup>

La versión integrista del capitalismo postulada por Friedman distaba mucho de lo que Walesa había estado prometiéndole al país aquel mismo verano. Éste seguía insistiendo en que Polonia iba a dar con esa tercera vía, más generosa, que, según él mismo describió en una entrevista con Barbara Walters, iba a ser «una mezcla»: «No será capitalismo. Será un sistema mejor que el capitalismo y que rechazará todo lo que el capitalismo tiene de malo».<sup>23</sup>

Muchos sugirieron que el arreglo rápido que Sachs y Balcerowicz promocionaban no era más que un mito y que la terapia de *shock*, lejos de catapultar a Polonia hacia la buena salud y la normalidad, generaría un caos de pobreza y desindustrialización aún mayor que antes. «El nuestro es un país pobre y débil. No hay forma de que podamos soportar ese *shock*», explicó un destacado médico y promotor de la sanidad pública al periodista del *New Yorker* Lawrence Weschler.<sup>24</sup>

Durante los tres meses siguientes a su histórica victoria en los comicios y a su brusca transformación de proscritos en legisladores, los dirigentes y afiliados que formaban el auténtico núcleo duro de Solidaridad no pararon de debatir, de caminar impacientes de un lado a otro de sus salas de reunión, de hablarse a gritos y de fumar como carreteros, incapaces de decidir qué hacer. A cada día que pasaba, el país se hundía un poco más en la crisis económica.

### ***UNA ADOPCIÓN MUY DUBITATIVA***

El 12 de septiembre de 1989, el primer ministro de Polonia, Tadeusz Mazowiecki, tomó la palabra ante el primer parlamento electo del país. El comité central de Solidaridad había decidido por fin lo que iba a hacer con la economía, pero sólo un reducido número de personas conocían la decisión final. ¿Sería el Plan Sachs la vía gradualista de Gorbachov o el programa de cooperativas de trabajadores de la propia Solidaridad?

Mazowiecki estaba a punto de anunciar el veredicto, pero, en medio de su trascendental discurso, antes de que hubiese podido abordar la cuestión más candente a la que se enfrentaba el país, algo empezó a ir mal. El primer



ministro comenzó a tambalearse, se aferró al atril y, según un testigo, «se puso pálido, respirando con dificultad, y se le oyó murmurar: "No me siento muy bien"». <sup>25</sup> Sus ayudantes lo retiraron rápidamente del hemiciclo y entre los 415 diputados empezaron a desatarse los rumores. ¿Le había dado un ataque al corazón? ¿Lo habían envenenado? ¿Quiénes? ¿Los comunistas? ¿Los americanos?

En el piso de abajo, un equipo de médicos examinó a Mazowiecki y le realizó un electrocardiograma. No era un ataque cardíaco ni veneno. El primer ministro padecía simplemente un episodio de «fatiga aguda» debido al exceso de estrés y a las pocas horas de sueño. Tras casi una hora de tensa incertidumbre, volvió a entrar en la cámara parlamentaria, donde fue recibido con una atronadora ovación. «Discúlpenme», dijo Mazowiecki con su aire de «ratón» de biblioteca. «Mi estado de salud es el mismo que el de la economía polaca.» <sup>26</sup>

Y, por fin, el veredicto: la economía de Polonia sería tratada de su propia fatiga aguda con una terapia de *shock* de una clase especialmente radical que incluiría «la privatización de las industrias estatales, la creación de mercados bursátiles y de capitales, una moneda convertible y una reconversión desde la industria pesada hacia la producción de bienes de consumo», además de «recortes presupuestarios», todo ello practicado a la mayor brevedad posible y de forma simultánea. <sup>27</sup>

Si el sueño de Solidaridad se había iniciado con aquella enérgica imagen de Walesa, encaramándose a la valla de acero del astillero de Gdansk y saltando al otro lado, la rendición exhausta de Mazowiecki a la terapia de *shock* representaba el final de aquel sueño. La decisión había sido finalmente una cuestión de dinero. Los miembros de Solidaridad no pensaban que su proyecto de economía basada en cooperativas fuese en absoluto descabellado, pero sus líderes estaban convencidos de que lo único importante era aliviar las deudas heredadas de los comunistas y estabilizar de inmediato la moneda nacional. Como dijo por entonces Henryk Wujec, uno de los más destacados defensores del sistema de cooperativas en Polonia, «si tuviéramos tiempo suficiente, podríamos incluso sacar adelante [el programa original de Solidaridad]. Pero no disponemos de tiempo». <sup>28</sup> Sachs, mientras tanto, logró el dinero. Ayudó a que Polonia negociara un acuerdo con el FMI por el que consiguió aliviar parte de la deuda y 1.000

millones de dólares para estabilizar la moneda, pero todas las ayudas (y, en especial, los fondos del FMI) estaban estrictamente condicionadas a que Solidaridad se sometiera a la mencionada terapia de *shock*.

Polonia se convirtió en un ejemplo de libro de la teoría de la crisis de Friedman: la desorientación creada por el rápido cambio político se confabuló con el miedo colectivo generado por la depresión económica e hizo que la promesa de una cura rápida y mágica (por ilusoria que fuera) resultase demasiado seductora como para rechazarla. Halina Bortnowska, defensora de los derechos humanos, describía la velocidad de los cambios durante aquel período como «la diferencia entre el paso de los años en la vida de los perros y en la vida de las personas. Tal como vivimos actualmente [...] empezamos ya a presenciar reacciones semipsicóticas. No podemos esperar que la gente actúe conforme a lo que más le conviene cuando está tan desorientada que no sabe o ha dejado de importarle- qué es lo que más le conviene».<sup>29</sup>

Balcerowicz, el ministro de Economía de entonces, admitió posteriormente que la utilización de aquel contexto de emergencia había sido una estrategia deliberada, un modo -como todas las tácticas de *shock*- de dispersar la oposición. Explicó que sí pudo hacer que se aprobaran políticas que estaban en las antípodas del proyecto propugnado por Solidaridad, tanto en el contenido como en la forma, fue porque Polonia se hallaba en un período que él calificó de «política extraordinaria». Y definió esa situación como un momento de oportunidad efímero durante el que las reglas de la «política normal» (consultas, conversaciones, debates) dejan de tener validez (o, dicho de otro modo, como un coto antidemocrático dentro de una democracia).<sup>30</sup>

«La política extraordinaria», explicó, «constituye, por definición, un período de discontinuidad evidente en la historia de un país. Podría tratarse de un período de crisis económica muy profunda, de desmoronamiento del sistema institucional previo o de liberación de una dominación extranjera (o del fin de una guerra). En Polonia, los tres fenómenos convergieron en 1989».<sup>31</sup> Gracias a tan extraordinarias circunstancias, él pudo enviar al garete los debidos procesos legales y forzar «una aceleración radical del procedimiento legislativo» con el fin de aprobar el paquete de medidas de la terapia de *shock*.<sup>32</sup>

A principios de los años noventa, la teoría de Balcerowicz sobre los períodos de «política extraordinaria» llamó considerablemente la atención de los economistas de Washington. Y no era para menos: apenas dos meses después de que Polonia anunciara su aceptación de la terapia de *shock*, sucedió algo que cambiaría el curso de la historia y dotaría al experimento polaco de significación mundial. En noviembre de 1989, el Muro de Berlín era derribado entre el júbilo popular, la ciudad se convertía en un festival de posibilidades y la bandera de la MTV era plantada entre los escombros, como si Berlín Este fuese la superficie de la Luna. De pronto, parecía que el mundo entero estaba viviendo el mismo tipo de existencia acelerada que los polacos: la Unión Soviética se hallaba al borde de la desmembración, el *apartheid* sudafricano daba sus últimos estertores y en América Latina, Europa del Este y Asia no dejaban de caer regímenes autoritarios. Además, conflictos bélicos de tan larga duración como los de Namibia y el Líbano estaban tocando a su fin. Por todas partes se derrumbaban los viejos regímenes, pero los nuevos que tenían que ocupar su lugar todavía no habían acabado de tomar forma.

Era como si la mitad del mundo hubiese entrado, en apenas unos años, en un período de «política extraordinaria» o «en transición», como en los años noventa se decía que estaban los países recién liberados, suspendidos en una interinidad existencial entre el pasado y el futuro. Según Thomas Carothers, uno de los líderes del llamado aparato de promoción democrática del gobierno estadounidense, «durante la primera mitad de la década de los noventa [...] creció espectacularmente el conjunto de "países en transición" y cerca de cien de ellos (aproximadamente, unos 20 en América Latina, 25 en la Europa del Este y la antigua Unión Soviética, 30 en el África subsahariana, 10 en Asia y 5 en Oriente Medio) estaban atravesando algún proceso de mudanza espectacular de un modelo a otro».<sup>33</sup>

Muchos aseguraban que tanto ese flujo como la caída de muros reales y metafóricos supondrían un punto y final para la ortodoxia ideológica. Liberados de los efectos polarizadores de dos superpotencias enfrentadas, cada país podría por fin elegir lo mejor de cada uno de esos dos mundos y dar con una especie de híbrido entre libertad política y seguridad económica. Tal como explicó Gorbachov en su momento, «las múltiples décadas de fascinación por el dogma, de metodología de libro, han tenido su efecto. Hoy queremos introducir un espíritu genuinamente creativo».<sup>34</sup>

En los círculos de la Escuela de Chicago, toda mención a esa clase de combinaciones ideológicas era recibida con indisimulado desdén. Polonia había demostrado claramente que las transiciones caóticas abren oportunidades para que unos hombres que actúen decididamente y con presteza introduzcan un cambio rápido. Aquél no era momento de andarse con compromisos de keynesianismo híbrido, sino de convertir a los antiguos países comunistas al friedmanismo más puro. El secreto, como el propio Friedman había dicho, era que los fieles de la Escuela de Chicago tuvieran ya preparadas sus soluciones cuando todos los demás estuvieran planteándose interrogantes y tratando de reorientarse.

En aquel invierno de 1989 tan repleto de acontecimientos, tuvo lugar también una especie de encuentro que reactivó a los adheridos a esa particular cosmovisión. Su lugar de celebración, como no podía ser de otro modo, fue la Universidad de Chicago y el motivo que lo propició fue un discurso de Francis Fukuyama titulado «Are We Approaching the End of History?».\* Según Fukuyama, a la sazón uno de los principales encargados de la política del Departamento de Estado de Estados Unidos, la estrategia de los partidarios del capitalismo sin limitaciones era obvia: no discutir con los miembros del sector de la tercera vía, sino declararse victoriosos de antemano por si acaso. Fukuyama estaba convencido de que no debían abandonarse las posturas extremas, ni hablar de combinar lo mejor de dos mundos, ni tratar de buscar un acuerdo intermedio. La caída del comunismo, según explicó al público allí asistente, no nos estaba conduciendo «a un "fin de la ideología" ni a una convergencia entre capitalismo y socialismo, [...] sino a una victoria sin paliativos del liberalismo económico y político». Lo que había llegado a su final no era la ideología, sino «la historia como tal».<sup>35</sup>

La charla había sido patrocinada por John M. Olin, uno de los más veteranos financiadores de la cruzada ideológica de Milton Friedman y costeador, también, de la explosión de *think tanks* de orientación derechista.<sup>36</sup> Las sinergias eran las adecuadas, ya que Fukuyama no estaba haciendo más que repetir una vieja afirmación friedmanita: que los mercados libres y los pueblos libres forman un proyecto conjunto inseparable, Fukuyama llevó esa tesis a un nuevo y más audaz territorio al sostener que los mercados desregulados de la esfera económica, combinados con la democracia liberal de la esfera política, representaban «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y [...] la forma

definitiva de gobierno humano». <sup>37</sup> De ese modo, democracia y capitalismo radical no sólo habían quedado fundidos entre sí, sino también con la modernidad, el progreso y la reforma. Quienes se oponían a la fusión estaban, además de equivocados, «anclados aún en la historia», según expresión del propio Fukuyama, lo que equivalía a decir que se habían autodescartado para el Rapto divino, puesto que todos los demás ya habían trascendido a un plano celestial «poshistórico». <sup>38</sup>

Aquel argumento constituía un magnífico ejemplo de la elusión de lo democrático en la que tanto esmero había puesto la Escuela de Chicago. Muy en el estilo de la privatización y el «libre comercio» que el FMI había introducido a hurtadillas en América Latina y en África bajo la tapadera de los programas de «estabilización» de emergencia, Fukuyama trataba de inyectar subrepticamente el mismo tipo de (altamente controvertido) programa en la oleada prodemocrática que se alzaba desde Varsovia hasta Manila. Lo cierto, como bien observaba Fukuyama, era que existía un consenso emergente e irreprimible en torno a la idea de que todas las personas tienen derecho a gobernarse a sí mismas democráticamente, pero sólo en las fantasías más alocadas del Departamento de Estado podía entenderse que ese deseo de democracia viniese acompañado de un clamor ciudadano por un sistema económico paralelo que eliminase las protecciones laborales y provocase despidos masivos.

Si en algo había verdadero consenso, era en que para las personas que dejaban atrás las dictaduras (tanto de derecha como de izquierda), la democracia significaba tener por fin voz en todas las decisiones importantes y no ver impuesta unilateralmente y por la fuerza la ideología de unos terceros. Dicho de otro modo, el principio universal que Fukuyama denominó «la soberanía del pueblo» incluía la soberanía de ese pueblo para elegir cómo distribuir la riqueza de su país y eso abarcaba tanto el destino de las empresas de propiedad estatal como la financiación de las escuelas y los hospitales. En todo el mundo, los ciudadanos estaban más que listos para ejercer sus poderes democráticos, que tanto esfuerzo les había costado conseguir, y para convertirse, al fin, en los autores de sus propios destinos nacionales.

En 1989, la historia estaba dando un giro excitante y estaba entrando en un período auténticamente abierto y repleto de posibilidades. De ahí que no fuese coincidencia que Fukuyama, desde su posición privilegiada en el Departamento de Estado, eligiera precisamente aquel momento para

intentar cerrar de golpe el libro de la historia. Tampoco fue casualidad que el Banco Mundial y el FMI escogieran aquel mismo año tan volátil para desvelar el llamado Consenso de Washington en un claro intento de poner freno a toda discusión y debate sobre cualesquiera ideas económicas que no estuvieran guardadas dentro de la caja de caudales del libre mercado. Aquéllas eran estrategias de contención de la democracia, destinadas a debilitar toda autodeterminación improvisada por tratarse ésta (entonces, como siempre) de la mayor amenaza para la cruzada de la Escuela de Chicago.

### ***EL SHOCK DE LA PLAZA DE TIANANMEN***

Uno de los primeros lugares en los que la atrevida proclama de Fukuyama quedó desacreditada de inmediato fue China. Fukuyama había pronunciado su conferencia en febrero de 1989; dos meses después estallaba en Pekín un movimiento prodemocrático que organizó sentadas y manifestaciones masivas en la plaza de Tiananmen. Fukuyama aseguraba que las reformas democráticas y las «del libre mercado» eran procesos gemelos, imposibles de desdoblar. Sin embargo, en China, el gobierno estaba haciendo precisamente eso, desligar ambos procesos: estaba realizando grandes esfuerzos para desregular los salarios y los precios y ampliar el ámbito de acción del mercado, pero, al mismo tiempo, estaba firmemente decidido a oponerse a toda reivindicación de elecciones democráticas o de reconocimiento de los derechos humanos. Los manifestantes, por su parte, exigían democracia, pero muchos de ellos estaban en contra de las medidas gubernamentales de promoción del capitalismo sin restricciones, un detalle del que la prensa occidental olvidó informar en la mayoría de sus noticias y reportajes sobre el mencionado movimiento popular. En China, la democracia y la teoría económica de la Escuela de Chicago no estaban yendo de la mano, ni mucho menos, sino que ocupaban posiciones enfrentadas a uno y otro lado de las barricadas levantadas en torno a la plaza de Tiananmen.

A principios de los años ochenta, el gobierno chino, liderado entonces por Deng Xiaoping, estaba obsesionado por evitar una reedición en su país de lo que acababa de suceder en Polonia, donde los trabajadores habían podido formar un movimiento independiente que desafiaba el monopolio que ejercía el Partido Comunista sobre el poder. Pero lo que preocupaba a los máximos dirigentes chinos no era la posibilidad de que desapareciesen la industria de propiedad estatal y las comunas agrícolas que constituían el fundamento del Estado comunista. De hecho, el propio Deng se había convertido en un entusiasta de la reconversión de la economía del país hacia una economía de empresa. Hasta tal punto llegaba su entusiasmo que, en 1980, su gobierno invitó a Milton Friedman a visitar China para impartir tutorías a centenares de funcionarios de alto nivel, profesores y economistas del partido sobre los elementos fundamentales de la teoría del libre mercado. «Todos los asistentes habían sido expresamente invitados y tenían que mostrar sus invitaciones para asistir a los cursillos», recordaba Friedman a propósito de sus oyentes en Pekín y Shanghai. Su mensaje central giró en torno a «lo mucho mejor que vivía la gente corriente en los países capitalistas que en los países comunistas».<sup>39</sup> El ejemplo que utilizó fue el de Hong Kong, una zona de capitalismo puro que Friedman admiraba desde hacía tiempo por su «carácter dinámico e innovador, producto de la libertad personal, el libre comercio, los bajos impuestos y la mínima intervención estatal». Según afirmó, Hong Kong, pese a no ser una democracia, era más libre que Estados Unidos porque su gobierno participaba menos en la economía.<sup>40</sup>

La definición de libertad según Friedman -en la que las libertades políticas son secundarias o, incluso, innecesarias en comparación con la libertad del comercio sin restricciones- se ajustaba perfectamente al proyecto de futuro que tomaba forma por aquel entonces en el Politburó chino. El partido quería abrir la economía a la propiedad privada y el consumismo sin renunciar a su propio control del poder, un plan que garantizaba que, en el momento en que los activos del Estado fuesen puestos a subasta, las autoridades del partido y sus familiares serían las primeras en hacerse con los pedazos de negocio más rentables. Según esta idea de la «transición», las mismas personas que controlaban el Estado bajo el comunismo lo seguirían controlando bajo el capitalismo, pero disfrutando, al mismo tiempo, de una mejora sustancial del estilo de vida. El modelo que pretendía emular el gobierno chino no era el de Estados

Unidos, sino, más bien, el del Chile de Pinochet: mercados libres combinados con un control político autoritario posibilitado por una represión de mano de hierro.

Desde el primer momento, Deng entendió con claridad que la represión sería crucial. Bajo Mao, el Estado chino había ejercido un control brutal sobre su pueblo, deshaciéndose de los oponentes y enviando a los disidentes a campos de reeducación. Pero la represión de Mao se había llevado a cabo en nombre de los trabajadores y contra la burguesía; ahora el partido iba a emprender su propia contrarrevolución y pediría a los trabajadores que cedieran muchas de sus prestaciones sociales y de su seguridad para que una minoría pudiera recaudar enormes beneficios. Aquélla no iba a ser tarea fácil. Por eso, en 1983, al tiempo que abría el país a las inversiones extranjeras y reducía las protecciones oficiales para los trabajadores, Deng ordenó la creación de la Policía Armada Popular, un nuevo cuerpo antidisturbios de carácter móvil (sin una base de operaciones fija) y formado por 400.000 agentes, con la misión de aplastar todo indicio de «delito económico» (o sea, huelgas y manifestaciones). Según el historiador Maurice Meisner, un gran especialista en China, «la Policía Armada Popular contaba en su arsenal con helicópteros y porras eléctricas estadounidenses». Y «varias unidades fueron enviadas a Polonia para que recibieran formación antidisturbios»; allí estudiaron las tácticas que se habían empleado contra Solidaridad durante el período en que el país estuvo bajo la ley marcial.<sup>41</sup>

Muchas de las reformas de Deng tuvieron éxito y fueron populares (los agricultores adquirieron un mayor control sobre sus vidas y el comercio regresó a las ciudades). Pero, a finales de la década de 1980, Deng empezó a introducir medidas que resultaron marcadamente antipopulares, especialmente entre los trabajadores urbanos: se eliminaron los controles que pesaban sobre los precios, con lo que éstos se dispararon; se abolió la seguridad del empleo garantizado, lo que generó oleadas de desempleados, y se abrieron profundas desigualdades entre los ganadores y los perdedores del cambio hacia la nueva China. En 1988, el partido, que estaba topando con una fuerte reacción negativa, se vio obligado a dar marcha atrás a parte de sus medidas de desregulación de precios. También causaba creciente indignación la corrupción y el nepotismo flagrantes que se practicaban en el partido. Numerosos ciudadanos chinos querían más libertad dentro del mercado, pero el término «reforma» parecía cada vez más una especie de



nombre en clave para referirse a la transformación de los dirigentes del partido en magnates de los negocios, ya que muchos de ellos tomaban ilegalmente posesión de activos que anteriormente manejaban como burócratas del Estado.

Ante el peligro de que el experimento de libre mercado se fuese al garete, Milton Friedman recibió de nuevo una invitación para visitar China (una reedición, en cierto modo, de lo sucedido cuando los de Chicago y los pirañas habían solicitado su ayuda en 1975 a raíz de que su programa hubiese desatado una revuelta interna en Chile).<sup>42</sup> Una visita de alto nivel del gurú de mayor fama mundial del capitalismo era justamente el impulso que los «reformadores» chinos necesitaban,

Cuando Friedman y su esposa, Rose, llegaron a Shanghai en septiembre de 1988, quedaron deslumbrados por la rapidez con que la China continental se iba asemejando cada vez más a Hong Kong. Pese a la rabia contenida que se respiraba en la base social del país, todo lo que vieron no hizo más que confirmar su «fe en el poder del libre mercado». Friedman describió aquel momento como «el período más esperanzador del experimento chino».

En presencia de los medios de comunicación oficiales del Estado, Friedman se reunió durante dos horas con Zhao Zivang, secretario general del Partido Comunista, y con Jiang Zemin, futuro presidente chino y entonces secretario del Comité del Partido en Shanghai. El mensaje de Friedman a Jiang tenía reminiscencias de aquel otro consejo que el propio economista había dado a Pinochet cuando el proyecto chileno empezó a ir de capa caída: no se pliegue a las presiones y no se inmute. «Yo hice especial hincapié en la importancia tanto de la privatización y los mercados libres como del hecho de que se liberalizase de golpe», recordaba Friedman. En un memorando al secretario general del Partido Comunista, Friedman puso el acento en la necesidad de más (no de menos) terapia de *shock*. «Los pasos iniciales de China hacia la reforma han tenido un éxito espectacular. China puede hacer progresos aún más extraordinarios si pone más énfasis en los *mercados privados libres*».<sup>43</sup>

Poco después de regresar a Estados Unidos de aquel viaje, Friedman, recordando las críticas que había tenido que soportar por haber asesorado a Pinochet, escribió «por pura travesura» una carta al director de un periódico estudiantil en la que denunció a sus críticos por su doble rasero. Friedman explicaba que acababa de pasar doce días en China, fundamentalmente,

como un «invitado» de «diversos organismos gubernamentales», y se había reunido con altos dirigentes del Partido Comunista. Y, sin embargo, esas reuniones no habían provocado indignación alguna entre los defensores de los derechos humanos en las universidades estadounidenses, según señalaba Friedman. «Curiosamente, di el mismo consejo a China que a Chile.» Y concluía preguntándose con sarcasmo, «¿debería estar preparado para una avalancha de protestas por haber estado dispuesto a asesorar a un gobierno tan maléfico?»<sup>44</sup>

Meses después, aquella «traviesa» carta adquiriría connotaciones mucho más siniestras cuando el gobierno chino empezó a emular muchas de las tristemente famosas tácticas de Pinochet.

El viaje de Friedman no surtió el efecto deseado. Las fotos publicadas en los diarios oficiales en las que se podía ver al profesor dando sus bendiciones a los burócratas del partido no consiguieron hacer «entrar en razón» a la población. En los meses siguientes, las protestas se volvieron más firmes y radicales. Los signos más visibles de la oposición eran las manifestaciones de estudiantes en huelga en la plaza de Tiananmen. Estas históricas protestas fueron descritas de forma casi unánime en los medios internacionales como una confrontación entre unos estudiantes modernos e idealistas, deseosos de la implantación de libertades democráticas de corte occidental, y la vieja guardia autoritaria, que pretendía salvaguardar el Estado comunista. Recientemente, ha surgido otro análisis sobre el significado de lo acontecido en su momento en Tiananmen que pone en cuestión la versión mayoritaria y atribuye al friedmanismo un lugar central en aquella historia. Este relato alternativo ha sido propuesto, entre otros, por Wang Hui, uno de los organizadores de las protestas de 1989 y que es hoy uno de los más destacados intelectuales de la conocida como «nueva izquierda» de China. En su libro *China's New Order*, publicado en 2003, Wang explica que los manifestantes reunían a una amplia representación de sectores diversos de la sociedad china y no sólo a estudiantes universitarios de élite: también había obreros industriales, pequeños empresarios y profesores. Lo que encendió las protestas, según recuerda, fue el descontento popular con los cambios económicos «revolucionarios» de Deng, consistentes en una reducción salarial y una subida de precios, y que causaron «una crisis de despidos masivos y desempleo».<sup>45</sup> Según Wang,

«estos cambios actuaron de catalizador de la movilización social de 1989».<sup>46</sup>

Las manifestaciones no iban dirigidas contra el hecho de que se produjera una reforma económica, sino contra la naturaleza específicamente friedmanita de las reformas: su velocidad, su carácter implacable y el carácter marcadamente antidemocrático del proceso. Wang dice que la petición de elecciones y de libertad de expresión que hacían los manifestantes estaba estrechamente ligada a esa otra discrepancia en el apartado económico. Lo que impulsaba la demanda de democracia era el hecho mismo de que el partido estuviese imponiendo cambios de alcance revolucionario sin el más mínimo consentimiento popular previo. En ese sentido, Wang escribe que «lo que se pedía, en general, eran medios democráticos para supervisar la equidad del proceso de reforma y de reorganización de las prestaciones sociales».<sup>47</sup>

Estas peticiones obligaron al Politburó a decantarse por una opción clara y determinada. La alternativa no era, como tantas veces se ha dicho, entre democracia y comunismo, o entre «reforma» y «vieja guardia». La decisión pasaba por un cálculo más complejo: ¿debía el partido llevar adelante su programa de libre mercado a toda costa, lo que significaba pasar por encima de los cadáveres de los manifestantes si era necesario? ¿O debía ceder a las peticiones de democracia de éstos, ceder su monopolio sobre el poder y arriesgarse a un serio revés en su proyecto económico?

Algunos de los reformistas de libre mercado que había dentro del partido, entre los que destacaba el secretario general, Zhao Zivang, parecían dispuestos a apostar por la democracia, convencidos de que la reforma económica y la política podían ser aún compatibles. Pero había otros elementos más poderosos del propio partido que no deseaban en absoluto asumir ese riesgo. Pronto se conocería el veredicto: el Estado iba a proteger su programa de «reforma» económica aplastando a los manifestantes.

Ése fue el claro mensaje que el gobierno de la República Popular China transmitió cuando, el 20 de mayo de 1989, declaró la ley marcial. El 3 de junio, los tanques del Ejército Popular de Liberación avanzaron contra las concentraciones de protesta disparando indiscriminadamente sobre los manifestantes. Los soldados irrumpieron violentamente en los autobuses en los que se refugiaban numerosos estudiantes manifestados y los golpearon con sus porras; otro conjunto de tropas atravesó las barricadas que protegían la plaza de Tiananmen -donde los estudiantes habían erigido una estatua

representativa de la Diosa de la Democracia- y detuvieron a los organizadores. Por todo el país tuvieron lugar redadas similares al mismo tiempo.

Nunca tendremos estimaciones fiables del número de personas muertas y heridas durante aquellos días. El partido admite únicamente unos cuantos centenares, pero los testimonios de los testigos visuales de los hechos en aquel entonces sitúan la cifra de muertos entre los 2.000 y los 7.000, y la de heridos, hasta en 30.000. Lo que siguió a las protestas fue una caza de brujas nacional contra todos los críticos y los oponentes del régimen. Unos 40.000 fueron arrestados, miles acabaron en prisión y muchos de ellos (puede que centenares) fueron ejecutados. Como ya sucediera en América Latina, el gobierno reservó su represión más dura para los obreros industriales, que representaban la amenaza más directa para el capitalismo desregulado. «La mayoría de los arrestados y prácticamente todos los que fueron ejecutados eran obreros. El sometimiento sistemático de los detenidos a palizas y a torturas se convirtió en una práctica ampliamente publicitada con el fin evidente de aterrorizar a la población», según escribe Maurice Meisner.<sup>48</sup>

La masacre fue tratada mayoritariamente en la prensa occidental como un nuevo ejemplo de la brutalidad comunista: del mismo modo que Mao había liquidado a sus oponentes durante la Revolución Cultural, ahora Deng, «el Carnicero de Pekín», aplastaba a sus críticos bajo la atenta mirada del retrato gigante de Mao. En uno de sus titulares, el *Wall Street Journal* afirmaba que «las duras medidas tomadas por China amenazan con retrasar el impulso reformista de los últimos diez años», como si Deng hubiese sido un enemigo de aquellas reformas y no su más dedicado defensor, hasta el punto de estar decidido a llevarlas a un nuevo y más audaz terreno.<sup>49</sup>

Cinco días después de la sangrienta ofensiva represora, Deng pronunció un discurso ante la nación y dejó meridianamente claro que lo que estaba protegiendo con aquella actuación no era el comunismo, sino el capitalismo. Tras tachar a los manifestantes de «grupo donde se refugiaban buena parte de los desechos de la sociedad», el presidente chino confirmó el compromiso del partido con la terapia de *shock* económica. «En resumidas cuentas, esto era una prueba y la hemos superado», dijo Deng. Y añadió: «Quizás este episodio negativo nos permita seguir adelante con la reforma y con la política de puertas abiertas a un ritmo mejor y más constante, incluso

más rápido. [...] No nos hemos equivocado. No hay ningún error en los cuatro principios esenciales [de la reforma económica]. Si algún problema existe al respecto, es que dichos principios no han sido implementados aún de manera suficientemente exhaustiva».\* <sup>50</sup>

Orville Schell, un académico y periodista experto en China, resumió la opción tomada en aquel momento por Deng Xiaoping del modo siguiente: «Tras la masacre de 1989, lo que vino a decir en realidad fue que no iban a poner freno a la reforma económica, pero que sí pondrían fin, en la práctica, a toda reforma política».<sup>51</sup>

Para Deng y el resto del Politburó, las posibilidades del libre mercado habían pasado a ser ilimitadas. Del mismo modo que el terror de Pinochet había despejado las calles para dejar paso a su cambio revolucionario, Tiananmen había allanado el camino para la transformación radical sin que hubiera ya temor alguno de rebelión. Si a los agricultores y a los obreros la vida les resultaba más difícil a partir de entonces, tendrían que aceptarlo en silencio o enfrentarse a la ira del ejército y de la policía secreta. Y así, con la población sumida en un estado de salvaje terror, Deng pudo emprender reformas más radicales que no había abordado hasta aquel momento.

Antes de los sucesos de Tiananmen, el líder chino se había visto obligado en algún momento a suavizar algunas de las medidas más dolorosas; tres meses después de la masacre, las reimpuso y llevó a la práctica, también, varias de las recomendaciones de Friedman que aún no había instaurado, como la desregulación de los precios. Para Wang Hui, existe un motivo obvio por el que «las reformas de mercado que no se habían podido poner en marcha a finales de los años ochenta pudieron llevarse adelante sin problemas en el entorno posterior a 1989». Ese motivo, según escribe, «es que la violencia de 1989 sirvió para frenar la agitación social originada por aquel proceso, por lo que el nuevo sistema de precios pudo tomar definitivamente forma».<sup>52</sup> El *shock* de la masacre, por decirlo de otro modo, fue el que hizo posible la terapia de *shock*.

En los tres años siguientes a aquel baño de sangre, la nuez china se abrió a la inversión extranjera gracias, especialmente, a las zonas de exportación especiales constituidas por todo el país. Al anunciar estas nuevas iniciativas, Deng recordó al país que, «de ser necesario, no se escatimarán medios para eliminar cualquier posible agitación futura tan pronto como aparezca. Podrían así introducirse desde la lev marcial hasta otros métodos más severos».\* <sup>53</sup>

Ésa en concreto fue la oleada de reformas que transformó a China en el taller industrial de mano de obra barata del mundo v, por tanto, en la ubicación preferida de las plantas de producción subcontratadas por prácticamente todas las multinacionales del planeta. Ningún país ofrecía condiciones más lucrativas que China: impuestos y aranceles reducidos, autoridades corruptibles y, por encima de todo, una mano de obra abundante y escasamente remunerada que, durante muchos años, no iba a querer arriesgarse a exigir salarios dignos ni las protecciones laborales más básicas por miedo a las más violentas represalias.

Para los inversores extranjeros y para el partido, éste ha sido un arreglo con el que todos han salido ganando, Según un estudio de 2006, el 90% de los «milmillonarios» de China (calculados en yuanes chinos) son hijos de funcionarios del Partido Comunista. Son en total, aproximadamente, unos 2.900. Estos vástagos del partido (conocidos como «los principitos») controlan una riqueza valorada en unos 260.000 millones de dólares estadounidenses.<sup>54</sup> Se trata de un calco del Estado corporativista del que Chile fue precursor en tiempos de Pinochet: una puerta giratoria entre las élites empresariales y políticas que unen su poder para eliminar a los trabajadores como fuerza política organizada. Este acuerdo de colaboración es apreciable hoy en día en el modo en que las empresas multinacionales mediáticas y tecnológicas ayudan al Estado chino a espiar a sus propios ciudadanos y a asegurarse de que cuando los estudiantes realicen búsquedas por Internet de expresiones como «masacre de la plaza de Tiananmen» o, incluso, «democracia», no aparezca ningún resultado en pantalla. «La creación de la sociedad de mercado actual no fue consecuencia de una secuencia de hechos espontáneos», escribe Wang Hui, «sino de la interferencia y la violencia estatales».<sup>55</sup>

Una de las certezas que reveló Tiananmen fue la asombrosa similitud entre las tácticas del comunismo autoritario y las del capitalismo de la Escuela de Chicago por su voluntad común de hacer desaparecer a los oponentes, de borrar toda resistencia del panorama para empezar de nuevo.

Pese a que la masacre se produjo sólo unos meses después de que hubiera animado a las autoridades chinas a sacar adelante unas políticas de libre mercado dolorosas e impopulares, Friedman nunca tuvo que hacer frente a «una avalancha de protestas por haber estado dispuesto a asesorar a un gobierno tan maléfico». Y, como siempre, no apreció conexión alguna entre el asesoramiento que él mismo había facilitado y la violencia

necesaria para llevarlo a la práctica. Friedman condenó la represión a la que había recurrido China sin dejar de mencionar aquel país como ejemplo de «la eficacia de las medidas de libre mercado a la hora de promover tanto la prosperidad como la libertad».<sup>56</sup>

En una extraña coincidencia, la masacre de la plaza de Tiananmen tuvo lugar el mismo día que la aplastante e histórica victoria electoral de Solidaridad en Polonia: el 4 de junio de 1989. Cada uno de esos países constituyó, en cierto sentido, un caso de estudio muy distinto de la doctrina de *shock*. Ambas naciones tuvieron que recurrir al *shock* y al miedo para imponer una transformación de libre mercado. En China, donde el Estado empleó métodos de terror descarnado, la tortura y el asesinato, el resultado fue, desde la perspectiva del mercado, un éxito rotundo. En Polonia, donde sólo se recurrió al *shock* de la crisis económica y del cambio rápido (y no hubo violencia manifiesta), los efectos del *shock* acabaron apagándose y los resultados fueron mucho más ambiguos.

Puede que, en Polonia, la terapia de *shock* fuese impuesta después de las elecciones, pero, en realidad, supuso una burla del proceso democrático, ya que contradujo directamente los deseos de la aplastante mayoría de los votantes que habían apoyado a Solidaridad. En 1992, por ejemplo, un 60% de los polacos continuaba oponiéndose a la privatización de la industria pesada. En defensa de sus impopulares acciones, Sachs aseguró que no había tenido elección y equiparó su papel al de un cirujano en un quirófano. «Cuando alguien entra en la sala de urgencias de un hospital con un paro cardíaco, el médico no puede más que abrirle el pecho por el esternón, sin preocuparse por las cicatrices que eso le dejará», dijo. «De lo que se trata es de que su corazón vuelva a latir. Y el médico lo deja todo perdido de sangre. Pero no le queda otra opción».<sup>57</sup>

Sin embargo, en cuanto los polacos empezaron a recuperarse de la cirugía inicial, comenzaron a plantearse preguntas acerca del médico y del tratamiento. La terapia de *shock* no había causado en Polonia los «trastornos momentáneos» que Sachs había previsto, sino una depresión en toda regla: la producción industrial se redujo en un 30% durante los dos años siguientes a la primera ronda de reformas. A consecuencia de los recortes en el gasto público y del alud de importaciones baratas que inundaron el país, el desempleo se disparó y, en 1993, ya había alcanzado el

25% en algunas zonas, un escenario desgarrador para un país que, durante el comunismo -y pese a los múltiples abusos y penurias de aquel régimen-, no tenía paro declarado. El desempleo ya no desaparecería ni siquiera cuando la economía nacional recuperó la senda del crecimiento, y acabaría enquistándose en forma de mal crónico. Según las cifras más recientes del Banco Mundial, Polonia tiene una tasa de paro del 20%, la más elevada de la Unión Europea. Para las personas de menos de veinticuatro años, la situación es aún mucho peor: un 40% de los trabajadores jóvenes se encontraban en paro en 2006, el doble de la media del conjunto de la UE. Más espectacular todavía es el número de personas que se hallan en situación de pobreza: en 1989, el 15% de la población polaca vivía por debajo del límite de pobreza; en 2003, el 59% de la población polaca había caído por debajo del umbral.<sup>58</sup> La terapia de *shock* -que había socavado las protecciones laborales y había encarecido considerablemente la vida diaria de los ciudadanos abrió un camino que no condujo a Polonia a convertirse en un país europeo «normal» (con la legislación laboral fuerte y las prestaciones sociales generosas de los países europeos «normales»), sino que trajo las mismas disparidades abismales que habían acompañado a la contrarrevolución allí donde ésta había triunfado, llámese Chile o China.

El hecho de que fuese Solidaridad, el partido construido por los propios obreros manuales de Polonia, la que supervisara la creación de esa *infraclass* permanente representó una amarga traición que engendró un profundo sentimiento de cinismo e ira en el país que nunca ha llegado a disiparse del todo. Los dirigentes de Solidaridad suelen minimizar ahora las raíces socialistas del partido; Walesa ha llegado incluso a afirmar que él ya sabía en 1980 que «tendrían que construir el capitalismo». Karol Modzelewski, militante e intelectual de Solidaridad que pasó ocho años y medio en las cárceles comunistas, replica airado: «Yo no habría pasado ni una semana en prisión por el capitalismo, ¡menos aún ocho años y medio!».<sup>59</sup>

Durante el primer año y medio de gobierno de Solidaridad, los trabajadores creyeron a sus héroes cuando éstos les garantizaron que las penalidades serían temporales, una parada necesaria en el camino que llevaría a Polonia a la Europa moderna. Incluso ante un desempleo desbocado, lo más que organizaron fue un puñado de huelgas, a la espera paciente) de que el apartado terapéutico de aquella terapia de *shock* hiciese efecto. Al ver que la recuperación prometida no llegaba, los miembros de



Solidaridad se sintieron sencillamente confusos: ¿cómo podía haberles traído su propio movimiento un nivel de vida peor que el existente bajo el comunismo? «[Solidaridad] me defendió en 1980 cuando fundé un comité sindical», explicaba un obrero de la construcción de cuarenta y un años, «pero cuando acudí a ellos en busca de ayuda esta vez, me dijeron que tenía que aguantar por el bien de la reforma». <sup>60</sup>

Tras unos dieciocho meses de período de «política extraordinaria» en Polonia, las bases de Solidaridad dijeron basta y exigieron que se pusiera fin al experimento. La extrema insatisfacción reinante se reflejó en un acusado incremento del número de huelgas: en 1990, cuando los obreros aún le daban un voto de confianza a Solidaridad, sólo hubo 250 huelgas; en 1992, ya fueron más de 6.000. <sup>61</sup> Frente a esa presión desde abajo, el gobierno se vio obligado a ralentizar sus planes de privatización más ambiciosos. A finales de 1993, año en el que se produjeron casi 7.500 huelgas, el 62% de toda la industria de Polonia seguía siendo pública. <sup>62</sup>

El hecho de que los trabajadores polacos lograsen frenar la privatización íntegra de su país significa que, por duras y penosas que fueran las reformas, aún pudieron haber sido mucho peores. La oleada de huelgas salvó sin duda centenares de miles de empleos que se habrían perdido si todas esas empresas supuestamente ineficientes hubiesen cerrado o hubiesen sido sometidas a expedientes de regulación de empleo y a reducciones drásticas de plantilla para su posterior venta a manos privadas. Curiosamente, fue a partir de entonces cuando la economía de Polonia empezó a crecer con rapidez, lo que demostró, según el destacado economista polaco (y antiguo miembro de Solidaridad) Tadeusz Kowalik, que quienes tanto afán parecían poner en demostrar la ineficiencia y la obsolescencia de las empresas estatales estaban «evidentemente equivocados».

Además de las huelgas, los trabajadores polacos hallaron otro modo de expresar su enfado con sus antiguos aliados de Solidaridad: emplearon la democracia por la que habían luchado para castigar al partido de forma decisiva en las urnas, un castigo del que no se libró el otrora amado líder Lech Walesa. La dramática derrota se materializó el 19 de septiembre de 1993, cuando una coalición de partidos de izquierda (la Alianza de la Izquierda Democrática) que incluía también a los antiguos comunistas obtuvo el 66% de los escaños del parlamento. Para entonces, Solidaridad ya se había fragmentado en facciones enfrentadas. La facción sindical

consiguió menos del 5% (por lo que dejó de tener grupo parlamentario propio) y el nuevo partido liderado por Mazowiecki, el primer ministro, obtuvo apenas el 10,6% de los escaños: todo un sonoro rechazo a la terapia de *shock*...

Aun así, en los años siguientes, y al tiempo que decenas de países se esforzaban por hallar el modo de reformar sus economías, los detalles más incómodos de lo sucedido en Polonia -las huelgas, las derrotas electorales, los cambios radicales de política- fueron acallados hasta caer en el olvido. Polonia pasó así a la historia como modelo, como prueba de que las transformaciones radicales hacia el libre mercado pueden producirse democrática y pacíficamente.

Toda historia (y las que se cuentan sobre los países en transición con aún más razón) tiene gran parte de mito. Pero la que habitualmente se narra sobre lo acontecido en Polonia y China mejora con mucho la realidad. En Polonia, la democracia fue empleada como arma contra los «mercados libres» en la calle y en las urnas. En China, por su parte, el impulso del capitalismo sin restricciones arrolló a la democracia en la plaza de Tiananmen, pero el *shock* y el terror desataron uno de los *booms* inversores más lucrativos y sostenidos de la historia moderna. Un nuevo milagro nacido de una masacre.

## Capítulo 10: LA DEMOCRACIA QUE NACIÓ ENCADENADA

### La libertad restringida de Sudáfrica

*La reconciliación significa que quienes han estado en la parte perdedora de la historia deben poder apreciar la diferencia cualitativa que existe entre represión y libertad. Y, para ellos, eso significa que la libertad se traduzca en estar bien abastecidos de agua potable y en disponer de electricidad con sólo apretar un interruptor; en poder vivir en un hogar digno y trabajar en un buen empleo; en poder enviar sus hijos a la escuela) en disfrutar de una sanidad accesible. Lo que quiero decir es que ¿de qué sirve haber hecho esta transición si no aumenta y mejora la calidad de vida de estas personas? Si no se consigue esto, el derecho al voto es inútil.*

Arzobispo Desmond Tutu, presidente de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, 2001<sup>1</sup>

*Antes de transferir el poder, el Partido Nacional quiere mutilarlo. Está tratando de negociar una especie de trueque por el que cedería el derecho a gobernar el país conforme a su estilo a cambio del derecho a impedir que los negros lo gobiernen al estilo de los negros.*

Allister Sparks, periodista sudafricano<sup>2</sup>

En enero de 1990, a la edad de setenta y un años, Nelson Mandela empezó a escribir en su barracón carcelario una nota para sus seguidores en el exterior. Con ella pretendía zanjar el debate sobre si los veintisiete años que había pasado entre rejas (la mayor parte de ellos en la isla de Robben, frente a la costa de Ciudad del Cabo) habían debilitado el compromiso del líder con la transformación económica del Estado del *apartheid* en Sudáfrica. La nota sólo contenía dos frases y sentenció la cuestión de una vez por todas: «La nacionalización de las minas, la banca y los monopolios

es la política del ANC [Congreso Nacional Africano], y cualquier cambio o modificación de nuestras opiniones en este sentido es del todo inconcebible. El empoderamiento económico de los negros es una meta que suscribimos y promovemos sin reservas y, en nuestra situación, el control estatal de ciertos sectores de la economía es inevitable».<sup>3</sup>

La historia, pues, no estaba tan acabada como Fukuyama había declarado. En Sudáfrica, la mayor economía del continente africano, parecía que aún había personas que creían que la libertad también incluía el derecho a reclamar y redistribuir las ganancias obtenidas ilegítimamente por los opresores.

Esa creencia constituía la base de la política del Congreso Nacional Africano desde hacía treinta y cinco años, más concretamente, desde que así se expuso en su declaración de principios fundamentales: el Freedom Charter (o «Estatuto de la libertad»). La historia de la elaboración de dicho estatuto forma ya parte del folclore sudafricano y por un buen motivo. El proceso se inició en 1955, cuando el partido envió a 50.000 voluntarios a los *townships*\* y las localidades rurales. La misión de estos voluntarios era recoger las «demandas de libertad» de las personas de a pie: la idea que éstas tenían sobre cómo debía ser el mundo de después del *apartheid*, cuando todos los sudafricanos disfrutaran de los mismos derechos. Las mencionadas «demandas» fueron escritas a mano en trozos diversos de papel: «que se den tierras a las personas que no las tienen», «unos salarios que den para vivir y unas jornadas laborales más cortas», «una educación obligatoria y gratuita, con independencia del color, la raza o la nacionalidad», «derecho a vivir donde uno quiera y a desplazarse libremente», y muchos otros deseos por el estilo.<sup>4</sup> Los dirigentes del Congreso Nacional Africano sintetizaron las peticiones recopiladas en un documento final y éste fue oficialmente adoptado el 26 de junio de 1955 en el Congreso del Pueblo celebrado en Kliptown, un *township* ubicado a modo de colchón de protección entre los barrios de los residentes blancos de Johannesburgo y el masificado hervidero de Soweto. Unos tres mil delegados -negros, indios, «de color» y también algunos blancos se congregaron en una explanada de campo para votar el contenido del documento. Según el relato que el propio Nelson Mandela hizo de la histórica reunión de Kliptown, «se leyó el estatuto en voz alta, apartado por apartado, ante las personas allí congregadas en inglés, sesotho y xhosa. A la conclusión de cada apartado, los asistentes exclamaban su aprobación con

gritos de " ¡Afrika!! " y " ¡Mayibuye! ".<sup>5</sup> La primera reivindicación desafiante del Freedom Charter es clara y explícita: «¡Que el pueblo gobierne!».

A mediados de la década de 1950, ése era un sueño al que aún le quedaban décadas para materializarse. El segundo día del congreso, la congregación fue violentamente dispersada por la policía bajo la alegación de que los delegados estaban tramando una conspiración.

Durante tres décadas, el gobierno de Sudáfrica, dominado por los blancos de origen afrikáner y británico, ilegalizó el ANC y todos aquellos partidos políticos que se propusieran acabar con el *apartheid*. A lo largo de ese período de represión intensa, el Freedom Charter no dejó de circular y de pasar de mano en mano en la clandestinidad revolucionaria sin que su capacidad para inspirar esperanza y resistencia disminuyera en ningún momento. En los años ochenta, fue un testigo recogido por una nueva generación de jóvenes militantes surgida en los *townships*. Hartos de tanta paciencia y buen comportamiento, y dispuestos a hacer lo que fuera necesario para poner fin a la dominación blanca, los jóvenes radicales asombraron a sus padres por su intrepidez. Se lanzaban a las calles sin hacerse falsas ilusiones, cantando que «ni las balas ni los gases lacrimógenos nos detendrán». Sufrían una matanza tras otra, enterraban a sus amigos, pero seguían cantando y seguían acudiendo cada vez más. Cuando se les preguntaba contra qué luchaban, ellos respondían que contra el «*apartheid*» o el «racismo»; cuando se les preguntaba a favor de qué estaban luchando, muchos contestaban que a favor de la «libertad» y, con frecuencia, decían que lo hacían por el «Freedom Charter».

En ese estatuto están consagrados el derecho al trabajo, a una vivienda digna, a la libertad de pensamiento y, como principio más radical, a compartir la riqueza del país más rico de África, una nación que contiene, entre otros tesoros, el yacimiento aurífero más grande del mundo. Según se proclama en el Freedom Charter, «al pueblo le será restaurada la riqueza nacional de nuestro país, la herencia de los sudafricanos; la riqueza mineral del subsuelo, la banca y los monopolios serán transferidos a la propiedad conjunta de todo el pueblo; todos los demás sectores económicos y el comercio serán controlados para que contribuyan al bienestar del pueblo».<sup>6</sup>

Cuando aquel estatuto fue redactado, hubo voces dentro del movimiento de liberación que lo consideraron decididamente centrista y algunos lo tacharon de imperdonablemente débil. Los panafricanistas

hostigaron al ANC por haber realizado excesivas concesiones a los colonizadores blancos (¿por qué tenía que pertenecer Sudáfrica a «todos, tanto blancos como negros»?), se preguntaban; el programa tenía que haber exigido, como ya lo hiciera en su momento el nacionalista negro jamaicano Marcus Garvey, que África fuese «para los africanos».) Los marxistas recalcitrantes desdeñaron las peticiones incluidas en el estatuto por «pequeñoburguesas»: lo revolucionario no era dividir la propiedad de la tierra entre todas las personas; el propio Lenin había dicho que la propiedad privada en sí tenía que abolirse.

Lo que todas las facciones de la lucha por la liberación daban por sentado era que el *apartheid* no era únicamente un sistema político que regulaba quién tenía derecho a votar y a moverse libremente por el país, sino también un sistema *económico* que recurría al racismo para validar un esquema sumamente lucrativo: una reducida élite blanca había logrado amasar enormes beneficios con las minas, las granjas y las fábricas de Sudáfrica gracias a que el sistema impedía que la gran mayoría negra pudiese ser propietaria de tierras y, por tanto, se veía obligada a proporcionar su fuerza de trabajo por mucho menos de lo que realmente valía (sin olvidar que sus miembros eran tratados a golpes y encarcelados si osaban rebelarse). En las minas, los blancos cobraban salarios hasta diez veces superiores a los de los negros y, como en América Latina, los grandes industriales colaboraban estrechamente con el ejército para que éste se deshiciera de los trabajadores indisciplinados.<sup>7</sup>

Lo que se proclamaba en el Freedom Charter (y constituía, al mismo tiempo, una base de consenso en el movimiento de liberación) era que la libertad no llegaría sin más cuando los negros controlasen el Estado, sino cuando la riqueza del país que había sido ilegítimamente confiscada fuese recuperada para el conjunto de la sociedad y redistribuida entre ésta. Sudáfrica no podía continuar siendo un país con un nivel de vida californiano para los blancos y otro congoleño para los negros, tal como solía describirse la situación nacional durante los años del *apartheid*; la libertad requería que se hallara una situación intermedia entre ambas.

Eso fue lo que Mandela confirmó con la nota de dos frases que remitió desde prisión: el líder aún creía en el principio fundamental de que, sin redistribución, no habría libertad. Aquélla era una declaración con enormes implicaciones, sobre todo en un momento en el que tantos otros países se hallaban también «en transición». Si Mandela llevaba al ANC hasta el

poder y nacionalizaba la banca y las minas, el precedente haría mucho más difícil que los economistas de la Escuela de Chicago pudiesen desechar sin más esa misma clase de propuestas en otros países tachándolas de reliquias del pasado y pudiesen afirmar tan insistentemente que sólo los mercados y el comercio libres y sin trabas tienen la capacidad de enderezar las desigualdades profundas.

El 11 de febrero de 1990, dos semanas después de haber redactado aquella nota, Mandela salía de prisión en libertad y convertido en la figura más próxima a un santo en vida que existía en aquel momento en el mundo. Los *townships* de Sudáfrica estallaron de júbilo y renovada convicción de que nada podía detener la lucha por la liberación a partir de entonces. A diferencia de lo que había sucedido en la Europa del Este, el de Sudáfrica no era un movimiento de liberación que hubiera sido aplastado previamente y debía levantarse de la nada, sino que llevaba una trayectoria ascendente y se encontraba en plena racha. Mandela, por su parte, sufría un caso tan palmario de *shock* cultural que llegó incluso a confundir el micrófono de una cámara con «algún tipo de arma moderna inventada mientras estuve en la cárcel».<sup>8</sup>

Aquél era, sin duda, un mundo distinto del que había dejado al otro lado de los muros de la prisión veintisiete años antes. Cuando Mandela fue arrestado en 1962, una oleada de nacionalismo del Tercer Mundo barría el continente africano; a principios de la década de 1990, África estaba desgarrada por las guerras. Mientras estuvo en prisión, las revoluciones socialistas habían prendido y se habían apagado: el Che Guevara había sido abatido a tiros en Bolivia en 1967; Salvador Allende había muerto en el golpe de Estado de 1973; el héroe de la liberación de Mozambique y primer presidente del país, Samora Machel, había perecido en un misterioso accidente aéreo en 1986. El final de la década de los ochenta y el principio de la de los noventa habían sido el momento de la caída del Muro de Berlín, de la represión en la plaza de Tiananmen y del desmoronamiento del comunismo. Pero, pese a tanto cambio, era muy poco el tiempo disponible para ponerse al día: nada más ser liberado, Mandela tenía ante sí un pueblo al que conducir hacia la libertad evitando la guerra civil y el colapso económico (posibilidades con visos serios de realismo en aquel momento).

La Sudáfrica del ANC parecía ofrecer una posibilidad única de convertir en realidad el sueño de una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo (capaz de democratizar el país y redistribuir la riqueza al mismo

tiempo). Y no sólo por el vendaval de admiración y apoyo que despertaba Mandela en aquellos instantes, sino también por la forma particular en que se había desarrollado la lucha anti-apartheid en los años precedentes. En la década de 1980, el movimiento había adquirido una dimensión verdaderamente mundial. Fuera de Sudáfrica, el arma que los activistas esgrimieron con mayor eficacia fue la del boicot a determinadas empresas: tanto a las que vendían productos fabricados en Sudáfrica como a las que hacían negocios con el Estado del *apartheid*. El objetivo de la estrategia del boicot era poner en suficientes aprietos al sector empresarial a fin de que éste presionase sobre el intransigente gobierno sudafricano para que terminara con el régimen de *apartheid*. Pero la campaña tenía también un componente moral: muchos consumidores tenían la firme convicción de que las compañías que se lucraban con las leyes supremacistas blancas merecían ser castigadas económicamente.

Era esa actitud la que daba al ANC una oportunidad única de rechazar la ortodoxia liberalizadora del momento. La opinión de que las grandes empresas tenían parte de responsabilidad en los crímenes del *apartheid* estaba tan extendida en todo el mundo, que Mandela contaba con suficiente margen (y terreno bien abonado) para explicar por qué había que nacionalizar sectores clave de la economía sudafricana tal como exigía el Freedom Charter y que sus argumentos fuesen entendidos a nivel internacional. Podía haber empleado esa misma lógica para explicar por qué la deuda acumulada durante el *apartheid* era también una carga ilegítima que un gobierno nuevo y elegido por votación popular no debía soportar. El FMI, el Departamento estadounidense del Tesoro y la Unión Europea habrían hecho pública su indignación ante tan indisciplinada conducta, pero no hay que olvidar que Mandela era también un «santo en vida»: el apoyo popular que tal medida habría tenido a escala mundial habría sido igualmente enorme.

Nunca sabremos cuál de esas dos fuerzas habría resultado más poderosa en una confrontación directa. En los años que transcurrieron entre el momento en que Mandela escribió aquella nota desde la cárcel y la aplastante victoria electoral del ANC en 1994 (que llevó a Mandela a la presidencia del país), sucedió algo que convenció a las altas esferas de la jerarquía del partido de que no podían emplear su prestigio entre las bases populares de todo el mundo para reivindicar y redistribuir la riqueza robada del país. Finalmente, en lugar de hallar el punto medio entre California y el



Congo, el ANC optó por un conjunto de políticas que dispararon la desigualdad y la delincuencia hasta tal punto que la línea divisoria de la Sudáfrica actual se asemeja más bien a la que separa Beverly Hills de Bagdad. El país representa hoy en día un testamento vivo de lo que ocurre cuando la reforma económica es extirpada de la transformación política. En el plano político, el pueblo sudafricano dispone hoy del derecho de sufragio y de otros derechos fundamentales, y se rige por el principio de gobierno de la mayoría. Pero, en lo económico, Sudáfrica ha rebasado a Brasil como la sociedad con mayor desigualdad del mundo.

Yo misma fui a Sudáfrica en 2005 para tratar de entender qué había sucedido en la transición -en aquel período clave transcurrido entre 1990 y 1994- para que Mandela tomara un camino que él mismo había calificado inequívocamente de «inconcebible».

Los dirigentes del ANC entablaron negociaciones con el Partido Nacional en el poder decididos a evitar la pesadilla por la que había pasado la vecina Mozambique cuando el movimiento independentista había forzado el fin del dominio colonial portugués en 1975. Los colonos lusos, animados por una especie de deseo de venganza, arrasaron con todo lo que pudieron antes de abandonar el lugar: sellaron con cemento los huecos de los ascensores, destrozaron los tractores y despojaron al país de todo lo que pudieron llevarse consigo. Uno de los grandes méritos del ANC fue la capacidad que demostró para negociar un traspaso relativamente pacífico del poder. No obstante, no supo impedir que los mandatarios sudafricanos de la era del *apartheid* causaran sus propios estragos al abandonar el gobierno. A diferencia de sus homólogos mozambiqueños, los dirigentes y miembros del Partido Nacional no se dedicaron a verter hormigón en las instalaciones que dejaban atrás: su sabotaje, aunque igual de paralizante, fue sumamente más sutil y quedó reflejado en la letra pequeña de todas aquellas negociaciones.

Las conversaciones en las que se negociaron los términos del fin del *apartheid* tuvieron lugar siguiendo dos vías paralelas que, a menudo, se entrecruzaban: una era política y la otra, económica. La mayor parte de la atención, como era natural, se centró en las cumbres políticas al máximo nivel entre Nelson Mandela y F. W. de Klerk, líder del Partido Nacional.

La estrategia de De Klerk durante aquellas negociaciones consistió en preservar para los suyos todo el poder posible. Lo intentó todo (partir el país en una federación, asegurarse un poder de veto para los partidos

minoritarios, reservarse un cierto porcentaje de los cargos gubernamentales y de la administración pública para cada grupo étnico) para impedir que imperara el principio de decisión por mayoría simple, porque estaba convencido de que éste conduciría a la aprobación de expropiaciones masivas de terreno y a la nacionalización de las grandes empresas. Como Mandela explicaría más tarde, «lo que el Partido Nacional trataba de hacer era mantener la supremacía blanca con nuestro consentimiento». De Klerk tenía armas y dinero para respaldar su posición, pero su oponente contaba con un movimiento de millones de personas. Mandela y su negociador principal, Cyril Ramaphosa, ganaron casi todos los asaltos.<sup>9</sup>

Pero paralelamente a esas cumbres que, a menudo, destacaban por sus explosivos contenidos, se produjeron las negociaciones económicas, con un perfil público mucho más bajo, y que fueron gestionadas desde el bando del ANC principalmente por Thabo Mbeki (estrella emergente del partido por aquel entonces y actual presidente de Sudáfrica). A medida que las conversaciones políticas progresaban y se iba haciendo más evidente para el Partido Nacional que el parlamento acabaría claramente en manos del ANC, el partido de las élites de Sudáfrica empezó a concentrar su energía y su creatividad en las negociaciones económicas. Los blancos sudafricanos no habían podido impedir que los negros se hicieran con el control del gobierno, pero en lo tocante a salvaguardar la riqueza que habían amasado durante el *apartheid*, no iban a rendirse tan fácilmente.

Durante esas conversaciones, el gobierno De Klerk mantuvo una estrategia doble. En primer lugar, impulsándose sobre el Consenso de Washington en alza en aquel momento y que propugnaba que sólo había un modo de dirigir una economía, definió determinados sectores clave de la toma de decisiones económicas (como la política comercial y el banco central) como «técnicos» o «administrativos». Luego, aprovechó la ocasión para traspasar el control sobre toda una serie de novedosos instrumentos políticos (acuerdos internacionales de comercio, innovaciones en materia de derecho constitucional y programas de ajuste estructural) a expertos, economistas y funcionarios supuestamente imparciales del FMI, el Banco Mundial, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), y el Partido Nacional (o de cualquier otra instancia con tal de que no fuese a los combatientes por la libertad del ANC) para que se encargaran de gestionar estos centros de poder. Se trataba de una estrategia de

balcanización de la economía del país, similar a la intentada originalmente por De Klerk con su geografía.

El plan se ejecutó con éxito ante las narices de los propios líderes del ANC, que, como era lógico, estaban especialmente preocupados por ganar la batalla por el control del parlamento. En el proceso, el ANC olvidó protegerse frente a esa otra estrategia, mucho más insidiosa, y que consistía, esencialmente, en un elaborado plan para asegurarse de que las cláusulas económicas contenidas en el Freedom Charter no llegaran nunca a convertirse en ley en Sudáfrica. El deseo de «¡que el pueblo gobierne!» se haría pronto realidad, pero el ámbito sobre el que realmente gobernaría mermaba de un día para otro.

Mientras se desarrollaban aquellas negociaciones entre adversarios, el ANC también andaba muy atareado preparando a sus propias filas para el día en que asumieran el poder. Se formaron equipos de trabajo con economistas y abogados del ANC para determinar exactamente cómo transformar las promesas del Freedom Charter -concretamente, las relacionadas con la vivienda y la sanidad- en políticas aplicables en la práctica. El más ambicioso de aquellos planes fue el denominado Make Democracy Work («Hagamos que funcione la democracia»), un modelo económico para el futuro de Sudáfrica tras el *apartheid* que se redactó mientras se llevaban a cabo las negociaciones de alto nivel. Lo que los leales del partido no sabían en aquel momento era que, mientras ellos ideaban y ultimaban sus ambiciosos planes, el equipo que les representaba en la mesa de negociaciones económicas estaba aceptando concesiones que iban a hacer prácticamente imposible la implementación de los proyectos del ANC. «Aquello nació muerto», me explicó el economista Vishnu Padayachee refiriéndose a Make Democracy Work. Para cuando se terminó el primer borrador del documento, «las reglas del juego ya habían cambiado por completo».

Al ser uno de los pocos economistas por formación que eran miembros activos del ANC, Padayachee fue llamado a desempeñar un papel destacado en Make Democracy Work («procesar datos y realizar cálculos», según su testimonio). La mayoría de las personas con que trabajó codo con codo en aquellas largas reuniones para la propuesta de políticas concretas acabaron ocupando altos cargos del gobierno del ANC; no ha ocurrido así con el propio Padayachee. Él ha rechazado todos los ofrecimientos de altos cargos gubernamentales que le han hecho y ha preferido proseguir con su vida

académica en Durban, donde imparte docencia, escribe y es dueño de su querida llamada así en honor de Ike Mayet, el primer librero sudafricano no blanco. Fue allí, rodeados de volúmenes descatalogados y magníficamente conservados sobre historia africana, donde nos reunimos para hablar de la transición.

Padayachee se incorporó a la lucha por la liberación en la década de los setenta ejerciendo de asesor del movimiento sindical, en Sudáfrica. «En aquellos tiempos, todos teníamos el Freedom Charter pegado en la parte de atrás de la puerta de nuestra casa o de nuestra habitación», recordaba. Le pregunté cuándo supo que las promesas económicas allí recogidas no llegarían a materializarse. Dijo que la primera vez que lo sospechó fue a finales de 1993, cuando él y uno de sus colegas del grupo de Make Democracy Work recibieron una llamada del equipo negociador que se hallaba ya en las etapas finales del regateo con el Partido Nacional. Les llamaron para pedirles que escribieran un informe de recomendaciones en el que se especificaran los pros y los contras de convertir el banco central de Sudáfrica en una entidad independiente que se rigiera con total autonomía con respecto al gobierno electo. La petición de los negociadores era especialmente apremiante: necesitaban aquel documento para la mañana siguiente.

«Nos pillaron completamente desprevenidos», recordaba Padayachee, que tiene ahora cincuenta y pocos años de edad. Él había cursado estudios de posgrado en la Universidad John Hopkins, en Baltimore. Sabía que, por aquel entonces, incluso entre los economistas estadounidenses partidarios del libre mercado, la idea de la independencia de los bancos centrales era considerada marginal y extrema, el capricho de unos pocos ideólogos de la Escuela de Chicago que creían que los bancos centrales debían gestionarse como si de repúblicas soberanas dentro de los Estados se tratase; fuera del alcance de las patosas manos de los legisladores electos.\*<sup>10</sup> Para Padayachee y sus colegas, que creían fervientemente que la política monetaria tenía que estar al servicio de las «grandes metas del crecimiento, el empleo y la redistribución» que se marcara el nuevo gobierno, la postura del ANC no podía ofrecer lugar a dudas: «En Sudáfrica, no podía haber un banco central independiente».

Padavachee y su colega se quedaron toda aquella noche despiertos redactando el documento que proporcionara al equipo negociador los argumentos que necesitaba para resistir aquel órdago del Partido Nacional.

Si el banco central (que en Sudáfrica recibe el nombre de Reserve Bank -o Banco de la Reserva-) se gobernaba de forma separada al resto de la administración del Estado, el ANC podría ver seriamente restringida su capacidad para mantener las promesas recogidas en el Freedom Charter. Además, si el banco central no era responsable ante el gobierno del ANC, ¿ante quién lo sería exactamente? ¿Ante el FMI? ¿Ante la Bolsa de Johannesburgo? Era obvio que el Partido Nacional estaba tratando de abrir una especie de salida por la puerta de atrás para aferrarse al poder incluso después de perder las elecciones y ésa era una estrategia a la que había que oponerse a toda costa. «Estaban tratando de retener y bloquear todo lo que pudieran», recordaba Padayachee. «Ésa era una parte evidente de su agenda negociadora.»

Padayachee envió el documento por fax por la mañana, pero no recibió respuesta alguna en semanas. «Entonces, cuando les preguntamos qué había pasado, nos dijeron: "Bueno, hemos cedido en ese punto"». El banco central no sólo iba a funcionar como una entidad autónoma dentro del Estado sudafricano (hasta el punto de que su independencia quedaría incluso consagrada en la nueva constitución), sino que estaría presidido por el mismo hombre que lo había dirigido durante el *apartheid*, Chris Stals. Y no fue el banco central lo único que rindió el ANC: otra de sus grandes concesiones fue admitir que Derek Keyes, ministro de Economía blanco durante el *apartheid*, se mantuviera en su cargo (de un modo extrañamente parecido a lo sucedido en Argentina, donde el ministro de Economía y el presidente del banco central durante la dictadura se las arreglaron para recuperar sus puestos tras la transición democrática). El *New York Times* alabó la figura de Keyes a quien calificó de «destacado apóstol de la reducción del gasto público y del trato favorecedor a las empresas en aquel país». <sup>11</sup>

Hasta aquel momento, según me comentó Padayachee, «habíamos sido optimistas porque, ¡por Dios!, la nuestra era una lucha revolucionaria; al menos, *algo* tenía que salir de ella». Cuando se enteró de que el banco central y el Ministerio de Economía y Hacienda iban a ser dirigidos por sus antiguos mandamases del *apartheid*, supo que «todo estaba perdido en cuanto a la transformación económica». Le pregunté si creía que los negociadores eran conscientes de lo mucho que habían perdido y, tras un momento de vacilación, respondió: «Sinceramente, no». Aquello fue una

mera consecuencia del mercadeo: «En las negociaciones, había que ofrecer algo, y los nuestros cedieron todas esas cosas (yo te doy esto, tú me das aquello)».

Desde el punto de vista de Padayachee, nada de aquello había sucedido porque se hubiese producido un gran acto de traición por parte de los líderes del ANC, sino, simplemente, porque éstos se vieron superados por las maniobras de sus contrincantes en una serie de temas que no parecían tan cruciales en aquel momento, pero que acabarían dejando la tan largo tiempo esperada liberación de Sudáfrica pendiente de un hilo.

Lo que ocurrió en aquellas negociaciones fue que el ANC se vio atrapado en una nueva clase de red tejida con normativas y regulaciones crípticas destinadas a confinar y constreñir el poder de los dirigentes electos. En el momento en el que se lanzó esa red sobre el país, pocos fueron los que siquiera se dieron cuenta de que estaba ahí, pero cuando el nuevo gobierno llegó al poder y trató de maniobrar libremente para dar a sus votantes los beneficios tangibles de la liberación que éstos esperaban (y por los que creían haber votado), los hilos de la red se tensaron y la administración descubrió que sus poderes estaban férreamente limitados. Patrick Bond, que trabajó de asesor económico en la oficina de Mandela durante los primeros años de mandato del ANC, recuerda que en las dependencias presidenciales se solía comentar, a modo de broma: «¡Eh, tenemos el Estado! ¿Dónde está el poder?». En el momento mismo en que el nuevo gobierno trataba de materializar los sueños del Freedom Charter, descubrió que el poder estaba en otra parte.

¿Que quieren redistribuir tierras? Imposible. En el último momento, los negociadores accedieron a añadir una cláusula a la nueva constitución que protege toda la propiedad privada y hace prácticamente inviable cualquier intento de reforma agraria que pase por la redistribución de los terrenos de cultivo y pastoreo. ¿Que quieren crear empleos para millones de trabajadores en paro? No pueden. Centenares de fábricas estaban a punto de cerrar porque el ANC había suscrito el GATT, el acuerdo precursor de la Organización Mundial del Comercio, que ilegalizaba los subsidios a las plantas de producción de automóviles y a las industrias textiles. ¿Que quieren conseguir medicamentos gratuitos contra el sida para los *townships*, donde esa enfermedad se está extendiendo a una velocidad terrorífica? No,

pues eso vulnera un compromiso de respeto de los derechos de la propiedad intelectual contenido en el acuerdo constitutivo de la OMC, en la que el ANC introdujo al país sin mediar debate público alguno, simplemente como continuación natural del GATT. ¿Que necesitan dinero para construir más viviendas (y más grandes) para la población pobre y para llevar electricidad gratuita a los *townships*? Lo sentimos. El presupuesto está siendo consumido casi por completo por el pago de una enorme deuda transmitida, como quien no quiere la cosa, por el gobierno del *apartheid*. ¿Que quieren emitir más moneda? Vayan a decírselo al jefe del banco central, que es el mismo que había en la era del *apartheid*. ¿Agua gratuita para todo el mundo? Lo dudamos mucho. El Banco Mundial y el amplio contingente de economistas, investigadores y formadores que aquél tiene operativo en el propio país (una especie de autoproclamado «banco de conocimientos»), están haciendo de las sociedades privadas la norma en el sector servicios. ¿Que quieren imponer controles a la circulación de divisas para proteger al país de una especulación salvaje? Eso vulneraría el acuerdo de 850 millones de dólares firmado con el FMI (¡cómo no!) justo antes de las elecciones. ¿Aumentar el salario mínimo para reducir el diferencial de rentas heredado del *apartheid*? No. El acuerdo con el FMI nos compromete a promover la «contención salarial».<sup>12</sup> Y ni se les ocurra ignorar estas obligaciones: cualquier modificación será considerada una muestra de nula fiabilidad, de falta de compromiso con la «reforma», de ausencia de un «sistema reglamentado». Todo eso provocará, a su vez, quiebras monetarias, recortes de las ayudas y huida de capitales. La conclusión principal era que Sudáfrica era libre, pero, al mismo tiempo, cautiva: cada una de aquellas misteriosas siglas y acrónimos representaba uno más de los hilos de la red que maniataba al nuevo gobierno.

Rassool Snyman, activista anti-apartheid durante muchos años, me describió la trampa con toda crudeza. «Nunca nos liberaron. Lo único que hicieron fue quitarnos la cadena del cuello para ponérsela en los tobillos». Yasmin Sooka, una destacada activista sudafricana de los derechos humanos, me explicó que la transición «fue una advertencia del gran capital que nos dijo: "Nos quedaremos con todo y vosotros [el ANC] gobernaréis sólo nominalmente. [...] Podéis tener poder político, podéis tener una fachada de gobierno, pero la acción de gobierno real se producirá en otra parte"».\*<sup>13</sup> Fue el característico proceso de infantilización que tan común

resulta en los llamados países «en transición»: a los nuevos gobiernos se les dan las llaves de la casa, pero no la combinación de la caja fuerte.

Parte de lo que yo pretendía comprender era cómo, tras una lucha tan épica por la libertad, se había podido permitir que algo así llegase a suceder. No sólo trataba de saber cómo habían podido rendirse los líderes del movimiento de liberación en el frente económico, sino también cómo habían dejado las bases del ANC -las personas que tantos sacrificios habían hecho- que sus líderes se rindieran de ese modo. ¿Por qué no exigieron los militantes del movimiento que el ANC mantuviera las promesas contenidas en el Freedom Charter y por qué no se rebelaron contra las concesiones cuando se hicieron éstas?

Planteé la pregunta a William Gumede, un activista de tercera generación del ANC que, como líder del movimiento estudiantil durante la transición, también se lanzó a la calle en múltiples ocasiones durante aquellos tumultuosos años. «Todo el mundo estaba pendiente de las negociaciones políticas», recuerda, refiriéndose a las cumbres entre De Klerk y Mandela. «Y si la gente hubiese tenido la sensación de que aquello no iba bien, se habrían producido manifestaciones multitudinarias. Pero cuando los negociadores económicos informaban de sus temas, todos creíamos que lo suyo era algo técnico; a nadie le interesaba». Esa impresión, dijo, fue alentada por el propio Mbeki, que describía las conversaciones como de «índole administrativa» y de escaso interés popular (muy al estilo de los chilenos cuando hablaban de su «democracia tecnificada»). Por eso, me dijo exasperado, «¡lo pasamos por alto! ¡Nos perdimos la historia verdaderamente trascendental!».

Gumede, que es hoy uno de los periodistas de investigación más respetados de Sudáfrica, dice que él llegó a comprender con el tiempo que en aquellas reuniones «técnicas» se estaba decidiendo el verdadero futuro de su país, pero que muy pocos se dieron cuenta de ello en aquel entonces. Como tantas otras personas con las que hablé, Gumede me recordó que Sudáfrica corrió un riesgo real de guerra civil durante todo el período de transición: los *townships* vivían aterrorizados por bandas armadas por el Partido Nacional, la policía seguía practicando matanzas, no dejaban de producirse asesinatos de líderes y dirigentes, y continuamente se hablaba de la posibilidad de que el país se sumiera por completo en un auténtico baño



de sangre. «Yo me centraba en la política, en la acción de masas. Fui a Bisho [escenario de un enfrentamiento decisivo entre los manifestantes y la policía] gritando "¡Esos de ahí tienen que irse! "», recordaba Gumede. «Pero aquélla no era la lucha de verdad: la verdadera confrontación se estaba produciendo en el terreno económico. Y me siento decepcionado de haber sido tan ingenuo. Pensaba que tenía la suficiente madurez política para comprender los temas que estaban en juego. ¿Cómo me pudo pasar aquello por alto?».

Desde entonces, Gumede ha tratado de recuperar el tiempo perdido. Cuando nos encontramos, se hallaba en medio de la controversia nacional despertada por su nuevo libro, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*. Se trata de una exposición exhaustiva de cómo el ANC negoció la renuncia a la soberanía económica del país en aquellas reuniones a las que tan poca atención había podido prestar entonces. «Escribí el libro movido por el enfado», me explicó Gumede, «el enfado conmigo mismo y con el partido».

Cuesta imaginarse, de todos modos, en qué podría haber diferido el resultado final de todo aquello. Si Padayachee está en lo cierto y los propios negociadores del ANC no supieron advertir la enormidad de aquello a lo que estaban renunciando, ¿qué posibilidad habrían tenido los activistas callejeros del movimiento?

Durante aquellos años clave en los que se firmaron los pactos, los sudafricanos vivieron un constante estado de crisis. Tan pronto pasaban de la euforia de ver a Mandela libre a la indignación de saber que Chris Hani, un militante más joven que muchos esperaban que sucediera a Mandela como líder, había sido asesinado a tiros por un pistolero racista. Salvo un reducido puñado de economistas, nadie quería hablar de algo como la independencia del banco central, un tema capaz de narcotizar a cualquiera, aun en circunstancias normales. Gumede señala que la mayoría de la población asumió sin más que poco importaban los compromisos a los que se llegara para acceder al poder, porque en cuanto el ANC estuviese firmemente asentado en él, podrían deshacerse. «Nosotros íbamos a ser el gobierno; podíamos arreglarlo más adelante», dijo.

Lo que no entendieron los activistas del ANC en aquel entonces era que lo que se estaba modificando en aquellas negociaciones era la naturaleza misma de la democracia, y se estaba alterando de tal manera que,

en cuanto la red de limitaciones y constricciones hubiese caído sobre el país, no podría haber un *más adelante*.

Durante los dos primeros años de gobierno del ANC, el partido continuó intentando emplear los limitados recursos de los que disponía para cumplir con la promesa de la redistribución. Hubo un aluvión de inversiones públicas: se construyeron más de cien mil viviendas para las personas pobres y se realizaron millones de conexiones en hogares privados con las redes de agua, electricidad y teléfono.<sup>14</sup> Pero, abrumado por la deuda y presionado internacionalmente para privatizar esos servicios, el gobierno pronto empezó a subir sus precios (repitiendo de nuevo la historia de siempre). Tras una década de gobierno del ANC, millones de personas han visto interrumpidos sus recién conectados servicios de suministro de agua y electricidad por impago de las facturas.\* Al menos un 40% de las líneas telefónicas nuevas ya no estaban en servicio en 2003.<sup>15</sup> En cuanto a «las minas, la banca y los monopolios» que Mandela se había comprometido a nacionalizar, continuaron en manos de los mismos megaconglomerados (propiedad de accionistas mayoritarios blancos) que controlan, al mismo tiempo, el 75% de la Bolsa de Johannesburgo.<sup>16</sup> En 2005, sólo el 4% de las empresas que cotizaban en dicho mercado bursátil eran propiedad exclusiva o mayoritaria de accionistas negros.<sup>17</sup> En 2006, la propiedad del 70% del terreno de Sudáfrica estaba todavía monopolizada por los blancos, que sólo constituyen el 10% de la población.<sup>18</sup> Pero lo más triste es lo que se ha producido en el ámbito sanitario, donde el gobierno del ANC ha dedicado mucho más tiempo a negar la gravedad de la crisis del sida que a obtener fármacos que salven la vida de los 5 millones aproximados de personas que están infectadas con el VIH (aun cuando, a principios de 2007, parecían discernirse algunos indicios positivos de progreso en ese sentido).<sup>19</sup> De todos modos, quizás la siguiente sea la estadística más impactante de todas: desde 1990, año en que Mandela salió de la cárcel, la esperanza de vida media de los sudafricanos ha descendido en trece años.<sup>20</sup>

Bajo todos esos datos y cifras, subyace una fatídica decisión tomada por el ANC cuando sus líderes cayeron en la cuenta de que sus oponentes habían sabido obrar con más habilidad en la mesa de negociaciones

económicas. En ese momento, el partido podría haber tratado de lanzar un segundo movimiento de liberación a fin de romper la asfixiante red que se había tejido sobre su gobierno durante la transición. Pero también podía limitarse a aceptar su poder restringido y adherirse al nuevo orden económico. Y ésa fue la opción elegida por los dirigentes del ANC. En lugar de convertir la redistribución de la riqueza ya existente en el país (el núcleo del Freedom Charter con el que se había presentado a las elecciones y las había ganado) en el punto central de su política, el ANC aceptó al acceder al gobierno la lógica dominante de que su única esperanza era buscar inversores extranjeros que generasen nueva riqueza cuyos beneficios acabasen filtrándose también hacia los más pobres. Pero para que ese modelo de enriquecimiento por filtración descendente tuviese la más mínima posibilidad de funcionar, el gobierno del ANC tenía que modificar radicalmente su conducta para hacerse atractivo a esos inversores.

Ésa no era tarea fácil, como bien había podido comprobar Mandela al salir de prisión. Nada más ser liberado, la Bolsa sudafricana se desplomó presa del pánico; la moneda sudafricana, el rand, también cayó un 10%.<sup>21</sup> Unas semanas después, De Beers, la gran corporación empresarial de los diamantes, trasladó su sede central de Sudáfrica a Suiza.<sup>22</sup> Esa especie de castigo inmediato propinado por los mercados habría sido inimaginable tres décadas antes, cuando Mandela fue encarcelado. En los años sesenta, era inconcebible que las multinacionales cambiasen de nacionalidad a su antojo y el sistema monetario mundial continuaba aún firmemente ligado al patrón oro. Treinta años después, todos los controles que pesaban sobre la moneda de Sudáfrica habían sido levantados, habían desaparecido las barreras al comercio y la mayor parte de las operaciones de compraventa eran de carácter especulativo a corto plazo.

Al volátil mercado no sólo no le gustó la idea de la puesta en libertad de Mandela: bastaban unas simples palabras fuera de contexto pronunciadas por él mismo o por sus camaradas dirigentes del ANC para provocar la huida en estampida de lo que el columnista del *New York Times* Thomas Friedman ha denominado muy acertadamente «la manada electrónica».<sup>23</sup> La estampida con la que fue recibida la liberación de Mandela fue sólo el comienzo de lo que se convirtió en un juego de llamadas y respuestas entre los dirigentes del ANC y los mercados financieros: un diálogo de *shocks* que adiestró al partido en las nuevas reglas del juego. Cada vez que un destacado alto cargo del partido decía algo que insinuase que el aciago

Freedom Charter podía acabar convirtiéndose en política del nuevo gobierno, el mercado respondía con un *shock* que hacía que el rand entrase en caída libre. Las reglas eran sencillas y crudas (el equivalente electrónico de un conjunto de gruñidos monosilábicos): ¿justicia?, cara, vender; ¿*statu quo*?, bueno, comprar. Cuando, al poco de su liberación, Mandela volvió a declararse favorable a la nacionalización con motivo de un almuerzo privado con destacados empresarios, «el All-Gold Index <sup>\*</sup> cayó un 5%». <sup>24</sup>

Incluso gestos que no parecían guardar relación alguna con el mundo financiero, pero que podían dar a entender la existencia de un radicalismo latente, parecían sacudir igualmente los mercados. Así, cuando Trevor Manuel, un ministro del ANC, calificó el rugby en Sudáfrica de «deporte de la minoría blanca» porque su selección nacional estaba formada exclusivamente por jugadores blancos, el rand volvió a acusar un serio golpe. <sup>25</sup>

De todas las limitaciones impuestas sobre el nuevo gobierno, fue la de los mercados la que resultó más restrictiva, y ahí radica, en cierto sentido, el secreto del capitalismo sin trabas: en su capacidad para autoimponerse. En cuanto los países se abren a los temperamentales estados de ánimo de los mercados globales, toda desviación de la ortodoxia de la Escuela de Chicago es castigada al instante por los operadores de Nueva York y Londres, que apuestan contra la moneda del país infractor y ocasionan con ello una profundización de su crisis y una necesidad de mayores préstamos, con las consiguientes condiciones añadidas que éstos llevan inscritas. Mandela se dio cuenta de la trampa en 1997, cuando declaró ante el congreso nacional del ANC que «la movilidad misma del capital y la globalización de los mercados de capital y de otros bienes y servicios imposibilitan que los países puedan, por ejemplo, decidir su política económica sin considerar antes la respuesta probable de esos mercados». <sup>26</sup>

La persona que desde dentro del ANC mejor parecía entender cómo hacer que los *shocks* acabasen era Thabo Mbeki, mano derecha de Mandela durante su presidencia y futuro sucesor suyo. Mbeki había pasado *muchos años* de exilio en Inglaterra, donde estudió en la Universidad de Sussex y vivió también en Londres. En la década de los ochenta, mientras los *townships* de su país se inundaban de gases lacrimógenos, él aspiraba los vapores del thatcherismo. De todos los líderes del ANC, Mbeki era el que más facilidad tenía para mezclarse con los directivos del mundo empresarial y, antes incluso de la liberación de Mandela, ya había organizado varias

reuniones secretas con ejecutivos de grandes empresas que se mostraban temerosos ante la perspectiva de un gobierno de la mayoría negra. En 1985, tras una noche bebiendo whisky con Mbeki y un grupo de empresarios sudafricanos en un pabellón de caza zambiano, Hugh Murray, director de una prestigiosa revista de negocios, comentó: «El "gran jefe" del ANC tiene una asombrosa habilidad para infundir confianza, incluso en las circunstancias más tensas».<sup>27</sup>

Mbeki estaba convencido de que la clave para calmar al mercado consistía en que el ANC inspirase esa confianza característica de los clubes privados pero a una escala mucho más amplia. Según Gumede, Mbeki asumió el papel de tutor del libre mercado dentro del partido. La bestia del mercado había sido liberada, explicaba Mbeki, y no había modo de domesticarla: sólo podían darle de comer lo que ella ansiaba, que era crecimiento y más crecimiento.

Así pues, en lugar de exigir la nacionalización de las minas, Mandela y Mbeki empezaron a reunirse de forma regular con Harry Oppenheimer, ex presidente de las gigantes mineras Anglo-American y De Beers, auténticos símbolos económicos del régimen del *apartheid*. Poco después de las elecciones de 1994, llegaron incluso a remitir el programa económico del ANC a Oppenheimer para que éste diera su visto bueno y, posteriormente, realizaron varias revisiones para acomodar las puntualizaciones de éste, así como las de otros destacados empresarios e industriales.<sup>28</sup> Con el ánimo de evitar otro *shock* de los mercados, Mandela, en su primera entrevista postelectoral como presidente, se distanció cuidadosamente de sus anteriores declaraciones a favor de la nacionalización. «En nuestras políticas económicas, [...] no hay una sola referencia a cuestiones como la nacionalización y eso no es por accidente», dijo. «No hay un solo lema que nos vincule a alguna ideología marxista.»<sup>29</sup> La prensa económica brindó su aliento constante a esa conversión: «Aunque el ANC continúa teniendo una poderosa ala izquierdista -señalaba el *Wall Street Journal*-, el señor Mandela se ha mostrado estos días más próximo a Margaret Thatcher que al socialista revolucionario por el que antaño se le tenía».<sup>30</sup>

El ANC no conseguía desprenderse del recuerdo de su pasado radical y, pese a los denodados esfuerzos del nuevo gobierno por mostrarse lo menos amenazador posible, el mercado no dejaba de infligirle sus consabidos y dolorosos *shocks*: en 1996, en sólo un mes, la cotización del

rand cayó un 20%, y la hemorragia de capitales no cesaba porque los intranquilos ricos sudafricanos preferían poner su dinero a buen recaudo en bancos extranjeros.<sup>31</sup>

Mbeki convenció a Mandela de que lo que hacía falta era promover una ruptura definitiva con el pasado. El ANC necesitaba un plan económico completamente nuevo: algo atrevido y sorprendente, algo que transmitiese a los mercados, por medio de los grandes y desmesurados brochazos que éstos entendían mejor, que el ANC estaba dispuesto a adherirse al Consenso de Washington.

Al igual que en Bolivia, donde el programa de la terapia de *shock* fue preparado con todo el secretismo propio de una operación militar secreta, en Sudáfrica sólo un reducido grupo de colegas más allegados a Mbeki supo que se estaba elaborando un nuevo programa económico que difería en gran medida de las promesas que los jefes de su partido habían estado haciendo durante las elecciones de 1994. Todas las personas de aquel equipo, según escribió Gumede, «juraron guardar el secreto y todo el proceso estuvo envuelto en la más estricta confidencialidad para que el ala izquierda del partido no tuviese siquiera sospecha del plan de Mbeki».<sup>32</sup> El economista Stephen Gelb, que participó en la redacción del nuevo programa, admitió que «aquella fue una verdadera "reforma desde arriba", en la que se llevaron hasta el extremo los argumentos favorables al aislamiento y la autonomía de los decisores políticos con respecto a las presiones populares»<sup>33</sup> (Este énfasis en el secretismo y el aislamiento resultaba especialmente irónico, ya que, en tiempos de la tiranía del *apartheid*, el ANC había sabido organizar muy bien un proceso tan extraordinariamente abierto y participativo como el que acabó produciendo el Freedom Charter. Pero años después, en plena vigencia del nuevo orden democrático, el partido optaba por ocultar sus planes económicos a su propio comité central.)

En junio de 1996, Mbeki reveló los resultados: se trataba de un programa de terapia de *shock* neoliberal para Sudáfrica que proponía más privatización, recortes en el gasto público, «flexibilidad» laboral, mayor libertad comercial e, incluso, controles más laxos sobre los flujos monetarios. Según Gelb, su objetivo general «era indicar a los inversores potenciales el compromiso del gobierno (y, más concretamente, del ANC) con la ortodoxia imperante».<sup>34</sup> Para asegurarse de que el mensaje se oía alto y claro entre los operadores bursátiles de Nueva York y Londres, durante el

acto de presentación pública del nuevo plan, Mbeki bromeó diciendo: «Pueden llamarme thatcherista, si así gustan».<sup>35</sup>

La terapia de *shock* siempre tiene mucho de escenificación dramática de cara al mercado: ahí radica parte del fundamento teórico sobre el que se sustenta. La Bolsa adora esos momentos con un fuerte componente de gestión, y promocionados a bombo y platillo, que disparan los precios de las acciones y que suelen venir propiciados por la salida a bolsa de una compañía importante, por el anuncio de una gran fusión o por el fichaje de un presidente ejecutivo de gran fama por parte de una empresa importante. Cuando los economistas instan a los países a anunciar un paquete de medidas de terapia de *shock* generalizada, su consejo se basa en parte en la conveniencia de imitar esos acontecimientos dramáticos de los mercados y provocar una estampida (aunque, en ese caso, en lugar de vender acciones de una empresa, lo que se vende es un país entero). La respuesta esperada es simple: «¡Compren participaciones argentinas!», «¡Compren bonos bolivianos!». Un enfoque más lento y cuidadoso podría resultar menos brutal, pero privaría al mercado de esas burbujas especulativas durante las que se gana dinero de verdad. La terapia de *shock* siempre supone una apuesta destacada en un juego de azar, pero en Sudáfrica no salió bien: el grandilocuente gesto de Mbeki no logró atraer inversiones a largo plazo y propició únicamente apuestas especulativas que acabaron devaluando aún más la moneda.

## ***EL SHOCK DE LAS BASES***

«El converso siempre pone más celo en estas cosas. Quiere mostrarse aún más complaciente», comentaba Ashwin Desai, un escritor de Durban con quien me reuní para hablar de sus recuerdos de la transición. Desai pasó tiempo en la cárcel durante la lucha de liberación y hoy encuentra paralelismos entre la psicología de las prisiones y la conducta del ANC en el gobierno. En prisión, dijo, «si sabes complacer al carcelero más que los demás, obtienes un mejor estatus. Y esa lógica obviamente se trasladaba a algunas de las cosas que hacíamos en la sociedad sudafricana. Queríamos

demostrar, en cierto sentido, que éramos mucho mejores presos. Incluso diría que presos mucho más disciplinados que los de otros países».

Las bases del ANC, sin embargo, se mostraron abiertamente menos remisas, lo que, a su vez, generó mayor necesidad de disciplina. Según Yasmin Sooka, una de las componentes del jurado de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, la mentalidad disciplinaria se hizo extensiva a todos los aspectos de la transición, incluido el de la búsqueda de justicia. Tras años oyendo testimonios de torturas, asesinatos y desapariciones, la Comisión de la Verdad pasó a centrarse en la cuestión de qué clase de gestos podían servir para poner remedio (aunque fuera siquiera de manera simbólica) a las injusticias. La verdad y el perdón eran importantes, pero también lo era la compensación de las víctimas y de sus familias. Sin embargo, no tenía mucho sentido pedir al nuevo gobierno que efectuara pagos compensatorios por crímenes que no había cometido. Además, todo lo que gastaba en indemnizaciones por abusos de la era del *apartheid* era dinero que se deducía, por ejemplo, del destinado a la construcción de hogares y escuelas para la población pobre de la nación recién liberada.

Algunos comisionados eran de la opinión de que las grandes empresas multinacionales que se habían beneficiado con el *apartheid* eran las que debían ser obligadas a pagar esas reparaciones. Pero, al final, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación únicamente recomendó un modesto impuesto puntual sobre los beneficios empresariales de un 1% a pagar en una sola vez y destinado a recaudar dinero para las víctimas: el denominado «impuesto solidario». Sooka esperaba que tan moderada recomendación obtuviera el apoyo inmediato del ANC; sin embargo, el gobierno, encabezado ya por entonces por Mbeki, rechazó toda insinuación de indemnizaciones a cargo de las empresas o de impuestos solidarios, temeroso de que los mercados pudiesen interpretar aquello como una señal «antiempresarial» del nuevo gobierno. «El presidente decidió que las empresas no rindiesen cuentas de nada», me explicó Sooka, «Así de sencillo.» Al final, el gobierno adelantó una parte de lo que se había solicitado y cargó ese dinero a su propio presupuesto, como los comisionados temían que ocurriría desde un primer momento.

La Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica suele citarse como modelo eficaz de «construcción de la paz» y se ha exportado a otras zonas de conflicto, desde Sri Lanka hasta Afganistán. Pero muchos de



los que participaron directamente en el proceso tienen sentimientos encontrados al respecto. En el acto de presentación pública del informe final en marzo de 2003, el presidente de la comisión, el arzobispo Desmond Tutu, planteó ante los periodistas asuntos aún no resueltos desde el punto de vista de la libertad. «¿Me pueden explicar cómo es que hoy, casi diez años después de haber alcanzado la libertad, las personas negras continúan levantándose por la mañana en sus miserables casas del gueto? Luego, van a trabajar a las mansiones de la ciudad (que siguen siendo mayoritariamente blancas) y, cuando acaba el día, ¿regresan de nuevo a dormir a la miseria de donde salieron esa mañana? Lo que no entiendo es cómo esas personas no dicen, simplemente: "Al diablo con la paz; al diablo con Tutu y con la Comisión de la Verdad"». <sup>36</sup>

Sooka, que dirige en la actualidad la Foundation for Human Rights de Sudáfrica, dice que hoy tiene la sensación de que la comisión abordó en sus audiencias lo que ella describió como «manifestaciones externas del *apartheid* tales como torturas, malos tratos graves y desapariciones», pero dejó «absolutamente incólume» el sistema económico que esos abusos ayudaban a mantener. (un eco de la preocupación por la ceguera de los «derechos humanos» expresada por Orlando Letelier tres décadas antes). Si pudiera rehacer el proceso de nuevo, según Sooka, «lo llevaría adelante de un modo totalmente distinto. Me centraría en los *sistemas* del *apartheid*: examinaría la cuestión de la tierra, investigaría sin duda el papel de las multinacionales, me fijaría (y mucho) en lo que hizo la industria minera en su momento, porque creo que ése es el mal real de Sudáfrica. [...] Estudiaría los efectos sistemáticos de las políticas del *apartheid* y dedicaría *una única* sesión a la tortura, porque creo que cuando nos centramos en la tortura y no en los intereses a los que ésta servía, es cuando empezamos a alterar la historia verdadera».

## ***INDEMNIZACIONES A LA INVERSA***

El hecho de que el ANC descartase la petición de reparaciones a cargo de las empresas que realizó la comisión es especialmente injusto, según

apuntó Sooka, porque el gobierno sigue pagando religiosamente la deuda heredada del *apartheid*. Durante los primeros años inmediatamente siguientes al traspaso del poder, esa deuda le costó al nuevo ejecutivo 30.000 millones de rands anuales (unos 4.500 millones de dólares estadounidenses), una cantidad que contrasta acusadamente con los escasos 85 millones de dólares que el gobierno acabaría pagando en total a las más de 19.000 víctimas de los asesinatos y las torturas del *apartheid* y a sus familias. El propio Nelson Mandela ha mencionado que la carga de la deuda fue el principal obstáculo para mantener las promesas del Freedom Charter. «Allí se iban 30.000 millones [de rands] que luego no teníamos para construir las viviendas que habíamos planeado antes de acceder al gobierno, para garantizar que nuestros hijos fueran a las mejores escuelas, para tratar como debía tratarse la cuestión del desempleo y el derecho de todo el mundo a tener un empleo y unos ingresos dignos, a ser capaz de proporcionar un techo para sus seres queridos, a alimentarlos. [...] Estamos limitados por la deuda que heredamos».<sup>36</sup>

Pese al reconocimiento por parte del propio Mandela de que el pago de las facturas del *apartheid* se ha convertido en una carga monstruosa, el partido ha rechazado de plano toda sugerencia de impago de éstas. Existe temor a que, aun cuando hay un sólido fundamento legal para alegar que dichas deudas son «odiosas», todo intento o anuncio de impago haga que la imagen de Sudáfrica se radicalice peligrosamente a ojos de los inversores y, como consecuencia, provoque un nuevo *shock* en los mercados, Dennis Brutus, miembro veterano del ANC y antiguo preso en la isla de Robben, chocó frontalmente con ese muro de miedo. En 1998, consciente de la tensión financiera a la que estaba sometido el nuevo gobierno, él y un grupo de activistas sudafricanos decidieron que el mejor modo de apoyar la lucha que aún se vivía era poner en marcha un movimiento de «conmemoración de la deuda». «Debo decir que fui un ingenuo», me confesó Brutus, quien superó hace ya algún tiempo los setenta años de edad. «Yo esperaba que el gobierno nos mostrase su reconocimiento, que se alegrara de que el movimiento de base hiciera suya la cuestión de la deuda, ya sabe, que fortalecería al gobierno para que éste afrontara de una vez por todas ese tema». Pero, para su sorpresa, «el gobierno nos repudió y dijo: "No, no aceptamos vuestro apoyo"».

Lo que más enfurece a los activistas como Brutus de la decisión del ANC de seguir pagando la deuda es el sacrificio tangible que hay que hacer

para cumplir con cada pago. Por ejemplo, entre 1997 y 2004, el gobierno sudafricano vendió 18 empresas de propiedad estatal y recaudó 4.000 millones de dólares por ellas, pero casi la mitad del dinero se destinó a pagar la deuda.<sup>38</sup> Dicho de otro modo, el ANC no sólo renegó en su momento de la promesa original de «nacionalización de las minas, la banca y los monopolios», sino que, por culpa de la deuda, estaba haciendo justamente lo contrario: vender activos nacionales para devolver las deudas adquiridas por sus opresores.

Esto, a su vez, abre otro importante frente: ¿adónde está yendo exactamente a parar el dinero? Durante las negociaciones de la transición, el equipo de F. W. de Klerk exigió que todos los funcionarios públicos tuvieran garantizados sus puestos de trabajo durante y después del traspaso de poder; si alguno de ellos quería irse, argumentaron, debería ser compensado con una generosa pensión vitalicia. Aquélla era una exigencia extraordinaria para un país sin un sistema de protección social general establecido, pero pasó como uno más de los temas «técnicos» en los que el ANC cedió terreno.<sup>39</sup> La concesión significaba en la práctica que el nuevo gobierno del ANC iba a soportar el coste de dos administraciones públicas: la suya propia y una especie de gobierno blanco en la sombra aunque éste estuviera oficialmente fuera del poder. El 40% de los pagos anuales que el gobierno realiza en concepto de devolución de la deuda van a parar al ingente fondo de pensiones del país. La abrumadora mayoría de los beneficiarios de éste son ex empleados públicos del *apartheid*..<sup>\*40</sup>

Al final, Sudáfrica ha acabado asumiendo un retorcido caso de indemnizaciones a la inversa: las empresas blancas que tan cuantiosos beneficios extrajeron de la mano de obra negra durante los años del *apartheid* no están pagando ni un céntimo en reparaciones, pero las víctimas del *apartheid* continúan satisfaciendo las elevadas nóminas de quienes las discriminaban. ¿Y de dónde recaudan el dinero para tamaña generosidad? Del expolio de los activos del Estado que se realiza a través de la privatización: una versión moderna del saqueo que el ANC había puesto tanto empeño en evitar cuando accedió a negociar, con la esperanza de impedir una reedición de lo sucedido en Mozambique. Pero, a diferencia de lo sucedido en el país vecino, donde los funcionarios salientes destrozaron la maquinaria, se llenaron los bolsillos y salieron huyendo de

allí, en Sudáfrica, el desmantelamiento del Estado y el pillaje de las arcas públicas continúa aún hoy en día.

Cuando llegué a Sudáfrica, se aproximaba el cincuenta aniversario de la firma del Freedom Charter y el ANC había decidido celebrar el acontecimiento con un espectáculo mediático de homenaje a aquel estatuto. Se había planeado realojar el Parlamento durante esa jornada y trasladarlo por un día de su imponente sede habitual en Ciudad del Cabo al mucho más humilde entorno de Kliptown, donde el estatuto fue ratificado originalmente. El presidente sudafricano, Thabo Mbeki, aprovecharía la ocasión para cambiar el nombre del cruce principal de Kliptown por el de plaza Walter Sisulu de la Dedicación, en honor de uno de los más venerados líderes históricos del ANC. Mbeki también inauguraría un nuevo Monumento al Freedom Charter, una torre de ladrillo en la que se podría leer el texto del estatuto (grabado sobre unas lápidas de piedra) y en la que ardería la luz de una «llama eterna de la libertad». En las inmediaciones de este edificio, también avanzaban las obras de otro monumento, las Freedom Towers («Torres de la libertad»), un pabellón de columnas blancas y negras de hormigón diseñadas para simbolizar la famosa cláusula del estatuto en la que se consagra que «Sudáfrica pertenece a todos los que viven en ella, negros y blancos».<sup>41</sup>

El mensaje de conjunto de todo aquel acontecimiento no podía pasar desapercibido: hacía cincuenta años que el partido había prometido traer la libertad a Sudáfrica y ya lo había conseguido; aquél era un momento para que el ANC se congratulase por su «misión cumplida».

Pero una sensación extraña rodeaba aquel acontecimiento y sus días previos. Kliptown -un *township* pobre de casuchas destartadas, calles con alcantarillado abierto y una tasa de paro del 72% (muy superior a la que se registraba durante el *apartheid*) ofrece el aspecto, más bien, de un símbolo del incumplimiento de las promesas del Freedom Charter y distaba mucho de ser el escenario más apropiado para una celebración con tanto boato y de tan depurada producción.<sup>42</sup> Al final, la escenificación y la dirección artística de los actos del aniversario no corrieron a cargo del ANC, sino de una extraña entidad denominada Blue IQ. Aunque ésta es, oficialmente, un organismo de la administración pública provincial, Blue IQ «opera en un entorno especialmente construido para ella que la hace parecer y funcionar,

más bien, como una empresa del sector privado», según reza su deslumbrante (y muy azul) folleto de presentación. Su objetivo es obtener nuevas inversiones extranjeras para Sudáfrica (un elemento más del programa de «redistribución mediante crecimiento» del ANC).

Blue IQ había decidido centrarse en el turismo como área de potencial crecimiento importante de la inversión; la investigación de mercado que había llevado a cabo había revelado que uno de los grandes atractivos por los que los turistas quieren visitar Sudáfrica radica en la reputación mundial del ANC por su triunfo sobre la opresión. Así que, en su afán por aprovechar ese potente tirón, Blue IQ consideró que no había mejor símbolo de aquel relato de triunfo sudafricano sobre la adversidad que el Freedom Charter. Con esa idea en mente, ha presentado un proyecto para transformar Kliptown en una especie de parque temático del «Estatuto de la Libertad»: «un destino turístico de primera clase y escenario destacado de nuestra herencia histórica que ofrecerá a los visitantes locales e internacionales una experiencia única», y que incluirá un museo, un centro comercial dedicado al tema de la libertad y un hotel de cristal y acero (el Freedom Hotel). Lo que hoy es un suburbio marginal está, pues, destinado a reconvertirse «en un deseoso [por "deseable"] y próspero» barrio residencial de Johannesburgo, si bien muchos de sus vecinos actuales serán realojados en suburbios marginales de menor trascendencia histórica.<sup>43</sup>

Con sus planes de comercialización de un remozado Kliptown, Blue IQ no está haciendo otra cosa que ceñirse a las reglas del juego del libre mercado: proporcionar incentivos para que las empresas privadas inviertan con la esperanza de que eso sirva para generar empleo a la larga. Lo que distingue a este proyecto, sin embargo, es que, en Kliptown, el cimiento sobre el que se sustenta toda esta maquinaria de redistribución de la riqueza por filtración descendente es un documento escrito de cincuenta años de historia en el que se abogaba por un camino inequívocamente más directo hacia la eliminación de la pobreza. Los redactores del Freedom Charter exigían redistribuir la tierra para que millones de personas pudieran ganarse su sustento vital con ella, y devolver las minas al pueblo para que el botín con ellas obtenido pudiera emplearse en la construcción de viviendas e infraestructuras, y, de paso, en la creación de puestos de trabajo. Lo que se pedía, en otras palabras, era acabar con los intermediarios. Puede que esas ideas suenen hoy a populismo utópico a muchos de quienes las oigan, pero tras tantos experimentos fallidos de la ortodoxia chicaguense, es aún más

posible que los soñadores de verdad sean aquellos que aún creen que un plan como el del parque temático del Freedom Charter, que ha servido para que las grandes empresas hayan sido destinatarias de nuevas dádivas del Estado a costa de un mayor desposeimiento de las personas más necesitadas, solucionará los acuciantes problemas sanitarios y económicos de los 22 millones de sudafricanos que aún viven en la pobreza.<sup>44</sup>

Tras más de una década transcurrida desde que Sudáfrica emprendió su decidido giro hacia el thatcherismo, los resultados de este experimento de justicia por filtración descendente son escandalosos:

- Desde 1994, año en que el ANC asumió el poder, se ha duplicado el número de personas con ingresos diarios inferiores a 1 dólar, que ha pasado de los 2 millones de entonces a los 4 millones de 2006.<sup>45</sup>

- Entre 1991 y 2002, el índice de desempleo de los sudafricanos ha crecido de un 23% a un 48% (más del doble).<sup>46</sup>

- De los 35 millones de ciudadanos negros de Sudáfrica, sólo 5.000 ganan más de 60.000 dólares anuales. El número de blancos que supera ese umbral de ingresos es veinte veces superior y muchos superan holgadamente esa cantidad.<sup>47</sup>

- El gobierno del ANC ha construido 1,8 millones de viviendas, pero, durante ese mismo período, 2 millones de personas han perdido sus hogares.<sup>48</sup>

- Cerca de 1 millón de personas han sido desalojadas de sus granjas y explotaciones agrícolas durante la primera década de democracia.<sup>49</sup>

- Esos desalojos han comportado que el número de chabolistas haya aumentado en un 50%. En 2006, más de uno de cada cuatro sudafricanos vivían en chabolas situadas en poblados no regulados de las afueras de las grandes ciudades, muchos de ellos sin agua corriente ni electricidad.<sup>50</sup>

Quizás el mejor indicador de la traición de las promesas de libertad sea la consideración que merece actualmente el Freedom Charter en diferentes sectores de la sociedad sudafricana. No mucho tiempo atrás, el documento representaba la amenaza más importante para los privilegios blancos en el país; actualmente, es adoptado en las salas de reuniones de las empresas y en los barrios residenciales amurallados de los sudafricanos acomodados como declaración de buenas intenciones, como un elemento favorecedor al tiempo que totalmente inofensivo, asimilable a un florido código de conducta empresarial. Pero en los *townships* donde antaño el documento -

aprobado originariamente en una explanada de campo en Kliptown- auguraba posibilidades electrizantes, el estatuto es hoy un doloroso compendio de promesas incumplidas. Muchos sudafricanos boicotearon por completo las celebraciones de aniversario patrocinadas por el gobierno. «Lo que figura en el Freedom Charter está muy bien», me explicó S'bu Zikode, uno de los líderes del pujante movimiento de vecinos de las chabolas en Durban. «Pero lo único que puedo ver ahora en él es la traición.»

Al final, el argumento más convincente para abandonar las promesas de redistribución contenidas en el Freedom Charter fue el menos imaginativo: era lo que hacía todo el mundo. Vishnu Padayachee me resumió el mensaje que los dirigentes del ANC estaban recibiendo desde un principio de los «gobiernos occidentales, el FMI y el Banco Mundial. Éstos les decían: "El mundo ha cambiado; nada de ese rollo de izquierdas tiene ya significado alguno; éste es el único juego al que se puede jugar ahora"». Como ha escrito Gumede, «aquella era una ofensiva para la que el ANC no estaba en absoluto preparado. Los dirigentes económicos clave eran transportados de forma regular en viajes de ida y vuelta a las oficinas centrales de organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMI; durante 1992 y 1993, varios empleados del ANC -de los que algunos no tenían cualificación económica alguna- participaron (en el extranjero) en programas de formación abreviada para ejecutivos en escuelas de administración de empresas, bancos de inversiones, *think tanks* especializados en política económica y el Banco Mundial, donde "se les alimentó con una dieta sistemática de ideas neoliberales". Fue una experiencia mareante. Nunca antes se había tratado de seducir con tal ahínco desde la comunidad internacional a un gobierno en ciernes».<sup>51</sup>

Mandela recibió una dosis particularmente intensa de esta versión elitista de la presión entre iguales típica de los patios de colegio cuando se reunió con dirigentes europeos en las sesiones del Foro Económico Mundial de 1992, en Davos. Cuando se le ocurrió puntualizar que Sudáfrica no quería hacer nada más radical que lo que la Europa occidental había hecho con motivo del Plan Marshall tras la Segunda Guerra Mundial, el ministro holandés de Economía poco menos que le afeó el paralelismo. «Eso era según lo que sabíamos entonces. Pero las economías del mundo son interdependientes. El proceso de globalización se está afianzando. Ninguna

economía puede desarrollarse separadamente de las economías de otros países». <sup>52</sup>

A los líderes que, como Mandela, recorrían el circuito de la globalización se les insistía machaconamente en que hasta los gobiernos más izquierdistas se estaban adhiriendo al Consenso de Washington: los comunistas de Vietnam y China lo estaban haciendo, y también los sindicalistas que habían llegado al poder en Polonia y los socialdemócratas de Chile, que se habían podido liberar por fin de Pinochet. Hasta los rusos habían visto la luz neoliberal: cuando el ANC se hallaba en la parte más ardua de las negociaciones, Moscú cayó presa de una especie de frenesí alimentador de la gran empresa privada y empezó a vender a toda prisa los activos estatales a antiguos *apparatchiks* del partido transformados en empresarios. Si Moscú había cedido, ¿qué podía esperar una panda harapienta de luchadores por la libertad en Sudáfrica? ¿Acaso creían que iban a ser capaces de resistirse a una marea global de tan descomunal energía?

Ése, al menos, era el mensaje que transmitían los abogados, los economistas y los trabajadores sociales que componían la «industria de la transición»: los equipos de expertos que tanto acuden a un país desgarrado por la guerra como saltan luego a una ciudad asolada por la crisis, agasajando a los abrumados nuevos políticos del lugar con las más recientes buenas prácticas de Buenos Aires, el relato triunfal más inspirador de Varsovia o el rugido más temible de los Tigres asiáticos. Los «transicionólogos» (como los ha denominado el politólogo de la Universidad de Nueva York Stephen Cohen) tienen una ventaja intrínseca sobre los políticos a los que asesoran: constituyen una clase hipermóvil, mientras que los líderes de los movimientos de liberación son inherentemente más «introvertidos» en sus miras y en sus puntos de referencia. <sup>53</sup> Las personas que encabezan intensas transformaciones nacionales están, por naturaleza, más centradas en sus propios discursos y en sus luchas por el poder, y, a menudo, se muestran incapaces de prestar la debida atención al mundo que hay más allá de sus fronteras. Y es una lástima, porque, si los líderes del ANC hubiesen sido capaces de penetrar en la propaganda de la transicionología y llegar al otro lado para descubrir por sí mismos lo que realmente estaba sucediendo en Moscú, Varsovia, Buenos Aires y Seúl, habrían podido ver un panorama muy distinto.



## Capítulo 11: UNA JOVEN DEMOCRACIA ENVIADA A LA HOGUERA

Rusia escoge «la opción Pinochet»

*No es posible subastar los pedazos de una ciudad viva sin tener en cuenta que existen en ella unas tradiciones autóctonas, por extrañas que éstas puedan parecer a los forasteros. [...] Pero ésas son nuestras tradiciones y ésa es nuestra ciudad. Durante mucho tiempo vivimos bajo la dictadura de los comunistas, pero ahora hemos descubierto que la vida bajo la dictadura de los hombres de negocios no es mejor que aquélla. No puede importarles menos el país en el que estén.*

GRIGORI GORIN, escritor ruso, 1993<sup>1</sup>

*Difundid la verdad: las leyes de la economía son como las leyes de la ingeniería. En todas partes funciona un mismo conjunto de leyes.*

LAWRENCE SUMMERS.  
economista principal del Banco Mundial, 1991<sup>2</sup>

Cuando el presidente soviético, Mijaíl Gorbachov, viajó a Londres para asistir a su primera cumbre del G-7 en julio de 1991, nada podía hacerle sospechar que no fuera recibido como un héroe. Durante los tres años anteriores, más que caminar por la escena internacional, había dado la impresión de flotar por ella, hechizando a los medios, firmando tratados de desarme y recogiendo premios de la paz, incluido el Nobel en 1990.

Había conseguido incluso lo inimaginable hasta entonces: ganarse al público estadounidense. El líder ruso desmintió tan contundentemente con su presencia y sus acciones las caricaturas sobre el Imperio del Mal, que la prensa estadounidense se había acostumbrado a referirse a él empleando un

adorable apodo: «Gorbi». En 1987, la revista *Time* se arriesgó incluso a convertir al presidente soviético en su «hombre del año». Los editores de la publicación explicaron que, a diferencia de sus predecesores en el cargo (auténticas «gárgolas con gorros de piel»), Gorbachov era el verdadero Ronald Reagan de Rusia: «una versión en el Kremlin del Gran Comunicador». El comité del Premio Nobel declaró que, gracias a su trabajo, «tenemos hoy la esperanza de estar celebrando el final de la Guerra Fría». <sup>3</sup>

Hasta el inicio de la década de los noventa y gracias a sus políticas gemelas de *glasnost* (apertura) y *perestroika* (reorganización), Gorbachov había conducido a la Unión Soviética a través de un admirable proceso de democratización: se había establecido la libertad de prensa, se habían elegido libremente los miembros del parlamento ruso, los gobiernos municipales, y el presidente y el vicepresidente del país, y el Tribunal Constitucional era ya un órgano independiente. En cuanto a la economía, Gorbachov guiaba el país hacia una combinación entre el libre mercado y un sistema fuerte de protección social, manteniendo ciertas industrias clave bajo control público; ése era un proceso que, según sus propias predicciones, tardaría entre diez y quince años en completarse. Su objetivo final era construir un sistema socialdemócrata siguiendo el modelo escandinavo: «un foco de inspiración socialista para toda la humanidad». <sup>4</sup>

En un primer momento, parecía que Occidente también quería que Gorbachov lograra liberar la economía soviética y transformarla en algo cercano a la de Suecia. El Comité del Nobel justificó explícitamente el galardón otorgado a Gorbachov como un modo de ofrecer apoyo a la transición: «una ayuda en un momento en el que ésta se necesita». Y en una visita que realizó a Praga, el propio premier soviético dejó muy claro que él no podría hacerlo solo: «Como montañistas sujetos a una misma cuerda, las naciones del mundo pueden escalar juntas hasta la cima o caerse juntas al abismo», dijo. <sup>5</sup>

Así que lo que sucedió en la reunión del G-7 en 1991 fue totalmente inesperado. El mensaje casi unánime que Gorbachov recibió de sus homólogos de las grandes potencias industriales fue que, si no aceptaba una terapia de *shock* económica radical de inmediato, éstas cortarían la cuerda y le dejarían caer. «Sus sugerencias respecto al ritmo y a la metodología de la transición fueron increíbles», escribiría más tarde Gorbachov sobre aquel acontecimiento. <sup>6</sup>

Polonia acababa de completar su primera ronda de terapia de *shock* bajo la tutela del FMI y de Jeffrey Sachs, y el consenso entre el primer ministro británico, John Major, el presidente estadounidense, George H. W. Bush, el primer ministro canadiense, Brian Mulroney, y el primer ministro japonés, Toshilti Kaifu, era que la Unión Soviética tenía que seguir el camino abierto por Polonia, pero con un calendario aún más apretado y veloz. Tras la reunión, Gorbachov recibió las mismas órdenes del FMI, el Banco Mundial y todas las principales instituciones de préstamos. Cuando ese mismo año, unos meses más tarde, Rusia pidió una condonación parcial de la deuda para capear un catastrófico temporal económico interno, la respuesta implacable que obtuvo fue que las deudas estaban para ser saldadas.<sup>7</sup> El estado de ánimo político había variado bastante desde los tiempos en que Sachs reunía ayudas y alivio de la deuda para Polonia: se había vuelto más mezquino.

Lo que ocurrió a continuación (la disolución de la Unión Soviética, el rápido proceso por el que la figura de Yeltsin eclipsó la de Gorbachov y la tumultuosa trayectoria de la terapia económica de *shock* en Rusia) es un capítulo bien documentado de la historia contemporánea. Pero su relato se explica, demasiado a menudo, con el desabrido lenguaje de la «reforma», una narración tan genérica que ha ocultado uno de los mayores crímenes cometidos contra una democracia en la historia moderna. Rusia, al igual que China, fue obligada a elegir entre un programa económico conforme al modelo de la Escuela de Chicago y una revolución democrática auténtica. Confrontados con esa decisión, los líderes chinos no tuvieron reparos en atacar a su propio pueblo a fin de impedir que la democracia trastornase sus planes de liberalización económica. Lo de Rusia fue distinto: la revolución democrática ya estaba en marcha y bastante avanzada. Para imponer un programa económico como el de la Escuela de Chicago, había que interrumpir el pacífico y esperanzador proceso iniciado por Gorbachov para, acto seguido, invertirlo radicalmente.

Gorbachov sabía que el único modo de imponer la terapia de *shock* defendida por el G-7 y el FMI era por la fuerza (como también sabían muchos de los occidentales que presionaban a favor de esa clase de políticas). La revista *The Economist*, en un influyente artículo de 1990, instó a Gorbachov a adoptar «un estilo fuerte de gobierno [...] para aplastar la resistencia que ha bloqueado hasta el momento toda reforma económica seria».<sup>8</sup> Sólo dos semanas después de que el Comité del Nobel hubiera dado

por concluida la Guerra Fría, *The Economist* animaba a Gorbachov a seguir el modelo de uno de los más tristemente célebres asesinos de aquel conflicto bipolar. El apartado final del artículo, encabezado por una reveladora pregunta a modo de título («Mikhail Sergeevich Pinochet?»), concluía que, aunque seguir ese consejo podía causar «algún posible derramamiento de sangre [...] también podría (simplemente, podría) ser la oportunidad de la Unión Soviética para adoptar lo que podríamos denominar el enfoque Pinochet de la economía liberal». El *Washington Post* estuvo dispuesto a ir aún más lejos. En agosto de 1991, el diario publicó un comentario titulado «El Chile de Pinochet, modelo pragmático para la economía soviética». El artículo suscribía la idea de un golpe de Estado para librarse del lento Gorbachov, pero a su autor, Michael Schrage, le preocupaba el hecho de que los oponentes del presidente soviético «carecieran del sentido común y los apoyos necesarios para barajar y aprovechar la opción Pinochet». Deberían seguir el modelo, proseguía Schrage, de «un déspota que realmente supo cómo organizar un golpe: el general chileno retirado Augusto Pinochet».<sup>9</sup>

Gorbachov se encontró enseguida frente a un adversario que estaba más que dispuesto a desempeñar el papel de Pinochet ruso. Boris Yeltsin, aunque ya detentaba el cargo de presidente de Rusia, tenía un estatus menos prominente que el de Gorbachov, que presidía el conjunto de la Unión Soviética. *Pero eso* cambiaría espectacularmente el 19 de agosto de 1991, un mes después de la cumbre del G-7. Un grupo de miembros de la vieja guarda comunista movilizó los tanques del ejército y los envió hacia la Casa Blanca, que es el nombre con el que se conoce la sede del parlamento ruso. En su intento de poner freno al proceso de democratización, amenazaron con atacar el primer parlamento electo del país. Yeltsin se presentó en medio de la multitud de rusos que se habían congregado allí, decididos a defender su nueva democracia, y se encaramó a uno de los tanques para denunciar aquella agresión, calificándola de «cínica intentona golpista de derechas».<sup>10</sup> Los tanques se retiraron y la figura de Yeltsin emergió de aquella confrontación como la de un valeroso defensor de la democracia. Uno de los manifestantes que salió aquel día a la calle dijo que aquella había sido «la primera vez que tuve la sensación de que podía influir de verdad en la situación de mi país. Teníamos exaltado el ánimo. Era tal la unión reinante entre nosotros que nos sentíamos invencibles».<sup>11</sup>

La misma sensación invadió a Yeltsin. Como dirigente, siempre se había comportado como una especie de «anti-Gorbachov». Si Gorbachov proyectaba corrección y sobriedad (una de sus medidas más controvertidas había sido una agresiva campaña contra el consumo de vodka), Yeltsin era un famoso glotón y un consumado bebedor. Antes del golpe, muchos rusos mantenían ciertas reservas con respecto a Yeltsin, pero él había ayudado a salvar la democracia frente a un golpe comunista y aquello lo convirtió -al menos, temporalmente- en un héroe popular.

Yeltsin no tardó en invertir los réditos de su triunfo en la obtención de un mayor poder político. Sabía que, mientras la Unión Soviética se mantuviera intacta, siempre dispondría de menos control sobre la situación política que Gorbachov, así que, en diciembre de 1991, cuatro meses después de la abortada intentona golpista, Yeltsin asestó una estocada política maestra. Formó una alianza con otras dos repúblicas soviéticas y, con ello, provocó la brusca disolución de la Unión Soviética y forzó la dimisión de Gorbachov. La abolición de la URSS, «el único país que la mayoría de los rusos había conocido» hasta entonces, supuso un fuerte impacto para la psique colectiva rusa y, según el politólogo Stephen Cohen, fue el primero de los «tres *shocks* traumáticos» que los rusos habrían de soportar en los tres años siguientes.<sup>12</sup>

Jeffrey Sachs estaba presente en la sala del Kremlin en la que Yeltsin anunció el fin de la Unión Soviética. Sachs recuerda que el presidente ruso dijo: «Caballeros, solamente quería anunciarles que la Unión Soviética se ha acabado...». Y yo me dije: «Uf, vaya, esto sólo pasa una vez cada siglo. Es lo más increíble que uno se puede imaginar; es una liberación de verdad; ayudemos a esta gente».<sup>13</sup> Yeltsin había invitado a Sachs a ir a Rusia para que ejerciera de asesor y Sachs se había mostrado más que dispuesto: «Sí Polonia puede hacerlo, Rusia también», declaró.<sup>14</sup>

Pero Yeltsin quería algo más que asesoramiento: pretendía obtener la misma recaudación de fondos en bandeja de plata que Sachs le había servido a Polonia. «Nuestra única esperanza -diría Yeltsin- era que se cumplieran rápidamente las promesas del G-7 y que nos facilitaran de inmediato grandes sumas de ayuda financiera.»<sup>15</sup> Sachs le explicó a Yeltsin que confiaba en que, si Moscú se mostraba dispuesta a adoptar el enfoque *big bang* para establecer una economía capitalista en Rusia, él sería capaz de recaudar en torno a 15.000 millones de dólares.<sup>16</sup> Para ello tendrían que

ser ambiciosos y moverse con rapidez. Lo que Yeltsin no sabía era que la suerte de Sachs estaba a punto de agotarse.

La conversión de Rusia al capitalismo tuvo mucho en común con los métodos corruptos que habían desatado las protestas de la plaza de Tiananmen en China dos años antes. El alcalde de Moscú, Gavriil Popov, ha afirmado que, en la práctica, sólo había dos opciones posibles para desmontar la economía de control centralizado: «Puede dividirse la propiedad entre todos los miembros de la sociedad o pueden reservarse los mejores pedazos para los líderes. [...] En resumidas cuentas, está el enfoque democrático y el de la *nomenklatura* y los *apparatchiks*»<sup>17</sup> Yeltsin optó por el segundo y, además, demostró tener mucha prisa. A finales de 1991, acudió al parlamento donde presentó una propuesta muy poco convencional: si le otorgaban un año de poderes especiales (con los que emitir leyes por decreto sin necesidad de someterlas a aprobación parlamentaria), él resolvería la crisis económica y les devolvería un sistema pujante y saludable. Lo que Yeltsin solicitaba con aquella proposición era el mismo poder ejecutivo del que disponen los dictadores, no los demócratas; pero el parlamento aún estaba agradecido al presidente por su papel durante la intentona golpista y el país necesitaba desesperadamente la ayuda del exterior. Así que la respuesta fue afirmativa: Yeltsin podría disfrutar de un año de poder absoluto para rehacer la economía rusa.

El presidente reunió inmediatamente a un equipo de economistas, *muchos* de los cuales habían formado, durante los años finales del comunismo, una especie de club de lectura del libre mercado en el que leían los textos básicos de los pensadores de la Escuela de Chicago y comentaban cómo podían aplicarse aquellas teorías en el caso de Rusia. Aunque nunca habían estudiado en Estados Unidos, eran unos seguidores tan fieles de Milton Friedman que la prensa rusa dio en llamar al equipo de Yeltsin «los muchachos de Chicago» por imitación de la denominación de los Chicago Boys originales, una expresión cuyas reminiscencias históricas encajaban, además, a la perfección en el contexto de la próspera economía del mercado negro en Rusia. En Occidente se les bautizó como «los jóvenes reformadores». La cabeza visible del grupo era Yegor Gaidar, a quien Yeltsin nombró como uno de sus dos viceprimeros ministros. Piotr Aven, ministro de Yeltsin entre 1991 y 1992, y que también formó parte de ese núcleo duro, diría, a propósito de su antigua camarilla, que «el complejo de

superioridad que, por desgracia, afectaba a nuestros reformadores les llevaba a identificarse con el mismísimo Dios». <sup>18</sup>

Tras un breve análisis del grupo que tan súbitamente había ascendido al poder en Moscú, el diario ruso *Nezavisimaya Gazeta* no dejaba de advertir ya en aquel momento un detalle bastante sorprendente: «Por primera vez, Rusia tendrá en su gobierno a un equipo de liberales que se declaran seguidores de Friedrich von Hayek y de la Escuela de Chicago de Milton Friedman». Sus políticas iban a ser «muy claras: "estabilización financiera estricta" con acuerdo a fórmulas de "terapia de shock"». Pero, al mismo tiempo que Yeltsin realizaba aquellos nombramientos, explicaba el periódico, había colocado a Yuri Skokov, a quien acompañaba una conocida reputación de hombre fuerte, «al mando de los departamentos encargados de la defensa y la represión: el Ejército, el Ministerio de Asuntos Interiores y el Comité de Seguridad del Estado». Ambas decisiones estaban sin duda relacionadas: «Probablemente, el "contundente" Skokov puede "garantizar" una estabilización estricta en el ámbito político al tiempo que los economistas "contundentes" la garantizan en el económico». El artículo concluía con una predicción: «No nos sorprendería que trataran de construir algo así como un sistema pinochetista de fabricación casera, en el que el papel de los Chicago Boys chilenos sea ejercido aquí por el equipo de Gaidar...» <sup>19</sup>

A fin de proporcionar sus propios refuerzos ideológicos y técnicos a los Chicago Boys de Yeltsin, el gobierno estadounidense aportó y sufragó sus propios expertos en transiciones, a los que se asignaron tareas diversas: desde la redacción de decretos de privatización hasta la puesta en marcha de una bolsa del estilo de la de Nueva York, pasando por el diseño de un mercado ruso de fondos de inversión. En otoño de 1992, la USAID concedió un contrato de 2,1 millones de dólares al Harvard Institute for International Development que permitió el envío de diversos equipos de jóvenes abogados y economistas para que siguieran de cerca los progresos del equipo de Gaidar. En mayo de 1995, Harvard nombró director de su Institute for International Development a Jeffrey Sachs, lo que significa que éste desempeñó dos papeles distintos en la reforma rusa: empezó como asesor independiente de Yeltsin para pasar luego a convertirse en supervisor de la nutrida avanzadilla de Harvard en Rusia, sufragada con fondos del gobierno estadounidense.

De nuevo (como ya había ocurrido en otros países), un corrillo de autoproclamados «revolucionarios» se reunían en secreto para elaborar un programa económico de signo radical. Dmitri Vasiliev, una de las figuras clave de los reformadores, lo recordaba así: «Al principio, no teníamos ni un mísero empleado, ni siquiera una secretaria. No disponíamos de material, ni siquiera de fax. Y en esas condiciones, en apenas mes y medio, tuvimos que redactar un plan integral de privatizaciones, tuvimos que elaborar veinte leyes normativas. [...] Aquél fue un período de mucho romanticismo».<sup>20</sup>

El 28 de octubre de 1991, Yeltsin anunció el levantamiento de los controles de precios y se atrevió a predecir que «la liberalización de los precios pondrá cada cosa en el lugar que le corresponde».<sup>21</sup> Los «reformadores» sólo esperaron una semana tras la dimisión de Gorbachov para lanzar su programa económico de terapia de *shock*: el segundo de los tres *shocks* traumáticos anteriormente mencionados. El programa de terapia de *shock* también contenía una serie de políticas de fomento del libre comercio, así como la primera fase del fuego graneado de privatizaciones de las (aproximadamente) 225.000 empresas de propiedad estatal con que contaba el país.<sup>22</sup>

«El programa de la Escuela de Chicago tomó desprevenido al país», recordaría más tarde uno de los asesores económicos originales de Yeltsin.<sup>23</sup> Pero aquélla fue una sorpresa deliberada que formaba parte de la estrategia de Gaidar consistente en desencadenar un cambio tan súbito y rápido que no hubiera resistencia posible al mismo. El problema al que se enfrentaba su equipo era el habitual: la amenaza de que la democracia obstruyera sus planes. Los rusos no querían que su economía *fuese* organizada por un comité central comunista, pero la mayoría seguían creyendo firmemente en la redistribución de la riqueza y en la necesidad de un papel activo del Estado. Al igual que los partidarios de Solidaridad en Polonia, el 67% de los rusos declaraba en los sondeos realizados en 1992 que las cooperativas de trabajadores eran la forma más equitativa de privatizar los activos del Estado comunista y un 79% decía que el mantenimiento del pleno empleo debía ser una función central del gobierno.<sup>24</sup> Eso significaba que si el equipo de Yeltsin hubiese sometido sus planes al debate democrático en lugar de lanzarlos como una ofensiva encubierta sobre una población



profundamente desorientada ya de por sí, la revolución de la Escuela de Chicago no habría tenido posibilidad alguna de triunfar.

Vladimir Mau, que fue asesor de Boris Yeltsin durante ese período, explicaba que «la situación más favorable para la reforma» es aquella en la que «la población está cansada, agotada, tras la lucha política previa. [...] Por eso el gobierno confiaba, en vísperas de la liberalización de los precios, en la imposibilidad de una confrontación social radical o de una revuelta popular que lo derrocara». Una abrumadora mayoría de los rusos -el 70%- se oponían al levantamiento de los controles de precios, según Mau, pero «pudimos ver que la gente, tanto entonces como ahora, se centraba sobre todo en el producto de sus parcelas de cultivo privadas y, en general, en sus circunstancias económicas individuales».<sup>25</sup>

Joseph Stiglitz, que, por aquel entonces, ejercía de economista principal en el Banco Mundial, resumió la mentalidad que guiaba a los «terapeutas» del *shock*. Sus metáforas deberían resultarnos ya familiares: «Sólo una táctica de *Blitzkrieg* durante la "ventana de oportunidad" abierta por la "neblina de la transición" permitiría que los cambios pudiesen realizarse antes de que la población tuviera posibilidad alguna de organizarse para proteger sus propios intereses creados previos».<sup>26</sup> En resumidas cuentas, la doctrina del *shock*.

Stiglitz llamó a los reformadores rusos «bolcheviques del mercado» por su afición a las revoluciones que cursan con cataclismo.<sup>27</sup> Pero mientras que los bolcheviques originales pretendían construir su Estado de planificación centralizada sobre las cenizas del viejo, los bolcheviques del mercado creían en una suerte de magia: sí se creaban las condiciones propicias para la generación de beneficios, el propio país se reconstruiría por sí solo, sin necesidad de planificación alguna. (Aquella misma fe reaparecería una década después, en Irak.)

Yeltsin hizo promesas descabelladas afirmando que «durante, aproximadamente, seis meses, las cosas empeorarían», pero, luego, se iniciaría la recuperación y, en breve, Rusia se convertiría en un titán económico, en una de las cuatro principales economías del mundo.<sup>28</sup> Lo cierto es que la lógica que había detrás de esta «destrucción creativa» (tal como se la denominaba) apenas generó creación, pero sí que dio pie a un proceso destructivo en espiral. Tras sólo un año, la terapia de *shock* ya se había cobrado un peaje devastador: millones de rusos de clase media

perdieron los ahorros de toda su vida cuando el dinero perdió su valor y los bruscos recortes de los subsidios provocaron que millones de trabajadores no cobrasen salario alguno durante meses.<sup>29</sup> El ruso medio consumía un 40% menos en 1992 que en 1991 y un tercio de la población cayó por debajo del umbral de pobreza.<sup>30</sup> La clase media se veía obligada a vender sus pertenencias personales en puestos callejeros improvisados, mientras los economistas de la Escuela de Chicago ensalzaban aquellos actos como síntomas de un gran «espíritu emprendedor» y como prueba de que el renacimiento capitalista estaba ya en marcha, aunque fuera poco a poco (¡ciertamente!: una reliquia de familia por aquí, una americana de segunda mano por allá...).<sup>31</sup>

Con el paso de las semanas, sin embargo, y como había ocurrido en Polonia, los rusos acabaron recuperando la orientación y empezaron a exigir el fin de aquella sádica aventura económica («No más experimentos» era uno de los *graffitis* más populares en el Moscú de la época). Presionado por los votantes, el parlamento electo del país -el mismo órgano que había apoyado el ascenso al poder de Yeltsin- decidió que había llegado la hora de frenar al presidente y a sus sucedáneos de Chicago Boys. En diciembre de 1992, los parlamentarios votaron la destitución de Yegor Gaidar y, tres meses después, en marzo de 1993, aprobaron revocar los poderes especiales que habían concedido a Yeltsin para que éste impusiera sus leyes económicas por decreto. Se había agotado el período de gracia y los resultados habían sido pésimos; a partir de aquel momento, las leyes tendrían que pasar por el parlamento, una medida común y convencional en cualquier democracia liberal, y que se ajustaba, además, a los procedimientos fijados en la constitución rusa.

Los diputados estaban simplemente ejerciendo sus derechos, pero Yeltsin se había acostumbrado a sus poderes incrementados y había dado ya síntomas de considerarse más como un monarca (se había aficionado incluso a llamarse a sí mismo Boris I) que como un presidente. Así que tomó represalias contra el «motín» del parlamento apareciendo en televisión y declarando el estado de emergencia, por el que (muy oportunamente) se restablecían sus poderes imperiales. Tres días después, el independiente Tribunal Constitucional ruso (cuya creación había sido uno de los avances democráticos más significativos de Gorbachov) sentenció por 9 a 3 que la usurpación de competencias de Yeltsin vulneraba en ocho puntos distintos la constitución que había jurado respetar.

Hasta ese punto, había sido aún posible presentar la «reforma económica» y la democrática como parte de un mismo proyecto en Rusia. Pero en cuanto Yeltsin declaró el estado de emergencia, ambas reformas entraron en colisión directa: Yeltsin y sus «terapeutas» del *shock* estaban abiertamente confrontados con el parlamento electo y la constitución.

Pese a ello, Occidente apoyó decididamente a Yeltsin, a quien se le seguía atribuyendo el papel de un progresista «genuinamente comprometido con la libertad y la democracia, genuinamente comprometido con la reforma», por emplear las palabras del entonces presidente estadounidense, Bill Clinton.<sup>32</sup> La mayor parte de la prensa occidental también se alineó con Yeltsin contra el conjunto del parlamento, cuyos miembros fueron tachados de «partidarios de la línea dura comunista» que pretendían dar marcha atrás a las reformas democráticas.<sup>33</sup> Estaban aquejados, según el corresponsal en jefe del *New York Times* en Moscú, de la «típica mentalidad soviética: suspicaces ante las reformas, desconocedores de la democracia, despectivos con los intelectuales o los "demócratas"». <sup>34</sup>

En realidad, aquéllos eran los mismos políticos (y con los mismos defectos, que, tratándose de 1.041 diputados, debían de ser muchos) que habían respaldado a Yeltsin y a Gorbachov frente al golpe de los auténticos partidarios de la línea dura en 1991, los mismos que habían votado a favor de la disolución de la Unión Soviética y los mismos que, hasta fecha muy reciente, habían dado su apoyo pleno a Yeltsin. Pero el *Washington Post* optó por calificar a los parlamentarios de Rusia de «antigubernamentales», como si se tratara de unos intrusos que no formasen parte también del sistema de gobierno de la nación en sentido amplio.<sup>35</sup>

En la primavera de 1993, la colisión se hizo inminente: el parlamento sacó adelante una proposición de ley de los presupuestos del Estado que no seguía las exigencias de estricta austeridad dictadas por el FMI. Yeltsin respondió tratando de eliminar el parlamento. Organizó apresuradamente un referéndum (que la prensa nacional rusa respaldó al más puro estilo orwelliano) en el que preguntó a los votantes si estaban de acuerdo en disolver el parlamento y convocar elecciones inmediatas. Sin embargo, la participación de los votantes no alcanzó el mínimo requerido para validar el mandato que Yeltsin necesitaba. Aun así, se proclamó victorioso aduciendo que aquel ejercicio había demostrado que el país estaba con él: el presidente había introducido en la consulta una pregunta adicional (y en absoluto

vinculante) pidiendo a los votantes que se pronunciaran sobre sus reformas y una mayoría exigua de éstos se habían declarado favorables a ellas.<sup>36</sup>

En Rusia, el referéndum fue visto mayoritariamente como un ejercicio (fallido) de propaganda. La realidad era que, tras él, Yeltsin y Washington continuaban atascados ante un parlamento que tenía el derecho constitucional a hacer lo que estaba haciendo: ralentizar la transformación de la terapia de *shock*. Así que comenzó una intensa campaña de presión. Lawrence Summers, a la sazón subsecretario del Tesoro estadounidense, advirtió de que «la reforma rusa ha de recibir un nuevo impulso y ha de intensificarse para asegurarse un apoyo multilateral sostenido».<sup>37</sup> El FMI captó el mensaje y un funcionario anónimo de dicha institución filtró a la prensa que uno de los préstamos prometidos (de 1.500 millones de dólares) iba a ser rescindido porque el Fondo estaba «insatisfecho con la marcha atrás que Rusia estaba dando a las reformas».<sup>38</sup> Piotr Aven, el ex ministro de Yeltsin, dijo: «La obsesión maníaca del FMI por la política presupuestaria y monetaria, y su actitud absolutamente superficial y formalista en todo lo demás [...] tuvieron un papel nada desdeñable en lo que sucedió».<sup>39</sup>

Y lo que sucedió fue que, al día siguiente de la filtración del FMI, Yeltsin, confiado en que contaba con el apoyo de Occidente, adoptó su primer paso irreversible hacia lo que hoy se conoce abiertamente como la «opción Pinochet»: emitió el decreto 1.400, que abolía la constitución y disolvía el parlamento. Dos días después, el parlamento votaba por 636 a 2 en una sesión extraordinaria destituir a Yeltsin por su vergonzosa acción (equiparable a que, en Estados Unidos, el Congreso hubiese sido disuelto unilateralmente por el presidente). El vicepresidente Aleksandr Rutskoi anunció que Rusia ya había «pagado un precio muy caro por culpa del aventurismo político» de Yeltsin y los reformadores.<sup>40</sup>

A partir de aquel momento, era inevitable que se produjese alguna especie de conflicto armado entre Yeltsin y el parlamento. A pesar de que el Tribunal Constitucional de Rusia volvió a fallar en contra de Yeltsin y consideró de nuevo inconstitucional su conducta, Clinton siguió dándole su respaldo y el Congreso estadounidense votó a favor de la concesión al presidente ruso de 2.500 millones de dólares en concepto de ayuda. Envalentonado, Yeltsin envió tropas para que rodearan el parlamento e hizo que el gobierno municipal cortara la electricidad, la calefacción y las líneas

telefónicas de la Casa Blanca (la sede parlamentaria). Boris Kagarlitski, director del moscovita Instituto de Estudios de la Globalización, me explicó que los partidarios de la democracia rusa «acudieron por millares para tratar de romper el bloqueo. Durante dos semanas, se celebraron manifestaciones pacíficas frente a los soldados y a las fuerzas policiales, lo que permitió un desbloqueo parcial del edificio; algunas personas pudieron llevar comida y agua al interior. La resistencia pacífica ganaba popularidad y un mayor apoyo a cada día que pasaba».

Como cada bando se estaba atrincherando cada vez más en sus posturas, el único compromiso que podría haber resuelto la confrontación habría sido acordar la celebración de elecciones anticipadas, de manera que los cargos de todos fuesen sometidos al escrutinio popular. Muchas eran las voces que pedían con insistencia esta última solución, pero en el momento mismo en que Yeltsin estaba sopesando sus opciones (y, al parecer, inclinándose por la salida de los comicios), llegaron noticias de Polonia y del decisivo castigo que los electores habían infligido a Solidaridad, el partido que les había traicionado trayéndoles la terapia de *shock*.

Tras comprobar la hecatombe de Solidaridad en las urnas, Yeltsin y sus asesores occidentales tuvieron muy claro que unas elecciones anticipadas serían excesivamente arriesgadas. En Rusia, eran demasiadas las riquezas que todavía pendían de un hilo: inmensos yacimientos petrolíferos, un 30% aproximado de las reservas mundiales de gas y un 20% del níquel del planeta, por no hablar de las fábricas de armamento y del aparato mediático del Estado con el que el Partido Comunista había controlado a una población tan numerosa.

Yeltsin abandonó las negociaciones y se preparó para la guerra. Como acababa de duplicar los salarios de los militares, tenía a la mayoría del ejército de su lado, así que ordenó «rodear el parlamento con miles de agentes del Ministerio del Interior, alambre de espino y tanquetas antidisturbios, e impedir el paso a todo el mundo», según el *Washington Post*.<sup>41</sup> Para entonces, el vicepresidente Rutskoi, principal rival de Yeltsin en el parlamento, había armado a sus guardias y había acogido a los nacionalistas profascistas en su bando. Rutskoi instó a sus partidarios a «no dar un momento de tregua» a la «dictadura» de Yeltsin.<sup>42</sup> Kagarlitski, que participó en las protestas y escribió un libro sobre aquel episodio, me explicó que, el 3 de octubre, la multitud de los partidarios del parlamento «marchó sobre el centro emisor de televisión de Ostankino para exigir que

se anunciara la noticia. Algunas de las personas que participaron en aquella marcha iban armadas, pero la mayoría no. Había también niños entre el gentío. Pero las tropas de Yeltsin les cortaron el paso y las ametrallaron». Unos cien manifestantes y un soldado murieron en aquel incidente. El siguiente paso emprendido por Yeltsin fue disolver todos los consistorios municipales y los consejos regionales del país. La joven democracia rusa iba a ser destruida pieza a pieza.

No hay duda de que algunos parlamentarios se mostraron reacios a cualquier tipo de acuerdo pacífico y azuzaron a la multitud allí congregada, pero, como incluso la ex funcionaria del Departamento de Estado norteamericano, Leslie Gelb, reconoció, el parlamento «no estaba dominado por un puñado de derechistas locos».<sup>43</sup> Las decisiones que precipitaron la crisis fueron la disolución ilegal del parlamento decretada por Yeltsin y el desacato de éste a las sentencias del más alto tribunal del país: ambas medidas no podían menos que ser respondidas por otras decisiones igualmente desesperadas en un país que no deseaba ceder la democracia que acababa de conquistar.\*

Una señal clara de Washington o de la UE podría haber obligado a Yeltsin a iniciar negociaciones serias con los parlamentarios, pero lo único que recibió de las potencias occidentales fueron ánimos. Finalmente, la mañana del 4 de octubre de 1993, Yeltsin cumplió con el destino para el que desde tanto tiempo atrás se le creía destinado y se convirtió en el Pinochet de Rusia al desencadenar una serie de sucesos violentos con inconfundibles reminiscencias del golpe militar acaecido en Chile exactamente veinte años antes. En lo que sería el tercer *shock* traumático que infligió al pueblo ruso, Yeltsin ordenó al ejército que ocupara y desalojara la Casa Blanca rusa, y que le prendiera fuego, y las fuerzas armadas cumplieron la orden, aunque fuera a regañadientes. De ese modo, el presidente dejaba carbonizado el edificio sobre cuya defensa se había labrado su reputación apenas dos años antes. Puede que el comunismo desapareciera de la noche a la mañana sin que se disparara un solo tiro, pero el capitalismo de los de Chicago sí que necesitó una gran dosis de artillería para defenderse: Yeltsin movilizó a 5.000 soldados, decenas de tanques y vehículos de transporte blindado, helicópteros y tropas de asalto de élite armadas con ametralladoras automáticas, y todo para defender a la nueva economía capitalista de Rusia de la grave amenaza de la democracia.

Así se informó en el *Boston Globe* del episodio final del asedio parlamentario decretado por Yeltsin: «En el día de ayer, durante diez horas, unos treinta tanques del ejército ruso y carros blindados de transporte de personal rodearon la sede del parlamento en el centro de Moscú, conocida como la Casa Blanca, y dispararon sobre ella intensas y repetidas andanadas de artillería explosiva acompañadas de múltiples ráfagas de fuego de ametralladora procedentes de las tropas de infantería. A las cuatro y cuarto de la tarde, unos 300 guardias, diputados y personal administrativo del parlamento abandonaban el edificio formando una única fila y con las manos en alto».<sup>44</sup>

Al acabar la jornada, aquella ofensiva total del ejército se había cobrado las vidas de unas quinientas personas y había herido a casi mil, la mayor dosis de violencia que Moscú había vivido desde 1917.<sup>45</sup> Peter Reddaway y Dmitri Glinski, autores del relato definitivo de la era Yeltsin (*The Tragedy of Russia's Reforms: Market Bolshevism against Democracy*, señalan que «durante la operación de limpieza que se produjo en el interior y en las inmediaciones de la Casa Blanca, se arrestó a 1.700 personas y se confiscaron 17 armas. Algunos de los detenidos fueron internados en un estadio deportivo, una práctica ciertamente evocadora de los procedimientos empleados por Pinochet tras el golpe de 1973 en Chile».<sup>46</sup> Muchas fueron conducidas a diversas comisarías de policía, donde fueron objeto de palizas. Kagarlitski recuerda que, mientras le golpeaban en la cabeza, un agente gritó: «¿Queríais democracia, hijos de perra? ¡Os vamos a enseñar democracia!».\*

Pero Rusia no era una reedición de lo de Chile, sino, más bien, una sucesión de los mismos acontecimientos que habían tenido lugar en el país sudamericano pero en orden inverso: Pinochet organizó un golpe, disolvió las instituciones democráticas y, a continuación, impuso la terapia de *shock*; Yeltsin impuso la terapia de *shock* en una democracia y luego, sólo pudo defenderla disolviendo la democracia y organizando un golpe. En cualquier caso, ambos escenarios contaron con el apoyo entusiasta de Occidente.

«Yeltsin recibe un respaldo generalizado por el asalto», se podía leer en un titular del *Washington Post* al día siguiente del golpe, «considerado una victoria de la democracia». El *Boston Globe* optó por encabezar la noticia con un «Rusia escapa a un retorno a las mazmorras de su pasado». El secretario de Estado de Estados Unidos, Warren Christopher, viajó a Moscú para mostrarse al lado de Yeltsin y Gaidar y declaró: «Estados

Unidos no da tan fácilmente su apoyo a la suspensión de un parlamento. Pero éstos son momentos extraordinarios».<sup>48</sup>

Los hechos no se vieron así en Rusia. Yeltsin, el hombre que había ascendido al poder defendiendo el parlamento, le acababa de prender fuego, literalmente, y lo había calcinado hasta tal punto que el edificio había pasado a ser apodado «la casa negra». Un moscovita de mediana edad explicaba horrorizado ante las cámaras de un equipo de reporteros extranjeros que «la gente apoyaba [a Yeltsin] porque nos prometió democracia, pero él ha disparado contra esa democracia. No sólo la ha violado, sino que la ha acribillado a balazos».<sup>49</sup> Vitali Neiman, que había sido una de las personas que hicieron guardia a la entrada de la Casa Blanca durante la intentona golpista de 1991, planteó la traición en los términos siguientes: «Lo que obtuvimos fue justamente lo contrario de lo que soñábamos. Fuimos a las barricadas y pusimos nuestras vidas en peligro por ellos, pero ellos no cumplieron sus promesas».<sup>50</sup>

Jeffrey Sachs, loado tantas veces por haber «demostrado» que las reformas radicales de libre mercado podían ser compatibles con la democracia, continuó respaldando públicamente a Yeltsin tras el asalto al parlamento y tachando a los oponentes del presidente ruso de «grupo de antiguos comunistas embriagados de poder».<sup>51</sup> En su libro *El fin de la pobreza*, en el que ofrece su versión definitiva sobre su intervención en Rusia, Sachs pasa completamente por alto este dramático episodio (sin mencionarlo ni una sola vez), del mismo modo que ignora el estado de sitio y los ataques a los líderes obreros que jalonaron su programa de *shock* en Bolivia.<sup>52</sup>

Tras el golpe, Rusia cayó bajo un régimen de gobierno dictatorial libre de obstáculos: sus órganos electos fueron disueltos, se suspendió el Tribunal Constitucional y la constitución, los tanques patrullaban las calles, se declaró el toque de queda y la prensa tuvo que enfrentarse a una censura omnipresente, aunque los derechos civiles fueron restablecidos en breve.

¿Qué hicieron los de Chicago y sus asesores accidentales en aquel momento crítico? Lo mismo que cuando ardía Santiago de Chile y lo mismo que harían cuando la que ardiese fuese Bagdad: libres, por fin, de la intermediación de la democracia, se dieron un festín de nuevas leyes. Tres días después del golpe, Sachs advertía que, hasta aquel momento, «no había



habido una terapia de *shock*», porque el plan «sólo se había puesto en práctica de forma incoherente e intermitente. Ahora sí que tenemos la oportunidad de hacer algo», dijo.<sup>53</sup>

¡Y vaya si lo hicieron! «Estos días, el equipo económico liberal de Yeltsin está en racha», informaba *Newsweek*. «Al día siguiente de que el presidente ruso disolviera el parlamento, los reformadores encargados de instaurar una economía de libre mercado recibieron la orden: empiecen a redactar decretos.» La revista mencionó la presencia de un «alborozado economista occidental que colabora[ba] estrechamente con el gobierno» y que dejó muy claro que, en Rusia, la democracia siempre había sido un estorbo para el plan de liberalización: «Ahora que el parlamento ha dejado de interponerse, es un gran momento para la reforma. [...] Los economistas de aquí estaban muy deprimidos. Ahora trabajamos día y noche». Al parecer, nada parece tan alentador como un golpe de Estado, a juzgar por las declaraciones de Charles Blitzer, economista principal del Banco Mundial para la zona de Rusia, al *Wall Street Journal*: «Nunca me he divertido tanto en mi vida».<sup>54</sup>

La diversión sólo acababa de comenzar. Cuando el país todavía no se había recuperado del ataque, los propios Chicago Boys de Yeltsin acometieron las medidas más polémicas de su programa: enormes recortes presupuestarios, eliminación de los controles de precios para los alimentos básicos (incluido el pan) y privatizaciones aún más generalizadas y aceleradas. En definitiva, las políticas habituales, que, por el sufrimiento instantáneo que causan, sólo parecen ser posibles cuando hay un estado policial presente que pueda conjurar la rebelión.

Tras el golpe de Yeltsin, Stanley Fischer, subdirector gerente primero del FMI (y uno de los Chicago Boys de la década de 1970), abogó por «moverse con la mayor celeridad posible en todos los frentes».<sup>55</sup> Así lo hizo, por ejemplo, Lawrence Summers, que estaba ayudando a diseñar la política de la administración Clinton para Rusia. Las «tres acciones», como él las denominaba, «(privatización, estabilización y liberalización) deben completarse lo antes posible».<sup>56</sup>

El cambio era tan vertiginoso que los rusos no pudieron mantener el ritmo. Sucedió a menudo que los obreros no sabían siquiera si las fábricas y las minas en las que trabajaban habían sido vendidas (ni, aún menos, cómo o a quién se habían vendido: la misma desorientación absoluta que yo misma pude presenciar una década después en las fábricas iraquíes de

antigua titularidad estatal). En teoría, se suponía que todos estos tejemanejes iban a crear el *boom* económico que proyectaría a Rusia lejos de la desesperación del momento, pero, en la práctica, lo único que sucedió fue que el Estado comunista fue sustituido por otro de tipo corporativista: los beneficiarios de dicho *boom* fueron un limitadísimo círculo de rusos - muchos de ellos, antiguos *apparatchiks* del Partido Comunista y un puñado de gestoras de fondos de inversión occidentales, que obtuvieron mareantes cifras de rentabilidad invirtiendo en las compañías rusas recién privatizadas. Una camarilla de nuevos milmillonarios, muchos de los cuales acabarían formando parte del grupo universalmente conocido como «los oligarcas» por sus majestuosos niveles de riqueza y poder, formó equipo con los Chicago Boys de Yeltsin y se dedicó a desposeer al país de casi todo lo que tenía de valor y a trasladar los ingentes beneficios al extranjero a un ritmo de 2.000 millones de dólares mensuales. Antes de la terapia de *shock*, Rusia no tenía millonarios (en dólares estadounidenses), En 2003, el número de *milmillonarios* rusos se elevaba a diecisiete, según el listado de *Forbes*.<sup>57</sup>

Esto se ha debido, en parte, a que, en una extraña desviación con respecto a la ortodoxia de la Escuela de Chicago, Yeltsin y su equipo no permitieron que las multinacionales extranjeras adquirieran directamente los activos de Rusia: se reservaron los mayores premios para los rusos y luego abrieron las compañías recién privatizadas en posesión de los llamados oligarcas- a los accionistas extranjeros. Los beneficios continuaron siendo astronómicos. «¿Busca una inversión que le permitiría obtener hasta un 2.000% de rentabilidad en tres años?», preguntaba a sus lectores el *Wall Street Journal*. «Sólo hay un mercado bursátil que permita albergar tal esperanza [...] Rusia.»<sup>58</sup> Muchos bancos de inversiones, incluido el Credit Suisse First Boston, así como unos cuantos financieros con sustanciales recursos de capital, no tardaron en constituir fondos de inversiones especializados en Rusia.

Para los oligarcas del país y para los inversores extranjeros, un único nubarrón parecía ensombrecer el horizonte: el desplome de la popularidad de Yeltsin. Los efectos del programa económico eran tan brutales para el ruso medio y el proceso era tan abiertamente corrupto que sus índices de aprobación cayeron por debajo del 10%. Si Yeltsin era expulsado del cargo, quienquiera que le reemplazase pondría probablemente freno a la aventura del capitalismo extremo en Rusia. Pero aún más preocupante para los oligarcas y los «reformadores» resultaba la seria posibilidad que eso

plantearía de que se renacionalizasen muchos de los activos regalados en circunstancias políticas tan inconstitucionales.

En diciembre de 1994, Yeltsin hizo lo que tantos dirigentes desesperados han hecho a lo largo de la historia para aferrarse al poder: inició una guerra. Su jefe de seguridad nacional, Oleg Lobov, había confesado a un legislador que «lo que necesitamos es una pequeña guerra victoriosa para aumentar los índices del presidente», y el ministro de Defensa predijo que su ejército podía derrotar a las fuerzas de la república separatista de Chechenia en cuestión de horas: un paseo militar.<sup>59</sup>

El plan pareció funcionar, al menos en un primer momento. Durante la fase inicial de la campaña bélica, el movimiento independentista checheno fue parcialmente eliminado y las tropas rusas conquistaron el palacio presidencial (que había sido previamente abandonado por sus anteriores ocupantes) en Grozni, lo que permitió a Yeltsin proclamar una gloriosa victoria para su ejército. Pero aquél sólo sería un triunfo a corto plazo (tanto en Chechenia como en Moscú). Cuando Yeltsin se presentó a la reelección en 1996, seguía siendo tan impopular y su derrota se antojaba tan segura que sus asesores contemplaron seriamente la posibilidad de cancelar los comicios; una carta firmada por un grupo de banqueros rusos y publicada en todos los diarios de tirada nacional del país insinuaba abiertamente esa opción.<sup>60</sup> El ministro de Privatizaciones de Yeltsin, Anatoli Chubais (a quien Sachs había llegado a describir en alguna ocasión como «un luchador por la libertad»), se erigió en uno de los más abiertos proponentes de la opción pinochetista.<sup>61</sup> «Para que haya democracia en la sociedad tiene que haber una dictadura en el poder», declaró.<sup>62</sup> Con esas palabras se hacía directamente eco de las excusas dadas por Pinochet y por Deng para justificar, respectivamente, el papel de los de la Escuela de Chicago en Chile y la aplicación en China de la filosofía del friedmanismo sin libertad.

Al final, las elecciones se celebraron y Yeltsin ganó gracias a la financiación de los oligarcas, estimada en unos 100 millones de dólares (33 veces la cantidad máxima legalmente permitida), y a la cobertura informativa dispensada por los canales televisivos controlados por los oligarcas (800 veces superior a la de sus rivales).<sup>63</sup> Eliminada la amenaza de un cambio repentino en el gobierno, los Chicago Boys de imitación rusos fueron capaces de pasar a la parte más controvertida (y lucrativa) de su

programa: la venta de lo que Lenin había denominado una vez «los puestos de mando» de la economía nacional.

El 40% de una empresa petrolera comparable en tamaño a la francesa Total fue vendido por sólo 88 millones de dólares (para hacernos una idea, las ventas de Total en 2006 ascendieron a 193.000 millones de dólares). Norilsk Nickel, productora de una quinta parte del níquel mundial, fue vendida por 170 millones de dólares (aun cuando sólo sus beneficios anuales no tardaron en alcanzar los 1500 millones de dólares). La inmensa compañía petrolera Yukos, que controla más petróleo que Kuwait, fue vendida por 309 millones de dólares; actualmente obtiene más de 3.000 millones de dólares en ingresos cada año. El 51% de la gigante petrolera Sidanko fue adjudicado por 130 millones de dólares; sólo dos años después, esa misma participación estaba valorada en 2.800 millones de dólares en los mercados internacionales. Una colosal fábrica de armamento fue dispensada por 3 millones de dólares, el precio de un chalet para las vacaciones en Aspen.<sup>64</sup>

El escándalo no era únicamente que la riqueza pública de Rusia se estuviese subastando por una fracción mínima de su auténtico valor, sino, también, que, al más puro estilo corporativista, estaba siendo adquirida con dinero público. Según lo explicaban los periodistas del *Moscow Times* Matt Bivens y Jonas Bernstein, «unos pocos hombres escogidos a dedo se apoderaron de los yacimientos petrolíferos prospeccionados y perforados en su momento por el Estado sin tener que pagar un céntimo por ellos; aquello formaba parte, simplemente, de un gigantesco juego del trile en el que una rama del Estado pagaba a otra». En un atrevido acto de cooperación entre los políticos que vendían las empresas públicas y los hombres de negocios que las compraban, varios ministros de Yeltsin realizaron transferencias de grandes sumas de dinero del Estado que, en lugar de ir a parar al banco central o a la hacienda de la nación, acabaron en bancos privados que los oligarcas habían constituido a toda prisa como sociedades anónimas.\*

El Estado contrató luego a esos mismos bancos para que gestionaran las subastas de privatización de los yacimientos petrolíferos y de las minas. Los bancos realizaban las subastas, pero también pujaban en ellas y, como no podía ser de otro modo, las entidades financieras propiedad de los oligarcas decidieron convertirse en las flamantes nuevas dueñas de aquellos antiguos activos estatales. El dinero que pusieron para comprar las acciones de estas compañías públicas era probablemente el mismo dinero del Estado

que los ministros de Yeltsin habían ingresado en ellas con anterioridad.<sup>65</sup> O, lo que es lo mismo, el pueblo ruso anticipó el dinero que se usó en el saqueo de su propio país.

En palabras de uno de los «jóvenes reformadores» de Rusia, cuando los comunistas rusos decidieron desmembrar la Unión Soviética, «intercambiaron poder por propiedades»<sup>66</sup> La familia de Yeltsin, al igual que anteriormente la de su «mentor» Pinochet, se enriqueció extraordinariamente, y sus hijos e hijas (así como varios de los cónyuges de éstas) fueron nombrados para altos cargos de las grandes empresas privatizadas.

Cuando los oligarcas se hubieron establecido firmemente al control de los activos clave del Estado ruso, abrieron sus nuevas compañías a las grandes multinacionales, que también se llevaron grandes porciones de las mismas. En 1997, Royal Dutch/Shell y BP formaron sociedad con dos gigantes rusas del petróleo, Gazprom y Sidanko, respectivamente<sup>67</sup> Se trataba de inversiones sumamente rentables, pero la participación principal de la riqueza en Rusia siguió estando en manos de los actores rusos y no de sus socios extranjeros. Aquél fue un detalle que se les pasó por alto al FMI y al Tesoro estadounidense, pero que éstos rectificarían posteriormente en las subastas privatizadoras de Bolivia y Argentina. Estados Unidos llegaría incluso más lejos en Irak, donde, tras la última invasión, trató directamente de excluir por completo a la élite local de las lucrativas operaciones de privatización de activos estatales.

Wayne Merry, analista político principal de la embajada estadounidense en Moscú durante el período clave comprendido entre 1990 y 1994, ha admitido que la elección entre la democracia y los intereses del mercado en Rusia fue muy dura. «El gobierno de Estados Unidos optó por primar lo económico sobre lo político. Elegimos la liberalización de los precios, la privatización de la industria y la creación de un capitalismo realmente libre de trabas y desregulado. Y, básicamente, esperábamos que el Estado de derecho, la sociedad civil y la democracia representativa se desarrollaran automáticamente, de un modo u otro, a partir de todo eso. [...] Fue una desgracia que nuestra elección significara ignorar la voluntad popular e imponer esa otra política».<sup>68</sup>

Tanta era la fortuna que se estaba amasando en Rusia en aquel período que algunos de los «reformadores» no pudieron resistirse a participar de la acción. En realidad, la situación en Rusia ponía en evidencia, más que en ningún otro lugar hasta ese momento, el mito del tecnócrata, el «cerebro» economista partidario del libre mercado que, supuestamente, impone modelos de manual por pura convicción teórica. Como ya había sucedido en Chile y en China, donde la corrupción galopante y la terapia económica de *shock* fueron de la mano, varios de los ministros y viceministros de Yeltsin afiliados a la corriente de la Escuela de Chicago acabaron perdiendo sus puestos en sonadísimos escándalos de corrupción al más alto nivel.<sup>69</sup>

Tampoco hay que olvidar a los genios precoces del Proyecto Rusia de Harvard, a quienes se había encargado la tarea de organizar las privatizaciones del país y el mercado de fondos de inversiones. Los dos académicos que encabezaban el proyecto (el profesor de economía de Harvard Andrei Shleifer y su adjunto, Jonathan Hay) fueron acusados de haberse beneficiado directamente con el mercado que tan apresuradamente estaban creando. Mientras Shleifer era el principal asesor del equipo de Gaidar en materia de política privatizadora, su esposa realizó fuertes inversiones en activos rusos privatizados. Hay, un titulado en derecho por Harvard de treinta años de edad en aquel momento, también realizó inversiones personales en las reservas de petróleo rusas que acababan de privatizarse, lo que, supuestamente, constituía una vulneración flagrante del contrato de la USAID con Harvard. Y al tiempo que Hay ayudaba al gobierno ruso a establecer un nuevo mercado de fondos de inversión, su novia (y futura esposa) obtuvo la primera licencia para fundar una gestora de fondos en Rusia, la cual, desde el inicio de sus actividades, fue administrada al margen de la oficina de Harvard en Moscú, que estaba financiada por el gobierno estadounidense. (Técnicamente, como director del Harvard Institute for International Development, en el que tenía su sede el Proyecto Rusia, Sachs había sido el jefe de Shleifer y de Hay durante parte de ese período, No obstante, Sachs ya no trabajaba sobre el terreno en Rusia y nunca ha sido involucrado en ninguna acción cuestionable de ese tipo.)<sup>70</sup>

Cuando estos enredos salieron a la luz, el Departamento de Justicia de Estados Unidos se querelló contra Harvard alegando que los negocios de Shleifer y Hay vulneraban los contratos que habían firmado y en los que se comprometían a no beneficiarse personalmente de su labor de alto nivel.

Tras una investigación y una batalla legal de siete años, el tribunal federal del distrito de Boston sentenció que Harvard había incumplido su contrato, que los dos académicos habían «conspirado para defraudar a los Estados Unidos», que Shleifer había «incurrido en una flagrante práctica de autocontratación» y que Hay había «intentado blanquear 400.000 dólares a través de su padre y de su novia». <sup>71</sup> Harvard fue obligada a pagar una compensación de 26,5 millones de dólares (la más elevada jamás satisfecha por esa institución). Shleifer accedió a pagar 2 millones y Hay, una cifra a determinar entre 1 y 2 millones, dependiendo de sus ingresos, aunque ni el uno ni el otro admitieron responsabilidad alguna. <sup>\* 72</sup>

Posiblemente, esa «autocontratación» era inevitable por la naturaleza misma del experimento ruso. Anders Åslund, uno de los más influyentes economistas occidentales que trabajaban por aquel entonces en Rusia, afirmó que la terapia de *shock* funcionaría porque «los incentivos milagrosos o las tentaciones del capitalismo lo conquistan más o menos todo». <sup>73</sup> Así que, si la codicia iba a ser el motor de la reconstrucción de Rusia, lo más probable es que los académicos de Harvard y sus esposas y novias -además del personal y la familia de Yeltsin- no estuviesen más que predicando con el ejemplo al participar personalmente en aquel frenesí de avaricia.

Todo esto suscita directamente una pregunta acuciante e importante acerca de los ideólogos del libre mercado: ¿son «verdaderos creyentes» a quienes mueve la ideología y la fe en que los mercados libres curarán el subdesarrollo, como se asegura a menudo, o sus ideas y teorías actúan frecuentemente como una elaborada tapadera que permite que las personas actúen dando rienda suelta a su codicia, aunque invocando, al mismo tiempo, una motivación altruista? Todas las ideologías son corrompibles, evidentemente (y los *apparatchiks* rusos dieron abundantes y evidentes muestras de ello con los múltiples privilegios que cosecharon durante la era comunista), y, sin duda, existen neoliberales honestos. Pero la economía de la Escuela de Chicago parece ser especialmente susceptible de desembocar en procesos de corrupción. En cuanto se acepta que el lucro y la codicia practicados en masa generan los mayores beneficios posibles para cualquier sociedad, no existe prácticamente ningún acto de enriquecimiento personal que no pueda justificarse como contribución al gran caldero creativo del capitalismo porque supuestamente genera riqueza y espolea el crecimiento

económico (aunque sea sólo el de la propia persona y sus colegas más próximos).

La obra filantrópica de George Soros en la Europa del Este (en la que hay que incluir también los viajes sufragados a Sachs por toda la región) no ha sido inmune a la controversia. No hay duda de que Soros estaba comprometido con la causa de la democratización del bloque oriental, pero también estaba poniendo en juego sus propios y evidentes intereses económicos cuando apoyaba el tipo concreto de reforma económica que acompañaba a esa democratización. Tratándose del más poderoso comprador y vendedor de divisas del mundo, como era su caso, tenía mucho de lo que beneficiarse cuando los países instauraban monedas convertibles y levantaban los controles sobre la circulación de capitales. Y cuando las compañías estatales eran puestas a subasta, él era uno de los compradores potenciales.

Era perfectamente legal que Soros se beneficiase directamente con los mercados que él mismo estaba ayudando a abrir actuando como filántropo, pero aquello no parecía proyectar la imagen más íntegra de él como benefactor. Durante un tiempo, él mismo trató de solucionar la apariencia de un conflicto de intereses prohibiendo que sus empresas invirtiesen en aquellos países donde sus fundaciones ejercían su actividad. Pero cuando Rusia salió a subasta, Soros ya no pudo resistir más la tentación. En 1994, explicó que su política se había «modificado debido a que los mercados ya se estaban desarrollando de verdad en la región y [él] no tenía motivo ni derecho alguno para negar a los partícipes de [sus] fondos o a [sus] accionistas la posibilidad de invertir allí, ni para privar a aquellos países de la oportunidad de hacerse con parte de esos fondos». Soros ya había adquirido acciones de la privatizada red telefónica rusa en 1994, por ejemplo (una inversión desastrosa, según se demostraría más tarde), así como un pedazo de una gran empresa polaca de alimentación.<sup>74</sup> En los primeros momentos tras la caída del comunismo, Soros, gracias al trabajo de Sachs había sido uno de los primeros promotores de la terapia de *shock* como método de transformación económica para aquellos países. A finales de los años noventa, sin embargo, experimentó un notorio cambio de parecer y se convirtió en uno de los principales críticos de la terapia de *shock*. Como consecuencia de ello, dio instrucciones concretas a sus fundaciones para que financiaran ONG que se centraran en poner en marcha medidas anticorrupción antes de que se produjeran las privatizaciones.



Esa epifanía personal llegó demasiado tarde para salvar a Rusia de las garras del capitalismo de casino. La terapia de *shock* había abierto la nuez rusa a los flujos del dinero «caliente» (es decir, a las inversiones especulativas a corto plazo y las operaciones de compraventa de moneda, sumamente rentables todas ellas). Esa intensa especulación hizo que, en 1998, cuando la crisis financiera asiática (tema del capítulo 13 de este libro) empezó a propagarse más allá del ámbito exclusivo de los Tigres, Rusia quedase enteramente desprotegida. Su ya de por sí precaria economía quebró definitivamente. La población culpó a Yeltsin y su índice de popularidad cayó a un absolutamente insostenible 6%.<sup>75</sup> El futuro de muchos de los oligarcas volvía a estar en peligro; iba a ser necesario, pues, otro gran *shock* para salvar el proyecto económico y conjurar la «amenaza» de que en Rusia pudiera asentarse una verdadera democracia.

En septiembre de 1999, el país se vio sacudido por una serie de atentados terroristas de una crueldad extrema: de forma aparentemente inesperada, alguien voló por los aires cuatro bloques de viviendas en plena noche y mató a cerca de 300 personas. En una sucesión de hechos que a los estadounidenses les acabaría resultando muy familiar tras el 11 de septiembre de 2001, todos los demás temas fueron expulsados del mapa político por la entrada en escena de la única fuerza capaz de hacer algo así. «Fue una especie de miedo primario», explica la periodista rusa Yevgenia Albats. «De repente, parecía que todos esos debates y explicaciones sobre la democracia y los oligarcas no tuvieran ninguna importancia comparados con el temor a morir en el interior de nuestras propias viviendas.»<sup>76</sup>

El hombre a quien se situó al frente de la caza de aquellos «animales» fue el primer ministro ruso, el acerado y vagamente siniestro Vladimir Putin.\*<sup>77</sup> Inmediatamente después de los atentados con bomba en los edificios de viviendas (producidos a finales de septiembre de 1999), Putin lanzó una campaña de bombardeos aéreos sobre Chechenia, en los que se atacó a la población civil. A la nueva luz de la amenaza terrorista, el hecho de que Putin fuese un veterano del KGB (el símbolo más temido de la era comunista), donde había prestado sus servicios durante diecisiete años, pareció resultar de pronto tranquilizador para muchos rusos. Yeltsin se volvía cada vez más disfuncional por culpa del alcoholismo, pero Putin, el protector, estaba ahora perfectamente posicionado para sucederle como presidente. El 31 de diciembre de 1999, en un momento en el que la guerra en Chechenia hacía imposible un debate mínimamente serio, varios

oligarcas idearon un callado traspaso de poder de Yeltsin a Putin sin necesidad de elecciones. Pero antes de abandonar el poder, Yeltsin copió una página más del libro de reglas de Pinochet y exigió inmunidad legal para su persona. Así, el primer acto de Putin como presidente fue firmar una ley que protegía a Yeltsin frente a cualquier posible acusación penal, ya fuera por la corrupción, por el asesinato de manifestantes prodemocráticos a manos de militares o por cualquier otro acto que hubiera tenido lugar bajo su supervisión como jefe de Estado.

Yeltsin es visto por la historia más como un bufón corrupto que como un hombre duro y de aspecto amenazador. Pero sus políticas económicas y las guerras que promovió para protegerlas contribuyeron significativamente a aumentar el recuento de víctimas de la cruzada de la Escuela de Chicago, una cifra que no ha dejado de aumentar sistemáticamente desde lo sucedido en Chile durante los años setenta. A las víctimas del golpe de octubre perpetrado por Yeltsin, hay que añadir el elevadísimo número de muertos en las guerras de Chechenia (según las estimaciones, unos 100.000 civiles).<sup>78</sup> Ahora bien, las mayores masacres que precipitó el anterior máximo mandatario ruso fueron aquellas que se produjeron «a cámara lenta», pero con una mortandad mucho mayor: me refiero a los «daños colaterales» de la terapia económica de *shock*.

Nunca tantas personas han perdido tanto en tan poco tiempo sin que existiera una hambruna, una plaga o una batalla de grandes proporciones. Desde el inicio de la «transición» hasta 1998, más del 80% de las granjas y las explotaciones agrícolas rusas habían quebrado, y, aproximadamente, unas 70.000 fábricas de titularidad estatal habían sido clausuradas, dejando como rastro una auténtica epidemia de desempleo. En 1989, antes de la terapia de *shock*, vivían en la Federación Rusa bajo el umbral de pobreza (es decir, con ingresos inferiores a los cuatro dólares diarios) dos millones de personas. A mediados de la década de 1990, cuando los «terapeutas» del *shock* ya habían administrado su «amarga medicina», eran 74 millones de rusos y rusas los que vivían por debajo de ese umbral, según el Banco Mundial. Eso significa que de lo que verdaderamente pueden vanagloriarse las «reformas económicas» rusas es del empobrecimiento absoluto de 72 millones de personas en sólo ocho años. En 1996, el 25% de los rusos (casi

37 millones de personas) vivían en una situación de pobreza calificada de «desesperada».<sup>79</sup>

Aunque millones de rusos han salido de la pobreza en estos últimos años -gracias, sobre todo, al aumento de los precios del petróleo y del gas-, la infraclase de las personas pobres de solemnidad se ha convertido en un fenómeno permanente en Rusia (y con él, las enfermedades relacionadas con ese estatus de marginación). Pese a lo miserable que era la vida durante el comunismo -con unos pisos sobreocupados y dotados de insuficiente calefacción-, los rusos disponían al menos de una vivienda; en 2006, el gobierno reconoció que, en el país, hay 715.000 niños sin hogar (una cifra que, según UNICEF, alcanza en realidad los 3,5 millones de niños y niñas).<sup>80</sup>

Durante la Guerra Fría, la generalizada incidencia del alcoholismo era siempre señalada en Occidente como prueba de que la vida bajo el comunismo era tan deprimente que los rusos precisaban de grandes dosis de vodka para soportarla. Con la llegada del capitalismo, sin embargo, los rusos beben el doble de alcohol del que solían beber y se están aficionando también a otros analgésicos más contundentes. El zar antidroga de Rusia, Aleksandr Mijailov, dice que el número de consumidores se incrementó en un 900% entre 1994 y 2004 hasta alcanzar los 4 millones de personas, muchas de ellas adictas a la heroína. La epidemia de la droga ha repercutido también en la incidencia de otro asesino silencioso: en 1995, un total de 50.000 rusos eran seropositivos al VIH<sup>81</sup>. En sólo dos años, esa cifra ya se había duplicado; diez años después, según UNAIDS, casi un millón de rusos y rusas eran seropositivos al VIH.<sup>81</sup>

Éstas son las muertes lentas, pero también las hay rápidas. Nada más introducirse la terapia de *shock* en 1992, el ya de por sí elevado índice de suicidios en Rusia empezó a aumentar; en 1994, punto álgido de las «reformas» de Yeltsin, la tasa de suicidios escaló hasta situarse casi en el doble de la que se registraba ocho años antes. Los rusos también se mataban entre sí con mucha mayor frecuencia: en 1994, los crímenes violentos se habían multiplicado por más de cuatro.<sup>82</sup>

«¿Qué han ganado nuestra patria y su pueblo con estos quince criminales años anteriores?», se preguntaba Vladimir Gusev, un académico moscovita, en una manifestación prodemocrática en 2006. «Estos años de capitalismo asesino han matado al 10% de nuestros habitantes.» Y lo cierto

es que la población rusa se encuentra en franco (y acelerado) declive. El país pierde aproximadamente unos 700.000 habitantes al año. Entre 1992, el primer año completo de terapia de *shock*, y 2006, la población de Rusia menguó en 6,6 millones de habitantes.<sup>83</sup> Hace tres décadas, André Gunder Frank, el economista de los de Chicago, disidente escribió una carta a Milton Friedman acusándole de «genocidio económico». Actualmente, muchos rusos describen la lenta desaparición de sus conciudadanos y conciudadanas empleando términos similares.

Esta miseria planificada resulta aún más grotesca si pensamos que la riqueza acumulada por la élite es exhibida en Moscú como en ningún otro lugar del mundo con la salvedad, quizás, de un puñado de emiratos petrolíferos. En la Rusia actual, la riqueza está tan estratificada que los ricos y los pobres parecen vivir no sólo en países distintos, sino también en siglos diferentes. Una de esas «zonas horarias» es el centro de Moscú, transformado a pasos acelerados en una ciudad del pecado futurista del siglo XXI, donde los oligarcas se desplazan toda prisa de un lado a otro en convoyes de Mercedes negros protegidos por soldados mercenarios de primer nivel, y donde los gestores de dinero occidentales se ven seducidos por la laxitud de la normativa de inversiones durante el día y por las prostitutas facilitadas por gentileza de sus anfitriones durante la noche. Como ejemplo de la vida en la otra zona horaria, baste la respuesta de una adolescente de provincias de diecisiete años de edad a la pregunta de cuáles eran sus esperanzas para el futuro: «Es difícil hablar del siglo XXI cuando estás sentada aquí, leyendo a la luz de una vela. El siglo XXI importa bien poco. Aquí estamos en el siglo XIX».<sup>84</sup>

Este pillaje al que ha sido sometido todo un país con tanta riqueza como la que Rusia atesora ha requerido de actos extremos de terror en la historia reciente: desde el incendio del parlamento hasta la invasión de Chechenia. «Las políticas que engendran pobreza y delincuencia», escribe Georgi Arbatov, uno de los asesores económicos originales (y generalmente ignorados) de Yeltsin, «[...] sólo pueden sobrevivir si se suprime la democracia».<sup>85</sup> Se había suprimido ya en el Cono Sur, en Bolivia (durante el estado de sitio) o en China (durante la ofensiva de Tiananmen). Pronto se suprimiría también en Irak.

## ANTE LA DUDA, ÉCHENLE LA CULPA A LA CORRUPCIÓN

Al releer las noticias publicadas en Occidente sobre el período de la terapia de *shock* en Rusia, sorprenden los paralelismos entre los comentarios y las explicaciones de entonces y los debates que se desarrollarían en torno a Irak una década más tarde. Para las administraciones de Clinton y de Bush padre (como, por supuesto, para la Unión Europea, el G-7 y el FMI), el objetivo evidente que se perseguía en Rusia era el de borrar el Estado preexistente a fin de crear las condiciones necesarias para un festín capitalista que, a su vez, sirviera de impulso inicial para una pujante democracia de libre mercado administrada por un grupo de estadounidenses recién salidos de la universidad. Dicho de otro modo, lo que se buscaba era lo mismo que en Irak, pero sin artefactos explosivos de por medio.

Cuando el fervor por la terapia de *shock* en Rusia estaba en su punto más álgido, sus partidarios estaban absolutamente convencidos de que sólo la destrucción total de todas y cada una de las instituciones previas permitiría generar las condiciones precisas para un renacimiento nacional: el mismo sueño de «borrón y cuenta nueva» que se reproduciría años después en Bagdad. Resulta «deseable», escribió Richard Pipes, un historiador de Harvard, «que Rusia continúe desintegrándose hasta que no quede nada de sus estructuras institucionales».<sup>86</sup> Y, por su parte, el economista de la Universidad de Columbia Richard Ericson escribió en 1995: «Toda reforma debe causar una perturbación sin parangón histórico. Debe desecharse todo un mundo: desde sus instituciones económicas y la mayoría de las sociales hasta la estructura física de la producción, el capital y la tecnología».<sup>87</sup>

Otro paralelismo con Irak: por flagrante que fuese el desafío planteado por Yeltsin contra cualquier atisbo de democracia, su gobierno fue siempre caracterizado en Occidente como parte de «una transición a la democracia», un discurso que sólo cambió cuando Putin empezó a perseguir las actividades ilegales de varios oligarcas. La actual administración Bush siempre ha descrito la situación en Irak como de transición hacia la democracia, aun existiendo pruebas abrumadoras del ejercicio desenfrenado de la tortura, de la acción de escuadrones de la muerte descontrolados y de

la sistemática censura a la que está sometida la prensa. El programa económico de Rusia fue siempre descrito como una «reforma», del mismo modo que el de Irak es permanentemente calificado de «reconstrucción», incluso después de que la mayoría de los contratistas estadounidenses hayan huido del lugar y hayan dejado detrás de sí un caos absoluto en las infraestructuras, que se acrecienta a medida que aumenta la destrucción. En Rusia, a mediados de los años noventa, cualquiera que osara cuestionar la sabiduría de «los reformadores» era tildado de nostálgico estalinista, al igual que los críticos con la ocupación de Irak fueron acusados, durante años, de pensar que con Sadam Husein se vivía mejor.

Cuando ya no fue posible ocultar por más tiempo los fracasos del programa de terapia de *shock* en Rusia, la interpretación predominante pasó a centrarse en el arraigo de la «cultura de la corrupción» en Rusia y en la especulación con la posibilidad de que los rusos «no estuvieran preparados» para una auténtica democracia por culpa de su larga historia de autoritarismo. Los economistas de los *think tanks* de Washington negaron inmediatamente toda relación con la economía frankensteiniana que habían ayudado a crear en Rusia y la tacharon de «capitalismo mafioso» (un fenómeno supuestamente específico del carácter ruso). «Nunca haremos nada bueno de Rusia», declaraba *Atlantic Monthly* en 2001, haciéndose eco de la frase de un oficinista ruso. En *Los Angeles Times*, el periodista y novelista Richard Lourie proclamó que «los rusos son una nación tan calamitosa que, incluso cuando se dedican a algo sensato y trivial, como votar y ganar dinero, lo echan todo a perder».<sup>88</sup> El economista Anders Åslund había afirmado que las «tentaciones del capitalismo» bastarían por sí solas para transformar Rusia: el poder de la codicia facilitaría el impulso necesario para reconstruir el país. Cuando se le preguntó unos años después qué era lo que había fallado, respondió que «la corrupción, la corrupción y la corrupción», como si ésta no fuese otra cosa más que la expresión irrefrenada de las «tentaciones del capitalismo» que con tanto entusiasmo había ensalzado.<sup>89</sup>

La misma farsa se reproduciría al completo una década después para justificar los miles de millones de dólares perdidos en la reconstrucción de Irak. En este caso, sería el legado desfigurador de Sadam y las patologías del «islamismo radical» las que ocuparían el lugar de la herencia del comunismo y del zarismo. En Irak, la indignación estadounidense ante la aparente incapacidad de los iraquíes para aceptar la «libertad» que se les

regalaba a punta de pistola también acabaría por tornarse abusiva (sólo que, en Irak, la rabia no la liberarían únicamente los editorialistas en forma de desagradables artículos sobre la «ingratitude» de los iraquíes, sino que también la descargarían los soldados estadounidenses y británicos sobre los cuerpos de los civiles iraquíes).

El problema real del discurso consistente en echarle la culpa a la propia Rusia es que impide llevar a cabo un examen serio de lo que todo ese episodio tendría que enseñarnos acerca del verdadero rostro de la cruzada en pos de los mercados libres y sin restricciones, la tendencia política más poderosa de las pasadas tres décadas. Aún sigue hablándose de la corrupción de muchos de los oligarcas como una fuerza externa que infectó unos planes liberalizadores que, de no haber intervenido ese factor, habrían resultado muy valiosos para el país. Pero la corrupción no fue un «intruso» en las reformas de libre mercado en Rusia: las potencias occidentales alentaron activamente el cierre rápido y turbio de múltiples acuerdos de compraventa como vía más directa para conseguir el impulso inicial que necesitaba la economía. La salvación nacional por medio del aprovechamiento de la codicia era lo más parecido a un plan que tenían los Chicago Boys de Rusia para cuando hubiesen acabado de destruir las instituciones rusas.

Tampoco fueron esos catastróficos resultados privativos de Rusia; los treinta años de historia del experimento de la Escuela de Chicago han estado salpicados constantemente por episodios de corrupción masiva y de colusión corporativista entre los Estados policiales y las grandes empresas, como bien muestran los ejemplos de los «pirañas» chilenos, las privatizaciones entre amigos de Argentina, los oligarcas rusos, el juego de trile que organizó Enron con la energía en Estados Unidos o la llamada «zona libre de fraude» de Irak. Lo que se busca precisamente con la terapia de *shock* es abrir una oportunidad para la obtención inmediata de enormes y lucrativos beneficios, pero no a pesar de las ilegalidades, sino, justamente, gracias a ellas. «Rusia se ha convertido en el Potosí de los especuladores internacionales de fondos», titulaba un diario ruso en 1997, al mismo tiempo que *Forbes* describía Rusia y la Europa central como «la nueva frontera».<sup>90</sup> Toda aquella terminología de la era colonial resultaba perfectamente apropiada para la situación.

La mejor manera de entender el movimiento que Milton Friedman lanzó en la década de los cincuenta es concibiéndolo como una ofensiva del capital multinacional destinada a reconquistar la «frontera» colonial (sumamente lucrativa y sin ley) que tanto admiraba Adam Smith (antepasado intelectual de los neoliberales de hoy en día), aunque imprimiéndole un nuevo giro. En lugar de hacer campaña por las «naciones salvajes y bárbaras» de las que hablaba Smith y en las que no imperaba la ley occidental (una opción que ya no resultaba practicable en los años setenta del siglo XX), el nuevo movimiento se fijó como propósito el desmantelamiento sistemático de las leyes y las regulaciones existentes para recrear esa alegalidad anterior. Y allí donde los colonos de Smith obtenían su lucrativa rentabilidad de la apropiación de «tierras baldías» a cambio de «una insignificancia», las multinacionales actuales consideran territorio a conquistar y del que apropiarse toda una serie de programas estatales, activos públicos y bienes y servicios que no estén todavía en venta: los servicios postales, los parques nacionales, las escuelas, la seguridad social, la ayuda para los damnificados en los desastres y cualquier otro ámbito que pueda estar administrado públicamente.<sup>91</sup>

Para la teoría económica de la Escuela de Chicago, el Estado es hoy una frontera colonial que los conquistadores empresariales saquean con la misma determinación y energía implacables con la que sus predecesores arrasaron con el oro y la plata de los Andes para llevárselo consigo. Si Smith previó en su época que algún día los terrenos verdes y fértiles de la Pampa y de las Grandes Praderas podrían convertirse en explotaciones agrícolas rentables, Wall Street ha visto en décadas recientes «oportunidades» parecidas en la telefónica de Chile, en las líneas aéreas de Argentina, en los nacimientos petrolíferos de Rusia, en el sistema de traída de aguas de Bolivia, en las ondas de la radiotelevisión estadounidense o en las fábricas de Polonia: todos ellos «terrenos verdes» construidos con riqueza pública, pero vendidos por una insignificancia.<sup>92</sup> Tampoco podemos olvidar los tesoros que se han generado encargando al Estado la imposición de patentes y precios a formas de vida y a recursos naturales que jamás hubiéramos soñado que podían convenirse en artículos comerciales: semillas, genes... incluso el dióxido de carbono de la atmósfera terrestre. En su búsqueda insaciable de nuevas fronteras en el ámbito público para el lucro privado, los economistas de la Escuela de Chicago son como los cartógrafos de la era colonial, que tan pronto identificaban nuevas vías



fluviales a través de la Amazonia como marcaban la ubicación de un supuesto alijo de oro potencial custodiado en el interior de un templo inca.

La corrupción ha sido un elemento tan habitual de estas fronteras contemporáneas como lo fue durante las fiebres del oro coloniales. Como los acuerdos de privatización más significativos se firman siempre en medio del tumulto generado por una crisis económica o política, no impera casi nunca en esos momentos un marco legislativo claro ni unas autoridades reguladoras efectivas: el ambiente es caótico y los precios son tan flexibles como los dirigentes políticos. Lo que hemos estado viviendo durante tres décadas ha sido un capitalismo de frontera, una frontera que ha ido cambiando constantemente de ubicación, de crisis en crisis, trasladándose tan pronto como la ley se ha ido poniendo al día de la situación en cada nuevo lugar.

Así que, lejos de servir como advertencia, el ascenso de los oligarcas mi/millonarios rusos no hizo más que demostrar lo rentable que podía resultar la explotación a cielo abierto de un Estado industrializado. Y Wall Street quería más. Inmediatamente después de la desaparición de la Unión Soviética, el Departamento estadounidense del Tesoro y el FMI endurecieron considerablemente las condiciones exigidas a otros países en crisis (y que llamaban a sus puertas solicitando ayuda) haciendo más inmediatas las privatizaciones. El caso más dramático hasta la fecha se produjo en 1994, al año siguiente del golpe de Estado de Yeltsin, cuando la economía mexicana sufrió una importante depresión conocida como la crisis del tequila: entre los términos de su particular «rescate», las autoridades estadounidenses impusieron una serie de privatizaciones relámpago. De resultados de ese proceso, según los datos de *Forbes*, se generaron 23 nuevos *milmillonarios* (en dólares estadounidenses). «La lección que se extrae de todo esto -explicaba la revista- es bastante obvia: si quieren saber dónde surgirán los próximos estallidos de *milmillonarios*, busquen entre los países cuyos mercados se estén abriendo en ese momento.» La crisis y la posterior ayuda estadounidense también abrieron México a una participación sin precedentes de los propietarios extranjeros: en 1990, sólo uno de los bancos mexicanos era de propiedad extranjera, pero «en 2000, 24 de los 30 bancos del país estaban ya en manos foráneas».<sup>93</sup> Obviamente, la única lección que se extrajo del caso ruso fue que, cuanto más rápida y más alegal sea la transferencia de riqueza, más lucrativa resultará.

Una de las personas que así lo entendieron fue Gonzalo Sánchez de Lozada (Goni), el hombre de negocios en cuya sala de estar se había redactado en 1985 el plan de la terapia de *shock* para Bolivia. Tras su acceso al cargo de presidente del país a mediados de los años noventa, vendió la compañía petrolera nacional boliviana, así como las aerolíneas, los ferrocarriles, la eléctrica y la telefónica estatales. Pero, a diferencia de lo ocurrido en Rusia, donde los mayores premios fueron concedidos a empresarios locales, entre los ganadores de la liquidación total de Bolivia estaban Enron, Royal Dutch/Shell, Amoco Corp. y Citicorp, y las ventas fueron directas: las compañías extranjeras no tuvieron necesidad de formar sociedad alguna con empresas locales.<sup>94</sup> El *Wall Street Journal* refería en una de sus noticias una estampa ciertamente evocadora del Salvaje Oeste en pleno La Paz en 1995: «El hotel Radisson Plaza está abarrotado de ejecutivos de grandes empresas estadounidenses como American Airlines (de AMR Corp.), MCI Communications Corp., Exxon Corp. y Salomon Brothers Inc. Han sido invitados por los bolivianos para reformular las leyes que rigen los sectores que serán privatizados y para pujar por las compañías que saldrán a subasta en el próximo lote» (una situación ciertamente oportuna para todos ellos). «Lo importante es hacer que estos cambios sean irreversibles y conseguir llevarlos a cabo antes de que los anticuerpos hagan su aparición»: así explicó el presidente Sánchez de Lozada su método de terapia de *shock*. Para asegurarse por completo de que tales «anticuerpos» no llegaran a tiempo para intervenir, el gobierno de Bolivia hizo algo que ya había hecho con anterioridad en circunstancias similares: impuso un nuevo y prolongado «estado de sitio» por el que prohibió toda reunión de tipo político y se arrogó la autoridad de arrestar a todos los oponentes del proceso.<sup>95</sup>

Aquéllos fueron también los años del circo privatizador argentino, tristemente célebre por su corrupción, pero ensalzado como «A Bravo New World»\* en un informe inversor de Goldman Sachs. Carlos Menem, el presidente peronista que había llegado al poder con la promesa de convertirse en la voz del hombre trabajador, fue quien estuvo al mando durante esos años, practicando reducciones de plantilla en las grandes empresas y servicios de titularidad pública para venderlos posteriormente (los yacimientos petrolíferos, la telefónica, las líneas aéreas, los ferrocarriles, el aeropuerto, las autopistas, la red de aguas, la banca, el zoológico de Buenos Aires y, finalmente, correos y el plan nacional de

pensiones). A medida que la riqueza del país era trasladada de ese modo al extranjero, los estilos de vida de los políticos argentinos se iban haciendo cada vez más fastuosos. Menem, famoso en tiempos por sus cazadoras de cuero y sus patillas (que le daban un aspecto característico de clase obrera), empezó a vestir trajes italianos y, según se comentaba entonces, a realizar visitas frecuentes al cirujano plástico («una picadura de abeja» fue la razón que él adujo en una ocasión para la apariencia hinchada que presentaban sus rasgos faciales). María Julia Alsogaray, ministra de Menem a cargo de las privatizaciones, posó para la portada de una popular revista sin otra prenda que un abrigo de piel hábilmente colocado para tapar sus partes más íntimas. El propio Menem empezó a ser visto conduciendo un Ferrari Testarossa de un llamativo color rojo un «regalo» de un empresario agradecido).<sup>96</sup>

Los países que emularon las privatizaciones rusas también experimentaron versiones más mitigadas del «golpe a la inversa» de Yeltsin (lo que significa que también tuvieron gobiernos elegidos pacíficamente, pero que, amenazados por la propia dinámica electoral, acabaron recurriendo a niveles crecientes de brutalidad para aferrarse al poder y defender sus reformas). En Argentina, el dominio del neoliberalismo sin restricciones terminó el 19 de diciembre de 2001, cuando el presidente Fernando de la Rúa y su ministro de Economía, Domingo Cavallo, trataron de imponer las medidas adicionales de austeridad que había prescrito el FMI. La población estalló en una revuelta y De la Rúa envió la policía federal con órdenes de dispersar la multitud por cualquier medio necesario. El presidente, sin embargo, se vio forzado a huir en helicóptero, pero no sin que antes 21 manifestantes hubiesen muerto por la actuación policial y se hubiesen registrado 1.350 heridos.<sup>97</sup> Los últimos meses y días de Goni en el cargo fueron aún más sangrientos. Sus privatizaciones desencadenaron en Bolivia toda una serie de «guerras»: primero, la del agua, contra la contrata del servicio suscrita con Bechtel, que había provocado un alza desmesurada de precios (un 300%); luego, una «guerra fiscal» contra un plan recetado por el FMI para compensar el déficit presupuestario mediante un impuesto que repercutía especialmente en las clases pobres trabajadoras; finalmente, las llamadas «guerras del gas» contra los planes del presidente de exportar gas a Estados Unidos. Al final, también Goni fue obligado a huir del palacio presidencial para exiliarse en Estados Unidos, pero, como en el caso del presidente De la Rúa, no sin que antes se perdiera un número elevado de

vidas. A raíz de las órdenes transmitidas por Goni al ejército para que éste reprimiera por todos los medios las manifestaciones en las calles, los soldados mataron a cerca de setenta personas -la mayoría de ellas, simples transeúntes que pasaban por allí- e hirieron a otras cuatrocientas. A principios de 2007, la Corte Suprema de Bolivia dictó una orden de búsqueda y captura contra Goni por cargos relacionados con aquella masacre.<sup>98</sup>

Los regímenes que impusieron privatizaciones masivas en Argentina y Bolivia eran considerados en Washington ejemplos de cómo podía imponerse la terapia de *shock* de forma pacífica y democrática sin necesidad de golpes de Estado ni de represión. Pero, si bien es cierto que ninguno de los dos accedió al poder por medio de cañonazos, no deja de ser significativo que lo abandonaran en medio de ellos.

En gran parte del hemisferio sur, se suele hablar del neoliberalismo como de una especie de «segundo saqueo colonial»: en el primero, las riquezas fueron confiscadas del terreno, mientras que en el segundo, fue el Estado el que quedó despojado de ellas. Tras cada uno de esos frenesís de lucro vienen las consabidas promesas: la próxima vez, habrá leyes firmes antes de que se vendan los activos de un país y la totalidad del proceso será vigilada por reguladores e investigadores con ojos de lince y una ética impecable. La próxima vez, se procederá a un proceso de «construcción institucional» previo a las privatizaciones (por emplear la jerga que se ha puesto en boga tras lo acaecido en Rusia). Pero pedir ley y orden después de que todos los beneficios hayan sido ya trasladados al extranjero constituye, precisamente, un modo de legalizar *a posteriori* el robo cometido, del mismo modo que los colonos europeos se aseguraban por medio de tratados sus anteriores confiscaciones de territorio. La ilegalidad de la frontera, como bien entendió Adam Smith, no es el problema, sino el elemento central, una parte tan consustancial del juego como los actos de contricción *post facto* y las promesas de hacerlo mejor la próxima vez.

## Capítulo 12: EL DOCUMENTO DE IDENTIDAD CAPITALISTA

### Rusia y la nueva era del mercado más burdo

*Usted acaba de convertirse en fideicomisario de aquéllos que, en todos los países, tratan de arreglar los males de nuestra condición por medio del experimento razonado y dentro del marco del sistema social existente. Si fracasa, el cambio racional se verá gravemente perjudicado en todo el mundo y lo único que quedará será una batalla final entre la ortodoxia y la revolución.*

JOHN MAYNARD KEYNES, carta al presidente F. D. Roosevelt. 1933<sup>1</sup>

El día que fui a visitar a Jeffrey Sachs en octubre de 2006, la ciudad de Nueva York se hallaba cubierta por un manto húmedo de llovizna gris salpicada a cada cinco pasos (más o menos) por un vibrante estallido de rojo. Era la semana del gran lanzamiento de la marca Red («Rojo») de (productos de) Bono y la urbe estaba siendo sometida a un auténtico bombardeo. Había iPods y gafas de sol de Armani de color rojo que asomaban desde las vallas publicitarias colocadas por encima de nuestras cabezas. Todas las marquesinas de las paradas de los autobuses exhibían a Steven Spielberg o a Penélope Cruz vestidos con diversas prendas rojas. Todos los establecimientos de Gap de la ciudad se habían entregado a aquel lanzamiento y la tienda de Apple en la Quinta Avenida emitía un resplandor sonrosado. «¿Puede una camiseta sin mangas cambiar el mundo?», preguntaba un anuncio. Sí que puede, nos aseguraban, porque una parte de los ingresos por su venta iban a ir a parar al Fondo Mundial de Lucha contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria. «¡Compren hasta que se acabe!», había exclamado Bono en medio de una orgía compradora con Oprah televisada un par de días antes.<sup>2</sup>

Tuve el presentimiento de que la mayoría de los periodistas que queríamos hablar con Sachs aquella semana íbamos a pedirle la opinión del economista superestrella sobre esa nueva forma tan a la moda- de recaudar dinero destinado a la ayuda social e internacional. Después de todo, Bono utiliza la expresión «mi profesor» para referirse a Sachs y una foto de ellos dos me dio la bienvenida al despacho de Sachs en la Universidad de Columbia (Sachs dejó Harvard en 2002). Entre tanta (y tan glamorosa) caridad, yo me sentía un poco «aguafiestas», porque quería hablar con el profesor sobre su tema menos favorito: un tema que ya le ha llevado más de una vez a amenazar a los periodistas que le entrevistan por teléfono con cortar la llamada a media conversación. Quería hablar de Rusia y de lo que allí salió mal.

Fue en Rusia, tras el primer año de terapia de *shock*, donde Sachs inició su particular transición de «doctor Shock» global a uno de los más abiertos participantes y organizadores de campañas para incrementar las ayudas a los países pobres. Es una transición que, en los años transcurridos desde entonces, le ha valido conflictos con muchos antiguos colegas y colaboradores suyos en los círculos económicos ortodoxos. Según el propio Sachs, no fue él quien cambió: él siempre se había implicado en la ayuda a aquellos países que optaban por desarrollar economías de mercado y siempre había luchado por que tales iniciativas se vieran reforzadas por un paquete de ayudas generosas y de condonación de deudas. Durante años, había considerado posible alcanzar esos objetivos colaborando con el FMI y el Departamento estadounidense del Tesoro. Pero cuando le llegó el turno a Rusia y él se hallaba desplazado allí, sobre el terreno, el tenor del debate ya había cambiado y él mismo topó con un muro de indiferencia oficial que le sorprendió y lo impulsó a mantener una actitud más enfrentada con el *establishment* económico de Washington.

Visto en retrospectiva, no hay duda de que Rusia marcó el comienzo de un nuevo capítulo en la evolución de la cruzada de la Escuela de Chicago. El Tesoro estadounidense y el FMI habían tenido cierto interés en que los experimentos previos, realizados en los laboratorios de la terapia de *shock* de los años setenta y ochenta, resultasen un éxito (por superficial que éste fuera) precisamente por su condición de experimentos, ya que se suponía que tenían que servir de modelos a seguir por otros países. Las dictaduras latinoamericanas de los años setenta fueron recompensadas por sus ataques contra los sindicatos y por su política de apertura de fronteras

con una concesión sistemática de préstamos (préstamos que se otorgaban pese a la persistencia de determinadas desviaciones con respecto a la ortodoxia de la Escuela de Chicago, como el continuado control estatal chileno sobre las mayores minas de cobre del mundo o la lentitud privatizadora de la Junta Militar argentina). Bolivia, como primera democracia en adoptar la terapia de *shock* en los años ochenta, recibió nuevas ayudas y vio condonada una parte de su deuda externa (y mucho antes de que Goni procediera con las privatizaciones de los años noventa). En el caso de Polonia, primer país del bloque oriental en imponer la terapia de *shock*, Sachs no tuvo problemas a la hora de conseguir préstamos sustanciales a pesar, también, de que las grandes privatizaciones se ralentizaron y llegaron incluso a tambalearse cuando el plan original chocó con una intensa oposición.

Rusia fue diferente. «Demasiado *shock* sin suficiente terapia», fue el diagnóstico generalizado de la situación allí vivida. Las potencias occidentales se mostraron totalmente intransigentes en su exigencia de que se llevaran a cabo allí las «reformas» más dolorosas, pero, al mismo tiempo, evidenciaron una reiterada mezquindad en cuanto a la cuantía de las ayudas que ofrecían a cambio. Hasta el mismísimo Pinochet había amortiguado las penalidades de la terapia de *shock* con programas de obtención de alimentos para los niños más pobres. Los prestamistas de `Washington, sin embargo, no vieron motivo alguno para ayudar a que Yeltsin pudiese hacer lo mismo y empujaron al país hacia su particular pesadilla hobbesiana.

No es fácil mantener una conversación sustancial con Sachs sobre el tema de Rusia. Yo esperaba llevar la conversación más allá de su actitud inicial a la defensiva («Yo estaba en lo cierto y ellos, completamente equivocados», me dijo, y prosiguió: «Pregúnteselo a Larry Summers, no a mí; pregunte a Bob Rubín, a Clinton, a Cheney, lo contentos que estaban por cómo iban las cosas en Rusia»). Yo también pretendía trascender sus sinceras muestras de desaliento («En aquel entonces yo trataba de hacer algo que acabaría demostrándose totalmente inútil»). Lo que yo buscaba era entender mejor por qué tuvo tan poco éxito en Rusia, por qué la famosa suerte de Jeffrey Sachs se agotó en aquella particular coyuntura.

Sachs dice ahora que supo que algo era distinto nada más aterrizar en Moscú. «Tuve un mal presentimiento desde el primer momento. [...] Estaba furioso desde el principio». Rusia se enfrentaba a «una crisis macroeconómica de primer orden, una de las más intensas e inestables que

había visto jamás», me explicó. Y, en su opinión, la salida era muy clara: las medidas de terapia de *shock* que él mismo había recetado para Polonia «a fin de conseguir que las fuerzas del mercado empezasen a funcionar enseguida, más un buen montón de ayudas. Yo pensaba que para sacar adelante una transición pacífica y democrática bastaría con unos 30.000 millones de dólares al año, repartidos aproximadamente en 15.000 millones para Rusia y otro tanto para las demás antiguas repúblicas soviéticas».

Sachs, debe decirse, tiene una memoria notoriamente selectiva cuando se trata de recordar las draconianas políticas que impulsó tanto en Polonia como en Rusia. En nuestra entrevista, pasó reiteradamente por alto sus propias peticiones de privatizaciones aceleradas y de drásticos recortes del gasto (o, lo que es lo mismo, de terapia de *shock*, un término del que actualmente reniega, ya que, según asegura, él sólo se refería a políticas de precios muy concretas, no a transformaciones integrales de países enteros). Él ve la terapia de *shock* como un apartado menor de la que fue su intervención en aquel entonces: en nuestra conversación se centró casi exclusivamente en la recaudación de fondos. Su plan para Polonia, según dice, consistió en un «fondo de estabilización, una cancelación de la deuda, una ayuda financiera a corto plazo, una integración con la economía de la Europa occidental. [...] Cuando el equipo de Yeltsin me pidió su ayuda, yo les propuse básicamente lo mismo».\*

No hay nada que rebatir del dato central del relato de Sachs: la consecución de una importante infusión de ayudas era un pilar central de su plan para Rusia y fue el principal incentivo que encontró Yeltsin para someterse al conjunto del programa. Sachs basó aquel proyecto, según comenta, en el Plan Marshall: los 12.600 millones de dólares (que serían 130.000 millones a precios de hoy en día) que Estados Unidos asignó a Europa para que ésta reconstruyera sus infraestructuras y su industria tras la Segunda Guerra Mundial, un plan que es hoy considerado de forma generalizada como la iniciativa diplomática más exitosa jamás emprendida por Washington.<sup>3</sup> Sachs dice que el Plan Marshall evidenció que, «cuando en un país reina el caos, no podemos esperar que vuelva a levantarse de forma equilibrada y coherente por sí solo sin más. Así que, para mí, lo verdaderamente interesante del Plan Marshall [...] es el modo en que una modesta inyección monetaria creó una base para que la recuperación económica [de Europa] se pudiese afianzar». Al comienzo, él estaba convencido de que en Washington existía una voluntad política para



transformar Rusia en una economía capitalista funcional y efectiva, similar al compromiso sincero que había habido para transformar Alemania Occidental y Japón tras la Segunda Guerra Mundial.

Sachs confiaba en que podría extraerles un nuevo Plan Marshall al Departamento estadounidense del Tesoro y al FMI, y no le faltaban razones para creerlo. «Probablemente, el economista más importante del mundo»: así lo describía el *New York Times* en aquel momento.<sup>4</sup> El mismo había explicado que, cuando era asesor del gobierno polaco, recaudó «1.000 millones de dólares en un solo día en la Casa Blanca». Pero, según me explicó, «cuando sugerí lo mismo para Rusia, no hallé el más mínimo interés. Ninguno. Y en el FMI me miraron como a un bicho raro».

Aunque Yeltsin y sus Chicago Boys tenían una nutrida pléyade de admiradores en Washington, nadie estaba dispuesto a acudir con la ayuda que aquéllos decían necesitar. Eso significaba que Sachs había instado al gobierno ruso a aplicar unas políticas de efectos desgarradores en su país, pero, sin embargo, no podía cumplir con su parte del trato. Fue entonces cuando más cerca estuvo de la autocrítica: «Mi mayor error personal - declaró Sachs en plena debacle rusa- fue decirle al presidente Boris Yeltsin: "No se preocupe, la ayuda está en camino". Yo tenía la firme creencia de que esa asistencia era demasiado importante y crucial para Occidente como para que el propio Occidente la desbaratara hasta el punto en que lo ha hecho».<sup>5</sup> Pero el problema no estribaba únicamente en que el FMI y el Tesoro estadounidense no hubiesen escuchado a Sachs, sino también en que Sachs había instado a poner en marcha la terapia de *shock* antes de que contara con garantía alguna de que en una u otra institución le iban a escuchar: una arriesgada apuesta por la que millones de personas acabarían pagando un Precio muy caro.

Cuando repasé esa cuestión con el propio Sachs, él reiteró que su verdadero fallo había radicado en su mala interpretación del estado de mimo político en Washington. Me contó una conversación que había mantenido con Lawrence Eagleburger, secretario de Estado de Estados Unidos durante la presidencia de George H. W. Bush. Sachs le explicó sus razones: si se permitía que Rusia se sumiese aún más en el caos económico, se podrían desencadenar fuerzas que nadie sería capaz de controlar (hambrunas masivas, un nacionalismo resurgente o, incluso, un estallido del fascismo, posibilidades todas ellas muy poco convenientes en un país donde prácticamente el único producto del que había excedente eran las armas

nucleares). «Su análisis puede ser perfectamente correcto, pero eso no va a pasar», le respondió Eagleburger. Y luego le preguntó a Sachs: «¿Sabe usted en qué año estamos?».

Era 1992, el año de las elecciones en las que Bill Clinton iba a derrotar a Bush padre. El núcleo central de la campaña de Clinton era que Bush se había olvidado de los problemas económicos en el propio Estados Unidos para perseguir la gloria en el extranjero (« ¡Es la economía, estúpido!»). Sachs cree que Rusia fue una baja de aquella batalla doméstica. Y, según comenta, actualmente es consciente de que allí había algo más: muchos de los agentes de poder de Washington estaban aún inmersos en la Guerra Fría. Para ellos, el colapso económico de Rusia significaba una victoria geopolítica (la realmente decisiva) que garantizaba la supremacía estadounidense. «Yo no compartía en absoluto ese modo de pensar», me aclaró Sachs, y al decirlo daba el aspecto, habitual en él, de un *boy scout* que descubre por vez primera un episodio de *Los Soprano*. «Para mí aquello había sido, simplemente, algo así como: "Bien, por fin se acaba este abominable régimen. Ahora, ayudemos de verdad [a los rusos]. Pongamos todo nuestro empeño en ello.

Visto en retrospectiva, estoy seguro de que, en la mente de los planificadores de la política exterior del momento, aquellas ideas mías eran consideradas como totalmente descabelladas».

Pese a su fracaso, Sachs no tiene la sensación de que la política para Rusia de aquel período estuviese guiada por la ideología del libre mercado. Lo que la caracterizaba más bien, comentó, era la «pura pereza». A él le habría encantado que se hubiese abierto un acalorado debate sobre si había que ofrecer ayuda a Rusia o dejarlo todo en manos del mercado. Pero, en vez de eso, lo que hubo fue un encogimiento de hombros colectivo. Dijo que le dejó perplejo la ausencia de una investigación y un debate serios de cara a fundamentar algunas decisiones de gran trascendencia. «A mi entender, la nota verdaderamente predominante de aquel momento era la ausencia de esfuerzo. Dedicuémosle al menos un par de días para debatir el tema... Pues bien, ¡ni eso hicimos! Allí nadie trabajó duro al estilo de "vamos a arremangarnos y vamos a tratar de solucionar estos problemas, averigüemos qué está pasando de verdad"».

Cuando Sachs habla apasionadamente de «trabajar duro» se refiere a lo que sucedía en las épocas del New Deal, la Gran Sociedad o el Plan Marshall, cuando grupos de hombres jóvenes salidos de las universidades

de la Ivy League se sentaban en torno a mesas de mando en mangas de camisa, rodeados de tazas de café vacías y pilas de documentos sobre políticas diversas, y debatían acaloradamente sobre los tipos de interés y el precio del trigo. Así era como los decisores políticos se comportaban en pleno apogeo del keynesianismo y ésa era la «seriedad» con la que la catástrofe de Rusia merecía a todas luces ser tratada.

Pero atribuir el abandono de Rusia a un brote de pereza colectiva en Washington no parece aportarnos una explicación muy detallada de todo lo sucedido. Quizás nos proporcione un mejor modo de comprender el episodio visualizarlo a través de la óptica favorita de los economistas partidarios de la liberalización: la de la competencia en el mercado. Cuando la Guerra Fría estaba en plena vigencia y la Unión Soviética se hallaba intacta, los habitantes del mundo podían elegir (al menos, en teoría) qué ideología querían consumir: había dos polos e infinidad de posiciones intermedias. Eso significaba que el capitalismo tenía que ganarse a sus consumidores: necesitaba ofrecer incentivos y necesitaba contar con un buen producto. El keynesianismo siempre fue una manifestación de esa necesidad de competencia del capitalismo. El presidente Roosevelt trajo el New Deal no sólo para tratar de solucionar la desesperación sembrada por la Gran Depresión, sino también para debilitar un poderoso movimiento de ciudadanos estadounidenses que, tras el salvaje golpe sufrido por el libre mercado desregulado, exigían un modelo económico diferente. Algunos de ellos proponían incluso uno radicalmente distinto: en las elecciones presidenciales de 1932, un millón de norteamericanos votaron a candidatos socialistas o comunistas. También crecía el número de estadounidenses que prestaban especial atención a Huey Long, el populista senador por Luisiana que creía que todos los americanos debían recibir una renta anual garantizada de 2.500 dólares. En su explicación de por qué había añadido más prestaciones sociales al paquete del New Deal en 1935, FDR señaló que pretendía «robarle la primicia a Long».<sup>6</sup>

Ese fue el contexto en el que los industriales norteamericanos aceptaron a regañadientes el New Deal de FDR. Había que limar las asperezas del mercado creando empleos en el sector público y garantizando que nadie pasase hambre: estaba en juego el futuro mismo del capitalismo. Durante la Guerra Fría, ningún país del mundo libre fue inmune a esa presión. En realidad, los logros del capitalismo de mediados de siglo (el que Sachs llama el capitalismo “normal”), como las protecciones para los

trabajadores, las pensiones, la sanidad pública y la ayuda estatal a los ciudadanos más pobres en Norteamérica, nacieron de la misma necesidad pragmática de realizar importantes concesiones ante la intimidante presencia de una poderosa izquierda.

El Plan Marshall fue la última arma desplegada en ese frente económico. Tras la guerra, la economía alemana estaba sumida en la crisis y amenazaba con arrastrar al resto de la Europa occidental. Al mismo tiempo, eran tantos los alemanes atraídos por el socialismo que el gobierno estadounidense optó por dividir Alemania en dos partes antes que arriesgarse a perderla por completo (consumida por el colapso económico o conquistada por la izquierda). En la Alemania Occidental, el gobierno de Estados Unidos aprovechó el Plan Marshall para construir un sistema capitalista, no con la intención de crear mercados rápidos y fáciles para Ford y Sears, sino para que fuese un éxito en sí mismo y, de ese modo, contribuyese a revitalizar la economía de mercado en Europa y despojase al socialismo de todo su atractivo.

En 1949, eso significaba tolerarle al gobierno germanooccidental toda una serie de políticas que no eran en modo alguno capitalistas: creación directa de empleo a cargo del Estado, ingentes inversiones en el sector público, subvenciones a las empresas alemanas y fortalecimiento de los sindicatos. El propio gobierno de Estados Unidos enfureció al sector empresarial de su país aprobando una medida que habría resultado impensable en Rusia en los años noventa o en el Irak ocupado por los norteamericanos: impuso una moratoria para las inversiones extranjeras a fin de que las compañías alemanas, azotadas por la guerra, no se viesan obligadas a competir antes de haberse recobrado de aquélla. «La sensación que se tenía en aquel momento era que permitir entonces la entrada de empresas extranjeras habría sido poco menos que legalizar la piratería», me explicó Carolyn Eisenberg, autora de una aclamada historia del Plan Marshall.<sup>7</sup> «La principal diferencia entre ahora y entonces es que el gobierno estadounidense no consideró que Alemania fuese una especie de vaca lechera a la que ordeñar sin piedad, No querían crearse antagonismos con la población del país y se pensaba que si se entraba en el lugar con la intención de saquearlo, se iba a interferir en la recuperación del conjunto de Europa».

Ese enfoque, como bien aclara Eisenberg, no fue producto del altruismo. «La Unión Soviética actuaba como una especie de pistola

cargada que apuntaba a la Alemania Occidental. La economía estaba en crisis y existía una importante izquierda alemana, así que [Occidente] tenía que ganarse rápidamente las simpatías y la lealtad del pueblo alemán. Se consideraban realmente inmersos en una batalla por el alma de Alemania».

El relato que hace Eisenberg de la batalla de ideologías de la que surgió el Plan Marshall delata un punto débil persistente en la obra de Sachs, incluidos sus recientes (y loables) esfuerzos por incrementar espectacularmente el gasto en ayudas destinadas a África. En ella casi nunca se mencionan los movimientos populares de masas. Para Sachs, son las élites las que confeccionan la historia y ésta se reduce a conseguir que los tecnócratas adecuados acuerden las políticas correctas. Del mismo modo que los programas de terapia de *shock* se redactaron en búnkeres secretos en La Paz y Moscú, al parecer, Sachs también creía que bastarían los argumentos de sentido común que él mismo había estado divulgando en Washington para que se materializara un programa de ayudas destinadas a las antiguas repúblicas soviéticas por un importe total de 30.000 millones de dólares. Pero, como bien apunta Eisenberg, el Plan Marshall original no surgió de la benevolencia, ni siquiera de la argumentación razonada, sino del miedo a una revuelta popular.

Sachs es un admirador de Keynes, pero no parece interesado en conocer qué hizo finalmente posible el keynesianismo en su propio país: las agrias y combativas exigencias de los sindicalistas y los socialistas, cuya fuerza creciente convirtió la solución más radical por ellos propuesta en una amenaza creíble y transformó, a su vez, el New Deal en un compromiso más aceptable. Esta falta de voluntad de reconocimiento del papel de la presión ejercida por los movimientos sociales de masas sobre unos gobiernos (en principio) reacios para que adoptasen las mismas ideas que él propugna en la actualidad ha tenido importantes ramificaciones. Para empezar, significó que Sachs no supo ver la realidad política más palmaria que le aguardaba en Rusia: nunca iba a haber un Plan Marshall para Rusia porque, en su momento, sólo hubo Plan Marshall *debido a* Rusia. Cuando Yeltsin abolió la Unión Soviética, desapareció con ella la «pistola cargada» que había forzado el desarrollo del plan original. Sin ella, el capitalismo se vio de pronto libre para degenerar en su forma más salvaje, no sólo en Rusia, sino en todo el mundo. Gracias a la caída de la URSS, el libre mercado había pasado a disfrutar de un monopolio mundial, lo que

significaba que todas las «distorsiones» que habían interferido en su equilibrio perfecto ya no eran necesarias.

Ahí radicó la verdadera tragedia de la promesa hecha a los polacos y a los rusos: en hacerles creer que sí seguían la terapia de *shock*, se despertarían de pronto en un «país europeo normal». Esos países europeos normales (con sus sólidos sistemas de protección social y laboral, sus potentes sindicatos y su sanidad socializada) surgieron, precisamente, del compromiso entre comunismo y capitalismo. Cuando la necesidad de llegar a un compromiso desapareció, todas esas políticas sociales moderadoras se vieron sometidas a un auténtico asedio tanto en la propia Europa occidental como en Canadá, Australia y Estados Unidos. Nadie iba a introducirlas en Rusia y, desde luego, bajo ningún concepto iban a estar subvencionadas con fondos occidentales.

Esta liberación de toda restricción es, en esencia, el núcleo de la teoría económica de la Escuela de Chicago (también conocida como neoliberalismo o, en Estados Unidos, neoconservadurismo): no se trata de ningún invento novedoso, sino del capitalismo de siempre despojado de sus anteriores añadiduras Keynesianas. Es el capitalismo en su fase monopolística, un sistema que se ha «soltado la melena», por así decirlo: que ya no tiene que esforzarse en cuidarnos como a clientes, que ya puede ser tan antisocial, antidemocrático y grosero como le plazca. Mientras el comunismo fue una amenaza, el acuerdo de caballeros vigente permitió que el keynesianismo sobreviviese; en cuanto el sistema alternativo perdió terreno, pudo erradicarse todo rastro del anterior compromiso y entregarse a la meta purista que Friedman había fijado para su movimiento medio siglo antes.

Eso era realmente lo que Fukuyama estaba anunciando con su dramática proclamación del «fin de la historia» en la conferencia impartida en la Universidad de Chicago en 1989: no afirmaba, en realidad, que no hubiera otras ideas en el mundo, sino, simplemente, que, con la caída del comunismo, no había otras ideas suficientemente poderosas como para competir codo con codo con el capitalismo.

Así que, mientras Sachs vio la desaparición de la Unión Soviética como una liberación -como el fin de un régimen autoritario- y se dispuso a arremangarse la camisa para empezar a ayudar, sus colegas de la Escuela de Chicago vieron en aquel acontecimiento una libertad de otra clase: la liberación final de las «cadenas» del keynesianismo y de las ideas

bonachonas de hombres como Jeffrey Sachs. Considerada desde esa perspectiva, la actitud pasiva que halló Sachs cuando trató de ayudar a Rusia y que tanto lo enfureció no era «pura pereza», sino el *laissez faire* en plena acción: déjelo estar, no haga nada. Al no mover un solo dedo para ayudar, todos los hombres responsables de la política con respecto a Rusia - desde Dick Cheney, en calidad de secretario de Defensa de Bush padre, hasta Lawrence Summers, subsecretario del Tesoro, pasando por Stanley Fischer, en el FMI- estaban haciendo algo en realidad: estaban llevando a la práctica la ideología de la Escuela de Chicago en estado puro y dejando que el mercado hiciera el mayor desarreglo posible. Rusia -más aún que Chile- fue la imagen viva de esa ideología en la práctica, un anuncio de la distopía del «hacerse rico o morir en el intento» que muchos de esos mismos actores crearían una década más tarde en Irak.

Las nuevas reglas del juego fueron ya expuestas en Washington, D.C., el 13 de enero de 1993. El motivo fue una especie de congreso que contó con una reducida asistencia (exclusivamente por invitación) pero que resultó de trascendental importancia y que se celebró en la décima planta del Carnegie Conference Center en Dupont Circle, a siete minutos en coche de la Casa Blanca y a un tiro de piedra de los edificios centrales del FMI y del Banco Mundial. John Williamson, el poderoso economista famoso por haber redactado las misiones originales tanto del Banco como del Fondo, había convocado el acontecimiento como una reunión histórica de la tribu neoliberal. Allí estuvo presente un reparto estelar de los llamados «tecnopolíticos» (o *tecnopols*) que formaban la vanguardia de la campaña de difusión de la doctrina chicaguense por todo el mundo. Había ministros de Economía (tanto de etapas anteriores como en activo en aquel momento) de España, Brasil y Polonia, presidentes de los bancos centrales de Turquía y Perú, el jefe de gabinete del presidente de México y un ex presidente de Panamá. Estaba el viejo amigo y héroe personal de Sachs, Leszek Balckrowicz, arquitecto de la terapia de shock en Polonia, así como su colega de Harvard, Dani Rodrik, el economista que había demostrado que todos los países que habían aceptado la reestructuración neoliberal habían entrado en una profunda crisis. Anne Krueger, la futura subdirectora gerente primera del FMI, también se encontraba allí, y aunque José Piñera, el ministro más entusiasta de Pinochet, no pudo acudir porque iba a la zaga de

otros candidatos de cara a las inminentes elecciones presidenciales chilenas, envió un detallado documento en su lugar. Sachs, que aún actuaba como asesor de Yeltsin por entonces, iba a ser el encargado de pronunciar el discurso central de la reunión.

Durante toda la jornada, los participantes en aquella conferencia habían estado regodeándose en su pasatiempo de economistas favorito: diseñar estrategias para conseguir que unos políticos, en principio reacios, acaben adoptando políticas que son impopulares entre los votantes. ¿Con qué inmediatez debe ponerse en práctica la terapia de *shock* tras las elecciones? ¿Resulta más eficaz con partidos de centro-izquierda que con partidos derechistas porque la ofensiva de los primeros es más inesperada? ¿Es mejor advertir a la población o tomarla por sorpresa con la «política del vudú»? Aunque la conferencia se titulaba «La economía política de la reforma» -un título tan deliberadamente insulso que parecía diseñado para ahuyentar el interés de los medios de comunicación-, uno de los participantes comentó maliciosamente que de lo que trataba, en realidad, era de la «economía maquiavélica».<sup>8</sup>

Sachs escuchó toda aquella palabrería durante horas y, tras la cena se dirigió al estrado para pronunciar su discurso, titulado (muy al estilo de Sachs) «La vida en la sala económica de urgencias».<sup>9</sup> Se encontraba visiblemente agitado. El público allí congregado estaba dispuesto a escuchar el discurso de uno de sus ídolos: el hombre que había llevado la antorcha de la terapia de *shock* a la era de la democracia. Pero Sachs no estaba de humor para más autobombo. Estaba decidido, más bien, según me explicó, a tratar de aprovechar aquel discurso para conseguir que sus poderosos oyentes captaran la gravedad de lo que se estaba desarrollando en Rusia.

Empezó recordando a su auditorio las inyecciones de ayuda que se habían destinado a Europa y a Japón tras la Segunda Guerra Mundial. y que resultaron «vitales para el posterior éxito sin paliativos» del país asiático. También explicó una anécdota sobre una carta que había recibido de un analista de la Heritage Foundation -auténtica «zona cero» del friedmanismo- que «creía firmemente en las reformas en Rusia, pero no en la ayuda exterior para Rusia. Esta es una opinión habitual entre los ideólogos del libre mercado (entre los que yo mismo me cuento», dijo Sachs. «Y es plausible, pero errónea. El mercado no puede hacerlo todo por sí solo; la ayuda internacional es crucial». La obsesión liberalizadora estaba



conduciendo a Rusia hacia la catástrofe total, de donde, según dijo, «los reformadores rusos no podrán salir jamás por muy valientes, brillantes y afortunados que sean- si no cuentan con asistencia externa a gran escala [...] y estamos muy cerca de perder una oportunidad histórica».

La intervención de Sachs fue aplaudida por los asistentes, como es obvio, pero la reacción de éstos fue más bien tibia. ¿Por qué elogiaba un gasto social tan abundante como aquél? Aquellas personas estaban embarcadas en una cruzada mundial que tenía como objetivo el desmantelamiento del New Deal, pero no la creación de uno nuevo. En las sesiones siguientes, ninguno de los participantes en la conferencia se mostró favorable al desafío planteado por Sachs y algunos de ellos se manifestaron abiertamente en contra.

Lo que intentaba con aquel discurso, según me explicó el propio Sachs, era «explicar cómo era una crisis de verdad, [...] transmitir una sensación de urgencia». Las personas que diseñan la política desde Washington, dijo, «no suelen entender lo que es el caos económico. No comprenden la tremenda confusión que genera». Él quería encararlos con algo tan real como «la existencia de otra dinámica en la que las cosas se van descontrolando cada vez más hasta que se producen nuevos desastres, hasta que Hitler regresa al poder, hasta que estalla una guerra civil, o una hambruna masiva, o lo que sea. [...] Hay que emprender medidas de emergencia para ayudar, porque toda situación inestable tiende al aumento de la inestabilidad, no al equilibrio normal».

No pude evitar pensar en aquel momento que Sachs no valoraba lo suficiente a sus oyentes de aquella conferencia. Las personas allí presentes estaban sobradamente versadas en la teoría de la crisis de Milton Friedman y muchas la habían aplicado en sus propios países. La mayoría comprendían a la perfección lo desgarradora y volátil que puede ser una debacle económica, pero extraían una lección muy distinta de los acontecimientos en Rusia: que la dolorosa y desorientadora situación política estaba obligando a Yeltsin a subastar a toda prisa la riqueza del Estado, lo cual era un resultado sin duda favorable desde su punto de vista.

Correspondió a John Williamson, anfitrión de la conferencia, reconducir el debate hacia estas otras prioridades pragmáticas. Sachs era quien tenía el estatus de estrella en aquel evento, pero Williamson era el auténtico gurú de los allí congregados. Calvo y poco fotogénico, pero políticamente incorrecto hasta la médula, Williamson fue quien acuñó la

expresión «el Consenso de Washington» (posiblemente, las cuatro palabras más controvertidas y citadas de la economía contemporánea).

Es famoso por sus conferencias y seminarios a puerta cerrada y milimétricamente organizados, diseñado cada uno de ellos para poner a prueba alguna de sus atrevidas hipótesis. En aquella conferencia de enero tenía un tema apremiante en el orden del día: quería probar la que él denominaba «hipótesis de la crisis» de una vez por todas.<sup>10</sup>

En su charla, Williamson no ofreció advertencia alguna sobre la necesidad imperativa de salvar a los países de las crisis; todo lo contrario: habló extasiadamente de los sucesos catastróficos. Recordó a sus oyentes la irrefutable evidencia de que sólo cuando los países sufren de verdad, acceden a tragar la amarga medicina del mercado; sólo cuando se hallan en estado de *shock*, se tumban en la camilla para que les administren la terapia. «Esos momentos en los que peor se encuentran son los que dan lugar a las mejores oportunidades para aquellos que entienden lo necesaria que es la reforma económica fundamental», declaró.<sup>11</sup>

Con su incomparable habilidad para verbalizar el subconsciente del mundo financiero, Williamson señaló despreocupadamente que esto planteaba algunos interrogantes fascinantes: Habrá que preguntarse si podría tener sentido concebir la provocación deliberada de una crisis para eliminar los obstáculos de carácter político que se le pueden presentar a la reforma. En Brasil, por ejemplo, se ha sugerido en algunas ocasiones que valdría la pena avivar un proceso de hiperinflación si con ello se asusta suficientemente a todo el mundo para que se acepten los cambios. [...] Me imagino que nadie con un mínimo de perspectiva histórica habría defendido a mediados de los años treinta que Alemania o Japón fueran a la guerra para que recogieran posteriormente los beneficios del supercrecimiento que siguió a la derrota de ambos países. Pero ¿habría bastado una crisis menor para ejercer esa misma función? ¿Es posible concebir una «pseudocrisis» que pueda generar el mismo efecto positivo pero sin el coste de una crisis real?<sup>12</sup>

Los comentarios de Williamson representaron un crucial salto adelante en la doctrina del *shock*. En una sala repleta de suficientes ministros de Economía y presidentes de bancos centrales como para celebrar una cumbre comercial al más alto nivel, alguien había expuesto la idea de generar activamente una crisis grave para que, de ese modo, la terapia de *shock*

fuese más fácil de imponer y todos los allí presentes la estaban debatiendo abiertamente.

Como mínimo, uno de los participantes en la conferencia se sintió obligado a distanciarse en su propio discurso de aquellas osadas ideas. «Lo que Williamson ha sugerido -que provocar una crisis artificial para desencadenar la reforma podría ser una medida positiva debería interpretarse como una broma pensada para provocarnos e incitarnos.» Quien así se expresó era John Towe, un economista británico de la Universidad de Sussex.<sup>13</sup> Pero no había evidencia alguna de que Williamson estuviera bromeando, sino más bien de todo lo contrario: sus ideas ya estaban siendo llevadas a la práctica en los más altos niveles de toma de decisiones financieras en Washington y más allá.

Al mes siguiente de la conferencia de Williamson en Washington, tuvimos una muestra de ese nuevo entusiasmo por las «pseudocrisis» en mi propio país, aunque pocos interpretaron el fenómeno entonces como parte de una estrategia global. En febrero de 1993, Canadá se hallaba en medio de una catástrofe financiera (o eso era, al menos, lo que nos inducían a pensar la prensa y la televisión del país). «La crisis de la deuda acecha», anunciaba un titular a toda página del diario *Globe and Mail*, de tirada nacional. Y en un programa especial de una de las principales cadenas de televisión se informaba de que «los economistas predicen que, el año que viene (o, quizás, en un par de años), el viceministro de Economía tendrá que entrar en el consejo de ministros para anunciar que Canadá ha agotado su crédito. [...] Nuestras vidas cambiarán espectacularmente».<sup>14</sup>

La expresión «el muro de la deuda» irrumpió súbitamente en nuestro vocabulario. Lo que se quería decir con ella era que, aunque la vida parecía cómoda y pacífica en el presente, Canadá gastaba muy por encima de sus posibilidades y, en breve, poderosas compañías de Wall Street como Moody's o Standard and Poor's iban a reducir la calificación de nuestro crédito nacional, que pasaría de su imaculado estatus de «triple A» a otro mucho más bajo. Cuando eso sucediera, los inversores (hipermóviles como son en los tiempos actuales, liberados por las nuevas reglas de la globalización y el libre comercio) no harían otra cosa que retirar su dinero de Canadá para llevárselo a otro lugar más seguro. La única solución, se nos decía, era recortar radicalmente el gasto en programas como el del seguro

de desempleo y el de la sanidad. Y eso fue precisamente lo que hizo el Partido Liberal, entonces en el gobierno, pese a que acababa de ser elegido con un programa electoral en el que propugnaba como prioridad la creación de empleo (en resumidas cuentas, la versión canadiense de la «política del vudú»).

Dos años después de que la histeria del déficit hubiera alcanzado su cúspide, la periodista de investigación Linda McQuaig puso definitivamente al descubierto que la sensación de crisis había sido cuidadosamente alimentada y manipulada por un puñado de *think tanks* subvencionados por los principales bancos y empresas de Canadá. y entre ellos destacaban el C. D. Howe Institute y el Fraser Institute (instituciones que Milton Friedman siempre había apoyado de forma activa y firme).<sup>15</sup> Canadá tenía un problema de déficit, pero no había sido causado por el gasto en el seguro de desempleo o en otros programas sociales. Según Statistics Canada (el Instituto Nacional de Estadística canadiense), su causa había que buscarla en los elevados tipos de interés, que habían disparado la carga de la deuda de un modo muy parecido a como el *shock* Volcker había hinchado la deuda del mundo en desarrollo durante los años ochenta. McQuaig visitó las oficinas centrales de Moody's en Wall Street y habló con Vincent Truglia, analista principal y máximo responsable de la calificación del crédito: canadiense en dicha firma. Y éste le explicó algo asombroso: había recibido presiones constantes de altos ejecutivos de empresas y de entidades bancarias canadienses para que publicara informes críticos con las finanzas de aquel país, algo que él se negó a hacer porque consideraba que Canadá resultaba una inversión excelente y estable. «Es el único país del que me encargo donde, habitualmente, me encuentro con ciudadanos del propio lugar que quieren que se baje la calificación de su país porque consideran que es demasiado elevada.» También dijo que estaba acostumbrado a recibir llamadas de representantes de diversos países que se quejaban de que había publicado una calificación demasiado baja para sus respectivos créditos nacionales. «Pero los canadienses generalmente menoscaban mucho más a su país que los de otras nacionalidades.»

Eso se debía a que, para la comunidad financiera canadiense, la «crisis del déficit» constituía un arma esencial en la enconada batalla política que libraba en aquellos momentos. Por la misma época en que Truglia recibía aquellas extrañas llamadas, se había puesto en marcha una campaña de presión sobre el gobierno para que redujera los impuestos recortando el

gasto en programas sociales como los de sanidad y educación. Como esos programas cuentan con el apoyo de una abrumadora mayoría de canadienses, el único modo de justificar los recortes era presentando el colapso económico nacional como única posibilidad alternativa: la crisis total. El hecho de que Moody's continuara otorgando a Canadá la más alta calificación posible para sus títulos de deuda pública (equivalente a una A++) dificultaba enormemente el mantenimiento de un estado de ánimo apocalíptico.

Mientras tanto, los inversores se sentían confusos ante los mensajes ambivalentes que recibían: Moody's se mostraba optimista con respecto a Canadá, pero la prensa canadiense calificaba constantemente las finanzas nacionales de catastróficas. Truglia se hartó tanto de las politizadas estadísticas que salían de Canadá (y que él consideraba que ponían en cuestión su propia investigación) que adoptó una medida extraordinaria y publicó un «comentario especial» en el que aclaraba que el gasto público canadiense no estaba «fuera de control» y en el que incluso disparaba sin piedad sobre los poco fiables cálculos matemáticos que habían realizado los *think tanks* derechistas. «Varios informes recientemente publicados contienen burdas exageraciones de la situación de la deuda fiscal de Canadá. En algunos de ellos, se han contado ciertas cifras dos veces y en otros se han hecho comparaciones internacionales inadecuadas. [...] La inexactitud de estas mediciones podría haber influido en las exageradas evaluaciones que se han hecho de la gravedad de los problemas de la deuda canadiense». Aquel informe especial de Moody's dio claramente a entender que no había ningún amenazante «muro de la deuda» contra el que estrellarse... y la comunidad empresarial de Canadá no estaba precisamente contenta. Truglia dice que, cuando publicó el comentario, «un canadiense [...] de una institución financiera muy grande de aquel país me telefoneó y empezó a hablarme a gritos, literalmente a gritos. Aquello fue lo nunca visto».<sup>\* 16</sup>

Pero cuando los canadienses se enteraron finalmente de que la «crisis del déficit» había sido escandalosamente manipulada por los *think tanks* subvencionados por las grandes sociedades anónimas empresariales y financieras, ya apenas tenía importancia: los recortes presupuestarios estaban aprobados y garantizados por ley. Como consecuencia directa de ello, los programas sociales destinados a la población desempleada del país se vieron radicalmente disminuidos y ya no han vuelto a recuperarse, pese a

los múltiples superávits presupuestarios experimentados por el Estado canadiense desde entonces. Y la estrategia de la crisis volvería a ser empleada reiteradamente durante ese período. Así, en septiembre de 1995, se filtró a la prensa canadiense un vídeo de John Snobelen, el ministro de Educación de la provincia de Ontario, en el que se le podía ver explicando a un grupo de funcionarios reunidos con él a puerta cerrada que, antes de que se pudieran anunciar recortes presupuestarios en educación y otras reformas impopulares, había que generar un clima de pánico filtrando informaciones que dibujaran un panorama más alarmante del que él «consideraría real en [aquel] momento». Llamó a su estrategia «crear una crisis útil».<sup>17</sup>

### «NEGLIGENCIA ESTADÍSTICA» EN WASHINGTON

En 1995, el discurso político en la mayoría de las democracias occidentales estaba ya saturado de referencias a muros de deuda y a la posibilidad de un colapso económico inminente, así como de peticiones de recortes más drásticos del gasto público y de procesos de privatización más ambiciosos, y los *think tanks* friedmanitas se situaban a la vanguardia de toda aquella ofensiva, anunciando crisis por todas partes. En las instituciones financieras más poderosas de Washington, sin embargo, existía la voluntad no sólo de crear una sensación de crisis aparente a través de los medios de comunicación, sino de tomar medidas concretas para generar crisis auténticas. Dos años después de los comentarios de Williamson sobre la idoneidad de «avivar» las crisis, Michael Bruno, economista principal del Banco Mundial en el ámbito de la economía del desarrollo, se hizo eco en público de esa misma línea de argumentación sin atraer tampoco la atención ni el escrutinio de los medios. En una conferencia impartida ante la International Economic Association en Túnez en 1995, que luego se convertiría en una publicación del Banco Mundial, Bruno informó a los quinientos economistas allí congregados (y procedentes de 68 países distintos) que cada vez existía un consenso más extendido en torno a «la idea de que una crisis suficientemente amplia podría conseguir impresionar hasta tal punto a los decisores políticos de un país que éstos se decidieran

finalmente por instaurar reformas destinadas a potenciar la productividad».\*

<sup>18</sup> Bruno señaló a América Latina como «ejemplo destacado de crisis profundas que aparentemente han resultado beneficiosas», y, en particular, a Argentina, donde, según dijo, el presidente Carlos Menem y su ministro de Economía, Domingo Cavallo, estaban haciendo una gran labor de «aprovechamiento del ambiente de emergencia» que allí se respiraba para imponer un hondo y amplio proceso privatizador. Y por si los asistentes no habían entendido bien lo que había querido decir, Bruno añadió: «He puesto de relieve un tema muy importante: la economía política de las crisis profundas tiende a desencadenar reformas radicales que tienen luego resultados positivos».

A la luz de ese hecho, él sostenía que los organismos internacionales tenían que hacer algo más que, simplemente, aprovechar las crisis económicas existentes para imponer el Consenso de Washington: debían cortar preventivamente el suministro de ayudas para empeorar esas crisis. «Un shock adverso (como, por ejemplo, un súbito descenso de los ingresos del Estado o de las transferencias procedentes del exterior) podría, en realidad, incrementar el bienestar, porque acortaría el período de demora [con el que se adopten las reformas]. Acude a nuestra mente de inmediato la vieja idea de que "las cosas tienen que empeorar antes de que puedan mejorar". [...] En realidad, una crisis provocada por una fuerte elevación de la inflación podría dejar a un país en mejor situación que si éste se hubiese limitado a capear una sucesión de crisis menos graves».

Bruno reconoció que la perspectiva de profundizar la depresión económica de un país (o de generar una de la nada) resultaba aterradora (no se podría hacer frente a los salarios de los empleados del Estado, se deteriorarían las infraestructuras públicas, etc.), pero, como buen discípulo de la Escuela de Chicago que era, animó a sus oyentes a aceptar esa destrucción como el primer paso de la creación. «En realidad, a medida que la crisis se hace más profunda, el *Estado podría irse atrofiando lentamente*», comentó Bruno. «Y ese fenómeno tiene una consecuencia positiva: en el momento de aplicar las reformas, el poder de ciertos grupos de presión anteriormente arraigados podría haberse debilitado bastante, y un dirigente que optase entonces por la solución a largo plazo frente al oportunismo del momento tendría más posibilidades de recabar apoyos para la reforma.»<sup>19</sup>

Los Chicago Boys adictos a la crisis estaban recorriendo, sin duda una vertiginosa trayectoria intelectual. Apenas unos pocos años antes habían especulado con la posibilidad de que una crisis hiperinflacionaria pudiese crear las condiciones impactantes requeridas para las políticas de *shock*. Pero a mediados de los años noventa, un economista principal del Banco Mundial -una institución sufragada por entonces por los contribuyentes de 178 países y cuyo mandato original consistía en reconstruir y fortalecer las economías con problemas- propugnaba ya la creación de quiebras estatales en virtud de las oportunidades que éstas abrían para volver a empezar de cero entre las ruinas.<sup>20</sup>

Durante años, han circulado rumores de que las instituciones financieras internacionales habían coqueteado con el arte de las «pseudocrisis», por emplear la expresión de Williamson, con el fin de plegar la voluntad de los países a la suya, pero siempre había sido difícil de demostrar. El testimonio más extenso al respecto fue el proporcionado por Davison Budhoo, un empleado del FMI convertido en denunciante interno y que acusó a la organización de amañar las cuentas con la intención de condenar la economía de los países pobres que no querían dar su brazo a torcer.

Budhoo era nativo del Estado insular caribeño de Granada y había estudiado economía en la London School of Economics. Su aspecto destacaba en Washington por su estilo personal, alejado de lo convencional: se había dejado crecer el pelo en línea recta y sin alisar (al más puro estilo de Albert Einstein) y prefería vestir cazadora a enfundarse en el consabido traje oscuro de raya diplomática. Llevaba doce años trabajando en el FMI, donde se había encargado de diseñar programas de ajuste estructural para África, América Latina y su propia área de origen, el Caribe. Tras el brusco giro hacia la derecha que tomó la organización durante la era Reagan/Thatcher, Budhoo, un hombre de pensamiento independiente, empezó a sentirse cada vez más incómodo en su lugar de trabajo. El Fondo estaba repleto de devotos de la Escuela de Chicago liderados por el director gerente del organismo, el acérrimo neoliberal Michel Camdessus. Cuando Budhoo dejó la organización en 1988, decidió dedicarse a exponer públicamente los secretos de su anterior lugar de trabajo. Empezó escribiendo una admirable carta abierta a Camdessus en la que adoptaba el



mismo tono de *j'accuse* que las cartas de André Gunder Frank a Friedman de una década antes.

Mostrando un entusiasmo por el lenguaje desacostumbrado entre los economistas *senior* del Fondo, Budhoo inició su carta así: «Hoy he dimitido como miembro del personal del Fondo Monetario Internacional tras más de doce años, y tras mil días de labores oficiales del Fondo sobre el terreno, pregonando su medicina y su saco de trucos y ardides a gobiernos y pueblos de América Latina, el Caribe y África. Para mí, esta dimisión es una liberación inestimable, porque con ella he dado el primer gran paso hacia ese lugar en el que algún día espero poder lavarme las manos de lo que, en mi opinión, es la sangre de millones de personas pobres y hambrientas. [...] La sangre es tanta, sabe usted, que fluye en ríos. También se reseca y se endurece sobre toda mi piel; a veces, tengo la sensación de que no hay suficiente jabón en el mundo que me pueda limpiar de las cosas que hice en su nombre».<sup>21</sup>

A partir de ahí, Budhoo exponía su argumento y acusaba al Fondo de emplear las estadísticas como armas «letales». Proporcionaba datos exhaustivos de cómo, siendo él un empleado del Fondo a mediados de los años ochenta, había participado en lo que se podía considerar como «negligencia estadística» para exagerar las cifras recogidas en los informes del FMI sobre Trinidad y Tobago, un país de gran riqueza petrolífera, con el único fin de dar la apariencia de que su economía era mucho menos estable de lo que en realidad era. Budhoo señalaba que el FMI había aumentado (hasta más del doble) la magnitud de una estadística fundamental que medía los costes laborales en el país para que éste pareciera tener un nivel de productividad pésimo, aun cuando, según decía, el Fondo disponía de la información correcta. También aseguraba que, en otro caso, el Fondo «se inventó literalmente de la nada» unas supuestas (y cuantiosas) deudas pendientes del Estado caribeño.<sup>22</sup>

Estas «flagrantes irregularidades», que, según Budhoo, fueron deliberadas y no el resultado de unos simples «cálculos descuidados», fueron asumidas como ciertas por los mercados financieros, que no tardaron en clasificar el riesgo de Trinidad y Tobago como inaceptable y cortaron la financiación que hasta entonces recibía el país. Los problemas económicos del archipiélago caribeño -desencadenados por la caída de los precios del petróleo, su principal exportación- no tardaron en transformarse en calamitosos, por lo que se vio forzado a pedir ayuda al FMI para que lo

rescatara de la situación. El Fondo exigió entonces que aceptara lo que Budhoo describió como «la más mortal de las medicinas»: despidos masivos, rebajas salariales y «la gama completa» de políticas de ajuste estructural. Él calificaba el proceso de «bloqueo deliberado (recurriendo a subterfugios) de una línea vital de suministro económico para el país» con el fin de conseguir «la destrucción económica de Trinidad y Tobago, en primer lugar, y su conversión posterior».

En su carta, Budhoo, que falleció en 2001, ponía de manifiesto que su denuncia no se limitaba únicamente al trato dispensado por unos cuantos funcionarios de la organización a un país en concreto. Para él, el programa de ajuste estructural del FMI era, en su conjunto, una forma de tortura de masas en la que «gobiernos y pueblos "que gritan de dolor" [se ven] obligados a ponerse de rodillas ante nosotros, rotos, aterrorizados y en pleno proceso de desintegración, rogando por que les mostremos un ápice de decencia y de actitud razonable. Pero, en vez de eso, nos reímos cruelmente en su cara y la tortura continúa, sin que remita en lo más mínimo».

Tras la publicación de aquella carta, el gobierno de Trinidad encargó dos estudios independientes para investigar las alegaciones y descubrió que estaban en lo cierto: el FMI había inflado y fabricado cifras, lo que había repercutido en un serio perjuicio para el país.<sup>23</sup>

Sin embargo, incluso después de haber sido sustanciadas de aquel modo, las explosivas alegaciones de Budhoo acabaron por desaparecer sin dejar prácticamente rastro alguno; Trinidad y Tobago es un conjunto de pequeñas islas situado frente a las costas de Venezuela, y, a menos que su población se traslade en pleno hasta la Calle 19 de Washington para asaltar las oficinas centrales del FMI, lo tiene muy difícil para captar la atención mundial. En cualquier caso, eso sí, la carta llegó a convertirse en una obra de teatro titulada *Mr. Budhoo's Letter of Resignation from the I.M.F. (50 Years Is Enough)* que se estrenó en 1996 en un pequeño teatro del East Village de Nueva York. La producción obtuvo una crítica sorprendentemente positiva del *New York Times*, que elogió su «creatividad inusual» y sus «golpes de inventiva»<sup>24</sup> Aquella breve reseña teatral es la única ocasión en que el nombre de Budhoo se ha mencionado en ese periódico.

## Capítulo 13: *QUE ARDA*

### El saqueo de Asia y «la caída de un segundo Muro de Berlín»

*El dinero fluye hacia donde están las oportunidades y, ahora misma, Asia parece un lugar barato.*

GERARD SMITH, banquero de instituciones financieras en UBS Securities, en Nueva York, a propósito de la crisis económica asiática de 1997-1998<sup>1</sup>

*Los buenos tiempos son mala política.*

Mohamed Sadli, asesor económico del general Suharto de Indonesia<sup>2</sup>

Parecían preguntas sencillas. ¿Cuánto puedes comprar con tu salario? ¿Llega para pagar tu alojamiento y tu manutención? ¿Te queda algo después para enviar dinero a tus padres? ¿Y los costes del transporte hasta la fábrica? Pero las planteaba como las planteaba, yo siempre obtenía las mismas respuestas: «depende» o «no lo sé».

«Hace unos meses», me explicaba una trabajadora de diecisiete años que cosía ropa de Gap en un taller cercano a Manila, «tenía suficiente dinero para enviar algo a casa, a mi familia, todos los meses, pero ahora no gano siquiera para comprarme la comida».

-¿Os han bajado el salario? -le pregunté.

-No, creo que no -me respondió, un tanto confusa-. Lo que pasa es que ya no se puede comprar lo mismo con él. Los precios no dejan de subir.

En el verano de 1997 yo me encontraba en Asia investigando las condiciones de trabajo en el interior de las florecientes fábricas para la exportación que proliferaban por toda la región. Lo que descubrí fue que los

trabajadores y las trabajadoras se enfrentaban a un problema mayor que el de las horas extra forzadas o el de los capataces abusivos: sus países se estaban hundiendo rápidamente en lo que pronto se convertiría en una depresión en toda regla. En Indonesia, donde la crisis era aún más profunda, el ambiente se tornó peligrosamente volátil. La moneda nacional caía entre la mañana y el anochecer un día tras otro. Los mismos obreros industriales que habían podido comprar pescado y arroz con su sueldo el día anterior, se veían obligados a subsistir sólo con el arroz al día siguiente. En las conversaciones de los restaurantes y los taxis, todo el mundo parecía tener la misma teoría acerca de quiénes eran los culpables de aquello: «los chinos», me dijeron. Eran las personas de etnia china, la clase comerciante de Indonesia por excelencia, las que parecían estar sacando partido más directamente de la subida de los precios y, por ello, en ellas se concentraban la mayoría de las iras populares. Eso era lo que Keynes había querido explicar cuando advirtió de los peligros del caos económico: nunca se sabe qué combinación de rabia, racismo y revolución se desatará.

Los países del Sureste asiático eran particularmente vulnerables a las teorías de la conspiración y a la búsqueda de chivos expiatorios de carácter étnico porque, en apariencia, la crisis financiera no tenía una causa racional. En la televisión y en la prensa, los análisis se referían una y otra vez a la situación de la región como si ésta hubiera contraído una especie de enfermedad misteriosa pero altamente contagiosa: el crack de los mercados fue inmediatamente bautizado como la «gripe asiática», aunque su categoría sería posteriormente elevada a la de «plaga asiática» cuando sus efectos se extendieron a América Latina y a Rusia.

Sólo unas semanas antes de que todo empezase a ir mal, estos países eran señalados como epígonos de buena forma y vitalidad económica; eran los llamados «Tigres asiáticos», los éxitos más rotundos de la globalización. Pero, de un día para otro, los mismos operadores bursátiles que habían estado indicando a sus clientes que no había una ruta más segura hacia la riqueza que afincar sus ahorros en fondos de inversión de los «mercados emergentes» de Asia pasaron a desinvertir en masa, mientras que los cambistas empezaron a «atacar» las monedas de esos países (el baht, el ringgit, la rupia), creando lo que *The Economist* denominó «una destrucción de ahorros de una magnitud sólo conocida en tiempos de conflicto bélico».<sup>3</sup> Y, aun así, dentro de las economías de los Tigres de Asia, nada visible había cambiado: en su mayor parte, seguían siendo dirigidas por el mismo círculo

reducido y elitista de amigos y conocidos; no habían sido sacudidas por un desastre natural, ni por una guerra; no padecían grandes déficits (de hecho, algunas no tenían el más mínimo desequilibrio presupuestario). Muchos de los grandes conglomerados empresariales de la zona arrastraban fuertes deudas, pero seguían produciendo toda clase de artículos (desde zapatillas deportivas hasta automóviles) y sus ventas eran tan elevadas como siempre. Así que ¿cómo era posible que, en 1996, los inversores hubiesen considerado apropiado invertir hasta 100.000 millones de dólares en Corea del Sur y, al año siguiente, el balance de inversiones del país arrojase un déficit de 20.000 millones (lo que significa un diferencial de 120.000 millones de dólares con respecto al año anterior)?<sup>4</sup> ¿Qué podía explicar esta especie de traumatismo monetario?

Lo cierto es que aquellos países fueron simplemente víctimas del pánico, un pánico que se volvió letal por la velocidad y la volatilidad del funcionamiento de los mercados globalizados. Lo que comenzó como un rumor -que Tailandia no disponía de dólares suficientes para respaldar su moneda- desencadenó la estampida de la manada electrónica. Los bancos reclamaron sus préstamos y el mercado inmobiliario, que había crecido con rapidez hasta formar una burbuja especulativa, estalló al momento. La construcción se paralizó y dejó a medias las obras de nuevos centros comerciales, rascacielos y centros turísticos; decenas de grúas inmóviles apuntaban sus siluetas sobre el atiborrado perfil del paisaje urbano de Bangkok. En eras anteriores -más lentas- del capitalismo, la crisis podría haberse quedado solamente en eso, pero como los Tigres asiáticos habían sido comercializados por las gestoras de fondos como parte de un paquete integrado de inversiones, cuando uno de ellos cayó, cayeron todos: tras Tailandia, el pánico se extendió el dinero empezó a huir de Indonesia, Malasia, Filipinas e, incluso, Corea del Sur, la undécima economía del mundo y toda una estrella del firmamento de la globalización.

Los gobiernos asiáticos se vieron obligados a drenar sus reservas de divisas en un intento de apuntalar sus monedas, lo que convirtió el miedo original en una realidad: ahora sí que esos países iban verdaderamente camino de la bancarrota. El mercado reaccionó entonces con más pánico. En un año, 600.000 millones de dólares desaparecieron de los mercados bursátiles asiáticos (una riqueza que había llevado años construir).<sup>5</sup>

La crisis movió a muchos a tomar medidas desesperadas. En Indonesia, los empobrecidos ciudadanos asaltaban comercios en las

ciudades y se llevaban todo lo que podían. En uno de esos incidentes, todo un centro comercial de Yakarta se incendió mientras estaba siendo saqueado y centenares de personas se quemaron vivas en su interior.<sup>6</sup>

En Corea del Sur, las cadenas de televisión emitían campañas a gran escala pidiendo a los ciudadanos que donasen sus joyas de oro para que el Estado pudiera fundirlas y utilizarlas para pagar las deudas del país. En apenas unas pocas semanas, 3 millones de personas habían acudido a la llamada y habían entregado collares, pendientes y medallas y trofeos deportivos. Al menos una mujer donó su alianza de boda y un cardenal hizo lo mismo con su crucifijo de oro. Las televisiones organizaron programas y maratones especiales (y un tanto chabacanos) de donación de joyas, pero pese a las 200 toneladas de oro recogidas -suficientes para impulsar a la baja el precio mundial de ese metal precioso-, la moneda coreana prosiguió su desplome.<sup>7</sup>

Como ya ocurriera durante la Gran Depresión, la crisis generó una oleada de suicidios, debido a que muchas familias vieron cómo sus ahorros se evaporaban por completo y decenas de millares de pequeñas empresas y negocios tuvieron que cerrar sus puertas. En Corea del Sur, la tasa de suicidios aumentó un 50% en 1998. El repunte fue más acusado entre las personas de más de sesenta años, porque muchos padres y madres de edad más avanzada intentaron así aminorar la carga económica que sus hijos e hijas tenían que soportar. La prensa coreana también informó de un alarmante incremento de los suicidios familiares pactados, en los que el padre inducía a los demás miembros de la familia (abrumada por las deudas) a ahorcarse en grupo. Las autoridades señalaron que, como en esos casos, «la única muerte clasificada como suicidio es la del cabeza [de familia] y las demás son consideradas asesinatos, el número real de suicidios es muy superior al reflejado en las estadísticas».<sup>8</sup>

La crisis de Asia fue ocasionada por un clásico círculo de miedo y la única medida que podía haberlo detenido era la misma que había rescatado la moneda mexicana durante la llamada crisis del tequila de 1994: un préstamo inmediato y sustancioso (una prueba dirigida al mercado de que el Tesoro estadounidense no permitiría que México entrase en bancarrota).<sup>9</sup> Ninguna medida oportuna de ese tipo se tomó en el caso de Asia. De hecho, nada más declararse la crisis, una sorprendente pléyade de pesos pesados del *establishment* financiero se dedicó a lanzar un mensaje unificado: no ayudar a Asia.

El propio Milton Friedman (que, por entonces, tenía ochenta y cinco años de edad) hizo una de sus contadísimas apariciones televisivas para explicar al presentador del informativo de la CNN, Lou Dobbs, que él se oponía a cualquier clase de medida de rescate y que consideraba que debía dejarse que el mercado se corrigiera por sí solo. «Bien, profesor, no sabe lo mucho que significa para nosotros contar con su ayuda en este debate semántico», acertó a decir Dobbs, lamentablemente hechizado por el carácter estelar de su invitado. Esa misma postura favorable a «dejar que se hundieran» fue luego reiterada por un viejo amigo de Friedman, Walter Wriston, antiguo presidente de Citibank, y por George Shultz, quien trabajaba entonces junto a Friedman en la derechista Hoover Institution y era también miembro del consejo de administración de la correduría de bolsa Charles Schwab.<sup>10</sup>

Morgan Stanley, uno de los principales bancos de inversión de Wall Street, también compartía abiertamente esa opinión. Jay Pelosky, un estratega de mercados que era toda una celebridad emergente dentro de la firma, explicó en una conferencia organizada en Los Angeles por el Milken Institute (famoso por los bonos basura) que era fundamental que ni el FMI ni el Departamento estadounidense del Tesoro hicieran nada para aminorar el sufrimiento de una crisis que estaba adquiriendo proporciones propias de los años treinta del siglo XX. «Lo que actualmente necesitamos en Asia es más malas noticias. Y se necesitan para seguir estimulando el proceso de ajuste», comentó Pelosky.<sup>11</sup>

La administración Clinton siguió el ejemplo de Wall Street. Cuando, en noviembre de 1997, se celebró en Vancouver la cumbre de la APEC (la Cooperación Económica del Asia-Pacífico), hacía ya cuatro meses que se había iniciado el crack de los mercados asiáticos; Bill Clinton indignó entonces a sus homólogos asiáticos al restar importancia a lo que éstos consideraban que era una apocalipsis económica calificándola de «unos pequeños problemas técnicos durante el viaje».<sup>12</sup> El mensaje era claro: el Tesoro estadounidense no tenía ninguna prisa para poner fin a aquel padecimiento. En cuanto al FMI, el órgano mundial creado para impedir cracs como aquél, volvió a adoptar la actitud pasiva de «no hacer nada» por la que se venía caracterizando desde la crisis de Rusia. Acabó por reaccionar en última instancia, pero no aprobando el préstamo inmediato y de emergencia destinado a la estabilización que una crisis puramente financiera como aquélla exigía, sino presentando un largo listado de

exigencias, mentalizado por la certeza chicaguense de que, tras la catástrofe de Asia, se ocultaba una autentiza oportunidad.

Años atrás, a principios de la década de 1990, cuando los partidarios del libre mercado querían tener algún ejemplo de éxito que invocar en los debates, señalaban enseguida a los Tigres asiáticos. Aquellas economías milagrosas crecían a pasos agigantados, supuestamente, porque habían abierto por completo sus fronteras a una globalización sin restricciones. Para ellos era una historia útil -los Tigres crecían sin lugar a dudas a una velocidad de vértigo-, pero sugerir que la expansión de aquellas economías estaba basada en el libre comercio era pura ficción. Malasia, Corea del Sur y Tailandia seguían aplicando políticas marcadamente proteccionistas que prohibían a los extranjeros ser propietarios de terreno y comprar participaciones en sus empresas nacionales. También habían reservado un papel significativo para el Estado y habían mantenido sectores como el de la energía y el del transporte en manos públicas. Asimismo, los Tigres habían bloqueado la entrada de numerosas importaciones procedentes de Japón, Europa y Norteamérica, mientras construían y consolidaban sus propios mercados domésticos. Eran ejemplos incuestionables de éxito económico, pero lo que demostraban, en realidad, era que las economías mixtas y gestionadas crecían más rápida y equitativamente que las que se adherían al escenario, más propio del Salvaje Oeste, que fijaba el llamado Consenso de Washington.

Aquella situación no era precisamente del agrado de las multinacionales y los bancos de inversiones occidentales y japoneses, que, como era lógico, viendo el *boom* que experimentaba el mercado de consumo en Asia, ansiaban disponer de un acceso ilimitado a la región para vender sus productos. También querían el derecho a comprar las mejores corporaciones empresariales de los Tigres (y, en particular, los impresionantes conglomerados coreanos, como Daewoo, Hyundai, Samsung y LG). A mediados de los años noventa, presionados por el FMI y por la recién creada Organización Mundial del Comercio, los gobiernos asiáticos acordaron alcanzar una solución intermedia: mantendrían las leyes que protegían la propiedad de las empresas nacionales de las adquisiciones extranjeras y se resistirían a las presiones sobre la privatización de sus compañías estatales clave, pero levantarían las barreras de acceso a sus sectores financieros y, con ello, permitirían un aumento de las inversiones en títulos y del comercio de divisas.



El hecho de que, en 1997, aquella riada de dinero caliente invirtiera súbitamente su curso en Asia fue consecuencia directa de esa inversión especulativa, que había sido legalizada únicamente por la presión occidental. Ni que decir tiene que Wall Street no lo veía de ese modo. Los principales analistas de inversiones reconocieron enseguida la oportunidad que aquella crisis les abría para abatir de una vez por todas el resto de barreras que aún protegían una parte de los mercados asiáticos. Pelosky, el ya mencionado estratega de Morgan Stanley, se mostró especialmente franco a la hora de explicar aquella lógica subyacente: si se dejaba que la crisis empeorara, la región se quedaría sin moneda extranjera y las compañías de propiedad asiática se verían obligadas a cerrar o a venderse por pedazos a las empresas occidentales, y tanto un escenario como el otro eran beneficiosos para la propia Morgan Stanley. «Me gustaría asistir al cierre de empresas y a la venta de activos. [...] La venta de activos es muy difícil; lo normal es que los propietarios no quieran vender a menos que se vean ciertamente forzados a ello. Por consiguiente, necesitamos que lleguen más malas noticias y que éstas hagan aumentar la presión sobre esos empresarios para que vendan sus compañías».<sup>13</sup>

Hubo quien valoró esa quiebra de Asia con términos más grandilocuentes. José Pinera, ministro estrella de Pinochet que, por entonces, trabajaba en el Cato Institute de Washington, D.C., recibió la crisis con indisimulado alborozo proclamando que «ha[bía] llegado el día del Juicio Final». Precisamente a juicio de Pinera, la crisis era el último capítulo de la guerra que él y sus compinches, los de Chicago, habían iniciado en Chile en la década de 1970. La caída de los Tigres, dijo, no representaba otra cosa que «la caída de un segundo Muro de Berlín», el desmoronamiento definitivo de «la noción de que existe una "tercera vía" entre el capitalismo democrático de libre mercado y el estatalismo socialista».<sup>14</sup>

La de Pinera no era una perspectiva marginal. Era abiertamente compartida por Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos y, probablemente, el más poderoso decisor de la política económica mundial. Greenspan describió la crisis como «un acontecimiento muy traumático conducente a un consenso sobre el tipo de sistema de mercado que ya tenemos en nuestro país». También señaló que «la crisis actual probablemente acelerará el desmantelamiento en muchos países asiáticos de los restos de un sistema con abundantes elementos de inversión

dirigida por el Estado».<sup>15</sup> Por decirlo de otro modo, la destrucción de la economía gestionada de Asia constituía, en realidad, un proceso paralelo de creación de una nueva economía conforme al modelo estadounidense (lo que la nueva Asia sufría en aquel momento eran los dolores típicos del parto, por emplear una metáfora que se utilizaría años después en un contexto aún más violento).

Michel Camdessus, quien en su condición de presidente del FMI era, posiblemente, el segundo decisor más poderoso del mundo en materia de política monetaria, expresó un parecer similar. En una de las pocas entrevistas que concedía, se refirió a la crisis como una oportunidad para que Asia mudase su vieja piel y renaciera de nuevo. «Los modelos económicos no son eternos», declaró. «Hay ocasiones en que son útiles y otras [...] en las que se vuelven obsoletos y han de ser abandonados.»<sup>16</sup> Aquella crisis, desencadenada por un rumor que acabó convirtiendo lo que era ficción en realidad, parecía ofrecer una de esas ocasiones.

Deseoso de no dejar escapar aquella oportunidad, el FMI -tras meses de pasividad ante el empeoramiento de la situación de emergencia- inició por fin negociaciones con los maltrechos gobiernos asiáticos. El único país que se resistió a la intervención del Fondo durante aquel período fue Malasia, gracias a la magnitud relativamente reducida de su deuda. El controvertido primer ministro malasio, Mahathir Mohamad, dijo que no creía que hubiera que «destruir la economía para mejorarla», unas declaraciones que le valieron el calificativo de extremista radical por aquel entonces.<sup>17</sup> El resto de economías nacionales asiáticas golpeadas por la crisis estaban demasiado desesperadas buscando reservas de moneda extranjera como para rechazar la posibilidad de decenas de miles de millones de dólares en forma de préstamos del FMI: Tailandia, Filipinas, Indonesia y Corea del Sur se sentaron a negociar. «No se puede obligar a un país a que venga a pedirnos ayuda. Tiene que pedirla él. Pero cuando se queda sin dinero, tampoco tiene muchos otros sitios a los que acudir», declaró Stanley Fischer, que era quien dirigía las conversaciones por parte del FMI.<sup>18</sup>

Fischer había sido uno de los más destacados defensores de la terapia de *shock* en Rusia y, a pesar de los angustiosos costes humanos que ésta había tenido en aquel país, su actitud seguía siendo igual de inamovible en el caso de Asia. Varios gobiernos sugirieron que, puesto que la crisis había

sido causada por la facilidad con que el dinero podía entrar y salir a espaldas de sus países sin que nada pudiera aminorar aquel flujo.

quizás sería lógico volver a instaurar algunas barreras (los temidos «controles de capitales»). China había mantenido sus propios controles (haciendo caso omiso del consejo de Friedman en ese sentido) y había sido el único país de la región que no se había visto arrasado por aquella crisis. Y Malasia los había vuelto a instaurar y parecían estar funcionando.

Fischer y el resto del equipo del FMI desecharon la idea de plano.<sup>19</sup>

De hecho, el FMI no mostró interés alguno en saber qué era lo que, en realidad, había provocado la crisis. El Fondo se comportaba como un funcionario de prisiones que trataba de doblegar la voluntad de sus presos: lo único que le interesaba era determinar cómo podía aprovechar la crisis como elemento de influencia sobre aquellos países. La debacle financiera había obligado a un grupo de países que se habían mostrado tercos y tenaces hasta aquel momento a suplicar clemencia; no sacar partido de aquella oportunidad habría sido, para los economistas de la Escuela de Chicago que dirigían el FMI, algo así como un caso manifiesto de negligencia profesional.

Con sus tesorerías vacías, los Tigres, en lo que al FMI respectaba, estaban en quiebra; ahora estaban preparados para su reconstrucción.

El primer estadio de ese proceso era despojarlos de todo rastro del «proteccionismo en materia de comercio en inversiones y el intervencionismo estatal activo que habían constituido los ingredientes fundamentales del "milagro asiático"», según lo definió el politólogo Walden Bello.<sup>20</sup> El FMI también exigió que los gobiernos afectados efectuaran drásticos recortes presupuestarios, con los consiguientes despidos masivos de empleados del sector público en países donde la proporción de personas que se quitaban la vida alcanzaba ya cifras récord.

Fischer admitiría con posterioridad que el FMI había llegado ya a la conclusión de que, tanto en Corea como en Indonesia, la crisis no tenía nada que ver con un exceso de gasto público. Aun así, él utilizó la extraordinaria influencia que la crisis brindaba al Fondo para extraer aquellas dolorosas medidas de austeridad. Tal como un periodista del New York Times escribió por aquel entonces, las acciones del FMI fueron «como las de un cirujano cardiólogo que, en plena intervención a corazón abierto, decide operar también los pulmones y los riñones».\* <sup>21</sup>

AQUÍ FALTA UNA PÁGINA (363)

En cuanto el FMI hubo despojado a los Tigres de sus viejos hábitos y costumbres, éstos ya estuvieron listos para renacer al más puro estilo de la Escuela de Chicago: con servicios básicos privatizados, bancos centrales independientes, fuerzas laborales «flexibles», gasto social reducido y, obviamente, una liberalización total del comercio. Según lo establecido en los nuevos acuerdos, Tailandia autorizaría a los extranjeros a ser propietarios de participaciones importantes de sus bancos, Indonesia reduciría los subsidios para la adquisición de alimentos y Corea derogaría la ley que protegía a sus trabajadores frente a los despidos masivos.<sup>22</sup> El FMI llegó incluso a fijar para el caso de Corea unos objetivos determinados en términos de trabajadores despedidos: para obtener el préstamo, el sector bancario del país tendría que deshacerse del 50% de su plantilla de empleados (porcentaje que después se reduciría y quedaría fijado en el 30%).<sup>23</sup> Esta exigencia era de vital interés para muchas multinacionales occidentales, que querían contar con garantías de que podrían reducir radicalmente las plantillas de las compañías asiáticas que se preparaban para adquirir. El «Muro de Berlín» del que hablaba Pinera estaba cayendo por fin.

Semejantes medidas habrían sido impensables un año antes del azote de la crisis, cuando los sindicatos surcoreanos estaban en su momento más álgido de militancia. Por entonces, se habían movilizado contra una nueva propuesta de ley laboral que pretendía reducir la seguridad de los puestos de trabajo y habían convocado la serie más numerosa y radical de huelgas jamás organizada en la historia de Corea del Sur. Pero, gracias a la crisis, las reglas del juego habían cambiado. La depresión económica fue tan extrema que dio a los gobiernos licencia para proclamar estados de excepción provisionales que les permitieron ejercer durante un tiempo como gobiernos autoritarios (tal como había sucedido con motivo de crisis parecidas en Bolivia, Rusia y otros lugares); aquello no duró mucho, sólo lo suficiente para imponer los decretos dictados por el FMI.

El paquete de medidas de terapia de *shock* para Tailandia, por ejemplo, fue aprobado por la Asamblea Nacional de aquel país no por medio de un proceso normal de debate, sino como resultado de cuatro decretos de emergencia. «Hemos perdido nuestra autonomía, la capacidad de decidir nuestra política macroeconómica. Es una desgracia», reconocía el viceprimer ministro tailandés, Supachai Panitchpakdi (que sería más tarde recompensado por tan cooperativa actitud con el nombramiento como

director general de la OMC).<sup>24</sup> En Corea del Sur, la subversión de la democracia llevada a cabo por el FMI fue aún más descarada: el final de las negociaciones con el Fondo coincidió allí con las elecciones presidenciales y dos de los candidatos se presentaban a ellas con programas electorales anti-FMI. Así que, en un extraordinario acto de interferencia en el proceso político de una nación soberana, el FMI se negó a hacer entrega de dinero alguno hasta que no contara con el compromiso de los cuatro principales candidatos de que quien saliera vencedor respetaría las normas acordadas. El país estaba secuestrado y su captor pedía un rescate, así que al Fondo no le costó mucho salirse con la suya: todos los candidatos prometieron su adhesión a los acuerdos por escrito.<sup>25</sup> Nunca antes se había hecho tan explícita la misión central de la Escuela de Chicago consistente en resguardar los asuntos económicos del alcance de la democracia: a los surcoreanos se les dijo que podían acudir a las urnas, pero que su voto no tendría incidencia alguna en la gestión y la organización de la economía. (El día en que se firmó el acuerdo fue inmediatamente bautizado como el «Día de la Humillación Nacional» de Corea.)<sup>26</sup>

En Indonesia, uno de los países más duramente castigados por la crisis, no hubo necesidad de semejantes actos de contención de la democracia. El país, que había sido el primero de la región en abrir sus puertas a las inversiones extranjeras desreguladas, se hallaba aún bajo el control del general Suharto tras más de treinta años. De todos modos, con la edad, Suharto se había vuelto menos dócil ante Occidente (como suele suceder con los dictadores). Tras décadas vendiendo el petróleo y la riqueza mineral de Indonesia a las grandes empresas extranjeras, el general se había cansado de que sólo se enriquecieran otros y había dedicado el último decenio a preocuparse por sí mismo, sus hijos y los amigotes con los que jugaba al golf. Así, por ejemplo, Suharto había concedido abultadas subvenciones a una empresa automovilística -propiedad de su hijo Tommy- para mayor consternación de Ford y Toyota, que no entendían el motivo por el que tenían que competir con lo que los analistas denominaban «los juguetes de Tommy» (en referencia a los coches que fabricaba la compañía del hijo del general).<sup>27</sup>

Suharto trató de oponer resistencia al FMI durante unos meses y dictó un presupuesto que no contenía los recortes masivos que el Fondo exigía. Así que éste contraatacó incrementando los niveles de dolor que tendría que soportar el país. Oficialmente, los representantes del FMI no están

autorizados a hablar con la prensa durante una negociación, ya que el más mínimo indicio de por dónde están yendo las conversaciones puede ejercer una influencia espectacular en el mercado. Eso no disuadió a un «alto cargo del FMI» (cuyo nombre nunca llegó a trascender) de explicar al *Washington Post* que «los mercados se preguntan hasta qué punto los dirigentes indonesios están comprometidos con este programa y, en concreto, con las principales medidas de reforma». En aquel artículo se lanzaba también la predicción de que el FMI castigaría a Indonesia congelando la concesión de miles de millones de dólares prometidos en préstamos. Nada más publicarse la noticia, la moneda indonesia se desplomaba, perdiendo un 25% de su valor en un solo día.<sup>28</sup>

Ante semejante golpe, Suharto cedió. «¿Puede alguien traerme un economista que sepa lo que está pasando?», se dice que suplicó en una ocasión el ministro de Exteriores de Indonesia.<sup>29</sup> Pues bien, Suharto dio con ese economista; en realidad, dio con varios de ellos. Para asegurarse unas negociaciones finales con el FMI sin problemas, volvió a llamar a la mafia de Berkeley, que, tras haber desempeñado un papel central durante los primeros tiempos del régimen, había perdido ascendencia sobre el general con el paso de los años. Tras un largo tiempo de marginación política, los miembros de aquel clan volvieron a asumir el mando: Widjojo Nitisastro, que por entonces contaba ya setenta años de edad y era conocido en Indonesia como «el decano de la mafia de Berkeley», fue quien encabezó las negociaciones. «Cuando son tiempos de bonanza, a Widjojo y a los economistas se los aparta a un rincón oscuro y el presidente Suharto habla sólo con los amigotes», explicaba Mohamed Sadli, un ex ministro de Suharto. «El grupo de los tecnócratas adquiere todo el protagonismo en épocas de crisis. En esos momentos, Suharto les hace más caso y ordena al resto de ministros que se callen».<sup>30</sup> Las conversaciones con el FMI adquirieron entonces un tono más típico de seminario o reunión de compañeros de universidad, algo más «parecido a un debate intelectual, sin presiones de un lado ni del otro», según lo describió uno de los miembros del equipo de Widjojo. Naturalmente, el FMI consiguió casi todo lo que quería, con un total de 140 «ajustes».<sup>31</sup>

## *La Revelación*

En lo que al FMI respectaba, la crisis estaba yendo de maravilla. En menos de un año, había logrado imponer mediante negociaciones transformaciones económicas radicales en Tailandia, Indonesia, Corea del Sur y Filipinas.<sup>32</sup> Por fin estaba listo para ese momento definitivo en toda escenificación de transformación: la Revelación, el instante en que el sujeto, tras haber sido cosido, estirado, arreglado y abrigado, es mostrado por vez primera a un sobrecogido público (en este caso, los mercados bursátiles y de divisas globales). Si todo había salido a pedir de boca, cuando el FMI levantase el velo que cubría sus más recientes creaciones, el dinero caliente que había huido de Asia el año anterior regresaría a raudales para comprar las que serían irresistibles acciones, divisas y emisiones de deuda pública de los Tigres. Pero sucedió algo muy distinto: al mercado le entró el pánico. La lógica que finalmente prevaleció fue la siguiente: si el Fondo creía que los Tigres eran casos tan perdidos que necesitaban una reconstrucción desde cero, no había duda entonces de que Asia estaba en mucho peor forma de lo que se había sospechado previamente.

Así que en lugar de acudir de vuelta en tropel, los operadores respondieron a la gran Revelación del FMI retirando de inmediato mucho más dinero y atacando nuevamente las monedas asiáticas. Corea perdía 1.000 millones de dólares diarios y vio degradado el crédito de su deuda a la categoría de los bonos basura. La «ayuda» del FMI había convertido la crisis en catástrofe. O, como dijo Jeffrey Sachs, que para entonces ya se había declarado abiertamente en guerra contra las instituciones financieras internacionales, «en vez de sofocar las llamas, lo único que hizo el FMI fue gritar que había un incendio en el teatro».<sup>33</sup>

Los costes humanos del oportunismo del FMI fueron casi tan devastadores en Asia como lo habían sido en Rusia. La Organización Internacional del Trabajo estima que unos 24 millones de personas (una cifra asombrosa se mire como se mire) perdieron sus puestos de trabajo durante ese período y que el índice de desempleo en Indonesia pasó del 4% al 12%. En Tailandia, en el punto álgido de las reformas, se perdían 2.000 empleos diarios (o, lo que es lo mismo, 60.000 al mes). En Corea del Sur,

300.000 trabajadores y trabajadoras eran despedidos cada mes, principalmente, como consecuencia de las exigencias -del todo innecesarias- que había impuesto el FMI en cuanto a la reducción de los presupuestos públicos y la subida de los tipos de interés. En 1999, las tasas de paro de Corea del Sur e Indonesia casi se habían triplicado con respecto a las de dos años antes. Como en América Latina durante los años setenta, lo que desapareció en estas zonas de Asia fue el elemento que había sido tan destacado en el anterior «milagro» de esa región: su numerosa y creciente clase media. En 1996, el 63,7% de los surcoreanos se identificaban como clase media; en 1999, ese porcentaje había descendido hasta el 38,4%. Según el Banco Mundial, 20 millones de asiáticos se vieron empujados a la pobreza durante ese período de auténtica «miseria planificada», como Rodolfo Walsh la habría denominado.<sup>34</sup>

Tras cada una de esas estadísticas había una historia de sacrificios desgarradores y decisiones degradantes. Como siempre ocurre, las mujeres y los niños fueron quienes se llevaron la peor parte de la crisis. Numerosas familias rurales de Filipinas y Corea del Sur vendieron sus hijas a traficantes de personas que se las enviaron como trabajadoras sexuales a Australia, Europa y América del Norte. En Tailandia, las autoridades de salud pública informaron de un aumento del 20% en la prostitución infantil en sólo un año: justamente, el año siguiente a las reformas del FMI. En Filipinas se reprodujo la misma tendencia. «Los ricos fueron los que se beneficiaron del *boom*, pero ahora somos los pobres los que pagamos el precio de la crisis», se quejaba Khun Bunjan, una líder local en el noreste de Tailandia que se vio obligada a enviar a sus hijos a buscar comida y enseres domésticos entre los desperdicios después de que su marido hubiese perdido su empleo en una fábrica. «Hasta el limitado acceso que teníamos a la educación y a la sanidad está empezando a desaparecer.»<sup>35</sup>

En ese contexto se produjo la visita de la secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, a Tailandia en marzo de 1999 y la regañina que a ésta le pareció oportuno dar a la población tailandesa por haber recurrido a la prostitución y el «callejón sin salida de las drogas».

Es «imprescindible que no se explote a las niñas ni se abuse de ellas y se las exponga al sida. Es muy importante contrarrestar esta tendencia», dijo Albright, henchida de determinación moral. Al parecer, no apreciaba relación alguna entre el hecho de que tantas y tantas niñas tailandesas estuvieran siendo obligadas a introducirse en el comercio sexual, y las



políticas de austeridad que ella declaró «apoyar firmemente» durante aquel mismo viaje. Su actitud fue el equivalente en la crisis financiera asiática de la contradicción expresada en su momento por Milton Friedman al condenar las violaciones de los derechos humanos que habían cometido Pinochet y Deng Xiaoping y, al mismo tiempo, elogiar la audacia con la que ambos líderes se habían adherido a la terapia económica de *shock*.<sup>36</sup>

### *Alimentarse de las ruinas*

La historia de la crisis asiática suele concluir en ese punto: el FMI intentó ayudar, pero la cosa no funcionó. Incluso la propia auditoría interna del FMI llegó a esa misma conclusión. La Oficina de Evaluación Independiente del Fondo concluyó que los ajustes estructurales exigidos fueron «desacertados» y «más amplios de los aparentemente necesarios», además de «no cruciales para la resolución de la crisis». También advirtió de que «la crisis no debería utilizarse como una oportunidad para imponer un amplio programa de reformas sólo porque la influencia durante ese momento es muy elevada y con independencia de lo justificables que puedan ser sus méritos».\* En un apartado especialmente contundente de aquel informe interno, la Oficina acusaba al Fondo de haber actuado cegado hasta tal punto por la ideología del libre mercado que el simple hecho de considerar algo tan lógico como la instauración de controles sobre los flujos de capitales había resultado institucionalmente inimaginable. «Si ya era una herejía sugerir que los mercados financieros no estaban distribuyendo el capital mundial de un modo racional y estable, contemplar [la posibilidad de establecer controles de capitales] constituía sencillamente un pecado mortal».<sup>37</sup>

Lo que pocos estaban dispuestos a admitir por aquel entonces era que, si bien el FMI le falló (y de qué manera) al pueblo de Asia, no decepcionó en absoluto a Wall Street. Puede que el dinero caliente se hubiese asustado ante las drásticas medidas impuestas por el FMI, pero no las grandes casas de inversiones y las empresas multinacionales, que, muy al contrario, se envalentonaron. «Claro que se trata de mercados sumamente volátiles»,

reconocía Jerome Booth, director de investigación de la londinense Ashmore Investment Management. «Eso es lo que los hace divertidos.»<sup>38</sup> Todas aquellas firmas que iban en busca de diversión comprendieron que, a consecuencia de los «ajustes» del FMI, prácticamente todo lo que había en Asia había pasado a estar en venta y que, cuanto más cundiese el pánico en los mercados, más desesperadas estarían las compañías asiáticas por vender, lo que aún impulsaría los precios más a la baja. Jay Pelosky (de Morgan Stanley) había llegado a decir que lo que Asia necesitaba eran «más malas noticias y que éstas hagan aumentar la presión sobre [los] empresarios para que vendan sus compañías», y eso fue exactamente lo que ocurrió, gracias al FMI.

Hoy sigue debatiéndose si el FMI planeó el ahondamiento de la crisis en Asia o su actitud de indiferencia fue debida simplemente a la imprudencia y la temeridad. Quizás la interpretación más benévola de lo sucedido es que el Fondo sabía que no podía perder: si sus ajustes inflaban una nueva burbuja en títulos y acciones de mercados emergentes, habría logrado su objetivo; si estimulaban una mayor huida de capitales, habría creado un filón para los capitalistas más oportunistas. De cualquier modo, el FMI se sentía suficientemente cómodo con cualquiera de los resultados de una posible debacle económica total en aquellos países como para estar dispuesto a jugársela. Hoy está claro quién ganó la partida.

Dos meses después de que el FMI alcanzara su acuerdo final con Corea del Sur, el *Wall Street Journal* publicó una noticia titulada «Wall Street escarba entre los restos del Asia-Pacífico». En ella se comentaba que la empresa de Pelosky, así como algunas destacadas casas de inversiones más, habían «desplegado ejércitos de banqueros en la región del Asia-Pacífico para ojear corredurías, gestoras de activos e, incluso, bancos que puedan llevarse a precios de saldo. La caza de adquisiciones en Asia es urgente porque muchas firmas estadounidenses de valores -encabezadas por Merrill Lynch & Co. y por Morgan Stanley- han hecho de su expansión internacional una prioridad».<sup>39</sup> No tardaron en producirse varias ventas de gran relumbrón: Merrill Lynch compró la japonesa Yamaichi Securities y la mayor gestora tailandesa de valores, mientras que AIG adquirió Bangkok Investment por sólo una pequeña parte de su valor real. J. P. Morgan se hizo con una participación importante de Kia Motors, al tiempo que Travelers Group y Salomon Smith Barney compraban una de las mayores compañías textiles de Corea, entre otras empresas. No deja de ser interesante

comprobar que el presidente de la International Advisory Board (la Junta de Asesores Internacionales) de Salomon Smith Barney, que asesoraba a su compañía matriz durante aquel período acerca de las posibles fusiones y adquisiciones, era Donald Rumsfeld (nombrado en mayo de 1999). Dick Cheney también era miembro de dicha junta. Otro de los ganadores del momento fue el Carlyle Group, una empresa con sede en Washington tan hermética y reservada en sus asuntos como famosa por ser el lugar de «aterrizaje suave» favorito de numerosos ex presidentes y ex ministros, desde el anterior secretario de Estado James Baker al antiguo primer ministro británico John Major, pasando por Bush padre, quien ejerció allí de asesor. Carlyle usó sus contactos al más alto nivel para hacerse con la división de telecomunicaciones de Daewoo, Ssangyong Information and Communication (una de las mayores empresas de alta tecnología de Corea) y para convertirse en uno de los accionistas principales de uno de los mayores bancos surcoreanos.<sup>40</sup>

Jeffrey Garten, antiguo subsecretario de Comercio de Estados Unidos, había predicho que, cuando el FMI hubiese acabado su tarea, iba «a haber un Asia significativamente distinta, y [sería] un Asia en la que las empresas estadounidenses [habrían] conseguido una penetración mucho más profunda y un acceso mucho más amplio».<sup>41</sup> Y no bromeaba. En dos años, la faz de buena parte de Asia se transformó por completo y cientos de marcas locales fueron reemplazadas por los gigantes multinacionales. El fenómeno en su conjunto fue descrito por el *New York Times* como «la mayor liquidación por cierre de negocio jamás vista en el mundo» y *Business Week* lo llamó un «bazar de compraventa de empresas».<sup>42</sup> Fue, de hecho, un avance del capitalismo del desastre que se convertiría en la norma de los mercados tras el 11 de septiembre de 2001: una terrible tragedia había sido aprovechada para hacer posible que las empresas extranjeras irrumpieran en Asia y la tomaran por asalto. Y no estaban allí para construir sus propios negocios y competir, sino para llevarse la maquinaria, la mano de obra, la clientela y el valor de marca construidos durante décadas por las compañías coreanas (y, en muchos casos, para desguazarlos, reducirlos o clausurarlos definitivamente a fin de eliminar una posible fuente de competencia para sus exportaciones).

Por ejemplo, el gran titán coreano, Samsung, fue dividido y vendido por partes: Volvo se quedó con su división de industria pesada, SC Johnson & Son con su rama farmacéutica y General Electric con su división de

iluminación. Unos pocos años después, la otrora poderosa división automovilística de Daewoo -que la compañía había valorado en su momento en unos 6.000 millones de dólares- fue vendida a General Motors por sólo 400 millones (un robo digno de la terapia de *shock* rusa, aunque, en este caso, y a diferencia de lo que había ocurrido en Rusia, las empresas locales estaban siendo barridas por las multinacionales).<sup>43</sup>

Otros jugadores de renombre que se hicieron con algún pedazo del afligido pastel asiático fueron Seagram's, Hewlett-Packard, Nestlé, Interbrew y Novartis, Carrefour, Tesco y Ericsson. Coca-Cola compró una empresa embotelladora coreana por 500 millones de dólares; Procter & Gamble adquirió una compañía coreana de paquetes y embalajes; Nissan se hizo con una de las mayores empresas automovilísticas de Indonesia. General Electric adquirió una participación mayoritaria del fabricante surcoreano de frigoríficos LG, y la británica Powergen se aseguró el control de LG Energy, una gran compañía coreana de electricidad y gas. Según *Business Week*, el príncipe saudí Alwaleed bin Talal se dedicó por entonces a «recorrer Asia en su Boeing 727 privado de color crema recogiendo gangas de aquí y allá», entre las que se incluyó una importante participación en Daewoo.<sup>44</sup>

Como era de suponer, Morgan Stanley, una de las firmas que con mayor ahínco había reclamado una profundización de la crisis, se introdujo en muchas de aquellas operaciones y recaudó ingentes sumas de dinero en concepto de comisiones. Actuó, por ejemplo, como asesora de Daewoo en la venta de su división automovilística e intermedió en la privatización de varios bancos surcoreanos.<sup>45</sup>

No sólo se vendían en aquellos momentos empresas privadas asiáticas a los extranjeros. Como anteriores crisis en América Latina y en Europa, ésta también obligó a los gobiernos a vender diversos servicios públicos para recaudar un capital del que sus Estados andaban terriblemente necesitados. El gobierno estadounidense había previsto con anterioridad ese efecto y lo esperaba con entusiasmo. En sus argumentos ante el Congreso sobre por qué éste debía autorizar los miles de millones de dólares que el FMI iba a destinar a la transformación de Asia, la representante de Comercio Exterior de Estados Unidos, Charlene Barshefsky, aseguró que los acuerdos crearían «nuevas oportunidades de negocio para las empresas estadounidenses»: Asia se vería obligada a «acelerar la privatización de

ciertos sectores clave, incluida la energía, el transporte, los servicios públicos y las comunicaciones». <sup>46</sup>

Dicho y hecho: la crisis provocó una oleada de privatizaciones y las multinacionales extranjeras barrieron con todo. Bechtel logró el contrato para la privatización de las redes de traída de aguas y alcantarillado del este de Manila, y otro para la construcción de una refinería de petróleo en las islas Célebes, Indonesia. Motorola se hizo con el control total de la coreana Appeal Telecom. El gigante energético Sithe, con sede en Nueva York, obtuvo una importante participación de la empresa pública tailandesa de gas, Cogeneration. Los sistemas de suministro de agua de Indonesia se repartieron entre la británica Thames Water y la francesa Lyonnaise des Eaux. La canadiense Westcoast Energy se llevó un enorme proyecto de construcción de una central eléctrica indonesia. British Telecom adquirió una parte importante de los servicios postales malasios y coreanos. Bell Canadá se hizo con un pedazo de la compañía de telecomunicaciones coreana Hansol. <sup>47</sup>

En total, se produjeron 186 fusiones y adquisiciones empresariales de importancia en Indonesia, Tailandia, Corea del Sur, Malasia y Filipinas, a cargo de multinacionales extranjeras en el plazo de apenas veinte meses. Viendo cómo se desarrollaba toda aquella masiva operación de compraventa, Robert Wade (un economista de la LSE) y Frank Veneroso (un consultor económico) predijeron que el programa del FMI «podría llegar a precipitar la mayor transferencia de activos en tiempo de paz jamás producida entre propietarios nacionales y extranjeros en los últimos cincuenta años en todo el mundo». <sup>48</sup>

El FMI, aunque admite haber cometido algún que otro error en sus respuestas iniciales a la crisis, asegura que los corrigió con rapidez y que los programas de «estabilización» funcionaron muy bien. Y cierto es que los mercados asiáticos acabaron por calmarse, pero a un coste descomunal que aún hoy están pagando. Ya lo había advertido Milton Friedman en el momento álgido de la crisis: el pánico «se acabará. [...] Verán cómo vuelve el crecimiento a Asia en cuanto se estabilice este caos financiero, pero nadie puede decir de momento si eso será dentro de un año, de dos o de tres». <sup>49</sup>

La verdad es que la crisis asiática aún no ha terminado del todo una década después de que comenzara. Cuando 24 millones de personas pierden sus empleos en el plazo de dos años, arraiga una nueva desesperación que ninguna cultura puede absorber tan fácilmente. Esta se expresa de formas

distintas por toda la región, que pueden ir desde un auge significativo del extremismo religioso en Indonesia y Tailandia hasta el explosivo crecimiento registrado en el comercio sexual infantil.

Las tasas de empleo no han vuelto a alcanzar los niveles que registraban antes de 1997 en Indonesia, Malasia y Corea del Sur. Y ello no se debe únicamente a que los trabajadores que perdieron sus empleos durante la crisis no han podido recuperarlos, sino también a que los despidos han proseguido como consecuencia del incremento de rentabilidad que los nuevos propietarios extranjeros están exigiendo a sus inversiones. Tampoco han remitido los suicidios: en Corea del Sur, el suicidio es, en la actualidad, la cuarta causa más común de muerte y se registran más del doble que antes de la crisis (en aquel país, cada día se quitan la vida un promedio de 38 personas).<sup>50</sup>

Ésa es la historia no contada de las políticas que el FMI denomina «programas de estabilización», como si los países fuesen barcos sacudidos por las agitadas aguas del libre mercado. No hay duda de que, al final, se estabilizan, pero el nuevo equilibrio sólo se consigue después de haber arrojado a millones de personas por la borda: empleados del sector público, propietarios de pequeños negocios, agricultores de subsistencia, sindicalistas... El desagradable secreto que esconde la «estabilización» es que la gran mayoría de la población nunca llega a subirse a la nave. Acaba hacinada en suburbios marginales y poblados de chabolas (donde actualmente viven 1.000 millones de personas en todo el mundo). Muchas de esas personas acaban dando con sus huesos en un burdel o en el contenedor de un carguero. Son los desheredados que el poeta alemán Rainer Maria Rilke describió como aquéllos «a los que ni el pasado ni aun el futuro inmediato pertenecen».<sup>51</sup>

Estas personas no fueron las únicas víctimas de la exigencia del FMI de una aplicación perfecta de la ortodoxia en Asia. En Indonesia, el sentimiento antichino que advertí en el verano de 1997 continuó acumulándose, avivado por una clase política encantada de desviar toda atención posible de sí misma. Aún empeoró más tras la subida de precios de diversos artículos de supervivencia decretada por Suharto. La medida hizo estallar disturbios por todo el país y muchos de éstos fueron dirigidos contra la minoría china. Unas 1.200 personas murieron asesinadas y decenas de mujeres chinas fueron objeto de violaciones colectivas.<sup>52</sup> Todas ellas

deberían ser contadas también entre las víctimas de la ideología de la Escuela de Chicago.

Las iras indonesias acabaron finalmente dirigidas hacia el propio Suharto y su palacio presidencial. Durante tres décadas, el recuerdo del baño de sangre que había llevado al general al poder había bastado prácticamente para mantener a raya a los indonesios (un recuerdo que el gobierno había reavivado periódicamente con otras masacres en diversas provincias y en Timor Oriental). El fuego de la indignación contra Suharto había continuado quemando bajo la superficie todo aquel tiempo, pero los ánimos contenidos sólo estallaron en llamas bien visibles gracias al combustible que proporcionó la intervención del FMI (irónicamente, exigiendo el incremento del precio de la gasolina). Tras aquello, los indonesios se levantaron y expulsaron a Suharto del poder.

Al más puro estilo de un interrogador de prisioneros, el FMI había utilizado el extremo dolor provocado por la crisis para doblegar la voluntad de los Tigres asiáticos, para reducirla a una sumisión total. Pero los manuales de interrogación de la CIA ya advierten de que ése es un proceso que puede irse de las manos: si aplican demasiado dolor directo, en vez de regresión y obediencia, los interrogadores pueden estimular la determinación y la rebeldía de sus interrogados. En Indonesia se sobrepasó esa línea, lo cual constituyó todo un recordatorio de que la terapia de *shock* puede llevarse demasiado lejos y provocar una especie de rechazo que pronto resultaría muy familiar por su repetición en diversos escenarios (desde Bolivia hasta Irak).

Sin embargo, a los cruzados del libre mercado les cuesta aprender cuando la lección que toca es la de las consecuencias no intencionadas de sus políticas. La única conclusión que parecen haber extraído de la inmensamente lucrativa liquidación de activos en Asia es una nueva confirmación de la validez de la doctrina del *shock* (como si les hicieran falta aún más pruebas), de que no hay nada mejor que una catástrofe auténtica (una verdadera sacudida de toda una sociedad) para abrir una nueva frontera. Transcurridos unos años desde el apogeo de aquella crisis, aún había varios comentaristas destacados dispuestos a afirmar que lo sucedido en Asia había sido, bajo toda la devastación aparente, una bendición. *The Economist* señaló que había sido «precisa una crisis nacional para que Corea del Sur se transformara de la nación encerrada en sí misma que era en un país que acepta encantado el capital extranjero, el cambio y la

competencia». Y Thomas Friedman, en la obra que ha sido su mayor éxito de ventas hasta el momento, *Tradición versus innovación*, declaró que lo que había ocurrido en Asia no había sido en absoluto una crisis. «Creo que la globalización nos hizo un favor a todos colapsando las economías de Tailandia, Corea, Malasia, Indonesia, México, Rusia y Brasil en la década de 1990, porque puso al descubierto un gran número de prácticas e instituciones corrompidas», escribió, para inmediatamente añadir que «poner en evidencia el capitalismo de amigotes que prevalecía en Corea no es lo que yo entiendo por crisis». <sup>53</sup> En los artículos que escribía para el *New York Times* en apoyo de la invasión de Irak, el mismo autor exhibió una lógica similar, salvo que, en ese caso, el colapso podía ser obra directa de los misiles de crucero y no de las operaciones de compraventa de divisas.

La crisis asiática mostró sin duda lo bien que funcionaba la explotación de los desastres. Pero, al mismo tiempo, la destructividad del crack del mercado y el cinismo de la reacción de Occidente alentaron el surgimiento de poderosos movimientos de oposición.

Las fuerzas del capital multinacional se salieron con la suya en Asia, pero provocaron nuevos niveles de indignación popular y ésta acabó dirigida de lleno hacia las instituciones promotoras de la ideología del capitalismo sin restricciones. Tal como lo explicaba un editorial inusualmente equilibrado del *Financial Times*, Asia fue una «señal de advertencia de que el malestar popular ante el capitalismo y las fuerzas de la globalización está alcanzando un nivel preocupante. La crisis asiática mostró al mundo cómo hasta los países de más indiscutible éxito económico podían acabar hundiéndose por culpa de una súbita salida de capitales. La población estaba enfurecida al ver que los caprichos de unas misteriosas "instituciones de inversión alternativa" o gestoras de *hedge funds* podían ser la causa aparente de un masivo aumento de la pobreza en la otra punta del mundo». <sup>54</sup>

A diferencia de lo acaecido en la antigua Unión Soviética, donde la miseria planificada de la terapia de *shock* pudo disimularse entre las consecuencias de la «dolorosa transición» del comunismo a la democracia de mercado, la crisis de Asia fue obra, lisa y llanamente, de los mercados globales. Pero cuando los sumos sacerdotes de la globalización enviaron sus misiones a la zona del desastre, lo único que pretendieron fue hacer más profundo el sufrimiento.



El resultado fue que dichas misiones perdieron el cómodo anonimato del que habían gozado en ocasiones precedentes. Stanley Fischer (del FMI) recordaba el «ambiente circense» que se respiraba en torno al hotel Hilton de Seúl cuando viajó a Corea del Sur al inicio de las negociaciones. «Me encarcelaron en mi habitación del hotel; no podía salir porque [si] abría la puerta, había diez mil fotógrafos al acecho.» Según otro relato de la situación, para alcanzar la sala de banquetes donde las negociaciones tenían lugar, los representantes del FMI eran obligados «a dar un rodeo por un acceso trasero, lo que suponía subir y bajar varios tramos de escaleras y atravesar la enorme cocina del Hilton».<sup>55</sup> Aquello sorprendió a los altos cargos del FMI, porque, por aquel entonces, no estaban acostumbrados a semejante atención. La experiencia de sentirse prisioneros en hoteles de cinco estrellas y en centros de convenciones acabaría siendo completamente familiar para los emisarios del Consenso de Washington en los años siguientes, a medida que sus reuniones por todo el mundo empezaron a ser recibidas con manifestaciones masivas allí adonde fueran.

Tras 1998, empezó a hacerse cada vez más difícil imponer transformaciones en forma de terapia de *shock* por medios pacíficos, es decir, a través de las intimidaciones y las presiones habituales del FMI en las cumbres comerciales. La nueva actitud desafiante procedente del Sur tuvo su estreno oficial cuando fracasaron las conversaciones de la Organización Mundial del Comercio en Seattle en 1999. Aunque los jóvenes manifestantes allí congregados fueron quienes recibieron la mayor parte de la cobertura mediática, la rebelión real tuvo lugar en el interior del centro de convenciones, donde los países en vías de desarrollo formaron un bloque en las votaciones y rechazaron toda exigencia de mayores concesiones comerciales mientras Europa y Estados Unidos continuaran subsidiando y protegiendo su agricultura y su industria internas.

En aquel momento, aún hubiera sido posible minimizar la importancia del fracaso de Seattle calificándolo de una pausa menor en el decidido avance del corporativismo. Pero en cuestión de unos pocos años, la profundidad del giro se ha hecho innegable: el ambicioso sueño del gobierno estadounidense de crear una zona unificada de libre comercio que abarque todo el Asia-Pacífico ha sido ya abandonado, como también lo ha sido el proyecto de firma de un tratado sobre inversores globales y los planes para establecer un área de libre comercio para toda América, desde Alaska hasta Chile.

Quizás el mayor impacto del llamado movimiento antiglobalización haya sido su contribución a situar la ideología de la Escuela de Chicago en el centro mismo del debate internacional. Durante un breve instante, en el momento del cambio de milenio, no hubo ninguna crisis urgente hacia la que desviar la atención: los *shocks* de la deuda habían remitido, las «transiciones» estaban finalizadas y todavía no había llegado una nueva guerra global. Lo único que quedaba era el historial de los efectos en el mundo real de la cruzada del libre mercado: el deprimente rastro de desigualdad, corrupción y degradación medioambiental que habían ido dejando los gobiernos cuando, uno tras otro, habían aceptado el consejo que Friedman diera a Pinochet años atrás y habían optado por considerar que era un error tratar de «hacer el bien con el dinero de otras personas».

Echando la vista atrás, resulta francamente sorprendente que el período de monopolio del capitalismo (cuando dejó de tener otras ideologías o contrapoderes con las que competir) fuese tan sumamente breve (sólo ocho años, desde la desaparición de la Unión Soviética como tal en 1991 hasta el fracaso de las conversaciones de la OMC en 1999). Pero el auge de una fuerte oposición no iba a amilanar a sus partidarios en su propósito de imponer el extraordinariamente lucrativo programa del capitalismo ilimitado; éstos estaban perfectamente dispuestos a surcar las salvajes olas del miedo y la desorientación que iban a ser desatadas por unos nuevos *shocks*, más colosales que todos los anteriores.

# QUINTA PARTE: TIEMPOS DE SHOCK

## AUGE DEL COMPLEJO DEL CAPITALISMO DEL DESASTRE

*La destrucción creativa es nuestro segundo nombre, tanto en nuestra propia sociedad como en el exterior. Destruimos el viejo orden todos los días, desde los negocios hasta la ciencia, la literatura, el arte, la arquitectura, el cine, la política y el derecho. [...] Deben atacarnos para sobrevivir; del mismo modo que nosotros debemos destruirlos para desarrollar nuestra misión histórica.*

MICHAEL LEDEEN, *The War against the Terror Masters*, 2002

*La respuesta de George a cualquier problema que surge en el rancho es cortarlo con una motosierra (creo que por eso se lleva tan bien con Cheney y Rumsfeld).*

LAURA BUSH, cena anual de la Asociación de Corresponsales en la Casa Blanca, 30 de abril de 2005

## Capítulo 14: TERAPIA DE *SHOCK* EN ESTADOS UNIDOS

### La burbuja de seguridad de la patria

*Es un tipo implacable. Pueden estar seguros.*

RICHARD NIXON, presidente de Estados Unidos, en referencia a Donald Rumsfeld, 1971 <sup>1</sup>

*Hoy temo que, de hecho, empezamos a darnos cuenta de la sociedad de la vigilancia que ya nos rodea.*

RICHARD THOMAS, comisionado de información del Reino Unido, noviembre de 2006 <sup>2</sup>

*La seguridad de la patria podría haber alcanzado la fase a la que llegó la inversión en Internet en 1997. Por entonces, lo único que había que hacer era poner una «e» delante del nombre de la empresa en cuestión y la primera oferta de publicación de acciones se disparaba. Ahora se puede hacer lo mismo con «fortaleza».*

Daniel Gross, Slate, junio de 2005 <sup>3</sup>

Washington, un lunes de calor húmedo. Donald Rumsfeld estaba a punto de hacer algo que odiaba: hablar con su equipo. Desde que ocupase su cargo como secretario de Defensa, se había ganado fama de despótico, sigiloso y arrogante entre el Estado Mayor. Esta animadversión era comprensible. Desde que pisó el Pentágono por primera vez, Rumsfeld rechazó el papel establecido de líder y motivador para actuar como un

incruento asesino a sueldo, un secretario ejecutivo en una misión de reducción de personal.

Cuando Rumsfeld aceptó el puesto, muchos se preguntaron por qué. Tenía sesenta y ocho años, cinco nietos y una fortuna personal calculada en nada menos que 250 millones de dólares (y ya había ocupado el mismo cargo en la administración de Gerald Ford).<sup>4</sup> Rumsfeld, sin embargo, no tenía intención de ser un secretario de Defensa tradicional, marcado por las guerras libradas bajo su mandato. Sus aspiraciones iban más allá.

El secretario de Defensa entrante había pasado los últimos veintitantos años al frente de multinacionales, participando en sus consejos (por lo general, de compañías de primera línea surgidas de fusiones y adquisiciones espectaculares, y de reestructuraciones dolorosas). En los años noventa se convirtió en hombre de la nueva economía: dirigió una empresa especializada en televisión digital, formó parte del consejo de otra prometedora empresa de «soluciones *e-business*» y desempeñó el cargo de presidente del consejo de la misma firma de biotecnología que se hizo con la patente exclusiva de un tratamiento contra la gripe aviar, además de otros medicamentos importantes contra el sida.<sup>5</sup> Cuando Rumsfeld entró a formar parte del gabinete de George W. Bush, en 2001, fue con la misión personal de reinventar la guerra para el siglo XXI, convirtiéndola en algo más psicológico que físico, más espectáculo que lucha, y mucho más provechosa de lo que había sido nunca.

Mucho se ha escrito sobre el controvertido proyecto de «transformación» de Rumsfeld, que llevó a ocho generales retirados a exigir su dimisión y acabó por obligarle a renunciar después de las elecciones de mitad de legislatura de 2006. Cuando Bush anunció la dimisión, describió el proyecto de «transformación general» (no la guerra en Irak o la más extensa «guerra contra el terror») como la contribución más destacable de Rumsfeld: «El trabajo de Don en estos campos no ha llegado casi nunca a los titulares, pero las reformas que él ha puesto en marcha son históricas».<sup>6</sup> Tiene razón, aunque no siempre ha quedado claro en qué consisten esas reformas.

Los militares retirados mencionados ridiculizaron la alusión a la «transformación» como «palabras huecas de moda» y la determinación (casi cómica) de Rumsfeld a demostrar que los críticos tenían razón: «El ejército está sometido a una profunda modernización», afirmó en abril de 2006. «Está pasando de ser una fuerza dividida en secciones a una fuerza de

brigada modular de equipos de combate, [...] de lucha centrada en los servicios a lucha para terminar con los conflictos, que lleve a la interoperatividad y a la interdependencia. Y eso es muy complicado». <sup>7</sup> Sin embargo, el proyecto nunca fue tan complicado como Rumsfeld pretendió dar a entender. Detrás de esa jerga no había más que un intento de llevar al mismo centro del ejército estadounidense la revolución en subcontratas y *branding* de la que él había formado parte en el mundo de la empresa.

Durante los años noventa, muchas empresas que tradicionalmente habían fabricado sus propios productos con plantillas numerosas y estables se pasaron al que terminó conociéndose como el modelo Nike: no poseer fábrica alguna, producir los artículos mediante una complicada red de contratistas y subcontratistas, e invertir los recursos en diseño y marketing. Otras empresas optaron por el modelo alternativo, el de Microsoft: mantener un centro de control férreo de los accionistas/empleados que llevan a cabo las «competencias básicas» de la empresa y recurrir a temporales para todo lo demás, desde la gestión de la sala de correo hasta redactar un código. Algunos bautizaron como «multinacionales huecas» a estas empresas sometidas a reestructuraciones radicales porque en su mayoría eran forma sin apenas contenido tangible.

Rumsfeld estaba convencido de que el Departamento de Defensa de Estados Unidos necesitaba una transformación equivalente. Como se publicó en *Fortune* después de su llegada al Pentágono, «el señor CEO» estaba «a punto para supervisar el mismo tipo de reestructuración que tan bien había orquestado en el mundo de la empresa». <sup>8</sup> Por supuesto, existían algunas diferencias necesarias. Si las empresas se libraban de fábricas y trabajadores a tiempo completo, Rumsfeld vio cómo el ejército se despojaba de un gran número de tropas a jornada completa en favor de un pequeño núcleo de miembros del personal apoyados por soldados temporales más baratos (procedentes de la reserva y de la Guardia Nacional). Mientras tanto, los contratistas de empresas como Blackwater y Halliburton llevarían a cabo tareas diversas: desde conducción de alto riesgo hasta interrogatorios a prisioneros o el abastecimiento de los servicios sanitarios. Si las empresas invirtieron lo ahorrado en diseño y marketing, Rumsfeld destinó el dinero ahorrado gracias a la reducción de tropas y tanques en lo último en satélites y nanotecnología del sector privado. «En el siglo XXI- explicó Rumsfeld a propósito de la modernización del ejército-, vamos a tener que dejar de pensar en cosas, números de cosas y masa, y pensar también, y tal vez

primero, en rapidez, agilidad y precisión.» Sus palabras me recordaron mucho a las de Tom Peters, el hiperactivo gurú de la gestión, que declaró a finales de los años noventa que las empresas tenían que decidir si eran «"participantes" puras en *brainware*» o «proveedoras de objetos».<sup>9</sup>

No es de extrañar que los generales acostumbrados a resistir en el Pentágono tuviesen muy claro que «cosas» y «masa» seguían siendo importantes cuando se trataba de librar guerras. Su profunda animadversión hacia la visión de un ejército hueco de Rumsfeld fue inmediata. Después de poco más de siete meses, el secretario había ofendido a tantas figuras poderosas que empezó a rumorearse que sus días en el cargo estaban contados.

En aquel momento, Rumsfeld convocó una extraña «asamblea municipal» con el personal del Pentágono. Las especulaciones comenzaron de inmediato: ¿iba a anunciar su dimisión? ¿Pretendía darles una charla de ánimo? ¿Intentaba convencer, con retraso, a la vieja guardia de la necesidad de transformación? Mientras cientos de trabajadores del Pentágono entraban en fila al auditorio aquel lunes por la mañana, «el ambiente era claramente de curiosidad», me explicó uno de ellos. «El sentimiento era "¿Cómo vas a convencernos?", porque ya existía una enorme hostilidad hacia él.»

Cuando Rumsfeld hizo su entrada, «nos levantamos educadamente y volvimos a sentarnos». De inmediato quedó patente que no se trataba de una dimisión, y casi seguro que tampoco era una charla para dar ánimos. Podría tratarse del discurso más extraordinario pronunciado por un secretario de Defensa estadounidense. Empezó así:

El tema de hoy es un adversario que supone una amenaza, una amenaza seria, contra la seguridad de los Estados Unidos de América. Este adversario es uno de los últimos bastiones de planificación central de mundo. Gobierna dictando planes quinquenales. Desde una única capital, intenta imponer sus exigencias más allá de zonas horarias, continentes y océanos. Con una consistencia brutal, reprime el libre pensamiento y aplasta las nuevas ideas. Desestabiliza la defensa de Estados Unidos y pone en peligro las vidas de hombres y mujeres uniformados.

Quizá les parezca que este adversario recuerda a la Unión Soviética pero ese enemigo ya no es tal: el enemigo ahora es más sutil e implacable... El adversario está mucho más cerca. Es la burocracia del Pentágono.<sup>10</sup>

Mientras Rumsfeld proseguía con su táctica retórica, la audiencia no daba crédito. La mayoría de los que estaban allí habían dedicado sus carreras a luchar contra la Unión Soviética, y no les hacía ninguna gracia

que les comparasen con los comunistas a esas alturas de la historia. Rumsfeld no había terminado. «Conocemos al adversario. Conocemos la amenaza. Y con la misma firmeza que exige cualquier esfuerzo contra un adversario, debemos ponernos manos a la obra; [...] hoy declaramos la guerra a la burocracia».

Lo había hecho: el secretario de Defensa no sólo describió el Pentágono como una grave amenaza para América, sino que además declaró la guerra a la institución para la que trabajaba. El personal estaba alucinado. «Estaba diciendo que nosotros éramos el enemigo, que el enemigo éramos nosotros. Y nosotros creíamos que estábamos trabajando para la nación», me dijo un miembro del personal.

Aquello no significaba que Rumsfeld quisiera reducir los impuestos (acababa de pedir al Congreso un aumento del presupuesto del 11%). No obstante, siguiendo los principios corporativistas de la contrarrevolución - en la que el gran gobierno suma fuerzas al gran negocio para redistribuir los fondos en sentido ascendente-, quería gastar menos en personal y transferir mucho más dinero público directamente a las arcas de empresas privadas. Así puso en marcha Rumsfeld esta «guerra». Cada departamento tenía que reducir su personal en un 15%, incluyendo «todas las bases repartidas por el mundo. No sólo es la ley, es una buena idea y vamos a conseguirlo».<sup>11</sup>

Ya había dado instrucciones al personal de dirección para «revisar minuciosamente el Departamento [de Defensa] en busca de funciones que puedan ser realizadas mejor y de manera más económica a través de subcontratas comerciales». Quería saber «por qué el DoD es una de las últimas organizaciones que todavía gira sus propios cheques. Cuando existe toda una industria que gestiona los almacenes de manera eficaz, ¿por qué tenemos y administramos tantos? En las bases repartidas por todo el mundo, ¿por qué recogemos la basura y fregamos los suelos en lugar de contratar servicios externos, como hacen muchas empresas? Y, sin duda, podemos subcontratar más apoyo a los sistemas informáticos».

Incluso se permitió cuestionar la vaca sagrada de la institución militar: los servicios sanitarios para los soldados. ¿Por qué hay tantos médicos? Rumsfeld quería saberlo. «Algunas de esas necesidades, especialmente las que pudieran implicar medicina general o especialidades no relacionadas con la guerra, podrían cubrirse con mayor eficacia a través del sector privado.» ¿Y qué hay de las viviendas para los soldados y sus familias? Sin



duda, podrían gestionarse mediante «sociedades mixtas públicas y privadas».

El Departamento de Defensa se centraría en su competencia principal: «la guerra. [...] Pero en todos los demás casos, deberíamos buscar proveedores que desempeñen esas actividades no principales con eficacia».

Después del discurso, muchos de los trabajadores del Pentágono protestaron diciendo que lo único que suponía un obstáculo para la intención de Rumsfeld de subcontratar el ejército era un pequeño detalle: que la Constitución norteamericana define claramente la seguridad nacional como un deber del gobierno, no de compañías privadas. «Pensé que el discurso iba a costarle el puesto a Rumsfeld», me dijo mi informador.

No fue así, y el alcance de su declaración de guerra contra el Pentágono fue insignificante. Y es que la fecha de su beligerante alegato fue el 10 de septiembre de 2001.

Es una extraña coincidencia de importancia histórica secundaria que el programa *CNN Evening News* del 10 de septiembre ofreciese un breve relato con el titular «El secretario de Defensa declara la guerra a la burocracia del Pentágono» y que a la mañana siguiente el grupo de emisoras informase de un ataque contra esa institución, un ataque con tintes menos metafóricos que acabó con la vida de 125 empleados del Pentágono y provocó heridas a otras de las 110 personas que Rumsfeld había retratado como enemigos del Estado menos de veinticuatro horas antes.<sup>12</sup>

### *Cheney y Rumsfeld: capitalistas del protodesastre*

La idea central del discurso olvidado de Rumsfeld no es otra que la doctrina básica del régimen de Bush: que el trabajo del gobierno no consiste en gobernar, sino en subcontratar a los mejores y a los más eficaces del sector privado. Como Rumsfeld reveló, esta tarea no consistía en algo tan prosaico como recortar el presupuesto, sino en una cruzada para cambiar el mundo, según sus defensores, comparable con la derrota del comunismo.

Cuando los miembros del equipo de Bush tomaron posesión de sus cargos, el furor por la privatización de los años ochenta y noventa (puesta

en práctica por la administración Clinton y por gobiernos estatales y locales) ya había conseguido vender o subcontratar las grandes empresas públicas de diversos sectores, desde el agua y la electricidad hasta la gestión de las autopistas y la recogida de basuras. Después de inutilizar esos órganos del Estado, lo que quedó era «el núcleo», aquellas funciones tan intrínsecas al concepto de gobierno que la idea de dejarlas en manos de empresas privadas contradecía el significado de ser un Estado-nación: el ejército, la policía, los bomberos, las prisiones, el control de fronteras, los servicios de espionaje, el control de enfermedades, el sistema educativo público y la gestión de las burocracias gubernamentales. No obstante, las primeras fases de la oleada de privatizaciones fueron tan rentables que muchas de las empresas que habían devorado los apéndices del Estado veían estas funciones esenciales como la siguiente fuente de beneficios instantáneos.

A finales de los años noventa se puso en marcha un poderoso movimiento para romper los tabúes que protegían «el núcleo» de la privatización. En muchos aspectos, no fue más que una continuación lógica del *statu quo*. Del mismo modo que los campos petrolíferos de Rusia, las telecomunicaciones de América Latina y la industria de Asia aportaron superbeneficios al mercado de valores en los años noventa, ahora iba a ser el propio gobierno de Estados Unidos el que desempeñase el papel económico protagonista (mucho más decisivo porque la reacción violenta contra la privatización y el libre comercio se estaba extendiendo rápidamente por todo el mundo en vías de desarrollo, eliminando así otras posibilidades de crecimiento).

El movimiento situó la doctrina del *shock* en una nueva fase autorreferencial: hasta ese momento, los desastres y las crisis se habían utilizado para conseguir que se aprobasen planes de privatización radicales después de los acontecimientos, pero las instituciones que tenían el poder de crear y responder a hechos catastróficos -el ejército, la CIA, la Cruz Roja, la ONU, los «grupos especiales» de emergencia- eran algunos de los últimos bastiones del control público. Ahora, con el núcleo a punto de ser devorado, los métodos de explotación de las crisis perfeccionados durante las tres décadas anteriores se utilizarían para apalancar la privatización de la infraestructura de creación del desastre y respuesta al mismo. La teoría de la crisis de Friedman iba a convertirse en posmoderna.

En la vanguardia del movimiento para crear lo que sólo se puede describir como un Estado policial privatizado estaban las figuras más poderosas de la futura administración Bush: Dick Cheney, Donald Rumsfeld y el propio George W. Bush.

Para Rumsfeld, la idea de aplicar la «lógica del libre mercado» al ejército de Estados Unidos era un proyecto que se remontaba a cuatro décadas atrás. Comenzó a principios de los años sesenta, época en la que asistió a diversos seminarios en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. Rumsfeld entabló una conexión especial con Milton Friedman, que convirtió al precoz republicano en su protegido después de que éste fuese elegido para el Congreso a la edad de treinta años, y le ayudó a desarrollar una audaz plataforma de política de libre mercado (además de instruirle sobre teoría económica). Rumsfeld y Friedman mantuvieron el contacto durante varios años; el primero asistió a varios cumpleaños del economista, organizados por el presidente de la Heritage Foundation, Ed Feulner. «Milton tiene algo que me hace sentir más inteligente cuando hablo con él», dijo Rumsfeld sobre su mentor cuando éste cumplió los noventa.<sup>13</sup>

La admiración era mutua. Friedman estaba tan impresionado ante el compromiso de Rumsfeld con los mercados desregularizados que presionó insistentemente a Reagan para que colocase a su pupilo como candidato a la vicepresidencia en las elecciones de 1980 (en lugar de George W. Bush). Y nunca perdonó a Reagan por desoír su consejo. «Creo que Reagan cometió un error cuando eligió a Bush como su candidato a la vicepresidencia», escribió Friedman en sus memorias. «De hecho, la considero la peor decisión no sólo de su campaña, sino también de su presidencia. Mi candidato favorito era Donald Rumsfeld. De haberlo elegido, creo que habría sucedido a Reagan como presidente y la triste etapa Bush-Clinton nunca se habría producido».<sup>14</sup>

Rumsfeld sobrevivió a la no candidatura lanzándose de lleno a su floreciente carrera en el mundo de la empresa. Como director general de la multinacional farmacéutica Searle Pharmaceuticals utilizó sus contactos políticos para asegurarse la controvertida y muy lucrativa aprobación del aspartamo (comercializado como NutraSweet) por parte de la Food and Drug Administration (FDA). Se calcula que Rumsfeld ganó personalmente 12 millones de dólares con el corretaje de la venta de Searle a Monsanto.<sup>15</sup>

Esa venta de alto riesgo situó a Rumsfeld como gran estratega del mundo de la empresa y le hizo ganar puestos en consejos de dirección de compañías tan fiables como Sears y Kellogg's. Mientras tanto, su estatus como antiguo secretario de Defensa le convirtió en un valor seguro para cualquier empresa que formara parte de lo que Eisenhower denominó «el complejo militar industrial». Rumsfeld participó en el consejo del fabricante de aeronaves Gulfstream y cobró 190.000 dólares anuales como miembro del consejo de ASEA Brown Boveri (ABB), el gigante suizo de la ingeniería que se convirtió en protagonista involuntario cuando se reveló que había vendido tecnología nuclear a Corea del Norte (incluyendo la capacidad de producir plutonio). La venta del reactor nuclear se llevó a cabo en 2000, en un momento en que Rumsfeld era el único norteamericano presente en el consejo de ABB. Afirma que no recuerda que la venta del reactor se plantease en el consejo, pero la compañía insiste en que «los miembros del consejo fueron informados del proyecto».<sup>16</sup>

Rumsfeld se estableció como firme capitalista del protodesastre en 1997, cuando fue nombrado presidente del consejo de Gilead Sciences, una compañía de biotecnología. La empresa registró la patente del Tamiflu, un tratamiento para diversos tipos de gripe y el preferido para la gripe aviar.\* Si se produjese una epidemia (o la amenaza de una epidemia) del virus, muy contagioso, los gobiernos se verían obligados a invertir miles de millones de dólares en la compra del tratamiento a Gilead Sciences.

Las patentes de medicamentos y vacunas para tratar emergencias de salud pública siguen siendo un tema controvertido. Estados Unidos lleva varias décadas sin sufrir epidemias, pero cuando la de la polio alcanzó su punto álgido, a mediados de los años cincuenta, la ética del beneficio extraído de la enfermedad fue objeto de un intenso debate. Con casi sesenta mil casos conocidos de polio y muchos padres aterrorizados ante la posibilidad de que sus hijos contrajesen esta enfermedad incapacitante, y a menudo fatal, la búsqueda de una cura fue frenética. Cuando Jonas Salk, científico de la Universidad de Pittsburgh, desarrolló la primera vacuna contra la polio (en 1952), no patentó el tratamiento para salvar vidas. «No hay patente», respondió Salk al periodista Edward R. Murrow. «¿Se puede patentar el sol?»<sup>17</sup>

Podemos decir con seguridad que si fuese posible patentar el sol, Donald Rumsfeld ya habría tramitado la solicitud en la U.S. Patent and Trademark Office hace mucho tiempo. Su antigua compañía, Gilead

Sciences, que también posee las patentes de cuatro tratamientos contra el sida, invierte una gran cantidad de energía intentando bloquear la distribución de sus versiones genéricas más baratas en los países en vías de desarrollo. Estas prácticas la han convertido en el objetivo de los activistas en defensa de la salud pública en Estados Unidos: señalan que algunos de los medicamentos estrella de Gilead se han desarrollado con subvenciones pagadas por los contribuyentes.<sup>18</sup> Gilead, por su parte, considera las epidemias como un mercado creciente y lleva a cabo una agresiva campaña de marketing para animar a empresas y particulares a hacer acopio de Tamiflu, por si acaso. Antes de reaparecer en el gobierno, Rumsfeld estaba tan convencido de su camino hacia una nueva industria que colaboró en la búsqueda de varias fundaciones privadas especializadas en biotecnología y farmacia.<sup>19</sup> Estas empresas confían en un futuro apocalíptico de enfermedades descontroladas en el que los gobiernos se vean obligados a comprar a precio de oro cualquier producto salvavidas patentado por el sector privado.

Dick Cheney, protegido de Rumsfeld en la administración Ford, también posee una fortuna basada en la rentable perspectiva de un futuro sombrío. La diferencia es que si Rumsfeld vio un mercado floreciente en las epidemias, Cheney optó por un futuro de guerras. Como secretario de Defensa durante el gobierno de Bush padre, Cheney recortó el número de tropas activas y aumentó de manera espectacular la participación de contratistas privados. Contrató a Brown and Root, el departamento de ingeniería de la multinacional Halliburton (con sede en Houston), para identificar las tareas realizadas por el ejército estadounidense susceptibles de ser asumidas por el sector privado con fines lucrativos. Como cabría esperar, Halliburton identificó todo tipo de trabajos que podrían ser llevados a cabo por el sector privado. Estos hallazgos desembocaron en un nuevo y osado contrato con el Pentágono: el Logistics Civil Augmentation Program, o LOGCAP. El Pentágono ya era muy conocido por sus transacciones multimillonarias con fabricantes de armas, pero esto era algo nuevo: no se trataba de proveer de equipamiento al ejército, sino de dirigir sus operaciones.<sup>20</sup>

Un selecto grupo de empresas fueron invitadas a solicitar un puesto como proveedoras de «apoyo logístico» ilimitado para las misiones militares de Estados Unidos, una descripción extremadamente vaga de la cuestión. Además, las ganancias estaban garantizadas: la compañía elegida

recibiría garantías de que los costes de su participación serían cubiertos por el Pentágono, más un beneficio garantizado (lo que se conoce como contrato de precio de coste más beneficio). El mandato de Bush padre estaba llegando a su fin, y la empresa que logró el contrato en 1992 no fue otra que Halliburton. Como apuntó T. Christian Miller, de *Los Angeles Times*, Halliburton «derrotó a 66 proponentes para conseguir un contrato de cinco años; nada raro si tenemos en cuenta que fue la empresa que elaboró el plan».

En 1995, con Clinton en la Casa Blanca, Halliburton contrató a Cheney como nuevo director. Si la división Brown & Root de la empresa ya tenía un largo historial como contratista del ejército estadounidense, las intenciones de Halliburton bajo el liderazgo de Cheney consistían en lograr una expansión tan espectacular que transformase la naturaleza de la guerra moderna. Gracias al contrato relajado y de palabra que Halliburton y Cheney acordaron cuando éste estaba en el Pentágono, la empresa pudo expandir el significado del término «apoyo logístico» hasta llegar a ser responsable de toda la infraestructura de una operación militar de Estados Unidos en ultramar. Lo único que se necesitaba del ejército eran los soldados y las armas; en cierto modo, serían el contenido, mientras que Halliburton dirigiría el espectáculo.

El resultado, visto por primera vez en los Balcanes, fue una especie de experiencia McMilitary en la que el despliegue en el extranjero se parecía más a unas vacaciones organizadas, aunque con muchas armas y riesgo. «La primera persona que saluda a nuestros soldados a su llegada a los Balcanes, y la última en despedirse de ellos, es uno de nuestros empleados», explicó un portavoz de Halliburton. Con esta descripción, el personal de la compañía recordaba más a unos directores de cruceros que a los coordinadores de logística militar.<sup>21</sup> Eso era lo que distinguía a Halliburton: Cheney no veía razón alguna por la que la guerra no pudiera ser una próspera parte de la muy rentable economía de los servicios de América (invasión con una sonrisa).

En los Balcanes, donde Clinton desplegó 19.000 soldados, las bases estadounidenses brotaron como miniciudades de Halliburton: barrios ordenados, con barreras, construidos y dirigidos íntegramente por la compañía. Y Halliburton se comprometió a proporcionar a las tropas todas las comodidades del hogar, incluyendo puestos de comida rápida, supermercados, cines y gimnasios con lo último en aparatos.<sup>22</sup> Algunos

oficiales de alto rango se preguntaron qué iba a pasar con la disciplina de la tropa (aunque ellos no renunciaron a los privilegios). «Todo lo relacionado con Halliburton estaba bañado en oro», me explicó uno de ellos, «así que no nos quejamos». En lo que a Halliburton se refiere, mantener satisfecho al cliente era un buen negocio: garantizaba más contratos, y dado que los beneficios se calculaban como un porcentaje de los costes, cuanto más elevados eran éstos, más beneficios. «No hay de qué preocuparse, es precio de coste más beneficio»: esta frase se convirtió en una expresión habitual en la zona verde de Bagdad, aunque la inversión en la guerra de lujo empezó en la era Clinton. Después de sólo cinco años en Halliburton, Cheney llegó casi a duplicar la cantidad de dinero extraída por la compañía al Tesoro estadounidense (de 1.200 millones de dólares a 2.300 millones). La cantidad recibida en préstamos federales y garantías de préstamos se multiplicó por 15.<sup>23</sup> Y Cheney fue ampliamente recompensado por sus esfuerzos. Antes de ocupar el cargo de vicepresidente, Cheney «valoró su patrimonio entre 18 millones y 81,9 millones de dólares, incluyendo entre 6 y 30 millones en acciones de Halliburton [...] En total, Cheney recibió alrededor de 1.260.000 acciones de Halliburton: 100.000 ya utilizadas, 760.000 listas para ser canjeadas y 166.667 que serían válidas a partir de diciembre [de 2000] ».<sup>24</sup>

El interés por expandir la economía de los servicios hasta el mismo centro del gobierno era para Cheney un asunto familiar. A finales de los años noventa, mientras trabajaba en la conversión de las bases militares en barrios de Halliburton, su mujer, Lynne, ganaba opciones de compra de acciones además de su sueldo como miembro del consejo de Lockheed Martin, el mayor contratista de defensa del mundo. El período que Lynne estuvo en el consejo, entre 1995 y 2001, coincidió con un momento clave de transición para empresas como Lockheed.<sup>25</sup> La Guerra Fría había terminado, el gasto en defensa estaba bajando y, teniendo en cuenta que casi todo su presupuesto procedía de contratistas de armas, esas empresas necesitaban un nuevo modelo. Lockheed y sus colegas fabricantes de armas recurrieron a una estrategia agresiva para poner en práctica una nueva línea de trabajo: manejar el gobierno a cambio de honorarios.

A mediados de los años noventa, Lockheed empezó a encargarse de los departamentos de tecnología de la información del gobierno estadounidense, es decir, a dirigir los sistemas informáticos y gran parte de la gestión de datos. Bajo el radar público, la empresa llegó tan lejos en esta

dirección que en 2004 se publicó la siguiente información en *The New York Times*: «Lockheed Martin no dirige los Estados Unidos, pero contribuye a dirigir una grandísima parte. [...] Clasifica su correo y calcula sus impuestos. Gira los cheques de la seguridad social y elabora el censo del país. Organiza los vuelos espaciales y controla el tráfico aéreo. Para lograr todo esto, Lockheed elabora más códigos informáticos que Microsoft».<sup>26</sup>

Marido y mujer formaban un poderoso equipo. Mientras Dick guiaba a Halliburton para tomar el control de las infraestructuras de guerra en el extranjero, Lynne ayudaba a Lockheed a hacerse con el gobierno diario desde casa. En ocasiones llegaron a ser competidores directos. En 1996, cuando el estado de Texas anunció que las empresas podían ofertar sus propuestas para dirigir su programa de bienestar social (un contrato de hasta 2.000 millones de dólares en cinco años), tanto Lockheed como Electronic Data Systems, el gigante de la tecnología de la información, intentaron hacerse con el contrato. Al final, la administración Clinton intervino y puso fin a la subasta. Aunque el gobierno apoyaba con entusiasmo las subcontratas, decidir quién reunía las condiciones para recibir ayuda social tenía que ser una tarea esencial del gobierno, no apta para la privatización. Tanto Lockheed como EDS pusieron el grito en el cielo, igual que el gobernador de Texas, George W. Bush, que creía que la privatización del sistema de bienestar social era una buenísima idea.<sup>27</sup>

George W. Bush no destacó como gobernador en muchos aspectos, pero en uno se llevó la palma: cuando repartió entre intereses privados las diferentes funciones del gobierno para el que había sido elegido (en especial las relacionadas con la seguridad, un ensayo de la guerra privatizada contra el terror que no tardaría en desatar). Bajo su custodia, la cifra de cárceles privadas en Texas pasó de 26 a 42, hecho que llevó a la revista *The American Prospect* a describir la Texas de Bush como «capital mundial del negocio de las cárceles privadas». En 1997, el FBI comenzó una investigación en la prisión del condado de Brazoria, a casi 65 kilómetros de Houston, a raíz de que una emisora local de televisión mostrase un vídeo de unos guardias golpeando en las ingles a reclusos que no oponían resistencia, disparándoles con pistolas paralizantes y atacándoles con perros. Uno de los violentos celadores aparecía con el uniforme de Capital Correctional Resources, una empresa privada contratada para seleccionar a los guardias de la prisión.<sup>28</sup>



El entusiasmo de Bush por las privatizaciones no se alteró lo más mínimo con el incidente de Brazoria. Unas semanas más tarde protagonizó lo que pareció un acto de adoración hacia José Pinera, el ministro chileno que privatizó la seguridad social durante la dictadura de Pinochet. Así describió Pinera el encuentro: «Por su concentración en el tema, su lenguaje corporal [y] sus acertadas preguntas, me di cuenta inmediatamente de que el señor Bush había entendido por completo la esencia de mi idea: que la reforma de la seguridad social podía servir tanto para proporcionar una jubilación decente como para crear un mundo de trabajadores capitalistas, una sociedad de propietarios. [...] Se mostró tan entusiasmado que al final me susurró al oído, con una sonrisa: "Vaya a explicarle todo esto a mi hermano pequeño, que está en Florida. A él también le entusiasmará"». <sup>29</sup>

El empeño del futuro presidente en vender el estado al mejor postor, junto con el liderazgo de Cheney en las subcontratas del ejército y el papel de Rumsfeld en las patentes de medicamentos que podrían evitar epidemias, proporcionó una vista previa del tipo de Estado que los tres hombres iban a construir, y era una visión de un gobierno totalmente hueco. Aunque este programa radical no fue el tema central de la campaña de Bush a la presidencia, en 2000, ya apuntó pistas sobre lo que tenía en la reserva: «Existen cientos de miles de empleados federales a jornada completa cuyas tareas podrían desempeñarlas empresas del sector privado», dijo Bush en un discurso de campaña. «Sacaré la mayoría de esas tareas a licitación. Si el sector privado puede hacer mejor el trabajo, el sector privado debería conseguir el contrato». <sup>30</sup>

## ***EL 11 DE SEPTIEMBRE Y EL REGRESO DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA***

Cuando Bush y su gabinete ocuparon sus puestos, en enero de 2001, la necesidad de nuevas fuentes de crecimiento por parte de las grandes empresas norteamericanas cobró mayor urgencia si cabe. Una vez explotada oficialmente la burbuja tecnológica, y con una caída del Dow Jones de 824 puntos en los dos meses y medio posteriores al comienzo del mandato, se

encontraron ante una grave desaceleración económica. Keynes había argumentado que los gobiernos debían esforzarse en salir de las recesiones y proporcionar estímulo económico con obras públicas. La solución de Bush consistió en deconstruir el propio gobierno: cortar el tesoro público en grandes trozos y dárselos a las empresas americanas en forma de recortes de impuestos por un lado, y de lucrativos contratos por el otro. El ideólogo Mitch Daniels, director de presupuestos de Bush, afirmó: «La idea general - que la ocupación del gobierno no es proporcionar servicios, sino asegurarse de que sean proporcionados- me parece obvia».<sup>31</sup> Esta afirmación incluía la respuesta a los desastres. Joseph Allbaugh, contribuyente del Partido Republicano al que Bush colocó al frente de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA) -organismo responsable de gestionar las catástrofes, incluidos los ataques terroristas- describió su nuevo puesto de trabajo como «un gigantesco programa de ayuda social».<sup>32</sup>

Y entonces llegó el 11 de septiembre. De repente, el hecho de tener un gobierno cuya misión principal era la autoinmolación dejó de parecer una buena idea. Con la población aterrorizada, necesitada de protección por parte de una administración fuerte y sólida, los ataques podrían haber puesto fin al proyecto de Bush de vaciar el gobierno, tal y como había empezado a hacer.

Por un momento, incluso pareció que iba a ocurrir así. «El 11 de septiembre lo ha cambiado todo», afirmó Ed Feulner, viejo amigo de Milton Friedman y presidente de la Heritage Foundation, diez días después de los ataques. Fue uno de los primeros en pronunciar la fatídica frase. Muchos asumieron de manera natural que parte de ese cambio consistiría en una revisión del radical programa anti-Estado defendido por Feulner y sus aliados ideológicos durante tres décadas, dentro y fuera del país. Después de todo, la naturaleza de los fallos de seguridad del 11 de septiembre expuso los resultados de más de veinte años de eliminación progresiva del sector público y de subcontratación de las funciones del gobierno a empresas con ánimo de lucro. Del mismo modo que el desastre de Nueva Orleans reveló el mal estado de las infraestructuras públicas, los ataques dejaron a la vista un Estado peligrosamente débil: las comunicaciones por radio de la policía y los bomberos de Nueva York fallaron en plena operación de rescate, los controladores aéreos no detectaron a tiempo los aviones fuera de ruta, y los terroristas pasaron los controles de seguridad de

los aeropuertos vigilados por trabajadores contratados (algunos de los cuales ganaban menos que los empleados de la cafetería).<sup>33</sup>

La primera gran victoria de la contrarrevolución friedmanita en Estados Unidos fue el enfrentamiento de Ronald Reagan con el sindicato de los controladores aéreos y la liberalización de las líneas aéreas. Veinte años más tarde, todo el sistema del tráfico aéreo se había privatizado, con recortes de plantilla incluidos. La inmensa mayoría de las tareas de seguridad pasó a estar en manos de contratistas mal pagados, faltos de formación y no sindicados. Después de los ataques, el inspector general del Departamento de Transportes testificó que las líneas aéreas, responsables de la seguridad de los vuelos, habían escatimado gastos para mantener los costes al mínimo. Las «contrapresiones, a su vez, se manifestaron como debilidades importantes de la seguridad», explicó a la Comisión del 11-S convocada por Bush. Un veterano oficial de seguridad de la Federal Aviation Authority que testificó ante la comisión aseguró que el tratamiento de la seguridad por parte de las líneas aéreas consistía en «desacreditar, negar y dar largas».<sup>34</sup>

El 10 de septiembre, a nadie parecía importarle siempre, y cuando los vuelos fuesen baratos y numerosos. Sin embargo, el 12 de septiembre parecía una imprudencia recurrir a trabajadores contratados a 6 dólares la hora para hacerse cargo de la seguridad de un aeropuerto. En octubre se recibieron sobres con un polvo blanco en despachos de juristas y periodistas, y se desató el pánico sobre la posibilidad de un gran ataque con ántrax. Una vez más, las privatizaciones de los años noventa parecían muy distintas en las nuevas circunstancias: ¿por qué un laboratorio privado tenía el derecho exclusivo a producir la vacuna contra el ántrax? ¿Había renunciado el gobierno federal a su responsabilidad de proteger a la población de una gran emergencia de salud? No sirvió de ayuda que Bioport, el laboratorio privado en cuestión, no hubiese superado una serie de inspecciones y que la FDA ni siquiera le hubiese autorizado a distribuir las vacunas en aquel momento.<sup>35</sup> Además, si era cierto (como afirmaban los medios) que el ántrax, la viruela y otros agentes mortales se podían expandir a través del correo, la distribución de alimentos o el agua, ¿realmente era una buena idea seguir adelante con los planes de Bush de privatizar correos? ¿Y qué pasaría con todos los inspectores de alimentos y aguas que habían sido despedidos? ¿Podrían recuperarlos?

La reacción negativa contra el consenso pro empresa empeoró ante nuevos escándalos como el de Enron. Tres meses después de los ataques del 11-S, Enron se declaró en bancarrota. Miles de personas perdieron sus fondos de pensiones, mientras que los ejecutivos aprovecharon sus conocimientos para forrarse. La crisis contribuyó al desplome de la fe en la capacidad de la empresa privada para desempeñar servicios esenciales, sobre todo cuando se supo de la manipulación de los precios de la energía y los consiguientes apagones masivos en California, unos meses antes. A sus noventa años, Milton Friedman estaba tan preocupado de que la tendencia retrocediese hacia el keynesianismo que lamentó que «los ejecutivos se están presentando al público como ciudadanos de segunda clase».<sup>36</sup>

Mientras los directores generales caían de sus pedestales, los trabajadores sindicados del sector público -los «malos» de la contrarrevolución de Friedman- se ganaron rápidamente el aprecio de la población. Dos meses después de los ataques, la confianza en el gobierno era la más alta desde 1968; y eso, subrayó Bush ante un nutrido grupo de empleados federales, «es gracias a vuestro trabajo».<sup>37</sup> Los héroes indiscutibles del 11 de septiembre fueron los primeros trabajadores en responder: bomberos, policías y personal de salvamento de Nueva York, 403 de los cuales perdieron la vida mientras intentaban evacuar las torres y ayudar a las víctimas. De repente, América estaba enamorada de sus hombres y mujeres vestidos de uniforme, y los políticos -que sí fueron muy rápidos para mostrarse en público con gorras del NYPD y el FDNY- tuvieron que esforzarse por ir a la par con la nueva situación.

Cuando Bush apareció con los bomberos y el personal de salvamento en la zona cero, el 14 de septiembre (en lo que sus consejeros denominan «el momento megáfono»), abrazó a algunos de los funcionarios sindicados que el movimiento conservador moderno se había propuesto eliminar. Por supuesto, tenía que hacerlo (hasta el mismísimo Dick Cheney tuvo que ponerse un casco de protección), pero no de forma tan convincente. Gracias a la combinación de auténtico sentimiento por parte de Bush y el deseo de la población de un líder a la altura de las circunstancias, los discursos de aquellos días fueron los más conmovedores de toda la carrera política de Bush.

Durante las semanas posteriores a los ataques, el presidente realizó un gran *tour* por el sector público: colegios, estaciones de bomberos, monumentos conmemorativos, los Centros para el Control y la Prevención

de Enfermedades... Abrazó y agradeció a los funcionarios su aportación y su patriotismo sincero. «Tenemos nuevos héroes», declaró en un discurso en el que elogió no sólo a los servicios de emergencia, sino también a profesores, empleados de correos y trabajadores sanitarios.<sup>38</sup> En estos actos, Bush trató el trabajo realizado en beneficio público con un grado de respecto y dignidad que no se veía en Estados Unidos desde hacía cuatro décadas. De repente, los recortes presupuestarios ya no estaban en la agenda. El presidente anunció en todos los discursos un nuevo y ambicioso programa para el sector público.

«La doble demanda de una economía decreciente y una nueva guerra urgente contra el terrorismo ha transformado el fondo filosófico de la agenda del presidente Bush», declararon John Harris y Dana Milbank en el *Washington Post* once días después de los ataques. «El hombre que llegó al poder ofreciéndose como descendiente ideológico de Ronald Reagan se revela, nueve meses después, más próximo a un heredero de Franklin D. Roosevelt.» Además, añadieron que «Bush está trabajando en un gran programa de estímulo económico para evitar la recesión. Ha dicho que una economía débil necesita su principal impulso del gobierno con una gran inyección de dinero, un precepto básico de la economía keynesiana y del New Deal de Roosevelt».<sup>39</sup>

### *Un New Deal para la empresa*

Declaraciones públicas y fotos aparte, Bush y su círculo íntimo no tenían intención de convertirse al keynesianismo. Lejos de hacer zozobrar su determinación de debilitar la esfera pública, los fallos de seguridad del 11-S reafirmaron sus creencias ideológicas más profundas (y egoístas): que sólo las empresas privadas podían ofrecer la inteligencia y la innovación necesarias para afrontar el nuevo reto de la seguridad. Aunque era cierto que la Casa Blanca estaba a punto de invertir una enorme cantidad de dinero de los contribuyentes para estimular la economía, estaba claro que no se iba a seguir el modelo de Roosevelt. El New Deal de Bush sería exclusivamente con empresas estadounidenses y consistiría en una

transferencia de miles de millones de dólares públicos a manos privadas. Adoptaría la forma de contratos, muchas de ellas ofrecidas en secreto, sin competencia y sin apenas supervisión, hasta formar una próspera red de industrias: tecnología, medios de comunicación, comunicaciones, prisiones, ingeniería, educación y salud.\*

En retrospectiva, lo que ocurrió en los días de desorientación posteriores a los ataques fue una forma doméstica de terapia de *shock* económico. El equipo de Bush, Friedman hasta la médula, actuó con rapidez para explotar el *shock* que se apoderó de la nación y conseguir imponer su visión radical de un gobierno hueco en el que todo, desde la guerra hasta la respuesta al desastre, fuese un negocio rentable.

Fue una audaz evolución de la terapia de *shock*. En lugar del enfoque de los años noventa (vender las empresas públicas), el equipo de Bush creó toda una estructura nueva -la guerra contra el terror-, pensada para ser privativa desde el principio. Esta hazaña requería dos fases. En primer lugar, la Casa Blanca utilizó la omnipresente sensación de peligro posterior al 11-S para aumentar drásticamente los poderes policiales, de vigilancia, detención y ataques bélicos del ejecutivo (una toma del poder que el historiador militar Andrew Bacevich calificó como «golpe sucesivo»)<sup>40</sup>. A continuación, esas funciones de seguridad, invasión, ocupación y reconstrucción, perfectamente definidas y financiadas, se subcontrataron y pasaron al sector privado.

Aunque se transmitió a la población que el objetivo era luchar contra el terrorismo, el efecto fue la creación del complejo del capitalismo del desastre: una nueva economía de seguridad nacional, guerra privatizada y reconstrucción de desastres cuyas tareas consistían nada menos que en crear y dirigir un Estado de seguridad privatizada, dentro y fuera del país. El estímulo económico de esta iniciativa general bastó para compensar las deficiencias provocadas por la globalización y el «boom puntocom». Del mismo modo que Internet desató la burbuja puntocom, el 11S provocó la burbuja del capitalismo del desastre. «Cuando la industria TI frenó el ritmo, después de la burbuja, ¿adivina quién tenía todo el dinero? El gobierno», explicó Roger Novak, de Novak Biddle Venture Partners, una firma capitalista que invierte en empresas de seguridad nacionales. Novak afirma ahora que «todos los fondos están viendo la gravedad de la crisis y se preguntan cómo pueden conseguir un trocito del pastel».<sup>41</sup>

Fue el apogeo de la contrarrevolución iniciada por Friedman. Durante décadas, el mercado se había estado alimentando de los apéndices del Estado; ahora se disponía a devorar el núcleo.

Por extraño que parezca, la herramienta ideológica más eficaz en este proceso fue la afirmación de que la ideología económica ya no era una motivación primordial para la política exterior o nacional de Estados Unidos. El mantra «el 11 de septiembre lo ha cambiado todo» ocultaba muy a las claras que, para los ideólogos del libre mercado y las empresas cuyos intereses servían, lo único que había cambiado era la facilidad con la que podían aplicar sus ambiciosos programas. Ahora, en lugar de someter las nuevas políticas a un polémico debate público en el Congreso o a un amargo conflicto con los sindicatos del sector público, la Casa Blanca de Bush podía utilizar el apoyo patriótico con el que contaba y la aprobación de la prensa para dejar de hablar y empezar a actuar. Como observó el *New York Times* en febrero de 2007, «sin un debate público o una decisión política formal, los contratistas se han convertido virtualmente en la cuarta rama del gobierno».<sup>42</sup>

En lugar de afrontar el reto de la seguridad planteado por el 11 de septiembre con un plan exhaustivo para tapar los agujeros de las infraestructuras públicas, el equipo de Bush ideó un nuevo papel para el gobierno, uno en el que la tarea del Estado no iba a consistir en procurar seguridad, sino en comprarla a precio de mercado. Así, en noviembre de 2001, sólo dos meses después de los ataques, el Departamento de Defensa reunió lo que describió como «un pequeño grupo de asesores capitalistas de riesgo» con experiencia en el sector puntocom. La misión consistía en identificar «las nuevas soluciones tecnológicas que participan en los esfuerzos de Estados Unidos en la guerra global contra el terrorismo». A principios de 2006, este intercambio informal se convirtió en un arma oficial del Pentágono: la Defense Venture Catalyst Initiative (DeVenCI), una «oficina plenamente operativa» que pasa información sobre seguridad a capitalistas de riesgo con conexiones políticas (quienes, a su vez, examinan a fondo el sector privado en busca de empresas de nueva creación capaces de producir sistemas de vigilancia y productos relacionados). «Somos un motor de búsqueda», explica Bob Pohanka, director de DeVenCI.<sup>43</sup> Según la visión de Bush, el papel del gobierno consiste simplemente en conseguir

el dinero necesario para lanzar el nuevo mercado de guerra y animar a la industria a seguir innovando. En otras palabras, los políticos crean la demanda y el sector privado proporciona todo tipo de soluciones: una próspera economía de seguridad nacional y guerra del siglo XXI totalmente financiada por los contribuyentes.

El Departamento de Seguridad Nacional, una nueva arma del Estado creada por el régimen de Bush, es la expresión más clara de este modo de gobierno totalmente dependiente de subcontratas. Como explicó Jane Alexander, subdirectora de la sección de investigación del Departamento de Seguridad Nacional, «nosotros no hacemos las cosas. Si no viene de la industria, no vamos a ser capaces de conseguirlo».<sup>44</sup>

Otra nueva arma es la Counterintelligence Field Activity (CIFA), una nueva agencia de inteligencia creada por Rumsfeld e independiente de la CIA. Esta agencia de espionaje paralela destina el 70% de su presupuesto a contratistas privados. Igual que el Departamento de Seguridad Nacional, se creó a modo de armazón hueco. Como explicó Ken Minihan, antiguo director de la Agencia de Seguridad Nacional, «la seguridad del país es demasiado importante para quedar en manos del gobierno». Minihan, como cientos de empleados de la administración Bush, ya ha dejado su puesto en el gobierno para trabajar en la próspera industria de la seguridad nacional (en cuya creación él colaboró en su papel de espía).<sup>45</sup>

Todos los aspectos de la definición de los parámetros de la guerra contra el terror por parte de la administración Bush han servido para maximizar su rentabilidad y sostenibilidad como mercado (desde la definición del enemigo hasta las normas de los enfrentamientos o la escala creciente de la batalla). El documento publicado por el Departamento de Seguridad Nacional declara: «Hoy, los terroristas pueden atacar en cualquier lugar, en cualquier momento y con cualquier arma», cosa que significa -cómo no- que los servicios de seguridad necesarios deben ofrecer protección contra todos los riesgos imaginables, en todos los lugares posibles y en todo momento. Y no es necesario demostrar que una amenaza es real para aplicar una respuesta a gran escala; no con la famosa «doctrina del 1%» de Cheney, que justificó la invasión de Irak sobre la base de que si existe un 1% de posibilidades de que algo sea una amenaza, requiere una respuesta de Estados Unidos como si la amenaza fuese cierta en un 100%. Esta lógica es todo un regalo para los fabricantes de instrumentos de detección: por ejemplo, dado que podemos imaginar un ataque de viruela, el



Departamento de Seguridad Nacional ha entregado 500 millones de dólares a empresas privadas para que desarrollen e instalen equipos de detección contra esa amenaza no demostrada.<sup>46</sup>

A pesar de los diferentes cambios de nombre -guerra contra el terror, guerra contra el islamismo radical, guerra contra el fascismo islamista, tercera guerra mundial, guerra larga, guerra generacional-, la forma básica del conflicto sigue siendo la misma. No está limitado por el tiempo, ni por el espacio, ni por el objetivo. Desde una perspectiva militar, estas características dispersas e indefinidas hacen de la guerra contra el terror una propuesta inalcanzable. En cambio, desde la perspectiva económica se trata de un objetivo inmejorable: no es una guerra pasajera con perspectivas de victoria, sino un mecanismo nuevo y permanente de la arquitectura económica global.

Éste fue el prospecto empresarial que la administración Bush presentó a las compañías estadounidenses después del 11 de septiembre. La fuente de ingresos fue un aporte aparentemente interminable de dinero público canalizado desde el Pentágono (270.000 millones de dólares al año para contratistas privados, un aumento de 137.000 millones de dólares desde la toma del poder por parte de Bush), las agencias de inteligencia (42.000 millones de dólares al año para los contratistas, más del doble que en 1995) y la última incorporación, el Departamento de Seguridad Nacional. Entre el 11 de septiembre de 2001 y el de 2006, dicho organismo entregó 130.000 millones de dólares a contratistas privados (dinero que no estaba presente en la economía hasta ese momento y que superaba el producto interior bruto de Chile o de la República Checa). En 2003, la administración Bush invirtió 327.000 millones de dólares en contratos con empresas privadas (casi 40 centavos de cada dólar).<sup>47</sup>

En un período sorprendentemente breve, los barrios que rodean Washington, D.C. se llenaron de edificios grises pertenecientes a empresas «incubadora» y «de nueva creación» que improvisaron operaciones en las que el dinero entraba antes de que se terminase la instalación de los muebles (como ocurrió en Silicon Valley a finales de los años noventa). La administración Bush, mientras tanto, desempeñó el papel de financista de riesgo de aquella misma época. Si en la década de 1990 el objetivo consistía en desarrollar la aplicación asesina, lo «más nuevo de lo nuevo», y venderlo a Microsoft o a Oracle, ahora se trataba de concebir una nueva tecnología de «búsqueda y captura» de terroristas y venderla al Departamento de

Seguridad Nacional o al Pentágono. Esta es la razón de que, además de las empresas de nueva creación y los fondos de inversión, la industria del desastre diese lugar a un ejército de nuevas empresas de presión que prometían conectar nuevas compañías con las personas adecuadas en Capitol Hill (en 2001 existían dos firmas de presión sobre seguridad de este tipo; a mediados de 2006 ya eran 543). «Me dedico al capital privado desde principios de los años noventa», explicó Michael Steed, director de la empresa de seguridad Paladin, para *Wired*, «y nunca había visto un ritmo de inversiones tan constante».<sup>48</sup>

### *Un mercado para el terrorismo*

Como la burbuja puntocom, la burbuja del desastre se está inflando de manera *ad hoc* y caótica. Uno de los primeros grandes éxitos de la industria de la seguridad nacional fueron las cámaras de vigilancia: en Gran Bretaña se han instalado 4,2 millones, una por cada 14 personas; en Estados Unidos, 30 millones de cámaras graban alrededor de 4.000 millones de horas de película al año. Esto ha planteado un problema: ¿quién va a ver 4.000 millones de horas de grabaciones? Así nació un nuevo mercado de «*software* analítico» que revisa las cintas y crea comparaciones con imágenes ya archivadas (la interconexión de varios sistemas de seguridad es la fuente de algunos de los contratos más lucrativos, como los 9.000 millones de dólares de la fuerza aérea para un consorcio de empresas que incluye a Booz Alien Hamilton, una de las firmas de asesoría en estrategia más veteranas, y algunos de los contratistas de defensa más importantes).<sup>49</sup>

Esta solución dio lugar a otro problema, ya que el *software* de identificación facial sólo puede distinguir correctamente los documentos de identidad si las personas posan de frente y centradas ante las cámaras, cosa que rara vez ocurre. Así, se creó otro mercado para mejorar las imágenes digitales. Salient Sills, una empresa que vende *software* para aislar y mejorar imágenes de vídeo, empezó ofreciendo su tecnología a empresas de comunicación, pero descubrió que resultaba más rentable equipar al FBI y otras agencias de seguridad.<sup>50</sup> Con tantas alternativas de vigilancia -

registros de llamadas, escuchas telefónicas, registros de contabilidad, correo, cámaras, Internet-, el gobierno está desbordado ante la abundancia de información, situación que ha abierto otro gran mercado en el control y la recopilación de datos. Además, se ha creado un *software* que afirma ser capaz de «conectar los puntos» en este océano de palabras y números y localizar las actividades sospechosas.

En los años noventa, las compañías de tecnología pregonaron con insistencia las maravillas del mundo sin fronteras y el poder de la tecnología de la información para derrocar regímenes autoritarios y derribar muros. Hoy, inmersos en el complejo del capitalismo del desastre, las herramientas de la revolución de la información han pasado a servir al objetivo contrario. En ese proceso, los teléfonos móviles y la navegación por la Red se han convertido en poderosas herramientas de vigilancia estatal masiva por parte de regímenes cada vez más autoritarios con la plena colaboración de compañías telefónicas privadas y motores de búsqueda (ya sea Yahoo colaborando con el gobierno chino para localizar a disidentes o ATT ayudando a la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense a grabar las conversaciones de sus clientes sin un permiso judicial, una práctica que la administración Bush asegura haber suspendido). La desaparición de las fronteras, el gran símbolo y promesa de la globalización, se ha sustituido por la próspera industria del control de fronteras (desde las lecturas ópticas y los documentos de identidad biométricos hasta la valla tecnológica que separa México y Estados Unidos, que costó 2.500 millones, los cuales han ido a parar a Boeing y un consorcio de empresas).<sup>51</sup>

En el salto de una burbuja a otra por parte de las firmas dedicadas a la alta tecnología, el resultado ha sido una extraña fusión de culturas de la seguridad y el comercio.

Muchas de las tecnologías que se aplican en la actualidad en la guerra contra el terror -identificación biométrica, videovigilancia, rastreo en la Red, recopilación de datos-, vendidas por empresas como Verint Systems, Seisint, Accenture y ChoicePoint, se desarrollaron en el sector privado antes del 11 de septiembre para crear perfiles detallados de los clientes y abrir nuevas perspectivas para el micromarketing. Además, prometían reducir el número de empleados en supermercados y centros comerciales porque los documentos de identidad biométricos, combinados con las tarjetas de crédito, eliminarían la necesidad de pasar por caja. Cuando el malestar generalizado ante estas tecnologías de Gran Hermano detuvo el avance de

muchas de estas iniciativas, las empresas comercializadoras y los proveedores se desanimaron. El 11 de septiembre acabó con este callejón sin salida: de repente, el miedo al terrorismo era mayor que el miedo a vivir en una sociedad vigilada. Así, la misma información extraída de las tarjetas de crédito o de las tarjetas de «fidelidad» se puede vender no sólo a una agencia de viajes o a Gap a modo de datos de marketing, sino también al FBI como datos de seguridad. Y todo ello abanderando un «sospechoso» interés por los teléfonos móviles «de pago por uso» y los viajes a Oriente Medio.<sup>52</sup>

Como explicaba un espléndido artículo publicado en la revista de negocios *Red Herring*, uno de estos programas «busca terroristas averiguando si un nombre deletreado de todas las maneras posibles coincide con algún nombre de los que figuran en la base de datos de seguridad. Pongamos el ejemplo de Mohamed. El *software* contiene cientos de maneras de escribir el nombre y es capaz de buscar terabytes de datos en un segundo».<sup>55</sup> Impresionante, a menos que capturen al Mohamed equivocado, cosa a la que están muy acostumbrados en Irak, Afganistán o los barrios periféricos de Toronto.

Este potencial para el error es lo que hace que la incompetencia y la avaricia que se han convertido en el sello de la administración Bush, desde Irak a Nueva Orleans, resulten espantosas. Un documento de identidad falso surgido de cualquiera de estos tanteos electrónicos del terreno es suficiente para que un padre de familia apolítico con algún parecido a alguien cuyo nombre es similar al suyo (al menos para alguien sin conocimientos de árabe o de la cultura musulmana) sea señalado como un terrorista potencial. Y el proceso de incluir nombres y organizaciones en listas de vigilancia también está ya en manos de empresas privadas, igual que los programas para cruzar los nombres de los viajeros con los que forman el banco de datos. En junio de 2007 había medio millón de nombres en una lista de posibles terroristas en el Centro Nacional de Contraterrorismo. Otro programa, el sistema de focalización automatizada (ATS), hecho público en noviembre de 2006, ya ha asignado una clasificación de «valoración del riesgo» a decenas de millones de viajeros que pasan por Estados Unidos. La clasificación, que nunca se muestra a los pasajeros, se basa en patrones de sospecha revelados a través de recopilación de datos comerciales (por ejemplo, información proporcionada por líneas aéreas sobre «la historia del pasajero: compra de billete de ida, preferencias sobre el asiento, consultas

frecuentes de folletos, número de bultos que forman su equipaje, cómo paga los billetes e incluso qué pide para comer».<sup>54</sup> Los incidentes sobre un supuesto comportamiento sospechoso se anotan para generar la clasificación de riesgo de cada pasajero.

Cualquiera puede recibir la prohibición de volar, una denegación de un visado de entrada a Estados Unidos o incluso ser arrestado y calificado de «combatiente enemigo»: basta una prueba conseguida con estas cuestionables tecnologías, una imagen borrosa obtenida a través del *software* de identificación facial, un nombre mal escrito o un fragmento de una conversación mal interpretado. Si los «combatientes enemigos» no son ciudadanos de Estados Unidos, probablemente nunca sabrán de qué se les acusa, ya que la administración Bush les despoja del *habeas corpus*, el derecho a presentar pruebas en un tribunal, a un juicio justo y a una defensa satisfactoria.

Si el sospechoso es trasladado a Guantánamo, es muy posible que termine en la nueva prisión de máxima seguridad para 200 presos construida por Halliburton. Si es víctima del programa de «rendición extraordinaria» de la CIA, secuestrado en una calle de Milán o mientras cambia de avión en un aeropuerto norteamericano, y trasladado rápidamente a uno de los llamados «*black sites*» en algún punto del archipiélago de prisiones secretas de la CIA, el prisionero encapuchado probablemente volará en un Boeing 737, diseñado *como jet* de lujo pero adaptado para este uso. Según *The New Yorker*, Boeing actúa como «la agencia de viajes de la CIA»: ha «tapado» planes de vuelo para 1.245 viajes de rendición, ha organizado al personal de tierra e incluso ha reservado hoteles. Un informe de la policía española afirma que el trabajo corrió a cargo de Jeppesen International Trip Planning, filial de Boeing en San José. En mayo de 2007, la Unión Americana de Libertades Civiles presentó una demanda contra la filial de Boeing. La empresa se ha negado a confirmar o desmentir las acusaciones.<sup>55</sup>

Cuando los prisioneros llegan a su destino, se enfrentan a los interrogadores (algunos no están contratados por la CIA o por el ejército, sino por contratistas privados). Según Bill Golden, director de *IntelligenceCareers.com*, «más de la mitad de los expertos cualificados en contrainteligencia trabajan para contratistas».<sup>56</sup> Para que esos interrogadores sigan consiguiendo contratos lucrativos, deben obtener de los prisioneros el tipo de «inteligencia actuable» que buscan los jefes de

Washington. Son blancos fáciles del abuso: del mismo modo que los prisioneros torturados dirán casi cualquier cosa para acabar con el dolor, los contratistas cuentan con un poderoso incentivo económico para utilizar las técnicas que consideren necesarias a fin de obtener la información deseada con independencia de su fiabilidad. Parte de la razón por la que la administración Bush ha recurrido con tanta insistencia a contratistas privados de inteligencia para trabajar en nuevos organismos, como la reservada Oficina de Planes Especiales de Rumsfeld, es que se muestran mucho más dispuestos a manipular la información en función de los objetivos políticos del gobierno (al fin y al cabo, su próximo contrato depende de ello).

Y no olvidemos la versión de tecnología básica de esta aplicación de «soluciones» de mercado a la guerra contra el terror: la disposición a pagar a buen precio cualquier información sobre supuestos terroristas. Durante la invasión de Afganistán, los agentes de la inteligencia de Estados Unidos hicieron público que pagarían entre 3.000 y 25.000 dólares a quienes entregasen milicianos de Al Qaeda o talibanes. «Conseguid riqueza y poder más allá de vuestros sueños», rezaba un folleto que los estadounidenses repartieron en Afganistán (y que presentó como prueba en un tribunal federal de Estados Unidos, en 2002, la defensa de varios prisioneros de Guantánamo). «Puede recibir millones de dólares ayudando a las fuerzas antitalibán. [...] Es dinero suficiente para cuidar de su familia, su pueblo o su tribu durante el resto de su vida».<sup>57</sup>

Muy pronto, las celdas de Bagram y Guantánamo pasaron a estar abarrotadas de cabreros, taxistas, cocineros y tenderos, todos letalmente peligrosos según los hombres que los habían denunciado a cambio de una recompensa.

«¿Tiene alguna teoría sobre la razón por la que el gobierno y la gente de la inteligencia pakistaní querrían venderle y entregarle a los americanos?», preguntó un miembro de un tribunal militar a un prisionero egipcio en Guantánamo.

En la transcripción desclasificada, el prisionero se muestra incrédulo.

-Vamos, hombre -responde-, usted sabe lo que pasa. En Pakistán se puede comprar personas por 10 dólares. ¿Qué pasa si le dan 5.000?.

-Entonces, ¿le vendieron? -pregunta el miembro del tribunal como si nunca se le hubiese ocurrido.

-Sí.

Según las cifras que maneja el Pentágono, el 86% de los prisioneros de Guantánamo fueron entregados por combatientes o agentes afganos y pakistaníes después de anunciar las gratificaciones. En diciembre de 2006, el Pentágono había liberado a 360 prisioneros de Guantánamo. Associated Press logró encontrar a 245, de los cuales 205 estaban libres de cargos cuando regresaron a sus países natales.<sup>58</sup> El asunto deja en muy mal lugar a la calidad de la inteligencia practicada siguiendo el enfoque de libre mercado aplicado por la administración para la identificación de terroristas.

En sólo unos años, la industria de la seguridad nacional, que apenas existía antes del 11-S, ha alcanzado una dimensión que hoy supera notablemente al negocio de Hollywood o al de la música.<sup>59</sup> Sin embargo, lo más sorprendente es lo poco que se analiza y se discute el *boom* de la seguridad como economía, como una convergencia sin precedentes de poderes policiales sin obstáculos y capitalismo sin obstáculos, una fusión entre el centro comercial y la cárcel secreta. Cuando la información sobre quién es o no una amenaza para la seguridad se convierte en un producto que puede venderse tan fácilmente como la información sobre quién compra los libros de Harry Potter en Amazon, quién ha realizado un crucero por el Caribe o quién podría reservar uno en Alaska, los valores de la cultura cambian. No sólo se crea un incentivo para el espionaje, la tortura y la falsa información, sino también un poderoso impulso para perpetuar el miedo y la sensación de peligro que han provocado la aparición de esa industria.

En el pasado, cuando aparecían nuevas economías (desde la revolución fordista hasta el *boom* de la TI) se generaban a la vez intensos análisis y debates sobre cómo esos cataclismos en la producción de riqueza también cambiaban nuestro modo de actuar como cultura, nuestras costumbres a la hora de viajar, o incluso el modo de procesar la información en el cerebro. La nueva economía del desastre no se ha sometido a ningún debate de alcance de este tipo. Por supuesto, se han producido y se producirán discusiones -sobre la constitucionalidad de la Patriot Act, sobre las detenciones indefinidas, sobre la tortura y la rendición extraordinaria-, pero la discusión sobre el significado de que esas funciones se realicen como transacciones comerciales se ha evitado casi por completo. Lo que se somete a debate se limita a casos individuales de enriquecimiento a costa de

la guerra y escándalos de corrupción, así como a los habituales lamentos sobre el fracaso del gobierno en supervisar como es debido a los contratistas privados. Pero nunca se habla del fenómeno mucho más amplio y profundo de lo que significa estar metidos en una guerra totalmente privatizada y que no se tiene intención de terminar.

Parte del problema radica en que la economía del desastre nos asusta. En los años ochenta y noventa, las nuevas economías se anunciaban a bombo y platillo. La burbuja de la tecnología, en particular, sentó un precedente para una nueva clase de propietarios que inspiró niveles insoportables de exageración (interminables perfiles en los medios de jóvenes y brillantes directores generales junto a sus *jets* privados, sus yates con control remoto y sus idílicas casas en las montañas de Seattle).

Este tipo de riqueza es la que se está generando hoy con el complejo del desastre, aunque apenas oímos hablar de ello. Según un estudio realizado en 2006, «desde el inicio de la "guerra contra el terror", los directores generales de los 34 contratistas de defensa más importantes han visto cómo se duplicaba su salario con respecto a los cuatro años anteriores al 11-S». Si esos directores disfrutaron de una remuneración que creció una media de un 108% entre 2001 y 2005, el porcentaje para los presidentes de otras grandes empresas norteamericanas fue de sólo el 6%.<sup>60</sup>

La industria del desastre podría estar acercándose a los niveles de beneficio del puntocom, pero en general cuenta con la discreción de la CIA. Los capitalistas del desastre esquivan a la prensa, minimizan su riqueza y no alardean. «No estamos celebrando la existencia de esta enorme industria para protegernos contra el terrorismo», afirmó John Elstner, del Centro de Innovación de Chesapeake (empresa «incubadora» de seguridad nacional). «Pero existe un gran negocio y el CIC está en medio.»<sup>61</sup>

Peter Swire, que trabajó como asesor de confidencialidad para el gobierno de Estados Unidos durante la administración Clinton, describe así la convergencia de fuerzas que hay detrás de la burbuja de la guerra contra el terror: «Tienes al gobierno enfrentado a la misión sagrada de reforzar la recopilación de información y tienes una industria de la tecnología de la información que busca desesperadamente nuevos mercados».<sup>62</sup> En otras palabras, tienes corporativismo: grandes negocios y un gran gobierno combinando sus formidables poderes para regular y controlar a la ciudadanía.



## ***Capítulo 15: UN ESTADO CORPORATIVISTA***

### **Quitar la puerta giratoria para poner en su lugar una entrada en arco**

*Creo que es anormal y una tontería. Sugerir que todo lo que hacemos es porque estamos ansiosos de dinero es una locura. Creo que usted tendría que volver al colegio.*

GEORGE H. W. BUSH en respuesta a la acusación de que su hijo había invadido Irak con la intención de abrir nuevos mercados para las empresas estadounidenses <sup>1</sup>

*Los funcionarios del Estado tienen algo que el sector privado no tiene, y es el deber de lealtad al bien mayor, al interés colectivo de todos frente al interés de unos pocos. Las empresas tienen deberes de lealtad para con sus accionistas, no con el país.*

David M. Walkur, interventor general de Estados Unidos, febrero de 2007 <sup>2</sup>

*No ve la diferencia entre los intereses públicos y los privados.*

Sam Gardiner, coronel retirado de las fuerzas aéreas estadounidenses, sobre Dick Cheney, febrero de 2004<sup>3</sup>

En plenas elecciones de mitad de legislatura, en 2006, y tres semanas antes de anunciar la dimisión de Donald Rumsfeld, George W. Bush firmó la Ley de Autorización de Defensa en una ceremonia privada en el Despacho Oval. Entre las 1.400 páginas se oculta una cláusula que en su momento pasó inadvertida, y que otorgaba al presidente la facultad de declarar la ley marcial y «recurrir a las fuerzas armadas, incluyendo la Guardia Nacional», pasando por encima de los deseos de los gobernadores,

en el caso de una «emergencia pública» con el fin de «restaurar el orden público» y «suprimir» el desorden. La emergencia en cuestión podía ser un huracán, una manifestación o una «emergencia de salud pública», en cuyo caso el ejército podría imponer cuarentenas y vigilar los suministros de vacunas.<sup>4</sup> Antes de la ley, el presidente sólo podía ejercer estos poderes en caso de insurrección.

Con sus colegas en plena campaña, el senador demócrata Patrick Leahy fue la única voz de alarma al afirmar que «utilizar al ejército para hacer cumplir la ley va contra uno de los principios básicos de nuestra democracia». Además, señaló que «las implicaciones de cambiar la ley son enormes, pero este cambio se deslizó en el documento como una cláusula que apenas se estudió. Otros comités del Congreso con jurisdicción en estos temas no tuvieron ocasión de comentar estas propuestas».<sup>5</sup>

Además del ejecutivo, que asumió nuevos y extraordinarios poderes, había al menos otro ganador claro: la industria farmacéutica. En caso de producirse cualquier tipo de epidemia, era posible recurrir a los militares para proteger los laboratorios y los medicamentos, e imponer cuarentenas (un objetivo político perseguido por la administración Bush desde mucho tiempo atrás). Eran buenas noticias para Gilead Sciences, la empresa en la que había participado Rumsfeld y propietaria de la patente de Tamiflu (medicamento para tratar la gripe aviar). La nueva ley, junto con el temor a la gripe aviar, podría haber contribuido a la actuación estelar de Tamiflu incluso después de la marcha de Rumsfeld: en sólo cinco meses, su cotización en bolsa subió un 24%.<sup>6</sup>

¿Qué papel jugaron los intereses empresariales en la aplicación de la ley? Tal vez ninguno, pero merece la pena hacerse esa pregunta. De forma similar, pero a mayor escala, ¿qué papel desempeñaron los beneficios para contratistas como Halliburton y Bechtel, y para petroleras como ExxonMobil, en el entusiasmo del equipo de Bush ante la invasión y la ocupación de Irak? Resulta imposible responder con precisión a estas preguntas sobre la motivación, ya que las personas implicadas destacan por mezclar los intereses empresariales con el interés nacional hasta el punto de que ellas mismas parecen incapaces de establecer las diferencias.

En su libro *Overthrow*, publicado en 2006, Stephen Kinzer -antiguo corresponsal del *New York Times*- intenta llegar al fondo de lo que motivó a los políticos estadounidenses a ordenar y orquestar golpes de Estado en el extranjero durante el siglo pasado. Tras estudiar la implicación de Estados

Unidos en operaciones de cambio de régimen desde Hawai (1893) hasta Irak (2003), Kinzer ha observado que casi siempre se repite un proceso en tres fases. En primer lugar, una multinacional con sede en Estados Unidos se enfrenta a algún tipo de amenaza financiera a consecuencia de las acciones de un gobierno extranjero que exige a la empresa «que pague impuestos o que respete el derecho laboral o las leyes de protección ambiental. En ocasiones, la empresa se nacionaliza o bien se le exige que venda parte de sus terrenos o de sus bienes», explica Kinzer. En segundo lugar, los políticos estadounidenses se enteran del contratiempo y lo reinterpretan como un ataque contra su país: «Transforman la motivación económica en política o geoestratégica. Dan por sentado que cualquier régimen que moleste o acose a una empresa norteamericana debe ser antiamericano, represivo, dictatorial y, probablemente, la herramienta de algún poder o interés extranjero que pretende debilitar a los Estados Unidos». La tercera fase se produce cuando los políticos tienen que vender la necesidad de la intervención a la opinión pública. En este punto, el asunto se convierte en una lucha forzada del bien contra el mal, «una oportunidad de liberar a una pobre nación oprimida de la brutalidad de un régimen que creemos dictatorial, porque ¿qué otro tipo de régimen importaría a una empresa norteamericana?». <sup>7</sup> En otras palabras, gran parte de la política exterior de Estados Unidos es un ejercicio de proyección en el que una reducidísima élite con intereses propios identifica sus necesidades y sus deseos con los del mundo entero.

Kinzer señala que esta tendencia ha sido especialmente pronunciada en los políticos que pasan directamente del mundo de la empresa a ocupar un cargo público. Por ejemplo, el secretario de Estado de Eisenhower, John Foster Dulles, trabajó como abogado de multinacionales durante casi toda su vida. Representó a algunas de las firmas más poderosas del mundo en sus conflictos con gobiernos extranjeros. Como Kinzer, los diversos biógrafos de Dulles coinciden en que el secretario de Estado fue incapaz de distinguir entre los intereses de las empresas y los de su país. «Dulles tuvo dos obsesiones durante toda su vida: combatir el comunismo y proteger los derechos de las multinacionales», escribe Kinzer. «En su mente estaban [...] "interrelacionadas y se reforzaban mutuamente".» <sup>8</sup> Esto significaba que no necesitaba elegir entre sus obsesiones: si el gobierno guatemalteco emprendía una acción que perjudicaba a los intereses de la United Fruit

Company, por ejemplo, suponía un ataque *de facto* contra Estados Unidos y merecía una respuesta militar.

En su dedicación a sus dos obsesiones -combatir el terrorismo y proteger los intereses de las multinacionales-, la administración Bush (repleta de directores generales recién llegados de las salas de juntas) se halla sujeta a las mismas confusiones y mezclas. No obstante, existe una diferencia significativa. Las empresas con las que Dulles se identificaba eran multinacionales con importantes inversiones internacionales en países extranjeros (en minería, agricultura, banca y petróleo). En general, esas empresas compartían un objetivo muy sencillo: querían un ambiente estable y beneficioso para hacer negocios, es decir, leyes de inversión relajadas, trabajadores flexibles y nada de sorpresas desagradables en forma de expropiaciones. Los golpes y las intervenciones militares suponían un medio para conseguir ese fin, no el fin en sí mismo.

Como capitalistas del protodesastre, los arquitectos de la guerra contra el terror forman parte de una raza distinta de empresarios-políticos frente a sus predecesores; constituyen un grupo para el que las guerras y demás desastres son en realidad fines en sí mismos. Cuando Dick Cheney y Donald Rumsfeld mezclan lo que es bueno para Lockheed, Halliburton, Carlyle y Gilead con lo que es bueno para Estados Unidos, y en realidad para el mundo entero, están practicando una forma de proyección de consecuencias muy peligrosas. Y eso es porque lo que resulta incuestionablemente bueno para los resultados de esas empresas son los cataclismos -guerras, epidemias, desastres naturales y escasez de recursos-, razón por la cual sus fortunas han aumentado de manera espectacular desde la llegada de Bush al gobierno. Lo que hace que sus actos de proyección sean todavía más peligrosos es que los políticos más importantes de Bush han mantenido sus intereses en el complejo del capitalismo del desastre, hasta un nivel sin precedentes, incluso cuando han iniciado una nueva era de guerras y respuestas privatizadas a los desastres. Eso les ha permitido beneficiarse simultáneamente de los desastres en los que participan.

Veamos un ejemplo. Cuando Rumsfeld dimitió después de la derrota de los republicanos, en las elecciones de 2006, la prensa informó de que regresaba al sector privado. Lo cierto es que nunca se había marchado. Cuando aceptó el cargo de secretario de Defensa ofrecido por Bush, a Rumsfeld -como a todos los funcionarios públicos- se le exigió que se desvinculase de cualquier empresa que pudiese perder o ganar a raíz de las

decisiones que tomase desde su cargo. Sencillamente, eso significaba vender todo lo relacionado con la seguridad o la defensa nacional. Sin embargo, Rumsfeld tenía un gran problema. Estaba tan metido en varias empresas relacionadas con desastres que afirmó que le resultaba imposible desvincularse a tiempo, de manera que ató cabos para intentar seguir participando en el mayor número posible de compañías sin contravenir las normas éticas.

Vendió sus acciones de Lockheed, Boeing y otras empresas de defensa, y agrupó acciones por valor de 50 millones de dólares en un fideicomiso ciego. Aun así, seguía formando parte o era el propietario de firmas de inversiones privadas dedicadas a la defensa y la biotecnología. Rumsfeld no estaba dispuesto a afrontar pérdidas por la venta rápida de esas empresas, de manera que optó por solicitar dos prórrogas de tres meses, algo extremadamente raro en ese nivel de gobierno. Eso significaba que seguía buscando lo que él consideraba compradores adecuados para sus empresas y activos cuando ya llevaba seis meses en su puesto de secretario de Defensa (o, probablemente, desde hacía más tiempo).<sup>9</sup>

Cuando llegó el turno de Gilead Sciences, la empresa que Rumsfeld presidía y poseedora de la patente de Tamiflu, el secretario de Defensa no cedió. Simplemente, se negó a elegir entre sus intereses empresariales y su deber público. Las epidemias son un tema de seguridad nacional y, por tanto, encajan perfectamente en el programa del secretario de Defensa. A pesar de este manifiesto conflicto de intereses, Rumsfeld no llegó a vender sus acciones de Gilead mientras permaneció en su cargo (conservó entre 8 y 39 millones de dólares en acciones de la firma).<sup>10</sup>

Cuando la Comisión de Ética del Senado intentó obligarle a acatar las normas, Rumsfeld se mostró abiertamente beligerante. Escribió una carta a la Oficina de Ética del Gobierno explicando que se había gastado 60.000 dólares en contables que le habían ayudado con los «excesivamente complejos y confusos» formularios de divulgación. Para un hombre empeñado en conservar 95 millones de dólares en acciones mientras permanecía en su cargo, 60.000 dólares en honorarios para salirse con la suya no parecían un gasto desproporcionado."

La firme negativa de Rumsfeld a dejar de ganar dinero a costa de desastres mientras ocupaba el cargo de mayor responsable de la seguridad influyó en varios aspectos concretos de su rendimiento. Durante casi todo el primer año en el cargo, mientras intentaba reubicar sus bienes, Rumsfeld

tuvo que inhibirse de una alarmante cantidad de decisiones políticas cruciales: según Associated Press, «ha evitado las reuniones del Pentágono dedicadas a hablar sobre el sida». Cuando el gobierno federal tuvo que decidir si intervenía en varias fusiones y ventas importantes con contratistas de defensa de primer orden -incluyendo General Electric, Honeywell, Northrop Grumman y Silicon Valley Graphics-, Rumsfeld se recusó también de estas reuniones de alto nivel. Según su portavoz oficial, tenía lazos comerciales con algunas de las compañías citadas. «Hasta el momento he intentado mantenerme al margen», explicó Rumsfeld a un reportero que le preguntó sobre una de las ventas.<sup>12</sup>

Durante los seis años que permaneció en el cargo, Rumsfeld tuvo que abandonar la sala cada vez que en las conversaciones se planteaba la posibilidad de un tratamiento contra la gripe aviar y la compra de los medicamentos necesarios. Según la carta que describía el acuerdo por el que se le permitía conservar sus acciones, tenía que permanecer al margen de decisiones que «pudiesen afectar de manera directa y previsible a Gilead».<sup>13</sup> Sus colegas, no obstante, cuidaron bien de sus intereses. En julio de 2005, el Pentágono adquirió Tamiflu por valor de 58 millones de dólares. Unos meses más tarde, el Departamento de Salud y Servicios Sociales anunció un pedido del medicamento por valor de 1.000 millones de dólares.<sup>14</sup>

Definitivamente, el desafío de Rumsfeld resultó muy rentable. Si hubiese vendido sus acciones de Gilead en enero de 2001, cuando tomó posesión del cargo, habría recibido nada más que 7,45 dólares por cada una. El miedo de la población mundial a la gripe aviar, la histeria ante el bioterrorismo y las decisiones de su propia administración de invertir en la empresa hicieron que Rumsfeld terminase su mandato siendo propietario de acciones por valor de 67,60 dólares (un aumento del 807%; en abril de 2007, el precio de cada acción había subido a 84 dólares).<sup>15</sup> Por lo tanto, cuando Rumsfeld dejó el puesto de secretario de Defensa era un hombre bastante más rico que antes, algo poco frecuente para un multimillonario en un cargo público.

Si Rumsfeld nunca se desvinculó del todo de Gilead, Cheney se mostró igualmente reacio a romper sus lazos con Halliburton (un arreglo que, a diferencia del de Rumsfeld con Gilead, ha sido objeto de gran atención por parte de los medios). Antes de dejar su puesto de director general para convertirse en el candidato de George Bush a la

vicepresidencia, Cheney negoció un plan de pensiones que le dejaba cargado de acciones y opciones de Halliburton. Después de algunas preguntas incómodas de la prensa, accedió a vender algunas acciones de Halliburton, proceso tras el cual se embolsó nada menos que 18,5 millones de dólares. No obstante, no las convirtió en efectivo en su totalidad. Según el *Wall Street Journal*, Cheney se aferró a 189.000 acciones de Halliburton y 500.000 opciones sin derecho de posesión aun cuando ya ocupaba la vicepresidencia.<sup>16</sup>

El hecho de que Cheney todavía conserve las acciones de Halliburton significa que durante su mandato ganará millones de dólares en forma de dividendos, además de recibir de Halliburton unos ingresos diferidos anuales de 211.000 dólares (aproximadamente, el equivalente a su salario en el gobierno). Cuando deje el puesto, en 2009, y pueda hacer efectivos esos ingresos, Cheney tendrá la oportunidad de sacar un provecho desmesurado del espectacular aumento de la fortuna de Halliburton. El precio de las acciones de la empresa ha pasado de 10 dólares antes de la guerra en Irak a 41 dólares tres años más tarde, un aumento del 300% gracias a la combinación de subida de los precios de la energía y contratos en Irak, dos factores surgidos directamente de la entrada del país en la guerra de la mano de Cheney.<sup>17</sup> El caso de Irak parece encajar a la perfección en la fórmula de Kinzer. Sadam no representaba una amenaza para la seguridad de Estados Unidos, pero sí para las empresas energéticas del país, ya que acababa de firmar contratos con una gigante petrolera rusa y estaba en negociaciones con Total (Francia). Las petroleras estadounidenses y británicas veían que se quedaban sin nada; las terceras reservas más importantes de petróleo del mundo se estaban escapando de las manos angloamericanas.<sup>18</sup> La retirada de Sadam del poder ha abierto perspectivas de oportunidades para los gigantes del petróleo, incluyendo a ExxonMobil, Chevron, Shell y BP (todos ellos han puesto las bases para nuevos negocios en Irak), y también para Halliburton (perfectamente situada, después de su traslado a Dubai, para vender sus servicios energéticos a todas esas compañías).<sup>19</sup> A estas alturas, la guerra en sí misma ya es el acontecimiento más beneficioso de la historia de Halliburton.

Tanto Rumsfeld como Cheney podrían haber tomado medidas sencillas para desvincularse por completo de sus empresas relacionadas con el desastre. De ese modo, habrían eliminado cualquier duda sobre el papel que han desempeñado los beneficios en su entusiasmo por las situaciones

provocadoras de desastres, pero entonces se habrían perdido los años del auge de sus propias empresas. Ante la disyuntiva de elegir entre el beneficio privado y la vida pública, han optado una y otra vez por el lucro personal y para ello han obligado a las comisiones de ética del gobierno a adaptarse a sus posturas desafiantes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el presidente Franklin D. Roosevelt expresó su opinión contra los que se aprovechan de las guerras: «No quiero ver ni un solo millonario en Estados Unidos surgido como resultado de este desastre mundial». Una se pregunta qué habría hecho con Cheney, cuyos millones en beneficios procedentes de la guerra aumentaron mientras ocupaba el sillón de vicepresidente. O con Rumsfeld, que en 2004 no pudo resistirse a canjear unas cuantas acciones de Gilead, ganando así 5 millones de dólares fáciles (según su informe anual) mientras era secretario de Defensa: un pequeño aperitivo de los beneficios que le esperaban cuando dejase el cargo.<sup>20</sup> En la administración Bush, los que han aprovechado la guerra no sólo exigen entrar en el gobierno, ellos son el gobierno y no hay distinción entre las dos facetas.

Por supuesto, los años de la administración Bush se caracterizan por algunos de los escándalos de corrupción más sórdidos y evidentes de la historia reciente: Jack Abramoff y su ofrecimiento de vacaciones con golf a los miembros del Congreso; Randy «Duke» Cunningham, hoy cumpliendo una condena de ocho años en prisión, con su yate *The Duke-Stir* como parte de un «menú de sobornos» mencionado en un papel timbrado oficial del Congreso entregado a un contratista de defensa, o las fiestas en el hotel Watergate con prostitutas de cortesía... Todo recuerda demasiado a Moscú y Buenos Aires a mediados de los años noventa.<sup>21</sup>

Y no podemos olvidar la puerta giratoria entre el gobierno y la empresa. Siempre ha estado ahí, pero las figuras políticas acostumbraban a esperar hasta que su administración dejaba el poder para hacer efectivo lo conseguido a través de las conexiones con el gobierno. Con Bush, la bonanza del mercado de la seguridad nacional ha resultado ser demasiado tentadora para muchos cargos públicos. Así, en lugar de esperar al final de sus mandatos, cientos de personas de numerosas agencias gubernamentales ya han cobrado su parte. Según Eric Lipton, que ha estudiado este fenómeno en el Departamento de Seguridad Nacional para el *New York Times*, «los grupos de presión y los organismos de control veteranos de Washington afirman que el éxodo de tal cantidad de ejecutivos antes del



final de una administración apenas tiene paralelismos en la época moderna». Lipton identificó 94 casos de funcionarios públicos que habían trabajado en seguridad nacional y que actualmente participan en algún sector de la industria de seguridad nacional.<sup>22</sup>

Existen demasiados casos para citarlos todos, pero destacan algunos porque implican a los principales arquitectos de la guerra contra el terror. John Ashcroft, antiguo fiscal general y principal impulsor de la Patriot Act, dirige hoy Ashcroft Group, especializado en facilitar contratos federales a empresas de seguridad nacional. Tom Ridge, cabeza del Departamento de Seguridad Nacional, trabaja actualmente en Ridge Global y es asesor de Lucent, empresa de tecnología de la comunicación que participa activamente en el sector de la seguridad. Rudy Giuliani, antiguo alcalde de Nueva York y héroe de la respuesta frente al 11-S, fundó Giuliani Partners cuatro meses después para vender sus servicios como asesor en situaciones de crisis. Richard Clarke, zar del contraterrorismo con Clinton y Bush y crítico explícito de la administración, preside Good Harbor Consulting, especialista en seguridad nacional y contraterrorismo. James Woolsey, jefe de la CIA hasta 1995, trabaja en Paladin Capital Group, empresa privada de inversiones que participa en compañías de seguridad nacional; además, es vicepresidente de Booz Alien, uno de los líderes de la industria de la seguridad. Joe Allbaugh, jefe de la FEMA durante el 11-S, fundó New Bridge Strategies (que prometía ser el «puente» entre las empresas y el lucrativo mundo de los contratos gubernamentales y las oportunidades de inversión en Irak) sólo dieciocho meses más tarde. Fue sustituido por Michael Brown, que dos años después se marchó para poner en marcha Michael D. Brown LLC, especialista en preparación frente a los desastres.<sup>25</sup>

«¿Puedo renunciar ya?», preguntó Brown en un infame correo electrónico a un colega de FEMA en medio del desastre del huracán Katrina.<sup>24</sup> Ésa es, más o menos, la filosofía: permanecer en el gobierno el tiempo justo para conseguir un rango importante en un departamento que maneja grandes contratos y recopilar información interna sobre qué se va a vender; después, hay que marcharse y vender esa información a los antiguos colegas. El servicio público se reduce a poco más que una misión de reconocimiento de futuros trabajos en el complejo del capitalismo del desastre.

En ciertos aspectos, sin embargo, las historias de corrupción y puertas giratorias transmiten una falsa impresión. Implican que todavía existe una

línea nítida entre el Estado y el complejo, cuando en realidad esa línea desapareció hace mucho tiempo. La innovación de la era Bush no radica en la rapidez con la que los políticos han pasado de un campo al otro, sino en cuántos se sienten facultados para participar en ambos mundos de manera simultánea. Gente como Richard Perle y James Baker hacen política, ofrecen consejos de primer orden y hablan con la prensa como expertos y estadistas desinteresados, al tiempo que participan activamente en el negocio de la guerra y la reconstrucción privatizadas. Representan la culminación de la misión corporativista: una fusión total entre élites políticas y empresariales en nombre de la seguridad, con el Estado en el papel de presidente del gremio (y como la gran fuente de oportunidades gracias a la economía de los contratos).

Dondequiera que haya surgido en los últimos treinta y cinco años, desde Santiago hasta Moscú, Pekín o el Washington de Bush, la alianza entre una reducida élite empresarial y un gobierno de derechas se ha descrito como una aberración: capitalismo mafioso, capitalismo oligárquico y ahora, con Bush, «capitalismo de amiguetes». Pero no es una aberración, sino el punto al que ha llevado la cruzada de la Escuela de Chicago (con su triple obsesión: privatización, liberalización y supresión de los sindicatos).

La tenaz negativa de Rumsfeld y Cheney a elegir entre sus intereses relacionados con el desastre y sus deberes públicos fue la primera señal de la llegada de un auténtico Estado corporativista. Pero hay muchas más.

Una de las características de la administración Bush ha sido la confianza que ha depositado en asesores externos y delegados *free lance* para llevar a cabo funciones de gran importancia: James Baker, Paul Bremer, Henry Kissinger, George Shultz, Richard Perle y los miembros del Comité de Política de Defensa y el Comité para la Liberación de Irak, por citar sólo algunos. Mientras el Congreso actuó como autorizador sin cuestionamientos durante los años fundamentales de la toma de decisiones, y los fallos del Tribunal Supremo se tratan como meras sugerencias, estos asesores (en gran parte voluntarios) han ejercido una gran influencia.

Su poder deriva del hecho de que esos asesores tuvieron papeles decisivos en el gobierno: son ex secretarios de Estado, ex embajadores y ex subsecretarios de Defensa. Todos han estado fuera del gobierno durante años, y en ese tiempo han emprendido lucrativas carreras en el complejo del capitalismo del desastre. Dado que tienen el rango de contratistas, no de personal contratado, no están sujetos a las mismas normas que provocan

conflictos de intereses en los políticos elegidos o nombrados (algunos no tienen restricciones de ningún tipo). El efecto ha consistido en eliminar la llamada puerta giratoria entre el gobierno y la industria para colocar en su lugar «una entrada en arco» (así me lo describió Irwin Redlener, especialista en gestión de desastres). De esa forma, las empresas relacionadas con los desastres han podido montar un negocio dentro del gobierno utilizando como tapadera la reputación de tan ilustres ex políticos.

En marzo de 2006, cuando James Baker fue nombrado copresidente del Grupo de Estudio sobre Irak -la comisión asesora encargada de recomendar un nuevo camino a seguir en Irak-, se produjo un alivio palpable en los dos partidos: era un político de la vieja escuela, uno que había guiado el país en una época más estable, un hombre experimentado. Sin duda, Baker es un veterano de una era menos irreflexiva que la actual en la política exterior de Estados Unidos. Pero eso fue hace quince años. ¿Quién es James Baker hoy?

Como Cheney, cuando dejó su cargo con el final del mandato de Bush padre, James Baker III ganó una fortuna gracias a sus contactos en el gobierno. Resultaron especialmente lucrativos los amigos que hizo en Arabia Saudí y Kuwait durante la primera guerra del Golfo.<sup>25</sup> Su bufete de abogados con sede en Houston, Baker Botts, representa a la familia real saudí, a Halliburton y a Gazprom (la petrolera más grande de Rusia), y es uno de los principales especialistas del mundo en petróleo y gas. Además, Baker se convirtió en socio accionista del Carlyle Group. Se calcula que con esta reservada empresa ganó 180 millones de dólares.<sup>26</sup>

Carlyle se ha beneficiado muchísimo de la guerra gracias a las venias de sistemas robóticos y de comunicaciones de defensa, y a un gran contrato con Irak para formar a la policía a través de su compañía, USIS, que dispone de 56.000 millones de dólares. Ésta, a su vez, cuenta con una empresa de inversiones dedicada a la defensa y especializada en reunir contratistas de defensa y hacerlos públicos (una iniciativa muy rentable en los últimos años). «Son los mejores dieciocho meses que hemos tenido nunca», dijo Bill Conway, director de gestión de Carlyle, a propósito de los primeros dieciocho meses de la guerra en Irak. «Hemos hecho dinero, y lo hemos hecho rápido». La guerra en Irak, por entonces ya un desastre obvio, se tradujo en un récord de 6.600 millones de dólares a pagar a los selectos inversores de Carlyle.<sup>27</sup>

Cuando Bush hijo recuperó a Baker para la vida pública al nombrarle enviado especial en materia de deuda en Irak, Baker no tuvo que dejar sus puestos en el Carlyle Group y en Baker Botts a pesar de sus intereses directos en la guerra. Al principio, varios comentaristas mencionaron estos conflictos potenciales. El *New York Times* publicó un editorial solicitando a Baker que dejase sus puestos en el Carlyle Group y en Baker Botts para preservar la integridad de su posición como enviado en materia de deuda. «El señor Baker está demasiado inmerso en una matriz de relaciones comerciales privadas y lucrativas que le convierten en un participante potencialmente interesado en cualquier fórmula de reestructuración de la deuda», afirmaba el editorial. Y concluía que no era suficiente que Baker «renunciase a las ganancias procedentes de clientes con conexiones obvias con la deuda iraquí. [...] Para llevar a cabo su nuevo cargo público de manera honorable, el señor Baker debe dejar los dos cargos privados».<sup>28</sup>

Siguiendo el ejemplo de los altos cargos de la administración, Baker se limitó a negarse y Bush apoyó su decisión. Así, Baker tenía en sus manos el esfuerzo de convencer a los gobiernos de todo el mundo de que condonasen la agobiante deuda exterior de Irak. Cuando llevaba casi un año en el puesto, Baker obtuvo una copia de un documento confidencial que demostraba que se encontraba inmerso en un conflicto de intereses mucho más grave de lo que había imaginado. El documento era un plan de negocios propuesto por un consorcio de empresas (incluyendo el Carlyle Group) al gobierno de Kuwait, uno de los principales acreedores de Irak. El consorcio ofrecía sus contactos políticos de alto nivel para recaudar de Irak 27.000 millones de dólares en deudas impagadas a Kuwait a raíz de la invasión de Sadam; en otras palabras, la operación equivalía a hacer exactamente lo contrario de lo que se suponía que Baker debía hacer en su papel de enviado: convencer a los gobiernos de que cancelasen las deudas de la época de Sadam.<sup>29</sup>

El documento, titulado «Propuesta para ayudar al gobierno de Kuwait a proteger y hacer efectivas demandas contra Irak», se entregó casi dos meses *después* del nombramiento de Baker. En él se cita a James Baker once veces y se deja claro que Kuwait se beneficiaría del trato con una compañía en la que trabajaba el hombre encargado de borrar las deudas de Irak. Pero había un precio que pagar. A cambio de esos servicios, indicaba el documento, el gobierno de Kuwait debería invertir 1.000 millones de dólares en el Carlyle Group. Era un caso claro de tráfico de influencias:

pagarían a la compañía de Baker para obtener protección de Baker. Mostré el documento a Kathleen Clark, profesora de derecho de la Universidad de Washington y gran experta en ética y normas de gobierno, y me explicó que Baker se encontraba en un «clásico conflicto de intereses. Baker está en los dos lados de la transacción: se supone que representa los intereses de Estados Unidos, pero también es asesor de Carlyle, y Carlyle quiere su parte por ayudar a Kuwait a recuperar sus créditos a Irak». Después de examinar los documentos, Clark concluyó que «Carlyle y las otras compañías están explotando la actual posición de Baker para intentar lograr un acuerdo con Kuwait que socavaría los intereses del gobierno estadounidense».

El día siguiente a la publicación de mi artículo sobre Baker en *The Nation*, Carlyle se retiró del consorcio, renunciando así a sus esperanzas de cobrar los 1.000 millones de dólares. Varios meses más tarde, Baker dimitió de su puesto de consejero general. Sin embargo, el daño ya estaba hecho: Baker había desempeñado un papel penoso como enviado honorífico, no había logrado la condonación de la deuda a la que Bush se había comprometido y que Irak necesitaba. En 2005 y 2006, Irak entregó 2.590 millones de dólares en concepto de compensaciones por la guerra de Sadam, principalmente a Kuwait (unos recursos que se necesitaban desesperadamente para afrontar la crisis humanitaria en Irak y reconstruir el país, sobre todo después de que las empresas estadounidenses se marchasen con el dinero para las ayudas despilfarrado y el trabajo sin hacer). El cometido de Baker era borrar entre el 90% y el 95% de la deuda de Irak, pero lo que se hizo fue reprogramar la deuda, que todavía equivale al 99% del producto interior bruto del país.<sup>30</sup>

Otros aspectos clave de la política en Irak también se dejaron en manos de enviados *free lance* cuyas empresas se estaban forrando con la guerra. George Shultz, ex secretario de Estado, encabezó el Comité para la Liberación de Irak, un grupo de presión formado en 2002 a petición de la Casa Blanca para presentar a la opinión pública los argumentos a favor de la guerra. Shultz cumplió a la perfección. Dado que su papel guardaba las distancias con la administración, pudo desatar la histeria sobre el peligro inminente que representaba Sadam sin tener que aportar pruebas de ningún tipo. «Si hay una serpiente de cascabel en el patio, no esperas a que te ataque: te defiendes», escribió en el *Washington Post* en septiembre de 2002, en un artículo con el titular «Actuar ahora: el peligro es inminente.

Sadam Husein debe ser depuesto». Shultz no reveló a los lectores que en aquel momento era miembro del consejo de dirección de Bechtel, donde años antes había sido director general. La compañía se embolsaría 2.300 millones de dólares por reconstruir el país que Shultz deseaba ver destruido.<sup>31</sup> Así, en retrospectiva, parece conveniente hacerse la siguiente pregunta: cuando Shultz urgió al mundo a actuar, ¿estaba hablando como estadista veterano preocupado o como representante de Bechtel... o tal vez de Lockheed Martin?

Según Danielle Brian, directora ejecutiva del Proyecto de Supervisión Gubernamental (un organismo de control sin ánimo de lucro), «es imposible decir dónde termina el gobierno y dónde empieza Lockheed». Todavía más difícil resulta decir dónde termina Lockheed y dónde empieza el Comité para la Liberación de Irak. El grupo que Shultz encabezó y utilizó como plataforma pro guerra fue organizado por Bruce Jackson, que sólo tres meses antes ocupaba el cargo de vicepresidente de estrategia y planificación en Lockheed Martin. Jackson afirma que «gente de la Casa Blanca» le pidió que organizase el grupo, pero él lo llenó de viejos colegas de Lockheed. Además de Jackson, entre los representantes de Lockheed figuraban Charles Kupperman -vicepresidente de misiles espaciales y estratégicos de Lockheed Martin- y Douglas Graham, director de sistemas de defensa. Aunque el comité se formó a petición expresa de la Casa Blanca para ser el arma de propaganda de la guerra, nadie tuvo que marcharse de Lockheed o vender sus acciones. Sin duda, algo muy positivo para los miembros del comité, ya que el precio de las acciones de Lockheed aumentó un 145% (de los 41 dólares que costaban en marzo de 2003 a los 102 dólares de febrero de 2007) gracias a la guerra que ellos ayudaron a diseñar.<sup>32</sup>

Pasemos ahora a Henry Kissinger, el hombre que dio comienzo a la contrarrevolución con su apoyo al golpe de Pinochet. En su libro *State of Denial*, de 2006, Bob Woodward revela que Dick Cheney mantiene reuniones mensuales con Kissinger. Bush, por su parte, se reúne con Kissinger aproximadamente la mitad de veces, «lo que le convierte en el asesor externo más regular y presente sobre política exterior». Cheney confesó a Woodward que, probablemente, habla «más con Kissinger que con cualquier otra persona».<sup>55</sup>

¿A quién representaba Kissinger en todas estas reuniones de alto nivel? Como Baker y Shultz, él también fue secretario de Estado, pero hacía ya tres décadas. Desde 1982, cuando puso en marcha su empresa privada

(Kissinger Associates), su trabajo ha consistido en representar a numerosos clientes, entre los que figuran, al parecer, Coca-Cola, Union Carbide, Hunt Oil, el gigante de la ingeniería Fluor (uno de los destinatarios de los mayores contratos para la reconstrucción de Irak) e incluso su viejo socio en la acción secreta en Chile, ITT.<sup>54</sup> Por tanto, cuando se reunía con Cheney, ¿actuaba como un estadista veterano o como un caro defensor de sus clientes?

Kissinger indicó muy a las claras hacia dónde se dirigían sus lealtades en noviembre de 2002, cuando Bush le nombró presidente de la Comisión del 11-S (tal vez, el papel más crucial que cualquier patriota podría desempeñar). Aunque las familias de las víctimas solicitaron a Kissinger una lista de sus clientes, señalando los potenciales conflictos de intereses con la investigación, él se negó a colaborar con este gesto básico de responsabilidad y transparencia. En lugar de revelar los nombres de sus clientes, dimitió como presidente de la comisión.<sup>35</sup>

Richard Perle, amigo y socio de Kissinger, realizaría ese mismo gesto un año más tarde. Perle, oficial de defensa durante el mandato de Reagan, recibió de Rumsfeld el cargo de presidente del Comité de Política de Defensa. Antes de que Perle tomase el control, el comité era una silenciosa junta asesora, un modo de transmitir los conocimientos de las anteriores administraciones a las nuevas. Perle la convirtió en una plataforma personal y utilizó el ostentoso nombre del comité para defender con vehemencia en la prensa los ataques preventivos contra Irak. Y también hizo otros usos. Según una investigación de Seymour Hersh para *The New Yorker*, Perle pregonó el nombre para solicitar inversiones en su nueva compañía. Resultó que Perle era uno de los primeros capitalistas surgidos del desastre del 11-S: tan sólo dos meses después de los ataques fundó Trireme Partners, que invertiría en firmas fabricantes de productos y servicios relacionados con la seguridad y la defensa de la patria. En las cartas para intentar acuerdos, Trireme alardeaba de sus conexiones políticas: «En la actualidad, tres de los miembros del grupo de gestión de Trireme asesoran al secretario de Defensa de Estados Unidos mediante su participación en el Comité de Política de Defensa». Esos tres personajes eran Perle, su amigo Gerald Hulman y Henry Kissinger.<sup>36</sup>

Uno de los primeros inversores de Perle fue Boeing -el segundo contratista más grande del Pentágono-, que puso 20 millones de dólares para que Trireme siguiese adelante. Perle se convirtió en firme defensor de

Boeing y firmó un editorial en el que apoyaba el controvertido contrato con el Pentágono para comprar tanques por valor de 17.000 millones de dólares.\*

Aunque Perle puso a sus inversores al corriente de todo el asunto del Pentágono, varios de sus colegas del Comité de Política de Defensa afirmaron que no les informó sobre Trireme. Al saber de la existencia de la compañía, uno de ellos afirmó que estaba «al borde o fuera de los límites éticos». Al final, todos los nudos del conflicto alcanzaron a Perle, que tuvo que elegir (igual que Kissinger) entre hacer política de defensa o beneficiarse de la guerra contra el terror. En marzo de 2003, justo cuando la guerra en Irak acababa de estallar y la bonanza de los contratistas estaba a punto de empezar, Perle dimitió como presidente del Comité de Política de Defensa.<sup>38</sup>

No hay nada que enfurezca más a Richard Perle que la insinuación de que su defensa de la guerra sin límites para acabar con el mal está bajo la influencia de la enorme rentabilidad personal que supone. En la CNN, Wolf Blitzer planteó a Perle la observación de Hersh según la cual «ha fundado una compañía que podría beneficiarse de una guerra». A pesar de ser una verdad innegable, Perle explotó y calificó a Hersh, ganador de un premio Pulitzer, como «lo más cercano que tiene el periodismo americano a un terrorista, francamente». «No creo que una compañía pueda salir beneficiada de una guerra. [...] La insinuación de que mis puntos de vista guardan algún tipo de relación con el potencial de inversiones en defensa nacional no tiene ningún sentido».<sup>39</sup>

Fue una afirmación extraña. Si una empresa de inversiones que había sido fundada para invertir en compañías de seguridad y defensa no obtenía beneficios de una guerra, sus inversores se sentirían engañados. El episodio planteó más preguntas sobre el papel desempeñado por personajes como Perle, situados en una zona gris entre el capitalismo del desastre, el intelectual público y el político. Si un ejecutivo de Lockheed o de Boeing participase en Fox News para justificar el cambio de régimen en Irán (como hizo Perle), su interés personal obvio invalidaría cualquier argumento intelectual que pudiese plantear. Sin embargo, a Perle siguen presentándole como «analista» o asesor del Pentágono, a veces como «neoconservador», pero nunca se menciona ni de pasada que podría ser un comerciante de armas con un vocabulario impresionante.



Cada vez que a los miembros de esta pandilla de Washington se les pregunta por sus intereses en las guerras que apoyan, invariablemente responden al estilo de Perle: la sola sugerencia es absurda, simple y un punto terrorista. Los neoconservadores -un grupo que incluye a Cheney, Rumsfeld, Shultz, Jackson y yo diría también a Kissinger- se esmeran mucho en presentarse como intelectuales geniales o realistas duros, guiados por la ideología y las grandes ideas, y no por algo tan mundano como el beneficio. Bruce Jackson, por ejemplo, afirma que Lockheed no aprobó su trabajo extracurricular en política exterior. Perle asegura que su relación con el Pentágono le ha perjudicado porque «significa que hay [...] cosas que no puedes decir y hacer». El socio de Perle, Gerald HulmaCn, insiste en que éste «no tiene ningún deseo de lograr beneficios económicos». Cuando fue subsecretario de política de defensa, Douglas Feith afirmó que «la antigua conexión del vicepresidente [con Halliburton] hizo que la gente del gobierno se mostrase reacia a otorgar el contrato, aunque dárselo a KBR [Kellogg, Brown and Root, la antigua filial de Halliburton] fue lo correcto».<sup>40</sup>

Incluso sus críticos más acérrimos tienden a retratar a los neoconservadores como verdaderos creyentes cuya única motivación es el compromiso con la supremacía del poder americano e israelí, compromiso que les absorbe hasta el punto de que están preparados para sacrificar sus intereses económicos en favor de la «seguridad». Esta distinción resulta artificial y amnésica. El derecho a buscar beneficios ilimitados siempre ha sido el protagonista de la ideología neoconservadora. Antes del 11 de septiembre, las exigencias de una privatización radical y los ataques contra el gasto social dieron alas al movimiento neoconservador (friedmanita hasta la médula) en *think tanks* como el American Enterprise Institute, Heritage y Cato.

Con la guerra contra el terror, los neoconservadores no renunciaron a sus objetivos económicos: encontraron un nuevo modo, todavía más eficaz, de conseguirlos. Por supuesto, estos tiburones de Washington están comprometidos con el papel imperialista de Estados Unidos en el mundo y de Israel en Oriente Medio. Sin embargo, resulta imposible separar el proyecto militar -guerras interminables en el extranjero y un Estado de la seguridad en casa- de los intereses del complejo del capitalismo del desastre, que ha generado una industria multimillonaria basada en esos

supuestos. En ningún lugar se ha visto más clara la fusión entre los objetivos políticos y los económicos que en los campos de batalla de Irak.

## **SEXTA PARTE:**

# **IRAK, SE CIERRA EL CÍRCULO**

## ***SHOCK* DEFINITIVO**

*Uno de los riesgos de las operaciones basadas en el shock tiene que ver con la probabilidad de las «consecuencias accidentales», con precipitar reacciones que no se habían anticipado. Por ejemplo, los ataques extensivos contra las infraestructuras, la red eléctrica o el sistema económico de un país pueden provocar dificultades tan extremas que las consecuencias estimulen la voluntad nacional de luchar de nuestros adversarios, en lugar de debilitarla.*

Teniente coronel John N. T. Shanahan, «Shock-Based Operations», Air & Space Power, 15 de octubre de 2001

*La brutalidad física sólo provoca resentimiento, hostilidad y nuevos enfrentamientos. L...J Los interrogados que han soportado dolor son más difíciles de tratar con otros métodos. El efecto tiene que ser no reprimir al sujeto, sino recuperar su confianza y su madurez.*

Kubark Counterintelligence Interrogation, manual de interrogatorios de la CIA, 1963

## Capítulo 16: BORRANDO IRAK

En busca de un «modelo» para Oriente Medio

*El esquizofrénico o el melancólico introvertido podrían compararse con una ciudad amurallada que ha cerrado sus puertas y se niega a comerciar con el resto del mundo. [...] Se abre una brecha en el muro, y las relaciones con el mundo se restablecen. Por desgracia, no podemos controlar los daños del bombardeo.*

Andrew M Wyllie, psiquiatra británico, a propósito de la terapia del electroshock, 1940<sup>1</sup>

*En este mundo posterior al 11-S, pensé que el uso prudente de la violencia podría ser terapéutico.*

Richard Cohen, columnista del Washington Post, sobre su apoyo a la invasión de Irak <sup>2</sup>

Marzo de 2004. Llevaba menos de tres horas en Bagdad, y las cosas no iban bien. En primer lugar, nuestro coche no se presentó en el aeropuerto, y mi fotógrafo -Andrew Stern- y yo tuvimos que hacer autostop en la que ya se conocía como la «carretera más peligrosa del mundo». Cuando llegamos al hotel, en el bullicioso distrito de Karada, nos recibió Michael Birmingham, un irlandés activista por la paz que se había trasladado a Bagdad antes de la invasión. Le pregunté si podía presentarme a unos cuantos iraquíes preocupados ante los planes de privatizar su economía. «Aquí a nadie le importa la privatización», nos explicó Michael. «Lo que les preocupa es sobrevivir.»

Siguió un tenso debate sobre la ética de introducir una agenda política en una zona en guerra. Michael no decía que los iraquíes apoyasen los planes de privatización, sino que la mayoría de la gente tenía preocupaciones más urgentes. Les preocupaban las bombas que caían sobre sus mezquitas, o el hecho de encontrar a un primo desaparecido en la prisión de Abu Ghraib, dirigida por Estados Unidos. Pensaban en cómo conseguir agua para beber y asearse al día siguiente, no si una empresa extranjera quería privatizar el suministro de agua para después vendérsela al cabo de un año. El trabajo de un extranjero, decía Michael, es intentar documentar la realidad de la guerra y la ocupación, no decidir cuáles deberían ser las prioridades de los iraquíes.

Me defendí lo mejor que pude, señalando que vender aquel país a Bechtel y ExxonMobil no era una idea que yo hubiese inventado: ya estaba en marcha, en su fase inicial, con el enviado de la Casa Blanca a Irak, L. Paul Bremer III, a la cabeza. Durante meses yo había estado informando de la subasta de los activos de Irak en ferias comerciales celebradas en salas de baile de hoteles, eventos surrealistas donde los comerciantes, equipados con chalecos antibalas, aterrorizaban a los empresarios con historias de extremidades amputadas mientras los responsables de comercio estadounidenses aseguraban que no era tan terrible como parecía por televisión. «El mejor momento para invertir es cuando la sangre todavía está fresca», me dijo muy serio un delegado en la conferencia «Reconstruyendo Irak 2», celebrada en Washington, D.C.

No me sorprendió el hecho de que resultase difícil encontrar en Bagdad personas dispuestas a hablar sobre economía. Los arquitectos de esta invasión creían firmemente en la doctrina del *shock*: sabían que mientras los iraquíes estuviesen ocupados en las emergencias diarias, el país podría ser vendido discretamente al mejor postor y los resultados podrían anunciarse como hechos consumados. En cuanto a los periodistas y activistas, parecíamos centrar toda nuestra atención en los espectaculares ataques físicos, olvidando que las partes que tienen más que ganar nunca aparecen por el campo de batalla. Y en Irak había mucho que ganar: no sólo las terceras reservas de petróleo más grandes del mundo, sino también uno de los últimos territorios que se resistían a la locura de desarrollar un mercado global basado en la visión friedmanita del capitalismo sin límites. Después de la conquista de Latinoamérica, África, Europa oriental y Asia, el mundo árabe era la última frontera.

Mientras Michael y yo intercambiábamos puntos de vista, Andrew salió a fumar al balcón. Cuando abrió la puerta, tuve la impresión de que todo el aire de la habitación era aspirado hacia el exterior. Junto a la ventana había una bola de fuego que parecía lava, de un rojo profundo con puntos negros. Con los zapatos en la mano, bajamos a toda prisa los cinco tramos de escalera. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de cristales rotos. Al doblar la esquina, vimos el hotel Mount Lebanon reducido a escombros, junto con una casa adyacente, ambos destruidos por una bomba de casi cien kilos: hasta ese momento, el ataque más brutal de este tipo desde el final de la guerra.

Andrew corrió con su cámara hacia el desastre; yo intenté no hacerlo, pero acabé siguiéndole. Después de sólo tres horas en Bagdad, ya estaba quebrantando mi única regla: nada de perseguir bombas. De vuelta al hotel, todos los reporteros independientes y miembros de ONG estaban bebiendo *arak* e intentando controlar su adrenalina. Todos me sonrieron socarronamente mientras me decían «¡Bienvenida a Bagdad!». Miré a Michael y ambos entendimos que sí, que él tenía razón. La última palabra procedía de la misma guerra: «Las bombas, no los periodistas, son las que deciden aquí el día a día». Sin duda, así es. No sólo absorben el oxígeno, sino que lo exigen todo: nuestra atención, nuestra compasión, nuestros insultos.

Aquella noche pensé en Claudia Acuña, la extraordinaria periodista que conocí en Buenos Aires dos años atrás y que me facilitó una copia de la «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar», de Rodolfo Walsh. Claudia me avisó de que la violencia extrema logra que no veamos los intereses a los que sirve. En cierto modo, ya había ocurrido con el movimiento de oposición a la guerra. Nuestras explicaciones sobre los motivos de la guerra rara vez iban más allá de respuestas con una sola palabra: petróleo, Israel, Halliburton. La mayoría de nosotros decidimos oponernos a la guerra por entenderla como un disparate de un presidente que se creía rey y de su compinche británico, que deseaba estar en el bando de los ganadores. No había interés en la idea de que la guerra era una elección política racional, que los arquitectos de la invasión habían dado rienda suelta a una violencia brutal porque no podían abrir las economías cerradas de Oriente Medio a través de métodos pacíficos, que el nivel de terror era proporcional a lo que estaba en juego.

La invasión de Irak se vendió a la opinión pública sobre la base del temor a las armas de destrucción masiva porque, como explicó Paul Wolfowitz, esas armas eran «el único punto sobre el que todo el mundo podía estar de acuerdo» (en otras palabras, la excusa del menor denominador común).<sup>3</sup> La razón de menos peso, defendida por los partidarios más intelectuales de la guerra, fue la teoría del «modelo». Según los expertos -identificados, en muchos casos, como neoconservadores- que dieron a conocer esta teoría, el terrorismo procedía de numerosos puntos de los mundos árabe y musulmán: los secuestradores del 11 de septiembre eran de Arabia Saudí, Egipto, los Emiratos Árabes Unidos y Líbano; Irán

entregaba fondos a Hezbolá; Siria acogía a los líderes de Hamás; Irak estaba enviando dinero a las familias de los terroristas suicidas palestinos. Para estos defensores de la guerra, que relacionaban los ataques contra Israel con los ataques contra Estados Unidos (como si no hubiese diferencias entre ellos), eso era suficiente para calificar toda la región de nido potencial de terroristas.

Por tanto, ¿qué ocurría en esta parte del mundo, se preguntaban, para que existiese el terrorismo? Ideológicamente ciegos ante el hecho de que las políticas de Estados Unidos o Israel eran factores contribuyentes, por no mencionar las provocaciones, identificaron la verdadera causa como algo más: el déficit de la región en democracia de libre mercado.<sup>\* 4</sup>

Dado que el mundo árabe no podía ser conquistado en su totalidad de una sola vez, un país tendría que hacer las veces de catalizador. Estados Unidos invadiría ese país y lo convertiría, como dijo Thomas Friedman (el principal proselitista de la teoría en los medios), en «un modelo distinto en el mismo centro del mundo árabe-musulmán», un modelo que, a su vez, pondría en marcha una serie de movimientos democráticos-neoliberales en toda la región. Joshua Muravchik, experto del American Enterprise Institute, predijo un «tsunami en el mundo islámico», empezando por «Teherán y Bagdad», mientras que el archiconservador Michael Ledeen, consejero en la administración Bush, describió el objetivo como «una guerra para rehacer el mundo».<sup>\*\* 5</sup>

En la lógica interna de esta teoría, combatir el terrorismo, extender el capitalismo de frontera y celebrar elecciones se agruparon en un proyecto unificado. Oriente Medio quedaría «limpio» de terroristas y se crearía una enorme zona de libre comercio. A continuación, se aseguraría la situación con unas elecciones (un especial tres en uno). George W. Bush redujo más tarde esta agenda a una sola frase: «Extender la libertad en una región con problemas». Muchos confundieron ese juicio con un compromiso ingenuo con la democracia.<sup>6</sup> Sin embargo, Bush siempre se ha referido a otro tipo de libertad, la que forma la base de la teoría del modelo y la misma que ofreció a Chile en los años setenta y a Rusia en los noventa: la libertad otorgada a multinacionales occidentales para alimentarse de Estados recién privatizados. El presidente lo dejó perfectamente claro ocho días después de declarar el fin de la guerra en Irak, cuando anunció los planes para «establecer una zona de libre comercio entre Estados Unidos y Oriente

Medio en el plazo de una década». <sup>7</sup> Liz Cheney, hija de Dick Cheney y veterana de la terapia del *shock* soviética, se situó al mando del proyecto.

Cuando la idea de invadir un país árabe y convertirlo en un Estado modelo empezó a ganar adeptos, después del 11 de septiembre, comenzaron a barajarse los nombres de posibles candidatos: Irak, Siria, Egipto o Irán (el preferido de Michael Ledeen). Sin embargo, Irak tenía mucho a su favor. Además de sus enormes reservas de crudo, también ofrecía una buena situación para las bases militares ahora que Arabia Saudí parecía menos fiable. Por si fuera poco, el uso de armas químicas por parte de Sadam contra su propio pueblo le convertía en un objetivo fácil de odiar. Otro factor, casi siempre pasado por alto, era que Irak ofrecía la ventaja de la familiaridad.

La guerra del Golfo de 1991 fue la última gran ofensiva terrestre de Estados Unidos con la participación de cientos de miles de soldados.

En los doce años siguientes, el Pentágono utilizó la guerra como un modelo en talleres de formación y elaboración de juegos de guerra. Un ejemplo de esta teoría posterior al juego fue un documento que atrajo el interés de Donald Rumsfeld: *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*. Escrito en 1996 por un grupo de estrategas independientes de la Universidad de Defensa Nacional, el estudio se autodefine como una doctrina militar multiusos aunque en realidad trata sobre la idea de volver a librar la guerra del Golfo. Su autor principal, el comandante de Marina en la reserva Harlan Ullman, explicó que el proyecto comenzó cuando se le preguntó al general Chuck Horner (comandante de la guerra aérea durante la invasión de 1991) sobre su mayor frustración en la lucha contra Sadam Husein. Horner respondió que no había sabido dónde «clavar la aguja» para que el ejército iraquí se viniese abajo. «El *shock* y la conmoción», escribe Ullman, que acuñó la expresión, «tenían como fin abordar esta pregunta: si se pudiese volver a librar la operación Tormenta del Desierto, ¿cómo podríamos ganar en la mitad de tiempo o menos y con muchos menos soldados? [...] La clave del éxito consiste en hallar los puntos de entrada para las agujas de Horner, esos puntos que hacen que el enemigo caiga inmediatamente». <sup>8</sup> Los autores estaban convencidos de que si el ejército estadounidense tuviese la oportunidad de volver a enfrentarse a Sadam, estaría en mejor disposición de encontrar esos «puntos de entrada» gracias a las nuevas tecnologías por satélite y a los avances en armamento de



precisión, que permitirían introducir las «agujas» con una exactitud sin precedentes.

Irak ofrecía otra ventaja. Mientras el ejército estadounidense estaba muy ocupado fantaseando con repetir la operación Tormenta del Desierto con una mejora tecnológica equivalente a «la diferencia entre Atari y PlayStation» (como dijo un comentarista), la capacidad militar de Irak había menguado debido a las sanciones y estaba virtualmente desmantelada por el programa de inspección de armas de Naciones Unidas.<sup>9</sup> Eso significaba que, en comparación con Irán o Siria, Irak parecía el lugar adecuado para la guerra más fácil de ganar.

Thomas Friedman habló sin rodeos sobre lo que significaba para Irak ser elegido como modelo. «No estamos construyendo una nación en Irak. Estamos creando una nación», escribió, como si comparar precios para crear de la nada una nación árabe grande y rica en petróleo fuese algo natural, incluso «noble», en el siglo XXI.<sup>10</sup> Como otros muchos defensores de la guerra, Friedman afirma desde entonces que él no imaginó la carnicería que seguiría a la invasión. Resulta difícil entender cómo pudo pasar por alto ese detalle. Irak no era un espacio vacío en un mapa; era, y sigue siendo, una cultura tan antigua como la civilización, con un fervoroso orgullo antiimperialista, un fuerte nacionalismo árabe, una fe profunda y una mayoría de población adulta masculina con formación militar. Si la «creación de una nación» iba a tener lugar en Irak, ¿qué se suponía que iba a ocurrir exactamente con la nación que ya existía allí? La suposición tácita desde el principio fue que gran parte de esa nación tendría que desaparecer a fin de despejar el terreno para el gran experimento (una idea que incluía la certeza de una extraordinaria violencia colonialista).

Treinta años antes, cuando la contrarrevolución de la Escuela de Chicago dio su primer salto del libro de texto al mundo real, también se intentó borrar naciones y crear otras nuevas en su lugar. Como Irak en 2003, el Chile de 1973 tuvo como fin servir de modelo para todo el continente rebelde (y así fue durante muchos años). Los brutales regímenes que llevaron a cabo las ideas de la Escuela de Chicago en los años setenta entendieron que, para lograr el nacimiento de nuevas naciones en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, era preciso arrancar «de raíz» categorías enteras de personas y sus culturas.

En los países que sufrieron las limpiezas políticas se han producido esfuerzos colectivos para aceptar esta historia violenta: comisiones de la

verdad, excavaciones de tumbas anónimas y el comienzo de los juicios por crímenes de guerra contra los culpables. No obstante, las juntas latinoamericanas no actuaron solas: recibieron el apoyo, antes y después de los golpes, de Washington (tal como se ha documentado ampliamente). Por ejemplo, en 1976 -año en que se produjo el golpe de Estado en Argentina-, cuando miles de jóvenes activistas fueron arrancados de sus casas, la Junta tuvo el apoyo económico de Washington («Si hay cosas que hacer, deberían hacerlas cuanto antes», dijo Kissinger).<sup>11</sup> Aquel mismo año, Gerald Ford era el presidente, Dick Cheney era jefe del Estado Mayor, Donald Rumsfeld era secretario de Defensa, y el ayudante ejecutivo de Kissinger era un ambicioso joven llamado Paul Bremer. Estos hombres no se enfrentaron nunca a un proceso de verdad y justicia por su apoyo a las juntas y siguieron disfrutando de carreras largas y prósperas; tan largas que tres décadas más tarde seguían en activo para poner en marcha un experimento sorprendentemente similar, aunque mucho más violento, en Irak.

En su discurso inaugural de 2005, George W. Bush describió la época entre el final de la Guerra Fría y el principio de la guerra contra el terror como «años de reposo, sabáticos, [...] y después llegó un día de fuego».<sup>12</sup> La invasión de Irak marcó el terrible regreso a las antiguas técnicas de la cruzada del libre mercado: el uso del *shock* definitivo para borrar por la fuerza todos los obstáculos contrarios a la construcción de modelos de Estados corporativistas libres de toda interferencia.

Ewen Cameron, el psiquiatra pagado por la CIA que intentó «desprogramar» a sus pacientes haciéndoles regresar a un estado infantil, creía que si un pequeño *shock* era conveniente para ese propósito, más sería mejor. Aplicó en los cerebros de los presos todo lo que se le ocurrió - electricidad, alucinógenos, privación sensorial, sobrecarga sensorial-, cualquier cosa que borrara el contenido y le dejara con una tabla rasa sobre la que pudiera escribir nuevos pensamientos, nuevos patrones. Con un lienzo mucho más grande, ésa era la estrategia para la invasión y la ocupación de Irak. Los arquitectos de la guerra supervisaron el arsenal global de tácticas de *shock* y decidieron utilizarlas todas: bombardeos militares relámpago complementados con elaboradas operaciones psicológicas, seguidas del programa de terapia de *shock* político y económico más rápido y extenso que se había probado nunca. Si se producía alguna resistencia, se reuniría a los provocadores y se les sometería a todo tipo de abusos.

En los análisis sobre la guerra de Irak, la conclusión más frecuente es que la invasión fue un «éxito», pero la ocupación resultó un fracaso. Lo que no tiene en cuenta esta lectura es que la invasión y la ocupación fueron dos partes de una estrategia unificada: el objetivo del bombardeo inicial fue dejar el lienzo limpio para construir el nuevo modelo de nación.

### *La guerra como tortura*

Para los estrategas de la invasión de Irak en 2003, parece que la respuesta a la pregunta de «dónde clavar las agujas» fue ésta: en todas partes. Durante la guerra del Golfo, en 1991, se dispararon alrededor de 300 misiles Tomahawk en el transcurso de cinco semanas. En 2003 se lanzaron más de 380 en un solo día. Entre el 20 de marzo y el 2 de mayo, las semanas de «los mayores combates», el ejército estadounidense lanzó más de 30.000 bombas en Irak, además de 20.000 misiles de crucero de precisión (el 67% del total de la guerra).<sup>13</sup>

«Estoy muy asustada», dijo Yasmine Musa, madre bagdadí de tres niños, durante los bombardeos. «No pasa ni un solo minuto sin que escuchemos y notemos una bomba en alguna parte. No creo que haya ni un solo metro seguro en todo Irak».<sup>14</sup> Eso significaba que el *shock* y la conmoción estaban logrando su objetivo. En un desafío abierto a las leyes que obligan a evitar el castigo colectivo, la doctrina del *shock* y la conmoción se vanagloria de no dirigirse exclusivamente a las fuerzas militares del enemigo, sino también a la «sociedad en su conjunto», como señalan sus autores: el temor de la masa es una parte clave de la estrategia.

Otro elemento que distingue al *shock* y la conmoción es su conciencia clara de la guerra como un espectáculo de noticias por cable que complace a varios tipos de audiencia: al enemigo, a los americanos que están en casa y a cualquiera que esté pensando en causar problemas. «Cuando los vídeos de estos ataques se pasan en tiempo real por la CNN, el impacto positivo en el apoyo a la coalición y el negativo en el apoyo a la amenaza potencial pueden ser decisivos», explica el manual sobre *shock* y conmoción.

\* Desde el principio, la invasión se concibió como un mensaje de Washington al mundo, un mensaje transmitido con el lenguaje de las bolas de fuego, las explosiones ensordecedoras y los temblores que destruyen ciudades. En *La doctrina del uno por ciento*, Ron Suskind explica que para Rumsfeld y Cheney, «el principal impulso para invadir Irak» fue el deseo de «crear un modelo de prueba para controlar a todo el que tenga la temeridad de comprar armas de destrucción masiva o, en cualquier caso, de desafiar la autoridad de Estados Unidos». Más que una estrategia de guerra, fue un «experimento global sobre conductismo».<sup>15</sup>

La guerra siempre es en parte una representación y en parte una forma de comunicación de masas, pero la organización de Rumsfeld a partir de sus conocimientos de tecnología y medios de comunicación situó el marketing del miedo en el centro de la doctrina militar estadounidense. Durante la Guerra Fría, el temor a un ataque nuclear fue el eje de la estrategia disuasoria, pero con la idea de que los misiles nucleares permaneciesen en sus depósitos. Este ataque era distinto: la guerra de Rumsfeld iba a utilizar de todo, excepto una bomba nuclear, para representar un espectáculo diseñado con el fin de bombardear los sentidos, jugar con las emociones y transmitir mensajes duraderos, con objetivos cuidadosamente seleccionados por su valor simbólico y su impacto pensado para la televisión. De este modo, la teoría de la guerra de Rumsfeld, que forma parte de su proyecto de «transformación», tenía poco en común con las estrategias de «fuerza sobre fuerza» de los generales, que siempre intentaban frenarlo, y mucho más con los terroristas a los que Rumsfeld había declarado la guerra permanente. Los terroristas no intentan ganar a través de la confrontación directa, sino minar la moral pública con despliegues televisivos espectaculares que exponen de manera inmediata la vulnerabilidad del enemigo y su propia capacidad de crueldad. Esta fue la teoría de los ataques del 11-S, y la misma que motivó la invasión de Irak.

La teoría del *shock* y la conmoción se presenta habitualmente como una simple estrategia de potencia de fuego aplastante, pero los autores de la doctrina la consideran mucho más que eso: afirman que se trata de un diseño psicológico sofisticado dirigido «directamente a la voluntad pública del adversario de resistir». Las herramientas ya resultan familiares en el complejo militar estadounidense: privación y sobrecarga sensorial con el fin de inducir un estado de desorientación y regresión. Con ecos claros de los

manuales de interrogación de la CIA, *Shock and Awe* afirma que «en términos crudos, el dominio rápido tomaría el control del entorno y paralizaría o sobrecargaría las percepciones y la comprensión de los hechos por parte del adversario». El objetivo consiste en «dejar al adversario completamente impotente», e incluye estrategias como «manipulación en tiempo real de los sentidos y los estímulos: [...] "encender y apagar" literalmente las "luces" que permiten que un agresor potencial vea o aprecie las condiciones o los hechos referentes a sus fuerzas y, en última instancia, a su sociedad», o «privar al enemigo, en zonas específicas, de la capacidad de comunicar y observar». <sup>16</sup> Irak fue sometido a este experimento de tortura en masa durante meses, un proceso que comenzó mucho antes de que empezasen a caer las bombas.

### *Infundir miedo*

Cuando el ciudadano canadiense Maher Arar fue detenido por agentes estadounidenses en el aeropuerto JFK, en 2002, y lo llevaron a Siria como víctima de una rendición extraordinaria, sus interrogadores recurrieron a una técnica de tortura suficientemente probada. «Me sentaron en una silla, y uno de ellos empezó a hacerme preguntas. [...] Si no respondía con la rapidez suficiente, señalaba a una silla metálica que había en un rincón y me decía: "¿Quieres que utilice eso?". [...] Yo estaba muerto de miedo y no quería que me torturasen. Estaba dispuesto a decir cualquier cosa para evitar la tortura». <sup>17</sup> La técnica a la que se vio sometido Arar se conoce como «mostrar los instrumentos» o, en la jerga militar estadounidense, *fear up* (atemorizar). Los torturadores saben que una de sus armas más potentes es la propia imaginación del prisionero: por lo general, mostrarle instrumentos temibles resulta más eficaz que utilizarlos.

A medida que se acercaba el día de la invasión de Irak, los medios de comunicación estadounidenses recibieron del Pentágono la sugerencia de provocar el temor en Irak. «Lo llaman el "día A"»: así empezó un reportaje en *CBS News* emitido dos meses antes del comienzo de la guerra. «"A" de "ataques aéreos" tan devastadores que a los soldados de Sadam no les van a

quedar ganas de luchar.» Los espectadores conocieron a Harlan Ullman, uno de los autores de *Shock and Awe*, que explicó que «este efecto simultáneo, algo parecido a las armas nucleares utilizadas en Hiroshima, no se logra en días o en semanas, sino en minutos». El reportero, Dan Rather, terminó el programa con una aclaración: «El Departamento de Defensa asegura que este reportaje no contiene información que pudiera ayudar al ejército iraquí».<sup>18</sup> Podría haber ido más lejos: el reportaje, como tantos otros de aquella época, era una parte integral de la estrategia de infundir miedo por parte del Departamento de Defensa.

Los iraquíes, que sabían de los aterradores reportajes a través de satélites de contrabando o por las llamadas de familiares, pasaron varios meses imaginando los horrores del *shock* y la conmoción. La propia expresión se convirtió en una poderosa arma psicológica. ¿Sería peor que en 1991? Si los americanos realmente creían que Sadam tenía armas de destrucción masiva, ¿lanzarían un ataque nuclear?

Una de las respuestas llegó una semana antes de la invasión. El Pentágono invitó al cuerpo de prensa militar de Washington a un viaje especial a la base aérea de Eglin, en Florida, para presenciar la prueba de la MOAB (oficialmente, Massive Ordnance Air Blast [munición de golpe de aire masivo]), aunque todo el mundo de la esfera militar la conoce como «la madre de todas las bombas»). Con sus 9.500 kilos de peso, es el explosivo no nuclear más grande jamás construido. En palabras de Jamie McIntyre, de CNN, es capaz de crear «un hongo de 3.000 metros de altura que recuerda al de una bomba nuclear».<sup>19</sup>

En su reportaje, McIntyre señaló que, aunque no se llegase a utilizar nunca, la mera existencia de la bomba «podría suponer un golpe psicológico» (un reconocimiento tácito del papel que él mismo estaba desempeñando al transmitir esa idea). Como a los prisioneros en las celdas de interrogatorios, a los iraquíes se les estaban mostrando los instrumentos. «El objetivo es que las capacidades de la coalición estén tan claras y sean tan obvias que el ejército iraquí las vea como un freno para luchar», explicó Rumsfeld en el mismo programa.<sup>20</sup>

Cuando comenzó la guerra, los habitantes de Bagdad se vieron sometidos a la privación sensorial a gran escala. Una a una, las percepciones sensoriales de la ciudad se fueron cortando. Los primeros fueron los oídos.

La noche del 28 de marzo de 2003, cuando las tropas norteamericanas se acercaron a Bagdad, el Ministerio de Comunicaciones fue bombardeado y consumido por las llamas, igual que cuatro centrales de teléfono, que dejaron sin servicio a millones de habitantes. Para la operación se utilizaron unos destructores enormes. Los ataques contra centrales telefónicas continuaron (un total de doce) hasta que el 2 de abril sólo quedó un teléfono en funcionamiento en todo Bagdad.

\* <sup>21</sup> Durante el mismo asalto, las emisoras de televisión y radio también sufrieron ataques. Las familias de Bagdad, refugiadas en sus casas, se quedaron sin señal para poder estar al tanto de lo que estaba ocurriendo en la calle.

Muchos iraquíes afirman que la destrucción del servicio telefónico fue la peor parte, psicológicamente hablando, del ataque aéreo. La combinación entre escuchar y sentir las bombas por todas partes y no poder llamar a unas manzanas de distancia para averiguar si los seres queridos estaban vivos, o para tranquilizar a los aterrorizados familiares que vivían en el extranjero, fue un verdadero tormento. Los periodistas destinados en Bagdad se vieron rodeados de una multitud de lugareños desesperados que les suplicaban unos minutos para hablar con sus teléfonos por satélite o les ponían en las manos un papel con un número mientras les rogaban que llamasen a un hermano o un tío, a Londres o a Baltimore. «Dígale que estamos bien. Que sus padres están bien. Dígale hola, y que no se preocupe».<sup>22</sup> Para entonces, la mayoría de las farmacias de Bagdad habían agotado los somníferos y los antidepresivos, y en toda la ciudad no quedaba ni una sola caja de Valium.

El siguiente sentido fue el de la vista. «No hubo una explosión audible, ni un cambio discernible con respecto a los bombardeos de la noche anterior, pero en un instante toda una ciudad de cinco millones de habitantes quedó sumida en una noche pavorosa y eterna», informó *The Guardian* el 4 de abril. La oscuridad se vio «mitigada sólo por los faros de los coches que pasaban».<sup>23</sup> Atrapados en sus casas, los bagdadíes no podían hablar con sus vecinos ni ver qué ocurría fuera. Como un prisionero destinado en un *black site* de la CIA, toda la ciudad estaba encadenada y encapuchada. Lo siguiente fue desnudarla.

## *Objetos personales*

Durante los interrogatorios hostiles, la primera fase para desarmar a los prisioneros consiste en despojarles de la ropa y de todos los objetos que puedan recordarles quiénes son. Con frecuencia, los objetos que tienen un valor especial para los prisioneros, como un Corán o una fotografía muy querida, se tratan con un desprecio total. El mensaje es el siguiente: «No eres nadie, eres quien nosotros queremos que seas», la esencia de la deshumanización. Los iraquíes soportaron este proceso en masa cuando tuvieron que contemplar cómo se profanaban sus instituciones más importantes y su historia se cargaba en camiones para después desaparecer. Los bombardeos dañaron seriamente la ciudad, pero los saqueos (ignorados por las tropas ocupantes) borraron el corazón del país.

«Los cientos de saqueadores que redujeron a añicos cerámicas antiguas, que rompieron vitrinas y se llevaron piezas de oro y otras antigüedades del Museo Nacional de Irak han saqueado nada menos que los recuerdos de la primera civilización», informó el diario *Los Angeles Times*. «Ha desaparecido el 80% de los 170.000 objetos de gran valor del museo.»<sup>24</sup> La Biblioteca Nacional, que contenía copias de todos los libros y tesis doctorales publicados en Irak, quedó hecha una ruina ennegrecida. Coranes iluminados de miles de años de antigüedad desaparecieron del Ministerio de Asuntos Religiosos, totalmente calcinado. «Hemos perdido nuestra herencia nacional», dijo un profesor de instituto de Bagdad.<sup>25</sup> Un comerciante local explicó sobre el museo: «Era el alma de Irak. Si el museo no recupera los tesoros saqueados, sentiré como si me hubiesen robado una parte de mi propia alma». McGuire Gibson, arqueólogo de la Universidad de Chicago, describió los hechos como algo muy parecido «a una lobotomía. La memoria profunda de toda una cultura de miles de años ha sido borrada».<sup>26</sup>

Gracias, en gran parte, a los esfuerzos de los clérigos que organizaron las misiones de salvamento en medio de los saqueos se ha logrado recuperar una parte de los objetos. No obstante, muchos iraquíes estaban convencidos, y todavía lo están, de que la lobotomía de la memoria fue intencionada, es decir, que formó parte de los planes de Washington para eliminar la nación fuerte y arraigada que era y sustituirla por su propio modelo. «Bagdad es la



madre de la cultura árabe», afirmó Ahmed Abdulá, de setenta años, para el *Washington Post*, «y quieren acabar con nuestra cultura».<sup>27</sup>

Como señalaron sin demora los planificadores de la guerra, el saqueo fue obra de iraquíes, no de las tropas extranjeras. Y es cierto que Rumsfeld no planificó el saqueo de Irak, pero tampoco tomó medidas para evitarlo o para atajarlo cuando se produjo. Estos fallos no se pueden descartar como simples descuidos.

Durante la guerra del Golfo, en 1991, trece museos iraquíes fueron saqueados. Por tanto, parecía lógico pensar que la pobreza, la ira contra el antiguo régimen y el ambiente general de caos iban a impulsar a muchos iraquíes a responder de la misma manera, sobre todo si tenemos en cuenta que Sadam había vaciado las cárceles unos meses antes. Varios arqueólogos de prestigio alertaron al Pentágono de que necesitaba una estrategia de sellado para proteger los museos y las bibliotecas antes de cualquier ataque. El 26 de marzo, el Pentágono publicó una circular para el comando de la coalición con una lista «por orden de importancia de 16 lugares» que necesitaban protección en Bagdad. El segundo de la lista era el museo. Otros avisos instaron a Rumsfeld a enviar un contingente policial internacional junto con las tropas para mantener el orden público (y otra sugerencia que fue ignorada).<sup>28</sup>

Sin embargo, aun sin la policía había suficientes soldados estadounidenses en Bagdad para poder destinar algunos a los enclaves culturales más importantes, pero no fue así. Existen numerosos testimonios de soldados americanos que pasaban el rato junto a sus vehículos blindados mientras observaban cómo pasaban los camiones llenos de objetos saqueados (un reflejo de la indiferencia procedente directamente de Rumsfeld). Algunas unidades asumieron unilateralmente la tarea de detener los saqueos, pero en otros casos los soldados se unieron a los robos. El aeropuerto internacional de Bagdad quedó completamente destrozado a manos de soldados que, según *Time*, rompieron todo el mobiliario y los aviones aparcados en las pistas: «Soldados norteamericanos que buscaban asientos cómodos y *souvenirs* destrozaron asientos, mandos de cabina y parabrisas de numerosos aviones». El resultado se calculó en unos 100 millones de daños a las líneas aéreas nacionales de Irak (uno de los primeros valores que entró en el bloque de subasta de la controvertida privatización parcial).<sup>29</sup>

Dos de los protagonistas de la ocupación explicaron parte de las razones por las que hubo tan poco interés oficial en detener los saqueos: Peter McPherson, asesor económico de Paul Bremer, y John Agresto, director para la reconstrucción de la educación superior. McPherson explicó que cuando vio a los iraquíes llevándose propiedades del Estado -coches, autobuses, equipamientos de los ministerios-, no le preocupó. Su tarea como principal terapeuta del *shock* económico en Irak era reducir radicalmente el Estado y privatizar sus activos, lo que significaba que los saqueadores en realidad le estaban ayudando. «Pensé que la privatización que se produce de manera natural cuando alguien toma un vehículo o un camión del Estado no tenía nada de malo.» Burócrata veterano de la administración Reagan y firme creyente en la economía de la Escuela de Chicago, McPherson describió el pillaje como una forma de «reducción» del sector público. <sup>\*30</sup>

Su colega, John Agresto, también encontró motivos para la esperanza cuando vio los saqueos de Bagdad por televisión. Para él, su trabajo -«una aventura irrepetible»- consistía en rehacer el sistema educativo superior de Irak a partir de la nada. En aquel contexto, los destrozos en las universidades y el Ministerio de Educación supusieron «la oportunidad para empezar de cero», de dotar a las escuelas de Irak «del mejor equipo y el más moderno». Si la misión era la «creación de una nación», como tantos creían, todo lo que quedase del viejo país sólo iba a suponer un estorbo. Agresto era el ex presidente del St. John's College (Nuevo México), un centro especializado en libros valiosos. Explicó que aunque no sabía nada de Irak, había resistido la tentación de leer sobre el país antes de su viaje para llegar «con la mente lo más abierta posible». <sup>31</sup> Como sus colegas de Irak, Agresto iba a ser una tabla rasa.

Si Agresto hubiese leído uno o dos libros, tal vez se habría replanteado la necesidad de borrarlo todo y partir de cero. Habría sabido, por ejemplo, que antes de que las sanciones estrangulasen al país, Irak tenía el mejor sistema educativo de la región y la tasa de alfabetización más alta del mundo árabe: en 1985, el 89% de los iraquíes estaban alfabetizados. Como contraste, en el estado natal de Agresto, Nuevo México, el 46% de la población es analfabeta funcional, y el 20% es incapaz de realizar operaciones «básicas de matemáticas para calcular el total de una compra». <sup>\*\*32</sup> Con todo, Agresto estaba tan convencido de la superioridad de los sistemas americanos que se mostró incapaz de contemplar la posibilidad

de que los iraquíes quisieran salvar y proteger su cultura, y de que sintiesen su destrucción como una pérdida terrible.

Esta ceguera neocolonialista es un tema recurrente en la guerra contra el terror. En la prisión de Guantánamo hay una sala conocida como «la choza del amor». Los detenidos son conducidos a esta celda cuando sus captores han decidido que no son combatientes enemigos y están a punto de ser liberados. En la choza, a los prisioneros se les permite ver películas de Hollywood y se les sirve comida basura americana. A Asif Iqbal, uno de los tres británicos detenidos conocidos como «los tres de Tipton», se le permitió recibir varias visitas antes de que él y sus dos amigos fuesen enviados a casa. «Veíamos DVD, comíamos de McDonald's y Pizza Hut, y no hacíamos nada. En esa zona no llevábamos grilletes. [...] No teníamos ni idea de por qué nos trataban así. El resto de la semana volvíamos a las celdas de siempre. [...] En una ocasión, Lesley [oficial del FBI] compró Pringles, helados y chocolatinas. Fue el último domingo antes de nuestro regreso a Inglaterra». Su amigo, Rhuhel Ahmed, especuló con la posibilidad de que aquel trato especial fuese porque «sabían que se habían pasado de la raya, nos habían torturado durante dos años y medio y esperaban que así lo olvidásemos».<sup>33</sup>

Ahmed e Iqbal fueron detenidos por la Alianza del Norte mientras visitaban Afganistán de camino a una boda. Fueron golpeados con violencia, les inyectaron drogas sin identificar, les obligaron a mantener posturas incómodas durante horas, les privaron del sueño, les forzaron a afeitarse y les negaron todos los derechos legales durante veintinueve meses.<sup>34</sup> Y se suponía que iban a «olvidarlo» ante la irresistible tentación de unas Pringles. Ese era el plan.

Resulta difícil de creer, pero de nuevo ése era más o menos el plan de Washington para Irak: sembrar el *shock* y el terror en todo el país, destruir sus infraestructuras, permanecer de brazos cruzados mientras su cultura y su historia eran víctimas del pillaje, para arreglarlo después con un abastecimiento ilimitado de electrodomésticos baratos y comida basura importada. En Irak, este ciclo de borrar una cultura para sustituirla por otra no fue teórico; todo se desarrolló en cuestión de semanas.

Paul Bremer, nombrado por Bush para dirigir la autoridad de la ocupación en Irak, admite que cuando llegó a Bagdad por primera vez los saqueos continuaban en pleno apogeo y el orden estaba muy lejos de ser restaurado. «Bagdad estaba en llamas, literalmente, cuando llegué desde el

aeropuerto. [...] No había tráfico en las calles; no había electricidad, ni producción de crudo, ni actividad económica, ni un solo policía de servicio». A pesar de todo, su solución a la crisis fue abrir inmediatamente las fronteras a las importaciones sin ninguna limitación: ni aranceles, ni impuestos, ni inspecciones ni tasas. Irak, según declaró Bremer dos semanas después de su llegada, estaba «abierta para los negocios».<sup>35</sup> De la noche a la mañana, el país pasó de ser uno de los más aislados del mundo, separado del comercio más básico por las estrictas sanciones de la ONU, a convertirse en el mercado más abierto del planeta.

Mientras las camionetas de reparto cargadas con los objetos saqueados partían hacia Jordania, Siria e Irán, en la dirección opuesta llegaron convoyes de remolcadores repletos de televisores chinos, DVD de Hollywood y satélites jordanos, todo listo para ser descargado en las aceras del distrito bagdadí de Karada. Una cultura desaparecía bajo las llamas y a manos de los saqueadores, y otra llegaba en sus embalajes para sustituirla.

Una de las empresas norteamericanas preparada para dar el pistoletazo de salida al experimento del capitalismo de frontera fue New Bridge Strategies, fundada por Joe Allbaugh (ex jefe de FEMA con Bush). Su promesa consistió en utilizar sus contactos políticos de alto nivel para ayudar a las multinacionales estadounidenses a llevarse una parte del pastel de Irak. «Conseguir los derechos de distribución de Procter & Gamble sería una mina de oro», observó entusiasmado uno de los socios de la compañía. «Un Seven Eleven bien surtido podría dejar fuera de juego a treinta tiendas iraquíes, y un Wal-Mart se haría cargo de todo el país».<sup>36</sup> Como los prisioneros de la choza del amor de Guantánamo, todo Irak iba a ser sobornado con Pringles y cultura pop. Esta era, al menos, la idea de un plan de posguerra de la administración Bush.

## Capítulo 17: UN BLOWBACK IDEOLÓGICO

### Un desastre muy capitalista

*El mundo es un lugar caótico, y alguien tiene que poner orden.*  
CONDOLEZZA RICE, septiembre de 2002, sobre la necesidad de invadir Irak<sup>1</sup>

*La capacidad de Bush de imaginar un Oriente Medio distinto podría guardar relación con su relativa ignorancia sobre la región. Si hubiese viajado a Oriente Medio y hubiese visto sus muchos fallos, podría haber acabado desanimado. Libre de tener que ver las realidades del día a día, Bush mantuvo una visión de cómo podría ser la región.*

FAREED ZAKARIA, columnista de Newsweek<sup>2</sup>

*Y dijo el que estaba sentado en el suelo: «He aquí que renuevo todas las cosas». Y díjome a mí: «Escribe, porque todas estas palabras son dignísimas de fe y verdaderas».*  
Apocalipsis 21,5

La guerra en Irak lleva tanto tiempo en modalidad de control de daños que resulta sencillo olvidar la visión original de cómo se suponía que tenía que funcionar. Pero existió una visión, perfectamente resumida en una conferencia celebrada en Bagdad por el Departamento de Estado norteamericano en los primeros meses de la ocupación. La reunión incluyó a catorce políticos y burócratas de alto nivel procedentes de Rusia y Europa del Este: ministros de Economía, directores de bancos centrales y ex viceprimeros ministros. En septiembre de 2003 aterrizaron en el aeropuerto internacional de Bagdad, equipados con cascos de combate y chalecos de protección. Inmediatamente se dirigieron a la Zona Verde, la ciudad amurallada dentro de Bagdad, donde se encontraba la sede del gobierno dirigido por Estados Unidos, la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA), y que hoy acoge la embajada estadounidense. En el antiguo centro de conferencias de Sadam, los invitados VIP impartieron lecciones sobre transformación capitalista a un grupo de iraquíes influyentes.

Uno de los principales oradores fue Marek Belka, antiguo ministro de Economía de Polonia, de derechas, que trabajó en Irak durante varios meses

a las órdenes de Bremer. Según un informe oficial del Departamento de Estado acerca del encuentro, Belka machacó a los iraquíes con el mensaje de que tenían que aprovechar el momento de caos y ser «contundentes» para imponer políticas que «iban a dejar en el paro a mucha gente». La primera lección de Polonia, según Belka, era que «las empresas estatales improductivas debían ser vendidas inmediatamente sin realizar ningún esfuerzo por salvarlas con fondos públicos». (Olvidó mencionar que la presión popular obligó a Solidaridad a abandonar sus planes de una privatización rápida, con lo que Polonia se libró de una disolución al estilo de Rusia.) Su segunda lección fue todavía más audaz. Habían pasado cinco meses desde la caída de Bagdad, e Irak se hallaba sumido en una situación de emergencia humanitaria. El desempleo era del 67%, la desnutrición iba en aumento y lo único que impedía una hambruna masiva era el hecho de que los hogares iraquíes todavía recibían alimentos y otros bienes subvencionados por el gobierno, tal como había ocurrido con el programa «petróleo por alimentos» de la ONU durante la etapa de sanciones. También podían llenar los depósitos de gasolina (cuando había) por un precio muy económico. Belka explicó a los iraquíes de la conferencia que esas gangas distorsionadoras del mercado tenían que desaparecer de inmediato. «Desarrollen el sector privado, empezando con la eliminación de las subvenciones.» Insistió en que esas medidas eran «mucho más importantes y controvertidas» que la privatización.<sup>3</sup>

El siguiente en hablar fue Yegor Gaidar, ex viceprimer ministro de Yeltsin y considerado arquitecto del programa de terapia de *shock* de Rusia. Al invitar a Gaidar a Bagdad, da la impresión de que el Departamento de Estado dio por sentado que los iraquíes no sabrían que en Moscú le consideraban un indeseable debido a su estrecha relación con los oligarcas y las políticas que habían arruinado a decenas de millones de rusos. \* Si bien es cierto que con Sadam los iraquíes tenían un acceso limitado a las noticias del exterior, los que participaron en la conferencia de la Zona Verde eran en su mayoría exiliados que acababan de regresar. En los años noventa, mientras Rusia se venía abajo, ellos leían *The International Herald Tribune*.

Fue Mohamad Tofiq, ministro provisional de Industria, quien me habló de esta extraña conferencia (que no se trató en la prensa en su momento). Meses más tarde, cuando nos reunimos en su oficina provisional de Bagdad (el antiguo ministerio había quedado reducido a un almacén carbonizado), Tofiq todavía sonreía al pensar en el asunto. Me explicó que los iraquíes

acribillaron a los visitantes trajeados con información sobre el lamentable empeoramiento de un pueblo devastado por la guerra a raíz de la decisión de Paul Bremer de abrir las fronteras de par en par; si ese pueblo sufriese recortes en las ayudas al suministro de gas y de alimentos, la ocupación tendría que enfrentarse a una revolución. En cuanto al orador estrella, éstas fueron las palabras de Tofiq: «Les dije a algunos de los organizadores de la conferencia que si yo tenía que fomentar las privatizaciones en Irak, llevaría a Gaidar y les diría: "Hagan exactamente lo contrario de lo que él hizo"».

Cuando Bremer empezó a emitir decretos legales en Bagdad, Joseph Stiglitz, ex economista jefe del Banco Mundial, advirtió de que en Irak se estaba aplicando «una terapia de *shock* más radical que la que se llevó a cabo en el antiguo mundo soviético». Y tenía razón. En el plan original de Washington, Irak iba a convertirse en una frontera como ocurrió con Rusia a principios de los años noventa. Sin embargo, en esta ocasión serían empresas estadounidenses -no locales o competidoras europeas, rusas o chinas- las que estarían en primera línea para llevarse los millones fáciles. Y nada iba a detenerlas, ni siquiera los cambios económicos más dolorosos, porque al contrario que en la antigua Unión Soviética, o que en Latinoamérica y África, la transformación no implicaría un baile amanerado entre oficiales del FMI y políticos locales quijotescos mientras que el fisco de Estados Unidos controlaba la situación desde la *suite*. En Irak, Washington suprimió a los intermediarios: el FMI y el Banco Mundial quedaron relegados a papeles secundarios, mientras Estados Unidos fue el protagonista absoluto. Paul Bremer era el gobierno; como explicó un oficial militar estadounidense de alto rango a Associated Press, no servía de nada negociar con el gobierno local porque «por ahora tenemos que negociar con nosotros mismos».<sup>4</sup>

En esta dinámica se asentó la transformación económica de Irak (aparte de en los laboratorios anteriores). Todos los esfuerzos realizados durante los años noventa para presentar el «libre comercio» como algo distinto a un proyecto imperial se dejaron de lado. En otros lugares continuarían las discusiones ligeras por el libre comercio, con sus negociaciones asfixiantes, pero ahora también iban a ser duras, sin intermediarios ni marionetas, apoderándose directamente de nuevos mercados para multinacionales occidentales en los campos de batalla de guerras preventivas.

Los defensores de la «teoría del modelo» afirman ahora que ahí fue donde su guerra se equivocó; como señaló Richard Perle a finales de 2006, «el error originario» fue «traer a Bremer». David Frum se mostró de acuerdo al afirmar que deberían haber contado desde el principio «con algún rostro iraquí» en la reconstrucción de Irak.<sup>5</sup> Y en lugar de eso colocaron a Paul Bremer, protegido en el Palacio Republicano de Sadam, con su cúpula turquesa, mientras recibía por correo electrónico leyes de comercio e inversión del Departamento de Defensa para después imprimirlas, firmarlas e imponerlas por decreto al pueblo iraquí. Bremer no fue un americano impasible; él maniobró y manipuló entre bastidores. Con su aspecto de protagonista de la «película de la semana» y su afición por las cámaras, parecía decidido a hacer ostentación de su poder absoluto ante los iraquíes. Recorrió el país en un ostentoso helicóptero Blackhawk flanqueado por guardias de seguridad privados tipo G. I. Joe, contratados por Blackwater, y siempre ataviado con su uniforme marca de la casa: trajes de Brooks Brothers sin una sola arruga y botas Timberland de color beige (se las había regalado su hijo para ir a Bagdad. «Dale una patada en el culo a alguien, papá», rezaba la nota que las acompañaba).<sup>6</sup>

Como él mismo confesó, Bremer sabía muy poco de Irak («He vivido en Afganistán», explicó en una entrevista). Su ignorancia, sin embargo, importaba bien poco, porque si había algo de lo que Bremer sabía mucho era sobre la misión central en Irak: el capitalismo del desastre.<sup>7</sup>

El 11 de septiembre de 2001, Bremer trabajaba como director ejecutivo y «asesor político *senior*» en el gigante de seguros Marsh & McLennan. La compañía tenía sus oficinas en la Torre Norte del World Trade Center, destruida tras los ataques. En los primeros días posteriores a los atentados se dio por desaparecidos a 700 trabajadores; finalmente se confirmaron 295 fallecidos. Exactamente un mes después, el 11 de octubre, Paul Bremer puso en marcha Crisis Consulting Practice, una nueva rama de Marsh especializada en ayudar a multinacionales a prepararse para posibles ataques terroristas y otras crisis. Bremer (que anunciaba su experiencia como embajador itinerante de contraterrorismo con la administración Reagan) y su empresa ofrecían servicios completos de contraterrorismo, desde seguros de riesgos políticos hasta relaciones públicas e incluso asesoría sobre acopio de reservas.<sup>8</sup>

La participación de Bremer en la vanguardia de la industria de seguridad nacional fue una preparación ideal para Irak. Y es que la



administración Bush utilizó para reconstruir el país la misma fórmula que introdujo en la respuesta al 11-S: trató el Irak de posguerra como si fuese una emocionante oferta pública inicial de acciones, rebosante de potencial descontrolado y de beneficios rápidos. Si Bremer ofendió a más de uno, lo cierto es que su misión nunca consistió en ganarse a los iraquíes. Más bien se trataba de preparar el país para la puesta en marcha de Irak Inc. Visto así, sus primeras decisiones, tan criticadas, tienen una coherencia lógica inequívoca.

Después de sustituir al prudente general Jay Garner en el cargo de enviado principal de Estados Unidos, Bremer se pasó los primeros cuatro meses en Irak centrado casi en exclusiva en la transformación económica. Aprobó varias leyes que en conjunto componen un programa de terapia del *shock* clásico de la Escuela de Chicago. Antes de la invasión, la economía de Irak se cimentaba en la compañía petrolera nacional y en doscientas empresas de propiedad estatal que producían los componentes básicos de la dieta iraquí y la materia prima de su industria (desde cemento a papel o aceite para cocinar). Cuando llevaba un mes en su nuevo puesto, Bremer anunció que las empresas iban a ser privatizadas de inmediato. «Poner las empresas estatales ineficaces en manos privadas», explicó Bremer, «es esencial para la recuperación económica de Irak».<sup>9</sup>

A continuación llegó el turno de las leyes económicas. Para incitar a los inversores extranjeros a tomar parte en la subasta de privatización y construir nuevas fábricas y tiendas en Irak, Bremer promulgó una serie de leyes radicales descritas por *The Economist* en términos rimbombantes como «la lista de los deseos con la que sueñan los inversores extranjeros y las fundaciones benéficas para los mercados en desarrollo».<sup>10</sup> Una ley reducía la tasa de impuestos a las empresas de un 45% a un 15% (salida directamente de la estrategia de Milton Friedman). Otra permitía a empresas extranjeras hacerse con el 100% de los activos iraquíes, para evitar así que se repitiese el caso de Rusia, donde los premios fueron a parar a los oligarcas locales. Todavía mejor: los inversores podrían llevarse el 100% de los beneficios que obtuviesen de Irak fuera del país; no se les exigirían reinversiones ni el pago de impuestos. El decreto también estipulaba que los inversores podrían tramitar alquileres y contratos de cuarenta años con derecho a renovación, lo que significaba que los futuros gobiernos electos tendrían la carga de negocios firmados por sus ocupantes. El único campo en el que Washington se contuvo fue en el del petróleo: los asesores iraquíes

alertaron de que cualquier intento de privatizar la compañía petrolera estatal o reclamar las reservas no utilizadas antes de contar con un gobierno iraquí sería contemplado como un acto de guerra. No obstante, la autoridad de la ocupación tomó posesión de ingresos de la compañía petrolera por valor de 20.000 millones de dólares para invertir como mejor le pareciese.\*<sup>11</sup>

La Casa Blanca estaba tan centrada en presentar una nueva y flamante economía iraquí que decidió, en los primeros días de la ocupación, crear una nueva moneda (una enorme empresa logística). La empresa británica De La Rue hizo el trabajo; los billetes se entregaron a través de flotas de aviones y se distribuyeron en vehículos blindados que realizaron un mínimo de mil misiones en todo el país (en un momento en que el 50% de la población seguía sin agua potable, los semáforos no funcionaban y la delincuencia iba en aumento).<sup>12</sup>

Aunque fue Bremer quien puso en práctica estos planes, las prioridades procedían directamente de arriba. En una testificación ante un comité del Senado, Rumsfeld describió las «reformas generales» de Bremer como la creación de «algunas de las leyes de impuestos e inversiones más inteligentes -y sugerentes- del mundo libre». Al principio, parece que los inversores apreciaron el esfuerzo. En unos meses se produjeron conversaciones sobre la instalación de un McDonald's en el centro de Bagdad (el símbolo definitivo de la adhesión de Irak a la economía global), la financiación para un hotel de lujo de Starwood estaba casi lista, y General Motors tenía planes para construir una planta de fabricación de coches. En cuanto a la parte financiera, HSBC, el banco internacional con sede en Londres, consiguió un contrato para abrir sucursales por todo Irak y Citigroup anunció sus planes de ofrecer préstamos sustanciales garantizados contra futuras ventas de crudo iraquí. Los grandes del petróleo -Shell, BP, ExxonMobil, Chevron y el ruso Lukoil- se arrimaron tímidamente con la firma de acuerdos para formar a los funcionarios iraquíes en las últimas tecnologías de extracción y modelos de gestión. Confiaban en que su momento no tardaría en llegar.<sup>13</sup>

Las leyes de Bremer, diseñadas con el fin de crear las condiciones idóneas para un frenesí de inversiones, no eran exactamente originales: simplemente se trataba de una versión acelerada de lo que se había puesto en práctica en anteriores experimentos de terapia del *shock*. Pero el gabinete de capitalismo del desastre de Bush no estaba dispuesto a esperar a que las leyes entrasen en vigor. En Irak, el experimento penetró en un terreno

totalmente nuevo al convertir la invasión, la ocupación y la reconstrucción en un interesante mercado completamente privatizado. Igual que el complejo de la seguridad nacional, ese mercado se creó con una enorme inyección de dinero público. Sólo para la reconstrucción se aportaron inicialmente 38.000 millones de dólares por parte del Congreso de Estados Unidos, 15.000 millones de otros países y 20.000 millones de dinero de Irak procedente del petróleo.<sup>14</sup>

Cuando se anunciaron esas cantidades iniciales, las comparaciones elogiosas con el Plan Marshall fueron inevitables. Bush fomentó el paralelismo y declaró que la reconstrucción era «el mayor compromiso económico de este tipo desde el Plan Marshall». En una comparecencia televisada en los primeros meses de la ocupación explicó que «Estados Unidos ya ha hecho antes este tipo de trabajo. Después de la Segunda Guerra Mundial levantamos las naciones derrotadas de Japón y Alemania y permanecemos a su lado mientras formaban gobiernos representativos».<sup>15</sup>

Lo que ocurrió con los millones destinados a la reconstrucción de Irak, sin embargo, no guarda relación con la historia mencionada por Bush. Con el Plan Marshall original, las empresas americanas se lucraron a través del envío de equipamientos y alimentos a Europa, pero el objetivo explícito era ayudar a las economías maltrechas por la guerra a recuperarse como mercados autosuficientes, crear puestos de trabajo y desarrollar impuestos capaces de sostener los servicios sociales. Los resultados son evidentes en las actuales economías mixtas de Alemania y Japón.

El gabinete de Bush promovió, en realidad, un anti-Plan Marshall, su contrario en todos los sentidos posibles. Era un plan garantizado desde el principio para socavar el debilitado sector industrial iraquí y lograr que el desempleo se disparase. Si el plan posterior a la Segunda Guerra Mundial impidió las inversiones de firmas extranjeras para evitar la percepción de que se aprovechaban de países en un estado de debilidad, este esquema hizo todo lo posible por seducir a las empresas norteamericanas (con algunos restos para las firmas con sede en países adheridos a la «coalición de la buena voluntad»). Este robo de los fondos para la reconstrucción de Irak, justificado mediante ideas no discutidas y racistas sobre la superioridad de Estados Unidos y la inferioridad de Irak (y no sólo con los demonios genéricos de la «corrupción» y la «ineficacia»), fue lo que condenó el proyecto desde el principio.

Ni un solo dólar llegó a las fábricas iraquíes para que pudiesen reabrir y sentar las bases de una economía sostenible, crear puestos de trabajo y financiar la seguridad social. Simplemente, los iraquíes no participaron en este plan. Los contratos del gobierno federal estadounidense (emitidos en su mayoría por USAID) encargaron una especie de «país en una caja», diseñado en Virginia y Texas, para ensamblarlo en Irak. Como afirmaron repetidamente las autoridades de la ocupación, fue «un regalo del pueblo estadounidense al pueblo de Irak». Lo único que tenían que hacer los iraquíes era abrirlo.<sup>16</sup> Ni siquiera para el proceso de montaje se recurrió a la mano de obra barata iraquí porque los grandes contratistas norteamericanos -entre otros, Halliburton, Bechtel y Parsons, el gigante de la ingeniería con sede en California- prefirieron importar trabajadores extranjeros que pudiesen controlar fácilmente. Una vez más, los iraquíes se quedaron con el papel de espectadores atemorizados: primero por la tecnología militar de Estados Unidos, y después por sus proezas en ingeniería y gestión.

Como en el caso de la industria de la seguridad nacional, el papel de los empleados del gobierno -inclusive los del gobierno estadounidense- se redujo al mínimo. El equipo de Bremer consistía en 1.500 trabajadores para gobernar un país con 25 millones de habitantes. En claro contraste, Halliburton contó con 50.000 trabajadores en la región, muchos de ellos funcionarios de carrera seducidos por los sueldos más altos del sector privado.<sup>17</sup>

La escasa presencia pública y la numerosa presencia empresarial reflejaron el hecho de que el gabinete de Bush utilizó la reconstrucción de Irak (sobre la cual tenía el control absoluto, cosa que no ocurría con la burocracia federal dentro de su propio país) para poner en práctica su visión de un gobierno hueco basado en las subcontratas. En Irak no hubo ni una sola función gubernamental que se considerase tan decisiva como para no dejarla en manos de un contratista (a ser posible, uno que aportase dinero o seguidores cristianos al Partido Republicano durante las campañas electorales). El lema habitual de Bush gobernó todos los aspectos de la participación de las fuerzas extranjeras en Irak: si una tarea puede ser realizada por una entidad privada, así debe ser.

Así, mientras Bremer firmaba las leyes, los contables privados fueron los que diseñaron y controlaron la economía. BearingPoint, sucursal de la gran empresa de contabilidad y asesoría KPMG, recibió 240 millones de dólares para crear un «sistema mercantilista» en Irak. El contrato de 107

páginas menciona en 51 ocasiones la palabra «privatización» (gran parte del contrato original fue redactado por BearingPoint). Los *think tanks* recibieron dinero para pensar (el británico Instituto Adam Smith fue contratado para colaborar en la privatización de las empresas iraquíes). Compañías de seguridad privada y contratistas de defensa formaron al nuevo ejército y policía de Irak (DynCorp, Vinnell y USIS, del Carlyle Group, entre otros). Y varias empresas de educación realizaron el nuevo proyecto curricular e imprimieron los libros correspondientes (Creative Associates, una consultora de gestión y educación con sede en Washington, D.C., recibió contratos por valor de más de 100 millones de dólares para desempeñar esas tareas). <sup>\*18</sup>

Mientras tanto, el modelo creado por Cheney para Halliburton en los Balcanes, donde las bases se transformaron en miniciudades de la empresa, se adoptó en Irak a una escala infinitamente más grande. Además de la construcción y la gestión de las bases militares de todo el país por parte de Halliburton, la Zona Verde fue desde el principio una ciudad-Estado gestionada por la compañía: todo estaba en sus manos, desde el mantenimiento de las carreteras hasta el control de plagas o las noches de cine y discoteca.

La CPA estaba demasiado escasa de personal para controlar a todos los contratistas y, además, la administración Bush consideraba que la vigilancia no era una función básica para recurrir a subcontratas. La empresa de ingeniería y construcción CH2M Hill, con sede en Colorado, recibió 28,5 millones de dólares en una sociedad conjunta con Parsons para supervisar a otros cuatro contratistas. Incluso la tarea de construir la «democracia local» se privatizó a través de un contrato con el Research Triangle Institute (de Carolina del Norte), que recibió 466 millones de dólares, aunque no está nada claro qué otorgaba al RTI la capacidad de llevar la democracia a un país musulmán. El liderazgo de la operación de la empresa en Irak recayó en un grupo de mormones poderosos: gente como James Mayfield, que a su regreso a Houston explicó a su congregación que pensó que podría convencer a los musulmanes de que acogiesen el Libro de Mormón como lectura compatible con las enseñanzas de Mahoma. En un correo electrónico que envió a su casa afirmó que imaginaba que los iraquíes erigirían una estatua en su honor como «fundador de su democracia». <sup>\*\*19</sup>

Mientras todas estas firmas extranjeras se abalanzaban sobre el país, la maquinaria de las 200 empresas estatales de Irak permaneció inmóvil (una

situación agravada por los apagones crónicos). En el pasado, la economía industrial de Irak fue una de las más prósperas de la región; ahora, sus empresas más grandes ni siquiera podían conseguir una sub-sub-subcontrata para la reconstrucción de su propio país. Para participar en esa fiebre del oro, las empresas iraquíes habrían necesitado generadores de emergencia y algunos arreglos básicos; algo que no parecía imposible, teniendo en cuenta la velocidad con la que Halliburton construyó bases militares que parecían barrios del Medio Oeste americano.

Mohamad Tofiq me dijo desde su cargo en el ministerio de Industria que había solicitado generadores en repetidas ocasiones, señalando que las 17 fábricas estatales de cemento de Irak eran perfectamente capaces de apoyar la reconstrucción con materiales y de poner a trabajar a decenas de miles de iraquíes. Las fábricas no recibieron nada: ni contratos, ni generadores, ni ayudas. Las compañías americanas prefirieron importar su cemento, igual que la mano de obra, a un precio diez veces superior. Uno de los decretos de Bremer prohibió específicamente que el banco central iraquí ofreciese financiación a las empresas estatales (un hecho del que no se supo nada hasta varios años más tarde).<sup>20</sup> La razón de este boicot efectivo contra la industria iraquí no era práctica, me dijo Tofiq, sino ideológica. Entre los que tomaban las decisiones, «nadie creía en el sector público».

Mientras las empresas privadas iraquíes cerraban por doquier, incapaces de competir con las importaciones que entraban por las fronteras abiertas, el personal de Bremer no ofreció ninguna palabra de apoyo. Ante un público formado por ejecutivos iraquíes, Michael Fleischer (uno de los delegados de Bremer) confirmó que muchos de sus negocios iban a fracasar frente a la competencia extranjera, pero que ahí radicaba la belleza del libre mercado. «¿Se verán arrollados por las empresas extranjeras?», preguntó retóricamente. «La respuesta depende de ustedes. Sólo sobrevivirán los mejores». Parecían palabras pronunciadas por Yegor Gaidar, que supuestamente dijo acerca de los pequeños negocios rusos que se fueron a pique como consecuencia de la terapia de *shock*: «¿Y qué? El moribundo merece morir».<sup>21</sup>

Ya todo el mundo sabe que el anti-Plan Marshall de Bush no salió como esperaban. Los iraquíes no vieron la reconstrucción como «un regalo»: la mayoría lo consideraron una forma modernizada de saqueo, y las empresas estadounidenses no impresionaron a nadie con su velocidad y su eficacia. Por el contrario, han logrado convertir la palabra

«reconstrucción» en un «chiste que no hace gracia a nadie», tal como dijo un ingeniero iraquí.<sup>22</sup> Cada error de cálculo provocó un aumento de la resistencia, respondida a su vez con acciones represivas por parte de las tropas extranjeras hasta sumir al país en un infierno de violencia. Según el estudio más fiable, en julio de 2006 la guerra en Irak había provocado 655.000 muertos iraquíes, personas que seguirían vivas de no haber sido por la invasión y la ocupación.<sup>23</sup>

En noviembre de 2006, Ralph Peters, oficial en la reserva del ejército estadounidense, escribió en *USA Today*: «Brindamos a los iraquíes una oportunidad única para desarrollar una democracia de Estado de derecho, pero ellos prefirieron abandonarse a viejos odios, a la violencia confesional, a la intolerancia étnica y a una cultura de la corrupción. Parece que los cínicos tenían razón: las sociedades árabes no pueden apoyar la democracia tal como nosotros la conocemos. Y la gente tiene el gobierno que se merece. [...] La violencia que mancha de sangre las calles de Bagdad no es sólo un síntoma de la incompetencia del gobierno iraquí, sino también de la incapacidad total del mundo árabe de progresar en cualquier esfera de iniciativa organizada. Estamos asistiendo a la caída de una civilización».<sup>24</sup> Aunque Peters fue especialmente duro, muchos observadores occidentales han llegado a la misma conclusión: la culpa es de los iraquíes.

Sin embargo, las divisiones sectarias y el extremismo religioso que se han apoderado de Irak no se pueden desvincular de la invasión y la ocupación. Aunque esos factores ya estaban presentes antes de la guerra, se endurecieron considerablemente cuando Irak se convirtió en un laboratorio del *shock* de Estados Unidos. Merece la pena recordar que en febrero de 2004, once meses después de la invasión, una encuesta realizada por Oxford Research International reveló que una mayoría de iraquíes deseaban un gobierno seglar: sólo el 21% de los encuestados revelaron que preferían como sistema político un «Estado islámico», y el 14% situó a los «políticos religiosos» como sus representantes favoritos. Seis meses más tarde, con la ocupación en una fase nueva y más violenta, otra encuesta reveló que el 70% de los iraquíes querían que la ley islámica fuese la base del Estado.<sup>25</sup> En cuanto a la violencia sectaria, fue virtualmente inexistente durante el primer año de la ocupación. El primer incidente grave -el bombardeo de mezquitas chiíes durante la celebración de Ashura- se produjo en marzo de 2004, un año después de la invasión. No hay duda de que la ocupación intensificó y despertó esos odios.

De hecho, las fuerzas que hoy continúan destrozando Irak -la corrupción desenfrenada, el sectarismo feroz, la oleada de fundamentalismo religioso y la tiranía de los escuadrones de la muerte- aumentaron al unísono con la puesta en marcha del anti-Plan Marshall de Bush. Después del derrocamiento de Sadam Hussein, Irak necesitaba y merecía volver a la normalidad, un proceso que sólo los iraquíes podían llevar a cabo. En su lugar, en aquel preciso momento de precariedad, el país se convirtió en un laboratorio del capitalismo implacable, un sistema que provocó enfrentamientos entre individuos y comunidades, que destruyó cientos de miles de trabajos y de hogares, y que cambió la búsqueda de justicia por la impunidad absoluta de los ocupantes extranjeros.

No podemos reducir el actual estado desastroso de Irak a la incompetencia y el amiguismo de la Casa Blanca de Bush o al sectarismo o el tribalismo de los iraquíes. Se trata de un desastre muy capitalista, una pesadilla de avaricia sin límites a raíz de la guerra. El «fiasco» de Irak ha sido creado por una aplicación fiel y sin trabas de la ideología de la Escuela de Chicago. Lo que sigue es una descripción inicial (y no exhaustiva) de las conexiones entre la «guerra civil» y el proyecto corporativista que fue el eje de la invasión. Es un proceso en el que la ideología se vuelve contra las personas que le dieron rienda suelta: digamos que es un *blowback* ideológico.

El caso de *blowback* más conocido es el que provocó Bremer en su primera gran actuación: el despido de aproximadamente 500.000 empleados del Estado, la mayoría de ellos soldados, además de médicos, enfermeras, profesores e ingenieros. Supuestamente, la «desbaaztificación» (en referencia al partido Baaz) obedeció al deseo de limpiar el gobierno de leales a Sadam. Sin duda, ésa fue una parte de la motivación, pero no justifica la escalada de despidos o la brutalidad contra el sector público en su conjunto al castigar a trabajadores que no ocupaban cargos de responsabilidad.

La purga se pareció mucho a los ataques contra el sector público que acompañan a los programas de terapia de *shock* desde que Milton Friedman aconsejó a Pinochet que redujese el gasto del gobierno en un 25%. Bremer no ocultó su antipatía por la «economía estalinista» de Irak, como él mismo describió las empresas estatales y los ministerios del país. Y tampoco mostró ningún reconocimiento hacia la especialización y los años de



conocimientos acumulados por los ingenieros, médicos, electricistas y obreros de la construcción de Irak.<sup>26</sup> Bremer sabía que a la gente le preocuparía perder su trabajo, pero, como deja claro en sus memorias, no tuvo en cuenta que la amputación repentina de la clase profesional de Irak haría imposible el funcionamiento del Estado y que ello, a su vez, perjudicaría sus planes. Esta ceguera tenía poco que ver con el antisadamismo y todo con el fervor por el libre mercado. Sólo alguien muy predispuesto a ver el gobierno como una carga y a los trabajadores del sector público como personal innecesario podría haber tomado las decisiones que Bremer tomó.

Esta ceguera ideológica tuvo tres consecuencias concretas: perjudicó la posibilidad de la reconstrucción al retirar de sus puestos a gente preparada, debilitó la voz de los iraquíes seglares, y llenó la resistencia de personas furiosas. Numerosos militares estadounidenses veteranos y oficiales de inteligencia han reconocido que muchos de los 400.000 soldados que Bremer despidió fueron directos a la resistencia. Como dijo el coronel Thomas Hammes, «ahora tenemos unas doscientas mil personas armadas - porque se llevaron las armas a casa- que saben utilizar esas armas, que no tienen futuro y sí una razón para estar furiosas con nosotros».<sup>27</sup>

Al mismo tiempo, la decisión de Bremer al estilo de la Escuela de Chicago de abrir las fronteras de par en par a las importaciones sin trabas, sumada al hecho de que las compañías extranjeras pasaron a ser propietarias del 100% de los activos iraquíes, enfureció al sector empresarial del país. Muchos ejecutivos respondieron entregando a la resistencia los pocos ingresos que tenían. Después de cubrir el primer año de la resistencia iraquí en el triángulo suní, el reportero de investigación Patrick Graham escribió en *Harper's* que los empresarios iraquíes «se sienten agraviados por las nuevas leyes de inversión extranjera, que permiten a las compañías de fuera comprar fábricas por muy poco dinero. Sus ingresos han caído en picado porque el país ha sido invadido de productos extranjeros. [...] Esos hombres se han dado cuenta de que la violencia es su única ventaja sobre la competencia. Es la pura lógica de la empresa: cuantos más problemas hay en Irak, más difícil resulta a los extranjeros implicarse».<sup>28</sup>

Otro *blowback* ideológico fue el que provocó la decisión de la Casa Blanca de evitar que los futuros gobiernos iraquíes cambien las leyes económicas de Bremer (la iniciativa de «sellar» los cambios realizados tras una crisis está vigente desde el primer programa de «ajustes estructurales»

impuesto por el FMI). Desde la perspectiva de Washington, no tenía sentido contar con las normas de inversión más progresistas del mundo si un gobierno iraquí soberano podía tomar el poder en unos meses y cambiarlas. Dado que la mayoría de los decretos de Bremer se inscribían en una zona gris legal, la solución de la administración Bush fue trazar una nueva constitución para Irak, un objetivo que persiguió con determinación cruel: primero, con una constitución provisional que selló las leyes de Bremer, y después con una permanente que intentó, aunque sin éxito, hacer lo mismo.

Muchos expertos legales mostraron su desconcierto ante la obsesión constitucional de Washington. En apariencia, no existía una necesidad imperiosa de redactar un nuevo documento partiendo de cero: la Constitución iraquí de 1970, ignorada por Sadam, era perfectamente válida y el país tenía necesidades más urgentes. Y, sobre todo, el proceso de redactar una constitución es uno de los más desgarradores para cualquier nación, aunque sea una en paz. Hace que afloren todas las tensiones, rivalidades, prejuicios y reclamos latentes. El hecho de imponer ese proceso -dos veces- en un país tan dividido y destrozado como Irak después de Sadam empeoró en gran medida la posibilidad de un enfrentamiento civil. Las divisiones sociales provocadas por las negociaciones no se han solucionado y podrían acabar desintegrando el país.

Como ocurrió con el levantamiento de todas las restricciones comerciales, muchos iraquíes vieron el plan de Bremer de privatizar doscientas empresas estatales como otro acto de guerra de Estados Unidos. Los trabajadores se enteraron de que, para que las compañías resultasen atractivas a los ojos de los inversores extranjeros, dos terceras partes tendrían que perder su empleo. En una de las grandes empresas estatales de Irak -un complejo de siete fábricas que producían aceite de cocina, jabón, lavavajillas y otros productos básicos- escuché una historia que me dejó muy claro cuántos enemigos se había creado Estados Unidos con el anuncio de la privatización.

Durante una visita al complejo de fábricas, situado en un barrio de las afueras de Bagdad, conocí a Mahmud, un confiado joven de veinticinco años con una barba impecable. Me dijo que cuando él y sus compañeros supieron de los planes para vender las instalaciones, seis meses después de la ocupación, se quedaron «consternados. Si el sector privado compra nuestra empresa, lo primero que harán será reducir la plantilla para ganar más dinero. Y nos veremos ante un futuro muy duro, porque la fábrica es

nuestro único medio de vida». Aterrorizados ante la perspectiva, 17 trabajadores (entre ellos Mahmud) acudieron a la oficina de uno de los jefes. Y se desató una pelea: un empleado golpeó a un jefe, y el guardaespaldas disparó a los trabajadores, que a su vez atacaron a éste. Pasó un mes en el hospital. Un par de meses más tarde, el grado de violencia fue aún mayor. El jefe y su hijo fueron víctimas de varios disparos mientras se dirigían al trabajo. Al final de nuestro encuentro, pregunté a Mahmud qué pasaría si la planta se vendía a pesar de su oposición. «Hay dos opciones», me respondió con una amable sonrisa. «O prendemos fuego a la fábrica y dejamos que las llamas la reduzcan a cenizas, o la hacemos volar con nosotros dentro. Pero no será privatizada». Fue un primer aviso, uno de muchos, de que el equipo de Bush había sobrevalorado su capacidad de lograr la sumisión de los iraquíes.

Existía otro obstáculo más para los sueños de privatización de Washington: el fundamentalismo de libre mercado que dio forma a la estructura de la propia ocupación. Gracias a su rechazo de todo lo «estatal», la autoridad de la ocupación que salió de la Zona Verde padeció escasez de personal y falta de recursos para llevar a cabo sus ambiciosos planes (sobre todo en vista del tipo de resistencia dura expresada por trabajadores como Mahmud). Como reveló Rajiv Chandrasekaran, del *Washington Post*, la CPA era una organización tan esquelética que contaba con sólo tres personas para desempeñar la enorme tarea de privatizar las fábricas de propiedad estatal de Irak. «No se molesten en empezar», fue el consejo que recibieron los tres empleados solitarios por parte de una delegación de Alemania Oriental (que en su momento había destinado 8.000 personas a vender sus activos estatales).<sup>29</sup> En resumen, la CPA estaba demasiado privatizada para privatizar Irak.

El problema no era sólo la falta de personal de la CPA: además, las personas que la componían carecían de la fe esencial en la esfera pública que se necesita para la compleja tarea de reconstruir un Estado partiendo de cero. Como afirma el politólogo Michael Wolfe, «los conservadores no pueden gobernar bien por la misma razón que los vegetarianos no pueden preparar un *boeuf bourguignon* de primera: si crees que lo que se te pide que hagas está mal, es poco probable que lo hagas bien». Y añade: «Como forma de gobierno, el conservadurismo es sinónimo de desastre».<sup>30</sup>

Sin duda, en Irak ocurrió así. Mucho se ha hablado de la juventud y la inexperiencia de los políticos enviados por Estados Unidos a la CPA, del

hecho de que un puñado de republicanos veinteañeros ocupasen puestos clave relacionados con la gestión de los 13.000 millones de dólares de presupuesto en Irak.<sup>31</sup> Si bien nadie discute que los miembros del llamado *brat pack* eran alarmantemente jóvenes, ése no fue su mayor inconveniente. No eran simples amigotes del círculo político, sino combatientes de primera línea de la contrarrevolución americana contra las reliquias del keynesianismo. Muchos de ellos estaban relacionados con la Heritage Foundation, zona cero del friedmanismo desde su aparición, en 1973. Por tanto, ya fuesen aprendices de Dick Cheney de veintidós años o presidentes de universidad de sesenta y algo, todos compartían una antipatía cultural hacia el gobierno, un gobierno que si bien resultaría de gran valor para el desmantelamiento de la seguridad social y el sistema de educación pública de su propio país, a su regreso, no servía de mucho cuando el trabajo en realidad consistía en levantar las instituciones públicas que habían sido destruidas.

De hecho, parecía que muchos de ellos creían que el proceso era innecesario. James Haveman, a cargo de la reconstrucción del sistema sanitario de Irak, tenía una ideología tan opuesta a la salud pública y gratuita que en un país donde el 70% de las muertes infantiles se deben a enfermedades curables como la diarrea, y donde las incubadoras se mantienen en funcionamiento con cinta adhesiva, decidió que la gran prioridad era privatizar el sistema de distribución de medicamentos.<sup>32</sup>

La escasez de funcionarios con experiencia en la Zona Verde no fue un descuido, sino la expresión de que la ocupación de Irak fue, desde el principio, un experimento radical sobre el gobierno hueco. Cuando los *think tanks* llegaron a Bagdad, los papeles cruciales en la reconstrucción ya se habían asignado a Halliburton y KPMG. Su tarea como funcionarios iba a consistir simplemente en administrar el dinero para gastos menores, cosa que en Irak adoptó la forma de fajos de billetes de cien dólares envueltos en plástico y entregados a los contratistas. Una visión gráfica del papel aceptable del gobierno en un Estado corporativista: actuar como cinta transportadora para poner el dinero público en manos privadas, un trabajo para el cual el compromiso ideológico es mucho más importante que una amplia experiencia práctica.

Esa cinta sin fin formó parte de lo que irritó tanto a los iraquíes: la insistencia de Estados Unidos en que se adaptasen a un libre mercado riguroso, sin subvenciones estatales ni proteccionismos. En una de sus

muchas conferencias dirigidas a empresarios iraquíes, Michael Fleischer explicó que «los negocios protegidos nunca, nunca, llegan a ser competitivos».<sup>33</sup> Parecía olvidar la ironía de que Halliburton, Bechtel, Parsons, KPMG, RTI, Blackwater y el resto de empresas estadounidenses que estaban en Irak para aprovecharse de la reconstrucción formaban parte de un enorme chanchullo proteccionista y que el gobierno de Estados Unidos había creado sus mercados con una guerra, había impedido toda posibilidad de participación a los competidores, para pagarles después por hacer el trabajo al tiempo que les garantizaba los beneficios. Y todo a costa del contribuyente. La cruzada de la Escuela de Chicago, que surgió con el propósito principal de dismantelar el Estado del bienestar del New Deal, por fin había alcanzado la cima. Fue una forma de privatización más sencilla y reducida al mínimo: ni siquiera fue necesario transferir activos muy grandes, sólo dejaron que las empresas se atiborrasen con las arcas del Estado. Ni inversiones, ni responsabilidad: sólo beneficios astronómicos.

El doble estándar resultó explosivo, igual que la exclusión sistemática de los iraquíes. Después de haber sufrido las sanciones y la invasión, la mayoría de los iraquíes asumieron de forma natural que tenían derecho a beneficiarse de la reconstrucción de su país, no sólo del producto final, sino de los trabajos creados durante el proceso. La entrada de decenas miles de trabajadores extranjeros para ocupar empleos con los contratistas extranjeros se vio como una extensión de la invasión. En lugar de reconstrucción, era destrucción con otra apariencia: la eliminación total de la industria del país, hasta entonces una poderosa fuente de orgullo nacional que trascendía todas las diferencias sectarias. Sólo se contrató a 15.000 iraquíes (una cifra excesivamente baja) para trabajar en la reconstrucción con fondos estadounidenses durante el mandato de Bremer.<sup>34</sup> «Cuando el pueblo iraquí vea que todos esos contratos van a parar a extranjeros y que esa gente se trae sus propios guardias de seguridad y sus ingenieros, mientras se supone que nosotros vamos a limitarnos a mirar, ¿qué esperan?», me dijo Nouri Sitto, un estadounidense-iraquí, durante nuestro encuentro en la Zona Verde. Sitto había regresado a Bagdad para colaborar con la CPA en la reconstrucción, pero estaba harto de ser diplomático. «La economía es la razón número uno del terrorismo y de la falta de seguridad.»

Gran parte de la violencia se centró en la ocupación por parte de los extranjeros, en sus proyectos y en sus trabajadores. Sin ninguna duda, algunos de los ataques fueron obra de elementos presentes en Irak, como Al

Qaeda, cuya estrategia consiste en provocar el caos. Sin embargo, si la reconstrucción se hubiese visto como una parte de un proyecto nacional desde el principio, la población iraquí tal vez la habría defendido como una extensión de sus comunidades. De ese modo, los provocadores lo habrían tenido mucho más difícil.

La administración Bush podría haber decretado fácilmente que las compañías que recibiesen dinero público de Estados Unidos tendrían que contar con iraquíes en sus proyectos. También podría haber contratado numerosos puestos directamente con empresas iraquíes. Estas medidas tan sencillas y de sentido común no se tomaron porque chocaban con la estrategia subyacente de convertir Irak en una emergente burbuja de economía de mercado, y todo el mundo sabe que las burbujas no se inflan con normas y regulaciones, sino con la ausencia de éstas. Así, en nombre de la rapidez y la eficacia, los contratistas podían contratar a quien quisieran, importar productos de donde quisieran y subcontratar a la compañía que quisieran.

Si, a los seis meses de la invasión, los iraquíes hubiesen podido beber agua limpia de las cañerías de Bechtel, si sus casas hubiesen estado iluminadas con la electricidad de GE, si sus enfermos hubiesen sido tratados en hospitales contruidos por Parsons y sus calles controladas por una policía competente entrenada por DynCorp, muchos ciudadanos (aunque no todos) habrían superado su rabia por verse excluidos del proceso de reconstrucción. Pero no ocurrió nada de eso, y antes de que las fuerzas de resistencia iraquíes empezasen a atacar sistemáticamente los lugares en reconstrucción, quedó claro que la aplicación de los principios del *laissez-faire* a una tarea de gobierno tan monumental había sido un desastre.

Totalmente libres de regulaciones, protegidas en gran parte de procesos judiciales y con contratos que garantizaban la cobertura de los costes más un beneficio, muchas empresas extranjeras hicieron algo totalmente previsible: estafar a diestro y siniestro. Conocidos en Irak como «los principales», los grandes contratistas se embarcaron en elaborados programas de subcontratas. Instalaron oficinas en la Zona Verde, e incluso en Kuwait y Aman, para después subcontratar a saudíes que, a su vez, subcontrataron a empresas iraquíes (muchas de ellas del Kurdistán, y por muchísimo menos de lo que costaban los contratos) cuando la situación se puso muy tensa desde el punto de vista de la seguridad. Para describir esta

red, el senador demócrata Byron Dorgan utilizó el ejemplo del contrato del aire acondicionado en Bagdad: «El contrato va a parar a un subcontratista, y de éste a otro, y a un cuarto subcontratista. El pago del aire acondicionado se convierte en pagos a cuatro contratistas, el cuarto de los cuales instala un ventilador en una sala. Sí, el contribuyente norteamericano paga por un aire acondicionado, y cuando el dinero ya ha pasado por cuatro manos lo que hay al final es un ventilador instalado en una sala en Irak».<sup>35</sup> Más concretamente, durante todo ese tiempo los iraquíes presenciaron cómo les robaban todo el dinero de las ayudas mientras su país era una olla a presión.

Cuando Bechtel se marchó de Irak, en noviembre de 2006, culpó a la violencia de su incapacidad de terminar sus proyectos. Sin embargo, los fallos del contratista comenzaron mucho antes de la aparición de la resistencia armada en Irak. Los primeros colegios que reconstruyó Bechtel recibieron quejas inmediatamente.<sup>36</sup> A principios de abril de 2004, antes de la caída de Irak en la espiral de la violencia, visité el hospital infantil de Bagdad. Supuestamente, lo había reconstruido un contratista norteamericano distinto, pero había aguas negras en los pasillos, ninguno de los lavabos funcionaba y los hombres que intentaban arreglar aquel caos eran tan pobres que ni siquiera llevaban zapatos: eran sub-sub-subcontratistas, como las mujeres que cosían a destajo en sus cocinas para un contratista de un contratista de un contratista de Wal-Mart.

Las estafas continuaron durante tres años y medio, hasta que todos los grandes contratistas de la reconstrucción salieron de Irak con sus millones pero sin haber terminado gran parte del trabajo. Parsons recibió 186 millones de dólares para construir 142 clínicas. Sólo se terminaron seis. Incluso los proyectos que se presentan como éxitos de la reconstrucción se han puesto en duda. En abril de 2007, inspectores de Estados Unidos revisaron en Irak ocho proyectos terminados por contratistas norteamericanos (incluyendo una maternidad y un sistema de purificación de aguas). El resultado fue que «siete de ellos no funcionaban como se había diseñado» (según el *New York Times*). La misma publicación también informó de que la red eléctrica de Irak producía bastante menos electricidad en 2007 que en 2006.<sup>37</sup> En diciembre de 2006, cuando todos los contratos de reconstrucción más importantes estaban llegando a su fin, la Oficina del Inspector General investigaba 87 casos de posible fraude relacionados con los contratistas estadounidenses en Irak.<sup>38</sup> La corrupción durante la ocupación no fue el resultado de una mala gestión, sino de una decisión

política: si Irak iba a ser la siguiente frontera del capitalismo del Salvaje Oeste, tenía que estar libre de leyes.<sup>39</sup>

La CPA de Bremer no iba a intentar detener las estafas, los negocios bajo manga y los chanchullos porque la misma CPA era un chanchullo. Aunque anunciada como la autoridad estadounidense en la ocupación, no está claro si esa distinción se limitó únicamente al nombre. Esta cuestión la planteó un juez con gran convicción en el infame caso de corrupción de Custer Battles.

Dos antiguos empleados de la empresa de seguridad presentaron una demanda contra la compañía, a la que acusaban de haber cometido estafa en los contratos firmados con la CPA relativos a la reconstrucción y de haber defraudado millones de dólares al gobierno estadounidense (en gran parte, por trabajos realizados en el aeropuerto internacional de Bagdad). El caso se basó en documentos de la compañía que demostraban claramente que tenía dos cuentas paralelas: una de carácter interno y otra para facturar a la CPA. Hugh Tant, general de brigada en la reserva, testificó que el fraude era «probablemente el peor que he visto en mis treinta años en el ejército». (Entre las supuestas y numerosas infracciones de Custer Battles, se dice que se apropió de carretillas elevadoras del aeropuerto, las repintó y pasó a la CPA una factura por el coste del alquiler de las máquinas.<sup>40</sup>

En marzo de 2006, un jurado federal de Virginia falló en contra de la compañía, que fue hallada culpable de fraude y obligada a pagar 10 millones de dólares por daños. La empresa solicitó la anulación del veredicto con una defensa reveladora: afirmó que la CPA no formaba parte del gobierno estadounidense y, por tanto, no estaba sujeta a sus leyes, incluida la Ley de Falsas Demandas. Las implicaciones de esta defensa fueron enormes. Recordemos que la administración Bush libró a las empresas norteamericanas que trabajaban en Irak de cualquier responsabilidad para con las leyes iraquíes. Si la CPA no estaba sujeta a las leyes, significaba que los contratistas -estadounidenses o iraquíes- tampoco. En esa ocasión, el juez falló a favor de la compañía: dijo que existían numerosas pruebas de que Custer Battles había expedido «facturas falsas e infladas de manera fraudulenta», pero determinó que los demandantes no habían «demostrado que las acusaciones se hubiesen presentado en Estados Unidos».<sup>41</sup> En otras palabras, la presencia del gobierno estadounidense en Irak durante el primer año de su experimento económico había sido un espejismo: no había habido gobierno, sólo un embudo para hacer llegar



dinero público de Estados Unidos y del petróleo iraquí a empresas extranjeras, completamente al margen de la ley. De este modo, Irak representaba la expresión más extrema de la contrarrevolución anti-estado: un Estado hueco, inexistente, tal como fallaron finalmente los tribunales.

Después de distribuir el dinero entre los contratistas, la CPA desapareció. Los que fueron sus empleados regresaron al sector privado, y cuando llegaron los escándalos ya no quedaba nadie para defender el deprimente récord de la Zona Verde. En Irak, en cambio, se notó mucho la ausencia de los miles de millones de dólares desaparecidos. «La situación es hoy mucho peor, y parece que no mejora a pesar de los enormes contratos firmados con empresas americanas», observó un ingeniero del Ministerio de Electricidad una semana después de que Bechtel anunciase su retirada de Irak. «Es extraño que los miles de millones de dólares invertidos en electricidad no sólo no hayan aportado ninguna mejora, sino que en realidad haya empeorado la situación». Y éstas fueron las palabras de un taxista de Mosul: «¿Qué reconstrucción? Hoy bebemos agua sin tratar de una planta construida hace muchos años y que nunca se ha sometido a un mantenimiento. La electricidad sólo está presente dos horas al día. Vamos hacia atrás. Cocinamos con la leña que recogemos en los bosques porque el gas escasea».<sup>42</sup>

El fracaso estrepitoso de la reconstrucción también compartió la responsabilidad directa de la forma más letal de *blowback*: el peligroso aumento del fundamentalismo religioso y los conflictos sectarios. Cuando la ocupación se mostró incapaz de proporcionar los servicios más básicos, incluyendo la seguridad, las mezquitas y las milicias locales llenaron ese vacío. Muqtada al Sader, el joven clérigo chií, demostró una especial habilidad para exponer los fallos de la reconstrucción privatizada de Bremer: dirigió su propia reconstrucción en los barrios bajos chiíes desde Bagdad hasta Basora y logró muchos y fieles seguidores. Con las donaciones entregadas a las mezquitas, y quizá con la ayuda de Irán posteriormente, los centros enviaron electricistas para reparar las redes de energía eléctrica y las líneas telefónicas, organizaron la recogida de basuras, instalaron generadores de emergencia, celebraron campañas de donación de sangre y dirigieron el tráfico. «Encontré un vacío, y nadie lo llenó», dijo Al Sader en los primeros días de la ocupación. «Lo que puedo hacer, lo hago.»<sup>43</sup> Además, reclutó a los jóvenes sin trabajo y sin esperanzas en el Irak de Bremer, los vistió de negro y los equipó con Kaláshnikov oxidados.

El resultado fue el Ejército del Mahdi, hoy una de las fuerzas más brutales en las luchas sectarias iraquíes. Estas milicias también son un legado del corporativismo: si la reconstrucción hubiese proporcionado puestos de trabajo, seguridad y servicios a los iraquíes, Al Sader no habría tenido misión ni muchos de sus nuevos seguidores. Los fallos de la América corporativista sentaron las bases de los éxitos de Al Sader.

Irak en manos de Bremer fue la conclusión lógica de la teoría de la Escuela de Chicago: un sector público reducido al mínimo número de empleados, en su mayoría trabajadores contratados, viviendo en una ciudad-Estado creada por Halliburton y ocupados en firmar leyes benévolas con las empresas (redactadas por KPMG) y en entregar fajos de dinero a contratistas occidentales protegidos por soldados mercenarios (escudados, a su vez, en una inmunidad legal total). A su alrededor, gente furiosa cada vez más volcada en el fundamentalismo religioso porque es la única fuente de poder en un Estado hueco. Como el gangsterismo de Rusia y el amiguismo de Bush, el Irak contemporáneo es una creación de la cruzada que lleva cincuenta años privatizando el mundo. En lugar de ser repudiado por sus creadores, merece ser visto como la encarnación más pura hasta la fecha de la ideología que le ha dado vida.

## Capítulo 18: SE CIERRA EL CÍRCULO

De tabla rasa a tierra arrasada

*¿No sería más fácil,  
en ese caso, que el gobierno  
disolviera el pueblo  
y eligiese otro?*

BERTOLT Brecht, «La solución», 1953<sup>1</sup>

*Irak es la última gran frontera de Oriente Medio. [...] En Irak, el  
80% de los pozos de petróleo perforados son hallazgos.*

David Hurgan, Presidente de la petrolera Irlandesa Petrel, enero  
de 2007<sup>2</sup>

¿Es posible que la administración Bush no fuese consciente de que su programa económico tenía el potencial de desatar una reacción violenta en Irak? Una de las personas que, probablemente, sí tuvo conciencia de las posibles consecuencias negativas fue el hombre que aplicó las políticas: Paul Bremer. En noviembre de 2001, poco después de poner en marcha su nueva empresa de contraterrorismo -Crisis Consulting Practice-, Bremer redactó un documento normativo para sus clientes en el que explicaba por qué las multinacionales se enfrentaban a un aumento del riesgo de ataques terroristas en sus propios países y fuera de éstos. En el escrito, titulado «New Risks in International Business», explica a sus exclusivos clientes que cada vez se enfrentan a más peligros debido al modelo económico que les ha hecho ser tan ricos. El libre comercio, según Bremer, ha llevado a «la creación de una riqueza sin precedentes», pero con «consecuencias negativas inmediatas para muchos»: «Exige despidos. Y abrir mercados al comercio extranjero ejerce una enorme presión en los establecimientos y los monopolios comerciales tradicionales». Todos estos cambios conducen al «aumento de las diferencias salariales y las tensiones sociales», lo que a su vez puede provocar una escalada de ataques (incluyendo actos terroristas) contra las empresas estadounidenses.<sup>3</sup>

Sin duda, eso es lo que ocurrió en Irak. Si los arquitectos de la guerra se convencieron de que su programa económico no podía tener consecuencias políticas negativas, probablemente no fue porque creyesen

que los iraquíes aceptarían de buen grado esas políticas de desposeimiento sistemático. Más bien contaban con otra cosa: la desorientación de los iraquíes, su regresión colectiva, su incapacidad de seguir el ritmo de la transformación. En otras palabras, confiaban en el poder del *shock*. El supuesto por el que se guiaron los militares y los terapeutas del *shock* económico de Irak (y cuyo mejor representante fue el ex subsecretario de Estado Richard Armitage) fue que los iraquíes se quedarían tan asombrados ante la potencia de fuego de Estados Unidos, y tan aliviados por librarse de Sadam, «que sería muy fácil dirigirlos desde el punto A al punto B».<sup>4</sup> Después, transcurridos unos meses, saldrían del deslumbramiento y se verían gratamente sorprendidos por vivir en un Singapur árabe, un «Tigre en el Tigris» (como bautizaron al país algunos analistas del mercado entusiasmados).

Lo que ocurrió fue que muchos iraquíes exigieron de inmediato su participación en la transformación del país. Y la respuesta de la administración Bush a este giro inesperado de los hechos fue lo que generó el peor *blowback*.

### ***Desmantelando la democracia***

En el verano posterior a la invasión de Irak, las ansias reprimidas de participación política llegaron al punto de que en Bagdad, a pesar de todas las penurias del día a día, se respiraba un ambiente casi festivo. Había ira contra los despidos de Bremer y frustración por los apagones y los contratistas extranjeros, pero durante meses esa ira se expresó principalmente a través de arrebatos de libertad de expresión. Durante todo el verano se produjeron protestas diarias junto a las puertas de la Zona Verde, muchas de ellas protagonizadas por trabajadores despedidos que pedían recuperar sus puestos. Se publicaron cientos de periódicos de nueva tirada repletos de artículos críticos con Bremer y su programa económico. Los clérigos hablaron de política durante los sermones de los viernes, una libertad imposible cuando Sadam gobernaba.

Lo más interesante es que en las ciudades, pueblos y provincias de todo el país se celebraron elecciones espontáneas. Por fin libres del control férreo de Sadam, los vecinos convocaron reuniones en los ayuntamientos y eligieron a sus representantes para la nueva situación. En ciudades como Samarra, Hilla y Mosul, líderes religiosos, profesionales seculares y miembros de las diferentes tribus trabajaron juntos para establecer las prioridades locales en la reconstrucción, desafiando así las peores predicciones sobre el sectarismo y el fundamentalismo. Los encuentros fueron difíciles, pero también un motivo de alegría: los retos eran enormes, pero la libertad se estaba convirtiendo en una realidad. En muchos casos, las fuerzas estadounidenses -que habían creído a su presidente cuando éste declaró que el ejército había ido a Irak a implantar la democracia- facilitaron el proceso, colaboraron en la organización de las elecciones e incluso fabricaron urnas.

El entusiasmo demócrata, combinado con el claro rechazo del programa económico de Bremer, situaron a la administración Bush en una posición extremadamente difícil. Dicha administración había prometido entregar el poder a un gobierno iraquí elegido en cuestión de meses y contar con los iraquíes en la toma de decisiones desde el primer momento. Sin embargo, aquel primer verano despejó toda duda de que entregar el poder equivalía a renunciar al sueño de convertir Irak en un modelo de economía privatizada salpicada de bases militares estadounidenses. El nacionalismo económico estaba demasiado arraigado en la población, sobre todo en lo que se refería a las reservas de petróleo, el botín por excelencia. Así, Washington dejó a un lado sus promesas democráticas y ordenó aumentar los niveles de *shock* con la esperanza de que una dosis más alta tendría el resultado esperado. Fue una decisión que recuperó las raíces del círculo completo de la cruzada por el libre mercado, raíces situadas en el Cono Sur de Latinoamérica, donde la terapia del *shock* económico se impuso mediante la supresión brutal de la democracia y la aniquilación de todos los que se interpusieron en ese proceso.

Cuando Paul Bremer llegó a Irak, el plan de Estados Unidos consistía en convocar una gran asamblea constituyente donde estuviesen representados todos los sectores de la sociedad iraquí y donde los delegados votasen para elegir a los miembros de un consejo ejecutivo interino.

Cuando llevaba dos semanas en Bagdad, Bremer descartó esa idea y decidió escoger a dedo a los miembros del Consejo de Gobierno iraquí.

En un mensaje enviado al presidente Bush, Bremer describió el proceso de elección de esos miembros como «un cruce entre el farol que se marca un ciego y un tres en raya tridimensional».<sup>5</sup>

Bremer también dijo al principio que el Consejo tendría poder para gobernar, pero de nuevo volvió a cambiar de idea. «Mi experiencia con el Consejo de Gobierno en aquel punto me sugirió que no sería una buena idea», explicó más tarde. Añadió, además, que los miembros del Consejo eran demasiado lentos y ponderativos, características inadecuadas para sus planes de terapia del *shock*. «No podrían organizar ni un desfile con dos coches», dijo Bremer. «Simplemente, no eran capaces de tomar decisiones en un tiempo razonable. Además, seguía estando convencido de la importancia de redactar una constitución antes de entregar la soberanía a nadie.»<sup>6</sup>

El siguiente problema de Bremer fue el movimiento espontáneo de elecciones en todo el país. A finales de junio, cuando sólo llevaba dos meses en Irak, Bremer dio el aviso de que todas las elecciones locales debían terminar de inmediato. El nuevo plan consistía en que la ocupación eligiese a los líderes locales de Irak, tal y como había ocurrido con el Consejo de Gobierno. En Nayaf, la ciudad más santa del chiísmo (la confesión religiosa más numerosa del país), tuvo lugar un episodio decisivo. Nayaf se encontraba en pleno proceso de organización de elecciones con la ayuda de tropas estadounidenses cuando, a sólo un día de la inscripción, el teniente coronel al mando recibió una llamada del general Jim Mattis. «Hubo que cancelar las elecciones. A Bremer le preocupaba que saliese elegido un candidato islámico hostil. [...] Bremer no iba a permitir que el hombre equivocado ganase las elecciones. Los marines recibieron la sugerencia de seleccionar a un grupo de iraquíes que considerasen inofensivos, y que éstos eligiesen a un alcalde. Así, Estados Unidos controlaría todo el proceso», escribieron Michael Gordon y el general Bernard Trainor, autores de *Cobra II* (considerada la historia militar definitiva de la invasión). Al final, el ejército estadounidense nombró alcalde de Nayaf a un coronel de la época de Sadam, tal como hizo en ciudades y pueblos de todo el país.<sup>\*7</sup>

En algunos casos, la prohibición de Bremer llegó después de que los iraquíes hubiesen votado ya para elegir a sus representantes locales. Sin inmutarse por ello, Bremer ordenó la creación de nuevos consejos. En la

provincia de Tayi, RTI -contratista en manos de mormones cuya tarea consistía en crear un gobierno local- dismanteló el Consejo que el pueblo había elegido meses antes de su llegada e insistió en partir de cero. «Tenemos la sensación de que vamos hacia atrás», protestó un hombre. Bremer insistió en que no había una «veda» contra la democracia. «No me opongo, pero quiero hacerlo de manera que se tengan en cuenta nuestros intereses. [...] Las elecciones demasiado rápidas pueden ser destructivas. Hay que hacerlo todo con mucho cuidado».<sup>8</sup>

En este punto, los iraquíes seguían esperando que Washington cumpliera su promesa de organizar unas elecciones generales y entregar el poder a un gobierno elegido por la mayoría. Sin embargo, en noviembre de 2003, después de cancelar las elecciones locales, Bremer regresó a Washington para celebrar varias reuniones en la Casa Blanca. Cuando volvió a Bagdad anunció que las elecciones generales estaban borradas del programa. El primer gobierno «soberano» de Irak sería por nombramiento, no por elección.

El cambio radical de postura podría haber tenido algo que ver con un sondeo realizado en ese período por el Instituto Republicano Internacional, con sede en Washington. En él se preguntó a los iraquíes a qué tipo de políticos votarían si tuviesen ocasión. Los resultados supusieron una llamada de atención para los corporativistas de la Zona Verde: el 49% respondió que votaría a un partido que prometiese crear «más puestos de trabajo en la administración». A la pregunta de si votarían por un partido que prometiese crear «más trabajos en el sector privado», sólo el 4,6% respondió de manera afirmativa. Y la pregunta de si votarían por un partido que prometiese «mantener las fuerzas de coalición hasta que el nivel de seguridad sea bueno» obtuvo sólo un 4,2% de respuestas afirmativas.<sup>9</sup> En pocas palabras, si los iraquíes tuviesen la libertad de elegir el próximo gobierno, y si ese gobierno tuviese el poder real, Washington tendría que renunciar a dos de los principales objetivos de la guerra: el acceso a Irak para sus bases militares y el acceso total al país para las multinacionales estadounidenses.

Algunos críticos del ala neoconservadora del régimen de Bush culpan al plan de Irak de dar demasiada importancia a la democracia, de mostrar una fe ingenua en la autodeterminación. El historial del primer año de ocupación desdice por completo esa teoría: Bremer cortó de raíz la democracia en cada lugar donde asomó su cabeza de hidra. Durante sus

primeros seis meses en Irak, canceló una asamblea constituyente, rechazó la idea de elegir a los redactores de la constitución, anuló y suspendió numerosas elecciones locales y provinciales, y por último derrotó al monstruo de las elecciones nacionales: no son precisamente los actos de un demócrata idealista. Y ninguno de los neoconservadores poderosos que hoy culpan de los problemas de Irak a la ausencia de «un rostro iraquí» apoyaron las peticiones de elecciones directas que se escucharon entonces en las calles de Bagdad y Basora.

Muchos de los destinados en Irak en los primeros meses trazan una relación directa entre las decisiones de retrasar y debilitar la democracia y el imparable aumento de la resistencia armada. Salim Lone, un diplomático de la ONU que estuvo en Irak después de la invasión, vio el momento crucial como la primera decisión antidemocrática de Bremer. «Los primeros ataques devastadores contra la presencia extranjera en Irak, por ejemplo, llegaron poco después de que Estados Unidos eligiese el primer cuerpo de mando iraquí, el Consejo de Gobierno (en julio de 2003): la misión jordana y, poco después, los cuarteles generales de la ONU en Bagdad volaron por los aires. Murieron muchísimos inocentes; [...] la rabia ante la composición de ese Consejo y el apoyo de la ONU al mismo era palpable en Irak». Lone perdió a muchos amigos y colegas en el ataque.<sup>10</sup>

La cancelación de las elecciones nacionales por parte de Bremer supuso una amarga traición para los chiíes iraquíes. Tratándose del grupo étnico más numeroso, estaban seguros de que dominarían un gobierno elegido después de décadas de sometimiento. Al principio, la resistencia chií adoptó la forma de manifestaciones multitudinarias pacíficas: 100.000 personas en Bagdad, 30.000 en Basora. Su cántico unificado decía: «Sí, sí, elecciones. No, no, selecciones». «Nuestra principal demanda en este proceso es que todas las instituciones constitucionales se elijan mediante elecciones y no por nombramientos», escribió Alí Abdel Hakim al-Safi, el segundo clérigo chií más veterano de Irak, en una carta dirigida a George Bush y Tony Blair. Además, describió el nuevo plan de Bremer como la mera sustitución «de una dictadura por otra» y avisó de que si seguían adelante, se encontrarían librando una batalla perdida.<sup>11</sup> Bush y Blair hicieron caso omiso. Elogiaron las manifestaciones como una muestra de la recién estrenada libertad, pero siguieron adelante con el plan de nombrar el primer gobierno del Irak post-Sadam.



Mientras tanto, Muqtada al Sader se convirtió en una fuerza política a tener en cuenta. Cuando los demás partidos chiíes importantes decidieron participar en el gobierno nombrado y acatar una constitución provisional redactada en la Zona Verde, Al Sader rompió filas, denunció el proceso y la constitución por ilegítimos y comparó abiertamente a Bremer con Sadam Husein. Además, empezó a formar el Ejército del Mahdi en serio. Después de las protestas pacíficas sin efecto alguno, muchos chiíes se convencieron de que si la democracia mayoritaria iba a convertirse en realidad algún día, tendrían que luchar por ella.

Si la administración Bush hubiese mantenido su promesa de entregar rápidamente el poder a un gobierno iraquí surgido de unas elecciones, es muy posible que la resistencia hubiese permanecido reducida y contenible en lugar de convertirse en una rebelión extendida por todo el país. Sin embargo, mantener la promesa habría significado el sacrificio de la agenda económica que había detrás de la guerra, cosa que no iba a ocurrir nunca. Esta es la razón por la que las violentas repercusiones de la negativa a la democracia en Irak por parte de Estados Unidos también deben considerarse una forma de *blowback* ideológico.

### *Shocks corporales*

A medida que la resistencia fue aumentando, las fuerzas de ocupación respondieron con técnicas de *shock*: por la noche o a primera hora de la mañana, los soldados entraban por sorpresa en las casas a oscuras, linterna en mano, gritando en inglés (algunas expresiones las entendían todos: «hijo de puta», «Alí Baba», «Osama bin Laden»). Las mujeres buscaban a toda prisa un pañuelo con el que cubrirse la cabeza ante los extranjeros intrusos; a los hombres se les tapaba la cabeza con un saco y después se subían a camiones del ejército con destino a una prisión o un campo de detención. En los primeros tres años y medio de la ocupación, se calcula que 61.500 iraquíes fueron capturados y encarcelados por las fuerzas estadounidenses, por lo general con métodos diseñados para «maximizar el *shock* de la captura». Alrededor de 19.000 prisioneros seguían custodiados por el

ejército en la primavera de 2007.<sup>12</sup> En las cárceles esperaban más *shocks*: cubos de agua helada, pastores alemanes gruñendo y enseñando los dientes, puñetazos y patadas, y alguna que otra corriente eléctrica con alambres cargados.

La cruzada neoliberal había comenzado tres décadas antes con tácticas como éstas. Los llamados subversivos y supuestos terroristas eran sacados de sus casas a la fuerza, con la cabeza tapada, y encerrados en celdas oscuras donde recibían palizas y cosas peores. Ahora, para defender la esperanza del libre mercado en Irak, el proyecto había completado el círculo.

Un factor que desencadenó la puesta en práctica de las tácticas de tortura fue la determinación de Rumsfeld de dirigir el ejército como una empresa moderna subcontratada. Planificó el despliegue de tropas no tanto como un secretario de Defensa sino más bien como un vicepresidente de Wal-Mart intentando recortar algunas horas de la nómina. Después de reducir los 500.000 soldados que solicitaban los generales a menos de 200.000, todavía seguía viendo material donde cortar: en el último minuto, y para satisfacer al director general que lleva dentro, recortó en varios centenares el número de soldados presentes en los planes de guerra.<sup>13</sup>

Aunque los soldados fueron capaces de derrocar a Sadam, no tenían esperanza de poder enfrentarse a lo que habían provocado los edictos de Bremer en Irak: una población en clara rebelión y un vacío donde antes estaban el ejército y la policía iraquíes. Ante la falta de efectivos para poner orden en las calles, las fuerzas de ocupación optaron por la mejor alternativa: sacar a la gente de la calle y encerrarla en las prisiones. Los miles de prisioneros capturados durante las operaciones fueron llevados ante agentes de la CIA, soldados norteamericanos y contratistas privados (muchos de ellos sin formación) para someterles a agresivos interrogatorios con la intención de averiguar todo lo que pudiesen sobre la resistencia.

En los primeros días de la ocupación, la Zona Verde acogió a terapeutas del *shock* económico de Polonia y Rusia; ahora se había convertido en un imán para una raza distinta de expertos en el *shock*: los especialistas en las artes más oscuras de supresión de los movimientos de resistencia. Las empresas de seguridad privada llenaron sus filas de veteranos de las guerras sucias de Colombia, Sudáfrica y Nepal. Según el periodista Jeremy Scahill, Blackwater y otras firmas de seguridad privada contrataron a más de 700 soldados chilenos (muchos de los cuales eran

agentes de fuerzas especiales entrenados y en activo durante el régimen de Pinochet) para el despliegue en Irak.<sup>14</sup>

Uno de los especialistas en *shock* de más alto rango era el comandante estadounidense James Steele, que llegó a Irak en mayo de 2003. Steele fue una figura clave en las cruzadas derechistas en América Central, donde sirvió como asesor en jefe a varios batallones del ejército salvadoreño acusados de ser escuadrones de la muerte. Más recientemente, fue vicepresidente de Enron. En principio fue a Irak como asesor de energía, pero tras el levantamiento de la resistencia decidió adoptar su antiguo papel y se convirtió en el asesor de seguridad de Bremer. En última instancia, a Steele se le encomendó la misión de llevar a Irak lo que algunas fuentes anónimas del Pentágono calificaron como «la opción de El Salvador».<sup>15</sup>

John Sifton, investigador principal de Human Rights Watch, me explicó que los abusos contra los prisioneros en Irak no siguieron el patrón habitual. En las zonas en conflicto, lo más normal es que los abusos comiencen enseguida, durante la llamada neblina de guerra, cuando reina el caos y nadie respeta las normas. Eso es, según Sifton, lo que ocurrió en Afganistán. «Pero en Irak fue distinto; las cosas empezaron de manera profesional y después fueron a peor, no a mejor.» Sifton sitúa el cambio a finales de agosto de 2003, cuatro meses después de la caída de Bagdad. En su opinión, fue en aquel momento cuando empezaron a aparecer los relatos sobre abusos.

Según esta cronología, el *shock* de la cámara de tortura surgió inmediatamente después de los *shocks* económicos más controvertidos de Bremer. Con el mes de agosto terminó el largo verano de elaboración de leyes y cancelación de elecciones de Bremer. Mientras estas medidas provocaron un aumento de alistados en la resistencia, los soldados estadounidenses continuaron derribando puertas e intentando eliminar la rebeldía de Irak llevándose de uno en uno a los hombres en edad militar.

El proceso de cambio se puede seguir claramente a través de una serie de documentos desclasificados que vieron la luz tras el escándalo de Abu Ghraib. Las pruebas escritas comienzan el 14 de agosto de 2003, cuando el capitán William Ponce, oficial de inteligencia en Irak, envió un correo electrónico a sus colegas repartidos por el país. El texto, ya famoso, contenía las siguientes indicaciones: «Se acabaron las contemplaciones con los detenidos [...] [un coronel] ha dejado claro que tenemos que acabar con ellos. Las bajas están aumentando y tenemos que empezar a recopilar

información para proteger a nuestros soldados de nuevos ataques». Ponce pedía ideas para las técnicas que los interrogadores podrían utilizar con los prisioneros (la llamada «lista de deseos»). Las sugerencias no tardaron en llenar su bandeja de entrada; entre ellas figuraba la «electrocución de bajo voltaje».<sup>16</sup>

Dos semanas más tarde, el 31 de agosto, el general Geoffrey Miller (alcaide de la prisión de Guantánamo) llegó a Irak con la misión de convertir en otro Guantánamo la prisión de Abu Ghraib.<sup>17</sup> Dos semanas después, el 14 de septiembre, el teniente general Ricardo Sánchez (comandante en jefe en Irak) autorizó un despliegue de nuevos procedimientos de interrogatorio basados en el modelo de Guantánamo: incluían la humillación deliberada («sofocar el orgullo y el ego»), «explotar el temor de los árabes a los perros», la privación sensorial («control de la luz»), la sobrecarga sensorial (gritos, música a todo volumen) y el «estrés postural». Poco después de que Sánchez enviase la circular, a principios de octubre, tuvieron lugar los incidentes documentados en las infames fotografías de Abu Ghraib.<sup>18</sup>

El equipo de Bush había fracasado en su objetivo de provocar el *shock* entre los iraquíes para ganarse su obediencia a través del *shock* y la conmoción o bien con la terapia del *shock* económico. Las tácticas del *shock* se tornaron más personales y se utilizó la inequívoca fórmula del manual de interrogatorios *Kubark* para inducir la regresión.

Muchos de los prisioneros más importantes fueron trasladados a una zona de seguridad próxima al aeropuerto internacional de Bagdad, dirigida por una fuerza de tareas militares y la CIA. Las instalaciones, a las que sólo se podía acceder con un documento de identidad especial y que se mantuvieron ocultas a la Cruz Roja, eran tan clandestinas que ni siquiera los militares de alto rango tenían permitida la entrada. Para mantener esta situación cambió de nombre en repetidas ocasiones: de Task Force 20 a 121 o 6-26, o Task Force 145.<sup>19</sup>

Los prisioneros ocupaban un pequeño edificio general, diseñado para crear las condiciones que se indican en el manual *Kubark* (incluyendo la privación sensorial completa). El edificio estaba dividido en cinco zonas: una sala para las revisiones médicas, una «sala blanda» que parecía un salón (para los prisioneros cooperantes), una sala roja y la temida sala negra (una pequeña celda completamente negra con altavoces en las cuatro esquinas).

La existencia de las instalaciones secretas sólo se dio a conocer cuando un sargento que trabajaba allí acudió a Human Rights Watch y describió el lugar (para ello utilizó el seudónimo de Jeff Perry). En comparación con el caos de Abu Ghraib, con sus guardias sin formación campando a sus anchas, el edificio del aeropuerto de la CIA era inquietantemente ordenado y clínico. Según Perry, cuando los interrogadores deseaban utilizar «tácticas duras» contra los prisioneros en la sala negra, imprimían un documento que era una especie de menú de tortura. «Estaba todo escrito», recordó Perry; «controles ambientales, calor y frío, luces estroboscópicas, música, perros... Sólo había que marcar lo que querías utilizar». Una vez rellenado el formulario, los interrogadores lo pasaban a un superior para que diese su autorización. «Nunca vi una hoja sin firmar», añadió Perry.

Perry y otros interrogadores empezaron a pensar que las técnicas violaban la prohibición de la Convención de Ginebra contra el «trato humillante y degradante». Preocupado ante la posibilidad de ser perseguido por la justicia si su trabajo salía a la luz, Perry y tres de sus compañeros fueron a ver a su coronel para decirle que «no nos gustaba este tipo de abuso». La prisión secreta era tan eficaz que en cuestión de dos horas llegó un equipo de abogados militares con una presentación de PowerPoint en la que se explicaba por qué los detenidos no estaban protegidos por la Convención de Ginebra, y por qué la privación sensorial no era una forma de tortura (a pesar de la propia investigación de la CIA alegando lo contrario). «Sí, fue muy rápido», explicó Perry acerca del tiempo de respuesta. «Parecía que estuviesen listos. Quiero decir que tenían toda esa charla de dos horas preparada».

Repartidas por Irak existían otras instalaciones donde los prisioneros estaban sujetos a las mismas tácticas de privación sensorial de estilo *Kubark* (algunas incluso recordaban más a los experimentos de McGill). Otro sargento habló sobre una prisión situada en una base militar llamada Tiger, cerca de Al Qaim (próxima a la frontera con Siria), que albergaba entre 20 y 40 prisioneros. Llevaban los ojos tapados y grilletes, y les obligaban a pasar veinticuatro horas en contenedores metálicos «sin dormir, sin comer, sin agua». Después de pasar por el espacio de privación sensorial, ya más «suaves», se les sometía a luces estroboscópicas y *heavy metal*.<sup>20</sup>

En una base de operaciones especiales cercana a Tikrit se utilizaron métodos similares, con la excepción de que se encerraba a los prisioneros en espacios todavía más reducidos: 122 x 122 centímetros y 50 centímetros

de profundidad (demasiado pequeños para que un adulto pueda permanecer de pie o acostado, lo que recuerda poderosamente las celdas utilizadas en el Cono Sur latinoamericano). Los presos pasaban una semana en ese estado de aislamiento sensorial extremo. Al menos uno de los prisioneros informó de haber sido electrocutado por soldados estadounidenses, aunque éstos lo negaron.<sup>21</sup> Existen numerosas pruebas de que los soldados de Estados Unidos han utilizado la electrocución como técnica de tortura en Irak. El 14 de mayo de 2004, en un caso que apenas se dio a conocer, dos marines fueron sentenciados con pena de cárcel por electrocutar a un prisionero iraquí sólo un mes antes. Según los documentos del gobierno obtenidos por la Unión Americana de Libertades Civiles, un soldado «electrocuto a un detenido iraquí con un transformador eléctrico; [...] sujetó los alambres sobre los hombros del detenido» hasta que éste «"bailó" mientras era electrocutado».<sup>22</sup>

Cuando se publicaron las infames fotografías de Abu Ghraib - incluyendo la del prisionero encapuchado de pie sobre una caja y con cables eléctricos colgando de los brazos-, los militares se enfrentaron a un problema muy raro: «Hemos tenido varios detenidos que han afirmado ser la persona de la fotografía en cuestión», explicó el portavoz del Comando de Investigación Criminal del Ejército (la agencia encargada de investigar los abusos contra prisioneros). Uno de los detenidos fue Haj Ali, antiguo alcalde de distrito. Ali dijo que a él también le encapucharon, le obligaron a permanecer de pie sobre una caja y le sujetaron cables eléctricos en el cuerpo. En contradicción con los guardias de Abu Ghraib que afirmaron que los cables no estaban cargados, Ali explicó a la PBS: «Cuando me electrocutaron, sentí como si los globos oculares se estuviesen saliendo de las cavidades».<sup>23</sup>

Como miles de sus compañeros encarcelados, Ali fue liberado de Abu Ghraib sin cargos. Le hicieron entrar en un camión después de decirle que había sido arrestado «por error». La Cruz Roja afirma que los oficiales militares estadounidenses han admitido que entre un 70% y un 90% de las detenciones en Irak fueron «errores». Según Ali, muchos de esos errores humanos salieron de las cárceles controladas por los americanos con una gran sed de venganza. «Abu Ghraib es un campo de cultivo de insurgentes. [...] Todos los insultos y las torturas les han preparado para hacer cualquier cosa. ¿Quién puede culparles?».<sup>24</sup>

Muchos soldados estadounidenses entienden y temen la respuesta. «Si era un buen chico, ahora es malo por el trato que ha recibido», dijo un sargento de la 82ª División Aerotransportada destinado en una prisión provisional especialmente brutal situada en una base a las afueras de Faluya (y sede de un batallón orgullosamente conocido como «los maníacos asesinos»<sup>25</sup>).

La situación es mucho peor en las cárceles dirigidas por iraquíes. Sadam recurrió con frecuencia a la tortura para mantenerse en el poder. Para que la tortura disminuyese en el Irak post-Sadam habría hecho falta un esfuerzo consciente de repulsa de un nuevo gobierno. En cambio, Estados Unidos se sirvió de la tortura para sus propios fines e impuso un estándar degradado en el preciso momento en que estaban formando y supervisando a la nueva policía iraquí.

En enero de 2005, Human Rights Watch descubrió que la tortura en las cárceles y las instalaciones de detención dirigidas por iraquíes (con la supervisión de Estados Unidos) era «sistemática». Y eso incluía el uso de *electroshocks*. Un informe interno de la 1ª División de Caballería afirma que la policía y los soldados iraquíes utilizan «el *shock* eléctrico y el estrangulamiento de forma regular para conseguir confesiones». Los carceleros iraquíes también utilizaron el omnipresente símbolo de la tortura en Latinoamérica, la picana (aguijón eléctrico para ganado). En diciembre de 2006, el *New York Times* informó del caso de Faraj Mahmud, quien fue «desnudado y colgado del techo. Un aguijón eléctrico aplicado a sus genitales hizo que su cuerpo rebotase contra las paredes»<sup>26</sup>.

En marzo de 2005, Peter Maass -reportero del *New York Times Magazine*- viajó como reportero con un comando de la policía especial formado por James Steele. Maass visitó una biblioteca pública de Samarra convertida en una prisión macabra. Vio prisioneros con los ojos tapados y grilletes, algunos con señales visibles de golpes, y una mesa con «manchas de sangre». Escuchó cómo alguien vomitaba y gritos que describió como «escalofriantes, como los gritos de un loco o de alguien a punto de volverse loco». También oyó claramente el sonido de dos disparos procedentes «del interior o de detrás del centro de detención»<sup>27</sup>.

En El Salvador, los escuadrones de la muerte fueron conocidos por utilizar el asesinato no sólo para deshacerse de los adversarios políticos, sino también para enviar mensajes de terror a la población en general. Los

cuerpos mutilados que aparecían en las cunetas transmitían a la comunidad que el individuo que mostrase su disconformidad podría ser el próximo cadáver. Con frecuencia, los cuerpos torturados presentaban la «firma» del escuadrón: Mano Blanca o Brigada Maximiliano Hernández. En 2005, este tipo de mensajes eran habituales en las cunetas de Irak: prisioneros que habían sido vistos por última vez en manos de comandos iraquíes (relacionados con el Ministerio del Interior) aparecían con un solo orificio de bala en la cabeza, las manos todavía esposadas a la espalda, o con orificios de taladro en el cráneo. En noviembre de 2005, *Los Angeles Times* informó de que a la morgue de Bagdad «llegan todas las semanas decenas de cuerpos a la vez, incluyendo numerosos cadáveres con esposas de la policía» (esposas que después son devueltas).<sup>28</sup>

En Irak existen, además, métodos más sofisticados para transmitir mensajes de terror. *El terrorismo en las garras de la justicia* es un programa de televisión con una gran audiencia que se emite en la cadena Al Iraqiya, financiada por Estados Unidos... La serie se produce en colaboración con los comandos iraquíes «salvadorizados». Varios prisioneros liberados han explicado cómo se prepara el contenido del programa: los participantes, que suelen ser elegidos al azar en redadas por los barrios, reciben palizas y torturas; sus familias son amenazadas hasta que están listas para confesar algún crimen (algunos de los cuales nunca se han producido, como han demostrado varios abogados). A continuación, aparecen las cámaras de vídeo para grabar a los prisioneros «confesando» que son insurgentes, además de ladrones, homosexuales y mentirosos. Cada noche, los iraquíes escuchan estas confesiones y ven los rostros magullados e hinchados de prisioneros claramente torturados. «El programa ejerce un buen efecto en los civiles», explicó Adnan Thabit, líder de los comandos salvadorizados, a Maass.<sup>29</sup>

Diez meses después de que «la opción de El Salvador» se mencionase por primera vez en la prensa quedaron claras sus tremendas implicaciones. Los comandos iraquíes, entrenados por Steele, trabajaban oficialmente para el ministerio del interior iraquí. Cuando Maass preguntó acerca de lo que había visto en la biblioteca, desde el ministerio insistieron en que «no se permite ningún abuso de los derechos humanos de los prisioneros que están en manos de las fuerzas de seguridad del Ministerio del Interior». Sin embargo, en noviembre de 2005 se localizaron 173 iraquíes en un calabozo del ministerio: algunos habían sido torturados hasta el punto de que se les



estaba cayendo la piel, otros tenían marcas de taladros en el cráneo, o les habían arrancado los dientes y las uñas de los pies. Los prisioneros liberados afirmaron que no todos habían salido con vida y confeccionaron una lista de 18 personas torturadas hasta la muerte en el calabozo del ministerio: los desaparecidos de Irak.<sup>30</sup>

Mientras investigaba los experimentos de Ewen Cameron con el *electroshock* en los años cincuenta descubrí una observación realizada por uno de sus colegas, un psiquiatra llamado Fred Lowy. «Los freudianos desarrollaron esos métodos sutiles de pelar la cebolla para llegar al centro del problema», explicaba. «Cameron quería llegar directamente, y al diablo con las capas. Pero, como descubrió más tarde, las capas son todo lo que hay»<sup>31</sup> Cameron pensó que podría hacer estallar las capas de sus pacientes y empezar de nuevo; soñaba con crear personalidades totalmente nuevas. Sin embargo, sus pacientes no renacían: quedaban confusos, heridos, rotos.

Los terapeutas del *shock* en Irak también volaron las capas en busca de la esquivada tabla rasa sobre la que crear su nuevo modelo de país. Sólo encontraron los montones de escombros que ellos mismos habían creado, además de millones de personas psicológica y físicamente destrozadas (por Sadam, por la guerra, entre ellas). Los capitalistas del desastre de Bush no limpiaron Irak, sólo lo revolviaron. En lugar de una tabla rasa, purificada de historia, encontraron odios antiguos que asomaban a la superficie para fundirse con las nuevas venganzas contra cada ataque (en una mezquita en Karbala, en Samarra, en un mercado, un ministerio, un hospital). Los países, como las personas, no se reinician con un buen *shock*: sólo se rompen y continúan rompiéndose.

Y eso, por supuesto, necesita más destrucción: hay que aumentar la dosis, pulsar el botón durante más tiempo, más dolor, más bombas, más tortura. Richard Armitage, ex subsecretario de Estado que predijo que los iraquíes serían muy fáciles de guiar de A a B, ha llegado a la conclusión de que el verdadero problema es que Estados Unidos ha sido demasiado blando. «La forma humana de conducir la guerra por parte de la coalición ha llevado a una situación en la que es más difícil, no menos, reunir a las personas. En Alemania y Japón [después de la Segunda Guerra Mundial], la población quedó exhausta y profundamente impresionada a raíz de lo ocurrido, pero en Irak ha pasado lo contrario. Una victoria muy rápida frente a las fuerzas enemigas ha impedido que la gente se sienta

atemorizada como en Japón y Alemania. [...] Estados Unidos se enfrenta a una población iraquí a la que el *shock* y la conmoción no han hecho efecto». <sup>32</sup> En enero de 2007, Bush y sus asesores seguían convencidos de que podían hacerse con el control de Irak con un «incremento» que hiciera desaparecer a Muqtada al Sader («un cáncer que socava» el gobierno de Irak). El informe sobre el que se basa la estrategia del aumento pretendía «la limpieza total del centro de Bagdad» y, cuando las fuerzas de Al Sader se trasladasen a Ciudad Sader, «limpiar ese bastión chií por la fuerza». <sup>33</sup>

En los años setenta, cuando comenzó la cruzada corporatista, se emplearon tácticas que los tribunales calificaron de abiertamente genocidas: la eliminación deliberada de un segmento de la población. En Irak ha ocurrido algo todavía más monstruoso: la eliminación no de un segmento de la población, sino de todo un país. Irak está desapareciendo, se desintegra. Como suele ocurrir, todo empezó con la desaparición de las mujeres detrás de los velos y las puertas; después, de los niños de los colegios (en 2006, dos tercios de los escolares se quedaron en sus casas). A continuación llegó el turno de los profesionales: médicos, profesores, empresarios, científicos, farmacéuticos, jueces, abogados... Se calcula que 3.000 profesores universitarios iraquíes han sido asesinados por escuadrones de la muerte desde la invasión de Estados Unidos (incluyendo varios decanos de departamento), y varios miles más han huido. Los médicos lo han tenido todavía peor: en febrero de 2007 se calculó que unos 2.000 habían sido asesinados y 12.000 habían huido. En noviembre de 2006, el Alto Comisionado para los Refugiados de Naciones Unidas calculó que 3.000 iraquíes huían del país cada día. En abril de 2007, la organización informó de que cuatro millones de personas se han visto obligadas a abandonar sus casas (aproximadamente uno de cada siete iraquíes). Sólo unos centenares de esos refugiados han sido acogidos en Estados Unidos. <sup>34</sup>

Con la industria iraquí hundida, uno de los únicos negocios locales que prospera es el de los secuestros. Sólo en tres meses y medio, a principios de 2006, se secuestró en Irak a casi 20.000 personas. Los medios internacionales sólo prestan atención cuando los secuestrados son occidentales, pero la inmensa mayoría de las víctimas son profesionales iraquíes apresados cuando van o vuelven del trabajo. Sus familias tienen dos opciones: pagar un rescate de decenas de miles de dólares americanos o identificar sus cadáveres en la morgue. La tortura también prospera. Grupos de derechos humanos han documentado numerosos casos de policías

iraquíes que exigen miles de dólares a familiares de prisioneros a cambio de cesar las torturas.<sup>35</sup> Es la versión doméstica del capitalismo del desastre de Irak.

Esto no es lo que la administración Bush había pensado para Irak cuando lo eligió como nación modelo para el resto del mundo árabe. La ocupación comenzó con joviales conversaciones sobre tablas rasas y comienzos desde cero. Sin embargo, la búsqueda de limpieza no tardó en convertirse en conversaciones para «arrancar el islamismo de raíz» en Ciudad Sader o Nayaf y eliminar «el cáncer del islamismo radical» de Faluya y Ramadi; lo que no estuviese limpio se eliminaría por la fuerza.

Esto es lo que ocurre con los proyectos de crear sociedades modelo en países que no son los propios. Las campañas de limpieza rara vez son premeditadas. Sólo cuando las personas que viven en el país en cuestión se niegan a abandonar su pasado, el sueño de la tabla rasa se desdobla en su otro yo, la tierra arrasada; sólo entonces, el sueño de creación total se convierte en una campaña de destrucción total.

La violencia no prevista que hoy azota Irak es creación del optimismo letal de los arquitectos de la guerra. Se predeterminó con esta frase aparentemente inofensiva, incluso idealista: «un modelo para un nuevo Oriente Medio». La desintegración de Irak tiene sus raíces en la ideología que exigió una tabla rasa sobre la que escribir la nueva historia. Cuando esa tabla inmaculada no apareció, el defensor de esa ideología procedió a destruir con la esperanza de hacerse con esa tierra prometida.

### *Fracaso: el nuevo rostro del éxito*

En el vuelo con el que me marché de Bagdad, todos los asientos estaban ocupados por contratistas extranjeros que huían de la violencia. Era abril de 2004, y tanto Faluya como Nayaf se encontraban asediadas. Sólo en aquella semana, 150 contratistas abandonaron Irak. Y les seguirían muchos más. En aquel momento estaba convencida de que nos encontrábamos ante la primera gran derrota de la cruzada corporativista. Irak había sido bombardeado con todas las armas del *shock*, a excepción de la bomba

nuclear, pero seguía siendo imposible someter al país. Sin lugar a dudas, el experimento había fracasado.

Ahora ya no estoy tan segura. Por un lado, resulta evidente que algunos puntos del proyecto fueron un desastre. Bremer fue enviado a Irak para crear una utopía empresarial, pero Irak se convirtió en una macabra distopía en la que acudir a una simple reunión de empresa podía suponer acabar linchado, quemado vivo o decapitado. En mayo de 2007, más de 900 contratistas habían sido asesinados y «más de 12.000 han sufrido daños por los enfrentamientos o en el trabajo», según un análisis del *New York Times*. Los inversores a los que Bremer intentó atraer por todos los medios nunca han dado la cara: ni HSBC, ni Procter & Gamble, que pospuso su empresa conjunta, igual que General Motors. New Bridge Strategies, la compañía que describía efusivamente cómo «un Wal-Mart se haría cargo de todo el país», reconoció que McDonald's no tenía previsto abrir en breve.<sup>36</sup> Los contratos de Bechtel para la reconstrucción no evolucionaron de forma cómoda en contratos a largo plazo para explotar los sistemas de agua y electricidad. A finales de 2006, los esfuerzos para la reconstrucción privatizada que suponían la razón de ser del anti-Plan Marshall se habían abandonado casi por completo, y en algunos casos se sustituyeron por soluciones políticas dramáticas.

Stuart Bowen, inspector general especial de Estados Unidos para la reconstrucción de Irak, informó de que en los pocos casos en los que los contratos habían ido a parar a empresas iraquíes, el resultado era «más eficaz y más barato. Y ha vigorizado la economía porque pone a los iraquíes a trabajar». Resulta que dotar de fondos a los iraquíes para reconstruir su propio país es más eficaz que contratar a multinacionales que no conocen el país o el idioma, que se rodean de mercenarios que cobran 900 dólares al día y que destinan el 55% de sus presupuestos a gastos de funcionamiento.<sup>37</sup> John C. Bowersox, que trabajó como asesor de sanidad en la embajada estadounidense en Bagdad, ofreció esta radical observación: el problema con la reconstrucción de Irak fue, según su opinión, el deseo de construir todo partiendo de cero. «Podríamos haber recurrido a las rehabilitaciones de bajo presupuesto y no intentar transformar el sistema sanitario en dos años.»<sup>38</sup>

Un cambio radical todavía más dramático procedió del Pentágono. En diciembre de 2006 anunció un nuevo proyecto para hacerse con las fábricas estatales de Irak y continuar con su funcionamiento (las mismas que Bremer

se negó a equipar con generadores de emergencia porque eran reliquias estalinistas). El Pentágono se dio cuenta de que en lugar de comprar cemento y piezas de máquinas a Jordania y Kuwait, podía recurrir a las moribundas fábricas iraquíes, poner a trabajar a decenas de miles de hombres y enviar los beneficios a las comunidades cercanas. Paul Brinkley, subsecretario de Defensa para la transformación de las empresas en Irak, dijo: «Hemos examinado algunas de estas fábricas más de cerca y hemos comprobado que no son las empresas casi destartadas de la era soviética que habíamos pensado», aunque admitió que algunos de sus colegas habían empezado a llamarle estalinista.<sup>39</sup>

Peter W. Chiarelli, teniente general del ejército estadounidense y principal comandante de campo en Irak, explicó: «Necesitamos poner a trabajar a los jóvenes furiosos. [...] Un pequeño descenso del desempleo tendría un gran efecto en el número de asesinatos sectarios». Y no pudo evitar añadir: «Después de cuatro años, me parece increíble que no nos hayamos dado cuenta de eso. [...] Para mí es muy importante, casi tanto como cualquier otro punto del plan de campaña».<sup>40</sup>

¿Señalan estos cambios el fin del capitalismo del desastre? Lo dudo. Cuando los oficiales estadounidenses se dieron cuenta de que no necesitaban construir un nuevo país a partir de cero, de que era más importante proporcionar trabajo a los iraquíes y compartir con su industria los millones reunidos para la reconstrucción, el dinero ya se había gastado.

Mientras tanto, en medio de la oleada de epifanías neokeynesianas, Irak fue golpeado con el peor atentado desde el estallido de la crisis. En diciembre de 2006, el Grupo de Estudio sobre Irak encabezado por James Baker publicó su esperado informe. En él se solicitaba a Estados Unidos que ayudase «a los líderes iraquíes a reorganizar la industria petrolera nacional como una empresa comercial» y que fomentase «las inversiones en el sector del petróleo en Irak por parte de la comunidad internacional y de las grandes empresas de energía».<sup>41</sup>

La Casa Blanca ignoró gran parte de las recomendaciones del informe, pero no ésta: la administración Bush se puso manos a la obra para colaborar en la redacción de una ley del petróleo totalmente nueva para Irak, y según la cual compañías como Shell y BP podrían firmar contratos por treinta y cinco años. Esos contratos les permitirían beneficiarse de una gran parte de los beneficios que diese el petróleo iraquí: decenas o incluso centenas de miles de millones de dólares, algo inaudito en países como Irak, con el

petróleo tan asequible, y una sentencia de pobreza perpetua en un país donde el 95% de los ingresos del gobierno proceden del petróleo.<sup>42</sup> Fue una propuesta tan impopular que ni siquiera Paul Bremer se atrevió a ponerla en práctica en el primer año de la ocupación. Y aparecía ahora gracias al aumento del caos. Al explicar por qué sería justificable salir de Irak ante un porcentaje de beneficios tan elevados, las empresas petrolíferas mencionaron los riesgos de seguridad. En otras palabras, el desastre fue lo que hizo posible la aplicación de una ley tan radical.

El sentido de la oportunidad de Washington fue extremadamente revelador. En el momento en que la ley se abría paso, Irak se enfrentaba a su crisis más profunda hasta el momento: el país se estaba dividiendo a raíz de los conflictos sectarios (con una media de 1.000 iraquíes muertos a la semana). Sadam Husein acababa de ser ejecutado después de un episodio depravado y provocativo. Simultáneamente, Bush llevaba a cabo un nuevo despliegue de tropas en Irak con una normativa de combate «menos restringida». En este período, Irak resultaba demasiado inestable para que los gigantes del petróleo hiciesen grandes inversiones, de manera que no existía una necesidad imperiosa de una nueva ley (con la excepción de utilizar el caos para desviar la atención pública de los temas más polémicos a los que se enfrentaba el país). Numerosos legisladores iraquíes elegidos afirmaron que no tenían ni idea de que ni siquiera se hubiese redactado una nueva ley, y que ellos no habían sido incluidos en su creación. Greg Muttitt, investigador del grupo Platform de vigilancia de la industria petrolera, explicó: «Hace poco asistí a una reunión de parlamentarios iraquíes y les pregunté cuántos habían visto la ley. De veinte, sólo uno la había visto». Según Muttitt, si se promulgase la ley los iraquíes «saldrían perdiendo porque en este momento no tienen la capacidad de hacer un buen negocio».<sup>43</sup>

Los principales sindicatos de Irak declararon que «la privatización del petróleo es una línea roja que no debe cruzarse». En una declaración conjunta condenaron la ley como un intento de apoderarse de «los recursos energéticos de Irak en un momento en que el pueblo iraquí está intentando decidir su propio futuro bajo las condiciones de la ocupación».<sup>44</sup> La ley que finalmente adoptó el gabinete iraquí en febrero de 2007 fue todavía peor de lo que se pensaba: no imponía límites en la cantidad de beneficios que las compañías extranjeras podrían obtener del país y no exigía unos requerimientos específicos sobre asociaciones de los inversores con las

empresas iraquíes o contratación de iraquíes para trabajar en los campos petrolíferos. La mayor desfachatez es que excluía a los parlamentarios iraquíes elegidos de cualquier participación en las condiciones de los futuros contratos. En cambio, creó un nuevo organismo, el Consejo Federal del Petróleo y el Gas, que, según informaba el *New York Times*, sería asesorado por «un grupo de expertos en petróleo de Irak y de fuera de Irak». Este cuerpo no elegido, asesorado por extranjeros no especificados, tendría la última palabra en todas las cuestiones relacionadas con el petróleo y plena autoridad para decidir qué contratos firmaba Irak y cuáles no. En realidad, la ley exigía que las reservas de petróleo de Irak, de propiedad pública y principal fuente de ingresos, estuviesen exentas del control democrático y en manos de una dictadura petrolífera poderosa y rica, paralela al gobierno roto e ineficaz de Irak.<sup>45</sup>

Resulta difícil exagerar lo escandaloso de este intento de apoderarse de los recursos. Los beneficios del petróleo de Irak suponen la única esperanza de financiar su propia reconstrucción cuando regrese algo parecido a la paz. Reclamar esa riqueza futura en un momento de desintegración nacional es capitalismo del desastre en su versión más vergonzosa.

El caos en Irak trajo otra consecuencia de la que se ha hablado poco: cuanto más tiempo transcurría, más se privatizaba la presencia extranjera hasta el punto de llegar a crear un nuevo paradigma de guerra y de respuesta a las catástrofes humanas.

En este punto surtió pleno efecto la ideología de la privatización radical que centraba el anti-Plan Marshall. La inquebrantable negativa de la administración Bush a dotar de personal a la guerra en Irak (con tropas o con empleados civiles bajo su control) tuvo unos beneficios claros para su otra guerra: la de subcontratar el gobierno de Estados Unidos. Esta cruzada, que dejó de ser el tema central de la retórica pública de la administración, ha seguido siendo una obsesión permanente entre bastidores y ha tenido mucho más éxito que todas las batallas más públicas juntas.

Dado que Rumsfeld diseñó la guerra como una invasión justo a tiempo, con soldados para desempeñar únicamente funciones de combate básicas, y que eliminó 35.000 puestos de trabajo en los departamentos de Defensa y de Asuntos de Veteranos en el primer año del despliegue en Irak, el sector privado se quedó para rellenar los huecos en todos los niveles.<sup>46</sup> En la práctica, el significado de esta configuración fue que mientras Irak se

sumía en el caos, una industria de guerra privatizada todavía más elaborada tomó forma para apoyar al ejército (tanto en el terreno, en Irak, como en Estados Unidos, en el Walter Reed Medical Center).

Ante la negativa constante de Rumsfeld a todas las soluciones que requerían aumentar el ejército, los militares tuvieron que encontrar el modo de conseguir más soldados para puestos de combate. Las empresas de seguridad privada llegaron en tropel a Irak para realizar funciones que anteriormente estaban en manos de los soldados: proporcionar seguridad a los oficiales de alto rango, vigilar las bases, escoltar a otros contratistas... Una vez en Irak, sus atribuciones aumentaron como respuesta al caos. El contrato original de Blackwater en Irak consistía en proporcionar seguridad privada a Bremer, pero un año después de la ocupación la empresa participaba en todos los combates callejeros. Durante el levantamiento de Muqtada al Sader en Nayaf, en abril de 2004, Blackwater asumió el mando de los marines estadounidenses en una batalla de un día contra el Ejército del Mahdi en la que murieron decenas de iraquíes.<sup>47</sup>

Al principio de la ocupación se calcula que había en Irak 10.000 soldados privados (muchos más que en la primera guerra del Golfo). Tres años más tarde, un informe de la Oficina de Contabilidad del gobierno de Estados Unidos reveló que en Irak había desplegados 48.000 soldados privados de todas las procedencias. Los mercenarios representaban el contingente más numeroso después del ejército estadounidense (más que todos los miembros de la «coalición de la buena voluntad» juntos). El «boom de Bagdad», como se llamó en la prensa económica, tomó un sector oscuro y mal considerado y lo incorporó plenamente a las maquinarias de guerra de Estados Unidos y el Reino Unido. Blackwater contrató a agresivos lobistas para borrar la palabra «mercenario» del vocabulario público y convertir su empresa en una marca típicamente americana. Según su director general, Erik Prince, así recuperaban «su mantra de empresa: estamos intentando hacer por el aparato de seguridad nacional lo que FedEx hizo por el servicio postal».<sup>48</sup>

Cuando la guerra se trasladó al interior de las cárceles, el ejército andaba tan escaso de interrogadores formados e intérpretes de árabe que no podía obtener información de los nuevos prisioneros. Desesperado ante esa falta de personal, recurrió al contratista de defensa CACI International Inc. En el contrato original, el papel de CACI en Irak consistía en proporcionar servicios de tecnología de la información a los militares, pero la



formulación de la orden de trabajo era tan ambigua que «tecnología de la información» podía llegar a significar «interrogatorio». <sup>49</sup> Esa flexibilidad era intencionada: CACI forma parte de una nueva corriente de contratistas que actúan como agencia temporal para el gobierno federal. Los contratos, de palabra, se suceden de manera continuada, y dispone de numerosos trabajadores potenciales listos para ocupar cualquier puesto. Llamar a CACI, cuyos trabajadores no tenían que superar la rigurosa formación y los controles de seguridad que se exigen a los empleados del gobierno, era tan sencillo como pedir material para la oficina; en un momento llegaban numerosos interrogadores nuevos. <sup>\*</sup> La empresa que más se benefició del caos fue Halliburton. Antes de la invasión recibió un contrato para sofocar los incendios provocados por los ejércitos en retirada de Sadam. Cuando los fuegos no llegaron a materializarse, el contrato de Halliburton se amplió para incluir una nueva función: proporcionar combustible a toda la nación, un trabajo de tal envergadura que «compró todos los camiones cisterna de Kuwait e importó varios centenares más». <sup>50</sup> Con la excusa de liberar de cargas a los soldados para la batalla, Halliburton se encargó de funciones tradicionales del ejército, incluyendo el mantenimiento de vehículos y radios.

Incluso el reclutamiento, una tarea considerada propia de los soldados, se convirtió en un negocio lucrativo. En 2006 se reclutaron nuevos soldados, un trabajo en manos de empresas privadas de cazatalentos como Serco, o es una sección del gigante fabricante de armas L-3 Communications. Los reclutadores privados, muchos de los cuales nunca habían servido en el ejército, recibían una gratificación cada vez que alistaban a un soldado. Un portavoz de la empresa presumía así: «Si quieres comer bistec, tienes que colocar gente en el ejército». <sup>5</sup> El reinado de Rumsfeld también provocó un auge del entrenamiento subcontratado: compañías como Cubic Defense Applications y Blackwater formaron soldados en técnicas de combate; para ello disponían de instalaciones privadas en las que practicaban el combate puerta por puerta en decorados a modo de pueblos.

Gracias a la obsesión privatizadora de Rumsfeld, tal como sugirió por primera vez en su discurso del 10 de septiembre de 2001, cuando los soldados llegaban a casa enfermos o afectados por estrés postraumático, se trataban en empresas sanitarias privadas para las que la guerra en Irak generó unos beneficios inesperados. Una de esas compañías, Health Net, se

convirtió en la séptima más productiva en el Fortune 500 de 2005 (debido en gran parte a los soldados heridos que regresaron de Irak). Otra fue IAP Worldwide Services Inc., que obtuvo el contrato para encargarse de muchos de los servicios del hospital militar Walter Reed. Supuestamente, la privatización del centro médico contribuyó a un espectacular deterioro en el mantenimiento, ya que más de cien empleados federales expertos dejaron las instalaciones.<sup>52</sup>

El enorme aumento de competencias de las empresas privadas nunca se debatió abiertamente como una cuestión política (de un modo muy similar a la materialización repentina de la proposición de ley sobre el petróleo). Rumsfeld no tuvo que enzarzarse en batallas campales con los sindicatos de los trabajadores federales o con los militares de alto rango. Todo ocurrió sobre la marcha en lo que los militares denominan «ampliación de la misión». Cuanto más durase la guerra, más se privatizaría. Muy pronto, ésa fue la nueva forma de hacer las guerras. La crisis facilitaba el planteamiento de la situación, tal como ya había ocurrido en numerosas ocasiones.

Las cifras explican la dramática historia de la «ampliación de la misión» de las empresas. Durante la primera guerra del Golfo, en 1991, hubo un contratista por cada cien soldados. Al principio de la invasión de Irak, en 2003, la proporción había aumentado a un contratista por cada diez soldados. Tres años después de la ocupación norteamericana, un nuevo aumento: uno por cada tres. Menos de un año más tarde, con la ocupación próxima a cumplir su cuarto año, había un contratista por cada 1,4 soldados norteamericanos. Esta cifra incluye sólo a los contratistas que trabajaron directamente para el gobierno de Estados Unidos, no para los otros socios de la coalición ni para el gobierno iraquí, y tampoco tiene en cuenta a los contratistas instalados en Kuwait y Jordania que encomendaron sus tareas a subcontratistas.<sup>53</sup>

Los soldados británicos en Irak ya son ampliamente superados por sus paisanos que trabajan para empresas privadas de seguridad en una proporción de tres a uno. Cuando Tony Blair anunció que iba a sacar a 1.600 soldados de Irak, en febrero de 2007, la prensa informó de inmediato: «Los trabajadores civiles esperan que los "mercenarios" contribuyan a llenar ese hueco». El gobierno británico pagaría directamente a las empresas. Al mismo tiempo, la Associated Press cifró el número de contratistas en Irak en 120.000, casi el equivalente al número de soldados

estadounidenses.<sup>54</sup> En escala, este tipo de guerra privatizada ya supera a Naciones Unidas. El presupuesto de la ONU para mantener la paz en 2006-2007 fue de 5.250 millones de dólares, menos de un cuarto de los 20.000 millones que se embolsó Halliburton en contratos en Irak. Según las últimas estimaciones, sólo la industria mercenaria se lleva 4.000 millones de dólares.<sup>55</sup>

Así, mientras la reconstrucción de Irak fue todo un fracaso para los iraquíes y los contribuyentes norteamericanos, no podemos decir lo mismo sobre el complejo del capitalismo del desastre. La guerra en Irak, que se hizo posible a raíz de los ataques del 11 de septiembre, representa nada menos que el nacimiento violento de una nueva economía. Aquí radicaba la genialidad del plan de «transformación» de Rumsfeld: dado que todos los aspectos de la destrucción y la reconstrucción se han subcontratado y privatizado, se produce un auge económico cuando las bombas empiezan a caer, cuando ya no caen y cuando vuelven a caer de nuevo (un lucrativo círculo cerrado de destrucción y reconstrucción, de arrasar y volver a edificar). Para las empresas avisgadas y con visión de futuro, como Halliburton y el Carlyle Group, los destructores y los reconstructores son visiones distintas de las mismas corporaciones.<sup>\*56</sup>

La administración Bush tomó algunas medidas importantes y apenas revisadas para institucionalizar el modelo de guerra privatizada que se forjó en Irak, un elemento ya fijo de la política exterior. En julio de 2006, Bowen -inspector general para la reconstrucción de Irak- publicó un informe sobre «lecciones aprendidas» de las diversas debacles con los contratistas. Llegó a la conclusión de que los problemas tenían su raíz en la falta de planificación y exigió la creación de «un cuerpo de reserva desplegable compuesto por personal contratado que esté formado para ejecutar operaciones rápidas de ayuda y reconstrucción durante operaciones de contingencia» y «prequalificar un consorcio diverso de contratistas con experiencia en zonas en reconstrucción». En otras palabras, un ejército contratado permanente. En su discurso sobre el estado de la nación, en 2007, Bush defendió la idea y anunció la creación de un cuerpo de reserva civil. «El cuerpo funcionaría de manera muy parecida a nuestra reserva militar. Aliviaría la carga de las fuerzas armadas al permitirnos contratar civiles con conocimientos muy específicos para servir en misiones en el extranjero cuando Estados Unidos les necesite», explicó. «Gente de todo Estados Unidos sin uniforme tendrá la oportunidad de servir en la batalla definitiva de nuestro tiempo.»<sup>57</sup>

Un año y medio después de la ocupación de Irak, el Departamento de Estado norteamericano creó una nueva delegación: la Oficina de Reconstrucción y Estabilización. Un buen día, la oficina paga a contratistas privados para que tracen un plan detallado de reconstrucción de 25 países - desde Venezuela hasta Irán- que, por una razón u otra, son objetivos de la destrucción patrocinada por Estados Unidos. Las corporaciones y los asesores están preparados con «contratos prefirmados», de manera que pueden pasar a la acción en cuanto se desencadene el desastre.<sup>58</sup> Para la administración Bush era la evolución natural: después de afirmar que tenía derecho a provocar una destrucción preventiva sin límites, encabezaba la reconstrucción preventiva: reconstruir lugares que todavía no han sido destruidos.

Así, la guerra en Irak sirvió finalmente para crear un modelo de economía, y no precisamente el Tigre en el Tigris del que hablaron los neoconservadores. Se trata de un modelo de guerra y reconstrucción privatizadas, y que no tardó mucho en ser exportado. Hasta Irak, las fronteras de la cruzada de Chicago las imponía la geografía: Rusia, Argentina, Corea del Sur. Ahora ya se puede abrir una nueva frontera en cualquier lugar donde suceda el siguiente desastre.

# SÉPTIMA PARTE: LA ZONA DE SEGURIDAD MÓVIL

## ZONAS DE SEPARACIÓN Y MUROS DE PROTECCIÓN

*Debido a que puedes empezar de nuevo, puedes hacerlo, fundamentalmente, por lo más avanzado, algo que es positivo. Es un privilegio para ti tener esta oportunidad porque existen otros lugares que no han tenido tales sistemas o soportan sistemas que tienen cien o doscientos años de antigüedad. En cierto modo, es una ventaja para Afganistán empezar de nuevo con nuevas ideas y mejores conocimientos técnicos.*

Paul O'Neill, secretario del Tesoro, noviembre de 2002, en Kabul, después de la invasión.

## Capítulo 19: DESPEJANDO LA PLAYA

«El segundo tsunami»

*El tsunami que despejó la costa como un buldózer gigante ha obsequiado a los promotores inmobiliarios con una oportunidad jamás soñada que han aprovechado rápidamente.*

SETH MYDANS, International Herald Tribune, 10 de marzo de 2005 <sup>1</sup>

Fui a la playa al amanecer, esperando encontrarme con algunos pescadores antes de que partieran hacia las aguas color turquesa. Era julio de 2005 y la playa estaba casi desierta salvo por un grupo de catamaranes de madera pintados a mano y, junto a uno de ellos, una pequeña familia que se disponía a salir al mar. Roger, de cuarenta años, sentado sin camisa y con un pareo sobre la arena estaba reparando una enredada red roja junto a su hijo de veintiún años, Ivan. Jenita, la esposa de Roger, daba vueltas en torno a la embarcación agitando con la mano una lata de humeante incienso. «Implorando suerte y seguridad», así explicaba el ritual.

No hace mucho, en esta playa y en docenas más como ésta de toda la costa de Sri Lanka, tuvo lugar una desesperada misión de rescate tras el más devastador desastre natural de la memoria reciente: el *tsunami* del 26 de diciembre de 2004, que acabó con la vida de 250.000 personas y dejó sin hogar a dos millones y medio de personas en toda la región.<sup>2</sup> Había ido a Sri Lanka, uno de los países más duramente golpeados, seis meses después para ver las tareas de reconstrucción en comparación con las que se estaban llevando a cabo en Irak.

Mi compañero de viaje, Kumari, un activista de Colombo, había formado parte de ese esfuerzo de rehabilitación y rescate y accedió a hacer de guía y traductor a través de la región golpeada por el *tsunami*. Nuestro viaje comenzó en la bahía de Arugam, en un pueblo de pescadores turístico y apagado en la costa oriental de la isla, que estaba siendo levantado por el equipo de reconstrucción del gobierno como escaparate de sus planes de «reconstruir a mejor».

Ahí es donde conocimos a Roger que, en sólo unos minutos, nos dio una versión muy diferente del asunto. El lo llamaba «plan para trasladar a

los pescadores de la playa». Alegaba que el plan de desalojo masivo era muy anterior a la ola gigante, pero el *tsunami*, como otros muchos desastres, estaba siendo aprovechado para que se aprobase una agenda profundamente antipopular. Roger nos contó que durante quince años su familia había pasado la temporada de pesca en una cabaña con el techo de paja situada en la playa, en la bahía de Arugam, cerca de donde nos encontrábamos sentados. Junto a decenas de familias pescadoras, habían guardado sus embarcaciones junto a sus cabañas y secado su pesca en hojas de banano sobre la fina arena blanca. Se mezclaban con facilidad con los turistas, la mayor parte de ellos surfistas procedentes de Australia y Europa que se alojaban en hoteles a lo largo de la playa, ese tipo de lugares con hamacas raídas en primera línea de playa y música como la de un club de Londres que sonaba en altavoces colgados de las palmeras. Los restaurantes compraban pescado directamente según llegaba en las embarcaciones y los pescadores, con su pintoresco estilo de vida tradicional, proporcionaban ese toque de autenticidad que la mayor parte de los toscos turistas estaban buscando.

Durante mucho tiempo, no hubo especiales conflictos entre los hoteles y los pescadores de la bahía de Arugam, en parte porque la guerra civil que tenía lugar en Sri Lanka aseguraba que ninguna industria crecería a gran escala. La costa oriental de Sri Lanka presenció algunos de los peores enfrentamientos de ambos bandos: los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil (conocidos como los Tigres tamiles) en el norte, y el gobierno central ceilandés de Colombo. Ninguno consiguió controlarla jamás totalmente. Alcanzar la bahía de Arugam requería navegar entre un laberinto de puestos de control y correr el riesgo de ser atrapado en un tiroteo o ataque suicida (a los Tigres tamiles se les atribuye la invención del cinturón explosivo). Todas las guías contienen severas advertencias acerca de mantenerse alejado de la inestable costa oriental de Sri Lanka; la ola rompe notablemente bien, pero sólo se aventuran los fanáticos del *surf*.

En febrero de 2002 se produjo un gran avance, cuando Colombo y los Tigres firmaron un acuerdo de alto el fuego. No fue exactamente un acuerdo de paz sino más bien un tenso cese de las hostilidades, interrumpido por una bomba o asesinato ocasionales. A pesar de la precariedad de la situación, tan pronto como las carreteras fueron abiertas, las guías empezaron a resaltar el interés de la costa oriental como la nueva Phuket: estupendo *surf*, bellas playas, hoteles de moda, comidas especiadas, juergas a la luz de la

luna... «lugares de moda», según señalaba *Lonely Planet*<sup>3</sup> Y la bahía de Arugam era el centro de la actividad. Al mismo tiempo, la apertura de los puestos de control significaba que los pescadores de todo el país podrían regresar en gran número a algunas de las aguas más ricas en pesca a lo largo de la costa oriental, incluida la bahía de Arugam.

Las playas estaban cada vez más abarrotadas. La bahía de Arugam fue declarada puerto pesquero, pero los propietarios de los hoteles empezaron a quejarse de que las cabañas impedían sus vistas y que el olor del pescado seco repugnaba a sus clientes (un hotelero, holandés expatriado, me dijo: «Hay como un olor a contaminación»). Algunos de los hoteleros empezaron a presionar al gobierno local para que trasladase las embarcaciones y las cabañas a otra bahía, menos popular para los extranjeros. Los aldeanos les presionaron a su vez, señalando que ellos habían vivido en esas tierras durante generaciones y que la bahía de Arugam era algo más que un embarcadero: era agua fresca y electricidad, escuelas para sus hijos y compradores para sus capturas.

Estas tensiones amenazaron con explotar seis meses antes del golpe del *tsunami*, al producirse un misterioso incendio en la playa a mitad de la noche. Veinticuatro cabañas fueron reducidas a cenizas. Roger me dijo que lo habían perdido todo: pertenencias, redes y cuerdas. Kumari y yo hablamos con muchos de los pescadores de la bahía de Arugam y todos insistían en que el fuego había sido provocado. Culpaban a los propietarios de los hoteles quienes, obviamente, querían las playas para ellos.

Pero si el fuego fue realmente un intento de ahuyentar a los pescadores, no funcionó; los aldeanos se mostraron dispuestos a quedarse más que nunca, y las personas que perdieron sus cabañas las reconstruyeron rápidamente.

Cuando se produjo el *tsunami*, consiguió lo que el fuego no pudo: vació la playa completamente. Cada frágil construcción fue barrida por el agua: cada embarcación, cada cabaña, al igual que cada cabaña y bungalow de los turistas. En una comunidad de sólo 4.000 habitantes, murieron alrededor de 350 personas, la mayoría de ellos personas como Roger, Ivan y Jenita, quienes hacían del mar su medio de vida.<sup>4</sup> Todavía bajo los escombros y la carnicería estaba lo que la industria turística había estado buscando durante tanto tiempo: una prístina playa, sin rastro de todos los signos de suciedad de gente trabajando, un paraíso vacacional. Igual a lo



largo de toda la costa: una vez que los escombros habían sido retirados, lo que quedaba era... el paraíso.

Cuando la emergencia remitió y las familias de pescadores regresaron a los lugares donde una vez estuvieron sus casas, fueron recibidos por la policía, que les prohibió reconstruir sus hogares: «nuevas leyes», les dijeron. Nada de casas en la playa; todo tenía que estar, al menos, a doscientos metros atrás de la orilla de la costa. La mayoría habrían aceptado construir más lejos del agua, pero no había terreno disponible allí, lo que dejaba a los pescadores sin un lugar adonde ir. Y la nueva «zona de separación» había sido impuesta no sólo en la bahía de Arugam, sino a lo largo de toda la costa. Las playas estaban fuera de los límites.

El *tsunami* mató, aproximadamente, a 35.000 esrilanqueses y desplazó a cerca de un millón. El 80% de las víctimas eran, como Roger, pescadores de pequeña escala. En algunas áreas el porcentaje ascendía al 98%. Con el fin de recibir raciones de comida y subvenciones como ayuda, cientos de miles de personas se desplazaron de las playas a campamentos temporales del interior, muchos de ellos largos y sombríos barracones de chapa cuya absorción del calor era tan insoportable que muchos los abandonaban para dormir fuera. Según pasaba el interminable tiempo, los campos se convirtieron en avenidas de suciedad y enfermedades patrulladas por amenazadores soldados blandiendo sus ametralladoras.

Oficialmente, el gobierno dijo que la zona de separación era una medida de seguridad supuestamente para prevenir que se repitiera una devastación si se produjera otro *tsunami*. A primera vista esto tenía sentido, pero existía un problema evidente en su fundamentación lógica: esto no estaba siendo aplicado a la industria del turismo. Por el contrario, se animaba a los hoteleros a que expandiesen sus hoteles frente al mar, donde los pescadores habían vivido y trabajado. Los centros turísticos quedaron completamente exentos de la regulación de la zona de separación, con tal de que clasificaran su construcción como «reparación»; no importa cómo de elaborada o cerca del mar estuviese, estaban libres de cargas y responsabilidades. Los trabajadores martillearon y taladraron a lo largo de toda la playa de la bahía de Arugam. «¿Tienen que tener los turistas miedo al *tsunami*?», quería saber Roger.

Para él y sus compañeros, la zona de separación parecía algo más que una excusa del gobierno para hacer lo que llevaba haciendo desde antes de la ola: despejar la playa de pescadores. Las capturas que solían extraer de

las aguas, habían sido suficientes para mantener a sus familias, pero no contribuían al crecimiento económico tal como era medido por instituciones como el Banco Mundial, y la tierra donde una vez estuvieron sus cabañas podría ser puesta al servicio de un uso más rentable. Poco antes de mi llegada, un documento llamado «Plan de desarrollo para los recursos de la bahía de Arugam» filtrado por la prensa confirmaba los peores temores de la comunidad de pescadores. El gobierno federal había encargado a un equipo de consultores internacional desarrollar un anteproyecto de reconstrucción de la bahía de Arugam, y este plan fue el resultado. Aunque hubieran sido sólo las propiedades situadas frente a la playa las dañadas por el *tsunami*, con la mayor parte de la ciudad aún en pie, éste pedía que la bahía de Arugam fuese demolida y reconstruida, y dejase de ser una encantadora ciudad *hippie* junto al mar para convertirse en una «boutique de destino turístico» de lujo: centros turísticos de cinco estrellas, chalés para turismo ecológico a 300 dólares la noche, un embarcadero para hidroaviones y una pista de aterrizaje para helicópteros. El informe señalaba con entusiasmo que la bahía de Arugam podría servir como modelo para levantar treinta nuevas «zonas turísticas» cercanas, convirtiendo la costa oriental de Sri Lanka previamente destrozada por la guerra en una Riviera en el Sureste asiático.<sup>5</sup>

Las víctimas del *tsunami* -los cientos de familias pescadoras que vivían y trabajaban en la playa- desaparecieron de todas las impresiones de los artistas y de los planos. El informe explicaba que los aldeanos serían trasladados a lugares más apropiados, algunos varios kilómetros más lejos y lejos del océano. Para hacer las cosas aún peor, los 80 millones de dólares del proyecto de renovación iban a ser financiados con el dinero recaudado como ayuda en nombre de las víctimas del *tsunami*.

Fueron los rostros de llanto de estas familias de pescadores y otras como éstas en Tailandia e Indonesia las que desencadenaron el histórico flujo de generosidad internacional después del *tsunami*: sus parientes apilados en las mezquitas, los lamentos de sus madres intentando identificar a un bebé ahogado, sus hijos barridos por el mar. Hasta ahora, para comunidades como la de la bahía de Arugam, la «reconstrucción» significaba nada menos que la destrucción deliberada de su cultura y forma de vida y el robo de su tierra. Como dijo Kumari, el proceso entero de reconstrucción resultaría en «la victimización de las víctimas, la explotación de lo explotado».

Cuando el plan salió, saltaron chispas de indignación por todo el país, especialmente en la bahía de Arugam. Tan pronto como llegamos a la ciudad, Kumari y yo tropezamos con una muchedumbre de cientos de manifestantes vestidos con una caleidoscópica mezcla de saris, pareos, *hijabs* y chanclas. Se reunieron en la playa; al principio la marcha pasaría frente a los hoteles, luego por la ciudad vecina de Pottuvil, sede del gobierno local.

Al pasar delante de los hoteles, un hombre joven con camiseta blanca y megáfono rojo dirigía a los manifestantes en una llamada-respuesta. «¡No queremos... no queremos...!», gritaba, y la muchedumbre respondía: «¡Hoteles para turistas!». Después gritaba: «¡Blancos...!», y la gente gritaba: «¡Fuera!» (Kumari traducía del tamil pidiendo disculpas). Otro hombre joven, con la piel curtida por el sol y el océano, tomó las riendas del megáfono y gritó: «¡Queremos, queremos...!» y las respuestas volaron: «¡Nuestras tierras de nuevo!», «¡nuestros hogares;», «¡un puerto de pesca!», «¡el dinero de ayuda recaudado!». «¡Hambre, hambre!», gritaba, y la gente respondía: «¡Los pescadores se enfrentan al hambre!»:

Fuera, a las puertas del distrito del gobierno, líderes de la marcha acusaban a sus elegidos representantes de abandono, corrupción, de gastar el dinero de la ayuda destinado a los pescadores en «dotes para sus hijas y joyas para sus mujeres». Hablaron de favores especiales repartidos entre los ceilandeses, de discriminación contra los musulmanes, de los «beneficios de los extranjeros a costa de nuestra miseria».

Parecía poco probable que sus consignas fueran a tener mucho efecto. En Colombo hablé con el director general del Consejo de Turismo de Sri Lanka, Seenivasagam Kalaiselvam, un burócrata de mediana edad con el mal hábito de citar a su multimillonario país «como si fuera una marca comercial». Le pregunté qué iba a ser de los pescadores en lugares como la bahía de Arugam. Se inclinó hacia atrás en su silla de ratán y explicó: «En el pasado, en el cinturón costero, había muchos establecimientos no autorizados [...] contruidos al margen del plan de turismo. Con el *tsunami*, ocurrió algo positivo de cara al turismo y fue que la mayoría de esos establecimientos no autorizados [fueron] afectados por el *tsunami*, y esas construcciones dejaron de estar allí». Si los pescadores regresasen y pretendieran reconstruir sus establecimientos, «nos veríamos forzados a demolerlos de nuevo [...] La playa quedaría limpia», explicó.

Esto no empezó así. Cuando Kumari llegó a la costa oriental días después del *tsunami*, aún no había llegado la ayuda oficial. Esto significaba que cada uno era como un trabajador de apoyo de casos de desastre, un médico, un enterrador. Las barreras étnicas que hasta entonces habían dividido la región desaparecieron. «Los musulmanes corrieron hacia el lado tamil para enterrar a los muertos», explicó, «y los tamiles se acercaron a los musulmanes en búsqueda de comida y bebida. La población del interior del país enviaba dos paquetes de comida diariamente a cada casa, lo cual era mucho teniendo en cuenta la pobreza. No se trataba de recuperar nada; era lo que se sentía: "Tengo que apoyar a mi vecino, tenemos que apoyar a nuestras hermanas, hermanos, hijas, madres", sólo eso».

Transcultural fue también, respecto a la ayuda, el estallido por todo el país. Adolescentes tamiles condujeron sus tractores desde las granjas para ayudar en la búsqueda de cuerpos. Niños cristianos donaron sus uniformes del colegio, que se convertirían en sudarios blancos en los funerales musulmanes, mientras que las mujeres hindúes dieron sus saris blancos. Es como si la invasión de agua salada y escombros fuese tan humildemente poderosa que, además de pulverizar los hogares y doblar las autopistas, se borrarán odios intratables, disputas sangrientas y la cuenta de quién había matado a quién. Para Kumari, que había pasado años de frustrante trabajo con grupos pacifistas intentando tender puentes en la división, fue sobrecogedor ver cómo una tragedia tal se topaba con semejante decencia. En lugar de hablar interminablemente de paz, los habitantes de Sri Lanka, en su momento de máxima tensión, la estaban viviendo realmente.

Parecía también que el país iba a poder contar con el apoyo internacional para su esfuerzo de recuperación. En un principio, la ayuda no provino de los gobiernos, que fueron muy lentos en su respuesta, sino de individuos que habían visto el desastre por televisión: escolares europeos recaudaron fondos vendiendo tartas y recogiendo botellas recicladas, algunos músicos organizaron conciertos llenos de celebridades, grupos religiosos recolectaron ropa, mantas y dinero. Los ciudadanos pidieron a sus gobiernos que combinaran su generosidad con ayuda oficial. En seis meses se recaudaron 13.000 millones de dólares, un récord mundial.<sup>6</sup>

En los primeros meses, gran parte del dinero para la reconstrucción llegó a los receptores previstos: ONG y organismos de ayuda llevaron comida y agua de emergencia, tiendas de campaña y refugios temporales; los países ricos enviaron equipos médicos y suministros. Los campamentos

fueron contruidos como recursos provisionales, para dar cobijo a la gente mientras se construían sus hogares permanentes. Había, ciertamente, suficiente dinero para que se construyeran esos hogares. Pero cuando seis meses más tarde estuve en Sri Lanka, el progreso se había detenido. Apenas había casas permanentes y los campamentos temporales estaban empezando a parecerse cada vez menos a refugios de emergencia y más a tugurios de chabolas consolidados.

Los trabajadores que prestaban auxilio se quejaban de que el gobierno de Sri Lanka había puesto controles policiales en cada cambio de dirección, primero declarando la zona de separación y después negándose a proporcionar un terreno alternativo que agregar, y encargando una interminable serie de estudios y planes maestros a expertos de fuera. Mientras los burócratas discutían, los supervivientes del *tsunami* esperaban en los asfixiantes campamentos del interior, manteniéndose gracias a la comida racionada, demasiado lejos del océano para empezar a pescar otra vez. Mientras se culpaba de los retrasos al «papeleo» y a la pobre gestión, había, de hecho, mucho más en juego.

### *Antes de la ola: planes frustrados*

El ambicioso plan para rehacer Sri Lanka era dos años anterior al *tsunami*. Empezó cuando la guerra civil terminó y los contendientes habituales aparecieron sobre el terreno para tramar la entrada de Sri Lanka en la economía mundial, de manera prominente en la USA ID (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional), el Banco Mundial y en su flamante Banco Asiático de Desarrollo (BasD). Hubo consenso en que la más competitiva ventaja de Sri Lanka residía en el hecho de que éste era uno de los últimos lugares sin colonizar por la rebotante de energía globalización, un subproducto de su larga guerra. Para ser un país tan pequeño, Sri Lanka todavía tenía una notable cantidad de vida salvaje: leopardos, monos, miles de elefantes salvajes. Sus playas eran ajenas a las torres de pisos y sus montañas estaban salpicadas de templos hindúes, budistas y musulmanes y lugares sagrados. Lo mejor de todo, desvariaba la

USA ID, era que «todo estaba contenido en un espacio del tamaño de Virginia Occidental».<sup>7</sup>

Según ese plan, la jungla de Sri Lanka, que proporcionaba una efectiva protección a los guerrilleros, se abriría a la aventura de los ecoturistas, que podrían cabalgar a elefantes y balancearse como Tarzán por encima de las copas de los árboles de la forma que lo hacen en Costa Rica. Sus religiones, cómplices de tantos derramamientos de sangre, serían actualizadas para alimentar las necesidades espirituales de los visitantes occidentales: los monjes budistas podrían correr a su retiro a meditar, las mujeres hindúes podrían interpretar coloristas danzas en los hoteles, las clínicas ayurvédicas podrían aliviar los achaques.

Resumiendo, el resto de Asia podría mantener las maquilas, los centros de atención de llamadas telefónicas a clientes y los frenéticos mercados de valores; Sri Lanka estaría allí, esperando, cuando los capitanes de esas industrias necesitasen un lugar en el que recuperarse. Precisamente, debido a la enorme riqueza creada en otros puestos fronterizos del capitalismo no regulado, el dinero no sería un inconveniente cuando viniese a juntarse la perfectamente calibrada combinación de lujo y tierra salvaje, aventura y atentos servicios. El futuro de Sri Lanka -los consultores extranjeros estaban convencidos de esto-, se basaría en cadenas como los centros turísticos de Aman, que recientemente ha abierto dos deslumbrantes propiedades en la costa sur, con habitaciones a 800 dólares la noche y con bañeras en las que zambullirse en cada *suite*.

El gobierno de Estados Unidos estaba tan entusiasmado con el potencial de Sri Lanka como destino turístico de alto *standing*, con todas las posibilidades de cadenas hoteleras y *tour* operadores, que USAID lanzó un programa con el fin de organizar la industria turística de Sri Lanka, creando un poderoso *lobby* al estilo de Washington. Pediría un crédito para incrementar el presupuesto destinado a promocionar el turismo «desde no menos de 500.000 dólares al año hasta alcanzar aproximadamente los 10 millones anuales».<sup>8</sup> Mientras tanto, la embajada de Estados Unidos, lanzaría el Programa de Competitividad, una avanzadilla con el fin de progresar en los intereses económicos de Estados Unidos en el país. El director del programa, un gris economista llamado John Varley, me dijo que pensaba que Consejo de Turismo de Sri Lanka tenía un pensamiento muy limitado, cuando hablaba de atraer a un millón de turistas al año hasta el final de la década. «Personalmente creo que podrían doblarlo.» Peter Harrold, un

inglés que dirige las operaciones del Banco Mundial en Sri Lanka, me dijo: «Siempre he pensado en Bali como la referencia perfecta».

No hay duda alguna de que el turismo de alta calidad son beneficios garantizados de un mercado en expansión. Los ingresos globales para los hoteles de lujo, donde las habitaciones cuestan una media de 405 dólares la noche, crecieron el bastante llamativo 70% entre los años 2001 y 2005, nada mal para un período en el que tuvo lugar el desplome del post 11 de septiembre y la guerra de Irak y la aceleración en espiral de los costes del combustible. En muchos sentidos, el prodigioso crecimiento del sector es un subproducto de la extrema desigualdad como resultado generalizado del triunfo de las políticas económicas de la Escuela de Chicago. A pesar del estado global de la economía, existe una élite lo suficientemente grande, compuesta de nuevos millonarios y multimillonarios, para Wall Street, que ve a este grupo como «superconsumidores» capaces de mantener toda la demanda de consumo por su cuenta. Ajay Kapur, el antiguo director del grupo Citigroup Smith Barney de la estrategia mundial para la justicia en Nueva York, animó a sus clientes a invertir en su «cesta "*plutonomy*"» \* de valores, con compañías como Bulgari, Porsche, Four Seasons y Sotheby's. «Si la "*plutonomy*" continúa, y creemos que será así, si la desigualdad de ingresos persiste y se amplía, la cesta de la "*plutonomía*" continuará haciéndolo bien.<sup>9</sup>

Pero antes de que Sri Lanka pudiera cumplir con su destino como centro lúdico del grupo de la "*plutonomía*", existían algunas áreas que necesitaban mejoras drásticas de manera urgente. Lo primero que tenía que hacer el gobierno para atraer complejos turísticos de primera categoría era disminuir los obstáculos de la propiedad privada de la tierra (aproximadamente el 80% de la tierra de Sri Lanka era propiedad del Estado).<sup>10</sup> Necesitaba una legislación laboral más «flexible» bajo la cual los inversores pudieran proveer de personal a sus complejos turísticos. Igualmente, necesitaba modernizar sus infraestructuras: autopistas, ostentosos aeropuertos y mejores sistemas de electricidad y agua. Sin embargo, desde que Sri Lanka contrajo una deuda por la compra de armas, el gobierno no podía pagar por todas esas rápidas modernizaciones por su cuenta. Los habituales acuerdos estaban encima de la mesa: préstamos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional a cambio de acuerdos para abrir la economía a las privatizaciones y a «sociedades público-privadas».

Todos estos planes y condiciones se dispusieron cuidadosamente en el programa *Regaining Sri Lanka*, un programa de tratamiento de choque del gobierno de Sri Lanka y del Banco Mundial ultimado a principios de enero de 2003. Su principal partidario local fue el político y empresario local Mano Tittawella, un hombre de un llamativo parecido a Newt Gingrich, tanto físico como ideológico.<sup>11</sup>

Como todos los planes de terapia de *shock*, *Regaining Sri Lanka* exigía muchos sacrificios en nombre de una rápida reactivación del crecimiento económico. Millones de personas tendrían que abandonar sus tradicionales pueblos para liberar las playas para los turistas y las tierras para complejos turísticos y autopistas. La pesca (restante) quedaría bajo el dominio de industriales pesqueros de arrastre que actuarían en puertos profundos: nada de embarcaciones de madera lanzadas desde las playas.<sup>12</sup> Y, por supuesto, tal como había sido el caso en similares circunstancias desde Buenos Aires hasta Bagdad, habría despidos masivos en las compañías estatales y los precios de los servicios subirían.

El problema para los partidarios de este plan era que, simplemente, muchos habitantes no creían que esos sacrificios valiesen la pena. Era el año 2003, y la fe ciega en la globalización hacía tiempo que se había extinguido, especialmente después de los horrores de la crisis económica asiática. El legado de la guerra resultó ser también un obstáculo. Decenas de miles de esrilanqueses habían perdido la vida en el conflicto en nombre de la «nación», la «patria» y el «territorio». Ahora que finalmente había llegado la paz, a los más pobres de entre los pobres se les pedía entregar sus pequeños terrenos y pertenencias -una huerta, una sencilla casa, una embarcación- para que un Marrit o un Hilton pudiera construir un campo de golf (y los aldeanos podrían ejercer de vendedores ambulantes en Colombo). Parecía un pésimo trato, y los esrilanqueses respondieron consecuentemente.

El *Regaining Sri Lanka* fue rechazado, primero a través de una oleada de huelgas (militantes) y protestas callejeras; después, de manera decisiva, en las urnas. En abril de 2004, los srikanleses derrotaron a todos los expertos extranjeros y empresarios locales votando una coalición de centro-izquierda autodenominada marxista que prometía abandonar el plan *Regaining Sri Lanka* en su totalidad.<sup>13</sup>

En ese momento, muchos de los proyectos clave de la privatización no se habían aprobado todavía, incluyendo los del agua y la electricidad, y los



proyectos de autopistas estaban siendo impugnados en los tribunales. El mayor revés fue para aquellos que soñaban con construir un centro lúdico *plutonomy*. El año 2004 se suponía que iba a ser el año uno del nuevo inversor amigo con Sri Lanka privatizada. Ahora, todas las apuestas habían terminado.

Ocho meses después de esas fatídicas elecciones golpeó el *tsunami*. Entre el luto por la desaparición del *Regaining Sri Lanka*, la importancia del acontecimiento se entendió de inmediato. El gobierno recién elegido necesitaría miles de millones de los acreedores extranjeros para reconstruir hogares, carreteras, escuelas y vías de ferrocarril destruidos durante la tormenta. Y esos acreedores sabían bien que, cuando se enfrentan a una crisis devastadora, incluso los más comprometidos nacionalistas económicos se vuelven de manera repentina más flexibles. En cuanto a los granjeros más militantes y los pescadores que habían bloqueado calzadas y organizado reuniones masivas para desbaratar sus intentos previos a fin de salvar la tierra de la explotación, bien, en este momento, los aldeanos de Sri Lanka estaban ocupados en otro asunto.

### *Después de la ola: una segunda oportunidad*

En Colombo, el gobierno nacional hizo, inmediatamente, un movimiento para demostrar a los países ricos que controlan los dólares de ayuda que estaba preparado para renunciar al pasado. La presidenta Chandrika Kumaratunga, elegida abiertamente en una plataforma antiprivatización, alegó que el *tsunami* había sido para ella una especie de epifanía religiosa que la había ayudado a ver la luz del libre mercado. Viajó a la costa devastada por los estragos de la tormenta y, de pie entre los escombros, declaró: «Somos un país bendecido con muchos recursos naturales de los que no hemos hecho uso del todo. [...] Así que la naturaleza misma debe de haber pensado "ya basta" y nos ha golpeado fuertemente de un lado para otro y nos ha enseñado una lección: debemos estar juntos».<sup>14</sup> Fue una novedosa interpretación: el *tsunami* como castigo divino por el fracaso de no vender los bosques y las playas de Sri Lanka.

La penitencia empezó inmediatamente. Sólo cuatro días después de que golpeará la ola, el gobierno hizo aprobar un proyecto de ley que allanó el camino para la privatización del agua, un plan al que los ciudadanos se habían resistido enérgicamente durante años. Por supuesto, ahora, con el país todavía inundado por el agua del mar y las tumbas sin cavar, pocos sabían aún que esto había ocurrido: tal y como la oportuna nueva ley sobre petróleo de Irak. El gobierno también eligió este momento de extrema privación para hacer la vida si cabe más dura subiendo el precio de la gasolina: un movimiento diseñado para enviar a los prestamistas un inequívoco mensaje sobre la responsabilidad fiscal de Colombo. También comenzó el desarrollo de la legislación para hacer pedazos la compañía nacional de electricidad, con planes para abrir ésta al sector privado.<sup>15</sup>

Hermán Kumara, el director del Movimiento de Solidaridad Nacional de las Piscifactorías, que representa a las pequeñas embarcaciones, se refirió a la reconstrucción como «un segundo *tsunami* de globalización corporativa». Vio la reconstrucción como un deliberado intento de aprovecharse de sus electores cuando éstos estaban más heridos y debilitados; como el saqueo que sigue a la guerra, así, este segundo *tsunami* se precipitó después del primero. «La gente se había opuesto con vehemencia a estas políticas en el pasado», me dijo. «Ahora se están muriendo de hambre en los campamentos y sólo piensan en cómo sobrevivir al día siguiente: no tienen dónde dormir ni lugar en el que estar; han perdido sus fuentes de ingresos; no tienen ni idea de cómo se van a alimentar en el futuro. Así que es en esta situación en la que el gobierno ha seguido adelante con este plan. Cuando la gente se recupere, averiguará lo que se ha decidido, pero para entonces el daño ya se habrá hecho».

Si los prestamistas de Washington fueron capaces de moverse rápidamente para aprovecharse del *tsunami* fue porque ya habían hecho algo notablemente similar antes. El ensayo general del desastre capitalista *post-tsunami* tuvo lugar en el pequeño examen que supuso el episodio que siguió al huracán Mitch.

En octubre de 1998, durante una interminable semana, el Mitch aparcó en Centroamérica, azotando las costas y las montañas de Honduras, Guatemala y Nicaragua, inundando pueblos enteros y matando a más de 9.000 personas. Los ya de por sí empobrecidos países no pudieron desenterrarse sin la generosa ayuda extranjera, y ésta llegó, pero a un precio

excesivo. Dos meses después de que golpeará el Mitch, con el país aún cubierto hasta las rodillas de escombros, cadáveres y lodo, el Congreso de Honduras aprobó varias leyes que permitían la privatización de aeropuertos, puertos marinos y autopistas y llevó por vía rápida diversos planes para privatizar la compañía estatal de teléfonos, la compañía nacional eléctrica y parte del sector del agua. Asimismo anuló leyes progresistas de reforma de la tierra, haciendo más fácil a los extranjeros comprar y vender propiedades y presionó firmemente a favor de una radical ley minera (esbozada por la industria) que rebajó los estándares medioambientales e hizo más fácil desahuciar de sus hogares a la gente que se encontraba en el paso de las nuevas minas.<sup>16</sup>

En los países vecinos fue más de lo mismo: en esos dos mismos meses después del Mitch, Guatemala dio a conocer planes para liquidar su sistema telefónico, y Nicaragua hizo lo mismo junto con su compañía eléctrica y el sector petrolero. Según el *Wall Street Journal*, «el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han echado todo su peso detrás de la venta [de telecomunicaciones], creando una condición para conceder aproximadamente 47 millones de dólares anualmente en ayuda durante tres años y vinculando ésta a alrededor de 4.400 millones de dólares en deuda extranjera de auxilio para Nicaragua».<sup>17</sup> La privatización de la telefónica no tenía nada que ver con la reconstrucción por el huracán, por supuesto, excepto en el interior de la lógica de los capitalistas del desastre en las instituciones financieras de Washington.

En los años siguientes, las ventas se aprobaron, a menudo a precios muy por debajo del valor de mercado. Los compradores, en su mayor parte, eran antiguos propietarios de compañías estatales de otros países que habían sido privatizadas y ahora estaban rastreando el globo para realizar nuevas compras que incrementasen la cotización de sus acciones. Telmex, la privatizada compañía telefónica de México, no dejó escapar la compañía de telecomunicaciones de Guatemala; la compañía eléctrica española Unión Fenosa acaparó todas las compañías eléctricas de Nicaragua; el aeropuerto internacional de San Francisco, ahora privatizado, compró los cuatro aeropuertos de Honduras. Y Nicaragua liquidó el 40% de su compañía telefónica por sólo 33 millones de dólares, cuando Pricewaterhouse Coopers había estimado su valor en 80 millones de dólares.<sup>18</sup> «La destrucción lleva consigo una oportunidad para la inversión extranjera»,

declaró el ministro de Asuntos Exteriores de Guatemala en un viaje al Foro Económico Mundial celebrado en Davos en 1999.»

Cuando golpeó el *tsunami*, Washington estaba preparado para llevar el modelo del Mitch a un nivel superior: el objetivo se dirigía no sólo a leyes nuevas sino a un control corporativo directo sobre toda la reconstrucción. Cualquier país golpeado por un desastre de la escala del *tsunami* de 2004 necesitaba un exhaustivo plan para su reconstrucción, un plan que hiciera el más acertado uso del influjo de la ayuda extranjera y asegurase que los fondos llegasen a los receptores previstos. Pero la presidenta de Sri Lanka, bajo la presión de los prestamistas de Washington, decidió que la planificación no podía ser confiada a los políticos elegidos de su gobierno. En cambio, sólo una semana después de que el *tsunami* nivelara las costas, creó un organismo completamente nuevo que llamó Fuerza Operante para Reconstruir la Nación. Este grupo, y no el Parlamento de Sri Lanka, tendría todo el poder para desarrollar e implementar un plan maestro en un nuevo Sri Lanka. El grupo de trabajo estaba compuesto por los ejecutivos de la banca y de la industria más poderosos del país. Y no de cualquier industria: cinco de los diez miembros del grupo de trabajo habían dirigido *holdings* en el sector turístico de la playa, representando a algunos de los más grandes complejos turísticos del país.<sup>20</sup> Entre ellos no había nadie de los sectores de la pesca o de la agricultura y ganadería, ni un único experto medioambiental o científico, ni siquiera un especialista en la reconstrucción de desastres. El presidente era Mano Tittawella, el antiguo zar de las privatizaciones. «Esta es una oportunidad para construir un modelo de nación», declaró.<sup>21</sup>

La creación del grupo de trabajo representó un nuevo tipo de golpe de Estado corporativo logrado gracias a la fuerza de un desastre natural. En Sri Lanka, como en otros muchos países, las políticas de la Escuela de Chicago habían sido bloqueadas por las reglas normales de la democracia: las elecciones de 2004 lo demostraron. Pero con los ciudadanos del país aunando esfuerzos para cumplir con una emergencia nacional, y los políticos desesperados por acceder al dinero de las ayudas, los expresos deseos de los votantes podrían ser sumariamente dejados de lado y ser reemplazados por una normativa directa no elegida de la industria, una novedad para el capitalismo del desastre.

De alguna manera, en sólo diez días y sin abandonar la capital, los líderes del grupo de trabajo fueron capaces de hacer un borrador de un

completo anteproyecto de reconstrucción nacional que incluía desde la vivienda a las autopistas. Este plan establecía zonas de separación y esa bondadosa exención a los hoteles. El grupo de trabajo también desvió el dinero de la ayuda hacia las grandes autopistas y los puertos de pesca industriales que tanta resistencia habían encontrado antes de la catástrofe. «Vemos en esta agenda económica un desastre mayor que en el *tsunami*, contra la cual hemos estado luchando de una manera tan dura para impedirlo y que hemos derrotado en las últimas elecciones», me dijo Sarah Fernando, una activista por los derechos de la tierra esrilanquesa. «Pero ahora, a tres semanas del *tsunami*, nos presentan el mismo plan. Es obvio que lo tenían todo listo antes». \*

Washington apoyó al grupo de trabajo y su fórmula de ayuda a la reconstrucción, que a estas alturas ya se parecía a la de Irak: megacontratos para sus propias compañías. CH2M Hill, el gigante de la ingeniería y de la construcción de Colorado, había sido distinguido con una suma de 28,5 millones de dólares para supervisar a otros importantes contratistas en Irak. A pesar de su papel central en la debacle de la reconstrucción en Irak, se le concedió un contrato adicional de 33 millones de dólares para Sri Lanka (posteriormente ampliado hasta 48 millones de dólares) para, en primer lugar, ocuparse de tres puertos de aguas profundas para la flota pesquera industrial y de la construcción de un nuevo puente en la bahía de Arugam, parte del plan para convertir la ciudad en un «paraíso turístico».<sup>22</sup> Ambos programas, llevados a cabo en nombre de la ayuda tras el *tsunami*, fueron desastrosos para las principales víctimas del *tsunami* ya que los pesqueros de arrastre recogían su pesca y los hoteles no les querían en las playas. Como dijo Kumari, «no es sólo que la "ayuda" no ayude, es que hace daño».

Cuando pregunté a John Varley, director del Programa de Competitividad de USAID, por qué el gobierno de Estados Unidos estaba gastando el dinero de la ayuda en proyectos que amparaban el desplazamiento de los supervivientes del *tsunami* me explicó: «No puedes restringir la ayuda de tal manera que sólo se destine a las víctimas del *tsunami*. [...] Permitamos que sea en beneficio de toda Sri Lanka; permitamos que contribuya a su crecimiento». Varley comparó el plan con un ascensor de un edificio de muchas plantas: en la primera parada, recoge a un grupo de pasajeros y los lleva al último piso, donde éstos crean la riqueza que permite al ascensor regresar abajo y recoger a más gente. La

gente que está al final tiene que saber que el ascensor volverá a recogerlos también a ellos, finalmente.

El único dinero directo que el gobierno de Estados Unidos gastó en los pescadores de pequeña escala fue un millón de dólares, lo cual permitiría «mejorar» los campamentos temporales donde estaban siendo hacinados mientras las playas era renovadas.<sup>23</sup> Era un buen indicio que los campamentos de lata y tablas fueran temporales sólo de nombre; a lo que estaban de hecho destinados eran a convertirse en permanentes barriadas de chabolas, del tipo de las que circundan las más grandes ciudades del sur del mundo. No hay grandes ayudas dirigidas a ayudar a la gente que vive en las barriadas, por supuesto, pero para las víctimas del *tsunami* se suponen que iba a ser diferente. El mundo vio por televisión y en directo cómo perdían sus casas y su sustento y la arbitrariedad de sus destinos provocó un sentimiento visceral mundial de que lo perdido necesitaba y merecía ser cambiado, no mediante un goteo de medidas económicas, sino directamente, mano a mano. Pero el Banco Mundial y USAID entendieron algo que la mayoría de nosotros no entendimos: que, en su momento, la distinción de los supervivientes del *tsunami* se desvanecería y se confundiría entre los millones de los pobres sin rostro de todo el mundo, demasiados de los cuales ya viven en chabolas de latón sin agua. La proliferación de estas chabolas se ha convertido en una característica tan aceptada de nuestra economía global como el estallido de hoteles a 800 dólares la noche.

En uno de los más desolados campamentos del interior de la costa meridional de Sri Lanka, encontré a una joven madre cuyo nombre era Renuka, llamativamente bella incluso harapienta y una de esas personas a la espera de que llegase el ascensor de Varley. El hijo más joven, una niña, tenía seis meses y había nacido dos días después del *tsunami*. Renuka se había armado de una fuerza sobrehumana para enterrar a dos de sus hijos y huir, embarazada de nueve meses y con el agua al cuello, de la ola. Después de esta extraordinaria proeza de supervivencia, ella y su familia estaban pasando hambre en un pedazo de tierra reseca en medio de ninguna parte. Un par de canoas, donadas por una bien intencionada ONG, hizo una lastimosa observación: a tres kilómetros del agua y sin ni siquiera una bicicleta como medio de transporte, no eran más que un cruel recuerdo de una antigua vida. Nos pidió que si podíamos llevar un mensaje a todos

aquellos que estaban intentando ayudar a los supervivientes del *tsunami*. «Si tienes algo para mí», dijo, «ponlo en mi mano».

### *La ola más amplia*

Sri Lanka no era el único país que había sido golpeado por este segundo *tsunami*. Historias similares de tierra y expropiaciones se revelaban en Tailandia, las Maldivas e Indonesia. En la India, los supervivientes del *tsunami* de Tamil Nadu quedaron tan empobrecidos que más de cincuenta mujeres se vieron obligadas a vender sus riñones para poder comprar comida. Un trabajador de apoyo explicó al *Guardian* que el gobierno «prefería que la costa se utilizase para construir hoteles, sólo que el resultado es gente desesperada». Todos los países golpeados por el *tsunami* impusieron «zonas de separación» para impedir que los aldeanos reconstruyesen las costas, liberando la tierra para aumentar el desarrollo (en Aceh, Indonesia, las zonas fueron ampliadas dos kilómetros, si bien el gobierno fue finalmente obligado a revocar el decreto).<sup>24</sup>

Un año después del *tsunami*, la respetada ONG ActionAid, que vigila el uso de la ayuda extranjera, publicó los resultados de una extensa encuesta de 50.000 supervivientes del *tsunami* procedentes de cinco países. En todas partes se repetían las mismas pautas: los residentes fueron excluidos de la reconstrucción pero los hoteles fueron colmados de incentivos; los campamentos temporales fueron confinados en miserables campos militarizados sin haberse realizado apenas una reconstrucción permanente; completas formas de vida estaban desapareciendo. El informe concluía que los contratiempos no podían achacarse a las habituales vilezas de la comunicación precaria, de la dotación insuficiente o de la corrupción. Los problemas eran estructurales y premeditados: «Los gobiernos han fracasado estrepitosamente en su responsabilidad de proporcionar tierra para las viviendas permanentes», concluía el informe. «O se han mantenido al margen o han sido cómplices cuando la tierra ha sido expropiada» y las comunidades de la costa fueron apartadas en favor de los intereses comerciales.»<sup>25</sup>

Cuando llegó el oportunismo *post-tsunami*, no obstante, no había lugar comparable con las Maldivas, quizás el menos comprendido de los países afectados por el *tsunami*. Allí, el gobierno no quedó satisfecho simplemente con despejar las playas de pobres sino que utilizó el *tsunami* para intentar vaciar de sus ciudadanos la inmensa mayoría de las zonas habitables del país.

Las Maldivas, un conjunto de aproximadamente 200 islas habitadas frente a la costa de la India, es una república turística en el mismo sentido que ciertos países de Centroamérica solían ser llamados repúblicas bananeras. Su producto de exportación no es la fruta tropical sino el ocio tropical, con un asombroso 90% de ingresos estatales que provienen directamente de las vacaciones en sus playas.<sup>26</sup> El ocio que venden las Maldivas es especialmente decadente y atractivo. Casi un centenar de sus islas son «islas turísticas», pequeñas parcelas de vegetación rodeadas por halos de arena blanca que están completamente controladas por los hoteles, transatlánticos o gente rica. Algunas arrendadas por más de cincuenta años. Las más lujosas de las islas Maldivas atienden a una clientela de élite (Tom Cruise y Katie Holmes en su luna de miel, por ejemplo) que no es sólo atraída por la belleza y el submarinismo sino por la promesa de completo aislamiento que sólo las islas privadas pueden proporcionar.

Con una arquitectura «inspirada» en los tradicionales pueblos pesqueros, los *spas* compiten por quién puede llenar sus cabañas con techo de paja sobre zancos con la más excitante selección de juguetes y otros géneros *plutonomy*: sistemas de sonido Bose Surround Sound home entertainment, enseres Philippe Starck en los baños al aire libre, sábanas tan delicadas que prácticamente se disuelven al tocarlas. Las islas también se superan unas a otras al borrar las fronteras entre la tierra y el mar: las villas en Coco Palm están construidas sobre la laguna y tienen escaleras de cuerda desde los muelles hasta debajo del agua; los alojamientos de Four Seasons «flotan» sobre el océano y el Hilton dispone del primer restaurante bajo el agua, construido en un arrecife de coral. Muchas *suites* ofrecen habitaciones con camareras y, en una isla privada, veinticuatro horas al día «un entregado mayordomo maldivo, un *Thakuru*, cuida detalles del tipo "¿cómo te gusta el martini, agitado o removido?". Villas en las que complejos turísticos a lo James Bond llegan a alcanzar los 5.000 dólares la noche.<sup>27</sup>

El hombre que reina sobre este reinado de placer es el gobernante que más tiempo lleva gobernando, el presidente Maumoon Abdul Gayoom, que



lleva aferrado al poder desde 1978. Durante su permanencia, el gobierno ha encarcelado a los líderes de la oposición y ha sido acusado de torturar a «disidentes» por crímenes tales como escribir contra el gobierno en páginas web.<sup>28</sup> Con los críticos fuera de la vista en las prisiones de las islas, Gayoom y su séquito han sido libres para prodigar su atención en el negocio turístico.

Antes del *tsunami*, el gobierno de las Maldivas había estado viendo cómo expandir el número de complejos turísticos para satisfacer la creciente demanda de escapadas de lujo. Se enfrentó al habitual obstáculo: la gente. Los maldivos son pescadores de subsistencia, muchos de los cuales viven en pueblos tradicionales dispersos por los atolones de las islas. Esta forma de vida ha planteado algunos desafíos porque el rústico encanto de ver pescado desescamado en la playa no es, sin duda, el panorama de las Maldivas. Antes del *tsunami*, el gobierno de Gayoom había estado intentando convencer a sus ciudadanos de que se trasladaran a islas más grandes y densamente pobladas que los turistas raras veces visitan. Se supone que estas islas ofrecerían mejor protección ante las mareas crecientes causadas por el calentamiento global. Pero era difícil, incluso para un régimen represivo, desarraigar a decenas de miles de personas de sus islas ancestrales y el programa de «consolidación de la población» fue en gran parte fallido.<sup>29</sup>

Después del *tsunami*, el gobierno de Gayoom declaró inmediatamente que el desastre demostró que muchas islas eran «inseguras e inadecuadas para ser habitadas» y lanzaron un programa más agresivo de traslado que el intentado anteriormente, declarando que quien quisiera auxilio del Estado para la recuperación tras el *tsunami* tendría que trasladarse a alguna de las islas designadas como «islas seguras».<sup>30</sup> Poblaciones enteras de varias islas ya han sido evacuadas y hay más en proceso, liberando oportunamente más terrenos para el turismo.

El gobierno de las Maldivas afirma que el Programa para las Islas Seguras, apoyado y patrocinado por el Banco Mundial y otros organismos, está siendo dirigido por requerimiento público para vivir en «islas más grandes y seguras». Pero muchos isleños dicen que se hubieran quedado en sus hogares si las infraestructuras hubieran sido reparadas. Como ActionAid expresó, «la gente está fuera sin otra elección que desplazarse como condición previa para la rehabilitación de sus viviendas y sustento».<sup>31</sup>

Para llevar el cinismo más lejos sobre la seguridad racional se dio el hecho de que las preocupaciones del gobierno se evaporaron cuando ello afectaba a todos los hoteles construidos con precaria arquitectura en las islas que estaban al nivel del mar. No es sólo que los complejos turísticos no estaban sujetos a evacuaciones seguras, sino que, en diciembre de 2005, un año después del *tsunami*, el gobierno de Gayoom declaró que estaban disponibles treinta y cinco nuevas islas para ser arrendadas como complejos turísticos por más de cincuenta años.<sup>32</sup> Mientras tanto, en las llamadas islas seguras proliferaba el desempleo y estallaba la violencia entre los recién llegados y los residentes originarios.

### *Gentrificación militarizada*

En cierto modo, el segundo *tsunami* fue sólo una dosis especialmente vergonzosa de la terapia del *shock* económico: debido a que la tormenta hizo un eficaz trabajo despejando la playa, el proceso de desplazamiento y gentrificación que normalmente se extendería durante años se llevó a cabo en cuestión de días o semanas. Lo que parecía eran cientos de miles de pobres, gente de piel morena (el Banco Mundial estimaba que los pescadores era gente «improductiva») que estaba siendo trasladada en contra de sus deseos para hacer espacio a los ultrarricos, la mayoría de piel clara (los turistas de «alto rendimiento»). Los dos polos de la globalización económica, que parecían vivir en diferentes siglos, y no en países, fueron repentinamente puestos en directo conflicto sobre las mismas partes de la costa. Uno demandaba el derecho al trabajo; el otro, el derecho a divertirse. Apoyados por las pistolas de la policía local y la seguridad privada, fue una gentrificación militarizada, una guerra de clases en la playa.

Algunos de los enfrentamientos más directos tuvieron lugar en Tailandia, donde, en las primeras veinticuatro horas de la ola, los promotores inmobiliarios enviaron guardias de seguridad privada armados para cercar los terrenos codiciados por los complejos turísticos. En algunos casos, los guardias ni siquiera permitieron a los supervivientes buscar en sus viejas propiedades los cuerpos de sus hijos.<sup>33</sup> El grupo Thailand

Tsunami Survivors and Supporters fue apresuradamente convocado para abordar la expropiación de la tierra. En uno de sus primeros comunicados declararon que para «los políticos y hombres de negocios, el *tsunami* fue la respuesta a sus rezos, puesto que éste había limpiado las áreas costeras de comunidades que previamente habían sido un obstáculo para sus planes de complejos turísticos, hoteles, casinos y sus criaderos de gambas. Para ellos, todas estas áreas costeras son ahora tierra abierta».<sup>34</sup>

Tierra abierta. En tiempos coloniales, existía una doctrina cuasi legal: *terra nullius*. Si se declaraba que la tierra estaba deshabitada o estaba siendo «desaprovechada», ésta podía ser tomada y eliminar a sus gentes sin remordimientos. En los países donde golpeó el *tsunami*, la idea de tierra abierta está influenciada por esa desagradable resonancia histórica evocadora de riqueza robada e intentos violentos de «civilizar» a los nativos. Nijam, un pescador con el que me encontré en la playa de la bahía de Arugam, no veía una diferencia verdadera. «El gobierno cree que nuestras redes y nuestra pesca son desagradables y sucias; por eso nos quieren fuera de la playa. Con el fin de satisfacer a los extranjeros, están tratando a su propia gente como si fueran unos bárbaros». Rubble, eso parecía, era la nueva *terra nullius*.

Cuando conocí a Nijam, se encontraba con un grupo de pescadores que acababan de regresar del mar y sus ojos estaban enrojecidos por la sal del agua del mar. Cuando planteé la cuestión del plan del gobierno para trasladar a los pescadores de pequeñas embarcaciones a otra playa, varios de ellos blandieron sus anchos cuchillos de limpiar pescado y juraron «reunir a su gente y sus fuerzas» y luchar por su tierra. Al principio dijeron haber dado la bienvenida a los restaurantes y hoteles. «Pero ahora -dijo un pescador llamado Abdul-, al haberles dado un poco de nuestra tierra lo quieren todo.» Otro de ellos, Mansoor, señalando por encima de la cabeza las palmeras que nos daban sombra, lo suficientemente fuertes como para resistir la fuerza del *tsunami* dijo: «Mis tatarabuelos plantaron estos árboles, ¿por qué deberíamos trasladarnos a otra playa?». Uno de sus parientes hizo una promesa: «Sólo nos iremos de aquí cuando el mar se seque».

Se suponen que la influencia de la ayuda de la reconstrucción por el *tsunami* iba a ofrecer a los esrilanqueses una oportunidad para construir una paz duradera después de sufrir mucho más que compartir la pérdida. En la bahía de Arugam y a lo largo de toda la costa oriental, parecía estar empezando otro tipo de guerra, una de la que saldrían beneficiados de esos

fondos -ceilandeses, tamiles o musulmanes- y, sobre todo, los verdaderos beneficios irían a parar a los extranjeros a costa de todos los locales.

Empecé a tener un mal presentimiento como de algo ya visto, como si el viento estuviera cambiando y éste fuese a convertirse en otro país «reconstruido» que volvía a una destrucción perpetua. Había oído quejas parecidas un año antes en Iraq acerca de la reconstrucción que estaba favoreciendo a los kurdos y ciertos chiíes. Varios trabajadores cooperantes a los que conocí en Colombo me habían dicho que les gustaba mucho más trabajar en Sri Lanka que en Irak o Afganistán. Aquí, las ONG se seguían viendo neutrales, incluso útiles, y la reconstrucción no se había convertido todavía en una palabra sucia. Pero esto estaba cambiando. En la capital, pude ver carteles con groseras caricaturas de trabajadores cooperantes occidentales llenándose los bolsillos de dinero mientras los esrilanqueses pasaban hambre.

Las ONG estaban sufriendo la peor de las cóleras que venían de la reconstrucción debido a que las ONG eran intensamente visibles, con sus logotipos en cada superficie disponible a lo largo de la costa, mientras que el Banco Mundial, la USA ID y los funcionarios del gobierno se imaginaban planes tipo Bali y raras veces abandonaban sus oficinas de la ciudad. Era irónico, ya que los organizadores de la ayuda eran los únicos que ofrecían algún tipo de ayuda; pero también inevitable, porque lo que ellos ofrecían era insuficiente. Parte del problema era que el complejo de la ayuda había llegado a ser tan cuantioso y tan aislado de la gente a la que estaba sirviendo que el estilo de vida de sus empleados se había convertido en una obsesión nacional. Prácticamente con todos los que me encontré hacían comentarios acerca de lo que un sacerdote llamó «la vida salvaje de las ONG»: hoteles de lujo, casas en primera línea de playa, el último modelo en pararrayos para enfado del pueblo y todoterrenos blancos completamente nuevos. Los tenían todas las organizaciones de ayuda, coches monstruosos demasiado amplios y potentes para las estrechas y sucias carreteras del país. A lo largo de todo el día rugían al pasar por los campamentos, obligando a todos a tragar su polvo, con sus logotipos ondeando en las banderas por la brisa: Oxfam, World Vision, Save the Children, como si fueran visitantes de un lejano mundo de ONG. En un país tan caluroso como Sri Lanka, estos coches, con sus cristales tintados y sus ensordecedores aires acondicionados, eran más que medios de transporte: eran microclimas rodantes.

Ver cómo se formaba este resentimiento no ayudaba a preguntarse cómo tiempo antes Sri Lanka siguió la dirección de Irak o Afganistán, donde la reconstrucción se parecía tanto a un robo que los trabajadores cooperantes se convirtieron en objetivos. Ocurrió poco después de que me marchara: diecisiete trabajadores esrilanqueses de la ONG internacional Acción Contra el Hambre para el auxilio al *tsunami* fueron masacrados en sus oficinas cerca de la ciudad portuaria de la costa oriental de Trincomelee. Se desató una nueva ola de atroz enfrentamiento y la reconstrucción por el *tsunami* se quedó en el camino. Muchas organizaciones de ayuda, temiendo por la seguridad de su personal después de recibir más ataques, abandonaron el país. Otras desplazaron su foco al sur, el área controlada por el gobierno, dejando el este, duramente golpeado y el norte, controlado por los tamiles y sin ayuda. Estas decisiones sólo profundizaron más el sentir de que los fondos para la reconstrucción se estaban gastando de manera injusta, especialmente después de que un estudio de finales de 2006 encontrara que, aunque la mayoría de los hogares golpeados por el *tsunami* estaban aún en ruinas, la única excepción era el propio distrito electoral del presidente en el sur, donde un milagroso 173% de los hogares habían sido reconstruidos.<sup>35</sup>

Los trabajadores cooperantes, todavía sobre el terreno en el este, cerca de la bahía de Arugam, ahora se ocupaban de una nueva ola de desplazados: los cientos de miles forzados a dejar sus hogares debido a la violencia. Los trabajadores de las Naciones Unidas, «quienes en un principio habían sido contratados para reconstruir las escuelas destruidas por el *tsunami*, habían sido desviados a construir inodoros para la gente desplazada por los enfrentamientos», informaba el *New York Times*.<sup>36</sup>

En julio de 2006, los Tigres tamiles anunciaron oficialmente que el fin del alto de fuego había terminado. La reconstrucción se paró y la guerra volvió. Poco menos de un año después, unas 4.000 personas habían sido asesinadas en los enfrentamientos después del *tsunami*. Sólo una pequeña parte de los hogares destruidos por el *tsunami* en la costa oriental habían sido reconstruidos, y de las nuevas construcciones, cientos de ellas habían sido perforadas por agujeros de bala; ventanas recién instaladas se hicieron añicos por los explosivos y tejados nuevos se habían hundido desde las estructuras.

Es imposible decir cuánto la decisión de utilizar el *tsunami* como una oportunidad para el capitalismo del desastre había contribuido al regreso de

la guerra civil. La paz siempre había sido precaria, y había mala fe por ambas partes. Sin embargo, una cosa era cierta: si la paz tenía que echar raíces en Sri Lanka, necesitaba pesar más que los beneficios de la guerra, incluidos los tangibles beneficios económicos que fluían de la economía de guerra, con los que el ejército cuidaba de las familias de sus soldados y los Tigres tamiles se ocupaban de las familias de sus guerreros y suicidas con bombas.

El enorme flujo de generosidad después del *tsunami* había contribuido a la poco frecuente posibilidad de un auténtico beneficio de paz: los recursos para poder imaginar un país más equitativo, para poder reparar las comunidades destruidas de manera que recobraran la confianza tanto como los edificios y las carreteras. En vez de esto, Sri Lanka, (como Irak) recibió lo que el politólogo de la Universidad de Ottawa Roland París había calificado como «la paz como castigo»: la imposición de un feroz y combativo modelo económico que hizo la vida más difícil para la mayoría de la gente en el mismo momento en el que más necesitaban la reconciliación y una mitigación de las tensiones.<sup>37</sup>

En realidad, la marca de paz de Sri Lanka se ofreció como su propia guerra. Violencia continuada en la tierra prometida, soberanía y guerra. ¿Qué es lo que la paz corporativa ofrecía además de la certeza de la no propiedad de la tierra en un plazo inmediato y, a largo plazo, el evasivo ascensor de John Varley?

La cruzada de la Escuela de Chicago había triunfado en todas partes; había creado entre un 25% y un 60% de la población de clases sumergidas de manera permanente. Esto es siempre una forma de guerra. Pero cuando ese belicoso modelo económico de desahucio de las masas y culturas desechadas se impone en un país que ha sido devastado por un desastre y marcado por un conflicto étnico, los peligros crecen. Existen, tal como argumentó Keynes hace años, consecuencias políticas de este tipo de paz punitiva, incluido el estallido de guerras, incluso más sangrientas.

## Capítulo 20 : EL APARTHEID DEL DESASTRE

Un mundo de zonas de seguridad y de zonas desprotegidas

*Dar archivazo a la ficción permanente de que los desastres no discriminan, que aplastan todo en su camino con indiferencia «democrática». Plagas cero sobre los desposeídos, sobre aquellos obligados a construir sus vidas en el sendero del peligro. El sida no es diferente.*

HEIN Marais, escritor sudafricano, 2006 <sup>1</sup>

*El Katrina no fue algo imprevisible. Fue el resultado de una estructura política que subcontrata su responsabilidad a contratistas privados y abdica de su responsabilidad completamente.*

Harry Belafonte, músico americano y activista por los derechos civiles, septiembre de 2005 <sup>2</sup>

Durante la segunda semana de septiembre de 2005, estuve en Nueva Orleans con Avi, mi marido, y con Andrew, con quienes había viajado a Irak para grabar material para un documental en una ciudad todavía parcialmente inundada. Cuando como cada noche, a las seis de la tarde, el toque de queda apareció de improviso, nos encontramos dando vueltas en círculos, incapaces de encontrar nuestro camino. Los semáforos habían desaparecido, y la mitad de las señales de las calles habían sido derribadas o habían sido retorcidas por la tormenta. Caminos obstruidos por el agua y escombros a lo largo de muchas carreteras, y la mayoría de la gente que intentaba sortear los obstáculos eran, como nosotros, forasteros sin idea de hacia dónde se dirigían.

Fue un mal accidente: un choque lateral a toda velocidad en una importante intersección. Nuestro vehículo fue arrastrado hasta alcanzar un semáforo, atravesó una verja de hierro forjado y quedó aparcado en el porche. Los daños causados entre las personas de ambos coches fueron, afortunadamente, menores, pero antes de que supiese esto me ataron a una camilla y me sacaron de allí. Con una conmoción cerebral, era consciente de que dondequiera que estuviese yendo la ambulancia no estaría bien. Tuve visiones de la terrible escena de la improvisada clínica de salud en el aeropuerto de Nueva Orleans: había tan pocos médicos y enfermeras que los evacuados más ancianos dejaban de ser atendidos durante horas,

desplomados en sus sillas de ruedas. Pensé en la sala de urgencias de atención primaria del hospital público Charity de Nueva Orleans. Se inundó durante la tormenta, y su personal había peleado sin fuerza para mantener a los pacientes vivos. Rogué a los auxiliares sanitarios que me dejaran ir. Recuerdo que les dije que estaba bien, verdaderamente; después debí de desmayarme.

Volví en mí cuando llegamos al más moderno y tranquilo hospital en que jamás había estado. A diferencia de las clínicas atestadas de evacuados en el Ochsner Medical Center, que ofrecían «asistencia sanitaria con «tranquilidad espiritual», allí los médicos, enfermeras y celadores, superaban en número a los pacientes. De hecho, parecía haber sólo un puñado de pacientes en una sala limpiísima. En cuestión de minutos, fui acomodada en una espaciosa habitación privada y mis cortes y hematomas fueron cuidados por un pequeño ejército de personal médico. Inmediatamente, tres enfermeras me llevaron a hacerme unos rayos X en el cuello y un gentil médico sureño me quitó algunos fragmentos de cristal y me dio un par de puntos.

Para una veterana del sistema de salud público canadiense, éstas eran experiencias totalmente desconocidas para mí. Solía esperar unos cuarenta minutos para ver a mi médico. Y esto era el centro de Nueva Orleans, la zona cero de la emergencia más grande de salud pública en la historia reciente de Estados Unidos. Un educado director de hospital vino a mi habitación y me explicó que «en América pagamos por la asistencia sanitaria. Lo siento, querida, es realmente horrible. Ojalá tuviéramos un sistema como el vuestro. Sólo rellena este formulario».

En un par de horas, sería libre para irme del hospital, si no fuera por el toque de queda que había confinado la ciudad. «El principal problema», me dijo un vigilante de seguridad privada en el vestíbulo donde estábamos esperando, «son los yonquis; están con el mono y quieren entrar a las farmacias».

Ya que las farmacias estaban cerradas a cal y canto, un médico residente fue lo suficientemente amable como para darme disimuladamente unos pocos analgésicos. Le pregunté cómo había ido en el hospital en el momento más álgido de la tormenta. «No estaba trabajando en ese momento, gracias a Dios», dijo. «Vivo en las afueras de la ciudad.»

Cuando le pregunté si había acudido a alguno de los refugios a ayudar, pareció quedarse desconcertado por mi pregunta y un poco avergonzado.



«No lo había pensado», dijo. Rápidamente cambié de tema en lo que esperaba fuese un asunto más inocuo: el destino del hospital Charity. Estaba tan infradotado que apenas funcionaba antes de la tormenta y la gente estaba ya especulando que debido a los daños del agua puede que no volviera a abrirse. «Sería mejor que lo volvieran a abrir», dijo. «No podemos atender a esa gente aquí.»

Lo que me ocurrió con este afable joven médico, y el cuidado médico tipo balneario que acababa de recibir, era la encarnación de la cultura que había hecho posible el huracán Katrina, la cultura que había dejado ahogarse a los residentes más pobres de Nueva Orleans. Como graduado en una escuela médica privada e interno en un hospital privado, había sido formado, sencillamente, para no tener que ver a los no asegurados residentes afroamericanos, en su inmensa mayoría, como pacientes de Nueva Orleans. Esto era cierto antes de la tormenta, y lo continuó siendo incluso cuando toda Nueva Orleans se convirtió en una sala de emergencias gigante: sentía compasión por los evacuados, pero esto no cambiaba el hecho de que todavía no pudiera verlos como sus potenciales pacientes.

Cuando golpeó el Katrina, la aguda división entre los mundos del Ochsner Hospital y el hospital Charity se plasmó, de repente, en el escenario mundial. Los económicamente seguros se fueron de la ciudad, se registraron en hoteles y llamaron a sus compañías de seguros. Las 120.000 personas en Nueva Orleans sin coches, que dependían del Estado para organizar su evacuación, esperaron una ayuda que no llegó, haciendo desesperadas señales de socorro o utilizando las puertas de sus frigoríficos como balsas. Estas imágenes conmocionaron al mundo porque, incluso si la mayoría de nosotros nos habíamos resignado a las desigualdades cotidianas de quienes tienen acceso al sistema sanitario y cuyas escuelas tienen equipamientos dignos, aún había una extendida suposición de que en los desastres se supone que sería diferente. Se daba por sentado que el Estado, al menos en un país rico, acudiría en ayuda de la gente durante un cataclismo. Las imágenes de Nueva Orleans mostraban que esta creencia generalizada -que los desastres son un momento de pausa para el capitalismo feroz en el que todos tiramos juntos y el Estado pisa el acelerador- ya había sido abandonada y no había debate público.

Hubo un breve período de tiempo de dos o tres semanas en el que parecía que la inundada Nueva Orleans provocaría una crisis en la lógica económica que había exacerbado enormemente el desastre humano con sus

implacables ataques a la esfera pública. «La tormenta destapó las consecuencias de las mentiras y mistificaciones del capitalismo en un único escenario y de repente», escribió el politólogo, nativo de Nueva Orleans, Adolph Reed Jr.<sup>3</sup> Los hechos de esta revelación son bien conocidos: desde los diques que nunca se repararon al infradotado sistema de transporte público que fracasó, pasando por el hecho de que la preparación de la idea del desastre de la ciudad se estaba distribuyendo en DVD en los que se contaba a la gente que, si el huracán venía, deberían salir de la ciudad.

Entonces llegó la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA), un laboratorio de la visión de gobierno de la administración Bush dirigido por corporaciones. En el verano de 2004, más de un año antes de que el Katrina golpeará, el estado de Luisiana solicitó fondos a la FEMA para desarrollar un exhaustivo plan de contingencia para el potente huracán. La petición fue rechazada. «La mitigación del desastre» -adelanto de medidas gubernamentales para hacer las consecuencias de los desastres menos devastadoras- fue uno de los planes destruidos por Bush. Sin embargo, ese mismo verano la FEMA concedió un contrato de 500.000 dólares a una empresa privada llamada Innovative Emergency Management. Su trabajo fue idear un plan «para el desastre catastrófico del huracán para el sureste de Luisiana y la ciudad de Nueva Orleans».<sup>4</sup>

La compañía privada no reparó en gastos. Trajo a más de cien expertos y, cuando el dinero se acabó, fue a la FEMA a por más; finalmente, la factura de la operación llegó al millón de dólares. La compañía pensó escenarios para evacuaciones en masa que cubriesen todo: desde el reparto del agua hasta la instrucción a las comunidades vecinas para identificar terrenos vacíos que pudieran ser inmediatamente transformados en complejos de casas rodantes para los evacuados; todas cosas razonables que no pasarían cuando un huracán como el que ellos estaban imaginando realmente golpeó. Eso en parte porque, ocho meses después de que el contratista presentara su informe, ninguna acción se había llevado a cabo. «El dinero no estaba disponible para la puesta en práctica», explicó Michael Brown, director de la FEMA en ese momento.<sup>5</sup> Es la historia típica del desequilibrado Estado que Bush construyó: por un lado, débil, con financiación insuficiente, un ineficaz sector público; y, por el otro, una infraestructura corporativa paralela y suntuosamente financiada. Cuando hay que pagar a los contratistas, el cielo es el límite. Cuando hay que financiar las funciones básicas del Estado, las arcas están vacías.

Así como la autoridad de la ocupación de Estados Unidos en Irak se volvió una cáscara vacía, cuando el Katrina golpeó, lo mismo hizo el gobierno estadounidense en casa. De hecho, estaba tan ausente que la FEMA parecía no poder situar el Superdome de Nueva Orleans, donde 23.000 personas se encontraban varadas sin comida ni agua, a pesar del hecho de que los media de todo el mundo habían estado allí durante días.

Para algunos ideólogos del libre mercado, este espectáculo que el columnista del *New York Times* calificó como «lo que el gobierno no puede hacer» provocó una crisis de fe. «El derrumbe de los diques de Nueva Orleans tendrá consecuencias sobre el neoconservadurismo tan profundas como el hundimiento del Muro de Berlín lo tuvo sobre el comunismo soviético», escribió el de verdad arrepentido creyente Martin Kelly en un ensayo que se hizo circular mucho. «Con optimismo, todos aquellos que instaron a que la ideología siguiese, yo incluido, tendrán largo tiempo para considerar la equivocación de nuestros caminos.» Incluso incondicionales *neocons* como Jonah Goldberg estaban suplicando un «gobierno fuerte» que acudiese al rescate: «Cuando una ciudad se está hundiendo en el mar y los disturbios proliferan, el gobierno, probablemente, debería hacerse cargo». <sup>6</sup>

Ningún examen de conciencia se hizo notar en la Heritage Foundation, donde pueden encontrarse los verdaderos discípulos del friedmanismo. El Katrina fue una tragedia, pero como Milton Friedman escribió en su columna de opinión en el *Wall Street Journal*, era «también una oportunidad». El 13 de septiembre de 2005, catorce días después de que los diques se resquebrajaran, la Heritage Foundation fue la anfitriona de un encuentro de ideólogos de ideas afines y legisladores republicanos. Propusieron una lista de «Ideas pro libre mercado para dar respuesta al huracán Katrina y al alto precio del gas»: treinta y dos medidas en total, cada una, sin ningún rodeo, tomada del libro de estrategias de la Escuela de Chicago y todas ellas englobadas como «auxilio por el huracán».

Los tres primeros puntos fueron «suspender automáticamente la Ley Davis-Bacon sobre salarios prevalecientes en zonas de desastre», una referencia a la ley que requiere que los contratistas federales paguen un salario digno; hacer de la zona completamente afectada una zona empresarial con un sistema impositivo de tipo único»; y «hacer de la región entera una zona de competitividad económica (con un sistema de incentivos fiscales completo y libre de regulaciones)». Otra exigencia recogía dar a los padres cupones para usar en las escuelas chárter. <sup>\*7</sup> Todas estas medidas

fueron anunciadas por el presidente Bush en el plazo de una semana. Finalmente fue obligado a restablecer los estándares laborales, que sin embargo fueron ampliamente ignorados por los contratistas.

El encuentro generó más ideas que obtuvieron el apoyo presidencial. Los climatólogos han vinculado directamente el incremento de los huracanes al calentamiento de la temperatura oceánica.<sup>8</sup> Esta conexión, sin embargo, no detuvo al grupo de trabajo de la Heritage Foundation, que solicitó al Congreso la revocación de las regulaciones medioambientales de la Costa del Golfo, y que diera permiso para abrir nuevas refinerías de petróleo en Estados Unidos así como luz verde para «perforar en el Arctic National Wildlife Refuge».<sup>9</sup> Todas estas medidas incrementarían las emisiones de gas con efecto invernadero, la mayor contribución humana al cambio climático; sin embargo fueron inmediatamente apoyadas por el presidente con el pretexto de responder al desastre del Katrina.

En cuestión de semanas, la Costa del Golfo se convirtió en un laboratorio interno con el mismo tipo de gobierno regido por contratistas que había sido pionero en Irak. Las compañías que consiguieron los contratos más importantes eran grupos conocidos en Bagdad: una unidad de la KBR de Halliburton tenía un contrato de 60 millones de dólares para reconstruir las bases militares a lo largo de la costa. Blackwater fue contratada para proteger a los empleados de la FEMA de los saqueadores. Parsons, tristemente célebre por su chapucero trabajo en Irak, entró en un proyecto de construcción de un importante puente en el Misisipi. Fluor, Shaw, Bechtel, CH2M Hill -todos los más altos contratistas en Irak- fueron contratados por el gobierno para proveer de casas móviles a los evacuados sólo diez días después de que los diques se rompiesen. Sus contratos alcanzaron un total de 3.400 millones de dólares, sin necesidad de oferta previa.<sup>10</sup>

Como muchos comentaron en ese momento, en los días de la tormenta era como si la zona de seguridad de Bagdad hubiera saltado desde el Tigris y hubiera aterrizado sobre un pantano. Los paralelismos eran innegables. Para dirigir su operación en el Katrina, Shaw contrató al antiguo director de la Oficina de Reconstrucción en Irak del ejército de Estados Unidos. Fluor envió a su director superior de proyecto desde Irak a la zona inundada. «Nuestro trabajo de reconstrucción en Irak va con retraso y esto ha hecho que alguna gente pueda responder a nuestro trabajo en Luisiana», explicó

un representante de la compañía. Joe Allbaugh, cuya compañía New Bridge Strategies había prometido llevar a Irak unos grandes almacenes Wal-Mart y un Seven Eleven, trataba de influir en muchos de los acuerdos. Las similitudes eran tan llamativas que algunos de los soldados mercenarios, directamente venidos de Bagdad, estaban teniendo problemas de ajuste. Cuando el reportero David Enders preguntó a un guardia armado fuera de un hotel de Nueva Orleans si había habido mucha acción, éste respondió: «No. Esta es una zona bastante segura».<sup>11</sup>

Había otras cosas que también estaban en zonas de seguridad. Sobre contratos valorados en 8.750 millones de dólares, investigadores del Congreso encontraron «significativos cobros de más, derroche o mala gestión».<sup>12</sup> (El hecho de que exactamente los mismos errores cometidos en Irak fueran inmediatamente repetidos en Nueva Orleans debería haber enterrado la afirmación de que la ocupación de Irak era simplemente un serie de contratiempos y errores caracterizados por la incomprensión y la falta de supervisión. Cuando los mismos errores se repiten una y otra vez, es el momento de considerar la posibilidad de que no son errores en absoluto.)

En Nueva Orleans, como en Irak, se explotó toda oportunidad de beneficio. Kenyon, una sección del megaconglomerado funerario Service Corporation International (uno de los más importantes donantes en la campaña electoral de Bush), fue contratada para recuperar los cadáveres de las casas y calles. El trabajo fue extraordinariamente lento y los cuerpos se derritieron al sol durante días. A los trabajadores de urgencias y agentes funerarios voluntarios locales se les prohibió intervenir en la ayuda porque recoger los cuerpos afectaba al terreno comercial de Kenyon. La compañía cobró al Estado, por término medio, 12.500 dólares por víctima después de ser acusada de no poner adecuadamente las etiquetas a muchos cuerpos. Durante casi un año después de la inundación, todavía se seguían descubriendo en los desvanes cadáveres en estado de descomposición.<sup>13</sup>

Otro detalle de la zona de seguridad: a menudo se presenta una experiencia pertinente que no tiene nada que ver con cómo los contratistas fueron destinados. Ashritt, la compañía que cobró 500 millones de dólares por retirar escombros, según se informa, no poseía ni un solo camión vertedero y encargó todo el trabajo a contratistas.<sup>14</sup> Más llamativo fue el caso de la compañía a la que la FEMA pagó 5,2 millones de dólares por cumplir el crucial rol de construir un campamento base para los

trabajadores de urgencias en St. Bernard Parish, un barrio en las afueras de Nueva Orleans. La construcción del campamento se retrasó y nunca llegó a terminarse. Cuando el contratista fue investigado, resultó que la compañía, Lighthouse Disaster Relief, era en realidad un grupo religioso. «La cosa más parecida que he hecho a ésta es organizar un campamento de juventud con mi iglesia», confesó el pastor Gary Heldreth, director de Lighthouse.<sup>15</sup>

Como en Irak, el gobierno volvió a cumplir el rol de cajero automático equipado para retiradas y depósitos. Las corporaciones retiraron fondos mediante masivos contratos, liquidando luego al gobierno ese dinero no con un trabajo fidedigno sino con contribuciones a las campañas o con leales subordinados controlados en las campañas electorales. (Según el *New York Times*, «los más altos contratistas de servicios han gastado cerca de 300 millones de dólares desde el año 2000 en su ejercicio de presión política y han donado 23 millones de dólares a las campañas políticas»).<sup>16</sup>

Y otra cosa también nos era familiar: la aversión de los contratistas a contratar a personal local, quienes podrían haber visto la reconstrucción de Nueva Orleans no sólo como un trabajo, sino como una forma de sanear y fortalecer sus comunidades. Washington podría fácilmente haber hecho de esto una condición de cada uno de los contratos para el Katrina: que las compañías contratasen a personal local con salarios dignos para ayudarles a volver a recuperar sus vidas. En lugar de eso, se esperaba de los residentes de la Costa del Golfo, como la gente de Irak, que observasen cómo los contratistas creaban un *boom* económico basado en facilidades tributarias y regulaciones laxas.

El resultado, previsible, fue que después de que todas las capas de subcontratistas hubieran tomado su trozo del pastel, no había nada que dejar para los que trabajaban. Por ejemplo, el autor Mike Davis siguió una pista en la que FEMA pagó a Shaw 175 dólares por metro cuadrado para instalar lonas azules impermeabilizadas en los tejados dañados, aun cuando las lonas mismas estaban siendo proporcionadas por el gobierno. Una vez que todos los contratistas tomaron su parte, los trabajadores que realmente pusieron las lonas, recibieron tan sólo dos dólares por metro cuadrado. «Por decirlo con otras palabras: cada escalón de la cadena alimenticia contratante estaba grotescamente sobrealimentado, excepto en los últimos eslabones de la cadena», escribió Davis, «donde en realidad se realiza el trabajo».<sup>17</sup>

Según un estudio, «una cuarta parte de los trabajadores que estaban reconstruyendo la ciudad eran inmigrantes sin papeles, casi todos hispanos,

ganando bastante menos dinero que los trabajadores legales». En Misisipi, una demanda colectiva obligó a varias compañías a pagar cientos de miles de dólares en salarios retrasados a trabajadores inmigrantes. A algunos no les pagaron en absoluto. En un centro de trabajo de Halliburton/KBR, trabajadores inmigrantes indocumentados contaron haber sido despertados a mitad de la noche por su empleador (un subcontratista, que supuestamente les dijo que los agentes de inmigración estaban en camino. La mayoría de los trabajadores huyeron para evitar ser detenidos; después de todo, podían terminar en una de las nuevas prisiones para inmigrantes que Halliburton/KBR había acordado construir para el gobierno federal.\*<sup>18</sup>

Los ataques que suponían estas desigualdades, hechos en nombre de la reconstrucción y el auxilio, no terminaron aquí. En noviembre de 2005, con el fin de compensar las decenas de miles de millones que habían ido a parar a compañías privadas en contratos y deducciones fiscales, el Congreso, controlado por los republicanos, anunció que necesitaba recortar 40.000 millones de dólares del presupuesto federal.

Entre los programas que recortaron drásticamente estaban los préstamos a los estudiantes, los programas de asistencia sanitaria a gente sin recursos (Medicaid) y los cupones para alimentos.<sup>19</sup> En otras palabras, los ciudadanos más pobres del país subvencionaron la bonanza de los contratistas dos veces: primero durante el auxilio al Katrina, que se transformó en dádivas a corporaciones no reguladas que no proporcionaban empleos dignos ni servicios públicos funcionales y, segundo, cuando los pocos programas que directamente asistían a desempleados y trabajadores pobres a escala nacional fueron destruidos para pagar esas abultadas facturas.

No hace mucho tiempo, los desastres eran períodos de nivelación social, momentos poco frecuentes en que las atomizadas comunidades dejaban las divisiones a un lado e iban juntas. Cada vez más, sin embargo, los desastres son su opuesto: se abren puertas a un futuro cruel sin piedad en el que el dinero y la raza compran la supervivencia.

La zona de seguridad de Bagdad es la expresión más dura de este orden mundial. Tiene su propia red de suministro eléctrico, su propia telefonía y sistemas de aguas residuales, su propio suministro de petróleo y su propio hospital de tecnología punta con prístinos quirófanos protegidos

con paredes de cinco metros de grosor. Es, curiosamente, como un gigante y fortificado transatlántico de la compañía Carnival Cruise, fondeado en medio de un mar de violencia y desesperación, la hirviente zona insegura que es Irak. Si consigues subir a bordo, hay refrescos junto a la piscina, malas películas *made in Hollywood* y máquinas Nautilus para hacer ejercicio. Si no estás entre los elegidos, puedes conseguir que te peguen un tiro sólo por estar demasiado cerca de la pared.

En cualquier lugar de Irak, el ampliamente divergente valor asignado a diferentes categorías de personas es cruelmente evidente. Los occidentales y sus colegas iraquíes tienen puestos de control a la entrada de sus calles, muros protectores enfrente de sus casas, trajes blindados y guardias de seguridad privada de guardia a todas horas. Viajan por todo el país en amenazadores convoyes blindados, con mercenarios mostrando sus pistolas fuera de las ventanillas cuando cumplen con su principal misión de «proteger al jefe». Con cada movimiento emiten el mismo mensaje de no arrepentimiento: nosotros somos los elegidos; nuestras vidas son infinitamente máspreciadas. Mientras tanto, los iraquíes de clase media se aferran al siguiente peldaño de la escalera: ellos se pueden permitir comprar protección de las milicias locales y son capaces de pagar a los secuestradores para que liberen a un miembro de su familia. Pero la inmensa mayoría de los iraquíes no tienen protección en absoluto. Andan por las calles expuestos a cualquier posible violencia sin nada que les separe del siguiente coche bomba más que una fina capa de tejido. En Irak, el afortunado consigue fibra de Kevlar; el resto, rosarios.

Al principio pensaba que las zonas de seguridad eran un fenómeno único en la guerra de Irak. Ahora, después de pasar años en otras áreas de desastre, me doy cuenta de que las zonas de seguridad surgen en cualquier lugar en el que el complejo del capitalismo del desastre aparece, con las mismas duras particiones entre los incluidos y los excluidos, los protegidos y los condenados.

Ocurrió en Nueva Orleans. Después de la inundación, una ya dividida ciudad se convirtió en un campo de batalla entre las cercadas zonas de seguridad y las embravecidas zonas desprotegidas, el resultado no de los daños provocados por el agua sino de las «soluciones de libre mercado» adoptadas por el presidente. La administración Bush rechazó destinar fondos de emergencia para pagar los salarios del sector público, y la ciudad de Nueva Orleans, que perdió su base impositiva, tuvo que despedir a tres



mil trabajadores en los meses posteriores al Katrina. Entre ellos estaban dieciséis miembros del personal de planificación de la ciudad -lo cual nos evoca la «desbaaztificación»- cesados en el preciso momento en que Nueva Orleans necesitaba planificadores de manera desesperada. En su lugar, millones de dólares públicos fueron a consultores del exterior, muchos de los cuales eran poderosos promotores estatales.<sup>20</sup> Y, por supuesto, miles de profesores fueron también despedidos, preparando así el terreno para la conversión de docenas de escuelas públicas en escuelas chárter, tal como Friedman había pedido.

Casi dos años después de la tormenta, el hospital Charity continuaba cerrado. El poder judicial apenas funcionaba, y la compañía de electricidad privatizada, Entergy, había fracasado al no recuperar la línea de toda la ciudad. Después de amenazar con elevar las tarifas drásticamente, la compañía consiguió arrancar una controvertida ayuda (como rescate económico) del gobierno federal. El sistema de transporte público fue desmantelado y perdió a casi la mitad de sus trabajadores. La inmensa mayoría de los proyectos de vivienda de propiedad pública estuvieron cubiertos con tablas y vacíos, con cinco mil unidades dispuestas para la demolición por la autoridad federal de la vivienda.<sup>21</sup> De la misma manera que el *lobby* del turismo en Asia había anhelado deshacerse de los pueblos de pescadores de primera línea de playa, el poderoso *lobby* del turismo de Nueva Orleans había puesto sus ojos en proyectos de vivienda, varios de ellos en tierras de alto valor cerca del barrio francés, imán del turismo de la ciudad.

Endesha Juakali ayudó a levantar un campamento de protesta a las afueras de uno de los proyectos cubiertos con tablas, St. Bernard Public Housing, explicando que «ellos tenían una agenda para St. Bernard desde hacía mucho tiempo, pero mientras la gente vivía aquí, no pudieron hacerlo. Así que utilizaron el desastre como una manera de limpieza del vecindario cuando éste estaba más debilitado. [...] Este es un gran emplazamiento para casas grandes y apartamentos. El único problema es que tienes a toda esta pobre gente negra asentado en él».<sup>22</sup>

Entre las escuelas, las casas, los hospitales, el sistema de transporte público y la falta de agua limpia en muchas partes de la ciudad, la esfera pública de Nueva Orleans no estaba siendo reconstruida sino eliminada, utilizando la tormenta como excusa. En una etapa más temprana de la «destrucción creativa» del capitalismo, grandes franjas de Estados Unidos

perdieron sus bases industriales y degeneraron en regiones industriales decadentes de fábricas cerradas y barrios desasistidos. El Nueva Orleans del post-Katrina puede que sea la ciudad que proporcione la primera imagen del mundo occidental de un nuevo tipo de paisaje urbano malogrado: un deteriorado cinturón destruido por la mortífera combinación de las desgastadas infraestructuras públicas y el clima extremo.

En 2007, la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles dijo que Estados Unidos se había quedado tan atrás en el mantenimiento de sus infraestructuras públicas -carreteras, puentes, escuelas, diques- que llevaría más de un billón y medio de dólares durante cinco años devolverla a la normalidad. En su lugar, esta clase de gastos están siendo recortados.<sup>23</sup> Al mismo tiempo, las infraestructuras públicas en el mundo se están enfrentando a una tensión sin precedentes: huracanes, ciclones, inundaciones e incendios forestales se están incrementando en frecuencia e intensidad. Es fácil imaginar un futuro en el que un creciente número de ciudades han quitado del medio sus frágiles y descuidadas infraestructuras debido a los desastres y, después, han dejado pudrirse sus servicios esenciales jamás reparados o rehabilitados. Los puentes, mientras tanto, se retirarán a comunidades cercadas con acceso controlado y atendidas por proveedores privados.

Señales de este futuro se manifestaron ya en la estación de huracanes durante el año 2006. En sólo un año, la industria de respuesta a los desastres estalló con un alud de nuevas corporaciones en el mercado, prometiendo que la seguridad de toda clase no faltaría en un futuro desastre. Una de las más ambiciosas aventuras fue lanzada por una aerolínea en West Palm Beach, Florida. Help Jet se presentó como «el primer plan de escape de un huracán que convierte la evacuación de un huracán en unas vacaciones para personas de la alta sociedad». Cuando se avecina una tormenta, la aerolínea reserva vacaciones para sus miembros en complejos turísticos de cinco estrellas con campos de golf, en *spas* o en Disneylandia. Con todas las reservas hechas, los evacuados son entonces llevados rápidamente fuera de la zona del huracán en un lujoso *jet*. «Sin esperar colas, ni los jaleos de las muchedumbres, sólo una experiencia de primera clase que convierte un problema en unas vacaciones. [...] Disfruta la sensación de evitar la habitual pesadilla de la evacuación por huracanes».<sup>24</sup>

Para la gente que se quedaba atrás, hay otro tipo de solución privatizada. En el año 2006, Cruz Roja firmó una nueva asociación de

reacción al desastre con Wal-Mart. «Será una empresa privatizada antes de que esto acabe», dijo Billy Wagner, jefe de la gestión de emergencias para los cayos de Florida. «Ellos tienen a los expertos. Ellos tienen los recursos». Estaba hablando para la Conferencia Nacional de Huracanes de Orlando, Florida, una feria comercial anual de rápido crecimiento para las compañías que venden cualquier cosa que pueda resultar útil durante el siguiente desastre. «Algunos dijeron: "Este es un gran negocio, mi nuevo negocio. No voy a seguir con el negocio de la jardinería ornamental; voy a ser un contratista para los escombros de los huracanes"», dijo Dave Blandford, un expositor en la conferencia, alardeando de sus «alimentos que se calientan solos».<sup>25</sup>

Gran parte de la economía del desastre paralela se ha construido con dinero de los contribuyentes, gracias al *boom* de la privatización de la reconstrucción en las zonas de guerra. Los gigantes contratistas que han servido como «los principales» en Irak y Afganistán se han situado en la frecuente línea de fuego político por gastar grandes cantidades de sus ingresos provenientes de contratos con el gobierno en sus propios construidos por personas que no creen en los gobiernos, los Estados que ellos construyen son invariablemente débiles, creando un mercado alternativo de fuerzas de seguridad, ya sea Hezbolá, Blackwater, el Ejército del Mahdi o las bandas callejeras de Nueva Orleans.

La aparición de esta infraestructura paralela privatizada va más allá de la policía. Cuando las infraestructuras de los contratistas de los años de Bush se ven en conjunto, lo que vemos es un «Estado dentro del Estado» totalmente articulado, tan fuerte y capaz como frágil y enclenque es el verdadero Estado. Este espectro de Estado corporativo ha sido construido casi exclusivamente con fondos públicos (el 90% de los ingresos de Blackwater provienen del Estado), incluida la formación de su personal (abrumadoramente compuesto de antiguos funcionarios públicos, políticos y soldados).<sup>29</sup> Sin embargo, la inmensa infraestructura es de control y propiedad privados en su totalidad. Los ciudadanos que la han financiado no tienen, de ninguna manera, derecho a esta economía paralela o a sus recursos.

El verdadero Estado, mientras tanto, ha perdido su capacidad para llevar a cabo sus funciones esenciales sin la ayuda de los contratistas. Sus equipos propios están anticuados y los mejores expertos han huido al sector

privado. Cuando golpeó el Katrina, la FEMA tuvo que contratar a un contratista para adjudicar contratos a contratistas. Asimismo, cuando llegó el momento de actualizar el manual del ejército sobre normativa para tratar con contratistas, el ejército externalizó el trabajo a uno de sus más importantes contratistas: MPRI, que no tardó mucho en tener los conocimientos internos. La CIA está perdiendo a tantos funcionarios en el sector del espionaje privatizado paralelo que ha tenido que prohibir que los contratistas hagan contrataciones en el comedor de la agencia. «Un oficial recientemente retirado dijo que había sido abordado en dos ocasiones mientras estaba en la cola del café», informó *The Angeles Times*. Y cuando el Departamento de Seguridad Nacional decidió que necesitaba construir «verjas virtuales» en las fronteras entre Estados Unidos y Canadá y México, Michael P. Jackson, subsecretario del departamento, dijo a los contratistas: «Se trata de una invitación poco habitual... Te estamos pidiendo que vuelvas y nos digas cómo hacer nuestros negocios». El inspector general del departamento, explicó que Seguridad Nacional «no tiene la capacidad necesaria para planificar eficazmente, supervisar y ejecutar el programa [Iniciativa para la Seguridad de las Fronteras]». <sup>30</sup>

Con Bush, el Estado todavía tiene todos los componentes de un gobierno: edificios imponentes, informes de prensa presidenciales, batallas políticas. Pero el trabajo real del gobierno no es más que el de los empleados en el campus de Nike en Beaverton cosiendo zapatillas para correr.

Las consecuencias de la decisión de la actual cosecha de políticos de externalizar de manera sistemática sus responsabilidades electas va más lejos que una única administración. Una vez que un mercado ha sido creado, éste tiene que ser protegido. Las compañías que están en el corazón del complejo del capitalismo del desastre consideran cada vez más como competidores tanto al Estado como a las organizaciones sin ánimo de lucro. Desde la perspectiva corporativa, siempre que los gobiernos o las organizaciones benéficas desempeñan sus roles tradicionales, están denegando trabajo a los contratistas, el cual podría ser realizado con obtención de beneficios.

«Defensa desatendida»: movilizar el sector privado para apoyar la seguridad de la patria», un informe de 2006 cuyo comité asesor incluyó a algunas de las más grandes corporaciones del sector, advertía que «el

impulso federal compasivo que proporciona ayuda de emergencia a las víctimas de los desastres influye en las propuestas del mercado para gestionar su exposición al riesgo». <sup>31</sup> El informe, publicado por el Consejo de Relaciones Exteriores, sostenía que si la gente sabe que el gobierno va a acudir en su rescate, no tendrán el incentivo para pagar por protección privada. En la misma línea, un año después del Katrina, presidentes de treinta de las más grandes corporaciones de Estados Unidos participaron de manera conjunta bajo la autoridad de la Mesa de Negocios, entre cuyos miembros figuran Fluor, Bechtel y Chevron. El grupo, autodenominado Sociedad para la Respuesta al Desastre, se quejaba de «intrusismo» por parte del sector de las organizaciones sin ánimo de lucro tras la desgracia de los desastres. Aparentemente, las organizaciones benéficas y las organizaciones sin ánimo de lucro estaban violando sus mercados al donar material de construcción en lugar de tener a Home Depot como suministrador por unos honorarios. <sup>32</sup>

Mucha de esta nueva agresividad afluye del hecho de que el mundo de las corporaciones sabe que la era de oro de los contratos federales sin fondo no puede durar mucho tiempo más. El gobierno de Estados Unidos se dirige a gran velocidad hacia una crisis económica, gracias, en no menor medida, al déficit por haber financiado la construcción de la economía del desastre privatizada. Esto significa que antes o después, los contratos van a descender significativamente. A finales de 2006, analistas de Defensa comenzaron a predecir que el presupuesto de adquisiciones del Pentágono podría disminuir hasta un 25% en la década siguiente. <sup>33</sup>

Cuando la burbuja del desastre estalle, compañías como Bechtel, Fluor y Blackwater perderán gran parte de sus ingresos principales. Aún tendrán todo el engranaje y equipos de alta tecnología comprados a costa del contribuyente, pero necesitarán encontrar un nuevo modelo de negocios, una nueva forma de cubrir sus altos costes. La nueva fase del complejo del capitalismo del desastre es bastante clara: con emergencias en alza, el gobierno incapaz de pagar la cuenta, y con los ciudadanos abandonados por su Estado inoperante, el Estado corporativo paralelo realquilará su infraestructura del desastre a cualquiera que pueda permitirse el lujo, y a cualquier precio que el mercado pueda tolerar. Se pondrá a la venta todo: desde un helicóptero que se encarama a los tejados hasta el agua potable y las camas de los refugios.

La riqueza proporciona escapes para la mayoría de los desastres: compra de sistemas de alerta temprana para regiones propensas a *tsunamis* y reservas de Tamiflu para el próximo estallido; compra de agua embotellada, generadores, teléfonos vía satélite y policías de alquiler. Durante el ataque de Israel al Líbano en 2006, el gobierno de Estados Unidos, al principio, intentó cargar a sus ciudadanos el coste de sus propias evacuaciones; sin embargo, fue finalmente forzado a echarse a atrás.<sup>34</sup> Si continuamos en esta dirección, las imágenes de la gente tirada en los tejados de Nueva Orleans no serán sólo el reflejo de un pasado irresuelto de desigualdad racial en Estados Unidos sino también el presagio de un futuro colectivo de *apartheid* del desastre en que la supervivencia estará determinada por quienes puedan permitirse el lujo de escapar.

Pensando en el futuro de los desastres por llegar, tanto ecológicos como políticos, a menudo suponemos que los vamos a afrontar todos, que lo que hace falta son líderes que reconozcan el curso de la destrucción en el que estamos. Pero no estoy tan segura. Quizás, parte de las razones del porqué tantas de nuestras élites, políticas y corporativas, son tan optimistas acerca del cambio climático es que están seguras de que podrán comprar su salida de los peores atolladeros de todo esto. Esto puede también explicar parcialmente por qué los sostenedores de Bush son cristianos que creen que el Apocalipsis es inminente. No es sólo que necesiten creer: es que existe una vía de escape del mundo que están creando. Es que el Rapto es una parábola de lo que están construyendo aquí: un sistema que invita a la destrucción y al desastre, que les hace caer en picado de helicópteros privados y, junto a sus amigos, tomar el puente aéreo hacia una seguridad divina.

Como contratistas se precipitan a desarrollar fuentes alternativas estables de ingresos. Una vía son los sistemas de protección contra los desastres de otras corporaciones. Ésta era la línea de negocio de Paul Bremer antes de que se fuera a Irak: convertir multinacionales en burbujas de seguridad capaces de funcionar sin problemas incluso si los Estados dentro de los que están operando se están desmoronando a su lado. Los primeros resultados pueden verse en los vestíbulos de muchos de los más importantes edificios de oficinas de Nueva York o Londres: registros completos al estilo de los aeropuertos con el requisito de identificación fotográfica y aparatos con rayos X. Pero la industria tiene ambiciones más

grandes, incluidas las privatizadas redes de comunicaciones globales, la salud y la electricidad en situaciones de emergencia, y la capacidad para situar y proporcionar transporte a una mano de obra global en medio de un importante desastre. Otra potencial área de crecimiento identificada por el complejo del capitalismo del desastre es el gobierno municipal: contratación de policía externa y cuerpos de bomberos a compañías de seguridad privadas. «Lo que hacen para los militares en el centro de Faluya, lo pueden hacer para la policía en la ciudad de Reno», dijo un portavoz de Lockheed Martin en noviembre de 2004.<sup>35</sup> La industria pronostica que estos nuevos mercados se extenderán de manera drástica en la próxima década. Una visión franca de dónde son importantes estas tendencias la proporciona John Robb, un antiguo comandante para misiones de operaciones encubiertas de Delta Force convertido en un exitoso consultor de dirección. En un manifiesto ampliamente difundido por la revista *Fast Company*, describe el «resultado final» de la guerra contra el terror como «una nueva y más resistente aproximación a la seguridad nacional, no construida en torno al Estado sino alrededor de ciudadanos privados y compañías. [...] La seguridad se convertirá en una función de dónde vives y para quién trabajas, tanto como la asistencia médica ya destinada».<sup>36</sup>

Robb escribe: «Las personas adineradas y las corporaciones multinacionales serán las primeras en desistir de pagar la fianza de nuestro sistema colectivo, optando, en cambio, por contratarse compañías militares privadas, tales como Blackwater y Triple Canopy, para proteger sus hogares e instalaciones y establecer un perímetro protector en torno a su cotidianidad. Redes de transporte paralelas, surgidas a partir de compañías de aviones multipropiedad como Netjets, de Warren Buffet, darán servicio a ese grupo, y con sus miembros de un lado a otro haciendo siempre inversiones seguras». La élite mundial está ya en gran parte en su lugar, pero Robb pronostica que la clase media hará pronto lo mismo «al formar barrios residenciales para compartir los gastos de la seguridad». Estos «"barrios blindados" desplegarán y mantendrán generadores adicionales y enlaces de comunicaciones» y serán patrullados por milicias privadas «que han recibido formación corporativa y disponen de sus propios sistemas de tecnología punta para responder a las emergencias».

En otras palabras, un mundo de zonas residenciales de seguridad. En lo que respecta a aquellos que estén fuera del perímetro de seguridad, «se las tendrán que ver con los restos del sistema nacional. Gravitarán en torno a

las ciudades norteamericanas donde estarán sujetos a la ubicua vigilancia y a los marginales o inexistentes servicios. Para los pobres, no habrá otro refugio».

El futuro que Robb describe se parece mucho al presente de Nueva Orleans, donde dos clases muy diferentes de comunidades cercadas surgen de los escombros. Por un lado, están las llamadas casas FEMA: desoladas, campamentos apartados para los evacuados con bajos ingresos construidos por subcontratas de Bechtel o Fluor, gestionados por compañías de seguridad privada que patrullan los terrenos sin asfaltar, con visitantes restringidos, libres de periodistas y con un trato a los supervivientes como si fueran criminales. Por otro lado, las comunidades, también cercadas, construidas en las áreas ricas de la ciudad como Audubon y el Garden District, burbujas de funcionalidad que parecen haberse separado del Estado completamente. En las semanas de la tormenta, los residentes tenían agua y potentes generadores de emergencia. Sus enfermedades se trataron en hospitales privados y sus hijos fueron a las nuevas escuelas contratadas. Como es habitual, no tenían necesidad de usar el transporte público. En St. Bernard Parish, un barrio residencial de Nueva Orleans, DynCorp había asumido mucho más que la vigilancia; otros vecindarios contrataron compañías de seguridad directamente. Entre los dos tipos de Estados soberanos privatizados, estaba la versión de Nueva Orleans de la zona no protegida, donde la tasa de asesinatos se disparó y vecindarios como el ilustre Lower Ninth Ward se sumieron en una posapocalíptica tierra de nadie. Un canción de éxito del rapero Juvenile en el verano después del Katrina resumía la atmósfera: «Vivimos como en Haití, sin gobierno», Estado fallido de Estados Unidos.<sup>37</sup>

Bill Quigley, un abogado y activista local, observó «que lo que está pasando en Nueva Orleans es sólo una versión más concentrada, más gráfica de todo lo que va a venir por todo el país. Cada ciudad de nuestro país tiene importantes similitudes con Nueva Orleans. Cada ciudad de nuestro país tiene algunos barrios abandonados. En cada ciudad de nuestro país existe educación pública, viviendas, asistencia sanitaria y justicia penal abandonadas. Aquellos que no apoyan la educación pública, la asistencia sanitaria y la vivienda seguirán convirtiendo nuestro país en un Lower Ninth Ward a menos que los paremos».<sup>38</sup>



El proceso está ya en marcha. Otro reflejo de apartheid del desastre futuro puede encontrarse en un rico barrio residencial republicano a las afueras de Atlanta. Sus residentes decidieron que estaban cansados de subvencionar con sus propios impuestos las escuelas y la policía de los vecindarios afroamericanos del distrito con más bajos ingresos. Votaron dar forma a su propia ciudad, Sandy Springs, que podría gastar sus impuestos en servicios para sus 100.000 ciudadanos y no tener los ingresos redistribuidos por todo el condado de Fulton. La única dificultad en que Sandy Springs no tenía estructuras de gobierno y necesitaba construirlas desde cero; todo: desde la recaudación de impuestos a la división en zonas, los aparcamientos y la diversión. En septiembre de 2005, el mes en el que Nueva Orleans se inundó, los residentes de Sandy Springs fueron abordados por el gigante de la construcción y consultor CH2M Hill con una singular persuasión: déjanos hacerlo por ti. Por un precio inicial de veintisiete millones de dólares al año, el contratista se comprometió a construir una ciudad completa desde cero.<sup>39</sup>

Pocos meses después, Sandy Springs se convirtió en la primera «ciudad contratista». Sólo cuatro personas trabajaron directamente para la nueva municipalidad: todos los demás eran contratistas. Rick Hisekorn, que dirigía el proyecto para CH2M Hill, describió Sandy Springs como «una hoja de papel limpia sin proceso gubernamental en su lugar».

A otro periodista le diría que «nadie en nuestra industria ha hecho una ciudad completa de este tamaño antes».<sup>40</sup>

*The Atlanta journal-Constitution* informó que «cuando Sandy Springs contrató a trabajadores corporativos para ejecutar la nueva ciudad, se consideraba un experimento osado». En un año, sin embargo, la obsesión por las ciudades-contrato se extendió por los barrios residenciales adinerados de Atlanta y llegó a convertirse en un procedimiento estándar en el norte de Fulton [Condado]. Las comunidades vecinas tomaron sus sugerencias de Sandy Springs y también votaron convertirse en ciudades autónomas y contratar a un contratista fuera de sus gobiernos. Una nueva ciudad, Milton, contrató inmediatamente a CH2M Hill para el trabajo. Después de todo, tenía experiencia en ese ámbito. Pronto empezaría una campaña para que las nuevas ciudades corporativas participaran de manera conjunta en la formación de su propio condado, lo que significaría que ninguno de sus dólares en impuestos iría a parar a los barrios pobres cercanos. El plan encontró una virulenta oposición fuera del enclave

propuesto, donde los políticos decían que sin ese dinero recaudado de los impuestos no serían por mucho tiempo capaces de permitirse su gran hospital y el sistema público de transporte; la partición del condado crearía un Estado fallido por un lado y un hiperservicializado Estado por el otro. Lo que estaban describiendo se parecía mucho a Nueva Orleans y un poco a Bagdad.<sup>41</sup>

En estos adinerados barrios residenciales de Atlanta, las tres décadas de cruzada corporativista de vaciado del Estado se habían completado: no es sólo que cada servicio del gobierno hubiera sido subcontratado sino que también lo fueron sus propias funciones. Era especialmente apropiado que el nuevo asunto fuera roto por CH2M Hill. La corporación era una multimillonaria contratista en Irak, pagada para llevar a cabo la esencial función del gobierno de supervisar a los contratistas. En Sri Lanka, después del *tsunami*, no sólo construyó puertos y puentes, sino que también fue «responsable de la gestión global del programa de infraestructuras».<sup>42</sup> En la Nueva Orleans del post Katrina, a esta corporación se le concedieron 500 millones de dólares para construir casas-FEMA y simular una alerta y estar preparada para hacer lo mismo en el próximo desastre. Una maestra en la privatización del Estado en circunstancias extraordinarias estaba ahora haciendo lo mismo bajo condiciones normales. Si Irak fue un laboratorio de radical privatización, la fase de prueba estaba claramente aquí.

## Capítulo 21: PERDER EL INCENTIVO DE LA PAZ

### Israel como advertencia

*Las grandes vallas fronterizas pertenecen no al mundo del gulag sino al mundo de las ruidosas barreras de las autopistas, de los lujosos palcos de los estadios deportivos, de las zonas para no fumadores, de las zonas de seguridad de los aeropuertos y de las «comunidades cercadas»... Éstas hacen explícitos los privilegios de los que tienen y la envidia de los que no tienen de tal manera que es embarazoso para ambos. Esto no es lo mismo que decir que no funcionan.*

CHRISTOPHER Caldwell, editor sénior de The Weekly Standard, noviembre de 2006 <sup>1</sup>

Durante décadas, el saber convencional decía que el caos era el sumidero de la economía global. Los *shocks* particulares y las crisis podían aprovecharse como efecto palanca para forzar a abrir nuevos mercados, por supuesto, pero después de que el *shock* inicial había hecho su trabajo, la estabilidad y la paz relativas eran necesarias para sostener el crecimiento económico. Esta era la explicación que se había aceptado del por qué los noventa habían sido años tan provechosos: con la Guerra Fría concluida, las economías fueron liberadas para concentrarse en el comercio y en la inversión, y como países que iban a estar más interconectados e interdependientes, iban a ser probablemente mucho menos una bomba los unos para los otros.

En el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, de 2007, sin embargo, líderes políticos y de corporaciones estaban perplejos por el estado de los acontecimientos que parecía infringir esa sabiduría convencional. Se dio a conocer como el «dilema de Davos», que el columnista del *Financial Times* Martin Wolf describió como «el contraste entre la molesta política y la economía ventajosa en el mundo». Como él expresó, la economía se había enfrentado a «una serie de *shocks*: la quiebra de la Bolsa después del año 2000; las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001; las guerras en Irak y Afganistán; fricciones respecto a

las políticas estadounidenses; una subida repentina de los precios reales del petróleo hasta niveles no vistos desde los años setenta; el cese de las negociaciones de Doha [de las conversaciones de la OMC] y el enfrentamiento respecto a las ambiciones nucleares de Irak». Y todavía se encontraba «en un período dorado de crecimiento compartido en términos generales». Dicho francamente, el mundo se dirigía al infierno; no había estabilidad alguna a la vista y la economía global estaba rogando su aprobación. Poco después, Lawrence Summers, antiguo secretario del Tesoro de Estados Unidos, señaló la «casi completa desconexión» entre la política y el mercado como «algo salido de Dickens. Hablas con expertos en relaciones internacionales y es el peor de todos los tiempos. Luego hablas con potenciales inversores y estamos en uno de los mejores momentos».<sup>2</sup>

Esta extraña tendencia ha sido también observada a través de un indicador económico llamado «índice armas-caviar». Durante diecisiete años se vio que cuando las ventas de los aviones cazabombarderos aumentaban poderosamente, las de los aviones privados de lujo disminuían y viceversa: cuando las ventas de los aviones privados de lujo crecían, las ventas de los aviones cazabombarderos descendían. Por supuesto, siempre hay un puñado de tipos que sacan grandes beneficios de la guerra y que consiguen hacerse ricos con la venta de armas, pero éstos eran económicamente insignificantes. Era una obviedad de los mercados contemporáneos el hecho de que tú no podías tener prosperidad económica repentina en medio de la violencia y la inestabilidad.

Pero esa obviedad ha dejado de ser cierta. Desde 2003, el año de la invasión de Irak, el índice mostraba que el gasto en los aviones cazabombarderos y en los aviones privados de lujo había crecido rápida y simultáneamente en ambos, lo que significa que el mundo se ha convertido en un lugar menos pacífico mientras se acumulan significativamente más beneficios.<sup>3</sup> El crecimiento galopante de la economía en China e India participó en el incremento de la demanda de objetos de lujo, pero también lo hizo la expansión del limitado complejo militar-industrial en expansión del complejo del capitalismo del desastre. Hoy, la inestabilidad global no sólo beneficia a un pequeño grupo de comerciantes de armas sino que genera enormes beneficios en el sector de la seguridad de alta tecnología, en la construcción pesada, en las compañías de asistencia médica que asisten a soldados heridos, en los sectores del gas y del petróleo y, por supuesto, en la defensa de los contratistas.

La magnitud de los ingresos que están en juego es absolutamente suficiente para impulsar un *boom* económico. Lockheed Martin, cuyo antiguo vicepresidente presidió el comité que hizo una fuerte campaña a favor de la guerra en Irak, recibió, él solo, 25.000 millones de dólares de los contribuyentes estadounidenses en 2005. El congresista demócrata Henry Waxman apuntó que la suma total «superaba el producto interior bruto de 103 países, incluidos Islandia, Jordania y Costa Rica [...] y era más grande que el conjunto de los presupuestos del Departamento de Comercio, el Departamento de Interior, la Administración de los Pequeños Comercios y la rama legislativa entera del gobierno». Lockheed era, en sí mismo, un «mercado emergente». Compañías como Lockheed (cuyo valor de las acciones se triplicó por tres entre los años 2000 y 2005) son una importante parte de la razón del por qué las bolsas de Estados Unidos se libraron de una prolongada quiebra tras el 11 de septiembre. Mientras los precios de los valores convencionales estaban infrarrepresentados, el índice Spade Defense, «un punto de referencia para la defensa, la seguridad nacional y los valores aeroespaciales, subió cada año una media del 15% entre los años 2001 y 2006, siete veces y media el incremento medio del Standard amp; Poor's 500 en ese mismo período.<sup>4</sup>

El dilema de Davos está siendo estimulado más lejos por el modelo sumamente beneficioso de la construcción privatizada fraguado en Irak. Valores de construcción pesada que incluyen las grandes empresas de ingeniería que consiguen jugosos contratos al margen de la oferta previa tras guerras y desastres naturales, crecieron un 250% entre 2001 y abril de 2007. La reconstrucción es ahora un negocio tan grande que cada nueva destrucción es recibida con la emoción de una apasionada e inicial oferta de valores públicos: 30.000 millones para la reconstrucción de Irak, 13.000 millones para la reconstrucción tras el *tsunami*, 100.000 millones para Nueva Orleans y la Costa del Golfo y 7.600 millones para el Líbano.<sup>5</sup>

Los ataques terroristas, utilizados para hacer caer las bolsas en espiral, reciben ahora un similar optimismo en la acogida del mercado. Después del 11 de septiembre de 2001, el Dow Jones cayó en picado 685 puntos tan pronto como los mercados reabrieron sus puertas. En marcado contraste, la Bolsa de Estados Unidos cerró con valores más altos que el día anterior, con el Nasdaq siete puntos más arriba, el 7 de julio de 2005, el día después de que cuatro bombas destrozaran el sistema de transporte público londinense matando a docenas de personas e hiriendo a centenares. En el mes de agosto

de ese mismo año, el día en que la policía arrestó a veinticuatro sospechosos que supuestamente planeaban hacer estallar aviones de reacción para el transporte de pasajeros con destino a Estados Unidos, el Nasdaq cerró 11,4 puntos más alto, gracias en gran medida a los disparados valores de la seguridad nacional. Después están las exorbitantes fortunas del sector del petróleo: 40.000 millones de dólares de beneficios para ExxonMobil en 2006, el mayor beneficio registrado hasta entonces; y sus colegas, compañías rivales como Chevron, no se quedaban muy atrás.<sup>6</sup> Como estas corporaciones vinculadas a la defensa, a la construcción pesada y a la seguridad nacional, las fortunas del sector petrolero mejoran con cada guerra, ataque terrorista o huracanes de categoría 5. Además de llevarse los beneficios a corto plazo de los altos precios vinculados a la incertidumbre de las regiones clave productoras de petróleo, la industria del petróleo ha conseguido de manera sistemática convertir los desastres en beneficios a largo plazo, ya sea asegurándose de que una gran parte de los fondos en Afganistán se invertían en la cara infraestructura de carreteras para un nuevo oleoducto (mientras la mayoría de los otros proyectos de reconstrucción importantes se paralizaban), mediante la aprobación de una ley del petróleo en Irak mientras el país ardía o mediante el aprovechamiento del huracán Katrina para planear las primeras refinerías nuevas en Estados Unidos desde los años setenta. El petróleo y la industria del gas están tan íntimamente entrelazados con la economía del desastre - ambos causa principal de muchos desastres y beneficiarios de ellos- que merecen ser tratadas como adjuntos honorarios del complejo de la economía del desastre.

Sin necesidad de complots

La reciente racha de desastres se han traducido en beneficios tan espectaculares que mucha gente en todo el mundo ha llegado a la misma conclusión: los ricos y los poderosos causan deliberadamente las catástrofes con el fin de explotarlas. En julio de 2006, en una encuesta nacional a residentes en Estados Unidos se observó que más de un tercio de los encuestados creía que el gobierno estaba metido en los ataques del 11 de septiembre o que no intervino para pararlos «porque quería que Estados Unidos entrase en guerra en Oriente Medio». Similares sospechas acarician la mayoría de las catástrofes de años recientes. En Luisiana, entre las consecuencias del Katrina, los refugios estaban llenos por los rumores de que los diques se habían roto y se creía que habían sido secretamente

reventados con el fin de «destruir la parte negra de la ciudad y mantener seca la blanca», tal como sugirió Louis Farrakhan, líder de Nation of Islam.<sup>7</sup> En Sri Lanka a menudo he oído que el *tsunami* había sido causado por explosiones submarinas detonadas por Estados Unidos, y para así poder enviar tropas al Sureste asiático y hacerse con el control de las economías de la región.

La verdad es al mismo tiempo menos siniestra y más peligrosa. Un sistema económico que requiere estar en constante crecimiento mientras quita de en medio casi todos los intentos serios de regulación medioambiental genera una constante corriente de desastres, ya sean militares, ecológicos o financieros. El deseo de lo fácil, beneficios a corto plazo brindados por una inversión puramente especulativa, ha transformado los mercados de valores, la moneda o al Estado en máquinas de creación de crisis, como la crisis financiera asiática, la crisis del peso mexicano o la de las compañías informáticas que tienen sede en Internet, todas ellas ya manifestadas. Nuestra común adicción a lo contaminante, a las fuentes de energía no renovables, mantiene a la espera otro tipo de emergencias por llegar: desastres naturales (un 430% más desde 1975) y guerras libradas por el control de los escasos recursos (no sólo como en Irak o Afganistán, sino conflictos de más baja intensidad como aquellos que estallan en Nigeria, Colombia y Sudán) que sucesivamente crean terroristas como rechazo (un estudio de 2007 calculaba que el número de ataques terroristas desde el inicio de la guerra de Irak se había multiplicado por siete).<sup>8</sup>

Dadas las altísimas temperaturas, climáticas y políticas, los desastres del futuro no necesitan de oscuros complots para tramarse. Las indicaciones dicen que simplemente siguiendo el curso actual de los acontecimientos, continuarán llegando con una intensidad incluso más feroz. La generación del desastre puede por tanto ser abandonada a la mano invisible del libre mercado. Un área, ésta, en la que realmente se lanza.

Aunque el complejo del capitalismo del desastre no conspire deliberadamente para crear cataclismos de los cuales luego se alimenta (si bien Irak puede ser una notable excepción), hay muchas pruebas de que sus industrias trabajan muy duro de hecho para asegurarse de que las actuales tendencias desastrosas no van a cambiar. Grandes compañías petroleras han financiado durante años el movimiento que niega el cambio climático; ExxonMobil ha gastado aproximadamente 16 millones de dólares en la cruzada durante la década pasada. Mientras este fenómeno es bien

conocido, la interacción entre los contratistas del desastre y la élite de los creadores de opinión es mucho menos comprensible. Varios influyentes *think tanks* de Washington -incluidos el Instituto Nacional para las Políticas Públicas y el Centro para la Política de Seguridad- son fuertemente financiados por contratistas del ámbito de la seguridad nacional y del negocio armamentístico, cuyos beneficios provienen directamente de esos institutos, que tienen un retrato interminable del mundo como un lugar oscuro y agresivo, cuyos problemas sólo pueden resolverse por la fuerza. El sector de la seguridad interna está siendo cada vez más integrado a las corporaciones de los medios de comunicación, un desarrollo con implicaciones orwellianas. En 2004, el gigante de la comunicación digital, LexisNexis, pagó 775 millones de dólares por Seisint, una compañía de análisis de recopilación de datos que trabaja muy de cerca en el sector de la vigilancia con agencias federales y del Estado. Ese mismo año, General Electric, propietaria de la NBC, compró InVision, el productor más importante de los controvertidos aparatos para la detección de bombas de alta tecnología utilizados en aeropuertos y otros espacios públicos. InVision recibió la asombrosa cantidad de 15.000 millones de dólares en contratos de seguridad interna entre 2001 y 2006, más que cualquier otra compañía.<sup>9</sup>

La paulatina expansión del complejo del capitalismo del desastre en los medios de comunicación puede dar lugar a un nuevo tipo de sinergia corporativa, una estructura basada en la integración vertical muy popular en los años noventa. Esto ciertamente tiene sentido comercial. Cuanto más sumidas están nuestras sociedades en el pánico, convencidas de que hay terroristas al acecho en las mezquitas, más aparatos de detección de explosivos e identificaciones basadas en la biometría vende el complejo del capitalismo del desastre y más vallas de alta tecnología construye. Si el sueño de la apertura, de hacer un «pequeño planeta» sin fronteras, era el billete para los beneficios de los años noventa, la pesadilla de la amenaza, los continentes occidentales fortificados, bajo el asedio de yihadistas e inmigrantes ilegales, representa el mismo rol en el nuevo milenio. La única perspectiva que amenaza la prosperidad de la economía del desastre, de la que tanto depende la riqueza -desde las armas y el petróleo hasta la ingeniería de la vigilancia y las drogas patentadas-, es la posibilidad de conseguir en alguna medida estabilidad climática y paz geopolítica.



## *Israel y el desastre permanente del Estado de Apartheid*

Mientras los analistas se pelean por entender el dilema de Davos, un nuevo consenso está emergiendo. No se trata de que el mercado se haya hecho inmune a la inestabilidad, al menos, no exactamente. De lo que se trata es de que un constante flujo de desastres es ahora tan esperado que el siempre adaptable mercado ha cambiado para adaptarse a este nuevo *statu quo*: la inestabilidad es la nueva estabilidad. En debates acerca de este fenómeno económico después del 11-S, Israel es a menudo puesto como ejemplo de un tipo de prueba instrumental. Durante gran parte de la pasada década, Israel ha experimentado, de manera reducida, su propio dilema de Davos: las guerras y los ataques se han ido incrementando pero la Bolsa de Tel Aviv ha alcanzado niveles récord al lado de toda esta violencia. Como un analista del mercado de valores apuntó en Fox News después de la explosión de las bombas del 7 de julio en Londres: «En Israel se las tienen que ver con la amenaza del terror cotidiano, y ese mercado crece durante el año».<sup>10</sup> Como la economía global en general, la situación política de Israel es, y la mayoría están de acuerdo, desastrosa, pero su economía nunca ha sido más fuerte, con unas tasas de crecimiento que rivalizan con las de China o India.

Lo que hace interesante a Israel como modelo de las «armas y caviar» no es sólo que su economía resiste frente a algunos de los más grandes *shocks* políticos, como la guerra de 2006 con el Líbano o con Hamás en 2007, sino también que Israel ha creado una economía que se expande considerablemente como reacción directa a la escalada de la violencia. Las razones del nivel de confort de la industria israelí con el desastre no son tan misteriosas. Años antes de que compañías europeas y americanas comprendieran el potencial del *boom* de la seguridad global, las compañías de tecnología israelíes fueron enérgicamente pioneras en la industria de la seguridad interna y, hoy en día, continúan dominando el sector. El Instituto de Exportación Israelí estima que Israel tiene 350 corporaciones dedicadas a vender productos para la seguridad interna y que otras treinta nuevas entraron en el mercado en 2007. Desde una perspectiva corporativa, este desarrollo ha hecho de Israel un modelo digno de ser emulado en el mercado de después del 11 de septiembre. Sin embargo, desde una perspectiva política y social, Israel debería servir como algo más que una

dura amenaza. El hecho de que Israel continúe disfrutando de prosperidad económica, incluso cuando lleva a cabo guerras contra sus vecinos y escaladas de brutalidad en los territorios ocupados, demuestra sólo cuán peligroso es construir una economía basada en la premisa de la guerra continua y en los cada vez más profundos desastres.

La actual habilidad de Israel para combinar «armas y caviar» es la culminación de un dramático cambio en la naturaleza de su economía respecto a los últimos quince años, una economía que había tenido un profundo y poco examinado impacto en la paralela desintegración de las perspectivas de paz. La última vez que hubo una perspectiva creíble de paz en Oriente Medio fue a principios de los años noventa, un tiempo en el que una potente agrupación de israelíes creía que la continuidad del conflicto no era una opción a largo plazo. El comunismo se había hundido, la revolución en las comunicaciones estaba empezando y existía una extendida convicción dentro de la comunidad de negocios israelí de que la sangrienta ocupación de Gaza y Cisjordania, agravada por el boicót de los países árabes a Israel, estaba poniendo el futuro de la economía de Israel en peligro. Viendo la explosión de los «mercados emergentes» por todo el mundo, las corporaciones israelíes estaban hartas de estar estancadas por la guerra; querían ser parte de los altos beneficios de un mundo sin fronteras y no estar acorraladas en una contienda regional. Si el gobierno israelí pudiera negociar algún tipo de acuerdo de paz con los palestinos, sus vecinos levantarían sus boicots y el país estaría perfectamente posicionado para ser el centro neurálgico del libre comercio en Oriente Medio.

En 1993, Dan Gillerman, entonces presidente de la Federación de Cámaras de Comercio Israelíes, fue un ferviente partidario de esta posición. «Israel podría convertirse en otro Estado [...] o podría convertirse en el centro estratégico, logístico y del mercado de toda la región, como un Singapur o Hong Kong en Oriente Medio donde las compañías multinacionales sitúen sus filiales. [...] Estamos hablando de una economía completamente diferente. [...] Israel debe actuar y rápido para ajustarse, o esta oportunidad económica que se da una sola vez en la vida se echará de menos, para luego decir "hubiéramos podido"». <sup>11</sup>

Ese mismo año, Simón Peres, ministro de Asuntos Exteriores, explicó a un grupo de periodistas israelíes que la paz era algo inevitable. Era, sin embargo, una paz muy particular. «No estamos buscando una paz de

banderas -dijo Peres-, lo que nos interesa es una paz de mercados.»<sup>12</sup> Pocos meses después, el primer ministro Isaac Rabin y el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasir Arafat, estrecharon sus manos en el césped de la Casa Blanca para celebrar la inauguración de los Acuerdos de Oslo. El mundo aplaudió a los tres hombres que compartirán el Premio Nobel de la Paz de 1994. Después, todo empezó a ir horriblemente a peor.

Oslo podía haber sido el período más optimista en las relaciones palestino-israelíes, pero el famoso apretón de manos no supuso sellar un acuerdo. Fue, simplemente, un acuerdo para iniciar un proceso, con la mayoría de las cuestiones beligerantes sin resolver. Arafat estaba en una terrible posición al tener que negociar su propio retorno a los territorios ocupados, y aseguró que estarían fuera del acuerdo el destino de Jerusalén, la cuestión de los refugiados palestinos, los asentamientos judíos e, incluso, el derecho de autodeterminación para Palestina. La estrategia de Oslo, afirmaban los negociadores, era seguir adelante con la «paz de los mercados», basada en la idea de que el resto de cuestiones se pondrían en su lugar: lanzándose a las fronteras abiertas y participando en la fuerza devastadora de la globalización, se suponía que tanto israelíes como palestinos iban a experimentar mejoras concretas en su vida cotidiana más que en un ambiente acogedor creado por la «paz de las banderas» en las negociaciones que estaban por llegar. Esta, al menos, era la promesa de Oslo.

Fueron muchos los factores que contribuyeron a la posterior ruptura. Los israelíes culpaban a los atentados suicidas y al asesinato de Rabin. Los palestinos apuntaban a la frenética expansión de los asentamientos ilegales por parte de Israel durante el período de Oslo como prueba de que el proceso de paz estaba fundado, según palabras de Shlomo Ben-Ami, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno laborista de Ehud Barak, «en bases neocoloniales», diseñadas de tal manera que «cuando finalmente se llegase a la paz entre los palestinos y nosotros, habría una situación de dependencia, de una estructurada falta de igualdad entre las dos entidades».<sup>13</sup> Los debates sobre quién hizo descarrilar el proceso de paz son bien conocidos y han sido exhaustivamente explorados. Sin embargo, dos factores que contribuyeron a la retirada al unilateralismo de Israel han sido poco comprendidos y raras veces discutidos, ambos relacionados con las costumbres estratégicas que la cruzada del libre mercado de la Escuela de

Chicago desarrolló en Israel. Uno fue el influjo de los judíos soviéticos, lo cual era un resultado directo del experimento de la terapia de *shock* en Rusia. El otro fue el lanzamiento de la economía de exportación de Israel, que de estar basada en la alta tecnología y en bienes tradicionales pasó a ser desproporcionadamente dependiente de la venta de aparatos y destrezas relacionados con el antiterrorismo. Ambos factores fueron fuertemente perjudiciales para el proceso de Oslo: la llegada de los rusos redujo la dependencia del trabajo palestino y permitió encerrarlo en los territorios ocupados, mientras la rápida expansión de la economía de seguridad de alta tecnología creaba un poderoso apetito dentro del rico Israel y los sectores más poderosos se decantaban por el abandono de la paz a favor de la continuación de los enfrentamientos y la expansión de la guerra contra el terror.

Por una desafortunada coincidencia histórica, el inicio del período de Oslo coincidió, precisamente, con la fase más nefasta del experimento de la Escuela de Chicago en Rusia. El apretón de manos en el césped de la Casa Blanca fue el 13 de septiembre de 1993, exactamente tres semanas después de que Yeltsin enviara los tanques para que prendiesen fuego al edificio del parlamento, preparando el terreno para su más brutal dosis de *shock* económico.

En el curso de los años noventa, aproximadamente un millón de judíos abandonaron la antigua Unión Soviética trasladándose a Israel. Los inmigrantes que vinieron de la antigua Unión Soviética en este período ahora suponen más del 18% del total de la población judía de Israel.<sup>14</sup> Es difícil exagerar el impacto de tan grande y rápida transferencia de población a un país tan pequeño como Israel. Proporcionalmente, sería el equivalente de todas las personas de Angola, Camboya y Perú, haciendo sus equipajes y trasladándose a Estados Unidos todas a la vez. En Europa, sería el equivalente de toda Grecia trasladándose a Francia.

Cuando la primera oleada de judíos soviéticos se dirigió a Israel, muchos estaban eligiendo vivir en un Estado judío después de toda una vida de persecución religiosa. Siguiendo esa oleada inicial, sin embargo, el número de inmigrantes rusos que fue a Israel se incrementó drásticamente y lo hizo en directa relación a la cantidad de dolor que a la gente de Rusia le estaba siendo inflingida por sus «doctores» del *shock* económico. Estas posteriores oleadas de inmigrantes soviéticos no eran de sionistas idealistas

(muchos tenían poco convincentes exigencias de ser judíos); eran refugiados económicos desesperados. «Lo más importante no es hacia dónde nos dirigimos, sino de dónde venimos», contó un inmigrante fuera de la embajada israelí en Moscú a *The Washington Times* en 1992. Un portavoz del Foro Sionista de los Judíos Soviéticos confesó a propósito del éxodo que «ellos no han sido arrastrados a Israel sino que fueron expulsados de la URSS por la inestabilidad política y el deterioro económico que había allí». La oleada más grande fue, de lejos, la que se produjo tras el golpe de Estado de Yeltsin en 1993, cuando estaba empezando el proceso de paz en Israel. Después del golpe de Estado, 600.000 personas se trasladaron a Israel provenientes de las antiguas repúblicas soviéticas.<sup>15</sup>

La transformación demográfica puso del revés la ya de por sí precaria dinámica del acuerdo. Antes de la llegada de los refugiados soviéticos, Israel no podría haber roto por sí mismo por mucho tiempo las relaciones con las poblaciones palestinas de Gaza y Cisjordania; su economía no podía sobrevivir sin el trabajo palestino, de la misma manera que California no podía seguir sin los mexicanos. Unos 150.000 palestinos al día dejaban sus hogares en Gaza y en Cisjordania y viajaban a Israel para limpiar sus calles y construir carreteras, mientras granjeros y comerciantes palestinos llenaban sus camiones de mercancías y las vendían en Israel y en otros lugares de los territorios.<sup>16</sup> Cada lado dependía del otro económicamente, e Israel llevó a cabo agresivas medidas para impedir que los territorios palestinos desarrollasen relaciones comerciales autónomas con los Estados árabes.

Después, justo cuando Oslo entró en vigor, las relaciones profundamente interdependientes se rompieron de manera abrupta. A diferencia de los trabajadores palestinos, cuya presencia en Israel había desafiado el proyecto sionista haciendo demandas al Estado de Israel para la restitución de las tierras robadas y la igualdad en derechos de ciudadanía, los cientos de miles de rusos que llegaron a Israel en esta coyuntura tuvieron el efecto contrario. Éstos reforzaron los objetivos sionistas al incrementar considerablemente la proporción de judíos respecto a los árabes, mientras que al mismo tiempo proporcionaban nueva mano de obra barata. De repente, Tel Aviv tenía el poder para empezar una nueva era en las relaciones palestinas. El 30 de marzo de 1993, Israel comenzó una nueva política de «cierre», sellando la frontera entre Israel y los territorios ocupados, a menudo durante días o semanas a la vez, impidiendo así que los

palestinos accediesen a sus puestos de trabajo o vendiesen sus mercancías. El cierre empezó como una medida temporal, aparentemente como una respuesta de emergencia a la amenaza del terrorismo. Pero rápidamente se convirtió en el nuevo *statu quo*, con territorios acordonados no sólo respecto a Israel sino entre ellos, vigilados por un sistema de puestos de control cada vez más minucioso y humillante.

El año 1993 había sido puesto como ejemplo del comienzo de una nueva era; en vez de esto, fue el año en que los territorios ocupados dejaron de ser ciudades abandonadas de los desfavorecidos del Estado de Israel para convertirse en sofocantes prisiones. En este mismo período, entre los años 1993 y 2000, los colonos israelíes que vivían en los territorios ocupados doblaron su número.<sup>17</sup> Lo que habían sido en muchos lugares avanzadillas de zafios colonos se transformaron en suntuosos y fortificados barrios residenciales con sus propias carreteras de acceso restringido claramente diseñadas para ser un anexo del Estado de Israel. Durante los años de Oslo, Israel también continuó exigiendo reservas de agua claves en Cisjordania, proveyendo a los asentamientos y desviando la escasa agua a Israel.

Los nuevos inmigrantes contribuyeron, algo poco estudiado, aquí también. Muchos residentes de la antigua Unión Soviética que llegaron a Israel sin dinero después de ver cómo los ahorros de toda una vida desaparecían en la terapia de *shock* de las devaluaciones fueron atraídos fácilmente por los territorios ocupados, donde las casas y los apartamentos eran mucho más baratos y (además) les ofrecían préstamos y bonificaciones. Algunos de los más ambiciosos asentamientos -como el de Ariel en Cisjordania, que ostenta una universidad, un hotel y un minicampo de golf- reclutaban de manera agresiva en la antigua Unión Soviética, enviaron a captadores y lanzaron sus sitios web en ruso. Ariel consiguió doblar su población gracias a esta propuesta, y hoy se distingue como un mini Moscú con carteles publicitarios en hebreo y ruso. La mitad de sus residentes son nuevos inmigrantes procedentes de la antigua Unión Soviética. La organización israelí Peace Now estima que alrededor de 25.000 ciudadanos israelíes que viven en asentamientos ilegales entran en esta categoría y también señala que muchos rusos se trasladaron «sin saber con claridad adonde estaban yendo».<sup>18</sup>

En Israel, los años posteriores a los Acuerdos de Oslo cumplieron su promesa de cambiar el conflicto por prosperidad de manera espectacular. A mediados y a finales de los años noventa, las compañías israelíes tomaron

por asalto la economía global, especialmente las compañías de alta tecnología especializadas en telecomunicaciones y tecnología web, con Tel Aviv y Haifa convirtiéndose en las avanzadillas de Silicon Valley en Oriente Medio. En la cumbre del auge de las empresas que tienen sus sedes en páginas web, el 15% del producto interior bruto de Israel provenía de la alta tecnología y casi la mitad de sus exportaciones. Esto hizo de la economía de Israel «la más dependiente de la tecnología del mundo», según *Business Week*, dos veces más dependiente que la de Estados Unidos.<sup>19</sup>

Una vez más, las nuevas llegadas de inmigrantes jugaron un rol decisivo en el *boom*. Entre los cientos de miles de soviéticos que llegaron a Israel en los años noventa, hubo más científicos altamente formados que los que había graduado el Instituto de Alta Tecnología de Israel en sus ochenta años de existencia. Estos eran muchos de los científicos que habían mantenido el nivel del lado soviético durante la Guerra Fría y, como afirmó un economista israelí, los rusos se convirtieron en «el propergol de la industria tecnológica de Israel». Shlomo Ben-Ami describe los años de después del apretón de manos en la Casa Blanca como «una de las más impresionantes eras de crecimiento económico y de apertura de mercados de la historia de Israel».<sup>20</sup>

La apertura de mercados prometía beneficios a ambos lados del conflicto pero, a excepción de la élite corrupta en torno a Arafat, los palestinos estuvieron notablemente ausentes del *boom* post-Oslo. El obstáculo más grande fue el cierre, una política que nunca se levantó en los catorce años desde que había sido impuesta por primera vez en 1993. Según la especialista en Oriente Medio de Harvard, Sara Roy, cuando las fronteras fueron abruptamente selladas en 1993, las consecuencias sobre la vida económica palestina fueron catastróficas. «El cierre había sido la característica más perjudicial de la economía durante el período de Oslo y, desde entonces, la medida que ha ocasionado el daño más grande a una economía ya en peligro», dijo en una entrevista.

Los trabajadores no podían trabajar, los comerciantes no podían vender sus mercancías y los granjeros no podían llegar a sus campos. En 1993 el producto nacional bruto per cápita en los territorios ocupados cayó en picado cerca de un 30%; al año siguiente, la pobreza entre los palestinos era de más de un 33%. En 1996, dijo Roy, que había documentado ampliamente el impacto económico del cierre, «el 66% de la población activa palestina estaba desempleada o severamente subempleada».<sup>21</sup> Lejos de una «paz de

los mercados», lo que Oslo significó para los palestinos fue mercados volatilizados, menos trabajo, menos libertad y, de manera crucial, según se extendían los asentamientos, menos tierra. Fue esta totalmente insostenible situación la que transformó los territorios ocupados en yesca que ardió en llamas cuando Ariel Sharon visitó el emplazamiento en Jerusalén llamado por los musulmanes al-Haram al Sharif (Monte del Templo, para los judíos) en septiembre de 2001, desencadenando la segunda Intifada.

En Israel y en la prensa internacional se sostiene, generalmente, que la razón por la que el proceso de paz se hundió fue porque la oferta que hizo Ehud Barak en Camp David en julio de 2000 era el mejor acuerdo que los palestinos iban a conseguir y Arafat dio la espalda a la generosidad israelí, mostrando, de esta manera, que nunca fue sincero en la búsqueda de la paz. Después de esta experiencia y la irrupción de la segunda Intifada, los israelíes perdieron la fe en la negociación, eligieron a Ariel Sharon y empezó la construcción de lo que ellos llamarían barrera de seguridad y los palestinos Muro del Apartheid: la cadena de muros de hormigón y verjas de acero que sobresalen de la frontera de la Línea Verde de 1967 adentrándose angustiosamente en territorio palestino e introduciendo enormes edificios de asentamientos del Estado israelí, de la misma manera que un 30% de los recursos del agua en algunas áreas.<sup>22</sup>

No hay ninguna duda de que Arafat quería un acuerdo mejor que los establecidos en Camp David o Taba en enero de 2001, pero estos acuerdos no fueron tampoco los premios que ellos habían entendido que serían. Aunque insistentemente presentada por los israelíes como una oferta incomparable de generosidad, Camp David apenas habría proporcionado reparación a los palestinos que habían sido forzados a abandonar su tierra y hogares cuando se creó el Estado de Israel en 1948, y estaba lejos de satisfacer los derechos mínimos para la autodeterminación palestina. En 2006, Shlomo Ben-Ami, que encabezaba las negociaciones por parte de Israel en Camp David y en Taba, rompió filas respecto a la línea del partido y admitió que «Camp David no era la oportunidad perdida para los palestinos» y que si él fuera palestino, «también habría rechazado los acuerdos de Camp David».<sup>23</sup>

Hubo otros factores que contribuyeron al abandono de Tel Aviv de las negociaciones serias en las conversaciones de paz después de 2001. Factores tan poderosos como la presunta intransigencia de Arafat o la



personal campaña de Sharon de crear un «gran Israel». Un Israel relacionado con el auge de la economía de alta tecnología de Israel. A principios de los años noventa, las élites económicas de Israel querían paz por prosperidad, pero el tipo de prosperidad que construyeron durante los años de Oslo estaba lejos de ser la paz que ellos habían originariamente supuesto. Cuando el nicho de Israel en la economía global resultó ser el de las tecnologías de la información, significó que la clave del crecimiento se basó en el envío de *software* y de chips informáticos a Los Angeles y Londres y no de buques de carga pesada a Beirut o Damasco. El éxito en el sector de la tecnología no precisaba que Israel tuviera relaciones con sus vecinos árabes o que pusiera fin a su ocupación de los territorios. El auge de la economía basada en la tecnología era, sin embargo, sólo la primera fase de la fatídica transformación económica de Israel. La segunda vino después de que la economía de las empresas con sede en Internet quebrasen en el año 2000 y las compañías principales de Israel necesitasen encontrar otro nicho en el mercado global.

Con la economía más dependiente de la tecnología del mundo, Israel fue golpeado de manera muy severa por el *crash* de las compañías de Internet más que en cualquier otro lugar. El país cayó en picado de manera inmediata y, en junio de 2001, los analistas predijeron que aproximadamente 300 compañías de alta tecnología israelíes entrarían en bancarrota con decenas de miles de despidos. El periódico de negocios de Tel Aviv, *Globes*, dijo en un titular que 2002 fue el «peor año para la economía israelí desde 1953».<sup>24</sup>

Esa particular razón de la recesión no era la peor, observó el periódico, sino que el gobierno israelí intervino rápidamente con un potente incremento del 10,7% en gasto militar, parcialmente financiado con recortes en los servicios sociales. El gobierno también fomentó la industria de la tecnología diversificándola, pasando de las tecnologías de la información y la comunicación a la seguridad y la vigilancia. En este período, las Fuerzas de Defensa israelíes desempeñaron un rol similar al de una «incubadora de negocios». Los jóvenes soldados israelíes experimentaron con sistemas de redes y dispositivos de vigilancia mientras cumplían el servicio militar obligatorio. Luego llevarían sus descubrimientos a planes de negocios cuando se incorporaron a la vida civil. Se lanzaron un montón de nuevas «puestas en marcha», especializadas en todo, desde la recopilación de datos y las cámaras de vigilancia, hasta perfiles terroristas.<sup>25</sup> Cuando el mercado

de estos servicios y dispositivos se abrió en los años posteriores al 11 de septiembre, el Estado israelí abrazó abiertamente una visión nueva de la economía nacional: el crecimiento proporcionado por la burbuja de las empresas de Internet sería reemplazado por el *boom* de la seguridad nacional. Se trataba de un matrimonio perfecto entre la agresividad del Partido del Likud y su radical abrazo a la economía de la Escuela de Chicago, que encarnarían el ministro de Economía del gobierno de Sharon, Benjamín Netanyahu, y el jefe del nuevo banco central de Israel, Stanley Fischer, «arquitecto jefe» de las aventuras de terapia de shock del FMI en Rusia y Asia.

Para 2003, Israel se había recuperado de manera impresionante y, ya en 2004, el país parecía haber logrado un milagro: después de su calamitosa quiebra, estaba funcionando mejor que casi cualquier economía de Occidente. Gran parte de su crecimiento se debía a la inteligencia de su posicionamiento como una especie de centro comercial de tecnologías de seguridad para consumo interno. Era el momento perfecto. Los gobiernos de todo el mundo estaban repentinamente desesperados por conseguir herramientas de caza a terroristas, también para el conocimiento del espionaje humano en el mundo árabe. Bajo el liderazgo del partido del Likud, el Estado israelí se presentó como el escaparate idóneo para la tecnología punta de la seguridad nacional de un Estado, aprovechándose de décadas de experiencia y habilidad en el enfrentamiento a las amenazas de árabes y musulmanes. El lanzamiento de Israel a Norteamérica y Europa fue sencillo: la guerra contra el terror en la que vosotros acabáis de embarcaros es por lo que nosotros hemos estado luchando desde nuestro nacimiento. Permitid que nuestras empresas de alta tecnología y compañías de espionaje privatizadas os muestren cómo se ha hecho.

De forma repentina, Israel se convirtió, en palabras de la revista *Forbes*, «en el país al que acudir por su tecnología contra el terrorismo».<sup>26</sup> Cada año desde 2002, Israel ha sido el anfitrión de al menos media docena de importantes conferencias de seguridad interna, para legisladores, jefes de policía, *sheriffs* y presidentes de corporaciones de todo el mundo, con su tamaño y oportunidades creciendo anualmente. Cuando el turismo tradicional sufrió los temores de seguridad, este tipo de turismo oficial contra el terror emergió parcialmente para llenar ese vacío.

Durante una reunión de ese tipo de turismo, en febrero de 2006, presentada como «*tour* entre bastidores de la lucha de Israel contra el

terrorismo», delegados del FBI, Microsoft y el Sistema de Transportes Público de Singapur, entre otros, viajaron a algunos de los destinos turísticos más populares de Israel: la Kneset, el Monte del Templo y el Muro de las Lamentaciones. En cada una de las localizaciones, los visitantes examinaron y admiraron los sistemas de seguridad tipo fortaleza para ver cuáles podrían aplicar en sus lugares de procedencia. En mayo de 2007, Israel recibió a directores de varios de los grandes aeropuertos de Estados Unidos quienes asistieron a talleres de trabajo del tipo de «retrato del pasajero agresivo» y rastreo utilizados en el aeropuerto internacional Ben Gurion, cercano a Tel Aviv. Steven Grossman, jefe de aviación del aeropuerto internacional de Oakland, California, explicó que él estaba allí porque «los israelíes son legendarios por su seguridad». Algunos de los eventos son macabros y teatrales. En la Conferencia Internacional de Seguridad Nacional de 2006, por ejemplo, el ejército israelí puso en escena una elaborada «simulación de un desastre con gran número de víctimas que empezó en la ciudad de Ness Ziona y concluyó en el hospital Asaf Harofeh», según los organizadores.<sup>27</sup>

No se trata de conferencias políticas sino de espectáculos comerciales altamente lucrativos diseñados para demostrar la destreza de las empresas de seguridad israelíes. Como resultado, las exportaciones de Israel de productos y servicios relacionados con el antiterrorismo se incrementaron un 15% en 2006 y se proyecta que crezcan hasta un 20% en 2007, sumando un total de 1.200 millones de dólares anualmente. Las exportaciones de defensa del país en 2006 alcanzaron el récord de 3.400 millones de dólares (en comparación con 1.600 millones de dólares en 1992), haciendo de Israel el cuarto comerciante de armas más grande del mundo, mayor que el Reino Unido. Israel tiene acciones en el sector de la tecnología en el Nasdaq - muchas de ellas relacionadas con la seguridad-, más que cualquier otro país del mundo y más patentes tecnológicas registradas en Estados Unidos que China e India juntas. Su sector tecnológico, en gran parte vinculado a la seguridad, supone más del 60% de todas las exportaciones.<sup>28</sup>

Len Rosen, un importante agente financiero israelí, dijo a la revista *Fortune*: «La seguridad es más importante que la paz». Durante el período de Oslo, «la gente buscaba la paz para proporcionar crecimiento. Ahora que están buscando la seguridad, la violencia no disminuye el crecimiento».<sup>29</sup> Podría haber ido mucho más lejos: el negocio de suministro de seguridad, en Israel y en todo el mundo, es directamente responsable de gran parte del

meteórico crecimiento económico de los años recientes. No es exagerado decir que la industria de la guerra contra el terror ha salvado a la vacilante economía de Israel mucho más que el complejo del capitalismo del desastre ha ayudado al rescate de las bolsas mundiales.

Éste es un pequeño ejemplo de los logros de la industria:

- Una llamada hecha al Departamento de Policía de Nueva York es grabada y analizada con la tecnología creada por Nice Systems, una compañía israelí. Nice también controla las comunicaciones de la policía de Los Angeles y de Time Warner, de la misma manera que proporciona cámaras de videovigilancia al aeropuerto internacional Ronald Reagan, entre docenas de clientes más importantes.<sup>30</sup>

- Imágenes capturadas del sistema metropolitano de Londres son grabadas en cámaras de videovigilancia Verint, pertenecientes al gigante de la tecnología israelí Comverse. Los equipos de vigilancia de Verint también son utilizados en el Departamento de Defensa de Estados Unidos, en el aeropuerto internacional Dulles de Washington, en el Capitolio y en el metro de Montreal. La compañía tiene clientes en el sector de la vigilancia en más de cincuenta países y también ayuda a gigantes corporativos como Home Depot y Target a controlar a sus trabajadores.<sup>31</sup>

- Empleados de las ciudades de Los Angeles y Columbus, Ohio, llevan «tarjetas inteligentes» electrónicas de identificación hechas por la compañía israelí SuperCom, algo de lo que se jacta el antiguo director de la CIA, James Woolsey, como presidente de su comité asesor. Un país no revelado de Europa ha colaborado con SuperCom en un programa de documentos de identificación nacional; otro ha encargado un programa piloto para un programa de «pasaportes biométricos», dos iniciativas muy polémicas.<sup>32</sup>

- Los cortafuegos en las redes de los ordenadores de algunas de las compañías de electricidad más grandes de Estados Unidos, fueron construidos por el gigante de la tecnología israelí Check Point. Las corporaciones decidieron mantener sus nombres en secreto. Según la compañía, «el 89% de las compañías en el *ranking* de Fortune 500 utilizan soluciones de seguridad Check Point».<sup>33</sup>

- En los preliminares de la Super Bowl 2007, todos los trabajadores del aeropuerto internacional de Miami recibieron formación para identificar «personas peligrosas y no sólo cosas peligrosas» utilizando un sistema psicológico llamado reconocimiento de pautas de comportamiento desarrollado por la compañía israelí New Age Security Systems. El

presidente de la compañía es el antiguo responsable de la seguridad del aeropuerto israelí Ben Gurion. Otros aeropuertos que han contratado a New Age, en años recientes, formación para sus trabajadores en retratos de pasajeros están en Boston, San Francisco, Glasgow, Atenas, Londres (Heathrow) y muchos otros lugares. Trabajadores portuarios en el conflicto en el que se haya sumido el delta del Níger recibieron formación de New Age, como los empleados del Ministerio de Justicia de los Países Bajos, guardias de la Estatua de la Libertad y agentes la Oficina Contra el Terrorismo del Departamento de Policía de Nueva York.<sup>34</sup>

- Cuando el rico vecindario de Audubon Place de Nueva Orleans decidió que necesitaba sus propias fuerzas policiales después del huracán Katrina, contrató seguridad privada a la empresa israelí Instinctive Shooting International.<sup>35</sup>

- Agentes de la Policía Montada del Canadá, la agencia de policía federal de Canadá, se han formado en International Security Instructors, una compañía ubicada en Virginia especializada en el entrenamiento de las fuerzas del orden y soldados. Publicita su «dura experiencia ganada en Israel», sus instructores son «veteranos de los destacamentos especiales de [...] las Fuerzas de Defensa de Israel, de unidades de la Policía Nacional Contra el Terrorismo y de los Servicios de Seguridad Nacional (GSS o «Shin Beit»). La lista de clientes de la compañía de élite incluye al FBI, al ejército de Estados Unidos, a los cuerpos de marines de Estados Unidos, al cuerpo de operaciones especiales de la Marina y el Servicio de Policía Metropolitano de Londres.<sup>36</sup>

- En abril de 2007, agentes especiales de inmigración del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos, que trabajaban en la frontera con México recibieron un curso intensivo de ocho días de formación por parte del Golan Group. El Golan Group fue fundado por ex oficiales de las Fuerzas Especiales israelíes y se jactaba de tener más de 3.500 empleados en siete países. «Esencialmente, nosotros ponemos el punto de vista israelí sobre la seguridad en nuestros procedimientos», explicó Thomas Pearson, jefe de operaciones de la compañía, respecto al curso de formación que cubría todo, desde el combate cuerpo a cuerpo a prácticas de tiro al blanco para «llegar a ser realmente proactivos con sus vehículos especiales». El Golan Group, ahora ubicado en Florida pero todavía comercializando su ventaja israelí, también produce equipos de rayos X, detectores de metales y rifles. Además de muchos gobiernos y

celebridades, entre sus clientes se encuentran ExxonMobil, Shell, Texaco, Levi's, Sony, Citigroup y Pizza Hut.<sup>37</sup>

- Cuando el Palacio de Buckingham necesitó un nuevo sistema de seguridad, éste escogió uno diseñado por Magal, una de las dos compañías que han estado más involucradas en la construcción de la «barrera de seguridad» israelí.<sup>38</sup>

- Cuando Boeing empieza a construir las planeadas «barreras virtuales» con un coste de 2.500 millones de dólares en las fronteras de Estados Unidos con México y Canadá -con sensores electrónicos, aeronaves no tripuladas, cámaras de videovigilancia y 118 torres-, uno de sus principales socios será Elbit, la otra empresa israelí que más se ha involucrado en la construcción del enormemente controvertido muro, que es «el mayor proyecto de construcción de la historia de Israel» y que ha costado 2.500 millones de dólares.<sup>39</sup>

Con cada vez más países transformándose en fortalezas (muros y verjas de alta tecnología se están levantando entre las fronteras de India y Cachemira, Arabia Saudí e Irak, Afganistán y Pakistán), las «barreras de seguridad» puede que sean el más grande de todos los desastres del mercado. Es por lo que a Elbit y Magal no les importa la implacable publicidad negativa que el muro de Israel atrae por todo el mundo y, de hecho, la consideran publicidad gratuita. «La gente cree que somos los únicos que tenemos experiencia en la puesta en prueba de estos equipos en la vida real», explicó el presidente de Magal, Jacob Even-Ezra.<sup>40</sup> Elbit y Magal han visto cómo el precio de sus acciones subía más del doble desde el 11 de septiembre, un rendimiento estándar para las acciones de seguridad de la patria israelí. Verint, apodado «el abuelito de la video-vigilancia espacial» y sin beneficios antes del 11 de septiembre, triplicó el precio por acción entre los años 2002 y 2006 gracias al *boom* de la vigilancia.<sup>41</sup>

El extraordinario rendimiento de las compañías israelíes de seguridad para la patria es bien conocido por los observadores de las bolsas pero raras veces es discutido como un factor en la política de la región. Y debería serlo. No es casual que la decisión del Estado israelí de colocar el «antiterrorismo» en el centro de su economía de exportación haya coincidido, precisamente, con el abandono de las conversaciones de paz, de la misma manera que es una clara estrategia para redefinir su conflicto con los palestinos no como una batalla contra el movimiento nacionalista con

objetivos específicos por la tierra y derechos, sino más bien como parte de la guerra contra el terror en el mundo, una en contra de las fuerzas fanáticas e ilógicas empeñadas sólo en la destrucción.

La economía no es de ninguna manera la principal impulsora de la escalada de la región desde 2001. Existe, por supuesto, exaltación de la violencia por ambas partes. En este contexto que se hace tan difícil para la paz, la economía ha sido, en ciertos aspectos, una fuerza contrapuesta a presionar a los reacios líderes políticos a las negociaciones, como fue a principios de los años noventa. Lo que ha conseguido el *boom* de la seguridad patria es redirigir tal presión, creando otro poderoso comprometido sector en la continuación de la violencia.

Como ha ocurrido en el caso de las fronteras previas de la Escuela de Chicago, la racha de crecimiento de Israel tras el 11 de septiembre se ha visto marcada por la rápida estratificación de la sociedad entre ricos y pobres dentro del Estado. El aumento de la seguridad se ha visto acompañado por una ola de privatizaciones y de recortes en los fondos de programas sociales que ha aniquilado prácticamente el legado del sionismo laborista y ha creado una ola de desigualdad como nunca antes los israelíes habían conocido. En 2007, el 24,4% de los israelíes vivían por debajo del umbral de la pobreza, con un 35,2% de niños pobres, frente a un 8% de niños en esa situación veinte años antes.<sup>42</sup> Aunque los beneficios del *boom* no han sido repartidos ampliamente, han sido tan lucrativos para un pequeño sector de los israelíes -particularmente para el poderoso segmento que está tan perfectamente integrado tanto en el gobierno como en el ejército, con todos los conocidos escándalos de corrupción corporativa- que un incentivo crucial para la paz ha sido eliminado.

El cambio en la dirección política en el sector de los negocios ha sido espectacular. La visión que cautiva la Bolsa de Tel Aviv hoy ya no es la de Israel como centro del comercio regional sino más bien la de una fortaleza futurista, capaz de sobrevivir incluso en un mar de decididos enemigos. El cambio de actitud fue, sobre todo, declarado en el verano de 2006, cuando el gobierno israelí convirtió lo que debería haber sido una negociación de intercambio de prisioneros en una guerra a gran escala. Las más grandes corporaciones de Israel no sólo apoyaron la guerra sino que la patrocinaron. El Banco Leumi, el nuevo megabanco privatizado, distribuyó pegatinas para el coche con eslóganes como «Seremos los vencedores» y «Somos fuertes», mientras el periodista y novelista Yitzhak Laor escribía en ese

momento: «La guerra en curso es la primera en convertirse en una oportunidad de marca para una de nuestras grandes compañías de telefonía móvil, que la está utilizando para llevar a cabo una enorme campaña promocional».<sup>43</sup>

Evidentemente, la industria israelí no tenía por qué temer más tiempo a la guerra. A diferencia de 1993, cuando el conflicto se veía como una barrera al crecimiento, la bolsa de valores de Tel Aviv subió en agosto de 2006, el mes de la devastadora guerra con el Líbano. Al final del último cuarto del año, que también había vivido un escalada sangrienta en Cisjordania y Gaza tras la elección de Hamás, la economía de Israel creció en su conjunto un asombroso 8%, más del triple de la tasa de crecimiento de la economía estadounidense en ese mismo período. La economía palestina, mientras tanto, decreció entre un 10% y un 15% en 2006, con tasas de pobreza que se acercaban al 70%.<sup>44</sup>

Un mes después de que la ONU declarase el alto el fuego entre Israel y Hezbolá, la bolsa de Nueva York fue la anfitriona de una conferencia especial sobre inversión en Israel. Asistieron más de doscientas empresas israelíes, muchas de ellas del sector de la seguridad de la patria. En ese momento, la actividad económica del Líbano estaba en la práctica paralizada y aproximadamente 140 fábricas -que fabricaban cualquier cosa, desde casas prefabricadas a productos médicos o leche- estaban siendo retiradas de los escombros después de ser atacadas por las bombas y misiles israelíes. Insensibles al impacto de la guerra, el mensaje de los reunidos en Nueva York fue optimista: «Israel está abierto a los negocios; siempre lo ha estado», declaró el embajador de Israel en Naciones Unidas, Dan Gillerman, dando la bienvenida a los delegados del evento.<sup>45</sup>

Sólo una década antes, este tipo de exuberancia de tiempo de guerra hubiera sido inimaginable. Fue Gillerman quien, como jefe de la Federación de Cámaras de Comercio Israelí, había exigido a Israel que aprovecharse la oportunidad histórica y que se convirtiese en «el Singapur de Oriente Medio». Ahora, era uno de los más enfervorecidos halcones pro guerra de Israel promoviendo una incluso más amplia escalada. Gillerman dijo en la CNN que «aunque pueda ser políticamente incorrecto, y quizá falso, decir que todos los musulmanes son terroristas, ocurre que es muy cierto que casi todos los terroristas son musulmanes. Así que ésta no es una guerra sólo de Israel. Es una guerra mundial».<sup>46</sup>



Esta receta de guerra mundial infinita es la misma que la administración Bush ofreció como un prospecto de negocios en el naciente complejo del capitalismo del desastre después del 11 de septiembre. No es una guerra que pueda ser ganada por un país porque no se trataba de ganar. La finalidad es crear «seguridad» dentro de los Estados fortaleza reforzados por conflictos infinitos de baja intensidad fuera de sus murallas. En cierto modo, es el mismo objetivo que tienen las compañías de seguridad privada en Irak: cerrar bien el perímetro y proteger la zona de seguridad. Bagdad, Nueva Orleans y Sandy Springs vislumbran un tipo de futuro cercado construido y dirigido por el complejo del capitalismo del desastre. En Israel, sin embargo, este proceso está más avanzado: un país entero se ha transformado en un comunidad fortificada rodeada por gente dejada fuera viviendo de manera permanente en zonas desprotegidas. Esto es lo que la sociedad parece cuando ha perdido su incentivo económico para la paz y se invierte en exceso en enfrentamiento y en la obtención de beneficios en una eterna y fracasada guerra contra el terror. Una parte se asemeja a Israel. La otra parte a Gaza.

El caso de Israel es extremo, pero el tipo de sociedad que está creando puede que no sea única. El complejo del capitalismo del desastre prospera en condiciones de un desgastado conflicto de baja intensidad. Éste parece ser el punto de llegada en todas las zonas del desastre, de Nueva Orleans a Irak. En abril de 2007, los soldados de Estados Unidos empezaron a implementar un plan para convertir varios de los volátiles barrios de Bagdad en «comunidades cercadas» rodeadas por puestos de control y muros de hormigón donde los iraquíes serían controlados con tecnología biométrica. «Seremos como los palestinos», predijo un residente de Adhamiya al ver cómo su barrio estaba siendo encerrado herméticamente por una barrera.<sup>47</sup> Después de que quedase claro que Bagdad nunca llegaría a ser Dubai y que Nueva Orleans no sería Disneylandia, el plan B se asienta en otra Colombia o Nigeria: guerra infinita, enfrentamiento en gran medida por soldados privados y paramilitares, con los ánimos apaciguados sólo lo justo para conseguir los recursos naturales de la tierra, ayudados a avanzar por mercenarios que vigilan los gaseoductos, plataformas y reservas de agua.

Se ha convertido en un lugar común comparar los guetos militarizados de Gaza y Cisjordania, con sus muros de hormigón, verjas electrificadas y puestos de control, con el sistema bantustán de Sudáfrica, que mantenía a

los negros en guetos donde se les requerían pases cuando querían salir. «Las leyes y prácticas de Israel en los territorios palestinos ocupados ciertamente tienen aspectos del *apartheid*», dijo John Dugard, el abogado sudafricano enviado especial sobre los derechos humanos en los territorios palestinos para la ONU en febrero de 2007,<sup>48</sup> Las similitudes son importantes, pero existen diferencias también. Los bantustanes sudafricanos eran, esencialmente, campos de trabajo, una manera de mantener a los trabajadores sudafricanos bajo rigurosa vigilancia y control para que trabajaran por muy poco dinero en las minas. Lo que Israel ha construido es un sistema diseñado para hacer lo contrario: impedir a los trabajadores que trabajen, con una red de campos de retención para millones de personas que han sido catalogadas como excedente de la humanidad.

Los palestinos no son los únicos así catalogados en el mundo: millones de rusos también se han convertido en un excedente en su propio país, por lo que muchos huyen de sus hogares con la esperanza de encontrar un trabajo y una vida digna en Israel. Aunque los bantustanes originales han sido desmantelados en Sudáfrica, el único de los cuatro pueblos que vive en chabolas de barrios bajos de rápida expansión es también un excedente en la nueva Sudáfrica neoliberal.<sup>49</sup> Este deshacerse de entre el 25% y el 60% de la población ha sido el sello de la cruzada de la Escuela de Chicago desde que los «pueblos de la miseria» empezaron a crecer rápidamente en el Cono Sur en los años setenta. En Sudáfrica, Rusia y Nueva Orleans, los ricos construyen muros a su alrededor. Israel ha llevado este proceso un paso más lejos: construye muros alrededor de los peligrosos pobres.

# Conclusión: EL SHOCK SE GASTA

## El auge de la reconstrucción popular

*Quiero decirlos, mis hermanos indios reunidos aquí en Bolivia, que la campaña de resistencia de quinientos años no ha sido en vano. Esta lucha democrática y cultural es parte de la lucha de nuestros antepasados, es la continuación de la lucha de Tupac Katari [líder indígena anticolonial], es la continuación de la lucha del Che Guevara.*

Evo Morales, después de jurar el cargo como presidente de Bolivia, 22 de enero de 2006 <sup>1</sup>

*La gente es quien más sabe. Conocen cada esquina y detalle de su comunidad mejor que nadie. También conocen sus puntos débiles.*

PICHIT RATAKUL, director ejecutivo del Centro Asiático de Preparación contra Desastres, 30 de octubre de 2006 <sup>2</sup>

*La gente del barrio construyó la ciudad dos veces: durante el día construimos las casas de los ricos. Por la noche y durante los fines de semana, con solidaridad, construimos nuestras propias casas, nuestro barrio.*

Andrés Antillano, residente de Caracas, 15 de abril de 2004 <sup>3</sup>

Cuando murió Milton Friedman, en noviembre de 2006, muchas de las necrológicas estaban imbuidas del miedo de que su muerte significase el fin de una era. En el *National Post*, de Canadá, Terence Corcoran, uno de los discípulos más devotos de Friedman, se preguntó si el movimiento global que el economista había iniciado podría continuar. «Friedman era el último gran león de la economía del libre mercado y su muerte deja un vacío. [...] Hoy no hay nadie vivo que llegue a su altura. ¿Sobrevivirán a largo plazo los principios por los que Friedman luchó y que él mismo articuló sin una nueva generación de firme, carismático y capaz liderazgo intelectual? Es difícil decirlo».<sup>4</sup>

La sombría perspectiva esbozada por Corcoran ni siquiera empezaba a explicar la situación de desorganización en la que la cruzada por el capitalismo sin barreras se encontró ese noviembre. Los herederos intelectuales de Friedman en Estados Unidos, los *neocons* que impulsaron el complejo del capitalismo del desastre, estaban en el momento más bajo

de su historia. El punto culminante del movimiento había sido el conseguir una mayoría republicana en el Congreso de Estados Unidos en 1994, pero justo nueve días antes de la muerte de Friedman habían vuelto a perder esa mayoría a manos de los demócratas. Los tres temas claves que llevaron a la derrota republicana en las elecciones de mitad de mandato de 2006 fueron la corrupción política, la mala gestión de la guerra de Irak y la percepción, que articuló mejor que nadie Jim Webb, victorioso candidato demócrata al Senado de Estados Unidos, de que el país había derivado «hacia un sistema basado en la clase social como no se ha visto otro semejante desde el siglo XIX».<sup>5</sup> En cada caso, el credo fundamental de las teorías económicas de la Escuela de Chicago -privatización, desregulación y recortes en los servicios que presta el gobierno- puso los cimientos de las rupturas.

En 1976, Orlando Letelier, una de las primeras víctimas de la contrarrevolución, insistió en que la tremenda desigualdad que los de Chicago habían causado en Chile no era «una desventaja de la economía, sino un éxito político temporal». Para Letelier era obvio que las reglas de «libre mercado» de la dictadura estaban logrando exactamente lo que pretendían: no creaban una economía perfecta y armoniosa, sino que convertían a los que ya eran ricos en superricos y a la clase trabajadora organizada en pobres de usar y tirar. Estas pautas de estratificación se han repetido en todos los lugares en que la ideología de la Escuela de Chicago ha triunfado. En China, a pesar de su asombroso crecimiento económico, la brecha entre los ingresos de los que viven en las ciudades y los ochocientos millones de pobres que viven en el campo se ha doblado durante los últimos veinte años. En Argentina, donde en 1970 el 10% más rico de la población ganaba 12 veces más que el 10% más pobre, los ricos ganaban en 2002 43 veces más. El «éxito político» de Chile ha sido verdaderamente globalizado. En diciembre de 2006, un mes después de la muerte de Friedman, un estudio de Naciones Unidas descubrió que «el 2% de los adultos más ricos del mundo reúnen más de la mitad de la riqueza de todos los hogares del mundo». El cambio ha sido más claro en Estados Unidos, donde en 1980 los CEO ganaban 43 veces más que el trabajador medio, momento en que Reagan inauguró la cruzada friedmanista. En 2005 los CEO ganaban 411 veces más que el trabajador medio. Para esos directivos, la contrarrevolución que empezó en el sótano del edificio de Ciencias Sociales en la década de 1950 ha sido un éxito absoluto, pero el precio de esa victoria ha sido una pérdida de fe generalizada en la promesa central del

libre mercado: que el aumento de riqueza revertirá en todos. Como Webb dijo durante la campaña de las elecciones de mitad de mandato, «la economía de cascada no funcionó».<sup>6</sup>

El acaparamiento de tanta riqueza por una reducida minoría de la población mundial no fue un proceso pacífico, como hemos visto, ni, en muchas ocasiones, se hizo de forma legal. Corcoran acertó al cuestionar el calibre del liderazgo del movimiento, pero el problema no consistía simplemente en la ausencia de personajes de la talla de Friedman. El problema era que muchos de los hombres que habían estado en las trincheras del frente del impulso internacional para liberar los mercados de toda restricción estaban en ese momento sumidos en una asombrosa serie de escándalos y procesos penales que abarcaban desde los primeros laboratorios en Latinoamérica hasta el más reciente en Irak. En sus treinta y cinco años de historia, el programa de la Escuela de Chicago ha prosperado a través de la estrecha cooperación de poderosos empresarios, cruzados ideológicos y líderes políticos autoritarios. En 2006 muchas figuras clave de cada uno de estos tres campos estaban o bien en la cárcel o bien siendo juzgadas.

Augusto Pinochet, el primer líder en poner en práctica el tratamiento de choque de Friedman, vivía bajo arresto domiciliario (a pesar de que murió antes de que se le pudiera juzgar por las acusaciones de corrupción o asesinato). El día después de que muriese Friedman la policía uruguaya acudió a arrestar a Juan María Bordaberry por cargos relacionados con la muerte de cuatro destacadas figuras de la izquierda en 1976. Bordaberry dirigió Uruguay durante el brutal período en el que país se echó en brazos de la política económica de la Escuela de Chicago, con colegas y estudiantes de Friedman asesorando en puestos de responsabilidad. En Argentina, los tribunales habían anulado la inmunidad de los líderes de la Junta, enviando al ex presidente Jorge Videla y al almirante Emilio Massera a la cárcel de por vida. Domingo Cavallo, que había dirigido el Banco Central durante la dictadura y que había continuado el amplio programa de tratamiento de choque durante la democracia, fue también condenado por «fraude en la administración pública». Un acuerdo sobre la deuda que Cavallo cerró con los bancos extranjeros en 2001 costó al país decenas de miles de millones de dólares y el juez, que congeló diez millones de dólares de activos personales de Cavallo, afirmó que la administración había

actuado siendo «absolutamente consciente» del perjudicial resultado de aquel trato.<sup>7</sup>

En Bolivia, el ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, en cuya sala de estar se había diseñado la «bomba atómica» económica, tenía pendiente una orden de busca y captura por varios cargos relacionados con el asesinato a tiros de manifestantes y con los contratos que había firmado con empresas de gas extranjeras, acuerdos que, presuntamente, violaban las leyes bolivianas.<sup>8</sup> En Rusia, no sólo se ha condenado a los de Harvard por fraude sino que muchos de los oligarcas rusos, los empresarios con muchos contactos que ganaron miles de millones de la noche a la mañana gracias a las privatizaciones que el equipo de Harvard había ayudado a diseñar, estaban en la cárcel o en el exilio. Mijaíl Jodorkovski, ex director del gigante petrolero Yukos, cumplía una sentencia de ocho años en una cárcel siberiana. Su colega y principal accionista, Leonid Nevzlin, estaba exiliado en Israel, igual que otro de sus colegas oligarcas, Vladimir Gusinski, mientras que el infame Boris Berezovski se había mudado a Londres sin poder regresar a Moscú por temor a ser arrestado por fraude. Todos estos hombres, sin embargo, niegan haber hecho nada ilegal.<sup>9</sup> Conrad Black, que con su cadena de periódicos era el amplificador ideológico más potente del friedmanismo en Canadá, se enfrentaba a acusaciones en Estados Unidos que decían que había estafado a los accionistas de Hollinger International, utilizando a la empresa, según la fiscalía, como si fuera «el banco de Conrad Black». También en Estados Unidos, Ken Lay, de Enron -el ejemplo más claro de las desastrosas consecuencias de la liberalización de la energía- murió en julio de 2006, después de haber sido condenado por conspiración y estafa. Y Grover Norquist, el prominente friedmanita miembro de *think tanks* que había puesto los pelos de punta a los progresistas al declarar «Yo no quiero abolir el gobierno. Sólo quiero reducirlo hasta un tamaño con el que pueda arrastrarlo hasta el lavabo y ahogarlo en la bañera», estaba metido hasta el cuello en el escándalo de tráfico de influencias en torno al cabildero de Washington Jack Abramoff, aunque no se han presentado cargos contra él.<sup>10</sup>

A pesar de que todos, desde Pinochet a Cavallo pasando por Berezovski y Black, han intentado retratarse como víctimas de una persecución política sin fundamento, esta lista, que no es ni mucho menos exhaustiva, representa un giro radical del mito de la creación neoliberal. La cruzada económica consiguió aferrarse a una capa de respetabilidad y

legalidad conforme progresó. Ahora esa capa estaba siendo levantada de forma muy pública, revelando debajo un sistema de enormes diferencias de riqueza que a menudo se habían forzado con la ayuda de medios groseramente criminales.

Aparte de los problemas legales, otras nubes ensombrecían el horizonte. Los efectos de los *shocks* que habían sido tan importantes para crear la ilusión de un consenso ideológico estaban empezando a desgastarse. Rodolfo Walsh, otra de las primeras víctimas, había contemplado la creciente influencia de la Escuela de Chicago en Argentina como un contratiempo, no como una derrota definitiva. Las tácticas terroristas de la Junta habían conmocionado al país, pero Walsh sabía que la conmoción, por su propia naturaleza, es un estado transitorio. Antes de que le ametrallaran en las calles de Buenos Aires, Walsh estimó que pasarían unos veinte o treinta años antes de que los efectos del terror cedieran y los argentinos recuperasen el equilibrio, el valor y la confianza, y estuvieran dispuestos de nuevo a luchar por la igualdad económica y social. Fue en 2001, veinticuatro años después, cuando Argentina estalló en protestas contra las medidas de austeridad prescritas por el FMI y luego procedió a echar a cinco presidentes en sólo tres semanas.

Yo vivía entonces en Buenos Aires. La gente exclamaba: «¡La dictadura ha terminado!». En aquellos momentos no entendí lo que significaba tanta alegría, pues la dictadura había acabado hacía diecisiete años. Ahora creo que sí lo entiendo: el estado de *shock* había pasado por fin, justo como Walsh había previsto.

En los años transcurridos desde entonces, esa resistencia consciente al *shock* se ha extendido a otros antiguos laboratorios, como Chile, Bolivia, China o el Líbano. Y conforme la gente se desprende del miedo colectivo que les fue instilado con tanques y picanas, con súbitas fugas de capitales y recortes brutales de servicios, son muchos los que exigen más democracia y más control sobre los mercados. Estas exigencias representan la mayor amenaza de todas las que se ciernen sobre el legado de Friedman, porque niegan su tesis más importante: que el capitalismo y la libertad forman parte del mismo e indivisible proyecto.

La administración Bush está tan decidida a perpetuar esa falsa unión que, en 2002, la incluyó en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. «Las grandes luchas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo acabaron con una victoria decisiva de las fuerzas de la libertad, un sólo

modelo sostenible para el éxito de una nación: libertad, democracia y libre empresa.»<sup>11</sup> Esta afirmación, apoyada con toda la fuerza del arsenal del ejército de Estados Unidos, no bastó para contener la marea de ciudadanos que utilizaron sus diversas libertades para rechazar la ortodoxia del libre mercado, incluso en los propios Estados Unidos. Como rezaba un titular del *Miami Herald* después de las elecciones de mitad de mandato de 2006, «gran victoria demócrata al oponerse a los acuerdos de libre comercio». Una encuesta del *New York Times/CBS* unos pocos meses después descubrió que el 64% de los ciudadanos estadounidenses creían que el gobierno debía garantizar asistencia sanitaria a toda la población y «mostraban una marcada disposición [...] a aceptar sobrellevar cargas» para conseguir ese objetivo, entre ellas pagar hasta 500 dólares más al año en impuestos.<sup>12</sup>

A nivel internacional, los enemigos más acérrimos de la economía liberal ganan elección tras elección. El presidente venezolano Hugo Chávez, con un programa de «socialismo del siglo XXI», fue reelegido en 2006 para un tercer mandato con el 63% de los votos. A pesar de los intentos de la administración Bush de caracterizar Venezuela como una pseudodemocracia, una encuesta de ese mismo año mostró que el 57% de los venezolanos estaban satisfechos con el estado de su democracia, la tasa de aprobación más alta de todo el continente después de la de Uruguay, donde la coalición de izquierdas Frente Amplio fue la ganadora de las elecciones y donde una serie de referendos bloquearon grandes privatizaciones.<sup>13</sup> En otras palabras, en los dos Estados latinoamericanos donde los resultados electorales supusieron un desafío real al Consenso de Washington, los ciudadanos han renovado su fe en el poder de la democracia de mejorar sus vidas. En marcado contraste con este entusiasmo, en países donde las políticas económicas no han cambiado a pesar de las promesas hechas durante las campañas, las encuestas muestran de manera consistente una erosión de la fe en la democracia, que se refleja en unos niveles de abstención cada vez más altos, en un profundo cinismo hacia los políticos y en el auge del fundamentalismo religioso.

Más enfrentamientos entre la libertad de los mercados y la de las personas tuvieron lugar en Europa en 2005, cuando la Constitución Europea fue rechazada en dos referendos nacionales. En Francia el documento se vio como la codificación del orden corporativista. Fue la primera vez que se pidió a los ciudadanos que opinaran directamente si las reglas del libre mercado debían regir en Europa y aprovecharon la oportunidad para decir



que no. Tal y como lo expresó la escritora y activista Susan George, que reside en París, «la gente no sabía que Europa estaba toda encapsulada, toda escrita en un solo documento. [...] Una vez empiezas a citarlo y la gente descubre lo que de verdad dice y se da cuenta de que va tener la fuerza de una constitución y que no podrá ser revisado ni enmendado, se llevaron un susto de muerte».<sup>14</sup>

El rechazo frontal de lo que los franceses llaman «capitalismo salvaje» toma diversas formas, algunas reaccionarias y racistas. En Estados Unidos la ira ante la reducción de la clase media ha sido redirigida con facilidad hacia peticiones de vallas fronterizas, con Lou Dobbs, de CNN, encabezando una campaña nocturna contra la «invasión de extranjeros ilegales» que planteaban una «guerra contra la clase media estadounidense» robando trabajos, aumentando el crimen y trayendo «enfermedades muy contagiosas».<sup>15</sup> (Esta búsqueda de cabezas de turco provocó las mayores manifestaciones a favor de los derechos de los inmigrantes de toda la historia de Estados Unidos, con más de un millón de personas participando en una serie de marchas en 2006, otra señal de que las víctimas de los *shocks* económicos han perdido el miedo.)

En Holanda, el referéndum de 2005 sobre la Constitución Europea fue secuestrado de forma similar por los partidos antiinmigración, que lo convirtieron en una votación menos contra el orden empresarial que contra el espectro de obreros polacos que inundaba Europa occidental y hacía que se hundieran los salarios. Muchos de los votantes de los referendos francés y holandés estaban motivados por el «miedo al fontanero polaco», o, en palabras de Pascal Lamy, ex comisario de la Unión Europea, por la «fontanerofobia».<sup>16</sup>

En Polonia, mientras tanto, la reacción contra las políticas que habían empobrecido a tantos en los años noventa desencadenó toda una serie de preocupantes fobias. Cuando Solidaridad traicionó a los trabajadores que habían construido el movimiento, muchos polacos volvieron su atención hacia organizaciones nuevas, llevando al final al poder al partido ultraconservador Ley y Justicia. Hoy gobierna Polonia el presidente Lech Kaczynski, un activista de Solidaridad desafecto que, cuando fue alcalde de Varsovia, forjó su reputación prohibiendo la manifestación del orgullo gay y participando en un acto de «orgullo de la gente normal». \*

Kaczynski y su hermano gemelo, Jaroslaw (hoy primer ministro) ganaron las elecciones de 2005 con un programa cuya retórica se basaba en

atacar las políticas de la Escuela de Chicago. Sus principales oponentes proponían acabar con el sistema de pensiones público e introducir un tipo impositivo general del 15% para todo el mundo, las dos cosas sacadas directamente del manual de Friedman. Los gemelos apuntaron que esas políticas eran un robo a los pobres y enriquecerían sólo a algunos grandes empresarios y políticos aviesos. Cuando el partido de Ley y Justicia llegó al poder, sin embargo, cambió de objetivos y atacó a enemigos más fáciles: gays, judíos, feministas, extranjeros y comunistas. Como un editor de periódicos polaco dijo, «su proyecto es decididamente una acusación contra los últimos diecisiete años».<sup>17</sup>

En Rusia muchos consideran la era de Putin como una reacción similar contra la era de las terapias de *shock*. Con decenas de millones de ciudadanos empobrecidos todavía excluidos de los beneficios del rápido crecimiento económico, a los políticos les resulta sencillo provocar la ira de la opinión pública contra los hechos de principios de los años noventa, que frecuentemente se presentan como una conspiración internacional diseñada para hacer hincar la rodilla al imperio soviético y para poner a Rusia «bajo control extranjero».<sup>18</sup> Aunque las acciones legales de Putin contra varios oligarcas han sido en su mayor parte simbólicas -hay una nueva casta de «oligarcas estatales» creciendo alrededor del Kremlin-, el recuerdo del caos de los años noventa ha hecho que muchos rusos estén agradecidos a Putin por restaurar el orden, a pesar de que un número cada vez mayor de periodistas y otros críticos mueren en circunstancias misteriosas y de que la policía secreta disfruta de lo que parece total impunidad.

Con el socialismo todavía muy asociado con las décadas de brutalidades cometidas en su nombre, la ira pública tiene pocas vías de escape que no pasen por el nacionalismo y el profascismo. Los incidentes de violencia étnica suben un 30% cada año y en 2006 se denunciaban casi a diario. El eslogan «Rusia para los rusos» tiene el apoyo de casi el 60% de la población.<sup>19</sup> «Las autoridades son plenamente conscientes de que su política social y económica no está consiguiendo ofrecer condiciones de vida aceptables a la mayoría de la población», dijo Yuri Vdovin, un activista antifascista. Y, sin embargo, «todo los fracasos en ese sentido son supuestamente debidos a la presencia de otras personas cuya religión, color de piel o herencia étnica no es la correcta».<sup>20</sup>

Es una amarga ironía que cuando se recetó la terapia de *shock* para Rusia y Europa oriental sus dolorosos efectos se justificaran como la única

forma de evitar que se repitieran las condiciones que en la Alemania de Weimar habían servido de caldo de cultivo para el surgimiento del nazismo. La exclusión despreocupada de decenas de millones de personas producto de las políticas de los ideólogos del libre mercado ha llevado a una situación explosiva atterradoramente similar: una población orgullosa que se siente humillada por fuerzas extranjeras y que busca recuperar el orgullo nacional cargando contra los colectivos más débiles que hay en su seno.

En América Latina, el primer laboratorio de la Escuela de Chicago, la reacción ha tomado una forma mucho más esperanzadora. No está dirigida contra los débiles o vulnerables sino que apunta directamente contra la ideología que es la base de la exclusión económica. Y a diferencia de la situación en Rusia y en Europa oriental, existe un irreprimible entusiasmo por probar ideas que fueron subvertidas en el pasado.

A pesar de la afirmación de la administración Bush de que el siglo XX terminó con una «victoria decisiva» del libre mercado sobre toda forma de socialismo, muchos países latinoamericanos comprenden perfectamente bien que lo que había fallado en Europa oriental y partes de Asia era el comunismo dictatorial. El socialismo democrático, entendiendo como tal no sólo los partidos socialistas que alcanzaban el poder a través de elecciones libres sino también las empresas y tierras dirigidas de forma democrática, había funcionado en muchas regiones, desde Escandinavia hasta la pujante e histórica economía de cooperativas de la región de Emilia-Romagna en Italia. Lo que Allende trató de llevar a Chile entre 1970 y 1973 fue una versión de esta combinación de democracia y socialismo. Gorbachov tenía un enfoque similar, aunque menos radical, para convertir a la Unión Soviética en un «faro del socialismo» en las líneas del modelo escandinavo. El Freedom Charter de Sudáfrica, el sueño que impulsó la larga lucha por la liberación, fue otra versión de esta misma tercera vía: no comunismo de Estado, sino mercados que coexistían con la nacionalización de bancos y minas, utilizando el dinero que éstos daban para construir barrios residenciales dignos y buenas escuelas. Era una democracia tanto económica como política. Los trabajadores que fundaron Solidaridad en 1980 se comprometieron no a luchar contra el socialismo, sino por el socialismo, para que los trabajadores al final obtuvieran el derecho a dirigir tanto su país como sus lugares de trabajo de forma democrática.

El sucio secreto de la era neoliberal es que estas ideas jamás fueron derrotadas en el campo de batalla de las ideas ni tampoco fueron abandonadas por los ciudadanos en las elecciones. Fueron expulsadas a base de *shocks* aplicados en momentos políticos clave. Cuando la resistencia fue numantina, fueron derrotadas mediante el uso de la violencia: aplastadas por los tanques de Pinochet, Yeltsin y Deng Xiaoping. En otras ocasiones simplemente fueron traicionadas a través de lo que John Williamson denominó la «política vudú»: como hizo el presidente boliviano Víctor Paz Estenssoro con el equipo secreto de economistas al que recurrió después de las elecciones (y el secuestro generalizado de líderes sindicalistas); el abandono en reuniones a puerta cerrada del Freedom Charter a favor del plan económico secreto de Thabo Mbeki; o los exhaustos afiliados de Solidaridad rindiéndose ante la terapia de *shocks* económicos después de las elecciones a cambio de una vía de salida. Precisamente porque el sueño de igualdad económica es muy popular y, por tanto, muy difícil de derrotar en una lucha justa, es por lo que se adoptó en un principio la doctrina del *shock*.

Washington siempre ha considerado que el socialismo democrático es una amenaza mucho mayor que el comunismo totalitario, al que era sencillo demonizar y caracterizar como el gran enemigo. En los años sesenta y setenta la táctica preferida para lidiar con la inoportuna popularidad del desarrollismo y el socialismo democrático fue tratar de equipararlos con el estalinismo, desdibujando deliberadamente las clarísimas diferencias entre la forma de ver el mundo de ambas tendencias (hoy se utiliza una táctica similar al equiparar todo tipo de oposición con el terrorismo). Un ejemplo diáfano de esta estrategia se encuentra en los primeros días de la cruzada de Chicago, enterrado en la información desclasificada sobre Chile. A pesar de la campaña de propaganda financiada por la CIA para pintar a Allende como un dictador al estilo soviético, lo que de verdad preocupaba a Washington sobre la victoria de Allende en las elecciones lo expuso Henry Kissinger en un memorando a Nixon: «El ejemplo de un gobierno marxista democráticamente elegido y que consigue éxitos en Chile con toda certeza tendrá un gran impacto -y servirá de precedente- sobre otras partes del mundo, especialmente en Italia; la expansión por imitación de fenómenos similares por todo el mundo afectará significativamente al equilibrio mundial y a nuestra propia posición en él».<sup>21</sup> En otras palabras, había que eliminar a Allende antes de que se propagara su tercera vía democrática.

El sueño que él representaba nunca fue derrotado. Fue, como dijo Walsh, temporalmente silenciado, obligado a esconderse bajo tierra por miedo. Por eso ahora, cuando América Latina emerge de sus décadas de *shocks*, las viejas ideas vuelven a salir a la superficie, junto con la «expansión por imitación» que tanto temía Kissinger. Desde la crisis argentina de 2001, la oposición a la privatización se ha convertido en el tema más definitorio de la política del continente, la cuestión capaz de formar o deshacer gobiernos; a finales de 2006 prácticamente se estaba produciendo un efecto dominó. Luiz Inácio Lula da Silva fue reelegido como presidente de Brasil en buena medida porque convirtió las elecciones en un referéndum sobre privatizaciones. Su oponente, del partido responsable de la mayoría de las ventas de empresas públicas en la década de los noventa, recurrió a aparecer en público como una especie de conductor socialista de Fórmula 1, llevando una chaqueta y una gorra cubierta con los logos de las compañías públicas que todavía no se habían vendido. No convenció a los votantes y Lula se llevó el 61% de los votos, a pesar de toda la desilusión generada por los escándalos de corrupción que asediaban a su gobierno. Poco después, en Nicaragua, Daniel Ortega, ex dirigente de los sandinistas, hizo de los frecuentes apagones del país el centro de su victoriosa campaña electoral; la venta de la compañía eléctrica nacional a la empresa española Unión Fenosa después del huracán Mitch, dijo, era la causa del problema. «¡Ustedes, hermanos, están sufriendo los efectos de esos apagones cada día!», bramaba. «¿Quién trajo a Unión Fenosa a este país? La trajo el gobierno de los ricos, aquellos que están al servicio del capitalismo bárbaro».<sup>22</sup>

En noviembre de 2006, las elecciones presidenciales de Ecuador se convirtieron en un campo de batalla ideológico similar. Rafael Correa, un economista de izquierdas de cuarenta y tres años, ganó en las urnas a Alvaro Noboa, un magnate de la banana y uno de los hombres más ricos del país. Con «We're Not Going to Take It», de Twisted Sister, como canción oficial de la campaña, Correa pidió al país que «superara todas las falacias del neoliberalismo». Cuando ganó, el nuevo presidente de Ecuador declaró que «no era fan de Milton Friedman».<sup>23</sup> Para entonces, el presidente boliviano Evo Morales se acercaba al final de su primer año en el cargo. Después de enviar al ejército a apoderarse de los yacimientos de gas de los «saqueadores» multinacionales, pasó a nacionalizar parte del sector minero. En ese mismo período en México, los resultados de las elecciones de 2006,

marcadas por el fraude, eran impugnados con la creación sin precedentes de un «gobierno paralelo» del pueblo, con votaciones celebradas en las calles y en la plaza frente a la sede del gobierno en Ciudad de México. En el Estado mexicano de Oaxaca, el gobierno de derechas envió a la policía antidisturbios a reventar una huelga de profesores que exigían un aumento de sueldo anual. La represión provocó una revuelta en todo el Estado contra la corrupción del Estado corporativista que tardó meses en sofocarse.

Chile y Argentina están dirigidos por políticos que se definen a sí mismos como contrarios a los experimentos hechos en sus países por la Escuela de Chicago, a pesar de que sigue siendo objeto de intenso debate hasta qué punto son capaces de ofrecer una alternativa auténtica. Simbólicamente, sin embargo, se trata de una victoria. Varios de los miembros del gobierno del presidente argentino, Néstor Kirchner, incluido el propio Kirchner, fueron encarcelados durante la dictadura. El 24 de marzo de 2006, trigésimo aniversario del golpe de 1976, Kirchner se dirigió a los manifestantes en la Plaza de Mayo, donde las madres de los desaparecidos se reunían en sus vigiliadas semanales. «Hemos vuelto», les dijo, refiriéndose a la generación que había sido aterrorizada en los años setenta. En la gran multitud, dijo, estaban «los rostros de los treinta mil compañeros desaparecidos que hoy vuelven a esta plaza».<sup>24</sup> La presidenta chilena, Michelle Bachelet, fue una de las miles de víctimas del reinado del terror de Pinochet. En 1975 ella y su madre fueron encarceladas y torturadas en Villa Grimaldi, conocida por sus cubículos de aislamiento de madera, tan pequeños que los prisioneros tenían que estar en cuclillas. Su padre, un oficial del ejército, se negó a participar en el golpe y fue asesinado por los hombres de Pinochet.

En diciembre de 2006, un mes después de la muerte de Friedman, los líderes de América Latina se reunieron en una cumbre histórica en Bolivia, celebrada en la ciudad de Cochabamba, donde un alzamiento popular contra la privatización del agua había obligado a Bechtel a abandonar el país hacía ya algunos años. Morales empezó el acto con una promesa de cerrar «las venas abiertas de América Latina».<sup>25</sup> Era una referencia al libro *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, una narración lírica del violento saqueo que había convertido a un continente rico en uno pobre. El libro fue publicado en 1971, dos años antes de que Allende fuera derrocado por tratar de cerrar esas venas abiertas nacionalizando las minas de cobre de su país. Ese acontecimiento dio paso a una nueva era de feroz saqueo,

durante la cual las infraestructuras construidas por los movimientos desarrollistas del continente fueron saqueadas, desmanteladas y vendidas.

Los latinoamericanos de hoy están retomando el proyecto que fue brutalmente interrumpido hace tantos años. Muchas de las políticas que plantean nos resultan familiares: nacionalización de sectores clave de la economía, reforma agraria, grandes inversiones en educación, alfabetización y sanidad. No son ideas revolucionarias, pero en su visión sin complejos de un gobierno que quiere ayudar a alcanzar la igualdad son ciertamente una refutación de la afirmación que Friedman hizo en 1975 a Pinochet respecto a que «el principal error, en mi opinión, fue [...] creer que era posible hacer el bien con el dinero de otros».

Aunque beben claramente de una larga historia de militancia, los movimientos contemporáneos de América Latina no son réplicas idénticas de sus predecesores. De todas las diferencias, la más sorprendente es la aguda consciencia de que es necesario protegerse de los *shocks* del pasado: los golpes, los terapeutas del *shock* extranjeros, los torturadores formados en Estados Unidos, así como también del *shock* de las deudas y de las devaluaciones de los años ochenta y noventa. Los movimientos populares de América Latina, que han posibilitado la serie de victorias electorales de los candidatos de izquierdas, están aprendiendo a construir amortiguadores para los *shocks* en los modelos de organización que proponen. Son, por ejemplo, mucho menos centralistas que en la década de 1970, lo que hace más difícil desmovilizar todo un movimiento eliminando a unos pocos líderes. A pesar del sobrecogedor culto a la personalidad que rodea a Chávez y de sus intentos de centralizar el poder a nivel del Estado, las redes progresistas en Venezuela están a la vez muy descentralizadas, con el poder residente en las comunidades mediante miles de consejos de barrio y cooperativas. En Bolivia, los movimientos indígenas que llevaron a Morales a la presidencia funcionan de forma similar y han dejado muy claro que Morales no cuenta con su apoyo incondicional: los barrios le apoyarán mientras se mantenga fiel al mandato democrático que le han concedido, y ni un minuto más. Este enfoque de red es lo que permitió a Chávez sobrevivir al intento de golpe de Estado de 2002: cuando su revolución se vio amenazada, sus seguidores bajaron en masa de los barrios pobres que rodean Caracas para exigir su vuelta al poder, un tipo de movilización popular que no sucedió durante los golpes de los años setenta.

Los líderes latinoamericanos también están tomando medidas muy audaces para impedir golpes de Estado apoyados por Estados Unidos que trataran de arrebatárles lo que habían ganado en las urnas. Los gobiernos de Venezuela, Costa Rica, Argentina y Uruguay han anunciado conjuntamente que dejarán de enviar estudiantes a la Escuela de las Américas (ahora llamada Instituto para la Seguridad y la Cooperación del Hemisferio Occidental), el infame centro de entrenamiento policial y militar en Fort Benning, Georgia, donde muchos de los más notorios asesinos del continente aprendieron lo último en técnicas «antiterroristas» y acto seguido las aplicaron contra granjeros en El Salvador y obreros de las fábricas de automoción en Argentina.<sup>26</sup> Bolivia quiere cortar sus lazos con la escuela, igual que Ecuador. Chávez ha hecho público que si una facción de derechas de la provincia boliviana de Santa Cruz lleva a cabo sus amenazas contra el gobierno de Evo Morales, tropas venezolanas ayudarán a defender la democracia boliviana. Rafael Correa está dispuesto a dar el paso más radical de todos. La ciudad portuaria ecuatoriana de Manta es sede de la mayor base militar estadounidense en toda Sudamérica, que sirve como una escala para la «guerra contra las drogas» que se libra principalmente en Colombia. El gobierno de Correa ha anunciado que cuando el acuerdo que permitió la instalación de la base expire en 2009, no será renovado. «Ecuador es una nación soberana», declaró la ministra de Asuntos Exteriores, María Fernanda Espinosa. «No necesitamos tropas extranjeras en nuestro país.»<sup>27</sup> Si el ejército de Estados Unidos no cuenta con bases ni programas de entrenamiento, su capacidad para infligir *shocks* se verá seriamente mermada.

Los nuevos líderes de América Latina están también mejorando la preparación de sus países para el tipo de *shocks* que proceden de la volatilidad del mercado. Una de las fuerzas más desestabilizadoras de las últimas décadas ha sido la rapidez con la que el capital puede hacer las maletas y marcharse, o cómo un súbito descenso en el precio de los productos del campo puede devastar a todo el sector agrario. Pero en buena parte de América Latina estos *shocks* ya se han producido, dejando tras de sí barrios industriales desiertos y grandes franjas de tierras de cultivo abandonadas. Así pues, la labor de la nueva izquierda de la región consiste en tomar los detritos de la globalización y hacer que vuelvan a funcionar. En Brasil, el fenómeno se observa con claridad en el millón y medio de granjeros del Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST), que



han formado cientos de cooperativas para reivindicar tierras no utilizadas. En Argentina, el fenómeno tiene su principal exponente en el movimiento de las «empresas recuperadas», doscientos negocios en bancarrota que han sido resucitados por sus trabajadores, que los han convertido en cooperativas dirigidas democráticamente. En las cooperativas no existe el temor de enfrentarse a un *shock* por la repentina huida de los inversores extranjeros, porque los inversores hace tiempo que se marcharon. En cierta forma, estos experimentos de recuperación son una operación de reconstrucción tras el desastre, una reconstrucción después del desastre a cámara lenta que supuso el neoliberalismo. En agudo contraste con el modelo que ofrece el complejo del capitalismo del desastre en Irak, Afganistán y la Costa del Golfo, los líderes de los proyectos de reconstrucción latinoamericanos son las mismas personas afectadas por la devastación. Y, sorprendentemente, sus soluciones espontáneas se parecen mucho a la tercera vía real que había sido quitada de en medio a base de *shocks* por la campaña de la Escuela de Chicago en todo el mundo: se trata de una democracia de la vida diaria.

En Venezuela, Chávez ha hecho de las cooperativas una prioridad política de primer orden, dándoles derecho a optar primero a los contratos del gobierno y ofreciéndoles incentivos económicos para que comercien entre ellas. Hacia 2006 había unas cien mil cooperativas en el país que daban trabajo a más de setecientos mil trabajadores.<sup>28</sup> Muchas son parte de la infraestructura estatal -peajes, mantenimiento de autopistas, clínicas- que han sido entregadas a las comunidades para que las dirijan. Es la lógica opuesta a la privatización de los servicios del gobierno. En lugar de subastar fragmentos del Estado entre las grandes empresas y perder el control democrático sobre ellas, la gente que usa los recursos recibe también el poder para gestionarlos, creando, al menos en teoría, tanto puestos de trabajo como servicios públicos más eficientes. Los muchos críticos de Chávez se burlan de estas iniciativas y las consideran subsidios injustos, por supuesto. Sin embargo, en una época en que Halliburton lleva seis años tratando al gobierno de Estados Unidos como si fuera su cajero automático personal, con retiradas de fondos de hasta 20.000 millones de dólares sólo en contratos para Irak, rechaza contratar a trabajadores locales tanto en la Costa del Golfo como en Irak y luego expresa su gratitud a los contribuyentes de Estados Unidos trasladando su sede corporativa a Dubai (con todos los beneficios impositivos y legales que ello comporta), los

subsidios directos de Chávez a la gente corriente parecen algo significativamente menos radical.

La protección más importante con la que se ha dotado América Latina en previsión de futuros *shocks* (y, por tanto, para protegerse también de la doctrina del *shock*) fluye de la emergente independencia del continente respecto a las instituciones financieras de Washington como consecuencia de una integración mucho mayor entre los gobiernos regionales. La Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) es la respuesta del continente al Área de Libre Comercio de las Américas, el sueño corporativista hoy enterrado de crear una zona de libre comercio que abarcase desde Alaska a Tierra del Fuego. Aunque ALBA está todavía en sus primeras fases, Emir Sader, sociólogo residente en Brasil, describe lo que promete como «un ejemplo perfecto de auténtico comercio justo: cada país aporta lo que puede producir con mayor facilidad y a cambio recibe lo que más necesita, independientemente de los precios de mercado globales».<sup>29</sup> Así pues, Bolivia aporta gas a precios estables y reducidos; Venezuela ofrece petróleo a muy bajo precio a países más pobres y comparte su experiencia en crear reservas; y Cuba envía miles de doctores para que ofrezcan sanidad gratuita por todo el continente y forma a estudiantes de otros países en sus facultades de Medicina. Es un modelo muy distinto del tipo de intercambio académico que empezó en la Universidad de Chicago a mediados de los años cincuenta, cuando se enseñó a estudiantes latinoamericanos una única e inflexible ideología y luego se les devolvió a casa para que la impusieran de forma uniforme en todo el continente. El principal beneficio es que ALBA es esencialmente un sistema basado en el trueque, en el que los países deciden por sí mismos lo que vale un determinado servicio o bien, en lugar de dejar que sean otros en Nueva York, Chicago o Londres los que fijen el precio por ellos. Eso hace que el comercio sea mucho menos vulnerable al tipo de fluctuaciones repentinas de precios que han devastado las economías latinoamericanas en los últimos años. Rodeada por turbulentas aguas financieras, Latinoamérica está creando una zona de relativa calma y predecibilidad económica, un logro que se creía imposible en la era de la globalización.

Cuando un país se enfrenta a un problema económico, esta mayor integración implica que no es necesario que recurra al FMI o al Tesoro de Estados Unidos para que paguen sus deudas. Es una suerte, porque la

Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de 2006 deja muy claro que, para Washington, la doctrina del *shock* sigue muy viva: «Si se produce una crisis, la respuesta del FMI debe reforzar el hecho de que cada país es responsable de sus elecciones económicas», afirma el documento. «Un FMI con un nuevo enfoque reforzará las instituciones y la disciplina del mercado en lo relativo a las decisiones económicas.» Este tipo de «disciplina de mercado» sólo puede aplicarse si los gobiernos van a Washington a pedir ayuda. Como Stanley Fischer explicó durante la crisis financiera asiática, el FMI sólo puede ayudar si se le pide ayuda, «pero cuando [un país] se queda sin dinero, no tiene muchos lugares a los que acudir».<sup>30</sup> Ya no es así. Gracias al alto precio del petróleo, Venezuela se ha convertido en uno de los principales prestamistas de otros países en desarrollo, permitiéndoles evitar pasar por Washington.

Los resultados han sido espectaculares. Brasil, que durante tanto tiempo ha vivido sometido a Washington debido a su enorme deuda, se niega a cerrar ningún nuevo acuerdo con el FMI. Nicaragua está negociando su salida del Fondo, Venezuela se ha retirado tanto del FMI como del Banco Mundial e incluso Argentina, el antiguo «estudiante modelo» de Washington, forma parte de esta tendencia. En su discurso sobre el estado de la nación de 2007, el presidente Néstor Kirchner dijo que los acreedores extranjeros del país le habían dicho: «"Deben cerrar un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional para poder pagar la deuda." Nosotros les decimos: "Señores, somos soberanos. Queremos pagar nuestra deuda, pero de ningún maldito modo vamos a firmar un nuevo acuerdo con el FMI"». Como resultado, el FMI, cuyo poder fue supremo en las décadas de los ochenta y noventa, ha perdido su influencia en el continente. En 2005 América Latina representaba el 80% del total de préstamos del FMI; en 2007 el continente representaba sólo el 1%: un cambio dramático en sólo dos años. «Hay vida después del FMI», declaró Kirchner, «y es una buena vida».<sup>31</sup>

La transformación va más allá de América Latina. En sólo tres años, los préstamos del FMI en todo el mundo se han reducido de 81.000 millones de dólares a sólo 11.800 millones, con casi la totalidad de esa cifra prestada a Turquía. El FMI, un paria en tantos países en los que ha tratado las crisis como si fueran oportunidades de hacer negocio, está empezando a marchitarse. El Banco Mundial se enfrenta a un futuro igualmente sombrío. En abril de 2007, el presidente de Ecuador, Rafael Correa, reveló que había

suspendido todos los créditos del banco y declarado al representante de la institución en Ecuador *persona-non grata*, un paso extraordinario. Dos años antes, explicó Correa, el Banco Mundial había utilizado un crédito de cien millones de dólares para matar un proyecto de ley que hubiera redistribuido los beneficios del petróleo entre los más pobres del país. «Ecuador es una nación soberana y no toleraremos la extorsión de esta burocracia internacional», dijo. Al mismo tiempo, Evo Morales anunció que Bolivia abandonaría el tribunal de arbitraje del Banco Mundial, el estamento que permite a las empresas multinacionales demandar a los gobiernos por medidas que les hacen perder beneficios. «Ni los gobiernos de América Latina, ni creo que tampoco los del mundo, ganan jamás esos juicios. Siempre ganan las multinacionales», dijo Morales. Cuando se obligó a Paul Wolfowitz a presentar la dimisión como presidente del Banco Mundial en mayo de 2007, quedó claro que la institución necesitaba tomar medidas desesperadas para recuperarse de su grave crisis de credibilidad. En pleno *affair* Wolfowitz, el *Financial Times* informó de que cuando los directivos del Banco Mundial ofrecían consejo a los países en vías de desarrollo, estos países «se reían de ellos».<sup>32</sup> Añádase el fracaso de las conversaciones de la Organización Mundial del Comercio en 2006 (que provocaron afirmaciones de que «la globalización ha muerto»), y es obvio que las tres principales instituciones que han impuesto la ideología de la Escuela de Chicago bajo el disfraz de la inevitabilidad económica están en peligro de extinción.

Es lógico que la revuelta contra el neoliberalismo se encuentre en sus fases más avanzadas en Latinoamérica. Puesto que fueron los primeros en someterse al primer *shock* de laboratorio económico y político, los latinoamericanos han tenido más tiempo para recuperarse y reorganizarse. Los años de protestas en las calles han dado luz a nuevas agrupaciones políticas, y finalmente han logrado reforzarse, no para tomar el poder, sino para empezar a cambiar las estructuras de poder del Estado. Hay indicios de que otras zonas de laboratorios de *shock* también están en el mismo camino. En Sudáfrica, en 2005 y 2006 las bolsas de pobreza situadas en los alrededores de las ciudades, que habían sido descuidados durante largo tiempo por parte del gobierno, se organizaron para retirar su apoyo al Congreso Nacional Africano y empezaron a protestar por las promesas incumplidas del Freedom Charter. Los periodistas extranjeros comentaron que no habían visto una agitación similar desde que la gente de los pueblos se rebeló contra el *apartheid*. El cambio de orientación más notable se está

produciendo en China. Durante muchos años, el terror brutal surgido tras la masacre de la plaza de Tiananmen logró reprimir la ira popular frente a la erosión de los derechos de los trabajadores y la creciente pobreza del interior rural. Ya no es así. Según fuentes gubernamentales oficiales, en 2005 se produjeron 87.000 manifestaciones de importancia en China, una cifra sobrecogedora, en las que participaron más de cuatro millones de trabajadores y campesinos.<sup>\*33</sup>

La oleada de activismo chino ha recibido una respuesta represiva brutal del Estado, la peor desde 1989, pero también ha obtenido algunas victorias concretas: un incremento de inversiones estatales en las áreas rurales, una mejora de la red sanitaria, la promesa de eliminar los gastos de escolarización. China también emerge de su estado de *shock*.

Cualquier estrategia basada en la explotación de la ventana de oportunidad que surge a raíz de un *shock* traumático descansa en gran medida en el elemento sorpresa. Un estado de *shock*, por definición, es un momento en el que se produce una pausa entre acontecimientos que se están sucediendo a gran velocidad y la información existente acerca de ellos. El desaparecido teórico francés Jean Baudrillard describió los actos terroristas como un «exceso de realidad»; en ese sentido, en Norteamérica, los atentados del 11 de septiembre fueron al principio un acontecimiento en estado puro, realidad rabiosa, aún no procesada por la historia, la narrativa o cualquier cosa que pueda recortar la distancia entre realidad y entendimiento.<sup>54</sup> Sin una historia, somos intensamente vulnerables frente a aquellos dispuestos a aprovecharse del caos para su propio beneficio; muchos de nosotros fuimos vulnerables después de aquel 11 de septiembre. Tan pronto como disponemos de una nueva historia, una nueva forma de entender la realidad, que nos ofrece una perspectiva acerca de esos brutales acontecimientos, recuperamos nuestro sentido de la orientación y el mundo vuelve a ser comprensible.

Los interrogadores que se obstinan por inducir un estado de *shock* y regresión en sus detenidos conocen bien este proceso. Por esa razón los manuales de la CIA destacan la importancia de separar a los prisioneros de todo elemento que les permita construir una narrativa nueva: información sensorial, datos temporales, otros prisioneros, incluso comunicación con sus guardas. «Los detenidos deben ser aislados inmediatamente», afirma el manual de 1983. «El aislamiento, tanto físico como psicológico, debe

instaurarse desde el mismo instante de la detención.»<sup>35</sup> Los interrogadores saben que los prisioneros hablan. Se advierten entre sí sobre lo que va a sucederles; se pasan notas entre las rejas de la prisión. Una vez logran comunicarse, los guardianes pierden su ventaja. Aún conservan el poder de causar daño corporal, pero han perdido la herramienta psicológica más efectiva de la que disponen para manipular y quebrar la voluntad de sus detenidos: la confusión, la desorientación y la sorpresa. Sin estos elementos, no existe el *shock*.

Lo mismo vale para los grupos sociales más numerosos. Una vez se descubren y se entienden los mecanismos de la doctrina del *shock*, profunda y colectivamente, es más difícil atacar por sorpresa a las comunidades como un todo, resulta más complicado confundirlas: se vuelven resistentes al *shock*. La variante intensamente violenta del capitalismo del desastre que se ha enraizado en nuestras vidas desde el 11 de septiembre surgió en parte porque los *shocks* de menor grado, como las crisis de endeudamiento, las caídas de divisas, o la amenaza de quedarse atrás en el camino «de la historia», habían perdido gran parte de su efecto, sobre todo debido a su excesiva utilización. Y sin embargo hoy en día, incluso los *shocks* cataclísmicos causados por las guerras o los desastres naturales no conllevan siempre el nivel de desorientación necesario para imponer medidas no deseadas de *shock* económico. Ya se sabe cómo funcionan: los prisioneros han hablado entre rejas, se han pasado notas. El elemento esencial de la sorpresa ya no existe.

Un ejemplo notable es la reacción de millones de libaneses a los intentos de los inversores internacionales de imponer «reformas» de libre mercado como condición previa a las ayudas para la reconstrucción tras los ataques israelíes en 2006. Sobre el papel, el plan debía funcionar: el país estaba desesperado y necesitaba dinero. Aún antes de la guerra, el Líbano poseía uno de los niveles de endeudamiento más altos del mundo, y las nuevas pérdidas a causa de la destrucción de carreteras, puentes y aeropuertos ascendían a unos nueve mil millones de dólares. De modo que cuando los delegados de unas treinta potencias económicas se reunieron en París en enero de 2007 para recaudar unos 7.600 millones de dólares en préstamos y avances, asumieron con toda naturalidad que el gobierno del Líbano aceptaría cuantas condiciones llegaran con el paquete de ayudas. Eran las habituales: privatización del sector eléctrico y de comunicaciones, incrementos de precios en combustibles, recortes en los servicios públicos y

el aumento de un impuesto ya de por sí polémico sobre el valor añadido. Kamal Hamdan, economista libanés, estimó que en consecuencia «las facturas de cada hogar se incrementarían en un 15% a causa del aumento de impuestos y el ajuste de precios». Una penalización clásica de la paz. En cuanto a las tareas de reconstrucción propiamente dichas, por supuesto los trabajos serían para los gigantes del capitalismo del desastre, que no tenían ninguna intención de subcontratar a trabajadores locales.<sup>36</sup>

Al preguntársele a la secretaria de Estado del gobierno norteamericano si estas detalladas condiciones no constituían una interferencia extranjera en los asuntos del Líbano, Condoleezza Rice afirmó que «el Líbano es una democracia. Dicho esto, también está llevando a cabo una serie de importantes reformas económicas que son esenciales para que todo funcione». Fouad Siniora, el primer ministro del Líbano, con fuerte apoyo occidental, aceptó sin problemas las condiciones, encogiéndose de hombros y declarando que «el Líbano no se ha inventado la privatización». Para demostrar sin fisuras su voluntad de cooperar, contrató al gigante de la seguridad privada Booz Alien Hamilton, relacionado con Bush, para encargarse de la privatización de telecomunicaciones del país.<sup>37</sup>

Sin embargo, muchos ciudadanos libaneses no estaban tan bien dispuestos. A pesar de que sus hogares aún estaban en ruinas, muchos se lanzaron a una huelga general, organizada por una coalición de sindicatos y partidos políticos, incluido el islamista Hezbolá. Los manifestantes afirmaban que si los fondos de ayuda para la reconstrucción estaban condicionados a un aumento del coste de la vida para un pueblo ahogado por la guerra y la miseria, no merecía el nombre de ayuda. Así que mientras Siniora tranquilizaba a los donantes en París, las huelgas y los bloqueos en las carreteras detuvieron la marcha del país: la primera revuelta nacional que se enfrentaba concretamente contra las medidas del capitalismo del desastre. Los trabajadores también hicieron una sentada, que duró dos meses, convirtiendo el centro de Beirut en un cruce entre un campamento y un carnaval callejero. La mayoría de los periodistas caracterizaron las manifestaciones como una muestra de la fuerza de Hezbolá, pero Mohamad Bazzi, el corresponsal para Oriente Medio de *Newsday*, dijo que esta interpretación de los acontecimientos no recogía su verdadera importancia. «La principal motivación de los que acampan en el centro no está en Irán o en Siria; no se trata de suníes contra chiíes. Es la desigualdad económica

que ha azotado a la población de chiíes libaneses durante décadas. Es una revolución de los pobres y la clase trabajadora». <sup>38</sup>

La localización geográfica de la sentada ofrecía la explicación más elocuente sobre la reticencia del Líbano a las medidas del *shock* económico. La protesta se concentraba en la parte del centro de Beirut que sus habitantes conocen como Solidere, en referencia a la promotora urbanística que desarrolla, construye y posee casi todas las viviendas y edificios dentro de sus confines. Solidere es el resultado del último esfuerzo de reconstrucción que el Líbano ha vivido. A principios de los años noventa, después de una guerra civil que duró más de quince años, el país estaba destrozado y las arcas del Estado vacías, sin financiación para reconstruir los barrios derruidos. El empresario y multimillonario (y más tarde, primer ministro) Rafiq Hariri propuso una solución: si le entregaban el control de las tierras del centro de la ciudad, él y su nueva promotora urbanística, Solidere, la convertirían en «el Singapur de Oriente Medio». Hariri, que falleció en un atentado con coche bomba en febrero de 2005, arrasó casi todas las estructuras existentes, e hizo de la ciudad una tabla rasa. Las marinas, los lujosos apartamentos (algunos con ascensores para limusinas) y los deslumbrantes centros comerciales sustituyeron a los antiguos *souks* del barrio viejo. <sup>39</sup> Casi todo lo que hoy ocupa el distrito financiero - edificios, plazas, fuerzas de seguridad- es propiedad de Solidere.

Para el mundo exterior, Solidere era el orgulloso símbolo del renacimiento del Líbano de la posguerra, pero para sus habitantes siempre había sido algo más parecido a una holografía. Lejos del centro ultramoderno, la mayor parte de Beirut carece de infraestructuras básicas, desde electricidad hasta vías públicas, y los agujeros de bala de la guerra civil siguen incrustados en las fachadas de muchos edificios, aún sin reconstruir. En esas barriadas abandonadas que rodean el brillante centro de la ciudad, Hezbolá supo construir su base de leales seguidores, ofreciéndoles seguridad y protección: así se convirtió en el tan denostado «Estado dentro del Estado». Cuando los residentes de los suburbios destrozados se aventuraban hasta el enclave de Solidere, a menudo los guardias privados de seguridad de Hariri les expulsaban del centro. Su presencia espantaba a los turistas.

Raida Hatoum, una activista en pro de la justicia social en Beirut, me dijo que cuando Solidere empezó su tarea de reconstrucción, «la gente estaba feliz porque la guerra había terminado y las calles estaban en obras.



Para cuando nos dimos cuenta de que además las habían vendido, de que ya no nos pertenecían, era demasiado tarde. No sabíamos que el dinero era un préstamo, y que tendríamos que devolverlo». Ese brutal despertar, al descubrir que los desfavorecidos de la ciudad tenían que pagar la factura de una reconstrucción de la que sólo unos pocos (la élite que vive en el centro de Solidere) se habían beneficiado, ha sido la mejor escuela para los ciudadanos libaneses: son expertos en la mecánica del capitalismo del desastre. Esa experiencia previa contribuyó a mantener al país entero centrado y organizado después de la guerra del 2006. Al optar por la burbuja de Solidere como el lugar de sus sentadas y manifestaciones, con refugiados palestinos acampados frente a las macrotiendas Virgin o en las cafeterías de lujo («Si me comiera un sandwich ahí, me quedaría sin dinero durante una semana», señaló un manifestante), el pueblo enviaba un mensaje claro y distinto. No querían otra reconstrucción al estilo Solidere, con centros de lujo y suburbios degradados, con zonas verdes protegidas por guardas y zonas de combate donde todo vale, sino una reconstrucción para todo el país. «¿Cómo podemos aceptar un gobierno que nos roba?», preguntó uno de los participantes de la manifestación. «¿Un gobierno responsable de un centro para turistas y que acumula una deuda inmensa? ¿Quién pagará la factura? Yo tendré que hacerlo, y mi hijo después de mí.»<sup>40</sup>

La resistencia al *shock* del Líbano fue más allá de la protesta. También se expresó mediante un esfuerzo de reconstrucción paralela de gran alcance. A los pocos días del alto el fuego, los comités vecinales de Hezbolá habían visitado un gran número de viviendas afectadas por los ataques aéreos, habían evaluado los daños y ya entregaban cantidades en efectivo (hasta 12.000 dólares por familia) para que la gente pudiera hacer frente a los pagos de alquiler y mobiliario de un año lejos de su hogar. Como los periodistas independientes Ana Nogueira y Saseen Kawzally observaron desde Beirut, «es seis veces más de lo que los supervivientes del Katrina recibieron de la FEMA». Y en unas declaraciones televisadas que hubieran sonado a música celestial para los afectados por las inundaciones de Nueva Orleans, el líder de Hezbolá Hasan Nasralá afirmó que «nadie tendrá que pedir favores, ni hacer colas en ninguna parte». La versión de Hezbolá de la ayuda humanitaria no iba filtrada por el gobierno ni por las ONG extranjeras. No iba destinada a la construcción de hoteles de cinco estrellas, como en Kabul, ni a piscinas olímpicas para los estamentos policiales,

como en Irak. En lugar de eso, Hezbolá hizo lo que Renuka, la superviviente del *tsunami* de Sri Lanka, pedía para su familia: poner la ayuda en sus manos. Hezbolá también incluyó a los miembros de la comunidad en el proceso de reconstrucción. Contrató a grupos de trabajadores locales (a cambio de los escombros de metal que recogían), movilizó a 1.500 ingenieros y organizó equipos de voluntarios. Después de una semana de que cayera la última bomba, gracias a la coordinación local, el proceso de reconstrucción iba viento en popa.<sup>41</sup>

En la prensa estadounidense, estas iniciativas fueron recibidas casi unánimemente como clientelismo o sobornos, un intento de Hezbolá de comprar el apoyo popular, después de haber sido el responsable de provocar el ataque que tanto había costado al país (David Frum incluso llegó a sugerir que los billetes que Hezbolá entregaba eran falsificaciones).<sup>42</sup> No hay duda de que Hezbolá no sólo se dedica a la caridad, sino también a la política, y que la financiación iraní contribuyó a que Hezbolá pudiera reaccionar tan rápidamente. Tan importante como su eficiencia, no obstante, fue el carácter local de Hezbolá, en tanto que organización indígena, surgida desde la propia red de barrios en reconstrucción. A diferencia de las agencias de reconstrucción extranjeras que imponen sus programas desde burocracias lejanas vía gestión importada, seguridad privada y un ejército de traductores, Hezbolá actuó rápidamente porque conocía las claves de negociación local. Dicho de otro modo, los atajos que lograrían terminar la tarea. Si los habitantes del Líbano estaban agradecidos por los resultados, también se debía a que conocían la alternativa: Solidere.

No siempre reaccionamos a los *shocks* con regresión. A veces, frente a una crisis, crecemos. Y lo hacemos rápidamente. Este impulso fue arrollador- y evidente en España, el 11 de marzo de 2004, cuando diez bombas destrozaron trenes y estaciones en Madrid, matando a casi doscientas personas. El entonces presidente José María Aznar apareció en televisión inmediatamente, culpando de los atentados a los separatistas vascos, y pidió a los españoles que le dieran su apoyo para la guerra en Irak. «No hay negociación posible con estos asesinos que tantas veces han sembrado la muerte por toda la geografía de España. Que nadie se llame a engaño: sólo con firmeza podremos lograr que acaben los atentados».<sup>43</sup>

Los ciudadanos españoles reaccionaron mal ante dicho discurso. «Aún oímos los ecos de Franco», dice José Antonio Martínez Soler, un destacado

periodista madrileño que había sufrido la persecución política durante la dictadura franquista. «En cada acto, en cada gesto, en cada frase, Aznar le dijo a la gente que él tenía razón, que él era el poseedor de la verdad y que todos aquellos que estaban en desacuerdo con él eran sus enemigos.»<sup>44</sup> En otras palabras, precisamente las mismas cualidades que los estadounidenses identificaron como rasgos propios de un «líder fuerte» en su presidente tras el 11 de septiembre, en España se leyeron en cambio como ominosas señales de un fascismo en auge. Faltaban tres días para las elecciones generales, y los votantes expulsaron a Aznar del gobierno, pues aún recordaban el tiempo en que el miedo gobernaba la política. Escogieron un partido que prometió retirar las tropas de Irak. Al igual que en el Líbano, la memoria colectiva del pasado, de los *shocks* de antaño, permitieron a España resistir frente a los nuevos.

Todos los terapeutas del *shock* se esmeran por borrar la memoria. Ewen Cameron estaba convencido de que debía destruir las mentes de sus pacientes antes de reconstruirlas. Los ocupantes estadounidenses de Irak no sintieron ninguna necesidad de detener los saqueos de los museos y bibliotecas de Irak, pensando que haría su trabajo mucho más fácil. Pero igual que la antigua paciente de Cameron, Gail Kastner, con su intrincada arquitectura de notas, papeles, libros y listas, los recuerdos pueden recuperarse; es posible crear nuevas narrativas. La memoria, individual y colectiva, es la respuesta más potente frente al *shock*.

A pesar de los exitosos intentos de explotar el *tsunami* de 2004, la memoria también demostró ser una herramienta eficaz de resistencia en algunas áreas, particularmente en Tailandia. Docenas de pequeños pueblos costeros fueron arrasados por las olas, pero a diferencia de Sri Lanka, muchos de los hogares tailandeses se repararon y reconstruyeron al cabo de unos meses. La diferencia no sólo estribaba en el gobierno. Los políticos de Tailandia estaban tanto o más dispuestos a utilizar la excusa de la tormenta para expulsar a los pescadores y abrir las puertas a los especuladores urbanísticos y sus hoteles de gran lujo. Sin embargo, los habitantes de los pueblos recibieron con escepticismo las promesas de los funcionarios del gobierno y se negaron a trasladarse pacíficamente a los campamentos de refugiados para dejar paso al plan de reconstrucción oficial. En lugar de eso, a lo largo de varias semanas, cientos de lugareños se dedicaron a «reinvasión» sus tierras. Cruzaban las filas de seguridad privada contratada

por los promotores urbanísticos, armados con herramientas, y ponían cruces allá donde se habían erigido sus casas. En algunos casos, empezaron la reconstrucción inmediatamente. «Estoy dispuesta a jugarme la vida por esta tierra, porque es nuestra», dijo Ratre Kongwatmai, que perdió a la mayor parte de su familia en la tragedia.<sup>45</sup>

Las reinvasiones más valientes las llevaron a cabo los pueblos de pescadores indígenas de Tailandia llamados los moken, o «gitanos del mar». Después de siglos de abandono, los moken no se hicieron ninguna ilusión: el gobierno no iba a darles un buen pedazo de tierra a cambio de las propiedades costeras que se habían perdido. De modo que, en uno de los casos más espectaculares, los habitantes del pueblo de Ban Tung Wah en la provincia de Phang Nga «se reunieron y volvieron a sus hogares, donde rodearon los restos de su pueblo destrozado con una cuerda, en un gesto simbólico para marcar sus propiedades», explicaba un informante de una ONG tailandesa. «Con toda la comunidad acampada alrededor de la zona, las autoridades no podían expulsarlos a todos, especialmente debido a la gran presencia mediática en la provincia, destinada a cubrir el esfuerzo de reconstrucción tras el *tsunami*.» Al final, los habitantes negociaron un trato con el gobierno. Abandonarían parte de su derecho a la costa a cambio de seguridad legal respecto al resto de sus propiedades ancestrales. Hoy, el pueblo reconstruido es un refugio de cultura moken, y cuenta con un museo, un centro comunitario, una escuela y un mercado. «Ahora, los funcionarios del subdistrito vienen a Ban Tung Wah para aprender cómo funciona "la rehabilitación del *tsunami* gestionada por el pueblo" mientras los investigadores y los estudiantes viajan hasta aquí para estudiar la "sabiduría de los pueblos indígenas"». <sup>46</sup>

Por toda la costa tailandesa afectada por el *tsunami*, este tipo de reconstrucción de acción directa es la norma. La clave del éxito, afirman los líderes de la comunidad, es que «la gente negoció por sus derechos de propiedad en una posición de ocupación». Algunos han bautizado la práctica como «negociar con las manos». <sup>47</sup> Los supervivientes de Tailandia también insistieron en un tipo distinto de ayuda. En lugar de aceptar donativos, solicitaron las herramientas para llevar a cabo su propia reconstrucción. Por ejemplo, docenas de estudiantes y profesores tailandeses de arquitectura viajan voluntariamente hasta los poblados para enseñar a la comunidad a diseñar sus nuevos hogares, y trazar sus propios planos de construcción. Igualmente, ingenieros navales o expertos

pescadores mostraron a los habitantes de los pueblos costeros cómo construir canoas y barcos más resistentes. El resultado es una comunidad reforzada, más cohesionada que antes de la gran ola. Las casas que se erigen en sólidas bases construidas por los habitantes tailandeses de Ban Tung Wah y Baan Nairai son hermosas y fuertes. También son más baratas, más grandes y más frescas que los agobiantes cubículos prefabricados que les ofrecían los contratistas extranjeros. Un documento elaborado por una coalición de comunidades supervivientes del *tsunami* explica esta filosofía: «La labor de reconstrucción debe realizarse desde las propias comunidades, tanto como sea posible. No permitáis la entrada de los contratistas externos. Dejad que las comunidades se responsabilicen por sus alojamientos». <sup>48</sup>

Un año después del Katrina, se produjo un importante intercambio en Tailandia entre los líderes del esfuerzo de reconstrucción popular de ese país y una pequeña delegación de supervivientes del huracán de Nueva Orleans. Los visitantes de Estados Unidos viajaron por diversos pueblos tailandeses reconstruidos y se quedaron muy sorprendidos por la velocidad a la que avanzaban las obras. «En Nueva Orleans, estamos esperando que el gobierno lo haga todo por nosotros, pero aquí lo estáis haciendo con vuestras propias manos», dijo Endesha Juakali, fundador del «pueblo de los supervivientes» de Nueva Orleans. «Cuando volvamos», aseguró, «vuestro modelo será nuestro objetivo». <sup>49</sup>

A la vuelta de los líderes de la comunidad procedentes de Nueva Orleans, hubo un impulso de acción directa en toda la ciudad. Juakali, cuyo barrio seguía en ruinas, organizó equipos de contratistas locales y de voluntarios para vaciar los escombros de las casas aún en pie del vecindario. Luego avanzaron hacia el siguiente barrio. Dijo que su viaje a la región del *tsunami* le había dado una «buena perspectiva sobre [...] cómo la gente de Nueva Orleans tendrá que aprender a prescindir de la FEMA y del gobierno local y federal, y empezar a preguntarse qué podemos hacer para recuperar nuestros barrios, a pesar del gobierno, no gracias a él». Otra veterana del viaje a Asia, Viola Washington, también regresó al barrio de su niñez, Gentilly, con una actitud completamente nueva. Dividió el mapa de Gentilly en secciones, organizó comités representativos para cada sección y designó jefes de comité para reunirse y determinar las necesidades de reconstrucción. Explicó que «mientras luchamos por el dinero que el gobierno nos ha prometido, no queremos quedarnos de brazos cruzados. Queremos tratar de recuperarnos, a nosotros y a nuestros barrios». <sup>50</sup>

Las iniciativas de acción directa en Nueva Orleans no dejaron de multiplicarse. En febrero de 2007, los grupos de habitantes que habían ocupado las viviendas oficiales, un proyecto que la administración Bush planeaba demoler, empezaron a «reinvadir» sus antiguos hogares e instalarse en ellos. Los voluntarios colaboraron para limpiar los apartamentos y recaudaron dinero para comprar generadores y paneles solares. «Mi hogar es mi castillo y voy a recuperarlo», anunció Gloria Williams, vecina del barrio de casas de protección oficial C. J. Peete. La reinvasión se convirtió en una fiesta de barrio, con banda musical incluida.<sup>51</sup> Había mucho que celebrar: al menos por ahora, esta comunidad había escapado de la gran excavadora cultural llamada reconstrucción.

Todos estos ejemplos de colaboración popular en la reconstrucción de un territorio afectado por la guerra o el desastre siguen un mismo hilo conductor: la gente afirma que no sólo se trata de reconstruir sus casas, sino también de curar sus heridas psíquicas, su trauma personal.

Es perfectamente lógico. La experiencia universal de sufrir un gran *shock* se resume en el sentimiento de absoluto desamparo. Frente a fuerzas de incalculable potencia, los padres son incapaces de defender o salvar a sus hijos, los cónyuges se pierden el uno al otro, y los hogares, el lugar de protección por antonomasia, se convierten en trampas mortales. La mejor forma de superar esa indefensión consiste en ayudar, en tener derecho a formar parte de un proceso de recuperación colectivo. «Al volver a abrir nuestra escuela, estamos diciendo que esta comunidad es especial, que sus lazos van más allá del lugar o de las personas, que nos une el espíritu, la sangre y el deseo de regresar al hogar», dijo el director adjunto de la escuela elemental Doctor Martin Luther King Jr. en el Lower Ninth Ward de Nueva Orleans.<sup>52</sup>

Los esfuerzos de reconstrucción aquí descritos representan la antítesis del complejo *ethos* del capitalismo del desastre, con su búsqueda perpetua de la tabla rasa y las páginas en blanco sobre las cuales diseñar nuevos modelos de Estado. Como las cooperativas agrícolas e industriales latinoamericanas, son por naturaleza fruto de la improvisación, y emplean las herramientas oxidadas que están a mano, que no estén rotas, que no hayan desaparecido, en suma. A diferencia de la fantasía del Arrebatamiento cristiano, esa eliminación apocalíptica que permite la huida etérea de los verdaderos creyentes, los movimientos de renovación locales se basan en la premisa de que no podemos escapar de los terribles desastres que nos

asolan y que a veces creamos con nuestras propias acciones. Postulan que ya ha habido bastante eliminación, de la historia, de la cultura y de la memoria. No se proponen hacer borrón y cuenta nueva, sino más bien hacer acopio de todos los errores, los restos, los escombros y las ruinas y reconstruirlo todo a partir de ellos. A medida que la cruzada corporativista prosigue su violento declive, aumentando el dial del *shock* para reverberar por encima de la creciente resistencia que se opone a su paso, estos proyectos señalan el camino a seguir entre fundamentalismos de distinto cuño. Radicales únicamente en su intenso sentido práctico, arraigados en las comunidades en las que viven, estos hombres y mujeres se consideran meros reparadores, tomando lo que encuentran y arreglándolo, reforzándolo, haciéndolo mejor y más equitativo. Sobre todo, hacen acopio de resistencia. Para cuando llegue el próximo *shock*.

# NOTAS

N.B.: Las citas y hechos que proceden de entrevistas con la autora no se citan por regla general en estas notas.

Si no se indica otra cosa, todas las traducciones del español al inglés han sido hechas por Shana Yaeí Shubs.

Todas las cantidades en dólares mencionadas en el libro se refieren a dólares estadounidenses.

En algunos casos en los que hay varias fuentes para distintos hechos expuestos en el mismo párrafo, un número superíndice aparece al final del párrafo en lugar de detrás de cada hecho concreto. Aquí, en la sección de notas, las fuentes se listan en el orden en el que los hechos aparecen en el párrafo.

Si hay una fuente para una nota a pie de página, se cita en la nota final más cercana al asterisco del texto; tales notas están señaladas como «nota a pie de página».

Las páginas web de artículos consultables en la Red no se incluyen debido a la naturaleza transitoria de la arquitectura de la Red. En los casos en los que el documento está disponible solo en la Red, se menciona la dirección de la página en la que está incluido, no la URL del texto específico, de nuevo porque los enlaces cambian con frecuencia.

Muchos de los documentos originales citados en el texto, así como enlaces y una extensa bibliografía y filmografía, pueden encontrarse en <[www.naomiklein.org](http://www.naomiklein.org)>.



## **Introducción:**

# **La nada es bella: tres décadas borrando y rehaciendo el mundo**

1. Bud Edney, «Appendix A: Thoughts on Rapid Dominance», en Harlan K. Ullman y James R. Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*, Washington, D.C., NDU Press Book, 1996, pág. 110.

2. John Harwood, «Washington Wire: A Special Weekly Report from The Wall Street Journal's Capital Bureau», *Wall Street Journal*, 9 de septiembre de 2005.

3. Gary Rivlin, «A Mogul Who Would Rebuild New Orleans», *New York Times*, 29 de septiembre de 2005.

4. «The Promise of Vouchers», *Wall Street Journal*, 5 de diciembre de 2005.

5. *Ibidem*.

6. Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (1962), reimpr. Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. 2 (trad. cast.: *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp, 1966).

7. Entrevista con Joe DeRose, United Teachers of New Orleans, 18 de septiembre de 2006; Michael Kunzelman, «Post-Katrina, Educators, Students Embrace Charter Schools», Associated Press, 17 de abril de 2007.

8. Steve Ritea, «N.O. Teachers Union Loses Its Force in Storm's Wake», *Times-Picayune* (Nueva Orleans), 6 de marzo de 2006.

9. Susan Saulny, «U.S. Gives Charter Schools a Big Push in New Orleans», *New York Times*, 13 de junio de 2006; Veronique de Rugy y Kathryn G. Newmark, «Hope after Katrina?», *Education Next*, 1 de octubre de 2006, <[www.aei.org](http://www.aei.org)>.

10. «Educational Land Grab», *Rethinking Schools*, otoño de 2006.

11. Milton Friedman, *Inflation: Causes and Consequences*, Nueva York, Asia Publishing House, 1963, pág. 1.

12. Friedman, *Capitalism and Freedom*, *op. cit.*, pág. IX.

13. Milton Friedman y Rose Friedman, *Tyranny of the Status Quo*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1984, pág. 3.

14. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 592.

15. Eduardo Galeano, *Days and Nights of Love and War*, trad. de Judith Brister, Nueva York, Monthly Review Press, 1983, pág. 130 (ed. original: *Días y noches de amor y de guerra* (1978), Madrid, Alianza, 1998).

16. Ullman y Wade, *Shock and Awe*, *op. cit.*, pág. XXVIII.

17. Thomas Crampton, «Iraq Official Warns on Fast Economic Shift», *International Herald Tribune* (París), 14 de octubre de 2003.

18. Alison Rice, *Post-Tsunami Tourism and Reconstruction: A Second Disaster?*, Londres, Tourism Concern, octubre de 2005, <[www.tourismconcern.org.uk](http://www.tourismconcern.org.uk)>.

19. Nicholas Powers, «The Ground below Zero», *Independent*, 31 de agosto de 2006, <[www.independent.org](http://www.independent.org)>.

20. Neil King Jr. y Yochi J. Dreazen, «Amid Chaos in Iraq, Tiny Security Firm Found Opportunity», *Wall Street Journal*, 13 de agosto de 2004.

21. Eric Eckholm, «U.S. Contractor Found Guilty of \$3 Million Fraud in Iraq», *New York Times*, 10 de marzo de 2006.

22. Davison L. Budhoo, *Enough is Enough: Dear Mr. Camdessus... Open Letter of Resignation to the Managing Director of the International Monetary Fund*, Nueva York, New Horizons Press, 1990, pág. 102.

23. Michael Lewis, «The World's Biggest Going-Out-of-Business Sale», *The New York Times Magazine*, 31 de mayo de 1998.

24. Bob Sipchen, «Are Public Schools Worth the Effort?», *Los Angeles Times*, 3 de julio de 2006.

25. Paul Tough, David Frum, William Kristol *et al.*, «A Revolution or Business as Usual?: A Harper's Forum», *Harper's*, marzo de 1995.

26. Rachel Monahan y Elena Herrero Beaumont, «Big Time Security», *Forbes*, 3 de agosto de 2006; Gary Stoller, «Homeland Security Generates Multibillion Dollar Business», *USA Today*, 10 de septiembre de 2006.

27. Evan Ratliff, «Fear, Inc.», *Wired*, diciembre de 2005.

28. Veronique de Rugy, American Enterprise Institute, «Facts and Figures about Homeland Security Spending», 14 de diciembre de 2006, <[www.aei.org](http://www.aei.org)>.

29. Bryan Bender, «Economists Say Cost of War Could Top \$2 Trillion», *Boston Globe*, 8 de enero de 2006.

30. Thomas L. Friedman, «Big Mac I», *New York Times*, 8 de diciembre de 1996.

31. Steve Quinn, «Halliburton's 3Q Earnings Hit \$611M», Associated Press, 22 de octubre de 2006.

32. Steven R. Hurst, «October Deadliest Month Ever in Iraq», Associated Press, 22 de noviembre de 2006.

33. James Glanz y Floyd Norris, «Report Says Iraq Contractor Is Hiding Data from U.S.», *New York Times*, 28 de octubre de 2006.

34. Wency Leung, «Success Through Disaster: B.C.-Made Wood Houses Hold Great Potential for Disaster Relief», *Vancouver Sun*, 15 de mayo de 2006.

35. Joseph B. Treaster, «Earnings for Insurers Are Soaring», *New York Times*, 14 de octubre de 2006.

36. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation*, julio de 1963, págs. 1 y 101. El manual desclasificado está íntegro en <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

37. *Ibidem*, pág. 66.

38. Mao Tse-Tung, «Introducing a Cooperative», *Peking Review*, vol. 1, n° 15, 10 de junio de 1958, pág. 6.

39. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, pág. 594.

40. *Ibidem*.

41. «The Rising Risk of Recession», *Time*, 19 de diciembre de 1969.

42. George Jones, «Thatcher Praises Friedman, Her Freedom Fighter», *Daily Telegraph* (Londres), 17 de noviembre de 2006; Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, págs. 388-389.

43. Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest*, verano de 1989.

44. Justin Fox, «The Curious Capitalist», *Fortune*, 16 de noviembre de 2006; Cámara de Representantes, 109° Congreso, 2ª sesión, «H. Res. 1089: Honoring the Life of Milton Friedman», 6 de diciembre de 2006; John Ortiz, «State to Honor Friedman», *Sacramento Bee*, 24 de enero de 2007; Thomas Sowell, «Freedom Man», *Wall Street Journal*, 18 de noviembre de 2006.

45. Stéphane Courtois y otros, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, trad. de Jonathan Murphy y Mark Kramer, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, pág. 2 (trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 1998).

## Capítulo 1:

# El laboratorio de la tortura: Ewen Cameron, la CIA y la maníaca obsesión por erradicar y recrear la mente humana

1. Cyril J. C. Kennedy y David Anchel, «Regressive Electric-Shock in Schizophrenics Refractory to Other Shock Therapies», *Psychiatric Quarterly*, vol. 22, n° 2, abril de 1948, pág. 318.

2. Ugo Cerletti, «Electroshock Therapy», *Journal of Clinical and Experimental*

*Psychopathology and Quarterly Review of Psychiatry and Neurology*, n° 15, septiembre de 1954, págs. 192-193.

3. Judy Horeman, «How CIA Stole Their Minds», *Boston Globe*, 30 de octubre de 1998; Stephen Bindman, «Brainwashing Victims to Get \$100,000», *Gazette* (Montreal), 18 de noviembre de 1992.

4. Gordon Thomas, *Journey into Madness*, Nueva York, Bantam Books, 1989, pág. 148.

5. Harvey M. Weinstein, *Psychiatry and the CIA: Victims of Mind Control*, Washington, D.C., American Psychiatric Press, 1990, págs. 92 y 99.

6. D. Ewen Cameron, «Psychic Driving», *American Journal of Psychiatry*, vol. 112, n°7, 1956, págs. 502-509.

7. D. Ewen Cameron y S. K. Pande, «Treatment of the Chronic Paranoid Schizophrenic Patient», *Canadian Medical Association Journal*, vol. 78, 15 de enero de 1958, pág. 95.

8. Aristóteles, «Sobre el alma, libro III», en Mortimer J. Adler (comp.), *Aristotle I, Great Books of the Western World*, vol. 8, trad. de W. D. Ross, Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1952, pág. 662.

9. Berton Rouché, «As Empty as Eve», *The New Yorker*, 9 de septiembre de 1974.

10. D. Ewen Cameron, «Production of Differential Amnesia as a Factor in the Treatment of Schizophrenia», *Comprehensive Psychiatry*, vol. 1, n° 1, 1960, págs...32-33.

11. D. Ewen Cameron, J. G. Lohrenz y K. A. Ilandcock, «The Depatterning Treatment of Schizophrenia», *Comprehensive Psychialry*, 3, nº 2, 1962, pág. 67.

12. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.*, págs. 503-504.

13. Weinstein, *Psychiatry and the CIA*, *op. cit.*, pág. 120. Nota a pie de página: Thomas, *Journey into Madness*, pág. 129.

14. «CIA, Memorandum for the Record, Subject: Project ARTICHOKE», 31 de enero de 1975, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

15. Alfred W. McCoy, «Cruel Science: CIA Torture & Foreign Policy», *New England Journal of Public Policy*, vol. 19, nº 2, invierno de 2005, pág. 218.

16. Alfred W. McCoy, *A Question of Torture: CIA Interrogation, from the Cold War to the War on Terror*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006, págs. 22 y 30.

17. Entre los que se encontraron tomando LSD sin saberlo durante este período de experimentación hubo prisioneros de guerra de Corea del Norte; un grupo de pacientes en un centro de tratamiento de adicción a las drogas en Lexington, Kentucky; varios miles de soldados estadounidenses en el arsenal químico Edgewood de Maryland, y los presos de la cárcel de Vacaville, en California. *Ibidem*, págs. 27 y 29.

18. «Una nota anónima encontrada en los archivos identifica al doctor Caryl Haskins y al comandante R. J. Williams como los representantes de la CIA en la reunión.» David Vienneau, «Ottawa Paid for '50s Brainwashing Experiments, Files Show», *Toronto Star*, 14 de abril de 1986; «Minutes of June 1, 1951, Canada/US/UK Meeting Re: Communist "Brainwashing" Techniques during the Korean War», reunión en el hotel Ritz-Carlton, Montreal, 1 de junio de 1951, pág. 5.

19. D. O. Hebb, W. Heron y W. H. Bexton, *Annual Report*, contrato DRB X38, Estudios Experimentales de Actitud, 1953.

20. *Defense Research Board Report to Treasury Board*, 3 de agosto de 1954, desclasificado, pág. 2.

21. «Distribution of Proceedings of Fourth Symposium, Military Medicine, 1952», desclasificado.

22. Zuhair Kashmeri, «Data Show CIA Monitored Deprivation Experiments», *Globe and Mail* (Toronto), 18 de febrero de 1984.

23. *Ibidem*.

24. Hebb, Heron y Bexton, *Annual Report*, contrato DRB X38, págs. 1-2.
25. Juliet O'Neill, «Brain Washing Tests Assailed by Experts», *Globe and Mail* (Toronto), 21 de noviembre de 1986.
26. Thomas, *Journey into Madness*, *op. cit.*, pág. 103; John D. Marks, *The Search for the Manchurian Candidate: The CIA and Mind Control*, Nueva York, Times Books, 1979, pág. 133.
27. R. J. Russell, L. G. M. Page y R. L. Jillett, «Intensified Electroconvulsant Therapy», *Lancet*, 5 de diciembre de 1953. pág. 1.178.
28. Cameron, Lohrenz y Handcock, «The Depatterning Treatment of Schizophrenia», *op. cit.*, pág. 68.
29. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.*, pág. 504.
30. Thomas, *Journey into Madness*, *op. cit.*, pág. 180.
31. D. Ewen Cameron y otros, «Sensory Deprivation: Effects upon the Functioning Human in Space Systems», en Bernard E. Flaherty (comp.), *Symposium on Psychophysiological Aspects of Space Flight*, Nueva York, Columbia University Press, 1961, pág. 231; Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.*, pág. 504.
32. Marks, *The Search for the Manchurian Candidate*, *op. cit.*, pág. 138.
33. Cameron y Pande, «Treatment of the Chronic Paranoid Schizophrenic Patient», *op. cit.*, pág. 92.
34. Cameron, «Production of Differential Amnesia as a Factor in the Treatment of Schizophrenia», *op. cit.*, pág. 27.
35. Thomas, *Journey into Madness*, *op. cit.*, pág. 234.
36. Cameron y otros, «Sensory Deprivation», *op. cit.*, págs. 226 y 232.
37. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*, Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 125.
38. Entrevista publicada en la revista canadiense *Weekend*, citada en Thomas, *Journey into Madness*, pág. 169.
39. Cameron, «Psychic Driving», *op. cit.*, pág. 508.
40. Cameron cita a otro investigador, Norman Rosenzweig, para apoyar su tesis. Cameron y otros, «Sensory Deprivation», *op. cit.*, pág. 229.
41. Weinstein, *Psychiatry and the CIA*, *op. cit.*, pág. 222.
42. «Project MKUltra, The CIA's Program of Research in Behavioral Modification», *Joint Hearings Before the Select Committee on Intelligence*

*and the Subcommittee on Health and Scientific Research of the Committee on Human Resources*, Senado de Estados Unidos, 95° Congreso, 1ª sesión, 3 de agosto de 1977. Citado en Weinstein, *Psychiatry and the CIA*, pág. 178.

43. *Ibidem*, pág. 143.

44. James LeMoyné, «Testifying to Torture», *New York Times*, 5 de junio de 1988.

45. Jennifer Harbury, *Truth, Torture and the American Way: The History and Consequences of U.S. Involvement in Torture*, Boston, Beacon Press, 2005, pág. 87.

46. Comité Selecto del Senado sobre Inteligencia, «Transcript of Proceedings before the Select Committee on Intelligence: Honduran Interrogation Manual Hearing», 16 de junio de 1988 (caja 1: CIA Training Manuals; carpeta: Interrogation Manual Hearings, National Security Archives). Citado en McCoy, *A Question of Torture*, *op. cit.*, pág. 96.

47. Tim Weiner, «Interrogation, C.I.A.-Style», *New York Times*, 9 de febrero de 1997; Steven M. Kleinman, «KUBARK Counterintelligence Interrogation Review: Observations of an Interrogator», febrero de 2006, en Intelligence Science Board, *Educating Information*, Washington, D.C., National Defense Intelligence College, diciembre de 2006, pág. 96.

48. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence interrogation*, julio 1963, págs. 1 y 8. El manual desclasificado íntegro está disponible en los Archivos de Seguridad Nacional, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>. La cursiva se ha añadido.

49. *Ibidem*, págs. 1 y 38.

50. *Ibidem*, págs. 1-2.

51. *Ibidem*, pág. 88.

52. *Ibidem*, pág. 90.

53. Central Intelligence Agency, *Human Resource Exploitation Training Manual-1983*. El manual desclasificado íntegro está disponible en los Archivos de Seguridad Nacional, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>. Nota a pie de página: *Ibidem*.

54. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence interrogation*, julio de 1963, págs. 49-50, 76-77.

55. *Ibidem*, págs. 41 y 66.

56. McCoy, *A Question of Torture*, pág. 8.

57. McCoy, «Cruel Science», pág. 220.

58. Frantz Fanon, *A Dying Colonialism*, trad. de Haakon Chevalier (1965), reimp. Nueva York, Grove Press, 1967, pág. 138.

59. Pierre Messmer, ministro de Defensa francés entre 1960 y 1968, dijo que los estadounidenses invitaron a los franceses a que formaran soldados estadounidenses. En respuesta, el general Paul Aussaresses, el más notorio e impenitente de los expertos franceses en torturas, fue a Fort Bragg e instruyó a los soldados estadounidenses en técnicas de «captura, interrogatorio y tortura». *Death Squadrons: The French School*, documental dirigido por Marie-Monique Robin (Idéale Audience, 2003).

60. McCoy, *A Question of Torture*, pág. 65.

61. Dianna Ortiz, *The Blindfold's Eyes*, Nueva York, Orbis Books, 2002, pág. 32.

62. Harbury, *Truth, Torture and the American Way*, *op. cit.*

63. Naciones Unidas, *Convención de Ginebra relativa al tratamiento de los prisioneros de guerra*, adoptada el 12 de agosto de 1949, <[www.ohchr.org](http://www.ohchr.org)>; *Uniform Code of Military Justice*, Subcapítulo 10: Artículos punitivos, sección 893, artículo 93.

64. Central Intelligence Agency, *Kubark Counterintelligence Interrogation*, *op. cit.*, pág. 2; Central Intelligence Agency, *Human Resource Exploitation Training Manual-1983*, *op. cit.*

65. Craig Gilbert, «War Will Be Stealthy», *Milwaukee Journal Sentinel*, 17 de septiembre de 2001; Garry Wills, *Reagan's America: innocents at Home*, Nueva York, Doubleday, 1987, pág. 378.

66. Katharine Q. Seelye, «A Nation Challenged», *New York Times*, 29 de marzo de 2002; Alberto R. Gonzales, *Memorandum for the President*, 25 de enero de 2002, <[www.msnbc.msn.com](http://www.msnbc.msn.com)>.

67. Jerald Phifer, «Subject: Request for Approval of Counter-Resistance Strategies», *Memorandum for Commander, Joint Task Force 170*, 11 de octubre de 2002, pág. 6. Desclasificado, <[vw.vnw.org](http://www.vnw.org)>.

68. Departamento de Justicia de Estados Unidos, Oficina del Asesor Legal, Oficina del Asistente del Fiscal General, *Memorandum for Alberto R. Gonzales, Counsel to the President*, 1 de agosto de 2002, <[www.washingtonpost.com](http://www.washingtonpost.com)>. Nota a pie de página: «Military Commissions Act of 2006», subcapítulo VII, secc. 6, <[thomas.loc.gov](http://thomas.loc.gov)>; Alfred W. McCoy, «The U.S. Has a History of Using Torture», *History News Network*, George Masón University, 4 de diciembre de 2006, <[www.hnn.us](http://www.hnn.us)>; «The Imperial Presidency at Work», *New York Times*, 15 de enero de 2006.



69. Kleinman, «KUBARK Counterintelligence Interrogation Review», *op. cit.*, pág. 95.

70. Dan Eggen, «Padilla Case Raises Questions about Anti-Terror Tactics», *Washington Post*, 19 de noviembre de 2006.

71. Curt Anderson, «Lawyers Show Images of Padilla in Chains», The Associated Press, 4 de diciembre de 2006; John Grant, «Why Did They Torture José Padilla», *Philadelphia Daily News*, 12 de diciembre de 2006.

72. AAP, «US Handling of Hicks Poor: PM», *Sydney Morning Herald*, 6 de febrero de 2007.

73. Shafiq Rasul, Asif Iqbal y Ruhel Ahmed, *Composite Statement: Detention in Afghanistan and Guantanamo Bay*, Nueva York, Center for Constitutional Rights, 26 de julio de 2004, pág. 95, <[www.ccr-ny.org](http://www.ccr-ny.org)>.

74. Adam Zagorin y Michael Duffy, «Inside the Interrogation of Detainee 063», *Time*, 20 de junio de 2005.

75— James Yee y Aimee Molloy, *Por God and Country: Paith and Patriotism under Pire*, Nueva York, Public Affairs, 2005, págs. 101-102; Tim Golden y Margot Williams, «Hunger Strike Breaks Out at Guantanamo», *New York Times*, 8 de abril de 2007.

76. Craig Whitlock, «In Letter, Radical Cleric Details CIA Abduction, Egyptian Torture», *Washington Post*, 10 de noviembre de 2006.

77. *Ibidem*.

78. Amnistía Internacional, «Italy, Abu Omar: Italian Authorities Must Cooperate Fully with All Investigations», declaración pública, 16 de noviembre de 2006, <[www.amnesty.org](http://www.amnesty.org)>.

79. Jumah al-Dossari, «Days of Adverse Hardship in U.S. Detention Camps-Testimony of Guantanamo Detainee Jumah al-Dossari», Amnistía Internacional, 16 de diciembre de 2005.

80. Mark Landler y Souad Mekhennet, «Freed German Detainee Questions His Country's Role», *New York Times*, 4 de noviembre de 2006.

81. A. E. Schwartzman y P. E. Termansen, «Intensive Electroconvulsive Therapy: A Follow-Up Study», *Canadian Psychiatric Association Journal*, vol. 12, n°2, 1967, pág. 217.

82. Erik Eckholm, «Winning Hearts of Iraqis with a Sewage Pipeline», *New York Times*, 5 de septiembre de 2004.

## Capítulo 2:

### El otro doctor Shock: Milton Friedman y la búsqueda de un laboratorio

*de laissez-faire*

1. Arnold C. Harberger, «Letter to a Younger Generation», *Journal of Applied Economics*, vol. 1, n° 1, 1998, pág. 2.

2. Katherine Anderson y Thomas Skinner, «The Power of Choice: The Life and Times of Milton Friedman», emitido en PBS el 29 de enero de 2007.

3. Jonathan Peterson, «Milton Friedman, 1912-2006», *Los Angeles Times*, 17 de noviembre de 2006.

4. Frank H. Knight, «The Newer Economics and the Control of Economic Activity», *Journal of Political Economy*, vol. 40, n°4, agosto de 1932, pág. 455.

5. Daniel Bell, «Models and Reality in Economic Discourse», en Daniel Bell e Irving Kristol (comps.), *The Crisis in Economic Theory*, Nueva York, Basic Books, 1981, págs. 57-58.

6. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 24.

7. Larry Kudlow, «The Hand of Friedman», *The Corner web log on the National Review Online*, 16 de noviembre de 2006, <[www.nationalreview.com](http://www.nationalreview.com)>.

8. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 21.

9. Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (1962), reimpr. Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. 15.

10. Don Patinkin, *Essays on and in the Chicago Tradition*, Durham, NC, Duke University Press, 1981, pág. 4.

11. Friedrich A. Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago, University of Chicago Press, 1944 (trad. cast.: *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2005).

12. Entrevista con Arnold Harberger del 3 de octubre de 2000 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy* [serie de televisión de la PBS], productores ejecutivos Daniel Yergin y Sue Lena Thompson, productor de la serie William Cran (Boston, Heights

Productions, 2002), transcripción íntegra de la entrevista disponible en <www.pbs.org>.

13. John Maynard Keynes, *The End of Laissez-Faire*, Londres, L & Virginia Woolf, 1926.

14. John Maynard Keynes, «From Keynes to Roosevelt: Our Recovery Plan Assayed», *New York Times*, 31 de diciembre de 1933.

15. John Kenneth Galbraith, *The Great Crash of 1929* (1954), reimp. Nueva York, Avon, 1979, pág. 168.

16. John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (1919), reimp. Westminster, Reino Unido, Labour Research Department, 1920, pág. 251 (trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002).

17. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 594.

18. Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror*, Floboken, Nueva Jersey, J. Wiley & Sons, 2003, págs. 153-54; Stephen Kinzer, *Overthrow. America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*, Nueva York, Times Books, 2006, pág. 4.

19. *El Imparcial*, 16 de marzo de 1951, citado en Stephen C. Schlesinger, Stephen Kinzer y John H. Coatsworth, *Bitter Fruit: The Story of the American Coup in Guatemala*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, pág. 52.

20. Patterson describió a los economistas argentinos y brasileños como economistas «rosa» en una entrevista con Juan Gabriel Valdés. Habló de la necesidad de «cambiar la formación de los hombres» al embajador de Estados Unidos en Chile, Willard Beaulac. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 110-113.

21. *Ibidem*, pág. 89.

22. La cita es de Joseph Grunwald, un economista de la Universidad de Columbia que trabajaba en aquellos tiempos en la Universidad de Chile. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, pág. 135.

23. Harberger, «Letter to a Younger Generation», *op. cit.*, pág. 2.

24. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity*, Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, págs. 7-8.

25. Kenneth W. Clements, «Larry Sjaastad, The Last Chicagoan», *Journal of International Money and Finance*, vol. 24, 2005, págs. 867-869.
26. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 8.
27. Memorando a William Carmichael, a través de Jeffrey Puryear, emitido por James W. Trowbridge, 24 de octubre de 1984, pág. 4, citado en Valdés, *Pinochet's Economists*, pág. 194.
28. *Ibidem*, pág. 206. Nota a pie de página: «The Rising Risk of Recession», *Time*, 19 de diciembre de 1969.
29. En 1963, el propio De Castro tenía un permiso para marcharse de Santiago para continuar sus estudios en la Universidad de Chicago. Se convirtió en presidente en 1965. Valdés, *Pinochet's Economists*, págs. 140 y 165.
30. *Ibidem*, 159. La cita procede de Ernesto Fontaine, licenciado de Chicago y profesor de la Universidad Católica de Santiago.
31. *Ibidem*, págs. 6 y 13.
32. Tercer informe a la Universidad Católica de Chile y a la Administración de Cooperación Internacional, agosto de 1957, firmado por Gregg Lewis, Universidad de Chicago, pág. 3, citado en Valdés, *Pinochet's Economists*, pág. 132.
33. Entrevista con Ricardo Lagos celebrada el 19 de enero de 2002 para *Com-manding Heights: The Battlefor the World Economy*, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>.
34. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 388.
35. Central Intelligence Agency, *Notes on Meeting with the President on Chile*, 15 de septiembre de 1970. Desclasificado, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.
36. «The Last Dope from Chile», copia firmada «Al H.», fechada en Santiago el 7 de septiembre de 1970, citado en Valdés, *Pinochet's Economists*, págs. 242-243.
37. Sue Branford y Bernardo Kucinski, *Debt Squads: The U.S., the Banks, and Latin America*, Londres, Zed Books, 1988, págs. 40 y 51-52.
38. Subcomité sobre Corporaciones Multinacionales, «The International Telephone and Telegraph Company and Chile, 1970-71», *Report to the Committee on foreign Relations United States Señale by the Subcommittee of Multinational Corporations*, 21 de junio de 1973, pág. 13.
39. *Ibidem*, pág. 15.

40. Francisco Letelier, entrevista, *Democracy Now!*, 21 de septiembre de 2006.

41. Subcomité sobre Corporaciones Multinacionales, «The International Telephone and Telegraph Company and Chile, 1970-71», *op. cit.*, págs. 4 y 18.

42. *Ibidem*, págs. 11 y 15.

43. *Ibidem*, pág. 17.

44. Archidiócesis de Sao Paulo, *Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, pág. 53.

45. William Blum, *Killing Hope: U.S. Military and CIA Interventions Since WWII*, Monroe, Maine, Common Courage Press, 1995, pág. 195; «Times Diary: Liquidating Sukarno», *Times* (Londres), 8 de agosto de 1986.

46. Kathy Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s», *Washington Post*, 21 de mayo de 1990.

47. Kadane publicó primero las listas, basadas en grabaciones *on the record* con altos cargos de la administración de Estados Unidos destinados en Indonesia en aquellos momentos, en el *Washington Post*. La información sobre radios y armas aparece en una carta al director escrita por Kadane en *The New York Review of Books*, 10 de abril de 1997, basada en las mismas entrevistas. Las transcripciones de las entrevistas de Kadane están hoy en el Archivo de Seguridad Nacional de Washington, D.C., Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s», *op. cit.*

48. John Hughes, *Indonesian Upheaval*, Nueva York, David McKay Company, Inc., 1967, pág. 132.

49. La cifra de 500.000 es la más extendida, usada, por ejemplo, por el *Washington Post* en 1966. El embajador británico en Indonesia estimó la cifra en 400.000, pero informó de que el embajador sueco, que había hecho investigaciones adicionales, consideraba esa cifra «muy por debajo de sus estimaciones». Algunos elevan la cifra a un millón, aunque la CIA afirmó en un informe de 1968 que 250.000 habían sido asesinados, y lo calificó de «una de las peores masacres del siglo XX». «Silent Settlement», *Time*, 17 de diciembre de 1965; John Pilger, *The New Rulers of the World*, Londres, Verso, 2002, pág. 34; Kadane, «U.S. Officials' Lists Aided Indonesian Bloodbath in '60s», *op. cit.*

50. «Silent Settlement», *op. cit.*
51. David Ransom, «Ford Country: Building an Elite for Indonesia», en Steve Weissman (comp.), *The Trojan Horse: A Radical Look at Foreign Aid*, Palo Alto, California, Ramparts Press, 1975, pág. 99.
52. Nota a pie de página: *Ibidem*, pág. 100.
53. Robert Lubar, «Indonesia's Potholed Road Back», *Fortune*, 1 de junio de 1968.
54. Goenawan Mohamad, *Celebrating Indonesia: Fifty Years with the Ford Foundation 1953-2003*, Yakarta, Ford Foundation, 2003, pág. 59.
55. En el texto original, el autor escribe el nombre del general como Soeharto; lo he cambiado por el más extendido de Suharto por cuestión de coherencia. Mohammad Sadli, «Recollections of My Career», *Bulletin of Indonesian Economic Studies*, vol. 29, nº 1, abril de 1993, pág. 40.
56. Los siguientes puestos fueron ocupados por graduados del programa Ford: ministro de Finanzas, ministro de Comercio, presidente de la Junta de Planificación Nacional, vicepresidente de la Junta de Planificación Nacional, secretario general de Marketing e Investigación de Mercado, presidente del Equipo Técnico de Inversiones Extranjeras, secretario general de la Industria y embajador en Washington. Ransom, «Ford Country», *op. cit.*, pág. 110.
57. Richard Nixon, «Asia After Vietnam», *Foreign Affairs* 46, nº 1, octubre de 1967, pág. 111. Nota a pie de página: Arnold C. Harberger, *Curriculum Vitae*, noviembre de 2003, <[www.econ.ucla.edu](http://www.econ.ucla.edu)>.
58. Pilger, *The New Rulers of the World*, págs. 36-37.
59. CIA, «Secret Cable from Headquarters [Blueprint for Fomenting a Coup Climate], September 27, 1970», en Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, New Press, 2003, págs. 49-56.
60. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, pág. 251.
61. *Ibidem*, págs. 248-249.
62. *Ibidem*, pág. 250.
63. Comité Selecto para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales relativas a las Actividades de Inteligencia, Senado de Estados Unidos, *Covert Action in Chile 1963-1973*, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975, pág. 30.
64. *Ibidem*, pág. 40.

65. Eduardo Silva, *The State and Capital in Chile: Business Elites, Technocrats, and Market Economics*, Boulder, Colorado: Westview Press, 1996, pág. 74.

66. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile: Economic Freedom's Awful Toll», *The Nation*, 28 de agosto de 1976.

## Capítulo 3:

### Estados de *shock*: el sangriento nacimiento de la contrarrevolución

1. Nicolás Maquiavelo, *The Prince*, trad. W. K. Marriott, Toronto, Alfred A. Knopf, 1992, pág. 42 (trad. cast.: *El príncipe*, Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 2006).

2. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 592.

3. *Batalla de Chile* [documental en tres partes] compilado por Patricia Guzmán, producido originalmente en 1975-1979, Nueva York, First Run/Icarus Films, 1993.

4. John Dinges y Saul Landau, *Assassination on Embassy Row*, Nueva York, Pantheon Books, 1980, pág. 64.

5. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, trad. de Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 153; Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, New Press, 2003, págs. 153-154.

6. Kornbluh, *The Pinochet File*, *op. cit.*, págs. 155-156.

7. Estos números son objeto de debate porque el gobierno militar era famoso por encubrir y negar sus crímenes. Jonathan Kandell, «Augusto Pinochet, 91, Dictator Who Ruled by Terror in Chile, Dies», *New York Times*, 11 de diciembre de 2006; Leslie Bethell (comp.), *Chile Since Independence*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993, pág. 178; Rupert Cornwell, «The General Willing to Kill His People to Win the Battle against Communism», *Independent* (Londres), 11 de diciembre de 2006.

8. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pág. 252.

9. Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile Under Pinochet*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, pág. 187.

10. Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist*, 2 de febrero de 1980.

11. José Pinera, «How the Power of Ideas Can Transform a Country», <[www.josepinera.com](http://www.josepinera.com)>.



12. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, págs. 74-75.
13. *Ibidem*, pág. 69.
14. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, pág. 31.
15. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 70.
16. El único arancel de Pinochet fue una tarifa de un 10% a las importaciones, cosa que no constituye una barrera al comercio sino un impuesto de importación de poca monta. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity*, Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, pág. 81.
17. Es una estimación conservadora. Gunder Frank escribe que durante el primer año de gobierno de la Junta la inflación alcanzó el 508 % y puede que se acercara al 1.000 % en lo relativo a las «necesidades básicas». En 1972, el último año del gobierno Allende, la inflación fue del 163 %. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 170; Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 62.
18. *Qué Pasa* (Santiago), 16 de enero de 1975, citado en Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, pág. 26.
19. *La Tercera* (Santiago), 9 de abril de 1975, citado en Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation*, 28 de agosto de 1976.
20. *El Mercurio* (Santiago), 23 de marzo de 1976, citado en *ibidem*.
21. *Qué Pasa* (Santiago), 3 de abril de 1975, citado en *ibidem*.
22. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 399.
23. *Ibidem*, págs. 593-594.
24. *Ibidem*, págs. 592-594.
25. *Ibidem*, pág. 594.
26. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 34.
27. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, págs. 172-173.
28. «En 1980 la inversión pública en sanidad había descendido un 17,6% comparándola con la de 1970 y la de educación en un 11,3 %». Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, págs. 23 y 26; Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, págs. 172-173; Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist*, 2 de febrero de 1980.
29. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, pág. 22.
30. Albert O. Hirschman, «The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection», *Latin American Research Review*, vol. 12, n° 3, 1987, pág. 15.

31. Public Citizen, «The Uses of Chile: How Politics Trumped Truth in the Neo-Liberal Revisión of Chile's Development», proposición de debate, septiembre de 2006,.

32. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976.

33. Peter Dworkin, «Chile's Brave New World of Reaganomics», *Fortune*, 2 de noviembre de 1981; Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, pág. 23; Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*

34. Hirschman, «The Political Economy of Latin American Development», *op. cit.*, pág. 15.

35. La declaración fue del ministro de Finanzas de la Junta, Jorge Cavas. Constable y Valenzuela, *Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 173.

36. Ann Críttenden, «Loans from Abroad Flow to Chile's Rightist Junta», *New York Times*, 20 de febrero de 1976.

37. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976.

38. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 58.

39. *Ibidem*, págs. 65-66.

40. Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *op. cit.*, Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*

41. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 42.

42. Pinera, «How the Power of Ideas Can Transform a Country», *op. cit.*

43. Robert M. Bleiberg, «Why Attack Chile?», *Barron's*, 22 de junio de 1987.

44. Jonathan Kandell, «Chile, Lab Test for a Theorist», *New York Times*, 21 de marzo de 1976.

45. Kandell, «Augusto Pinochet, 91, Dictator Who Ruled by Terror in Chile, Dies»; «A Dictator's Double Standard», *Washington Post*, 12 de diciembre de 2006.

46. Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America and the Roots of U.S. Imperialism*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006, pág. 171.

47. *Ibidem*, pág. 171.

48. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, págs. 197-198.

49. José Pinera, «Wealth through Ownership: Creating Property Rights in Chilean Mining», *Calo Journal*, vol. 24, nº 3, otoño de 2004, pág. 296.

50. Entrevista con Alejandro Foxley realizada el 26 de marzo de 2001 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <www.pbs.org>.

51. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 219.

52. Central Intelligence Agency, «Fiekl Listing-Distribution of family income-Gini index», *World Factbook 2007*, <www.cia.gov>.

53. Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*

54. Milton Friedman, «Economic Miracles», *Newsweek*, 21 de enero de 1974.

55. Glen Biglaiser, «The Internationalization of Chicago's Economics in Latin America», *Economic Development and Cultural Change*, vol. 50, 2002, pág. 280.

56. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*, Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 149.

57. La cita procede de las notas tomadas por el embajador de Brasil en Argentina en aquellos tiempos, Joao Baptista Pinheiro. Reuters, «Argentine Military Warned Brazil, Chile of 76 Coup». CNN, 21 de marzo de 2007.

58. Mario I. Blejer fue el secretario de Finanzas de Argentina durante la dictadura. Recibió un doctorado en la Universidad de Chicago el año antes del golpe. Adolfo Diz, doctor por la Universidad de Chicago, fue presidente del Banco Central durante la dictadura. Fernando De Santibáñes, doctor por la Universidad de Chicago, trabajó en el Banco Central durante la dictadura. Ricardo López Murphy, máster por la Universidad de Chicago, fue director nacional de la Oficina de Investigación Económica y Análisis Fiscal en el Departamento del Tesoro del Ministerio de Finanzas (1974-1983). Muchos otros graduados de la Universidad de Chicago ocuparon posiciones económicas de menor importancia en la dictadura como consultores y asesores.

59. Michael McCaughan, *True Crimes: Rodolfo Walsh*, Londres, Latin America Bureau, 2002, págs. 284-290; «The Province of Buenos Aires: Vibrant Growth and Opportunity», *Business Week*, 14 de julio de 1980, sección especial de publicidad.

60. Henry Kissinger y César Augusto Guzzetti, memorando de conversación, 10 de junio de 1976, desclasificado, <www.gwu.edu/~nsarchiv>.

61. «The Province of Buenos Aires». Nota a pie de página: *ibídem*.

62. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 299.

63. Reuters, «Argentine Military Warned Brazil, Chile of '76 Coup».
64. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 2, trad. de Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 501.
65. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. IX.
66. *Ibidem*, págs. 149 y 175.
67. *Ibidem*, pág. 165.
68. Weschler, *A Miracle, a Universe*, *op. cit.*, pág. 170.
69. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. 35; Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 158.
70. Alex Sánchez, Council on Hemispheric Affairs, «Uruguay: Keeping the Military in Check», 20 de noviembre de 2006, <[www.coha.org](http://www.coha.org)>.
71. Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile*, *op. cit.*, pág. 43; *Batalla de Chile*, documental citado.
72. Comité Selecto para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales relativas a las Actividades de Inteligencia, Senado de Estados Unidos, *Covert Action in Chile 1963-1973*, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975, pág. 40.
73. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil, Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.). trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, págs. 13-14.
74. Eduardo Galeano, «A Century of Wind», *Memory o/Fire*, vol. 3, trad. de Cedric Belfrage, Londres, Quartet Books, 1989, pág. 208 (ed. original: *Memoria del fuego* (1982-1986), Madrid, Siglo XXI, 2006).
75. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, pág. 153.
76. Kornbluh, *The Pinochet File*, *op. cit.*, pág. 162.
77. Weschler, *A Miracle, a Universe*, *op. cit.*, pág. 145. Nota a pie de página: Jane Mayer, «The Experiment», *The New Yorker*, 11 de julio de 2005.
78. Esta estimación se basa en que Brasil tenía 8.400 presos políticos en este período y miles de ellos fueron torturados. Uruguay tenía 60.000

presos políticos y, según la Cruz Roja, la tortura en las cárceles era sistemática. Se estima que unos 50.000 chilenos y al menos 30.000 argentinos fueron torturados, lo que convierte a la cifra general de 100.000 en muy conservadora. Larry Rohter, «Brazil Rights Group Hopes to Bar Doctors Linked to Torture», *New York Times*, 11 de marzo de 1999; Organización de Estados Americanos, Comisión Interamericana sobre Derechos Humanos, *Report on the Situation of Human Rights in Uruguay*, 31 de enero de 1978, <[www.cidh.org](http://www.cidh.org)>; Duncan Campbell y Jonathan Franklin, «Last Chance to Clean the Slate of the Pinochet Era», *Guardian* (Londres), 1 de septiembre de 2003; Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. IX.

79. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 290.

80. *Ibidem*, pág. 274.

81. *Ibidem*, págs. 285-289.

82. *Ibidem*, págs. 280-282.

83. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, págs. 25-26.

84. «Covert Action in Chile 1963-1973», *op. cit.*, pág. 45.

85. Weschler, *A Miracle, a Universe*, *op. cit.*, pág. 110; Departamento de Estado, «Subject: Secretary's Meeting with Argentine Foreign Minister Guzzetti», memorando de conversación, 7 de octubre de 1976, desclasificado, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

86. «Presente: viernes 26 de marzo de 1976», documento desclasificado disponible en el Archivo de Seguridad Nacional, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

## Capítulo 4:

### Tabla rasa: el terror cumple su función

1. Daniel Feierstein y Guillermo Levy, *Hasta que la muerte nos separe: Prácticas sociales genocidas en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones al margen, 2004, pág. 76.

2. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. XII.

3. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation*», 28 de agosto de 1976.

4. *Ibidem*.

5. John Dinges y Saul Landau, *Assassination on Embassy Row*, Nueva York, Pantheon Books, 1980, págs. 207-210.

6. Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile Under Pinochet*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, págs. 103-107; Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, New Press, 2003, pág. 167.

7. Eduardo Gallardo, «In Posthumous Letter, Lonely Ex-Dictator Justifies 1973 Chile Coup», Associated Press, 24 de diciembre de 2006.

8. «Dos Veces Desaparecido», *Página 12*, 21 de septiembre de 2006.

9. Carlos Rozanski fue el ponente de la sentencia, apoyada por los jueces Norberto Lorenzo y Horacio A. Insaurralde. Audiencia de la Corte Federal n° 1, caso NE 2251/06, septiembre de 2006, <[www.rodolfowalsh.org](http://www.rodolfowalsh.org)>.

10. Audiencia de la Corte Federal n° 1, caso NE 2251/06, septiembre de 2006, <[www.rodolfowalsh.org](http://www.rodolfowalsh.org)>.

11. *Ibidem*.

12. Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de Naciones Unidas, «Convención sobre la prevención y castigo del crimen de genocidio», aprobada el 9 de diciembre de 1948, <[www.ohchr.org](http://www.ohchr.org)>.

13. Leo Kuper, «Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century», en Alexander Laban Hinton (comp.), *Genocide: An Anthropological Reader*, Malden, Massachusetts, Blackwell, 2002, pág. 56.

14. Beth Van Schaack, «The Crime of Political Genocide: Repairing the Genocide Convention's Blind Spot», *Yale Law Journal*, vol. 107, n° 7,

mayo de 1997.

15. «Auto de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional confirmando la jurisdicción de España para conocer de los crímenes de genocidio y terrorismo cometidos durante la dictadura argentina», Madrid, 4 de noviembre de 1998, <www.derechos.org>. Nota a pie de página: Van Schaack, «The Crime of Political Genocide», *op. cit.*

16. Baltasar Garzón, «Auto de procesamiento a militares argentinos», Madrid, 2 de noviembre de 1999, <www.derechos.org>.

17. Michael McCaughan, *True Crimes: Rodolfo Walsh*, Londres, Latin America Bureau, 2002, pág. 182.

18. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 16.

19. Guillermo Levy, «Considerations on the Connections between Race, Politics, Economics, and Genocide», *Journal of Genocide Research*, vol. 8, n° 2, junio de 2006, pág. 142.

20. Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 7-8 y.113.

21. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 16.

22. *Ibidem*, 39; Alfred Rosenberg, *Myth of the Twentieth Century: An Evaluation of the Spiritual-intellectual Confrontations of Our Age* (1930), reimp. Newport Beach, California, Noontide Press, 1993, pág. 333.

23. André Gunder Frank, *Economic Genocide in Chile: Monetarist Theory Versus Humanity*, Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books, 1976, pág. 41.

24. *Ibidem*.

25. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. 65.

26. *Ibidem*.

27. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. 159.

28. Diana Taylor, *Disappearing Acts: Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's «Dirty War»*, Durham, NC, Duke University Press, 1997, pág. 105.

29. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, trad. de Phillip E. Berryman, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1993, pág. 140.

30. Editorial de *La Prensa* (Buenos Aires), citado en Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 153.
31. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 153.
32. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil: Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, págs. 106-110.
33. *Report of the Chilean National Commission on Truth and Reconciliation*, vol. 1, pág. 149.
34. Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *op. cit.*
35. *Nunca Más: The Report of the Argentine National Commission of the Disappeared*, Nueva York, Parrar Straus Giroux, 1986, pág. 369.
36. *Ibidem*, pág. 371.
37. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, *op. cit.*, pág. 9.
38. Taylor, *Disappearing Acts*, *op. cit.*, pág. 111.
39. Archidiócesis de Sao Paulo, *Torture in Brazil*, *op. cit.*, pág. 64.
40. Karen Robert, «The Falcon Remembered», *NACEA Report on the Americas*, vol. 39, n° 3, noviembre-diciembre de 2005, pág. 12.
41. Victoria Basualdo, «Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina», *Engranajes: Boletín de FETIA*, n° 5, edición especial, marzo de 2006.
42. Transcripción de entrevistas realizadas por Rodrigo Gutiérrez con Pedro Troiani y Carlos Alberto Propato, ambos ex trabajadores de Ford y sindicalistas, para un próximo documental sobre el Ford Falcon, *Falcon*.
43. «Demandan a la Ford por el secuestro de gremialistas durante la dictadura», *Página 12*, 24 de febrero de 2006.
44. Robert, «The Falcon Remembered», *op. cit.*, págs. 13-15; transcripción de las entrevistas de Gutiérrez con Troiani y Propato.
45. «Demandan a la Ford por el secuestro de gremialistas durante la dictadura», *op. cit.*
46. *Ibidem*.
47. Larry Rohter, «Ford Motor Is Linked to Argentina's "Dirty War"», *New York Times*, 27 de noviembre de 2002.
48. *Ibidem*; Sergio Correa, «Los desaparecidos de Mercedes-Benz», *BBC Mundo*, 5 de noviembre de 2002.
49. Robert, «The Falcon Remembered», *op. cit.*, pág. 14.



50. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 290.
51. *Nunca Más: The Report of the Argentine National Commission of the Disappeared*, *op. cit.*, pág. 22.
52. Citando al padre Santano. Patricia Marchak, *God's Assassins: State Terrorism in Argentina in the 1970s*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1999, pág. 241.
53. Marchak, *God's Assassins*, *op. cit.*, pág. 155.
54. Levy, «Considerations on the Connections between Race, Politics, Economics, and Genocide», *op. cit.*, pág. 142.
55. Marchak, *God's Assassins*, *op. cit.*, pág. 161.
56. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 42.
57. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, págs. 171, 188.
58. *Ibidem*, pág. 147.
59. Editorial de *La Prensa* (Buenos Aires), citado en Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 153.
60. Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies*, *op. cit.*, pág. 78. Nota a pie de página: L. M. Shirlaw, «A Cure for Devils», *Medical World*, vol. 94, enero de 1961, pág. 56, citado en Leonard Roy Frank (comp.), *History of Shock Treatment*, San Francisco, Frank, septiembre de 1978, pág. 2.
61. McCaughan, *True Crimes*, *op. cit.*, pág. 295.
62. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 77.
63. Nota a pie de página: David Rose, «Guantanamo Briton "in Handcuff Torture"», *Observer* (Londres), 2 de enero de 2005.
64. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 596.
65. Arnold C. Harberger, «Letter to a Younger Generation», *Journal of Applied Economics*, vol. 1, n° 1, 1998, pág. 4.
66. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 November 1976*, *op. cit.*, págs. 34-35.
67. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, 1986, reimp. Nueva York, Basic Books, 2000, pág. 16; Francois Ponchaud, *Cambodia YearZero*, trad. de Nancy Amphoux (1977), reimp. Nueva York, Rinehart and Winston, 1978, pág. 50.
68. Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de Naciones Unidas, «Convención sobre la prevención y castigo del crimen de

genocidio», aprobada el 9 de diciembre de 1948, <www.ohchr.org>.

69. HIJOS (una organización de derechos humanos de los hijos de los desaparecidos) estima más de quinientos niños. HIJOS, «Lineamientos», <www.hijos.org.ar>; la cifra de doscientos casos está sacada de Human Rights Watch, *Annual Report 2001*, <www.hrw.org>.

70. Silvana Boschi, «Desaparición de menores durante la dictadura militar: presentan un documento clave», *Clarín* (Buenos Aires), 14 de septiembre de 1997.

71. Feitlowitz, *A Lexicon o/Terror*, *op. cit.*, pág. 89.

## Capítulo 5:

### «Ninguna relación»: cómo una ideología fue absuelta de sus crímenes

1. Donald Rumsfeld, *Secretary o/Defense Donald H. Rumsfeld Speaking al Tribute to Milton Friedman*, Casa Blanca, Washington, D.C., 9 de mayo de 2002, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>.

2. Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*, Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 147.

3. Anthony Lewis, «For Which We Stand: II», *New York Times*, 2 de octubre de 1975.

4. «A Draconian Cure for Chile's Economic Ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976; Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 601.

5. Milton Friedman, «Free Markets and the Generals», *Newsweek*, 25 de enero de 1982; Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pág. 156.

6. Friedman y Friedman, *Two Lucky People, op. cit.*, pág. 596.

7. *Ibídem*, pág. 398.

8. Entrevista a Milton Friedman el 1 de octubre de 2000, para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>.

9. El Premio Nobel de Economía está separado de los demás premios otorgados por el Comité Nobel. El nombre completo del premio es Premio Sveriges Riksbank en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel.

10. Milton Friedman, «Inflation and Unemployment», Discurso pronunciado en la ceremonia del Premio Nobel, 13 de diciembre de 1976, <[www.nobelprize.org](http://www.nobelprize.org)>.

11. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile», *The Nation*, 28 de agosto de 1976.

12. Neil Sheehan, «Aid by CIA Groups Put in the Millions», *New York Times*, 19 de febrero de 1967.

13. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-15 Novemher 1976*, Londres, Amnesty International Publications, 1977, pág. de copyright; Yves Dezalay y Bryant G. Garth, *The*

*Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latin American States*, Chicago, University of Chicago Press, 2002, pág. 71.

14. Amnistía Internacional, *Report on an Amnesty International Mission to Argentina 6-1.5 November 1976*, *op. cit.*, pág. 48.

15. El Comité de la Paz fue rebautizado por el vicariado para cuando Ford empezó a financiarlo. Americas Watch formaba parte de Human Rights Watch, que empezó bajo el nombre de Helsinki Watch con una donación de 500.000 dólares de la Fundación Ford. La cifra de 30 millones de dólares procede de una entrevista con Alfred Ironside en la Oficina de Comunicación de la Fundación Ford. Según Ironside, la mayor parte del dinero se gastó en la década de 1980. Dijo que «prácticamente no se gastó nada de dinero en derechos humanos en América Latina en los años cincuenta» y que «hubo una serie de donaciones en los sesenta orientadas a los derechos humanos que estuvieron alrededor de los 700.000 dólares en total».

16. Dezalay y Garth, *The Internationalization of Palace Wars*, *op. cit.*, pág. 69.

17. David Ransom, «Ford Country: Building an Elite for Indonesia», en Steve Weissman (comp.), *The Trojan Horse: A Radical Look at Foreign Aid*, Palo Alto, California, Ramparts Press, 1975, pág. 96.

18. Valdés, *Pinochet's Economists*, *op. cit.*, págs. 158, 186 y 308.

19. Fundación Ford, «History», 2006, <[www.fordfound.org](http://www.fordfound.org)>.

20. Goenawan Mohamad, *Celebrating Indonesia: Fifty Years with the Ford Foundation 1953-2003*, Yakarta, Fundación Ford, 2003, pág. 56.

21. Dezalay y Garth, *The Internationalization of Palace Wars*, *op. cit.*, pág. 148.

22. Fundación Ford, «History», 2006, <[www.fordfound.org](http://www.fordfound.org)>. Nota a pie de página: Francés Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*, Nueva York, New Press, 2000.

23. Archidiócesis de Sao Paulo, *Brasil: Nunca Mais / Torture in Brazil: A Shocking Report on the Pervasive Use of Torture by Brazilian Military Governments, 1964-1979*, Joan Dassin (comp.), trad. de Jaime Wright, Austin, University of Texas Press, 1986, pág. 50.

24. Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi, *Djami la Boupacha*, trad. de Peter Green, Nueva York, MacMillan, 1962, págs. 19, 21 y 31.

25. Marguerit de Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. 113.

26. He realizado unos pequeños cambios en la traducción de Feitlowitz por mor de la claridad. Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*, *op. cit.*, pág. 113-115. Cursiva en el original.

## Capítulo 6: SALVADOS POR UNA GUERRA

1. Carl Schmitt, *Politisch e Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souverdnitdt* (1922), Berlín, Duncker und Humblot, 1993, pág. 13.

2. Correspondencia tomada de la Hayek Collection, caja 101. carpeta 26, Hoover Institution Archives, Palo Alto (California). La carta de Thatcher está fechada el 17 de febrero. Mi agradecimiento a Greg Grandin.

3. Peter Dworkin, «Chile's Brave New World of Reaganomics», *Fortune*, 2 de noviembre de 1981

4. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág 387

5. Donald Rumsfeld, *Secretary, of Defense Donald H. Rumsfeld Speaking at Tribute to Milton Friedman*, Casa Blanca, Washington, D.C., 9 de mayo de 2002, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>.

6. Milton Friedman, «Economic Miracles», *Newsweek*, 21 de enero de 1974.

7. Hay un error en la transcripción del discurso. Las palabras de Rumsfeld tal como allí se citan son «y va a extraer la a extraer la conclusión equivocada». He eliminado la repetición para evitar confusiones. Rumsfeld, *Secretary of Defense Donald H. Rumsfeld Speaking at Tribute to Milton Friedman*, *op. cit.*

8. Henry Allen, «Hayek, the Answer Man», *Washington Post*, 2 de diciembre de 1982.

9. Entrevista a Milton Friedman realizada el 1 de octubre de 2000 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <[www.phs.org](http://www.phs.org)>.

10. Arnold C. Harberger, *Curriculum Vitae*, noviembre de 2003, <[www.econ.ucla.edu](http://www.econ.ucla.edu)>.

11. *Ibidem*; Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, págs. 607-609.

12. John Williamson (comp.), *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 467.

13. Carmen DeNavas-Walt, Bernadette D. Proctor, Cheryl Hill Lee, U.S. Census Bureau, *Income, Poverty and Health Insurance Coverage in*

*the United States: 2005*, agosto de 2006, <[www.census.gov](http://www.census.gov)>; Central Intelligence Agency, *World Factbook 2007*, <[www.cia.gov](http://www.cia.gov)>.

14. Allan H. Meltzer, «Choosing Freely: The Friedmans' Influence on Economic and Social Policy», en M. Wynne, H. Rosenblum y R. Formaini (comps.), *The Legacy of Milton and Rose Friedman's Free to Choose*, Dallas, Federal Reserve Bank of Dallas. 2004, pág. 204, <[www.dallasfed.org](http://www.dallasfed.org)>.

15. John Campbell, *Margaret Thatcher: The Iron Lady*, vol. 2, Londres, Jonathan Cape, 2003, págs. 174-175; Patrick Cosgrave, *Thatcher: The First Term*, Londres, Bodley Head, 1985, págs. 158-159.

16. Kevin Jefferys, *Finest and Darkest hours: The Decisive Events in British Politics from Churchill to Blair*, Londres, Atlantic Books, 2002, pág. 208.

17. Según los resultados del sondeo de MORI (para Gallup, la popularidad de Thatcher estaba en el 23%). «President Bush: Overall Job Rating», <[www.pollingreport.com](http://www.pollingreport.com)>, consultado el 12 de mayo de 2007; Malcolm Rutherford, «1982: Margaret Thatcher's Year», *Financial Times* (Londres), 31 de diciembre de 1982.

18. Samuel P. Huntington, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman (Oklahoma), University of Oklahoma Press, 1991 (trad. cast.: *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994).

19. Hossein Bashiriveh, *The State and Revolution in Iran, 1962-1982*, Nueva York, St. Martin's Press, 1984, págs. 170-171.

20. «On the Record», *Time*, 14 de febrero de 1983.

21. Campbell, *Margaret Thatcher: The Iron Lady*, vol. 2, pág. 128.

22. Leonard Downie Jr. y Jay Ross, «Britain; South Georgia Taken», *Washington Post*, 26 de abril de 1982; «Jingoism Is Not the Way», *Financial Times* (Londres), 5 de abril de 1982.

23. Tony Benn, *The End of an Era: Diarios, 1980-90*, compilados por Ruth Winstone, Londres, Hutchinson, 1992, pág. 206.

24. Angus Deming, «Britain's Iron Lady», *Newsweek*, 14 de mayo de 1979; Jefferys, *Finest and Darkest Hours*, *op. cit.*, pág. 226.

25. BBC News, «1982: First Briton Dies in Falklands Campaign», *On This Day, 24 April*, <[news.bbc.co.uk](http://news.bbc.co.uk)>.

26. Rutherford, «1982», *op. cit.*

27. Michael Getler, «Dockers' Union Agrees to Settle Strike in Britain», *Washington Post*, 21 de julio de 1984.

28. «TUC at Blackpool (Miners' Strike): Labour Urged to Legislate on NUM Strike Fines», *Guardian* (Londres), 4 de septiembre de 1985; Seumas Milne, *The Enemy Within: Thatcher's Secret War against the Miners*, Londres, Verso, 2004; Seumas Milne, «What Stella Left Out», *Guardian* (Londres), 3 de octubre de 2000.

29. Seumas Milne, «MI5's Secret War», *New Statesman and Society*, 25 de noviembre de 1994.

30. *Coal War: Thatcher vs Scargill*, episodio 8.093 de la serie *Turning Points of History*, dirigido por Liam O'Rinn y emitido por televisión el 16 de junio de 2005.

31. *Ibidem*.

32. Warren Brown, «U.S. Rules Out Rehiring Striking Air Controllors», *Washington Post*, 7 de agosto de 1981; Steve Twotney, «Reunion Marks 10 Years Outside the Tower», *Washington Post*, 2 de agosto de 1991.

33. Milton Friedman, «Preface», en *Capitalism and Freedom* (1962), Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. IX (trad. cast.: *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp, 1966).

34. J. McLane, «Milton Friedman's Philosophy of Economics and Public Policy», Congreso de homenaje a Milton Friedman por su 90º cumpleaños, 25 de noviembre de 2002, <[www.chibus.com](http://www.chibus.com)>.

35. N. Bukharin y E. Preobrazhensky, *The ABC of Communism: A Popular Explanation of the Program of the Communist Party of Russia* (1922), traducción al inglés del original ruso a cargo de Eden y Cedar Paul, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1967, págs. 340-341 (trad. cast.: N. Bujarin y E. Preobrazhenski, *El ABC del comunismo*, Madrid, Júcar, 1977).

36. *The Political Economy of Policy Reform*, op. cit., pág. 19.

37. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, op. cit., pág. 603.



## Capítulo 7:

# EL NUEVO DOCTOR SHOCK

1. U.S. Operations Mission to Bolivia, *Problems in the Economic Development of Bolivia*, La Paz, United States Operation Mission to Bolivia. 1956, pág. 212.

2. Susan Sontag, *Illness as Metaphor*. Nueva York, Farrar. Straus and Giroux, 1977. pág. 84 (trad. cast.: *La enfermedad y sus metáforas*, Madrid, Taurus, 1996).

3. «Bolivia Drug Crackdown Brews Trouble», *New York Times*, 12 de septiembre de 1984; Joel Brinkley, «Drug Crops Are Up in Export Nations, State Dept. Says», *New York Times*, 15 de febrero de 1985.

4. Jeffrey D. Sachs, *The End of Poverty: Economic Possibilities for our Time*, Nueva York, Penguin, 2005, págs. 90-93 (trad. cast.: *El fin de la pobreza: cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona, Debate, 2005).

5. John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (1919), Londres, Labour Research Department. 1920, págs. 220-221 (trad. cast.: *Consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1987).

6. Entrevista con la autora, octubre de 2006, Nueva York.

7. Roben E. Norton, «The American Out to Save Poland», *Fortune*, 29 de enero de 1990.

8. Entrevista realizada a Jeffrey Sachs el 15 de junio de 2000 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>.

9. «A Draconian Cure for Chile's Economic ills?», *Business Week*, 12 de enero de 1976.

10. Sachs, *The End of Poverty*, op. cit., pág. 93.

11. Sachs, *Commanding Heights*, op. cit.

12. Catherine M. Conaghan y James M. Malloy, *Unsettling Statecraft: Democracy and Neoliberalism in the Central Andes*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1994, pág. 127.

13. Sachs, *The End of Poverty*, op. cit., pág. 95.

14. Susan Velasco Portillo, «V́ctor Paz: Decreto es coyuntural, pero puede durar 10 ó 20 años», *La Prensa* (La Paz), 28 de agosto de 2005.

15. *Ib́dem*.

16. Conaghan y Malloy, *Unsettling Statecraft*, op. cit., pág. 129.

17. Alberto Zuazo, «Bolivian Labor Unions Dealt Setback», United Press International. 9 de octubre de 1985; Juan de Onis. «Economic Anarchy Ends», *Los Angeles Times*, 6 de noviembre de 1985.

18. Los comentarios de aquel alto funcionario del Fondo están recogidos a partir de los detalles recordados por los propios miembros del equipo económico de emergencia. Velasco Portillo, «Víctor Paz: Decreto es coyuntural, pero puede durar 10 ó 20 años».

19. *Ibidem*.

20. Harlan K. Ullman y James P. Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Dominance*. Washington, D.C., NDU Press. 1996, pág. xxv.

21. «Interview with Arnold Uarberger», *The Regios*, Federal Reserve Bank of Minneapolis, marzo de 1999, <[www.minneapolisfed.org](http://www.minneapolisfed.org)>.

22. Peter McFarren, «48-hour Strike Hurts Country», Associated Press, 5 de septiembre de 1985; Mike Reíd, «Sitting Out the Bolivian Miracle», *Guardian* (Londres), 9 de mayo de 1987.

23. Roben J. Alexander, *A History of Organized Labor in Bolivia*, Westport (Connecticut), Praeger, 2005, pág. 169.

24. Sam Zuckerntan, «Bolivian Bankers See Some Hope After Years of Economic Chaos», *American Banker*; 13 de marzo de 1987; Waltraud Queiser Morales, *Bolivia: Land of Struggle*, San Francisco, Westview Press, 1992, pág. 159.

25. Estadísticas procedentes del Banco Interamericano de Desarrollo. Morales, *Bolivia, op. cit.*, pág. 159.

26. Erick Foronda, «Bolivia: Paz Has Trouble Selling "Economic Miracle"», *Latinoamerica Press*, vol. 21, n° 5, 16 de febrero de 1989, pág. 7, citado en Morales, *Bolivia, op. cit.*, pág. 160.

27. Alexander, *A History of Organized Labor in Bolivia*, op. cit., pág. 169.

28. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Nueva York, W. W. Norton, 2002, pág. 13 (trad, cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid. Taurus, 2002).

29. Davison L. Budhoo, *Enough Is Enough: Dear Mr. Camdessus... Open Letter of Resignation to the Managing Director of the International Monetary Fund*, con prólogo de Errol K. McLeod, Nueva York, New Horizons Press, 1990, pág. 102.

30. Peter McFarren, «Bolivia: Bleak but Now Hopeful», Associated Press, 23 de mayo de 1989.

31. Según Conaghan y Malloy, «apenas existe duda alguna de que el comercio de la droga (al igual que la ayuda internacional recibida por Paz) ayudaron a amortiguar los golpes de la estabilización. Según se cree hoy en día, la inyección de "coca-dólares" en el sistema bancario, además de generar ingresos, ayudó a estabilizar la moneda durante la segunda mitad de la década». Conaghan y Malloy, *Unsettling Statecraft*, *op. cit.*, pág. 198.

32. Tyler Bridges, «Bolivia Turns to Free Enterprise Among Hard Times», *Dallas Morning News*, 29 de junio de 1987; Conaghan y Malloy, *Unsettling Statecraft*, *op. cit.*, pág. 198.

33. John Sedgwick, «The World of Doctor Debt», *Boston Magazine*, mayo de 1991.

34. «Taming the Beast», *The Economist*, 15 de noviembre de 1986.

35. Sachs, *Commanding Heights*, *op. cit.*

36. Peter Passell, «Dr. Jeffrey Sachs, Shock Therapist», *New York Times*, 27 de junio de 1993.

37. «New Austerity Package Revealed», *Latin American Regional Reports: Andean Group*, 13 de diciembre de 1985.

38. Se trata de las palabras de un banquero anónimo. Zuckerman, «Bolivian Bankers See Some hope after Years of Economic Chaos», *op. cit.*

39. John Williamson (comp.), *The Political economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 479.

40. Associated Press, «Bolivia Now Under State of Siege», *New York Times*, 20 de septiembre de 1985.

41. «Bolivia to Lift State of Siege», Unired Press Internacional, 17 de diciembre de 1985; «Bolivia Now Under State of Siege», *op. cit.*

42. Conaghan y Malloy, *Unsettling Statecraft*, *op. cit.*, pág. 149.

43. Reuters, «Bolivia Strike Cr<sup>u</sup>mbing», *Globe and Mail (Toronto)*, 21 de septiembre de 1985.

44. Peter McFarren, «Detainees Sent to Internment Camps», Associated Press, 29

de agosto de 1986; «Bolivia: Government Frees Detainees, Puts Off Plans for Mines»,

Inter Press Service, 16 de septiembre de 1986.

45. Sachs, *The End of Poverty*, *op. cit.*, pág. 96.

46. Sánchez de Lozada, *Commanding Heights*, *op. cit.*

47. Conaghan y Malloy, *Unsettling Statecraft*, *op. cit.*, pág. 149.

## Capítulo 8:

### La crisis funciona: la terapia de *shock* como parte de un paquete.

1. A.E. Hotchner, *Papa Hemingway* (1966), Nueva York, Carroll and Graf, 1999,

pág. 280 (trad. cast.: *Papá Hemingway*, Barcelona, Grijalbo, 1968).

2. Jim Shultz, «Deadly Consequences: The. International Monetary Fund and Bo

livia's "Black February"», Cochabamba, Bolivia, The Democracy Center, abril de 2005,

pág. 14, <[www.democracyctr.org](http://www.democracyctr.org)>.

3. Albert O. Hirschman, «Reflections on the Latin American Experience», en

Leon N. Lindberg y Charles S. Maier (comps.), *The Politics of Inflation and Economic*

*Stagnation: Theoretical. Approaches and International Case Studies*, Washington, D.C.,

Brookings Institution, 1985, pág. 76.

4. Banco Central de la República Argentina, *Memoria Anual: 1985*, <[www.bcra.gov.ar](http://www.bcra.gov.ar)>; Lawrence Weschler, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Tortures*,

Nueva York, Pantheon Books, 1990, pág. 152; «Brazil Refinancing Foreign Debt Load»,

*New York Times*, 2 de julio de 1964; Alan Riding, «Brazil's Leader Urges Negotiations

on Debt», *New York Times*, 22 de septiembre de 1985.

5. Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist*, 2 de febrero de

1980; Banco Mundial, *Economic Memorandum : Argentina*, Washington, D.C., World

Bank, 1985, pág. 17.

6. El asesor era Franklin Willis. Michael Hirsh, «Follow the Money», *Newsweek*, 4 de abril de 2005.
7. Terence O'Hara, «6 U.S. Banks Held Pinochet's Accounts», *Washington Post*, 16 de marzo de 2005.
8. United Press International, «Former Cabinet Minister Arrested in Argentina», *Seattle Times*, 17 de noviembre de 1984.
9. Banco Mundial, *Economic Memorandum: Argentina, op. cit.,* pág. 17; «Documentación que prueba los ilícitos de Martínez de I Hoz», *La Voz del Interior*, 6 de octubre de 1984, citado en H. Hernández, *Justicia y deuda externa argentina*, Santa Fe, Argentina, Editorial Universidad de Santa Fe, 1988, pág. 36.
10. Hernández, *Justicia y Deuda Externa Argentina, op. cit.,* pág. 37.
  - 1.1. *Ibidem.*
12. Ella dijo que se trataba de un “informe sobre cómo realizar inversiones en las Bahamas, Luxemburgo, Panamá, Suiza y Liechtenstein. También incluía un apartado bastante técnico sobre la situación fiscal en esos lugares”. Marguerite Feitzlowicz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, pág. 57.
13. Norberto Galasso, *De la Banca Baring al FMI*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2002, pág. 246; Adolfo Pérez Esquivel, «¿Cuándo comenzó el terror del 24 de marzo de 1976?», *La Fogata*, 24 de marzo de 2004, <[www.lafogata.org](http://www.lafogata.org)>.
14. Departamento de Estado de Estados Unidos, memorando de conversación, tema: encuentro del secretario con el ministro de Exteriores argentino Guzzetti, 7 de octubre de 1976, desclasificado, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.
15. Sue Branford y Bernardo Kucinski, *The Debt Squads: The US, the Banks, and Latin America*, Londres, Zed Books, 1988, pág. 95.
16. Matthew L. Wald, «A House, Once Again, Is Just Shelter», *New York Times*, 6 de febrero de 1983.

17. Jaime Poniachik, «Cómo empezó la deuda externa», *La Nación* (Buenos Aires). 6 de mayo de 2001.

18. Donald V. Coes, *Macroeconomic Crises: Politics and Growth in Brazil, 1964-1990*, Washington, D.C., World Bank, 1995, pág. 187; Eghosa E. Osaghae, *Structural Adjustment and Ethnicity in Nigeria*, Uppsala, Suecia, Nordiska Afrikainstitutet, 1995, pág. 24; T. Adernola Oyejide y Mufutau I. Raheem, «Nigeria», en Lance Taylor (comp.). *The Rocky Road to Reform: Adjustment, Income Distribution, and Growth in Developing World*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1993, pág. 302.

19. Fondo Monetario Internacional, *Fund Assistance for Countries Facing Exogenous Shock*, 8 de agosto de 2003, pág. 37, <[www.imf.org](http://www.imf.org)>

20. Banco Central de la República Argentina, *Memoria Anual: 1989*, <[www.hcra.gov.ar](http://www.hcra.gov.ar)>.

21. «Interview with Arnold Harberger», *The Region*, Federal Reserve Bank of Minneapolis, marzo de 1999, <[www.minneapolisfed.org](http://www.minneapolisfed.org)>.

22. El antiguo profesor y miembro de la junta rectora de la Universidad de Chicago, Stanley Fischer, era el subdirector gerente primero del FMI en 1994; Raghuram Rajan era el economista principal del FMI en 2003; Michael Mussa era el director del departamento de investigación del FMI en 1991 y Danyang Xie era economista *senior* del departamento para África del FMI en 2003.

23. Fondo Monetario Internacional, «Artículo 1: Fines», Convenio Constitutivo del Fondo Monetario Internacional, <[www.imf.org](http://www.imf.org)>.

24. «Speech by Lord Keynes in Moving to Accept the Final Act at the Closing Plenary Session, Bretton Woods, 22 de julio de 1944», en Donald Moggridge (comp.), *Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol, 26, Londres, Macmillan, 1980, pág. 103.

25. John Williamson, «In Search of a Manual for Technopols», en John Williamson (comp.), *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 18.

26. «Appendix: The "Washington Consensus», en *The Political Economy of Po-Reform*, *op. cit.*, pág. 27.

27. Williamson, *The Political/ Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, pág.17

28. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Nueva York, W. W. Norton, 2002, pág. 13 (trad, cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid. Taurus, 2002).

29. Davison L. Budhoo, *Enough Is Enough: Dear Mr. Camdessus... Open Letter of Resignation to the Managing Director of the International Monetary Fund*, con prólogo de Errol K. McLeod, Nueva York, New Horizons Press, 1990, pág. 102.

30. Dani Rodrik, «The Rush to Free Trade in the Developing World: Why So Late? Why Now? Will It Last?» en Stephan Haggard y Steven B. Webb (comps.), *Voting for Reform: Democracy, Political Liberalization and Economic Adjustment*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pág. 82. El énfasis es mío.

31. ibídem, pág. 81.

32. «[...] Cualesquiera que sean las virtudes de la reforma del comercio exterior, el vínculo causal establecido entre los regímenes comerciales y la propensión a la crisis macroeconómica es un ejemplo de mala teorización económica.» Dani Rodrik, «The Limits of Trade Policy Reform in Developing Countries», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 6, n° 1, invierno de 1992. pág. 95

33. Herasto Reyes, «Argentina: historia de una crisis», *La Prensa* (Panamá), 12 de enero de 2002.

34. Nathaniel C. Nash, «Turmoil, Then Hope in Argentina», *New York Times*, 31 de enero de 1991.

35. «Interview with Arnold Harberger», *op. cit*

36. José Natanson, *Buenos muchachos: Vida y obra de los economistas del establishment*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2004.

37. Paul Blustein, *And the Money Kept Rolling In (and Out): Wall Street, the IMF and the Bankrupting of Argentina*, Nueva York, Public Affairs, 2005. pág. 21.

38. Ibídem, pág. 24; entrevista realizada a Domingo Cavallo el 30 de enero de 2002 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>; César V Herrera y Marcelo García. «A 10 años de la privatización de YPF: análisis y consecuencias en la Argentina y en la Cuenca del Golfo San Jorge (versión ampliada)», Centro Regional de Estudios Económicos de la Patagonia Central, 23 de enero de 2003, <[www.creepace.com.ar](http://www.creepace.com.ar)>; Antonio Carnou, «Saber técnico y política en los orígenes del menemismo», *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 7, n° 12, junio de 1998; Carlos Saúl Menem, discurso pronunciado durante un almuerzo con el presidente mexicano Ernesto Zedillo, 26 de noviembre de 1997, <[zedillo.presidencia.gob.mx](http://zedillo.presidencia.gob.mx)>. Nota a pie de página: entrevista a Alejandro



Olmos Gaona, «Las deudas hay que pagarlas, las estafas no», *La Vaca*, 10 de enero de 2006, <[www.lavaca.org](http://www.lavaca.org)>.

39. «Menem`s Miracle», *Time International*, 13 de julio de 1992.

40. Cavallo, *Commanding Heights*, op. cit.



## Capítulo 9: PORTAZO A LA HISTORIA

1. Leszek Balcerowicz, «Losing Milton Friedman, A Revolutionary Muse of Liberty». Daily Star (Beirut), 22 de noviembre de 2006
2. Michael Freedman, «The Radical», Forbes, 13 de febrero de 2006.
3. Joseph Fewsmith, China Since Tiananmen: The Politics of Transition, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pág. 35.
4. El embrión de Solidaridad fue una confederación sindical semiindependiente llamada Sindicato Libre de Pomerania, formada en 1978. Ese fue el grupo que convocó las huelgas que acabarían llevando a la creación de Solidaridad.
5. Thomas A. Sancton, «He Dared to Hope», Time, 4 de enero de 1982.
6. *Ibidem*.
7. «Solidarity's Programme Adopted by the First National Congress», en Peter Raina, Poland 1981: Towards Social Renewal, Londres, George Allen and Unwin, 1985, págs. 326-380.
8. Sancton, «He Dared to Hope», *op. cit.*
9. Egil Aarvik, «The Nobel Peace Prize 1983 Presentation Speech», Oslo, Noruega, 10 de diciembre de 1983, <[www.nobelprize.org](http://www.nobelprize.org)>.
10. Lawrence Weschler, «A Grand Experiment», The New Yorker, 13 de noviembre de 1989.
11. Tadeusz Kowalik, «Why the Social Democratic Option Failed: Poland's Experience of Systemic Change», en Andrew Glyn (comp.), Social Democracy in Neoliberal Times: The Left and Economic Policy Since 1990, Oxford, Oxford University Press, 2001, pág. 223; Jeffrey D. Sachs, The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time, Nueva York, Penguin, 2005, pág. 120 (trad. cast.: El fin de la pobreza: cómo conseguirlo en nuestro tiempo, Barcelona, Debate, 2005); Magdalena Wyganowska, «Transformation of the Polish Agricultural Sector and the Role of the Donor Community», USAID Mission to Poland, septiembre de 1998, <[www.usaid.gov](http://www.usaid.gov)>.
12. James Risen, «Cowboy of Poland's Economy», Los Angeles Times, 9 de febrero de 1990.

13. Sachs, *The End of Poverty*, op. cit., pág. 111.
14. Weschler, «A Grand Experiment», op. cit.
15. Sachs, *The End of Poverty*, op. cit., pág. 114.
16. *Ibidem*; Weschler, «A Grand Experiment», op. cit.
17. Entrevista realizada a Jeffrey Sachs el 15 de junio de 2000 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <www.pbs.org>.
18. Przemyslaw Wielgosz, «25 Years of Solidarity», conferencia no publicada, agosto de 2005. Cortesía del autor
19. Sachs, *The End of Poverty*, op. cit., 117. Nota a pie de página: Randy Boyagoda, «Europe's Original Sin», *The Walrus*, febrero de 2007, <www.walrusmagazine.com>.
20. Weschler, «A Grand Experiment»; entrevista realizada a Gonzalo Sánchez de Lozada el 20 de marzo de 2001 para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <www.pbs.org>.
21. Weschler, «A Grand Experiment», op. cit.
22. Balcerowicz, «Losing Milton Friedman», op. cit.
23. «Walesa: U.S. Has Stake in Poland's Success», *United Press International*, 25 de agosto de 1989.
24. La cita procede de Zofia Kuratowska, «Solidarity's foremost expert on health services and now a leading legislator». Weschler, «A Grand Experiment».
25. John Tagliabue, «Poles Approve Solidarity-Led Cabinet», *New York Times*, 13 de septiembre de 1989.
26. Weschler, «A Grand Experiment»; «Mazowiecki Taken Ill in Parliament», *Guardian Weekly* (Londres), 17 de septiembre de 1989.
27. Anne Applebaum, «Exhausted Polish PM's Cabinet Is Acclaimed», *Independent* (Londres), 13 de septiembre de 1989.
28. Weschler, «A Grand Experiment», op. cit.
29. *Ibidem*.
30. Leszek Balcerowicz, «Poland», en John Williamson (comp.), *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 177.
31. *Ibidem*, págs. 176-177.
32. *Ibidem*, pág. 163.
33. Thomas Carothers, «The End of the Transition Paradigm», *Journal of Democracy*, vol. 13, n° 1, enero de 2002, págs. 6-7.

34. George J. Church, «The Education of Mikhail Sergeyevich Gorbachev», *Time*, 4 de enero de 1988.

35. Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest*, verano de 1989. Nota a pie de página: Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 1992 (trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992).

36. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 603.

37. Fukuyama, «The End of History?», op. cit.

38. *Ibidem*.

39. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, op. cit., págs. 520-522.

40. *Ibidem*, pág. 558; Milton Friedman, «If Only the United States Were as Free as Hong Kong», *Wall Street Journal*, 8 de julio de 1997.

41. Maurice Meisner, *The Deng Xiaoping Era: An Inquiry into the Fate of Chinese Socialism, 1978-1994*, Nueva York, Hill and Wang, 1996, pág. 455; «Deng's June 9 Speech: "We Face a Rebellious Clique" and "Dregs of Society" » *New York Times*, 30 de junio de 1989.

42. Friedman había sido invitado a ir a China en diversas «calidades» —en calidad de participante en un congreso, en calidad de profesor universitario visitante— pero en sus memorias definió aquel viaje, eminentemente, como una visita de Estado: «Acudí, básicamente, invitado por diversos organismos estatales», escribió. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, op. cit., pág. 601.

43. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, op. cit., págs. 517, 537 y 609. El énfasis es el original

44. *Ibidem*, págs. 601-602.

45. Wang Hui, *China's New Order: Society, Politics, and Economy in Transition*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2003, págs. 45 y 54.

46. *Ibidem*, pág. 54

47. *Ibidem*, pág. 57

48. Meisner, *The Deng Xiaoping Era*, op. cit., págs. 463-465.

49. «China's Harsh Actions Threaten to Set Back 10-Year Reform Drive», *Wall Street Journal*, 5 de junio de 1989.

50. «Deng's June 9 Speech: "We Face a Rebellious Clique" and "Dregs of Society"». Nota a pie de página: Henry Kissinger, «The Caricature of Deng as a Tyrant Is Unfair», *Washington Post*, 1 de agosto de 1989.

51. Entrevista realizada a Orville Schell el 13 de diciembre de 2005 para el episodio del programa Vrontline, de la PBS, titulado «The Tank Man»; la transcripción completa de la entrevista está disponible en <www.pbs.org>.

52. Wang, *China's New Order*, op. cit., págs. 65-66.

53. Meisner, *The Deng Xiaoping Era*, pág. 482. Nota a pie de página: David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pág. 135.

54. Mo Ming, «90 Percent of China's Billionaires Are Children of Senior Officials», China Digital Times, 2 de noviembre de 2006, <www.chinadigitaltimes.net>.

55. Human Rights Watch, «Race to the Bottom: Corporate Complicity in Chinese Internet Censorship», Human Rights Watch, vol. 18, n° 8(c), agosto de 2006, págs. 28 y 43; Wang, *China's New Order*, op. cit., pág. 65.

56. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, op. cit., pág. 516.

57. Jaroslaw Urbanski, «Workers in Poland After 1989», Workers Initiative Poland, <paspartoo.w.interia.pl>; Weschler, «A Grand Experiment».

58. Mark Kramer, «Polish Workers and the Post-Communist Transition, 1989-93», Europe-Asia Studies, junio de 1995; Banco Mundial, World Development Indicators 2006, <www.worldbank.org>; Andrew Curry, «The Case Against Poland's New President», New Republic, 17 de noviembre de 2005; Wielgosz, «25 Years of Solidarity», op. cit.

59. Wielgosz, «25 Years of Solidarity», op. cit.

60. David Ost, *The Defeat of Solidarity: Anger and Politics in Postcommunist Europe*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2005, pág. 62.

61. Anuario estadístico, Varsovia, Oficina Principal de Estadística de Polonia, 1997, pág. 139.

62. Kramer, «Polish Workers and the Post-Communist Transition, 1989-93», op. cit.

## Capítulo 10:

# LA DEMOCRACIA QUE NACIÓ ENCADENADA

1. «South Africa; Tutu Says Poverty, Aids Could Destabilise Nation», AllAfrica.com, 4 de noviembre de 2001.

2. Martin J. Murray. *The Revolution Deferred*, Londres. Verso, 1994, pág. 12.

3. «ANC leader affirms Support for State Control of Industry». *Times* (Londres), 26 de enero de 1990.

4. Ismail Vadi, *The Congress of the People and Freedom Charter Campaign*, prólogo de Walter Sisulu. Nueva Delhi. Sterling Publishers, 1995, <[www.sahistory.org.za](http://www.sahistory.org.za)>.

4. Nelson Mandela, *A Long Walk to Freedom: The Autobiography of Nelson Mandela*, Nueva York, Little, Brown and Company. 1994, pág. 150 (trad. cast.: *El largo camino hacia la libertad*, Madrid. Suma de Letras, 2004.

6. «The Freedom Charter», aprobado por el Congreso del Pueblo en Kliptown, el 26 de junio de 1955, <[www.anc.org.za](http://www.anc.org.za)>.

7. William Mervin Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, Ciudad del Cabo, Zebra Press, 2005, págs. 219-220.

8. Mandela, *A Long Walk to Freedom*, op. cit., págs. 490-491.

9. La aplicación del principio de mayoría simple fue diferido en la práctica hasta 1999. Hasta esa fecha, el poder ejecutivo era compartido entre todos los partidos políticos que obtenían más del 5 % de los sufragios populares. Entrevista no publicada del cineasta Ben Cashdan a Nelson Mandela, 2011; Hein Marais, *South Africa: Limits to Change: The Political Economy of Transition*, Ciudad del Cabo, University of Cape Town Press. 2001, págs. 91-92.

10. Nota a pie de página: Milton Friedman, «Milton Friedman: Banquet Speech», discurso pronunciado en el banquete de conmemoración de la entrega del Premio Nobel, 10 de diciembre de 1976, <[www.nobelprize.org](http://www.nobelprize.org)>.

11. Bill Keller, «Can Both Wealth and Justice Flourish in a New South Africa?», *New York Times*, 9 de mayo de 1994.

12. Mark Horton. «Role of Fiscal Policy in Stabilization and Poverty Alleviation», en Michael Nowak y Luca Antonio Ricci (comps.), *Post-Apartheid South Africa: The First Ten Years*, Washington, D.C., International Monetary Fund, 2005, pág. 84.

13. Nota a pie de página: Juan Gabriel Valdés, *Pinochet Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 31 y 53, donde cita la definición de «nueva democracia» que hiciera el ministro de Economía de Pinochet Pablo Baraona; Robert Harvey, «Chile's Counter-Revolution», *The Economist*, 2 de febrero de 1980 (Harvey citaba a Sergio Fernández, ministro del Interior); José Piñera, «Wealth Through Ownership: Creating Property Rights in Chilean Mining», *Cato Journal*, vol. 24; n° 3, otoño de 2004, pág. 298.

14. James Brew, «South Africa Habitat: A Good Home is Still Hard to Own». Inter Press Service, 11 de marzo de 1997.

15. David McDonald, «Water: Attack the Problem Not the Data», *Sunday Independent* (Londres), 19 de junio de 2013. Nota a pie de página: ibídem.

16. Bill Keller, «Cracks in South Africa's White Monopolies», *New York Times*, 17 de junio de 1993.

17. Gumede cita unas estadísticas de Businessman donde se asegura que «en torno al 98 % de los directores ejecutivos de las sociedades que cotizan en la Bolsa de Johannesburgo son blancos y éstos presiden más del 97 % de valor total de ese mercado bursátil», Simon Robinson, «The New Rand Lords», *Time*, 25 de abril de 2005: Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, op. cit., pág. 220

18. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, op. cit., pág. 112.

19. Moyiga Nduru, «S. Africa: Politician Washed Anti-Aids Efforts Dowe the Drain», Inter Press Service, 11 de abril de 2006.

20. «Study: Aids Slashes SA's Life Expectancy», *Mail and Guardian* (Johannesburgo), 11 de diciembre de 2006.

21. El rand se recuperó ligeramente hacia el final de aquella jornada, por lo que cerró un 7 % más bajo que al cierre del día anterior. Jim Jones, «Foreign Investors Take Fright at Hardline Stance», *Financial Times* (Londres), 13 de febrero de 1990.

22. Steven Mufson, «South Africa 1990», *Foreign Affairs* (número especial: *America and the World*), 1990-1991.

23. Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 1999, pág. 113 (trad. cast.: *Tradición versus innovación*, Buenos Aires, Atlántida, 1999).

24. Gumede, Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC, op. cit., pág. 69.

25. Ibídem, pág. 85; «South Africa: Issues of Rugby and Race», *The Economist*, 24 de agosto de 1996.

26. Nelson Mandela, «Report by the President of the ANC to the 50th National Conference of the African National Congress», 16 de diciembre de 1997.

27. Gumede, Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC, op. cit., págs. 33-39 y 69.

28. Ibídem, pág. 79.

29. Marais, South Africa, op. cit., pág. 122. Nota a pie de página: ANC, Ready to Govern: ANC Policy Guidelines for a Democratic South Africa Adopted at the National Conference, 28-31 de mayo de 1992, <[www.anc.org.za](http://www.anc.org.za)>.

30. Ken Wells, «U.S. Investment in South Africa Quickens», *Wall Street Journal*, 6 de octubre de 1994.

31. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, op. cit., pág. 88.

32. Ibídem. pág. 87.

33. Marais, South Africa, op.cit, pág.162.

34. Ibídem, pág. 170.

35. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, op. cit., pág. 89.

36. Ginger Thompson, «South African Commission Ends Its Work», *New York Times*, 22 de marzo de 2003

37. ANC, «The State and Social Transformation», documento de debate, noviembre de 1996. <[www.anc.org.za](http://www.anc.org.za)>; Ginger Thompson, «South Africa to Pay \$3,900 to Each Family of Apartheid Victims», *New York Times*, 16 de abril de 2003; entrevista no publicada de Cashdan a Mandela, 2001.

38. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, op. cit., pág. 108.

39. Ibídem, pág. 119.

40. South African Communist Party, «The Debt Debate: Confusion Heaped on Confusión», noviembre-diciembre de 1998, <[www.sacp.org.za](http://www.sacp.org.za)>; Jeff Rudin, «Apartheid Debt: Questions and Answers», Alternative Information and Development Centre, 16 de marzo de 1999, <[unvw.aidc.org.za](http://unvw.aidc.org.za)>. Nota a pie de página: Congress of South Africa Trade Unions, «Submission on the Public Investment Corporation Draft Bill», 25 de junio de 2004, <[www.cosatu.org.za](http://www.cosatu.org.za)>; Rudin, «Apartheid Debt»; South African Communist Party, «The Debt Debate».

41. «The Freedom Charter».

42. Nomvula Mokonyane, «Budget Speech for 2005/06 Financial Year by MEC for Housing in Gauteng», discurso pronunciado en la asamblea legislativa de la provincia de Gauteng el 13 de junio de 2005, <[www.info.gov.za](http://www.info.gov.za)>.

43. Lucille Davie y Mary Alexander, «Kliptowu and the Freedom Charter», 27 de junio de 2005, <[www.southafrica.info](http://www.southafrica.info)>; Blue IQ, *The Plan for a Smart Province: Gauteng*

44. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, *op. cit.*, pág. 215.

45. Scott Baldauf, «Class Struggle: South Africa's New, and Few, Black Rich», *Christian Science Monitor*, 31 de octubre de 2006; «Informe sobre desarrollo humano 2006», Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, <[www.undp.org](http://www.undp.org)>.

46. «South Africa: The Statistics». *Le Monde Diplomatique (English Edition)*, septiembre de 2006; Michael Wines and Sharon LaFraniere, «Decade of Democracy Fills Gaps in South Africa», *New York Times*, 26 de abril de 2004.

47. Simon Robinson, «The New Rand Lord», *op. cit.*

48. Michael Wines, «Shantytown Dwellers in South Africa Protest the Sluggish Pace of Change», *New York Times*, 25 de diciembre de 2005.

49. Mark Wegerif, Bey Russell e Irma Grundling, *Summary of Key Findings from the National Evictions Survey*, Polokwane, Sudáfrica, Nkuzi Development Association, 2005, pág. 7, <[www.nkuzi.org.za](http://www.nkuzi.org.za)>.

50. Wines, «Shantytown Dwellers in South Africa Protest...», *op. cit.*

51. Gumede, *Thabo Mbeki and the Battle for the Soul of the ANC*, *op. cit.*, pág. 72. Cita interior: Asghar Adelzadeh, «From the RDP to GEAR: The Gradual Embracing of Neo-liberalism in Economic Policy». *Transformation*, n° 31, 1996.



52. *Ibíd.*, pág. 70.

53. Stephen F. Cohen, *Failed Crusade: America and the Tragedy of Post-Communist Russia*. Nueva York, W. W. Norton and Company, 2001, pág. 30.

## Capítulo 11:

# Una joven democracia enviada a la hoguera: Rusia escoge «la opción Pinochet»

Capítulo 11. Una joven democracia enviada a la hoguera: Rusia escoge «la opción Pinochet»

1. Boris Kagarlitsky, *Square Wheels, How Russian Democracy Got Derailed*, traducción al inglés del original ruso a cargo de Leslie A. Auerbach y otros, Nueva York, Monthly Review Press, 1994, pág. 191.

2. William Keegan, *The Spectre of Capitalism: The Future of the World Economy After the Fall of Communism*, Londres, Radius, 1992, pág. 109.

3. George J. Church, «The Education of Mikhail Sergeyevich Gorbachev», *Time*, 4 de enero de 1988; Gidske Anderson, «The Nobel Peace Prize 1990 Presentation Speech», <[www.nobelprize.org](http://www.nobelprize.org)>.

4. Marshall Pomer, «Introduction», en Lawrence R. Klein y Marshall Pomer (comps.), *The New Russia: Transition Gone Awry*, Stanford (California), Stanford University Press, 2001, pág. 1.

5. Anderson, «The Nobel Peace Prize 1990 Presentation Speech», op. Church, «The Education of Mikhail Sergeyevich Gorbachev», op. cit

6. Mijaíl Gorbachov, «Foreword», en Klein y Pomer (comps.), *The New Russia*, op. cit., pág. XIV

7. Aquel insólito informe conjunto exigía una «reforma radical» e insistía en que, simultáneamente a cualquier plan de estabilización, debían abrirse las fronteras (el menú especial de dos por uno comentado por Dani Rodrik en el capítulo 8). Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, *The Economy of the USSR: Summary and Recommendations*, Washington, D.C., World Bank, 1990: entrevista de la autora a Jeffrey Sachs, octubre de 2006, Nueva Cork.

8. «Order, Order», *The Economist*. 22 de diciembre de 1990.

9. *Ibidem*; Michael Schrage, «Pinochet's Chile a Pragmatic Model for Soviet Economy», *Washington Post*, 23 de agosto de 1991.

10. Return of the Czar, episodio de Frontline [programa de la PBS], producido por Sherry Jones y emitido por televisión el 9 de mayo de 2000.

11. Vadim Nikitin, «'91 Foes Linked by Anger and Regret», *Moscow Times*, 21 de agosto de 2006.
12. Stephen E Cohen, «America's Failed Crusade in Russia», *The Nation*, 28 de febrero de 1994.
13. Entrevista de la autora a Jeffrey Sachs.
14. Peter Passell, «Dr. Jeffrey Sachs, Shock Therapist», *New York Times*, 27 de junio de 1993.
15. Peter Reddaway y Dmitri Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms: Market Bolchevism against Democracy*, Washington, D.C., United States Institute for Peace Press, 2001, pág. 291.
16. Jeffrey D. Sachs, *The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time*, Nueva York, Penguin Books, 2005, pág. 137 (trad. cast.: *El fin de la pobreza.: cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona, Debate, 2005).
17. Reddaway y Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, op. cit., pág. 253.
18. The Agony of Reform, episodio de *Commanding Heights: The Battle for the World Economy* [serie televisiva de la PBS], con Daniel Yergin y Sue Lena Thompson como productores ejecutivos y William Cran como productor de la serie, Boston, Heights Productions, 2002; Reddaway y Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, págs. 237 y 298.
19. Mijaíl Leontiev, «Two Economists Will Head Russian Reform; Current Digest of the Soviet Press», *Nezavisimaya Gazeta*, 9 de noviembre de 1991, resumen de prensa (en inglés) disponible el 11 de diciembre de 1991.
20. Chrystia Freeland, *Sale of the Century: Russia's Wild Ride from Communism to Capitalism*, Nueva York, Crown, 2000, pág. 56.
21. Boris Yeltsin, «Discurso al Congreso de los Diputados del Pueblo de la RSFS de Rusia», 28 de octubre de 1991.
22. David McClintick, «How Harvard Lost Russia», *Institucional Investor*, 1 de enero de 2006.
23. Georgi Arbatov, «Origins and Consequences of "Shock Therapy"», en Klein y Pomer comps.), *The New Russia*, op. cit., pág. 171.
24. Vladimir Mau, «Russia». en Tohn Williamson (comp.). *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 435
25. *Ibidem*, págs. 434-435.

26. Joseph L. Stiglitz, «Preface», en Klein y Pomer (comps.), *The New Russia*, op\_ cit.. pág. XXII.

27. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Nueva York, W. W. Norton, 2002, pág. 136 (trad. cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid. Taurus, 2002.

28. Yeltsin, «Discurso al Congreso de los Diputados del Pueblo de la RSFS de Rusia», *op. cit.*

29. Stephen F. Cohen, «Can We "Convert" Russia?», *Washington Post*, 28 de marzo de 1993; Helen Womack, «Russians Shell Out as Cashless Society Looms», *Independent* (Londres), 27 de agosto de 1992

30. Russian Economic Trends, 1997, pág. 46. citado en Thane Gustafson, *Capitalism Russian-Style*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999. pág. 171.

31. *The Agony of Reform*, op. cit.

32. Gwen Ifill, «Clinton Meets Russian on Assistance Proposal», *New York Times*, 25 de marzo de 1993.

33. Malcolm Gray, «After Bloody Monday», *Macleans*, 18 de octubre de 1993; Leyla Boulton, «Powers of Persuasion», *Financial Times* (Londres), 5 de noviembre de 1993.

34. Serge Schmemmann, «The Fight to Lead Russia». *New York Times*, 13 de marzo de 1993.

35. Margaret Shapiro y Fred Hiatt, «Troops Move in to Put Down Uprising After Yeltsin Foes Rampage in Moscow», *Washington Post*, 4 de octubre de 1993.

36. John Kenneth. White y Philip John Davies, *Political Parties and the Collapse of the Old Orders*, Albany, State University of New York Press, 1998, pág. 209.

37. «Testimony Statement by the Honorable Lawrence H. Summers, Under Secretary for International Affairs, U.S. Treasury Department, Before the Committee on Foreign Relations of the U.S. Senate, September 7, 1993».

38. Reddaway y Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, op.cit., pág. 294.

39. *Ibidem*, pág. 299.

40. Celestine Bohlen, «Rancor Grows in Russian Parliament», *New York Times*, 28 de marzo de 1993.

41. «The Threat That Was», *The Economist*. 28 de abril de 1993; Shapiro y Hiatt, «Troops Move in to Put Down Uprising After Yeltsin Foes Rampage in Moscow». *op. cit.*

42. Serge Schmemmann. «Riot in Moscow Amid New Calls For Compromiss», *New York Times*, 3 de octubre de 1993.

43. Leslie H. Gelb, «How to Help Russia», *New York Times*. 14 de marzo de 1993. Nota a pie de página: Shapiro y Hiatt, «Troops Move in to Put Down Uprising After Yeltsin Foes Rampage in Moscow».

44. Fred Kaplan, «Yeltsin in Command as Hard-Liners Give Up», *Boston Globe*, 5 de octubre de 1993.

45. «Las autoridades declararon que, en el transcurso de dos días, habían muerto asesinadas 142 personas en Moscú. Aquella información era una farsa: la cifra real de muertos tuvo que ser varias veces superior. Nadie trató siquiera de determinar el número preciso de personas heridas o contusionadas. Los arrestados se contaron por millares». Kagarlitsky, *Square Wheels*, *op. cit.*, pág. 218.

46. Reddaway y Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, *op. cit.*, pág. 427.

47. Kagarlitsky, *Square Wheels*, *op. cit.*, pág. 212.

48. John M. Goshko, «Victory Seen for Democracy», *Washington Post*, 5 de octubre de 1993; David Nyhan, «Russia Escapes a Return to the Dungeon of Its Past», *Boston Globe*, 5 de octubre de 1993; Reddaway y Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, *op. cit.*, pág. 431.

49. Return of the Czar, *op.cit.*

50. Nikitin, «'91 roes Linked by Anger and Regret», *op. cit.*

51. Cecilie Rohwedder, «Sachs Defends His Capitalist Shock Therapy», *Wall Street Journal Europe*, 25 de octubre de 1993.

52. Sachs, *The End of Poverty*, *op. cit.*

53. Arthur Spiegelman, «Western Experts Call for Russian Shock Therapy», Reuters, 6 de octubre de 1993.

54. Dorinda Elliott y Betsy McKay, «Yeltsin's Free-Market Offensive», *Newsweek*, 18 de octubre de 1993; Adi Ignatius y Claudia Rosett, «Yeltsin Now Faces Divided Nation», *Asian Wall Street Journal*, 5 de octubre de 1993.

55. Stanley Fischer, «Russia and the Soviet Union Then and Now», en Olivier Jean Blanchard, Kenneth A. Froot y Jeffrey D. Sachs (comps.), *The*

*Transition in Eastern Europe, vol. 1* (Country Studies), Chicago, University of Chicago Press. 1994, pág. 237.

56. Lawrence H. Summers, «Comment», en *The Transition in Eastern Europe, vol. 1* (Country Studies), pág. 253.

57. Jeffrey Tayler, «Russia Is Finished», *Atlantic Monthly*, mayo de 2001; «The World's Billionaires, According to Forbes Magazine, Listed by Country», Associated Press, 27 de febrero de 2003.

58. E. S. Browning, «Bond Investors Gamble on Russian Stocks», *Wall Street Journal*, 24 de marzo de 1995.

59. Quien cita a Oleg Lobov es el legislador Sergei Yushenkov. Carlotta Gall y Thomas De Waal, *Chechnya: Calamity in the Caucasus*, Nueva York, New York University Press, 1998, pág. 161.

60. Vsevolod Vilchek, «Ultimatum on Bended Knees», *Moscow News*, 2 de mayo de 1996.

61. Passell, «Dr. Jeffrey Sachs, Shock Therapist», *op. cit.*

62. David Hoffman, «Yeltsin's "Ruthless" Bureaucrat», *Washington Post*, 22 de noviembre de 1996.

63. Svetlana P. Glinkina y otros, «Crime and Corruption», en Klein y Pomer. (comps.), *The New Russia, op. cit.*, pág. 241; Matt Bivens y Jonas Bernstein. «The Russia You Never Met», *Demokratizatsia: The Journal of Post-Soviet Democracy*, vol. 6. n<sup>o</sup> 4 otoño de 1998, pág. 630, <[www.demokratizatsiya.org](http://www.demokratizatsiya.org)>.

64. Bivens y Bernstein, «The Russia You Never Met», págs. 627-628; Total, *Factbook 1998-2006*, <[www.total.com](http://www.total.com)>; la cifra de beneficios corresponde al año 2000: Marshall I. Goldman, *The Piratization of Russia: Russian Reform Goes Awry*, Nueva York, Routledge, 2003, pág. 120; «Yukos Offers 12.5 Percent Stake against Debts to State-Owned Former Unit», Associated Press, 5 de junio de 2006; la cifra de los 2.800 millones de dólares está basada en el hecho de que, en 1997, British Petroleum pagó 571 millones de dólares por una participación del 10 % en Sidanko. por lo que. proporcionalmente, una participación del 51 % habría valido por encima incluso de esos 2.800 millones de dólares: Freeland, *Sale of the Century*, pág. 183; Stanislav Lunev. «Russian Organized Crime Spreads Beyond Russia's Borders». *Prism*, vol. 3, n<sup>o</sup> 8, 30 de mayo de 1997.

65. Bivens y Bernstein, «The Russia You Never Met», *op. cit.*, pág. 629.

66. Reddaway y- Glinski. *The Tragedy of Russia's Reforms*, *op. cit.*, pág. 254.

67. Freeland, *Sale of the Century*, *op. cit.*, pág. 299.

68. *Return of the Czar*, *op. cit.*

69. Bivens y Bernstein explican que «surgieron alegaciones de que Chubais y cuatro de sus lugartenientes durante la reforma -patrocinados todos ellos. en principio, por la subvención concedida por la USAID al propio Chubais- habían aceptado 90.000 dólares cada uno en sobornos procedentes de Uneximbank y camuflados como un avance por las ventas de un supuesto libro». (Uneximbank era una de las principales empresas de la oligarquía rusa que estaba obteniendo contratos de privatización muy lucrativos de manos de esos mismos hombres.) fina controversia similar sacudió a Alfred Kokh, segundo en la línea de mando a cargo de la política de privatizaciones dentro del gobierno Yeltsin, de quien se dijo que había recibido 100.000 dólares de una compañía vinculada a uno de los principales oligarcas, a quien le estaba concediendo diversos contratos de privatización; como parecía ser la costumbre, también se argumentó que el dinero se había abonado en concepto de anticipo por las ventas de un libro que Kokh iba a escribir acerca de la eficiencia de las empresas privatizadas. Al final, ninguno de ellos fue formalmente acusado ni llevado ante la justicia en relación con sus respectivos contratos editoriales. Bivens y Bernstein, «The Russia .You Never Met», *op. cit.*, pág. 636; Vladimir Isachenkov, «Prosecutors Investigate Russia's Ex-Privatization Czar», *Associated Press*, 1 de octubre de 1997.

70. McClintick, «How Harvard Lost Russia», *op. cit.*

71. Tribunal Federal de Distrito. Distrito de Massachusetts. «United States of America, Plaintiff, y President and Fellows of Harvard College, Andrei Shleifer and Jonathan Hay, Defendants: Civil Action No. 00-11977-DPW», Memorandum and Order, 28 de junio de 2004; McClintick, «How Harvard Lost Russia», *op. cit.*

72. McClintick. «How Harvard Lost Russia», *op. cit.*

73. Dan Josefsson, «The Art of Ruining a Country with a Little Professional Help from Sweden», ETC (Estocolmo), edición en inglés, 1999.

74. Ernest Beck, «Soros begins investing in Eastern Europe». *Wall Street Journal*, 1 de junio de 1994: Andrew Jack, Arkady Ostrovskv y

Charles Pretzlik. «Soros to Sell "The Worst Investment of My Life"», *Financial Times* (Londres), 17 de marzo de 2004.

75. Brian Whitmore, «Latest Polls Showing Communists Ahead», *Moscow Times*. 8 de septiembre de 1999.

76. Return of the Czar, *op. cit.*

77. Helen Womack, «Terror Alert in Moscow as Third Bombing Kills 73», *Independent* (Londres), 14 de septiembre de 1999.

78. Aslan Nurbiyev, «Last Bodies Cleared From Rebels' Secret Grozny Cemetery», *Agence France Presse*, 6 de abril de 2006.

79. Sabrina Tavernise, «Farms as Business in Russia», *New York Times*, 6 de noviembre de 2001; Josefsson, «The Art of Ruining a Country with a Little Professional Help from Sweden», *op. cit.*; «News Conference by James Wolfensohn, President of the World Bank Re: IMP Spring Meeting», Washington, D.C., 22 de abril de 1999, <[www.imi.org](http://www.imi.org)>; Branko Milanovic, *Income. Inequality and Poverty during the Transition from Planned to Market Economy*, Washington, D.C., World Bank, 1998, pág. 68; Centro de Trabajo para la Reforma Económica. Gobierno de la Federación Rusa. *Russian Economic Trends*, vol. 5, n° 1, 1996, págs. 56-57, citado en Bertram Silverman y Murray Yanowitch, *New Rich, New Poor: New Russia: Winners and Losers on the Russian Road to Capitalism*, Armonk (Nueva York). M. E. Sharpe, 2000, pág. 47.

80. El dato de los 715.000 niños y niñas sin hogar procede del Ministerio ruso de Salud y Desarrollo Social. «Russia Has More Than 715,000 Homeless Children: Health Minister», *RIA Novosti* (agencia rusa de noticias), 23 de febrero de 2006; Carel De Rooy, UNICEF, *Children in the Russian Federation*, 16 de noviembre de 2004, pág. 5. <[www.unicef.org](http://www.unicef.org)>.

81. En 1987, el consumo de alcohol per cápita en Rusia fue de 3,9 litros. En 2003 alcanzó los 8,87. Oficina Regional para Europa de la Organización Mundial de la Salud, «3050 Pure Alcohol Consumption. Litres Per Capita, 1987, 2003», *European Health for All Database (FIFA-DB)*, <[data.euro.who.int/hfadh](http://data.euro.who.int/hfadh)>; «In Sad Tally, Russia Counts More than 4 Million Addicts», *Pravda* (Moscú), 20 de febrero de 2004; UNAIDS, «Annex 1: Russian Federation», en *2006 Global Report on AIDS Epidemic*, mayo de 2006, pág. 437, <[www.unaids.org](http://www.unaids.org)>; entrevista a Natalia Katsap, gerente de Media Partnerships, Transatlantic Partners Against AIDS, junio de 2006.



82. Oficina Regional para Europa de la Organización Mundial de la Salud, «1.780 SDR, Suicide and Self-Inflicted Injury, All Ages Per 100.000, 1986-1994», European Health for All Database (HFA-DB) <data.euro.who.int/hfadh>; en 1986, el índice de homicidios y lesiones intencionadas por cada 100.000 personas era de 7,3; en 1994 alcanzó su nivel máximo (32,9); en 2004 se había moderado un poco (25,2). Oficina Regional para Europa de la Organización Mundial de la Salud, «1793 SDR, Homicide and Intentional Injury, All Ages Per 100000, 1986-2004». European -Health for All Database.

83. Nikitin, «'91 Foes Linked by Anger and Regret»; Stephen F. Cohen, «The New American Cold War», *The Nation*, 10 de julio de 2006; Agencia Central de Inteligencia, CIA, «Russia», *World Factbook: 1992*, Washington, D.C., CIA, 1992. pág. 287; Central Intelligence Agency, «Russia», *World Factbook: 2007*, <www.cia.gov>.

84. Colin ,McMahon, «Shortages Leave Russia's East Out in the Cold», *Chicago Tribune*, 19 de noviembre de 1998.

85. Arbatov, «Origins and Consequences of "Shock Therapy"», *op. cit.*, pág. 177.

86. Richard Pipes, «Russia's Chance», *Commentary*, vol. 93, n° 3, marzo de 1992, pág. 30.

87. Richard E. Ericson, «The Classical Soviet-Type Economy: Nature of the System and Implications for Reform», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 5. n° 4, otoño de 1991, pág. 25.

88. Fayler, «Russia Is Finished». *op. cit.*; Richard Laude. «Shock of Calamity», *Los Angeles Times*, 21 de marzo de 1999.

89. Josefsson, «The Art of Ruining a Country with a Little Professional Help from Sweden», *op. cit.*

90. Tatiana Koshkareva y Rustam Narzikulov. *Nezavisimaya Gazeta* (Moscú), 31 de octubre de 1997; Paul Klebnikov y Carrie Shook. «Russia and Central Europe: The New Frontier», *Forbes*, 28 de julio de 1997.

91. Adam Smith, *-The Wealth of Nations*. edición a cargo de Edwin Cannan. Nueva York, Modern Library, 1937, pág. 532 (trad. cast.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Ciudad de México. Fondo de Cultura Económica, 19581).

92. Estoy en deuda con David Harvey por su información para este análisis. David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

93. Michael Schuman, «Billionaires in the Making», *Forbes*, 18 de julio de 1994; Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, op cit., pág. 103.

94. «YPFB; Selling a National Symbol», Institutional investor, 1 de marzo de 1997; Jonathan Friedland. «Money Transfer». *Wall Street Journal*. 15 de agosto de 1995.

95. Friedland, «Money Transfer», *op.cit.*

96. Paul Blustein, And the Money Kept Rolling In (and Out): *Wall Street, the FMI and the Bankrupting of Argentina*, Nueva York, Public Affairs, 2005, págs. 24 y 29; Nathaniel C. Nash, «Argentina's President, Praised Abroad, Finds Himself in Trouble at Home», *New York Times*. 8 de junio de 1991; Tod Robberson. «Argentine President's Exit Inspires Mixed emotions», *Dallas Morning News*, 18 de octubre de 1999.

97. Paul Brinkley-Rogers, «Chaos Reigns as President Flees Uprising», *Daily Telegraph* (Londres), 22 de diciembre de 2001.

98. Jean Friedman Rudovsky, “Bolivia Calls Ex president to Court”, *Time*, 6 de febrero de 2007.

## Capítulo 12:

### El documento de identidad capitalista: Rusia y la nueva era del mercado más burdo

1. John Maynard Keynes, «From Keynes to Roosevelt: Our Recovery Plan Assayed», *New York Times*, 31 de diciembre de 1933.

2. Ashley M. Herer, «Oprah, Bono Promote Clothing Line, iPod», *Associated Press*, 13 de octubre de 2006.

3. T. Christian Miller, *Blood Money: Wasted Billions, Lost Lives, and Corporate Greed in Iraq*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2006, pág. 123. Nota a pie de página: John Cassidy, «Always with Us», *The New Yorker*, 11 de abril de 2005.

4. Peter Passell, «Dr. Jeffrey Sachs, Shock Therapist», *New York Times*, 27 de junio de 1993.

5. Jeffrey Sachs, «Life in the Economic Emergency Room», en John Williamson (comp.), *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D.C., Institute for International Economics, 1994, pág. 516.

6. «Roosevelt Victory by 7,054,520 Votes», *New York Times*, 25 de diciembre de 1932; Raymond Moley, *After Seven Years*, Nueva York, Harper and Brothers, 1939, pág. 305.

7. Carolyn Eisenberg, *Draiving the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

8. *The Political Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, pág. 44.

9. Sachs, «Life in the Economic Emergency Room», *op. cit.*, págs. 503-504 y 513.

10. John Williamson, *The Political Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, págs. 19 y 26.

11. John Williamson y Stephan Haggard, «The Political Conditions for Economic Reform», en *The Political Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, pág. 565.

12. Williamson, *The Political Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, pág. 20.

13. John Toye, *The Political Economy of Policy Reform*, *op. cit.*, pág. 41.

14. Bruce Little, «Debt Crisis Looms, Study Warns», *Globe and Mail* (Toronto), 16 de febrero de 1993; el reportaje televisivo apareció en W5, de la CTV, presentado por Eric Mailing. Linda McQuaig, *Shooting the Hippo: Death by Deficit and Other Canadian Myths*, Toronto, Penguin, 1995, pág. 3.

15. La información de este párrafo está extraída de McQuaig, *Shooting the Hippo*, *op. cit.*, págs. 18, 42-44 y 117.

16. *Ibidem*, págs. 44 y 46.

17. «How to Invent a Crisis in Education», *Globe and Mail* (Toronto), 15 de septiembre de 1995.

18. La información de los dos párrafos siguientes está extraída de Michael Bruno, *Deep Grises and Reform: What Have We Learned?*, Washington, D.C., World Bank. 1996, págs. 4, 6, 13 y 25. El énfasis es el original.

19. *Ibidem*, pág. 6. El énfasis es mío.

20. La cifra de miembros del Banco Mundial corresponde a 1995. En la actualidad son 185 países.

21. La información de los cuatro párrafos siguientes está extraída de Davison L. Budhoo, *Enough Is Enough: Dear Mr. Camdessus... Open Letter of Resignation to the Managing Director of the International Monetary Fund*, Nueva York, New Horizons Press, 1990, págs. 2-27.

22. La mayoría de las alegaciones de Budhoo se centran en las discrepancias en torno al cálculo del coste laboral unitario relativo (o CLUR, un indicador económico de suma importancia para medir la productividad de un país) correspondiente a Trinidad y Tobago. Según él mismo escribe, «sobre la base de los cálculos efectuados por el estadístico de nuestra división el año pasado, justo después de que la misión del Fondo regresase de su visita sobre el terreno, el incremento experimentado por el coste laboral unitario relativo había sido únicamente del 69 %, y no del 145,8 %, como se afirmaba en nuestros informes de 1985, ni del 142,9 % como se mencionaba en los documentos del Fondo correspondientes a 1986. Entre 1980 y 1985, el CLUR se incrementó en realidad en un 66,1 % solamente, muy lejos del 164,7 % que nosotros anunciábamos en nuestros informes de 1986. Entre 1983 y 1985, los costes laborales unitarios relativos no subieron más que un 14,9 %, muy por debajo del 36,9 % que sugerimos a la comunidad internacional en 1986. En 1985, en lugar del aumento del 9 % que habíamos recogido en el RED and Staff Report, el

índice del CLUR cayó realmente en un 1,7 %. Y, en 1986, los costes laborales unitarios relativos experimentaron un espectacular descenso del 46,5 %, aunque no hay rastro de ello en el informe de 1987 ni en ningún otro documento oficial del Fondo». *Ibidem*, pág. 17.

23. «Bitter Calypsos in the Caribbean», *Guardian* (Londres), 30 de julio de 1990; Robert Weissman, «Playing with Numbers: The IMF's Fraud in Trinidad and Tobago», *Multinational Monitor*, vol. II, n°6, junio de 1990.

24. Lawrence Van Gelder, «Mr. Budhoo's Letter of Resignation from the I.M.F. (50 Years Is Enough)», *New York Times*, 20 de marzo de 1996.

## Capítulo 13:

### Que arda: el saqueo de Asia y «la caída de un segundo Muro de Berlín»

1. Anita Raghavan, «Wall Street Is Scavenging in Asia-Pacific», *Wall Street Journal*, 10 de febrero de 1998.

2. R. William Liddle, «Year One of the Yudhoyono-Kalla Duumvirate», *Bulletin of Indonesian Economic Studies*, vol. 41, n° 3, diciembre de 2005, pág. 3373. «The Weakest Link», *The Economist*, 8 de febrero de 2003.

3. «The Weakest Link», *The Economist*, 8 de febrero de 2003.

4. Irma Adelman, «Lessons from Korea», en Lawrence R. Klein y Marshall Pomer (comps.), *The New Russia: Transition Gone Awry*, Stanford (California), Stanford University Press, 2001, pág. 129.

5. David McNally, «Globalization on Trial», *Monthly Review*, septiembre de 1998.

6. «Apee Highlights Social Impact of Asian Financial Crisis», *Bernama* (agencia malasia de noticias), 25 de mayo de 1998.

7. Hur Nam-Il, «Gold Rush... Korean Style», *Business Korea*, marzo de 1998; «Selling Pressure Mounts on Korean Won: Report», *Korea Herald* (Seúl), 12 de mayo de 1998.

8. «Elderly Suicide Rate on the Increase», *Korea Herald* (Seúl), 27 de octubre de 1999; «Economic Woes Driving More to Suicide», *Korea Times* (Seúl), 23 de abril de 1998.

9. La crisis se dejó sentir en 1994, pero el préstamo no llegó a su destino hasta principios de 1995.

10. «Milton Friedman Discusses the IMF», CNN Moneyline with Low Dobbs, 22 de enero de 1998; George R Shultz, William E. Simon y Walter B. Wriston, «Who Needs the IMF», *Wall Street Journal*, 3 de febrero de 1998.

11. Milken Institute, «Global overview», Global Conference 1998, Los Angeles, 12 de marzo de 1998, <[www.milkeninstitute.org](http://www.milkeninstitute.org)>.

12. Bill Clinton, «Joint Press Conference with Prime Minister Chrétien», 23 de noviembre de 1997, <[www.clintonfoundation.org](http://www.clintonfoundation.org)>.

13. Milken Institute, «Global overview», op. cit.

14. José Pinera, «The "Third Way" Keeps Countries in the Third World», preparado para la 16th Annual Monetary Conference del Cato Institute, copatrocinada por *The Economist* Washington, D.C., 22 de octubre de 1998; José Pinera, «The Fall of a Second Berlin Wall», 22 de octubre de 1998, <www.josepinera.com>.

15. «U.S. Senate Committee on Foreign Relations Holds Hearing on the Role of the IMF in the Asian Financial Crisis», 12 de febrero de 1998; «Text: Greenspan's Speech to New York Economic Club», *Reuters News*, 3 de diciembre de 1997.

16. M. Pérez y S. Tobarra, «Los países asiáticos tendrán que aceptar cierta flexibilidad que no era necesaria hasta ahora», *El País: International Edition* (Madrid). 8 de diciembre de 1997; «IMF Chief Calls for Abandon of "Asian Model"», *Agence France-Presse*, 1 de diciembre de 1997.

17. Entrevista realizada a Mahathir Mohamad el 2 de julio de 2001 para *Commanding Heights: The Battle for the World' Economy*, <www.pbs.org>.

18. Entrevista realizada a Stanley Fischer el 9 de mayo de 2001 para *Commanding Heights*, <www.pbs.org>.

19. Stephen Grenville, «The IMF and the Indonesian Crisis», informe preparatorio, Oficina de Evaluación Independiente del FMI, mayo de 2004, pág. 8.

20. Walden Bello, «The IMF's Hidden Agenda», *The Nation* (Bangkok), 25 de enero de 1998.

21. Fischer, *Commanding Heights*, op. cit.; Joseph Kahn, «I.M.F.'s Hand Often Heavy, a Study Says», *New York Times*, 21 de octubre de 2000. Nota a pie de página: Paul Blustein, *The Chastening: Inside the Crisis That Rocked the Global Financial System and Humbled the IMF*, Nueva York, PublicAffairs, 2001, págs. 6-7.

22 El acuerdo del FMI con Corea del Sur exigía explícitamente que se relajaran «las restricciones que aún afectan en el mercado laboral a los expedientes de regulación de empleo a fin de que las empresas puedan trasladarse de un sector a otro». Citado en Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett, «Economic Crisis and Restructuring in South Korea: Beyond the Free Market-Statist Debate», *Critical Asian Studies*, vol. 33, n° 3, 2001, pág. 421; Alkman Granitsas y Dan Biers, «Economies: The Next Step: The IMF Has Stopped Asia's Financial Panic», *Far Eastern Economic Review*,

23 de abril de 1998; Cindy Shiner, «Economic Crisis Clouds Indonesian's Reforms», *Washington Post*, 10 de septiembre de 1998.

23. Soren Ambrose, «South Korean Union Sues the IMF», *Economic Justice News*, vol. 2, nº 4, enero de 2000.

24. Nicola Bullard, *Taming the Tigers: The IMF and the Asian Crisis*, Londres, Focus on the Global South, 2 de marzo de 1999, <[www.focusweb.org](http://www.focusweb.org)>; Walden Bello, *A Siamese Tragedy: The Collapse of Democracy in Thailand*, Londres, Focus on the Global South, 29 de septiembre de 2006, <[www.focusweb.org](http://www.focusweb.org)>.

25. Jeffrey Sachs, «Power Unto Itself», *Financial Times* (Londres), 11 de diciembre de 1997.

26. Michael Lewis «The World's Biggest Going-Out-of-Business Sale», *New York Times Magazine*, 31 de mayo de 1998.

27. Ian Chalmers, «Tommy's Toys Trashed», *Inside Indonesia*, nº 56, octubre-diciembre de 1998.

28. Paul Blustein y Sandra Sugawara, «Rescue Plan for Indonesia in Jeopardy», *Washington Post*, 7 de enero de 1998; Grenville, «The IMF and the Indonesian Crisis», op. cit., pág. 10.

29. McNally, «Globalization on Trial», op. cit.

30. «Magic Arts of Jakarta's "Witch-Doctor"», *Financial Times* (Londres), 3 de noviembre de 1997.

31. Susan Sim, «Jakarta's Technocrats vs. the Technologists», *Straits Times* (Singapur), 30 de noviembre de 1997; Kahn, «I.M.F.'s Hand often Heavy, a Study Says».

32. Fondo Monetario Internacional, *The IMF's Response to the Asian Crisis*, enero de 1999, <[www.imf.org](http://www.imf.org)>.

33. Paul Blustein, «At the IMF, a Struggle Shrouded in Secrecy», *Washington Post*, 30 de marzo de 1998; Martin Feldstein, «Refocusing the IMF», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1998; Jeffrey Sachs, «The IMF and the Asian Flu», *American Prospect*, marzo-abril de 1998.

34. La tasa de paro de Corea del Sur pasó del 2,6 al 7,6 % y la de Indonesia, del 4 al 12 %. En los demás países de la zona se registraron patrones similares. Organización Mundial del Trabajo, «ILO Governing Body to Examine Response to Asia Crisis», nota de prensa, 16 de marzo de 1999; Mary Jordan, «Middle Class Plunging Back to Poverty», *Washington Post*, 6 de septiembre de 1998; McNally, «Globalization on Trial», op. cit., Florence Lowe-Lee, «Where Is Korea's Middle Class?», *Korea Insight*, vol.



2, n° 11, noviembre de 2000, pág. 1; James D. Wolfensohn, «Opening Address by the Pre-sident of the World Bank Group», *Summary Proceedings of the Fifty-Third Annual Meeting of the Board of Governors*, Washington, D.C., International Monetary Fund, 6-8 de octubre de 1998, pág. 31, <www.imf.org>.

35. «Array of Crimes Linked to the Financial Crisis, Meeting Told», *New Straits Times* (Kuala Lumpur), 1 de junio de 1999; Nussara Sawatsawang, «Prostitution: Alarm Bells Sound Amid Child Sex Rise», *Bangkok Post*, 24 de diciembre de 1999; Luz Baguioro, «Child Labour Rampant in the Philippines», *Straits Times* (Singapur), 12 de febrero de 2000; «Asian Financial Crisis Rapidly Creating Human Crisis: World Bank», *Agence France-Presse*, 29 de septiembre de 1998.

36. Laura Myers, «Albright Offers Thais Used F-I6s, Presses Banking Reforms», *Associated Press*, 4 de marzo de 1999.

37. Oficina de Evaluación Independiente del FMI, *The IMF and Recent Capital Account Crises: Indonesia, Korea, Brazil*, Washington, D.C., International Monetary Fund, 12 de septiembre de 2003, págs. 42-43, <www.imf.org>; Grenville, «The IMF and the Indonesian Crisis», *op. cit.*, pág. 8.

38. Craig Mellow, «Traacherous Times», *Institulional Investor International Edition*, mayo de 1999.

39. Raghavan, «Wall Street Is Scavenging In Asia-Pacific», *op. cit.*

40. Rory McCarthy, «Merrill Lynch Buys Yamaichi Branches, Now Japan's Biggest Foreign Broker», *Agence France-Presse*, 12 de febrero de 1998; «Phatra Thanakit Announces Partnership with Merrill Lynch», Merrill Lynch (nota de prensa), 4 de junio de 1998; Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), *World Investment Report 1998: Trenas and Determinants*, Nueva York, United Nations, 1998, pág. 337; James Xiaoning Zhan y Terutomo Uzawa, *Business Restructuring in Asia: Cross-Border M amp;As in the Crisis Period*, Copenhagen, Copenhagen Business School Press, 2001, pág. 100; «Advisory Board for Salomón», *Financial Times* (Londres), 18 de mayo de 1999; «Korea Ssangyong Sells Info Unit Shares to Carlyle», *Reuters News*, 2 de enero de 2001; «JP Morgan-Carlyle Consortium to Become Largest Shareholder of KorAm», *Korea Times* (Seúl), 9 de septiembre de 2000.

41. Nicholas D. Kristof, «Worsening Financial Flu in Asia Lowers Immunity to U.S. Business», *New York Times*, 1 de febrero de 1998.

42. Lewis, «The World's Biggest Going-Out-or-Business Sale», op. cit.; Mark L. Clifford, «Invasion of the Bargain Snatchers», *Business Week*, 2 de marzo de 1998.

43. Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), *World Investment Report 1998*, pág. 336; Zhan y Uzawa, *Business Restructuring in Asia*, op. cit., pág. 99; «Chronology: GM Takeover Talks with Daewoo Motor Creditors», *Reuters*, 30 de abril de 2002.

44. Zhan y Ozawa, *Business Restructuring in Asia*, op. cit., págs. 96-102; Clifford, «Invasion of the Bargain Snatchers», op. cit.

45. Alexandra Harney, «GM Close to Taking 67 % Stake in Daewoo for \$400M», *Financial Times* (Londres), 20 de septiembre de 2001; Stephanie Strom, «Korea to Sell Control of Banks to U.S. Investors», *New York Times*, 1 de enero de 1999.

46. Charlene Barshefsky, «Trade Issues with Asian Countries», testimonio ante el Subcomité de Comercio del Comité sobre Modos y Medios de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 24 de febrero de 1998.

47. «International Water: Aya la Con sortium Wins Mani la Wa ter Privatization Contract», *Business Wire*, 23 de enero de 1997; «Bechtel Wins Contract to Build Oil Refinery in Indonesia», *Asia Pulse* (agencia de noticias), 22 de septiembre de 1999; «Mergers of S. Korean Handset Makers with Foreign Cos on the Rise», *Asia Pulse* (agencia de noticias), 1 de noviembre de 2004; Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), *World Investment Report 1998*, pág. 337; Zhan y Ozawa, *Business Reconstructing in Asia*, op. cit., págs. 96-99.

48. Zhan y Ozawa, *Business Restructuring in Asia*, op. cit., págs. 96-102; Robert Wade y Frank Veneroso, «The Asian Crisis: The High Debt Model Versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review*, 228, marzo-abril de 1998.

49. «Milton Friedman Discusses the IMF», *CNN Moneyline with Lou Dobbs*, 22 de enero de 1998.

50. En 1995, la tasa de suicidios fue de 11,8 por cada 100.000 habitantes; en 2005, fue de 26,1 por cada 100.000 habitantes, lo que supuso un incremento del 121 %. *World Factbook 1997*, Washington, D.C., CIA, 1997; *World Factbook 2007*, <[www.cia.gov](http://www.cia.gov)>; «S. Korea Has Top Suicide

Rate among OECD Countries: Report», Asia Pulse (agencia de noticias), 18 de septiembre de 2006; «S. Korean Police Confirm Actress Suicide», Agence France-Presse, 12 de febrero de 2007<sup>51</sup>. Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (UN-HABITAT), *2005 Annual Report*, Nairobi, UN-HABITAT, 2006, págs. 5-6, <www.unhcr.org>; Rainer Maria Rilke, *Duino Elegies and the Sonnets to Orpheus*, traducción al inglés del original alemán a cargo de A. Poulin Jr., Boston, Houghton Mifflin, 1977, pág. 51 (trad. cast.: *Elegías de Duino; Sonetos a Morfeo*, Madrid, Cátedra, 1987)

52. «Indonesia Admits to Rapes during Riots», *Washington Post*, 22 de diciembre de 1998.

53. «The Weakest Link», op. cit.; Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 1999, págs. 452-453 (trad. cast.: *Tradición versus innovación*, Buenos Aires, Atlántida, 1999).

54. «The Critics of Capitalism», *Financial Times* (Londres), 27 de noviembre de 1999.

55. Fischer, *Commanding Heights*, op. cit.; Blustein, *The Chastening*, op. cit., págs. 6-7.

## Capítulo 14:

# Terapia de *shock* en Estados Unidos: la burbuja de seguridad de la patria

1. Tom Baldwin, «Revenge of the Battered Generáis», *Times* (Londres), 18 de abril de 2006.

2. Reuters, «Britain's Ranking on Surveillance Worries Privacy Advocate», *New York Times*, 3 de noviembre de 2006.

3. Daniel Gross, «The Homeland Security Bubble», *Slatc.com*, 1 de junio de 2005.

4. Robert Burns, «Defense Chief Shuns Involvement in Weapons and Merger De-cisions to Avoid Conflict of Interest», Associated Press, 23 de agosto de 2001.

5. John Burgess, «Tuning in to a Trophy Technology», *Washington Post*, 24 de marzo de 1992; «TIS Worldwide Announces the Appointment of the Honorable Donald Rumsfeld to its Board of Advisors», *PR Newswire*, 25 de abril de 2000; Geoffrey Lean y Jonathan Owen, «Donald Rumsfeld Makes \$5M Killing on Bird Flu Drug», *Independent* (Londres), 12 de marzo de 2006.

6. George W. Bush, «Bush Delivers Remarks with Rumsfeld, Gates», *CQ Trans-cripts Wire*, 8 de noviembre de 2006.

7. Joseph L. Galloway, «After Losing War Game, Rumsfeld Packed Up His Military and Went to War», *Knight-Ridder*, 26 de abril de 2006.

8. Jeffrey H. Birnbaum, «Mr. CEO Goes to Washington», *Fortune*, 19 de marzo de 2001.

9. Donald H. Rumsfeld, «Secretary Rumsfeld's Remarks to the Tom Hopkins, Paul H. Nitze School of Advanced International Studies», 5 de diciembre de 2005, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>; Tom Peters, *The Circle of Innovation*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1997, pág. 16 (trad. cast.: *El círculo de la innovación: amplie su camino hacia el éxito*, Barcelona, Deusto, 1998).

10. La información de las dos páginas siguientes procede de Donald H. Rumsfeld, «DoD Acquisition and Logistics Excellence Week Kickoff: Bureaucracy to Battle-field», conferencia celebrada en el Pentágono, 10 de septiembre de 2001, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>.

11. Carolyn Skorneck, «Senate Committee Approves New Base Closings, Cuts \$1.3 Billion from Missile Defense», Associated Press, 7 de septiembre de 2001; Rumsfeld, «DoD Acquisition and Logistics Excellence Week Kickoff», *op. cit.*

12. Bill Hemmer y Jamie McIntyre, «Defense Secretary Declares War on the Pentagon's Bureaucracy», *CNN Evening News*, 10 de septiembre de 2001.

13. Donald Rumsfeld, «Tribute to Milton Friedman», Washington, D.C., 9 de mayo de 2002, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>; Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 345.

14. Friedman y Friedman, *Two Lucky People*, *op. cit.*, pág. 391.

15. William Gruber, «Rumsfeld Reflects on Politics, Business», *Chicago Tribune*, 20 de octubre de 1993; Stephen J. Hedges, «Winter Comes for a Beltway Lion», *Chicago Tribune*, 12 de noviembre de 2006.

16. Greg Schneider, «Rumsfeld Shunning Weapons Decisions», *Washington Post*, 24 de agosto de 2001; Andrew Cockburn, *Rumsfeld: His Rise, Fall, and Catastrophic Legacy*, Nueva York, Scribner, 2007, págs. 89-90; Randeep Ramesh, «The Two Faces of Rumsfeld», *Guardian* (Londres), 9 de mayo de 2003; Richard Behar, «Rummy's North Korea Connection», *Fortune*, 12 de mayo de 2003.

17. Joe Palca, «Salk Polio Vaccine Conquered Terrifying Disease», *National Public Radio: Morning Edition*, 12 de abril de 2005; David M. Oshinsky, *Polio: An American Story*, Oxford, Oxford University Press, 2005, págs. 210-211. Nota a pie de página: Carly Weeks, «Tamiflu Linked to 10 Deaths», *Gazette* (Montreal), 30 de noviembre de 2006; Dorsey Griffith, «Psychiatric Warning Put on Flu Drug», *Sacramento Bee*, 14 de noviembre de 2006.

18. Knowledge Ecology International, «KEI Request for investigation into Anti-competitive Aspects of Gilead Voluntary Licenses for Patents on Tenofovir and Emtricitabine», 12 de febrero de 2007, <[www.keionline.org](http://www.keionline.org)>.

19. John Stanton, «Big Stakes in Tamiflu Debate», *Roll Call*, 15 de diciembre de 2005.

20. La información de los dos párrafos siguientes procede de T Christian Miller, *Blood Money: Wasted Billions, Lost Lives and Corporate Greed in Iraq*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2006, págs. 77-79.

21. Joan Didion, «Cheney: The Fatal Touch», *The New York Review of books*, 5 de octubre de 2006.

22. Dan Briody, *Halliburton Agenda: The Politics of Oil and Money*, Nueva Jersey, John Wiley and Sons, 2004, págs. 198-199; David H. Hackworth, «Balkans Good for Texas-Based Business», *Sun Sentinel* (Fort Lauderdale), 16 de agosto de 2001.

23. Antonia Juhasz, *Bush Agenda: Invading the World, One Economy at a Time*, Nueva York, Regan Books, 2006, pág. 120.

24. Jonathan D. Salant, «Cheney: I'll Fortfeit Options», Associated Press, 1 de septiembre de 2000.

25. «Lynne Cheney Resigns from Lockheed Martin Board», Servicio de noticias Dow Jones, 5 de enero de 2001.

26. Tim Weiner, «Lockheed and the Future of Warfare», *New York Times*, 28 de noviembre de 2004. Nota a pie de página: Jeff McDonald, «City Looks at County's Outsourcing as Blueprint», *San Diego Union-Tribune*, 23 de julio de 2006.

27. Sam Howe Verhovek, «Clinton Reining in Role for Business in Welfare Effort», *New York Times*, 11 de mayo de 1997; Barbara Vobejda, «Privatization of Social Programs Curbed», *Washington Post*, 10 de mayo de 1997.

28. Michelle Breyer y Mike Ward, «Running Prisons for a Profit», *Austin American-Statesman*, 4 de septiembre de 1994; Judith Greene, «Bailing Out Private Jails», *The American Prospect*, 10 de septiembre de 2001; Madeline Baro, «Tape Shows Inmates Bit by Dogs, Kicked, Stunned», Associated Press, 10 de agosto de 1997.

29. Matt Moffett, «Pension Reform Pied Piper Loves Private Accounts», *Wall Street Journal*, 3 de marzo de 2005.

30. «Governor George W. Bush Delivers Remarks on Government Reform», *FDCH Political Transcripts*, Filadelfia, 9 de junio de 2000.

31. Jon Elliston, «Disaster in the Making», *Tucson Weekly*, 23 de septiembre de 2004.

32. Joe M. Allbaugh, «Current FEMA Instructions and Manuals Numerical Index», testimonio del director de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, Joe M. Allbaugh, ante los departamentos de Asuntos de Veteranos, Vivienda y Desarrollo Urbano y el Subcomité de Agencias Independientes del Comité de Apropiaciones del Senado, 16 de mayo de 2001.

33. John F. Harris y Dana Milbank, «For Bush, New Emergencies Ushered in a New Agenda», *Washington Post*, 22 de septiembre de 2001; Oficina de Contabilidad General de Estados Unidos, *Aviation Security: Long-Standing Problems Impair Airport Screeners' Performance*, junio de 2000, pág. 25, <www.gao.gov>.

34. Comisión Nacional sobre Ataques Terroristas contra Estados Unidos, *The 9/11 Commission Report: Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States*, 2004, pág. 85, <www.gpoaccesss.gov>.

35. Anita Manning, «Company Hopes to Restart Production of Anthrax Vaccine», *USA Today*, 5 de noviembre de 2001.

36. J. McLane, «Conference to Honor Milton Friedman on His Ninetieth Birthday», *Chicago Business*, 25 de noviembre de 2002, <www.chibus.com>.

37. Joan Ryan, «Home of the Brave», *San Francisco Chronicle*, 23 de octubre de 2001; George W. Bush, «President Honors Public Servants», Washington, D.C., 15 de octubre de 2001.

38. George W. Bush, «President Discusses War on Terrorism», Atlanta, Georgia, 8 de noviembre de 2001.

39. Harris y Milbank, «For Bush, New Emergencies Ushered in a New Agenda», *op. cit.*

40. Andrew Bacevich, «Why Read Clausewitz When Shock and Awe Can Make a Clean Sweep of Things?», *London Review of Books* 8 de junio de 2006. Nota a pie de página: Scott Shane y Ron Nixon. «In Washington, Contractors Take on Biggest Role Ever», *New York Times*, 4 de febrero de 2007.

41. Evan Ratliff, «Fear, Inc.», *Wired*, diciembre de 2005.

42. Shane y Nixon, «In Washington, Contractors Take on Biggest Role Ever», *op. cit.*

43. Matt Richtel, «Tech Investors Cull Start-Ups for Pentagon», *Washington Post*, 7 de mayo de 2007; Defense Venture Catalyst Initiative, «An Overview of the Defense Venture Catalyst Initiative», <devenci.dtic.mil>.

44. Ratliff, «Fear, Inc.», *op. cit.*

45. Jason Vest, «Inheriting a Shambles at Defense», *Texas Observer* (Austin), 1 de diciembre de 2006; Ratliff, «Fear, Inc.», *op. cit.*; Paladin

Capital Group, «Lt. General (Ret) USAF Kenneth A. Minihan», Paladin Team, 2 de diciembre de 2003, <www.paladincapgroup.com>.

46. Oficina de Seguridad Nacional, *National Strategies for Homeland Security*, julio de 2002, pág. 1, <www.whitehouse.gov>; Ron Suskind, *The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of his Enemies Since 9/11*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006 (trad. cast.: *La doctrina del uno por ciento: la historia secreta de la lucha contra Al Queda*, Barcelona, Península, 2006); «Terror Fight Spawns Startups», *Red Herring*, 5 de diciembre de 2005.

47. Cámara de Representantes de Estados Unidos, Comité sobre Reforma del Gobierno: Personal Minoritario, División de Investigaciones Especiales, *Dollars, Not Sense: Government Contracting Under the Bush Administration*, preparado para el congresista Henry A. Waxman, junio de 2006, pág. 5, <democrats.reform.house.gov>; Tim Shorrock, «The Corporate Takeover of U.S. Intelligence», *Salon*, 1 de junio de 2007, <www.salon.com>; Rachel Monahan y Elena Herrero Beaumont, «Big Time Security», *Forbes*, 3 de agosto de 2006; Agencia Central de Inteligencia (CIA). *World Facy Book 2007*, <www.cia.gov>; «U.S. Government Spending in States Up 6 Pet. in FY'03», Reuters, 7 de octubre de 2004; Frank Rich, «The Road from K Street to Yusufiya», *New York Times*, 25 de junio de 2006.

48. Monahan y Herrero Beaumont, «Big Time Security», *op. cit.*; Ratliff, «Fear, Inc.», *op. cit.*

49. La cifra procede de Roger Cressey, ex oficial de contraterrorismo de Bush y actual presidente de Good Harbor (Consulting. Rob Evans y Alexi Mostrous, «Britain's Surveillance Future», *Guardian* (Londres), 2 de noviembre de 2006; Mark Johnson, «Video, Sound Advances Aimed at War on Terror», Associated Press, 2 de agosto de 2006; Ellen McCarthy, «8 Firms Vie for Pieces of Air Force Contract», *Washington Post*, 14 de septiembre de 2004.

50. Brian Bergstein, «Attacks Spawned a Tech-Security Market That Remains Young Yet Rich», Associated Press, 4 de septiembre de 2006.

51. Mure Dickie, «Yahoo Backed on Helping China Trace Writer», *Financial Times* (Londres), 10 de noviembre de 2005; Leslie Cauley, «NSA Has Massive Database of Americans' Phone Calls», *USA Today*, 11 de mayo de 2006; «Boeing Team Awarded SBInet Contract by Department of



Homeland Security», comunicado de prensa, 21 de septiembre de 2006, <www.boeing.com>.

52. Robert O'Harrow Jr., *No Place to Hide*, Nueva York, Free Press, 2005.

53. «Terror Fight Spawns Starrups», *op. cit.*

54. Justin Rood, «FBI Terror Watch List "Out of Control"», *The Blogger blog on ABC News*, 13 de junio de 2007, <www.abcnews.com>; Ed Pilkington, «Millions Assigned Terror Risk Score on Trips to the US», *Guardian* (Londres), 2 de diciembre de 2006.

55. Rick Anderson, «Flog is My Co-Pilot», *Seattle Weekly*, 29 de noviembre de 2006; Jane Mayer, «The CIA's Travel Agent», *The New Yorker*, 30 de octubre de 2006; Brian Knowlton, «Report Rejects European Denial of CIA Prisons», *New York Times*, 29 de noviembre de 2006; Mayer, «The CIA's Travel Agent», *op. cit.*; Stephen Grey, *Ghost Plane: The True Story of the CIA Torture Program*, Nueva York, St. Martin's Press, 2006, pág. 80; Pat Milton, «ACLU Files Suit Against Boeing Subsidiary, Saying it Enabled Secret Overseas Torture», Associated Press, 31 de mayo de 2007.

56. Andrew Buneombe, «New Maximum-Security Jail to Open at Guantanamo Bay», *Independent* (Londres), 30 de julio de 2006; Pratap Chatterjee, «Intelligence in Iraq: L-3 Supplies Spy Support», *CorpWatch*, 9 de agosto de 2006, <www.corpwatch.com>.

57. Michelle Faul, «Guantanamo Prisoners for Sale», Associated Press, 31 de mayo de 2005; John Simpson, «No Surprises in the War on Terror», *BBC News*, 13 de febrero de 2006; John Mintz, «Detainees Say They Were Charity Workers», *Washington Post*, 26 de mayo de 2002.

58. El prisionero en cuestión fue Adel Fattough Ali Algazzar. Dave Gilson, «Why Am I in Cuba?», *Mother Jones*, septiembre-octubre de 2006; Simpson, «No Surprises in the War on Terror», *op. cit.*; Andrew O. Selsky, «AP: Some Gitmo Detainees Freed Elsewhere», *USA Today*, 15 de diciembre de 2006.

59. Gary Stoller, «Homeland Security Generates Multibillion Dollar Business», *USA Today*, 10 de septiembre de 2006.

60. Sarah Anderson, John Cavanagh, Chuck Collins y Eric Benjamin. «Executive Excess 2006: Defense and Oil Executives Cash in on Conflict», 30 de agosto de 2006, pág. 1, <www.faireconomy.org>.

61. Ratliff, «Fear, Inc.», *op. cit.*

62. O'Harrow, *No Place to Hide*, *op. cit.*, pág. 9.

## Capítulo 15:

# Un Estado corporativista: quitar la puerta giratoria para poner en su lugar una entrada en arco

1. Jim Krane, «Former President Bush Battles Arab Critics of His Son», Associated Press, 21 de noviembre de 2006.

2. Scott Shane y Ron Nixon, «In Washington, Contractors Take on Biggest Role Ever», *New York Times*, 4 de febrero de 2007.

3. Jane Mayer, «Contract Sport», *The New Yorker*, 16 de febrero de 2004.

4. «HR 5122: John Warner, National Defense Authorization Act For Fiscal Year 2007 (Enrolled as Agreed to or Passed by Both House and Senate)», <thomas.loc.gov>.

5. «Remarks of Sen. Patrick Leahy on National Defense Authorization Act For Fiscal Year 2007, Conference Report, Congressional Record», States News Services, 29 de septiembre de 2006.

6. Gilead Sciences, «Stock Information: Historical Price Lookup», <www.gilead.com>.

7. Entrevista con Stephen Kinzer, *Democracy Now!*, 21 de abril de 2006, <ww.democracynow.org>.

8. La frase «interrelacionadas y se reforzaban mutuamente» es del historiador James A. Bill. Stephen Kinzer, *Overthrow: America's Century of R gime Change from Hawaii to Iraq*, Nueva York, Times Books, 2006. pág. 122.

9. Robert Burns, «Defense Chief Shuns Involvement in Weapons and Merger Decisions to Avoid Conflict of Interest», Associated Press, 23 de agosto de 2001; Matt Kelley, «Defense Secretary Sold Up to \$91 Million in Assets to Comply with Ethics Rules, Compains about Disclosure Form», Associated Press, 18 de junio de 2002; Pauline Jelinek, «Rumsfeld Asks for Deadline Extensión», Associated Press, 17 de julio de 2001.

10. John Stanton, «Big Stakes in Tamiflu Debate», *Roll Call*, 15 de diciembre de 2005.

11. El informe de resultados de Rumsfeld del año 2005 demuestra que posee «acciones por un valor de hasta 95,9 millones de dólares, de las cuales obtuvo unos ingresos de hasta 13 millones, además de poseer terrenos valorados en 17 millones y ganar 1 millón con su alquiler». Geoffrey Lean y Jonathan Owen, «Donald Rumsfeld Makes \$5m Killing on Bird Flu Drug», *Independent* (Londres), 12 de marzo de 2006; Kelley, «Defense Secretary Sold up to \$91 Million in Assets...», *op. cit.*

12. Burns, «Defense Chief Shuns Involvement...», *op. cit.*

13. Stanton, «Big Stakes in Tamiflu Debate», *op. cit.*

14. Nelson D. Schwartz, «Rumsfeld's Growing Stake in Tamiflu», *Fortune*, 31 de octubre de 2005.

15. Gilead Sciences, «Stock Information: Historical Price Lookup», <[www.gilead.com](http://www.gilead.com)>.

16. Cassell Bryan-Low, «Cheney Cashed in Halliburton Options Worth \$35 Million», *Wall Street Journal*, 20 de septiembre de 2000.

17. Ken Herman, «Cheney's Earn \$8,8 Million to Bushes' \$735,000», *Austin American-Statesman*, 15 de abril de 2006; Halliburton, Investor Relations, «Historical Price Lookup», <[www.halliburton.com](http://www.halliburton.com)>.

18. Sarah Karush, «Once Privileged in Iraq, Russian Oil Companies Hope to Compete on Equal Footing After Saddam», Associated Press, 14 de marzo de 2003; Sa-eed Shah, «Oil Giants Scramble for Iraqi Riches», *Independent* (Londres), 14 de marzo de 2003.

19. «Waiting for the Green Light», *Petroleum Economist*, 1 de octubre de 2006.

20. Lean y Owen, «Donald Rumsfeld Makes \$5m Killing on Bird Flu Drug», *op. cit.*

21. Jonathan Weisman, «Embattled Rep. Ney Won't Seek Reelection», *Washington Post*, 8 de agosto de 2006; Sonya Geis y Charles R. Babcock, «Former GOP Law-maker Gets 8 Years», *Washington Post*, 4 de marzo de 2006; Judy Bachsach, «Washington Babylon», *Vanity Fair*, 1 de agosto de 2006.

22. Eric Lipton, «Former Antiterror Officials Find Industry Pays Better», *New York Times*, 18 de julio de 2006.

23. Ellen Nakashima, «Ashcroft Finds Private-Sector Niche», *Washington Post*, 12 de agosto de 2006; Lipton, «Former Antiterror Officials Find Industry Pays Better», *op. cit.*; Good Harbor Consulting, LLC, [www.goodharbor.net](http://www.goodharbor.net), Paladin Capital Group, «R. James Woolsey-

VP», [www.paladincapgroup.com](http://www.paladincapgroup.com), Booz Allen Hamilton, «R. James Woolsey», [www.boozallen.com](http://www.boozallen.com) Douglas Jehl, «Insiders' New Firm Consults on Iraq», New York Times, 30 de septiembre de 2003; «Former FEMA Head to Start Consulting Business on Emergency Planning», Associated Press, 24 de noviembre de 2005.

24. «Former FEMA Head Discussed Wardrobe during Katrina Crisis», Associated Press, 3 de noviembre de 2005.

25. Seymour M. Hersh, «The Spoils of the Gulf War», New Yorker, 6 de septiembre de 1993.

26. Michael Isikoff y Mark Hosenball, «A Legal Counterattack», Newsweek, 16 de abril de 2003; John Council, «Baker Botts' "Love Shack" for Clients», Texas Lazo- 'er, 6 de marzo de 2006; Erin E. Arvedlund, «Russian Oil Politics in a Texas Court», New York Times, 15 de febrero de 2005; Robert Bryce, «It's a Baker Botts World», 'Ube Nation, 11 de octubre de 2004.

27. Peter Smith y James Politi, «Record Pay-Outs from Carlyle and .KKR», Financial Times (Londres), 20 (1 de octubre de 2004).

28. «Cutting James Baker's Ties» New York Times, 12 de diciembre de 2003.

29. La información de los dos párrafos siguientes procede de Naomi Klein, «James Baker's Double Life: A Special Investigation», The Nation, publicado en línea el 12 de octubre de 2004, [www.thenation.com](http://www.thenation.com)

30. David Leigh, «Carlyle Pulis Out of Iraq Debt Recovery Consortium», Guardian (Londres), 15 de octubre de 2004; Comisión de Compensación de Naciones Unidas, «Payment of Compensation», comunicados de prensa, 2005-2006, [www.unog.ch](http://www.unog.ch); Klein, «James Baker's Double Life», op. cit.; Banco Mundial, «Data Sheet for Iraq», 23 de octubre de 2006, [www.worldbank.org](http://www.worldbank.org).

31. Eric Schmitt, «New Group Will Lobby for Change the Iraqi Rule», New York Times, 15 de noviembre de 2002; George P. Shultz, «Act Now», Washington Post, 6 de septiembre de 2002; Harry Esteve, «Ex-Secretary Snirns for Guernatorial Hopeful», Oregonian (Portland), 12 de febrero de 2002; David R. Baker, «Bechtel Pulling Out after 3 Rough Years of Rebuilding Work», San Francisco Chronicle, 1 de noviembre de 2006.

32. Tim Weiner, «Lockheed and the Future of Warfare», New York Times, 28 de noviembre de 2004; Schnitt, «New Group Will Lobby for Change in Iraqi Rule», op. cit.; John Laughland, «The Prague Racket»,

Guardian (Londres), 22 de noviembre de 2002; John B. Judis, «Minister without Portfolio», *The American Prospect*, mayo de 2003; Lockheed Martin, Investor Relations, «Stock Price Details», [www.lockheedmartin.com](http://www.lockheedmartin.com).

33. Bob Woodward, *State of Denial*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006, págs. 406-407.

34. James Dao, «Making a Return to the Political Stage», *New York Times*, 28 de noviembre de 2002; Leslie H. Gelb, «Kissinger Means Business», *New York Times*, 20 de abril de 1986; Jeff Gerth, «Ethics Disclosure Filed with Panel», *New York Times*, 9 de marzo de 1989.

35. James Harding, «Kissinger Second Take», *Financial Times* (Londres), 14 de diciembre de 2002.

36. Seymour M. Hersh, «Lunch with the Chairman», *The New Yorker*, 17 de marzo de 2003.

37. *Ibidem*; Thomas Donnelly y Richard Pede, «Gas Station in the Sky», *Wall Street Journal*, 14 de agosto de 2003. Nota a pie de página: R. Jeffrey Smith, «Tanker Inquiry Finds Rumsfeld's Attention Was Elsewhere», *Washington Post*, 20 de junio de 2006; Tony Capaccio, «Boeing Proposes Bonds for 767 Lease Deal», *Seattle Times*, 4 de marzo de 2003.

38. Hersh, «Lunch with the Chairman»; Tom Hamburger y Dennis Berman, «U.S. Adviser Perle Resigns as Head of Defense Board», *Wall Street Journal*, 28 de marzo de 2003.

39. Entrevista con Richard Perle, *CNN: Late Edition with Wolf Blitzer*, 9 de marzo de 2003.

40. Judis, «Minister without Portfolio», *op. cit.*; David S. Hilzenrath, «Richard N. Perle's Many Business Ventures Followed His Years as a Defense Official», *Washington Post*, 24 de mayo de 2004; Hersh, «Lunch with the Chairman», *op. cit.*; T. Christian Miller, *Blood Money: Wasted Billions, Lost Lives and Corporate Greed in Iraq*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2006, pág. 73.

## Capítulo 16:

# Borrando Irak: en busca de un «modelo» para Oriente Medio

1. Andrew M. Wyllie, «Convulsion Therapy of the Psychoses», *Journal of Mental Science*, n° 86, marzo de 1940, pág. 248.
2. Richard Cohen, «The Lingo of Vietnam», *Washington Post*, 21 de noviembre de 2006.
3. «Deputy Secretary Wolfowitz Interview with Sam Tannenhaus, Vanity Fair», transcripción, 9 de mayo de 2003, <[www.defenselink.mil](http://www.defenselink.mil)>.
4. Nota a pie de página: *2007 Index of Economic Freedom*, Washington, D.C., Heritage Foundation and *The Wall Street Journal*, 2007, pág. 326, <[www.heritage.org](http://www.heritage.org)>.
5. Thomas L. Friedman, «The Long Bomb», *New York Times*, 2 de marzo de 2003; Joshua Muravchik, «Democracy's Quiet Victory», *New York Times*, 19 de agosto de 2002; Robert Dreyfuss, «Just the Beginning», *American Prospect*, 1 de abril de 2003. Nota a pie de página: John Norris, *Collision Course: NATO, Russia, and Kosovo*, Westport, Connecticut, Praeger, 2005, págs. XXII-XXIII.
6. George W. Bush, «President Discusses Education, Entrepreneurship and Home Ownership at Indiana Black Expo», Indianápolis, Indiana, 14 de julio de 2005.
7. Edwin Chen y Maura Reynolds, «Bush Seeks U.S.-Mideast Trade Zone to Bring Peace, Prosperity to Region», *Los Angeles Times*, 10 de mayo de 2003.
8. Harlan Ullman, «"Shock and Awe" Misunderstood», *USA Today*, 8 de abril de 2003.
9. Peter Johnson, «Medias War Footing Looks Solid», *USA Today*, 17 de febrero de 2003.
10. Thomas L. Friedman, «What Were They Thinking?», *New York Times*, 7 de octubre de 2005.
11. Departamento de Estado de Estados Unidos, «Memoranda of Conversation», 10 de junio de 1976, desclasificado, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

12. George W. Bush, discurso con motivo de la inauguración, 20 de enero de 2005.

13. Norman Friedman, *Desert Victory: The War for Kuwait*, Annapolis, Maryland, Naval Institute Press, 1991, pág. 185; Michael R. Gordon y Bernard E. Trainor, *Cobra II: The Inside Story of the Invasion and Occupation of Iraq*, Nueva York, Pantheon Books, 2006, pág. 551.

14. Anthony Shadid, *Night Draws Near: Iraq's People in the Shadow of America's War*, Nueva York, Henry Holt, 2005, galeradas, pág. 95. Citado con el permiso del autor.

15. Harlan K. Ullman y James P. Wade, *Shock and Awe: Achieving Rapid Domination*, Washington, D.C., NDU Press Book, 1996, pág. 55; Ron Suskind, *The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of Its Enemies Since 9/11*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006, págs. 123 y 124 (trad. cast.: *La doctrina del uno por ciento: la historia de la lucha contra Al Qaeda*, Barcelona, Península, 2006).

16. Ullman y Wade, «Shock and Awe», *op. cit.*, págs. xxv, 17, 23 y 29.

17. Maher Arar, «I Am Not a Terrorist: I Am Not a Member of Al-Qaida», *Vancouver Sun*, 5 de noviembre de 2003.

18. «Iraq Faces Massive U.S. Missile Barrage», *CBS News*, 24 de enero de 2003.

19. «U.S. Tests Massive Bomb», *CNN: WolfBlitzer Reports*, 11 de marzo de 2003.

20. *Ibidem*.

21. Rajiv Chandrasekaran y Peter Baker, «Allies Struggle for Supply Lines», *Washington Post*, 30 de marzo de 2003; John Lee Anderson, *The Fall of Bagdad*, Nueva York, Penguin Press, 2004, pág. 199 (trad. cast.: *La caída de Bagdad*, Barcelona, Anagrama, 2005); Gordon y Trainor, *Cobra II*, *op. cit.*, pág. 465. Nota a pie de página: Charles Duelfer, *Comprehensive Report of the Special Advisor to the DCI on Iraq's WMD*, vol. 1, 30 de septiembre de 2004, pág. 11, <www.cia.gov>.

22. Shadid, *Night Draws Near*, *op. cit.*, pág. 71.

23. Suzanne Goldenberg, «War in the Gulf: In an Instant We Were Plunged into Endless Night», *Guardian* (Londres), 4 de abril de 2003.

24. «Restoring a Treasured Past», *Los Angeles Times*, 17 de abril de 2003.

25. Charles J. Hanley, «Looters Ransack Iraq's National Library», *Associated Press*, 15 de abril de 2003.

26. Michael D. Lemonick, «Lost to the Ages», *Time*, 28 de abril de 2003; Louise Witt, «The End of Civilization», *Salon*, 17 de abril de 2003, <www.salon.com>.

27. Thomas E. Ricks y Anthony Shadid, «A Tale of Two Baghdads», *Washington Post*, 2 de junio de 2003.

28. Frank Rich, «And Now: "Operation Iraqi Looting"», *New York Times*, 21 de abril de 2003.

29. Donald H. Rumsfeld, «DoD News Briefing: Secretary Rumsfeld and Gen. Myers», 11 de abril de 2003, <www.defenselink.mil>; Simon Robinson, «Grounding Planes the Wrong Way», *Time*, 14 de julio de 2003.

30. Rajiv Chandrasekaran, *Imperial Life in the Emerald City: Inside Iraq's Green Zone*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2006, págs. 119-120.

31. *Ibidem*, págs. 165-166.

32. Banco Mundial, *World Development Report: 1990*, Oxford, World Bank, 1990, págs. 178-179; New Mexico Coalition for Literacy, *New México Literacy Profile, 2005-2006 Programs*, <www.nmcl.org>. Nota a pie de página: Chandrasekaran, *Imperial Life in the Emerald City*, *op. cit.*, pág. 5.

33. Shafiq Rasul, Asif Iqbal y Rihel Ahmed, *Composite Statement: Detention in Afghanistan and Guantanamo Bay*, Nueva York, Center for Constitutional Rights, 26 de julio de 2004, págs. 96 y 99, <www.ccr-ny.org>.

34. *Ibidem*, págs. 9, 10, 21, 26 y 72.

35. John R Burns, «Looking Beyond His Critics, Bremer Sees Reason for Both Hope and Caution», *New York Times*, 29 de junio de 2004; Steve Kirby, «Bremer Says Iraq Open for Business», Agence France-Presse, 25 de mayo de 2003.

36. Thomas B. Edsall y Juliet Eilperin, «Lobbyists Set Sights on Money-Making Opportunities in Iraq», *Washington Post*, 2 de octubre de 2003.



## Capítulo 17:

# Un *blowback* ideológico: un desastre muy capitalista

1. Según Jeffrey Goldberg, Rice realizó el comentario durante una cena en un restaurante de Georgetown. «La observación sorprendió al resto de comensales. Brent Scowcroft, como explicó más tarde a sus amigos, se quedó perplejo ante el tono evangélico de Rice». Jeffrey Goldberg, «Breaking Ranks», *The New Yorker*, 31 de octubre de 2005.

2. Fareed Zakaria, «What Bush Got Right», *Newsweek*, 14 de marzo de 2005.

3. Phillip Kurata, «Eastern Europeans Urge Iraq to Adopt Rapid Market Reforms», Archivo de Washington, Oficina de Programas de Información Internacional. Departamento de Estado de Estados Unidos, 26 de septiembre de 2003, <usinfo.state.gov>; «Iraq Poll Finds Poverty Main Worry, Sadr Popular», Reuters, 20 de mayo de 2004.

4. Joseph Stiglitz, «Shock without the Therapy», *Business Day* (Johannesburgo), 20 de febrero de 2004; Jim Krane, «U.S. Aims to Keep Iraq Military Control», Associated Press, 13 de marzo de 2004.

5. Entrevista con Richard Perle, *CNN: Anderson Cooper 360 Degrees*, 6 de noviembre de 2006; entrevista con David Frum, *CNN: Late Edition with Wolf Blitzer*, 19 de noviembre de 2006.

6. L. Paul Bremer III, *My Year in Iraq: The Struggle to Build a Future of Hope*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006, pág. 21.

7. Entrevista con Paul Bremer, *PBS: The Charlie Rose Show*, 11 de enero de 2006.

8. Noelle Knox, «Companies Rush to Account for Staff», *USA Today*, 13 de septiembre de 2001; Harlan S. Byrne, «Disaster Relief: Insurance Brokers AON, Marsh Look to Recover, Even Benefit Post-September 11», *Barron's*, 19 de noviembre de 2001.

9. El plan para Irak del general Garner estaba muy claro: arreglar las infraestructuras, celebrar unas elecciones rápidas y amañadas, dejar la terapia de *shock* en manos del Fondo Monetario Internacional y concentrarse en la seguridad de las bases militares de Estados Unidos siguiendo el modelo de Filipinas. «Creo que deberíamos empezar ahora

mismo a considerar Irak como nuestra central de carbón en Oriente Medio», declaró en la BBC]. Entrevista de Greg Palast al general Jay Garner, «Iraq for Sale», BBC TV, 19 de marzo de 2004, <www.gregpalast.com>; Thomas Crampton, «Iraq Official Warns on Fast Economic Shift», *International Herald Tribune* (París), 14 de octubre de 2003; Rajiv Chandrasekaran, «Attacks Force Retreat from Wide-Ranging Plans for Iraq», *Washington Post*, 28 de diciembre de 2003.

10. «Let's All Go to the Yard Sale», *The Economist*, 27 de septiembre de 2003.

11. Autoridad Provisional de la Coalición, *Order Number 37 Tax Estrategy for 2003*, 19 de septiembre de 2003, <www.iraqcoalition.org>; Autoridad Provisional de la Coalición, *Order Number 39 Foreign Investment*, 20 de diciembre de 2003, <www.iraqcoalition.org>; Dana Milbank y Walter Pincus, «U.S. Administrator Imposes Fiat Tax System on Iraq», *Washington Post*, 2 de noviembre de 2003; Rajiv Chandrasekaran, «U.S. Funds for Iraq Are Largely Unspent», *Washington Post*, 4 de julio de 2004. Nota a pie de página: Mark Gregory, «Baghdad's "Missing Billions"», *BBC News*, 9 de noviembre de 2006; David Pallister, «How the US Sent \$12bn in Cash to Iraq. And Watched it Vanish», *Guardian* (Londres), 8 de febrero de 2007.

12. Banco Central de Irak y Autoridad Provisional de la Coalición, «Saddam-Free Dinar Becomes Iraq's Official Currency», 15 de enero de 2004, <www.cpa-iraq.org>; «Hall of Iraqis Lack Drinking Water: Minister», Agence France-Presse, 4 de noviembre de 2003; Charles Clover y Peter Spiegel, «Petrol Queues Block Baghdad as Black Market Drains Off», *Financial Times* (Londres), 9 de diciembre de 2003.

13. Donald H. Rumsfeld, «Prepared Statement for the Senate Appropriations Committee», Washington, D.C., 24 de septiembre de 2003, <www.defenselink.mil>; Borzou Daragahi, «Iraq's Ailing Banking Industry Is Slowly Reviving», *New York Times*, 30 de diciembre de 2004; Laura MacInnis, «Citigroup, U.S. to Propose Back-ing Iraqi Imports», Reuters, 17 de febrero de 2004; Justin Blum, «Big Oi! Companies Train Iraqi Workers Free», *Washington Post*, 6 de noviembre de 2004.

14. Oficina de Presupuesto del Congreso, *Paying for Iraq's Reconstruction: An Update*, diciembre de 2006, pág. 15, <www.cbo.gov>; Chandrasekaran, «U.S. Funds for Iraq Are Largely Unspent», *op. cit.*

15. George W Bush, «President Bush Addresses United Nations General Assembly», Ciudad de Nueva York, 23 de septiembre de 2003; George W. Bush, «President Addresses the Nation», 7 de septiembre de 2003.

16. James Glanz, «Violence in Iraq Curbs Work of 2 Big Contractors», *New York Times*, 22 de abril de 2004.

17. Rajiv Chandrasckaran, «Best-Connected Were Sent to Rebuild Iraq», *Washington Post*, 17 de septiembre de 2006; Holly Yeager, «Halliburton's Iraq Army Contract to End», *Financial Times* (Londres), 13 de julio de 2006.

18. Oficina del Inspector General, USAID, *Audit of USAID/Iraq's Economic Reform Program*, informe número E-266-04-004-P, 20 de septiembre de 2004, págs. 5-6, <www.usaid.gov>; USAID, «Award/Contract», informe número C-OO-O3-OO043-OO; Mark Brunswick, «Opening of Schools to Test Iraqis' Confidence», *Star Tribune* (Minneapolis), 17 de septiembre de 2006. Nota a pie de página: James Rupert, «Schools a Bright Spot in Iraq», *Seattle Times*, 30 de junio de 2004.

19. Ron Wyden, «Dorgan, Wyden, Waxamn, Dingell Cali to End Outsourcing ot Oversight for Iraq Reconstruction», comunicado de prensa, 5 de mayo de 2004, <wy-den.senate.gov>; «Carolinas Companies Find Profits in Iraq», Associated Press, 2 de mayo de 2004; James Mayfield, «Understanding Islam and Terrorism: 9/11», 6 de agosto de 2002, en <www.texas-houstonmission.org>, entrada el 7 de enero de 2005; Sis Mayfield, «Letters from President Mayfield», 27 de febrero de 2004, en <www.texas-houstonmission.org>, entrada el 7 de enero de 2005.

20. Rajiv Chandrasekaran, «Defense Skirts State in Reviving Iraqi Industry», *Washington Post*, 14 de mayo de 2007.

21. Este ejemplo de los comentarios de Gaidar procede de Mark Masarskii, asesor de iniciativa empresarial para el gobierno de Moscú. Jim Krane, «Iraq's Fast Track to Capitalism Scares Baghdad's Businessmen», Associated Press, 3 de diciembre de 2003; Lynn D. Nelson e Irina Y. Kuzes, «Privatization and the New Business Class», en David Lañe (comp.), *Russia in Transition: Politics, Privatization, and Inequality*, Londres, Longman, 1995, pág. 129. Nota a pie de página: Kevin Begos, «Good Intentions Meet Harsh Reality», *Winston-Salem Journal*, 19 de diciembre de 2004.

22. Dahr Jamail y Ali al-Fadhily, «U.S. Resorting to "Collective Punishment"», inter Press Service, 18 de septiembre de 2006.
23. Gilbert Burnham y otros, «Mortality after the 2003 Invasión of Iraq: A Cross-Sectional Cluster Sample Survey», *Lancet*, n° 368, 12 de octubre de 2006, págs. 1.421 —1.428.
24. Ralph Peters, «Last Gaps in Iraq», *USA Today*, 2 de noviembre de 2006.
25. Oxford Research International, *National Survey o/Iraq*, febrero de 2004, pág. 20, <news.bbc.co.uk>; Donald MacIntyre, «Sistani Most Popular Iraqi Leader, U.S. Pollsters Find», *Independent* (Londres), 31 de agosto de 2004.
26. Bremer, *My Year in Iraq*, *op. cit.*, pág. 71.
27. «The Lost Year in Iraq», *PBS Frontline*, 17 de octubre de 2006.
28. Patrick Graham, «Beyond Fallujah: A Year with the Iraqi Resistance», *Harper's*, 1 de junio de 2004.
29. Rajiv Chandrasekaran, *Imperial Life in the Emerald City: Inside Iraq's Green Zone*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2006, pág. 1.18.
30. Alan Wolfe, «Why Conservatives Can't Govern», *Washington Monthly*, julio-agosto de 2006.
31. Ariana Eunjung Cha, «In Iraq, the Job Opportunity of a Lifetime», *Washington Post*, 23 de mayo de 2004.
32. Chandrasekaran, *Imperial Life in the Emerald City*, *op. cit.*, págs. 214-218; T. Christian Miller, «U.S. Priorities Ser Back Its Healthcare Goals in Iraq», *Los Angeles Times*, 30 de octubre de 2005.
33. Jim Krane, «Traqi Businessmen Now Face Competition», Associated Press, 3 de diciembre de 2003.
34. Chandrasekaran, *Imperial Life in the Emerald City*, *op. cit.*, pág. 288.
35. «National Defense Authorization Act for Fiscal Year 2007», *Congressional Record: Senate*, 14 de junio de 2006, págs. S5.855.
36. Griff Witte, «Despite Billions Spent, Rebuilding Incomplete», *Washington Post*, 12 de noviembre de 2006; Dan Murphy, «Quick School Fixes Won Few Iraqi Hearts», *Christian Science Monitor*, 28 de junio de 2004.
37. Griff Witte, «Contractors Rarely Held Responsible for Misdeeds in Traqq», *Washington Post*, 4 de noviembre de 2006; T. Christian Miller, «Contractor's Plans Lie Among Ruins of Iraq», *Los Angeles Times*, 29 de

abril de 2006; James Glanz, «Inspectors Find Rebuilt Projects Crumbling in Iraq», *New York Times*, 29 de abril de 2007; James Glanz, «Billions in Oil Missing in Iraq, U.S. Study Says», *New York Times*, 12 de mayo de 2007.

38. Entrevista por correo electrónico con Kristine Belisle, subinspectora general adjunta de Asuntos Congresionales y Públicos, inspectora general especial para la reconstrucción de Irak, 15 de diciembre de 2006.

39. Michael Hirsh, «Follow the Money», *Newsweek*, 4 de abril de 2005.

40. Griff Witte, «Invoices Detail Fairfax Firm's Billing for Iraq Work», *Washington Post*, 11 de mayo de 2005; Charles R. Babcock, «Contractor Bilked U.S. on Iraq Work, Federal Jury Rules», *Washington Post*, 10 de marzo de 2006; Erik Eckholm, «Lawsuit Accuses a Contractor of Defrauding U.S. Over Work in Iraq», *New York Times*, 9 de octubre de 2004.

41. Renae Merle, «Verdict against Iraq Contractor Overturned», *Washington Post*, 19 de agosto de 2006; Erik Eckholm, «On Technical Grounds, Judge Sets Aside Verdict of Billing Fraud in Iraq Rebuilding», *New York Times*, 19 de agosto de 2006.

42. Dahr Jamail y Ali al-Fadhily, «Bechtel Departure Removes More Illusions», *Inter Press Service*, 9 de noviembre de 2006; Witte, «Despite Billions Spent, Rebuilding Incomplete», *op. cit.*

43. Anthony Shadid, *Night Draws Near: Iraq's People in the Shadow of America's War*, Nueva York, Henry Holt, 2005, págs. 173 y 175.

## Capítulo 18:

### Se cierra el círculo: de tabla rasa a tierra arrasada

1. Bertolt Brecht, «The Solution», *Poems 1913-1956* (1976), traducción al inglés del original alemán a cargo de John Willet y Ralph Manheim, Nueva York, Methuen, 1979, pág. 440 (trad. cast.: «La solución», *Más de cien poemas*, Madrid, Hiperión, 1998).

2. Sylvia Pfeifer, «Where Majors Fear to Tread», *Sunday Telegraph* (Londres), 7 de enero de 2007.

3. L. Paul Bremer III, «New Risks in International Business», *Viewpoint*, 2 de noviembre de 2001, en <www.ramc.com>, entrada del 26 de mayo de 2003.

4. Maxine McKew, «Confessions of an American Hawk», *The Diplomat*, octubre-noviembre de 2005.

5. L. Paul Bremer III *My Year in Iraq: The Struggle to Build a Future of Flope*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006, pág. 93.

6. Entrevistas con Paul Bremer grabadas el 26 de junio de 2006 y el 18 de agosto de 2006 para «The Lost Year in Iraq», *PBS Trontline*, 17 de octubre de 2006.

7. William Booth y Rajiv Chandrasekaran, «Occupation Forces Halting Elections Throughout Iraq», *Washington Pos/*, 28 de junio de 2003; Michael R. Gordon y Bernard E. Trainor, *Cobra II: The Inside Story of the Invasión and the Occupation of Iraq*, Nueva York, Pantheon Books, 2006, pág. 490; William Booth, «In Najaf, New Mayor Is Outsider Viewed with Suspicion», *Washington Post*, 14 de mayo de 2003.

8. Ariana Eunjung Cha, «Hope and Confusion Mar Iraq's Democracy Lessons», *Washington Post*, 24 de noviembre de 2003; Booth y Chandrasekaran, «Occupation Forces Halting Elections Throughout Iraq», *op. cit.*

9. Christopher Foote, William Block, Keith Grane y Simon Grey, *Economic Policy and Prospects in Iraq*, Public Policy Discussion Papers, n° 04-1, Boston, Federal Reserve Bank of Boston, 4 de mayo de 2004, pág. 37, <www.bosfed.org>.

10. Salim Lone, «Iraq: This Election Is a Sham», *International Herald Tribune* (París), 28 de enero de 2005.

11. «Al-Sistani's Representatives Threaten Demonstrations, Clashes in Iraq», *BBC Monitoring International Reports*, reportaje de la televisión libanesa de Hezbolá Al-Manar, 16 de enero de 2004; Nadia Abou El-Magd, «U.S. Commander Urges Saddam Holdouts to Surrender», Associated Press, 16 de enero de 2004.

12. Michael Moss, «Iraq's Legal System Staggers Beneath the Weight of War», *New York Times*, 17 de diciembre de 2006; Chris Kraul, «War Funding Feud Has Iraqis Uneasy», *Los Angeles Times*, 28 de abril de 2007.

13. Gordon y Trainor, *Cobra II, op. cit.*, págs. 4 y 555; Julián Borger, «Knives Come Out for Rumsfeld as the Generáís Fight Back», *Guardian* (Londres), 31 de marzo de 2003.

14. Jeremy Scahill, *Blackwater: The Rise of the World's Most Powerful Mercenary Army*, Nueva York, Nation Books, 2007. pág. 199.

15. Peter Maass, «The Way of the Commandos», *New York Times*, 1 de mayo de 2005; «Jim Steele Bio», Premiere Speakers Bureau; Michael Hirsh y John Barry, «The Salvador Option», *Newsweek*, 8 de enero de 2005.

16. «Email from Cpt. William Ponce», *PBS Trontline: The Torture Question*, agosto de 2003, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>; Josh White, «Soldiers' "Wish Lists" of Detainee Tactics Cited», *Washington Post*, 19 de abril de 2005.

17. La general de brigada Janis Karpinski, comandante en jefe de Abu Ghraib, afirma que Miller le dijo esto. Scott Wilson y Sewell Chan, «As Insurgency Grew, So Did Prison Abuse», *Washington Post*, 10 de mayo de 2004.

18. Un mes más tarde, Sánchez envió otra circular para aclarar y, en cierta medida, suavizar la anterior, pero creó una gran confusión sobre los procedimientos que debían aplicar. Ricardo S. Sánchez, *Memorandum, Subjetc: CJTF-7 Interrogaron and Counter-Resistance Policy*, 14 de septiembre de 2003, <[www.aclu.org](http://www.aclu.org)>.

19. La información de los tres párrafos siguientes procede de Human Rights Watch, *No Blood, No Foul: Soldiers' Accounts of Detainee Abuse in Iraq*, julio de 2006, págs. 6-14, <[ww\v.hr\v.org](http://www.v.hr/v.org)>.

20. *Ibidem*, págs. 26 y 28.

21. Richard P. Formica, «Article 15-6 Investigation of CJSOTF-AP and 5th SF Group Detention Operations», terminado el 8 de noviembre de 2004, desclasificado, <[www.aclu.org](http://www.aclu.org)>.

22. *USMC Alleged Detainee Abuse Cases Since 11 Sep 01*, desclasificado, 8 de julio de 2004, <www.aclu.org>.

23. «Web Magazine Raises Doubts Over a Symbol of Abu Ghraib», *New York Times*, 14 de marzo de 2006; Entrevista con Haj Ali, «Few Bad Men?», *PBS Now*, 29 de abril de 2005.

24. «Haj Ali's Story», página web de *PBS Now*, <www.pbs.org>; Chris Kraul, «War Funding Feud Has Iraqis Uneasy», *Los Angeles Times*, 28 de abril de 2007.

25. Human Rights Watch, *Leadership Failure: First hand Accounts of Torture of Iraqi Detainees by the U.S. Army's 82nd Airborne Division*, septiembre de 2005, págs. 9 y 12, <www.hrw.org>.

26. Human Rights Watch, *The New Iraq? Torture and III-Treatment of Detainees in Iraqi Custody*, enero de 2005, págs. 2 y 4, <www.hrw.org>; Bradley Graham, «Army Warns Iraqi Forces on Abuse of Detainees», *Washington Post*, 20 de mayo de 2005; Moss, «Iraq's Legal System Stagers Beneath the Weight of War», *op. cit.*

27. Maass, «The Way of the Commandos», *op. cit.*

28. Entrevista con Alian Naim, *Democracy Now!*, 10 de enero de 2005, <www.democracynow.org>; Solomon Moore, «Killings Linked to Shiite Squads in Iraqi Police Force», *Los Angeles Times*, 29 de noviembre de 2005.

29. Moss, «Iraq's Legal System Stagers Beneath the Weight of War», *op. cit.*; Thanassis Cambanis, «Confessions Rivet Iraqis», *Boston Globe*, 18 de marzo de 2005; Maass, «The Way of the Commandos», *op. cit.*

30. *Ibidem*; John F. Burns, «Torture Alleged at Ministry Site Outside Baghdad», *New York Times*, 16 de noviembre de 2005; Moore, «Killings Linked to Shiite Squads in Iraqi Police Force», *op. cit.*

31. Anne Collins, *In the Sleep Room: The Story of the CIA Brainwashing Experiments in Canadá*, Toronto, Lester and Orpen Dennys, 1988, pág. 174.

32. Maxine McKew, «Confessions of an American Hawk», *The Diplomat*, octubre-noviembre de 2005.

33. Charles Krauthammer, «In Baker's Blunder, a Chance for Bush», *Washington Post*, 15 de diciembre de 2006; Frederick W. Kagan, *Choosing Victory: A Plan for Success in Iraq*, Phase I Report, 4 de enero de 2007, pág. 34, <www.aei.org>.



34. Dahr Jamail y Ali Al-Fadhily, «Iraq: Schools Crumbling Along with Iraqi Society», Inter Press Service, 18 de diciembre de 2006; Charles Crain, «Professor Says Approximately 300 Academics Have Been Assassinated», *USA Today*, 17 de enero de 2005; Michael E. O'Hanlon y Jason H. Campbell, Brookings Institution, *Iraq Index: Tracking Variables of Reconstruction and Security in Post-Saddam Iraq*, 22 de febrero de 2007, pág. 35, <www.brookings.edu>; Ron Redmond, «Iraq Displacement», resumen de prensa, Ginebra, 3 de noviembre de 2006, <www.unhcr.org>; «Iraq's Refugees Must Be Saved from Disaster», *Financial Times* (Londres), 19 de abril de 2007.

35. «Nearly 20,000 People Kidnapped in Iraq This Year: Survey», Agence France-Presse, 19 de abril de 2006; Human Rights Watch, *The New Iraq?*, págs. 32 y 54, <www.hrw.org>.

36. Se suponía que HSBC iba a abrir sucursales repartidas por todo Irak, pero lo que hizo en realidad fue comprar un 79 % del valor del banco Dar es-Salaam. John M. Broder y James Risen, «Contractor Deaths in Iraq Soar to Record», *New York Times*, 19 de mayo de 2007; Paul Richter, «New Iraq Not Tempting to Corporations», *Los Angeles Times*, 1 de julio de 2004; Yochi J. Dreazen, «An Iraqi's Western Dream», *Wall Street Journal*, 14 de marzo de 2005; «Syria and Iraq: Unbanked and Unstable», *Euro-money*, septiembre de 2006; Ariana Eunjung Cha y Jackie Spinner, «U.S. Companies Put Little Capital into Iraq», *Washington Post*, 15 de mayo de 2004.

37. Andy Mosher y Griff Witte, «Much Undone in Rebuilding Iraq, Audit Says», *Washington Post*, 2 de agosto de 2006; Julián Borger, «Brutal Killing of Americans in Iraq Rises Questions over Security Firms», *Guardian* (Londres), 2 de abril de 2004; Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Irak, *Review of Administrative Task Orders for Iraq Reconstruction Contracts*, 23 de octubre de 2006, pág. 11, <www.sigir.mil>.

38. Griff Witte, «Despite Billions Spent, Rebuilding Incomplete», *Washington Post*, 12 de noviembre de 2006.

39. Aqeel Hussein y Colin Freeman, «U.S. to Reopen Iraq's Factories in \$10m U-turn», *Sunday Telegraph* (Londres), 29 de enero de 2007.

40. Josh White y Griff Witte, «To Stem Iraqi Violence, U.S. Looks to Factories», *Washington Post*, 12 de diciembre de 2006.

41. James A. Baker III, Lee II. Hamilton, Lawrence S. Eagleburger y otros, *Iraq Study Group Report*, diciembre de 2006, pág. 57, <www.usip.org>.

42. Pfeifer, «Where Majors Fear to Tread», *op. cit.*

43. «Iraq's Refugee Crisis Is Nearing Catastrophe», *Financial Times* (Londres), 8 de febrero de 2007; Joshua Gallu, «Will Iraq's Oil Blessing Become a Curse?», *Der Spiegel*, 22 de diciembre de 2006; Danny Fortson, Andrew Murray-Watson y Tim Webb, «Future of Irak: The Spoils of War», *Independent* (Londres), 7 de enero de 2007.

44. Iraqi Labor Union Leadership, «Iraqi Trade Union Statement on the Oil Law», 10-14 de diciembre de 2006, <www.carbonweb.org>.

45. Edward Wong, «Iraqi Cabinet Approves Draft of Oil Law», *New York Times*, 26 de febrero de 2007.

46. Steven L. Schooner, «Contractor Atrocities at Abu Ghraib: Compromised Accountability in a Streamlined Outsourced Government», *Stanford Law and Policy Review*, vol. 16, n° 2, 2005, pág. 552.

47. Jeremy Scahill, *Blackwater, The Rise of the World's Most Powerful Mercenary Army*, Nueva York, Nation Books, 2007, pág. 123 (de próxima publicación en Paidós).

48. Jim Krane, «A Private Army Grows Around the U.S. Mission in Iraq and Around the World», Associated Press, 30 de octubre de 2003; Jeremy Scahill, «Mercenary jackpot», *The Nation*, 28 de agosto de 2006; Jeremy Scahill, «Exile on K Street», *The Nation*, 20 de febrero de 2006; Mark Hemingway, «Warrior for Hire», *Weekly Standard*, 18 de diciembre de 2006.

49. Griff Witte, «Contractor Were Poorly Monitored, GAO Says», *Washington Post*, 30 de abril de 2005.

50. T. Christian Miller, *Blood Money: Wasted Billions, Lost Lives, and Corporate Greed in Iraq*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2006, pág. 87. Nota a pie de página: George R. Fay, *AR 15-6 Investigation of the Abu Ghraib Detention Facility and 205th Military Intelligence Brigade*, págs. 19, 50 y 52, <www4.army.mil>.

51. Renae Merle, «Army Tries Private Pitch for Recruits», *Washington Post*, 6 de septiembre de 2006.

52. Andrew Taylor, «Defense Contractor CEOs See Pay Double Since 9/11 Attacks», Associated Press, 29 de agosto de 2006; Steve Vogel y Renae Merle, «Privatized Walter Reed Workforce Gets Scrutiny», *Washington*

*Post*, 10 de marzo de 2007; Donna Borak, «Walter Reed Deal Hindered by Disputes», Associated Press, 19 de marzo de 2007.

53. Según Thomas Ricks, «cuando los soldados estadounidenses llegaban a los 150.000, aproximadamente, y las contribuciones con tropas aliadas sumaban 25.000, todavía recibieron el apoyo de 60.000 contratistas civiles». Eso significa que había 175.000 soldados de la coalición frente a 60.000 contratistas, una proporción de un contratista por cada 2,9 soldados. Nelson D. Schwartz, «The Pentagon's Private Army», *Fortune*, 17 de marzo de 2003; Thomas E. Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, Nueva York, Penguin, 2006, pág. 37; Renae Merle, «Census Counts 100,000 Contractors in Iraq», *Washington Post*, 5 de diciembre de 2006.

54. Ian Bruce, «Soldier of Fortune Deaths Go Missing In Iraq», *Herald* (Glasgow), 13 de enero de 2007; Brian Brady, «Mercenaries to Fill Iraq Troop Gap», *Scotland on Sunday* (Edimburgo), 25 de febrero de 2007; Michelle Roberts, «Iraq War Exacts Toll on Contractors», Associated Press, 24 de febrero, 2007.

55. Departamento de Información Pública de Naciones Unidas, «Background Note: 31 December 2006», Operaciones de Paz de Naciones Unidas, <www.un.org>; James Glanz y Floyd Norris, «Report Says Iraq Contractor Is Hiding Data from U.S.», *New York Times*, 28 de octubre de 2006; Brady, «Mercenaries to Fill Iraq Troop Gap», *op. cit.*

56. Nota a pie de página: James Boxell, «Man on Arms Explores New Areas of Combat», *Financial Times* (Londres), 11 de marzo de 2007.

57. Inspector general especial para la reconstrucción de Iraq, *Iraq Reconstruction: Lessons in Contracting and Procurement*, julio de 2006, págs. 98-99, <www.sigir.mil>; George W Bush, discurso sobre el estado de la nación, Washington, D.C., 23 de enero de 2007.

58. Guy Dinmore, «U.S. Prepares List of Unstable Nations», *Financial Times* (Londres), 29 de marzo de 2005.

## Capítulo 19:

### Despejando la playa: «el segundo tsunami»

1. Seth Mydans, «Builders Swoop in, Angering Thai Survivors», *International Herald Tribune*, París, 10 de marzo de 2005.
2. ActionAid International y otros, *Tsunami Response: A Human Rights Assessment*, enero de 2006, pág. 13, <[www.actionaidusa.org](http://www.actionaidusa.org)>.
3. *Sri Lanka: A Travel Survival Kit*, Victoria, Australia, Lonely Planet, 2005, pág. 267.
4. John Lancaster, «After Tsunami, Sri Lankans Fear Paving of Paradise», *Washington Post*, 5 de junio de 2005.
5. National Physical Planning Department, *Arugam Bay Resource Development Plan: Reconstruction Towards Prosperity*, informe final, 25 de abril de 2005, págs. 4, 5, 7, 18 y 33; Lancaster, «After Tsunami, Sri Lankans Fear Paving of Paradise», *op. cit.*
6. «South Asians Mark Tsunami Anniversary», United Press International, 26 de junio de 2005.
7. USAID/Sri Lanka, «USAID Elicits "Real Reform" of Tourism», enero de 2006, <[www.usaid.gov](http://www.usaid.gov)>.
8. *Ibidem.*
9. Entrevista por correo electrónico con Karen Preston, directora de relaciones públicas de Leading Hotels of the World, 16 de agosto de 2006; Ajay Kapur, Niall Macleod y Narendra Singh, «Plutonomy: Buying Luxury, Explaining Global Imbalances», Citigroup: Industry Note, Equity Strategy, 16 de octubre de 2005, págs. 27 y 30.
10. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, «Sri Lanka Environment Profile», National Environment Outlook, <[www.unep.net](http://www.unep.net)>.
11. Tittawella fue director general de la Comisión para la Reforma de las Empresas Públicas entre 1997 y 2001. Durante ese período supervisó las privatizaciones de Sri Lanka Telecom (agosto de 1997) y Sri Lankan Air Lines (marzo de 1998). Después de las elecciones de 2004, fue nombrado presidente y consejero delegado para la administración de la Agencia de Gestión de Empresas Estratégicas, que continuó el proyecto de privatización bajo el nuevo nombre de Sociedades público-privadas.

Comisión para la Reforma de las Empresas Públicas de Sri Lanka, «Past Divestitures», 2005, <[www.perc.gov.lk](http://www.perc.gov.lk)>; «SEMA to Rejuvenate Key State Enterprises», 15 de junio de 2004, <[www.priu.gov.lk](http://www.priu.gov.lk)>.

12. Movement for National Land and Agricultural Reform, Sri Lanka, *A proposal for a People's Planning Commission for Recovery After Tsunami*, <[www.monlar.org](http://www.monlar.org)>.

13. «Privatizations in Sri Lanka Likely to Slow Because of Election Results», Associated Press, 5 de abril de 2004.

14. «Sri Lanka Begins Tsunami Rebuilding Amid Fresh Peace Moves», Agence France-Presse, 19 de junio de 2005.

15. Movement for National Land and Agricultural Reform, Sri Lanka, *A proposal for a People's Planning Commission for Recovery After Tsunami*, *op. cit.*, <[www.monlar.org](http://www.monlar.org)>; «Sri Lanka Raises Fuel Prices Amid Worsening Economic Crisis», Agence France-Presse, 5 de junio de 2005; «Panic Buying Grips Sri Lanka Amid Oil Strike Fears», Agence France-Presse, 28 de marzo de 2005.

16. James Wilson y Richard Lapper, «Honduras May Speed Sell-Offs after Storm», *Financial Times* (Londres), 11 de noviembre de 1998; Organización de los Estados Americanos, «Honduras», *1999 National Trade Estimate Report on Foreign Trade Barriers*, pág. 165, <[www.sice.oas.org](http://www.sice.oas.org)>; Sandra Cufie, Rights Action, *A Backwards, Upside-Down Kind of Development: Global Actors, Mining and Community-Based Resistance in Honduras and Guatemala*, febrero de 2005, <[www.rightsaction.org](http://www.rightsaction.org)>.

17. «México's Telmex Unveils Guatemala Telecom Alliance», Reuters, 29 de octubre de 1998; Grupo Consultivo para la Reconstrucción y Transformación de América Central, Banco Interamericano de Desarrollo, «Nicaragua», *Central America After Hurricane Mitch: The Challenge of Turning a Disaster into an Opportunity*, mayo de 2000, <[www.iadb.org](http://www.iadb.org)>; Pamela Druckerman, «No Sale: Do you Want to Buy a Phone Company?», *Wall Street Journal*, 14 de julio de 1999.

18. «México's Telmex Unveils Guatemala Telecom Alliance», *op. cit.*; «Spain's Fenosa Buys Nicaragua Energy Distributors», Reuters, 12 de septiembre de 2000; «San Francisco Group Wins Honduras Airport Deal», Reuters, 9 de marzo de 2000; «CEO-Govt. to Sell Remaining Enitel Stake This Year», *Business News Americas*, 14 de febrero de 2003.

19. Cita de Eduardo Stein Barillas. «Central America After Hurricane Mitch». reunión anual del Foro Económico Mundial, Davos, Suiza, 30 de enero de 1999.

20. Alison Rice, Tsunami Concern, *Post-Tsunami Tourism and Reconstruction: A Second Disaster?*, octubre de 2005, pág. 11, <[www.tourismconcern.org.uk](http://www.tourismconcern.org.uk)>.

21. TAFREN, «An Agenda For Sri Lanka's Post-Tsunami Recovery», *Progress and News*, julio de 2005, pág. 2.

22. USAID Sri Lanka, «Fishermen and Tradesmen to Benefit from U.S. Funded \$.33 Million Contract for Post-Tsunami Infrastructure Projects», comunicado de prensa, 8 de septiembre de 2005, <[www.usaid.gov](http://www.usaid.gov)>; Oficina de Contabilidad del Gobierno de Estados Unidos, *USAID Signature Tsunami Reconstruction Efforts in Indonesia and Sri Lanka Exceed Initial Coast and Schedule Estimates, and Tace Turther Risks*, informe al Comité del Congreso, GAO-07-357, febrero de 2007; Departamento de Planificación Física Nacional, *Arugam Bay Resource Development Plan: Reconstruction Towards Prosperity*, informe final, 25 de abril de 2005, pág. 18.

23. Embajada de Estados Unidos, «U.S. Provides \$1 Million to Mantain Tsunami Shelter Communities», 18 de mayo de 2006, <[www.usaid.gov](http://www.usaid.gov)>.

24. Randeep Ramesh, «Indian Tsunami Victims Sold Their Kidneys to Survive», *Guardian* (Londres), 18 de enero de 2007; Action Aid International y otros, *Tsunami Response*, *op. cit.*, pág. 17; Nick Meo, «Thousands of Indonesians Still in Tents», *Globe and Mail* (Toronto), 27 de diciembre de 2005.

25. ActionAid International y otros, *Tsunami Response*, *op. cit.*, pág. 9.

26. Central Intelligence Agency. «Maldives», *The World Vactbook: 2007*, <[www.cia.gov](http://www.cia.gov)>.

27. Coco Palm Dhuni Kolhu, <[www.cocopalm.com](http://www.cocopalm.com)>; Complejo Turístico Four Seasons, Maldivas en Landaa Giraavaru, <[www.fourseasons.com](http://www.fourseasons.com)>; Complejo Turístico y Spa Hilton, Is la Ran gali, <[www.hilton.com](http://www.hilton.com)>; «Dhoni Mighili Island», Private Islands Online, <[www.privateislandonline.com](http://www.privateislandonline.com)>.

28. Roland'Buerck, «Maldives Opposition Plan Protest», *BBC News*, 20 de abril de 2007; Comisión para los Derechos Humanos en Asia, «Extrajudicial Killings, Disappearances, Torture and Other Forms of Gross

Human Rights Still Engulf Asia's Nations», 8 de diciembre de 2006, <www.ahrchk.net>; Amnistía Internacional, «Republic of Maldives: Repression of Peaceful Political Opposition», 30 de julio de 2003, <www.amnesty.org>.

29. Ashok Sharma, «Maldives to Develop "Safe" Islands for Tsunami-Hit People», Associated Press, 19 de enero de 2005.

30. Ministerio de Planificación y Desarrollo Nacional, República de Maldivas, *National Recovery and Reconstruction Plan*, 2ª edición, marzo de 2005, pág. 29.

31. Ibídem; ActionAid International y otros, *Tsunami Response*, *op. cit.*, pág. 18.

32. Los contratos de arrendamiento son por veinticinco años, pero la letra pequeña de las ofertas permite que se extiendan hasta cincuenta años bajo ciertas estructuras de propiedad. Ministry of Tourism and Civil Aviation, *Biding Documents: For Lease of New Islands to Develop as Tourist Resorts* (Male, República de Maldivas, 16 de julio de 2006), n° 4, <www.tourism.gov.mv>.

33. Penchan Charoensuthipan, «Survivors Fighting for Land Rights», *Bangkok Post*, 14 de diciembre de 2005; Mydans, «Builders Swoop in Angering Thai Survivors», *op. cit.*

34. Asian Coalition for Housing Rights, «The Tsunami in Thailand», 2005, <www.achr.net>.

35. Shimali Senanayake y Somini Sengupta, «Monitors Say Troops Killed Aid Workers in Sri Lanka», *New York Times*, 31 de agosto de 2006; Amantha Perera, «Tsunami Recovery Skewed by Sectarian Strife», *Inter Press Service*, 3 de enero de 2007.

36. Shimali Senanayake, «An Ethnic War Slows Tsunami Recovery in Sri Lanka», *New York Times*, 19 de octubre de 2006.

37. Roland Paris, *At War's End: Building Peace After Civil Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, págs. 200.

## Capítulo 20:

### El *apartheid* del desastre: un mundo de zonas de seguridad y de zonas desprotegidas

1. Hein Marais, «A Plague of Inequality», *Mail and Guardian* (Johannesburgo), 19 de mayo de 2006.

2. «Names and Faces», *Washington Post*, 19 de septiembre de 2005.

3. Adolph Reed Jr., «Undone by Neoliberalism», *The Nation*, 18 de septiembre de 2006.

4. Jon Elliston, «Disaster in the Making», *Tucson Weekly*, 23 de septiembre de 2004; Innovative Emergency Management, «IEM Team to Develop Catastrophic Hurricane Disaster for New Orleans and Southeast Louisiana», comunicado de prensa, 3 de junio de 2004, <[www.ieminc.com](http://www.ieminc.com)>.

5. Ron Fournier y Ted Bridis, «Hurricane Simulation Predicted 61,290 Dead», Associated Press, 9 de septiembre de 2005.

6. Paul Krugman, «A Can't Do Government», *New York Times*, 2 de septiembre de 2005; Martin Kelly, «Neoconservatism's Berlin Wall», *The G-Gnome Kides Out hlog*, 1 de septiembre de 2005, <[theggnomeridesout.blogspot.com](http://theggnomeridesout.blogspot.com)>; Jonah Goldberg, «The Feds», *Comer hlog* en la *National Review Online*, 31 de agosto de 2005, <[www.nationalreview.com](http://www.nationalreview.com)>.

7. Milton Friedman, «The Promise of Vouchers», *Wall Street Journal*, 5 de diciembre de 2005; John R. Wilke y Brody Mullins, «After Katrina, Republicans Back a Sea of Conservative Ideas», *Wall Street Journal*, 15 de septiembre de 2005; Paul S. Teller, subdirector de House Study Republican Committee, «Pro-Free Market Ideas for Responding to Hurricane Katrina and High Gas Prices», mensaje electrónico enviado el 13 de septiembre de 2005.

8. Intergovernmental Panel on Climate Change, *Climate Change 2007: The Physical Science Basis*, resumen para políticos, febrero de 2007, pág. 16, <[www.ipcc.ch](http://www.ipcc.ch)>.

9. Teller, «Pro-Free Market Ideas for Responding to Hurricane Katrina and High Gas Prices», *op. cit.*

10. Eric Lipton y Ron Nixon, «Many Contracts for Storm Work Raise Questions», *New York Times*, 26 de septiembre de 2005; Anita Kumar,



«Speedy Relief Effort Opens Door To Fraud», *St. Petersburg Times*, 18 de septiembre de 2005; Jeremy Scahill, «In the Black(water)», *The Nation*, 5 de junio de 2006; Spencer S. Hsu, «\$400 Million FEMA Contracts Now Total \$3.4 Billion», *Washington Post*, 9 de agosto de 2006.

11. Shaw Group, «Shaw Announces Charles M. Hess to Head Shaw's FEMA Hurricane Recovery Program», comunicado de prensa, 21 de septiembre de 2005, <[www.shawgrp.com](http://www.shawgrp.com)>; «Fluor's Slowed Iraq Work Frees it for Gulf Coast», Reuters, 9 de septiembre de 2005; Thomas B. Edsal, «Former FEMA Chief Is at Work on Gulf Coast», *Washington Post*, 8 de septiembre de 2005; David Enders, «Surviving New Orleans», *Molher Jones*, 7 de septiembre de 2005, <[www.motherjones.com](http://www.motherjones.com)>.

12. Cámara de Representantes de Estados Unidos, Comité sobre Reforma del Gobierno: Personal Minoritario, División de Investigaciones Especiales, *Waste, Fraud and Abuse in Hurricane Katrina Contracts*, agosto de 2006, pág. I, <[oversight.house.gov](http://oversight.house.gov)>.

13. Rita J. King, CorpWatch, *Big, Easy Money: Disaster Profiteering on the American Gulf Coast*, agosto de 2006, <[www.corpwatch.org](http://www.corpwatch.org)>; Dan Barry, «A City's Future, and a Dead Man's Past», *New York Times*, 27 de agosto de 2006.

14. Patrick Danner, «Ash Britt Cleans Up in Wake of Storms», *Miami Herald*, 5 de diciembre de 2005.

15. «Private Companies Rebuild Gulf», *PBS Newslour with Jum Lehrer*, 4 de octubre de 2005.

16. Scott Shane y Ron Nixon, «In Washington, Contractors Take on Biggest Role Ever», *New York Times*, 4 de febrero de 2007.

17. Mike Davis, «Who is Killing New Orleans?», *The Nation*, 10 de abril de 2006.

18. Leslie Eaton, «Inmigrants Hired After Storm Sue New Orleans Hotel Executive», *New York Times*, 17 de agosto de 2006; King CorpWatch, *Big, Easy Money*; Gary Stoller, «Security Generates Multibillion Business», *USA Today*, 11 de septiembre de 2006. Nota a pie de página: Judith Browne-Dianis, Jennifer Lai, Marielena Hincapié y otros, *And Injustice for All: Workers Lives in the Reconstruction of New Orleans*, Advancement Project, 6 de julio de 2006, pág. 29, <[www.advancementproject.org](http://www.advancementproject.org)>.

19. Rick Klein, «Senate Votes to Extend Patriot Act for 6 Months», *Boston Globe*, 22 de diciembre de 2005.

20. Jeff Duncan, «The Unkindest Cut», *Times-Picayune* (Nueva Orleans), 28 de marzo de 2006; Paul Nussbaum, «City Crossroads», *Philadelphia Inquirer*, 29 de agosto de 2006.

21. Ed Anderson, «Federal Money for Entergy Approved», *Times-Picayune* (Nueva Orleans), 5 de diciembre de 2006; Frank Donze, «146 N.O. Transit Layoffs Planned», *Times-Picayune* (Nueva Orleans), 25 de agosto de 2006; Bill Quigley, «Robin Hood in Reverse: The Looting of the Gulf Coast», [justiceforneworleans.org](http://justiceforneworleans.org), 14 de noviembre de 2006.

22. Asian Coalition for Housing Rights, «Mr. Endesha Juakali», [www.achr.net](http://www.achr.net).

23. Bob Herbert, «Our Crumbling Foundation», *New York Times*, 5 de abril de 2007.

24. Help Jet, [www.helpjet.us](http://www.helpjet.us).

25. Seth Borenstein, «Private Industry Responding to Hurricanes», Associated Press, 15 de abril de 2006.

26. James Glanz, «Idle Contractors Add Millions to Iraq Rebuilding», *New York Times*, 25 de octubre de 2006.

27. Mark Hemingway, «Warriors for Hire», *Weekly Standard*, 18 de diciembre de 2006. Nota a pie de página: Jeremy Seahill, «Blackwater Down», *The Nation*, 10 de octubre de 2005; Center for Responsive Politics, «Oil and Gas: Top Contributors to Federal Candidates and Parties», Election Cycle 2004, [www.opensecrets.org](http://www.opensecrets.org); Center for Responsive Politics, «Construction: Top Contributors to Federal Candidates and Parties», Election Cycle 2004, [www.opensecrets.org](http://www.opensecrets.org).

28. Josh Manchester, «Al Qaeda for the Good Guys: The Road to Anti-Qaeda», *TCSDaily*, 19 de diciembre de 2006, [www.tcsdaily.com](http://www.tcsdaily.com).

29. Bill Sizemore y Joanne Kimberlin, «Profitable Patriotism», *The Virginian-Pilot* (Norfolk), 24 de julio de 2006.

30. King CorpWatch, *Big, Easy Money*, *op. cit.*; Leslie Wayne, «America's For-Profit Secret Army», *New York Times*, 13 de octubre de 2002; Greg Miller, «Spy Agencies Outsourcing to Fill Key Jobs», *Los Angeles Times*, 17 de septiembre de 2006; Shane y Nixon, «In Washington, Contractors Take on Biggest Role Ever», *op. cit.*

31. Las corporaciones del comité asesor incluyen a Lockheed Martin, Boeing y Booz Allen. Stephen E. Flynn y Daniel B. Prieto, Council on Foreign Relations, *Neglected Defense: Mobilizing the Private Sector to*

*Support Homeland Security*, CSR n° 13, marzo de 2006, pág. 26, <www.cfr.org>.

32. Mindy Fetterman, «Strategizing on Disaster Relief», *USA Today*, 12 de octubre de 2006; Frank Langfitt, «Private Military Firm Pitches Its Services in Dafur», *National Public Radio: All Things Considered*, 26 de mayo de 2006.

33. Peter Pae, «Defense Companies Bracing for Slowdown», *Los Angeles Times*, 2 de octubre de 2006.

34. Johanna Neuman y Peter Spiegel, «Pay-as-You-Go Evacuation Roils Capitol Hill», *Los Angeles Times*, 19 de julio de 2006.

35. Tim Weiner, «Lockheed and the Future of Warfare», *New York Times*, 28 de noviembre de 2004.

36. La información de los siguientes dos párrafos es de John Robb, «Security: Power of the People», *Farsi Company*, marzo de 2006.

37. Juvenile, «Got Ya Hustle On», del álbum *Reality Check*, Atlanta/Wea, 2006.

38. Bill Quigley, «Ten Months After Katrina: Gutting New Orleans», *Common-Dreams.org*, 29 de junio de 2006, <www.commondreams.org>.

39. Doug Nurse, «New City Bets Millions on Privatization», *Atlanta Journal-Constitution*, 12 de noviembre de 2005.

40. Annie Gentile, «Fewer Cities Increase Outsourced Services», *American City and County*, 1 de septiembre de 2006; Nurse, «New City Bets Millions on Privatization», *op. cit.*

41. Doug Nurse, «City Hall Inc.: A Growing Business in North Fulton», *Atlanta Journal-Constitution*, 6 de septiembre de 2006; Doug Gross, «Proposal to Split Georgia County Drawing Cries of Racism», *Seattle Times*, 24 de enero de 2007.

42. United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs, «Humanitarian Situation Report, Sri Lanka», 2-8 de septiembre de 2005, <www.relief-web.int>.

## Capítulo 21:

### Perder el incentivo de la paz: Israel como advertencia

1. Christopher Cadwell, «The Walls That Work Too Well», *Financial Times* (Londres), 18 de noviembre de 2006.

2. Martin Wolf, «A Divided World of Economic Success and Political Turmoil», *Financial Times* (Londres), 31 de enero de 2007; «Ex-Treasury Chief Summers Warns on Market Risks», Reuters, 20 de marzo de 2007.

3. Richard Aboulafia, Teal Group, «Guns-to-Caviar Index», 2007.

4. Cámara de Representantes de Estados Unidos, Comité sobre Reforma del Gobierno: Personal Minoritario, División de Investigaciones Especiales, *Dollars, Not Sense: Government Contracting Under the Bush Administration*, preparado para el congresista Henry A. Waxman, junio de 2006, pág. 6, <oversight.house.gov>; Tim Weiner, «Lookheed and the Future of Warfare», *New York Times*, 28 de noviembre de 2004; Matthew Swibel, «Defensive Play», *Forbes*, 5 de junio de 2006.

5. El índice Dow Jones de la construcción pesada cerró con 143,34 dólares el 10 de septiembre de 2001 y con 507,43 dólares el 4 de junio de 2007. DJ\_2357, «Historical Quotes», <money.cnn.com>; James Glanz, «Iraq Reconstruction Running Low on Funds», *International Herald Tribune* (París), 31 de octubre de 2005; Mien Nakashima, «A Wave of Memories», *Washington Post*, 26 de diciembre de 2005; Ann M. Simmons, Richard Fausset y Stephen Braun, «Katrina Aid Far from Flowing», *Los Angeles Times*, 21 de agosto de 2006; Helen Cooper, «Aid Conference Raises \$7.6 Billion for Lebanese Government», *New York Times*, 26 de enero de 2007.

6. Shawn McCarthy, «Exxon's "Outlandish" Earnings Spark Furor», *Globe and Mail* (Toronto), 2 de febrero de 2007.

7. Jonathan Curiel, «The Conspiracy to Rewrite 9/11», *San Francisco Chronicle*, 3 de septiembre de 2006; Jim Wooten, «Public Figures Rants Widen Racial Chasm», *Atlanta Journal-Constitution*, 22 de enero de 2006.

8. EM-DAT, The OFDA/CRED International Disaster Database, «2006 Disasters in Numbers», <www.wm-dat.net>; Peter Bergen y Paul Cruickshank, «The Iraq Effect: War Has Increased Terrorism Sevenfold Worldwide», *Mother Jones*, marzo-abril de 2007.

9. McCarthy, «Exxon's "Outlandish" Earnings Spark Furor», *op. cit.* William Hartung y Michelle Ciarrocca, «The Military-Industrial: Think Tank Complex», *Multinational Monitor*, enero-febrero de 2003; Robert O'Harrow Jr., «LexisNexis to Buy Seisint for \$775 Million», *Washington Post*, 15 de julio de 2004, Rachel Monahan y Elena Herrero Beaumont, «Big Time Security», *Forbes*, 3 de agosto de 2006.

10. «Recap of Saturday, July 9,2005», *Fox News: The Cost of Freedom*, <www.fox-news.com>.

11. Dan Gillerman, «The Economic Opportunitities of Peace», comunicado de prensa, Cámaras de Comercio, 6 de septiembre de 1993, citado en Guy Ben-Porat, «A New Middle East Globalization, Peace, and the "Double Movement"», *International Relations*, vol. 19, n" 1, 2005, pág. 50.

12. Efraim Davidi, «Globalization and Economy in the Middle East: A Peace of Markets or a Peace of Flags?», *Palestine-Israel Journal*, vol. 7, n<sup>l,s</sup> 1 y 2, 2000, pág. 33.

13. Shlomo Ben-Ami, *A Place for All*, Tel Aviv, Hakibbutz Hameuchad, 1998, pág. 113, citado en Davidi, «Globalization and Economy in the Middle East», *op. cit.*, pág. 38.

14. American for Peace Now, «The Russians», *Settlements in Focus*, vol. 1, n° 16, 23 de diciembre de 2005, <www.peace.now.org>.

15. Gerald Nadler, «Exodus or Renaissance?», *Washington Times*, 19 de enero de 1992; Peter Ford, «Welcome and Woes Await Soviet Jews in Israel», *Christian Science Monitor*, 25 de julio de 1991; Lisa Talesnick, «Unrest Will Spur Russian Jews to Israel, Official Says», Associated Press, 5 de octubre de 1993. «Israel's Alienated Russian Voters Cry Betrayal», Agence France-Presse, 8 de mayo de 2006.

16. Greg Myre, «Israel Economy Hums Despite Annual Tumult», *International Herald Tribune* (París), 31 de diciembre de 2006; «Israel Reopens Gaza Strip», United Press International, 22 de marzo de 1992.

17. Peter Hirschberg, «Barak Settlement Policy Remains Virtually the Same as Netanyahu's», *Jerusalem Report*, 4 de diciembre de 2000.

18. Americans for Peace Now, «The Russians», *op. cit.*

19. David Simons, «Cold Calculation Of Terror», *Forbes*, 28 de mayo de 2002; Zeev Klein, «January-May Trade Deficit Shoots up 16 % to \$3.59 Billion», *Globes* (Tel Aviv), 12 de junio de 2001; Neal Sandler, «As if the Intifada Weren't Enough», *Business Week*, 18 de junio de 2001.

20. «Propergol», citado por Shlomo Matal, profesor del Technion Institute of Management de Israel. Nelson D. Schwartz, «Prosperity without Peace», *Israel-Arab Tragedy*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pág. 230.

21. Coordinador especial de las Naciones Unidas para los territorios ocupados, *Quarterly Report on Economic and Social Conditions in the West Bank and Gaza Strip*, 1 de abril de 2007; Ben-Ami, *Sears of War, Wounds of Peace*, *op. cit.*, pág. 231; Sara Roy, «Why Peace Failed: An Oslo Autopsy», *Current History*, vol. 101, n° 651, enero de 2002, pág. 13.

22. Chris McGreal, «Deadly Thirst», *Guardian* (Londres), 13 de enero de 2004.

23. «Norman Finkelstein and Former Israeli Foreign Minister Shlomo Ben-Ami Debate», *Democracy Now*, 14 de febrero de 2006, <[www.democracynow.org](http://www.democracynow.org)>.

24. Según el periódico de negocios israelí *Globes*, entre los años 2001 y 2003 Israel vio «un 8,5 % acumulado de caída en el crecimiento per cápita», una caída sorprendente. Zeev Klein, «2002 Worst Year for Israeli Economy Since 1953», *Globes* (Tel Aviv), 31 de diciembre de 2002; Sandler, «As If the Intifada Weren't Enough», *op. cit.*

25. Aron Heller y James Bagnall, «After the Intifada: Why Israel's Tech Titans Are Challenging Canadian Entrepreneurs as a Global Force», *Ottawa Citizen*, 28 de abril de 2005; Schwartz, «Prosperity without Peace», *op. cit.*

26. Susan Karlin, «Get Smart», *Forbes*, 12 de diciembre de 2005.

27. Ran Dagoni, «O'seas Cos, Gov'ts to Inspect Israeli Anti-Terror Methods», *Globes* (Tel Aviv), 22 de enero de 2006; Ben Winograd, «US Airport Directions Study Tough Israeli Security Measures Ahead of Summer Travel», Associated Press, 8 de mayo de 2007; Estado de Israel, Ministerio de Seguridad Pública, «International Homeland Security Conference, 2006», 19 de marzo de 2006, <[www.mops.gov.il](http://www.mops.gov.il)>.

28. Heller y Bagnall, «After the Intifada», *op. cit.*; Yaakov Katz, «Defence Officials Aim Hight at Paris Show», *Jerusalem Post*, 10 de junio de 2007. Hadas Manor, «Israel in Fourth Place among Defense Exporters», *Globes* (Tel Aviv), 10 de junio de 2007; Steve Rodan y José Rosenfeld, «Discount Dealers», *jerusalem Post*, 2 de septiembre de 1994; Gary Dorsch, «The incredible Israeli Shekel, as Israel's Economy Continues to

Boom», *The Market Oracle*, 8 de mayo de 2007, <www.marketoracle.co.uk>.

29. Schwartz, «Prosperity without Peace», *op. cit.*

30. Ibídem. Nice Systems, «Nice Digital Video Surveillance Solution Selected by Ronald Reagan Washington National Airport», comunicado de prensa, 29 de enero de 2007, <www.nice.com>; Nice Systems, «Time Warner (Charlotte)», Success Stories, <www.nice.com>.

31. James Bagnall, «A World of Risk: Israel's Tech Sector Offers Lessons on Doing Business in the New Age of Terror», *Ottawa Citizen*, 31 de agosto de 2006; Electa Draper, «Durango Office Keeps Watch in War on Terror», *Denver Post*, 14 de agosto de 2005.

32. SuperCom, «SuperCom Signs \$50m National Multi Id Agreement With a European Country», comunicado de prensa, 19 de septiembre de 2006; SuperCom, «City of Los Angeles to Deploy SuperCom's IRMS Mobile Credentialing and Handheld Verification System», comunicado de prensa, 29 de noviembre de 2006; Super-Com, «SuperCom Signs \$1,5m ePassport Pilot Agreement with European Country», comunicado de prensa, 14 de agosto de 2006, <www.supercomgroup.com>.

33. Check Point, «Facts and Glance», <www.checkpoint.com>.

34. David Machlis, «US Gets Israeli Security for Superbowl», *jerusalem Post*, 4 de febrero de 2007; New Age Security Solutions, «Partial Client List», <www.nasscorp.com>.

35. Kevin Johnson, «Mansions Spared on Uptown's High Ground», *USA Today*, 12 de septiembre de 2005.

36. International Security Instructors, «About» y «Clients», <www.isiusa.us>.

37. «Golan Group Launches Rigorous VIP Protection Classes», comunicado de prensa, abril de 2007; Golan Group, «Clients», <www.golangroup.com>.

38. Schwartz, «Prosperity without Peace», *op. cit.*; Neil Sandler, «Israeli Security Barrier Provides High-Tech Niche», *Engineering News-Record*, 31 de mayo de 2004.

39. David Hubler, «SBInet Trawls for Small-Business Partners», *Federal Computen Week*, 2 de octubre de 2006; Sandler, «Israeli Security Barrier Provides High-Tech Niche», *op. cit.*

40. Schwartz, «Prosperity without Peace», *op. cit.*

41. Elbit Systems Ltd. y Magal Security Systems Ltd., «Historical Prices», *Yahoo Finance*, <finance.yahoo.com>; Barbara Wall, «Fear Factor», *International Herald Tribune* (París), 28 de enero de 2006; Electa Draper, «Verint Systems Emerges as Leader in Surveillance Market», *op. cit.*

42. Thomas L. Friedman, «Outsource the Cabinet?», *New York Times*, 28 de febrero de 2007; Ruth Eglash, «Report Paints Gloomy Picture of Life for Israeli Children», *Jerusalem Post*, 28 de diciembre de 2006.

43. Karen Katzman, «Some Stories You May Not Have Heard», denuncia a la Jewish Federation of Greater Washington, <www.shalomdc.org>; Yitzhak Laor, «You Are Terrorist, We Are Virtuous», *London Review of Books*, 17 de agosto de 2006.

44. Tel Aviv Stock Exchange Ltd., *Main Indicators*, 31 de agosto de 2006, <www.tase.co.il>; Friedman, «Outsource the Cabinet», *op. cit.*; Reuters, «GDP Growth Figure Slashed», *Los Angeles Times*, 1 de marzo de 2007; Greg Myre, «Amid Political Upheaval, Israel Economy Stays Healthy», *New York Times*, 31 de diciembre de 2006; Banco Mundial, *West Bank and Gaza Update*, septiembre de 2006, <www.worldbank.org>.

45. Susan Lerner, «Israeli Companies Shine in Big Apple», *Jerusalem Post*, 17 de septiembre de 2006; Osama Habid, «Labor Minister Says War Led to Huge Jump in Number of Unemployed», *Daily Star* (Beirut), 21 de octubre de 2006.

46. Entrevista con Dan Gillerman, *CNN: Lou Dobbs Tonight*, 14 de julio de 2006.

47. Karin Brulliard, «Gated Communities for the War-Ravaged», *Washington Post*, 23 de abril de 2007; Dean Yates, «Baghdad Wall Sparks Confusión, Divisions in Irak», Reuters, 23 de abril de 2007.

48. Rory McCarthy, «Occupied Gaza like Apartheid South Africa, Says UN Report», *Guardian* (Londres), 23 de febrero de 2007.

49. Michael Wines, «Shantytown Dwellers in South Africa Protest the Sluggish Pace of Change», *New York Times*, 2.5 de diciembre de 2005.



## **Conclusión:**

### **El *shock* se gasta: el auge de la reconstrucción popular**

1. Juan Forero, «Bolivia Indians Hail the Swearing in of One of Their Own as President», *New York Times*, 23 de enero de 2006.

2. Tom Kerr, Asian Coalition for Housing Rights, «People's Leadership in Disaster Recovery: Rights, Resilience and Empowerment», seminario del desastre de Phuket, del 30 de octubre al 3 de noviembre de 2006, Phuket, <[www.achr.net](http://www.achr.net)>.

3. Antillano pertenece al Comité Territorial de La Vega, Caracas. *Hablemos del Poder / Talking of Power*, documental dirigido por Nina López, producido por Global Women's Strike, 2005, <[www.globalwomenstrike.net](http://www.globalwomenstrike.net)>.

4. Terence Corcoran, «Free Markets Lose Their Last Lion», *National Post* (Toronto), 17 de noviembre de 2006.

5. Jim Webb, «Class Struggle», *Wall Street Journal*, 15 de noviembre de 2006.

6. Geoffrey York, «Beijing to Target Rural Poverty», *Globe and Mail* (Toronto), 6 de marzo de 2006; Larry Rohter, «A Widening Gap Erodes Argentina's Egalitarian Image», *New York Times*, 25 de diciembre de 2006; World Institute for Development Economics Research, «Pioneering Study Shows Richest Two Percent Own Half World Wealth», nota de prensa, 5 de diciembre de 2006, <[www.wider.unu.edu](http://www.wider.unu.edu)>; Sarah Anderson y otros, *Executive Excess 2006: De/ense and Oil Execulives Cash in on Conflict*, 30 de agosto de 2006, pág. 1, <[www.faireconomy.org](http://www.faireconomy.org)>; Webb, «Class Struggle».

7. Raúl Garces, «Former Uruguayan Dictator Arrested», Associated Press, 17 de noviembre de 2006; «Argentine Judge Pavés Way for New Trial of Ex-Dictator Videla», Agence France-Presse, 5 de septiembre de 2006; «Former Argentine Leader Indicted for 2001 Bond Swap», MercoPress, 29 de septiembre de 2006, <[www.mercopress.com](http://www.mercopress.com)>.

8. «Former Latin American Leaders Facing Legal Troubles», *Miami Herald*, 18 de enero de 2007.

9. Andrew Osborn, «The A-Z of Oligarchs», *Independent* (Londres), 26 de mayo de 2006.

10. Paul Waldie, «Hollinger: Publisher or "Bank of Conrad Black"?,» *Globe and Mail* (Toronto), 7 de febrero de 2007; «Political Activist Grover Norquist», *National Public Radio Morning Edition*, 25 de mayo de 2001; Jonathan Weisman, «Powerful GOP Activist Sees íis Influence Slip Over Abramoff Dealings», *Washington Post*, 9 de julio de 2006.

11. George W. Bush, *The National Security Strategy of the United States*, septiembre de 2002, <[www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)>.

12. Jane Bussey, «Democrats Won Big by Opposing Free-Trade Agreements», *Miami Herald*, 20 de noviembre de 2006; Robin Toner y Janet Eider, «Most Support U.S. Guarantee of Health Care», *New York Times*, 2 de marzo de 2007.

13. Corporación Latinobarómetro, *Latinobarómetro Report 2006*, <[www.latino-barometro.org](http://www.latino-barometro.org)>.

14. Susan George y Erik Wesselius, «Why French and Dutch Citizens Are Saying NO», Transnational Institute, 21 de mayo de 2005, <[www.tni.org](http://www.tni.org)>.

15. Lou Dobbs, *CNN: Lou Dobbs Tonight*, 14 de abril de 2005; Lou Dobbs, *CNN: Lou Dobbs Tonight*, 23 de junio de 2006.

16. Martin Arnold, «Polish Plumber Symbolic of all French Fear about Constitution», *Financial Times* (Londres), 28 de mayo de 2005.

17. Andrew Curry, «The Case Against Poland's New President», *New Republic*, 17 de noviembre de 2005; Fred Halliday, «Warsaw's Populist Twins», *openDemocracy*, 1 de septiembre de 2006, <[www.opendemocracy.net](http://www.opendemocracy.net)>; Ian Traynor, «After Communism: Ambitious, Eccentric-Polish Twins Prescribe a Dose of Harsh Reality», *Guardian* (Londres), 1 de septiembre de 2006. Nota a pie de página: Ken Livingstone, «Facing Phobias», *Guardian* (Londres), 2 de marzo de 2007.

18. Perry Anderson, «Russia's Managed Democracy», *hondón Kevew o/Books*, **25 de enero de 2007**.

19. Vladimir Radyuhin, «Racial Tension on the Rise in Russia», *The Hindú*, 16 de septiembre de 2006; Amnistía Internacional, *Russian Federation: Violent Racism Out of Control*, 4 de mayo de 2006, <[www.amnesty.org](http://www.amnesty.org)>.

20. Helen Womack, «No Hiding Place for Scared Foreigners in Racist Russia», *Sydney Morning Herald*, 6 de mayo de 2006.

21. Henry A. Kissinger, *Memorandum to the President, Subject: NSC Meeting, 6 de noviembre-Chile*, 5 de noviembre de 1970, desclasificado, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

22. Jack Chang, «Fear of Privatization Gives Brazilian President a Lead in Runoff», Knight Ridder, 26 de octubre de 2006; Héctor Tobar, «Nicaragua Sees Red Over Blackouts», *Los Angeles Times*, 30 de octubre de 2006.

23. Nikolas Kozloff, «The Rise of Rafael Correa», *CounterPunch*, 26 de noviembre de 2007; Simón Romero, «Lehist Candidate in Ecuador Is Ahead in Vote, Exit Polis Show», *New York Times*, 27 de noviembre de 2006.

24. «Argentine President Marks Third Year in Office with Campaign-Style Rally», BBC Monitoring International Reports, 26 de mayo de 2006.

25. Dan Keane, «South American Leaders Dream of Integration, Continental Parliament», Associated Press, 9 de diciembre de 2006.

26. Duncan Campbell, «Argentina and Uruguay Shun US Military Academy», *Guardian* (Londres), 6 de abril de 2006; «Costa Rica Quits US Training at Ex-School of the Americas», Agence France-Press, 19 de mayo de 2007.

27. Roger Burbach, «Ecuador's Government Cautiously Takes Its First Steps», *NAC LA News*, 19 de febrero de 2007, <[www.nacla.org](http://www.nacla.org)>.

28. Chris Kraul, «Big Cooperative Push in Venezuela», *Los Angeles Times*, 21 de agosto de 2006.

29. Emir Sader, «Latin American Dossier: Free Trade in Reciprocity», *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2006.

30. George W. Bush, *The National Security Strategy of the United States of America*, marzo de 2006, pág. 30, <[www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)>; entrevista con Stanley Fischer realizada el 9 de mayo de 2001, para *Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, <[www.pbs.org](http://www.pbs.org)>.

31. Jorge Rueda, «Chavez Says Venezuela Will Pull out of the IMF, World Bank», Associated Press, 1 de mayo de 2007; Fiona Ortiz, «Argentina's Kirchner Says No New IMF Program», Reuters, 1 de marzo de 2007; Christopher Swann, Bloomberg News, «Hugo Chávez Exploits Oil Weakh to Push IMF Aside», *International Herald Tribune* (París), 1 de marzo de 2007.

32. Ibídem; «Ecuador Expels World Bank Representative», Agence France-Press, 27 de abril de 2007; Reuters, «Latin Leftists Mull Quitting

World Bank Arbitrator», *Washington Post*, 29 de abril de 2007; Eoin Callan y Krishna Guha, «Scandal Threatens World Bank's Role», *Financial Times* (Londres), 23 de abril de 2007.

33. Michael Wines, «Shantytown Dwellers in South África Protest the Sluggish Pace of Change», *New York Times*, 25 de diciembre de 2005; Brendan Smith y otros, «China's Emerging Labor Movement», *Commondreams.org*, 5 de octubre de 2006, <[www.commondreams.org](http://www.commondreams.org)>. Nota a pie de página: *Ibidem*.

34. Jean Baudrillard, *Power Inferno*, París, Galilée, 2002, pág. 83 (trad. cast.: *Power Inferno*, Madrid, Arena Libros, 2003).

35. CIA, Manual de Entrenamiento de Explotación de Recursos Humanos-1983, <[www.gwu.edu/~nsarchiv](http://www.gwu.edu/~nsarchiv)>.

36. Andrew England, «Siniora Flies to Paris as Lebanon Protests Called Off», *Financial Times* (Londres), 23 de enero de 2007; Kim Ghattas, «Pressure Builds for Lebanon Reform», *BBC News*, 22 de enero de 2007; Lysandra Ohrstrom, «Reconstruction Chief Says He's Stepping Down», *Daily Star* (Beirut), 24 de agosto de 2006.

37. Helene Cooper, «Aid Conference Raises \$7.6 Billion for Lebanese Government», *New York Times*, 26 de enero de 2007; Osama Habib, «Siniora Unveils Reform Plan Aimed at Impressing Paris III Donors», *Daily Star* (Beirut), 3 de enero de 2007; Osama Habib, «Plans for Telecom Sale Move Ahead», *Daily Star* (Beirut), 30 de septiembre de 2006.

38. Mohamad Bazzi, «People's Revolt in Lebanon», *The Nation*, 8 de enero de 2007; Trish Schuh, «On the Edge of Civil War: The Cedar Revolution Goes South», *CounterPunch*, 23 de enero de 2007, <[www.counterpunch.org](http://www.counterpunch.org)>.

39. Mary Hennock, «Lebanon's Economic Champion», *BBC News*, 14 de febrero de 2005; Randy Gragg, «Beirut», *Metrópolis*, noviembre de 1995, págs. 21, 26; «A Bombed-Out Beirut Is Being Born Again-Fitfully», *Architectural Record* vol. 188, n° 4, abril de 2000.

40. Bazzi, «People's Revolt in Lebanon», *op. cit.*

41. Ana Nogueira y Saseen Kawzally, «Lebanon Rebuilds (Again)», *Indypendent*, 31 de agosto de 2006, <[www.indypendent.org](http://www.indypendent.org)>; Kambiz Foroohar, «Hezbollah, with \$100 Bills, Struggles to Repair Lebanon Damage», *Bloomberg News*, 28 de septiembre de 2006; Omayma Abdel-Latif, «Rising From the Ashes», *Al-Ahram Weekly*, 31 de agosto de 2006.

42. David Frum, «Counterfeit News», *National Post* (Toronto), 26 de agosto de 2006.

43. «Spain's Aznar Rules Out Talks with Basque Group ETA», Associated Press, 11 de marzo de 2004.

44. Elaine Sciolino, «In Spain's Vote, a Shock from Democracy (and the Past)», *New York Times*, 21 de marzo de 2004.

45. Santisuda Ekachai, «This Land Is Our Land», *Bangkok Post*, 2 de marzo de 2005.

46. Tom Kerr, Asian Coalition for Housing Rights, «New Orleans Visits Asian Tsunami Areas— 9 a 17 de septiembre de 2006», <www.achr.net>.

47. *Ibidem*.

48. Kerr, «People's Leadership in Disaster Recovery: Rights, Resilience and Empowerment», *op. cit.*

49. Kerr, «New Orleans Visits Asian Tsunami Areas», *op. cit.*

50. Richard A. Webster, «N.O. Survivors Learn Lessons from Tsunami Rebuilders», *New Orleans Business*, 13 de noviembre 2006.

51. Residentes de las Viviendas de Protección Oficial, «Public Housing Residents Take Back Their Homes», nota de prensa, 11 de febrero de 2007, <www.peoplesorganizing.org>.

52. Cita de Joseph Recasner. Steve Ritea, «The Dream Team», *Times-Picayune* (Nueva Orleans), 1 de agosto de 2006.

---

## notes

\* Referencia al título *It Takes a village*, uno de los primeros títulos de la senadora Hillary Clinton, en donde argumenta que hace falta un pueblo y sus valores tradicionales para criar a un niño correctamente. (*N. de la T.*)

\* “Carnicería de la capital. Lo último en combate entre rejas”. (*N. de la T.*)

\* Término que combina *economics* (economía) y el nombre del presidente Ronald Reagan. Describir la política económica que éste llevó a cabo durante su mandato. (*N. de la T.*)

\* Aún hoy en día, en que las terapias de *electroshock* son mucho más seguras y estudiadas, y se preocupan de garantizar la comodidad y la tranquilidad de los pacientes, convirtiéndose así en una herramienta respetable y a menudo efectiva para el tratamiento de la psicosis, los efectos secundarios siguen incluyendo pérdidas temporales de memoria a corto plazo. Algunos pacientes indican que también han sufrido pérdidas de memoria a largo plazo.

\* Si Cameron no hubiera gozado de tanto poder en su campo, sus cintas de “implantación conductual” habrían sido tachadas de psicología barata. Tuvo la idea al ver un anuncio del fonófono, un fonógrafo que se colocaba en la mesilla de noche, con altavoces insertados en la

almohada, y que sostenía ser “ un método revolucionario para aprender idiomas durante el sueño”.

\* La versión de 1983 está claramente diseñada para dar una clase, pues cuenta con cuestionarios de preguntas y respuestas para autoevaluación. También contiene amigables recordatorios: “Recuerda siempre que debes empezar cada sesión con baterías nuevas”.

\* Presionada por los legisladores del Congreso y del Senado, así como por el Tribunal Supremo, la administración Bush se vio obligada a moderar ligeramente su postura cuando el Congreso aprobó la Ley de Comisiones Militares. En el año 2006. Pero aunque la Casa Blanca utilizó la nueva ley para argumentar que había abandonado la práctica de la tortura, en realidad existían numerosos vacíos legales que permitían a la CIA y otros agentes privados el uso de las técnicas *Kubark* de privación sensorial y sobrecarga mental, así como otras técnicas “creativas” que incluían la escenificación y simulación del ahogamiento del detenido (“*water-boarding*”). Antes de firmar la ley, Bush incluyó una “declaración de firmado” estableciendo su derecho a “interpretar el sentido y la aplicación de la Convención de Ginebra” según su criterio. *The New York Times* describió este documento como “la reescritura unilateral de más de doscientos años de tradición legislativa y Derecho”.

\* Water Heller, el famoso economista del gobierno de Kennedy, se burló en una ocasión de los seguidores de Friedman comparándolos con una secta y diciendo que se dividían en tres categorías: “Algunos son friedmanos, otros friedmanianos, otros friedmánicos y otros friedmaníacos”.

\*No todos los profesores estadounidenses enviados bajo este programa se sintieron cómodos en este papel. “Yo creía que la universidad no debía implicarse en lo que esencialmente estaba convirtiéndose en una rebelión contra el gobierno”, dijo Len Doyle, el profesor de Berkeley que dirigía el programa de formación en economía de Ford en Indonesia. Ese punto de vista hizo que enviaran a Doyle de vuelta a California y le reemplazasen por otra persona .

\*Curiosamente Arnold Harberger se convirtió en asesor del Ministerio de Finanzas de Suharto en 1975.

\*Allende fue descubierto con la cabeza descerrajada por un tiro. Continúa el debate sobre si fue alcanzado por una de las balas que se dispararon contra La Moneda o si se suicidó, prefiriendo morir a dejar en la memoria colectiva de los chilenos la imagen de su presidente electo rindiéndose ante un ejército insurrecto. La segunda teoría es más creíble.

\*Algunos economistas de la Escuela de Chicago afirman que el primer experimento con la terapia de *shock* se llevó a cabo en Alemania Occidental el 20 de junio de 1948. El ministro de Finanzas, Ludwig Erhard, eliminó la mayoría de los controles aplicados a los precios e introdujo una moneda nueva. Lo hizo rápidamente y sin previo aviso, lo que supuso un *shock* tremendo para la economía alemana, que llevó a una subida masiva del desempleo. Pero ahí es donde terminan las similitudes: las reformas de Erhard se limitaron a los precios y la política monetaria y no fueron acompañadas de recortes en los programas sociales ni por la rápida introducción del Libre mercado, y se tomaron muchas precauciones para proteger a los ciudadanos del *shock*. entre ellas el aumento de los salarios. Alemania Occidental, Incluso después del *shock*, se adecuaba con facilidad a la definición que. Friedman hacia de un Estado del bienestar casi socia-lista; ofrecía vivienda de protección oficial, pensiones, sanidad pública y un sistema educativo estatal, mientras que además el gobierno dirigía y subsidiaba casi todo, desde el teléfono a plantas productoras de aluminio. Concederle a Erhard el mérito de haber inventado la terapia de *shock* es una historia agradable, puesto que su experimento tuvo lugar dcspués de que Alemania Occidental fuera liberada de la tiranía. El *shock* de Erhard, sin embargo, no se parece en nada a las transformaciones radicales que hoy se entienden como terapia económica de *shock*: los pioneros de este método fueron Friedman v Pinochet, en un país que acababa de perder su libertad.

\*La Junta estaba tan ansiosa por subastar el país a los inversores que incluso anunció “un 10% de descuento en el precio de la tierra para construcción durante los próximos sesenta días”.

\*La Operación latinoamericana parece haberse basado en la “Noche y niebla” de Hitler. En 1941, Hitler decretó que los miembros de la resistencia que se capturaran en los países ocupados por los nazis fueran trasladados a Alemania para que “se desvanecieran en la noche y la niebla”. Muchos nazis de alto nivel se refugiaron en Chile y Argentina tras la Segunda Guerra Mundial, y algunos han especulado con la posibilidad de que entrenaran a los servicios de inteligencia del Cono Sur en esas tácticas.

\*La soberbia película de Costa-Gavras *Estado de sitio* (1972) se basa en estos hechos.

\*La administración de la prisión de Libertad trabajaba codo con codo con psicólogos conductistas para diseñar técnicas de tortura a medida del perfil psicológico de cada individuo, un método que hoy se aplica en la base de Guantánamo.

\*Una vara a través de la que se descargaba corriente eléctrica sobre la víctima. Su origen está en el instrumento usado en los mataderos para el sacrificio de reses *N. de la T.*

\*Los montoneros se formaron como respuesta a la anterior dictadura. El peronismo fue prohibido y Juan Perón, desde el exilio, pidió a sus jóvenes partidarios que tomaran las armas y lucharan por la vuelta de la democracia. Lo hicieron, y los montoneros -aunque tomaron parte en ataques armados y en secuestros- tuvieron un papel importante en conseguir que en 1973 hubiera elecciones democráticas con un candidato peronista. Pero cuando Perón regresó al poder vio una amenaza en el apoyo popular que concitaban los montoneros y animó a los escuadrones de la muerte de la derecha a que fueran a por ellos, por lo que el grupo -objeto de gran controversia ya estaba seriamente debilitado cuando se produjo el golpe de 1976.

\*Los códigos penales de muchos países, entre ellos Portugal, Perú y Costa Rica, prohíben los actos de genocidio y lo definen de forma que claramente incluye los ataques contra agrupaciones políticas o “sectores sociales”. La ley Francesa va incluso más allá y define el genocidio como un plan diseñado para destruir en todo o en parte “a un grupo definido por cualquier criterio arbitrario”.

\*Con ello, la electroterapia regresaba a su anterior encarnación como técnica de exorcismo. El primer uso registrado de la electrocución médica fue por un médico suizo que ejerció en el siglo XVIII. Ese médico creía que las enfermedades mentales las causaba el diablo, así que hacía que el paciente sujetara un cable al que daba potencia con una máquina de electricidad estática. Administraba una descarga de electricidad por cada demonio que habitaba en el cuerpo del paciente y luego lo declaraba curado.

\*La manifestación contemporánea de este proceso de destrucción de la personalidad se halla en la forma en que se utiliza el Islam como arma contra los prisioneros musulmanes en las prisiones dirigidas por Estados Unidos. De entre el alud de pruebas que se han filtrado de Abu Ghraib y de la Bahía de Guantánamo, dos formas concretas de maltrato a los prisioneros aparecen una y otra vez: el desnudo y la interferencia deliberada con las prácticas islámicas, sea obligando a los prisioneros a afeitarse la barba, dando patadas a un Corán, envolviendo a los prisioneros en banderas israelíes, forzándoles a adoptar posturas homosexuales o incluso tocando a los hombres con sangre de menstruación simulada. Moazzam Begg, que estuvo recluido en Guantánamo, dice que le obligaron a afeitarse con frecuencia y que un guardián le decía: “Esto es lo que de verdad os molesta a los musulmanes, ¿verdad?” Se profana el Islam no porque los guardianes lo odien (aunque bien puede ser así, sino porque los prisioneros lo aman. Puesto que el objetivo de la tortura es destruir la personalidad, todo lo que comprende la personalidad de un prisionero debe ser sistemáticamente robado: desde su ropa hasta sus creencias más queridas. En la década de 1970 eso llevaba a atacar la solidaridad social; hoy conduce a agredir al islam.

\*Al terminar la dictadura, las Madres se convirtieron en uno de los grupos más críticos con el nuevo orden económico en Argentina y hoy en día lo siguen siendo.



\*Incluso a pesar de estas precauciones, los defensores de los derechos humanos no estaban a salvo del terror. Las cárceles chilenas estaban llenas de abogados de los grupos de defensa de los derechos humanos. En Argentina la junta envió a uno de sus más infames torturadores para que se infiltrara entre las Madres fingiendo ser un pariente de una de las víctimas. En diciembre de 1977 el grupo sufrió un ataque. Doce madres desaparecieron para siempre, entre ellas la líder del grupo, Azucena de Vicenti, junto con dos monjas francesas.

\*En la década de 1950 la Fundación Ford actuó muchas veces como tapadera para la CIA, permitiendo a la agencia canalizar fondos a académicos y artistas antimarxistas que no sabían de donde procedía el dinero, un proceso documentado con detalle en *La CIA y la guerra fría cultural*, de Frances Stonor Saunders. Amnistía no recibió financiación de la Fundación Ford; así como tampoco la recibieron las defensoras más radicales de los derechos humanos en Latinoamérica, las Madres de la Plaza de Mayo.

\*Por este relato estoy en deuda con el excelente libro de Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror*.

\* Acabar con la hiperinflación no sirvió para que Alemania evitara la depresión ni, posteriormente, el fascismo, pero ésta es una contradicción que Sachs nunca ha abordado en su persistente empleo de dicha analogía.

\* Los bolivianos desconocieron durante dos décadas cómo se había diseñado el programa de terapia de *shock* que se les había aplicado. En agosto de 2005, veinte años después de la redacción del decreto original, la periodista boliviana Susan Velasco Portillo entrevistó a los miembros del equipo económico de emergencia y varios de ellos compartieron con ella información sobre aquella operación clandestina. La descripción que se incluye en este libro está basada fundamentalmente sobre los recuerdos allí vertidos.

\* Y puede que así fuese por aquel entonces, pero el siglo aún no había acabado: el experimento de la Escuela de Chicago en Rusia todavía estaba por venir.

\* Loser fue destituido tras el colapso argentino de 2001. La opinión generalizada por entonces era que, bajo la vigilancia de Loser el FMI se había entusiasmado tanto con las políticas favorables al libre mercado que había otorgado cuantiosos préstamos a diversos países únicamente a condición de que siguieran practicando recorres en el gasto público y privatizando sus economías, pero sin prestar atención a las otras deficiencias mayúsculas que padecían las economías afectadas, como el desempleo masivo y la corrupción endémica (por no hablar de la deuda insostenible que mantenían con el propio FMI).

\* En enero de 2006, mucho después de que Cavallo y Menem hubiesen dejado sus respectivos cargos, los argentinos se enteraron de una sorprendente noticia. Al parecer, el Plan Cavallo no había sido para nada idea del propio Cavallo ni del FMI: el programa de terapia de *shock* al que fue sometida Argentina a principios de los años noventa fue redactado íntegramente en secreto por J. P. Morgan y Citibank, dos de los principales acreedores privados del país. Con motivo de una demanda judicial contra el gobierno argentino, el renombrado historiador Alejandro Olmos Gaona descubrió un asombroso documento de 1.400 páginas elaborado por los dos bancos estadounidenses para Cavallo en el que «se detallan las políticas que el gobierno argentino aplicaría a partir de 1992 [...] [como, por ejemplo], la privatización de las empresas de servicios y suministros públicos, la reforma de la ley laboral, la privatización del sistema de pensiones. Todo aparece allí expuesto con gran minuciosidad. [...] Solemos creer que el plan económico aplicado a partir de 1992 fue obra de Cavallo, pero no fue así».

\* Uno de los eslóganes más populares de Solidaridad en 1980 rezaba así: «Socialismo. SI; tergiversaciones, NO» (aunque seguro que suena bastante mejor en polaco).

\* Aunque supusieron un gran avance, aquellas elecciones también estaban amañadas: el Partido Comunista tenía garantizados desde el principio el 65% de los escaños de la cámara baja del parlamento polaco, por lo que Solidaridad sólo pudo competir por los restantes. Aun así, la



victoria de Solidaridad fue tan aplastante que se hizo con el control efectivo del gobierno resultante.

\* El propio Michnik señalaría con acritud más tarde que «lo peor del comunismo es lo que viene después».

\* Aquella conferencia sirvió de base para el libro *El fin de la historia y el último hombre*, que Fukuyama publicaría tres años después.

\* Deng tuvo algunos destacados defensores. Tras la masacre, Henry Kissinger escribió un artículo de opinión en el que sostenía que el partido no había tenido otra opción. «Ningún gobierno del mundo habría tolerado que la plaza principal de su capital estuviese ocupada durante ocho semanas por decenas de miles de manifestantes. [...] De ahí que fuese inevitable la actuación enérgica del gobierno».

\* Según señala el antropólogo de la Universidad de Nueva York David Harvev no fue hasta después de lo acaecido en Tiananmen -coincidiendo, por ejemplo, con la famosa «gira por el sur» de China de Deng- «que el gobierno central puso toda su fuerza al servicio de la apertura del país al comercio y la inversión directa exteriores».

\* Suburbios urbanos segregados racialmente donde se confinaba a la población de color durante la era del apartheid en Sudáfrica. (*N. del T.*)

\* Milton Friedman bromeaba a menudo que, si por él fuera, los bancos centrales se fundamentarían tan exclusivamente sobre la «ciencia económica» que serían gestionados por ordenadores gigantescos, sin necesidad de intervención humana alguna.

\* Habían sido los Chicago Boys de Chile, como no podía ser de otro modo, los que habían iniciado este proceso de construcción de lo que ellos llamaban «nueva democracia» y que, en realidad, era un proceso de puesta a punto de un capitalismo a prueba de democracias. En Chile, antes de entregar el poder a un gobierno electo tras diecisiete años de dictadura militar, los de Chicago se dedicaron a amañar la constitución y el sistema judicial para que resultase prácticamente imposible (desde el punto de vista legal) dar la vuelta a sus revolucionarias leyes. Ése fue un proceso al que dieron nombres diversos: hubo quien habló de construir una «democracia tecnificada» o «protegida»; el joven ministro pinochetista José Piñera dijo que lo que se buscaba era garantizar que la economía estuviera «aislada de la política». Alvaro Bardón, subsecretario de Economía del gobierno de Pinochet, expuso la lógica clásica de la Escuela de Chicago: «Si admitimos que la economía es una ciencia, esto ha de implicar de inmediato una reducción del poder del gobierno o de la estructura política, ya que ésta carece de la responsabilidad requerida para tomar ese tipo de decisiones».

\* ¿Son más las personas a las que se les ha interrumpido el suministro de los nuevos servicios que las que han sido conectadas a ellos? Ésta es una cuestión sumamente controvertida en Sudáfrica. Hay, al menos, un estudio bastante creíble en el que se revela que el número de interrupciones de suministro supera al de conexiones nuevas: el gobierno afirma que ha conectado a nueve millones de personas a la red de aguas; en ese estudio, sin embargo, se calculaba que se habían producido diez millones de desconexiones del servicio.

\* Índice combinado y ponderado de todas las compañías dedicadas a la minería del oro que cotizan en la Bolsa de Johannesburgo. (*N. Del T.*)

\* En realidad, el programa económico oficial del ANC -con el que se había presentado a las elecciones- exigía «incrementar la presencia del sector público en ámbitos estratégicos por medio, por ejemplo, de la nacionalización». Y tampoco podemos olvidar el Freedom Charter, que continuaba siendo el programa político general del partido.

\* En realidad, esta carga heredada de la era del *apartheid* no sólo impulsa al alza la deuda total del país, sino que, simultáneamente, también pone miles de millones de rands del erario público fuera del alcance del Estado cada año. En 1989. se produjo un cambio contable de tipo «técnico» por el que el fondo de pensiones estatal pasó de ser un sistema «de reparto» (en el que las prestaciones se pagaban a partir de las aportaciones recibidas por el Estado durante un mismo

ejercicio fiscal) a otro «plenamente de reserva», en el que el fondo ha de disponer de suficiente capital como para sufragar, como mínimo, entre el 70 y el 80% de sus deudas totales en cualquier momento (aun cuando éste será un escenario al que nunca tendrá que enfrentarse). De resultados de esa modificación, el fondo se infló desde los 30.000 millones de rands que custodiaba en 1989 hasta los más de 300.000 millones que acumula en 2004 (un auténtico *shock* de la deuda en toda regla). Para los sudafricanos, esto significa que la enorme reserva de capital administrada de forma independiente por el fondo de pensiones ha de ser separada y apartada de cualquier otra partida de gasto, como las que puedan ir destinadas a la vivienda, a la sanidad o a los servicios básicos. El acuerdo sobre las pensiones fue negociado desde el ANC por Joe Slovo, el legendario líder del Partido Comunista Sudafricano, lo que sigue siendo aún hoy en día un motivo de gran resentimiento en contra de su figura en el país.

\* En uno de los ejemplos más asombrosos de tratamiento sensacionalista de una noticia, el *Washington Post* destacó que «unos 200 manifestantes acudieron en tropel al Ministerio de Defensa ruso, donde se encuentran los controles nucleares de la nación y donde sus principales generales se hallaban reunidos», tratando de plantear la absurda posibilidad de que la multitud de rusos que intentaban defender su democracia llegasen a iniciar una guerra atómica. «El ministerio cerró las puertas e impidió la entrada a la multitud sin que se produjera ningún incidente», informaba el *Post* a continuación.

\* Kagarlitsky, *Square Wheels*, *op. cit.*, pág. 212.

\* Los dos principales bancos vinculados a oligarcas fueron el Banco Menatep, de Mijail Jodorkovski, y el Uneximbank, de Vladimir Potanin.

\* Desafortunadamente, el dinero no fue a parar al pueblo ruso, la auténtica víctima del corrupto proceso de privatizaciones, sino al gobierno estadounidense (del mismo modo que quienes se han repartido el dinero procedente de los pagos a que han sido condenados diversos contratistas estadounidenses en Irak por procesos judiciales emprendidos contra ellos a partir de «denuncias internas» han sido el gobierno de Estados Unidos y el «denunciante», también estadounidense).

\* No es de extrañar que, dada la flagrante criminalidad de la clase gobernante rusa, estos acontecimientos estén envueltos en múltiples teorías de la conspiración. Muchos rusos creen que los chechenos no tuvieron nada que ver con las bombas en los bloques de pisos moscovitas y que los atentados fueron, en realidad, una operación encubierta diseñada para posicionar a Putin como heredero de Yeltsin.

\* Referencia al título original en inglés de la famosa novela de Aldous Huxley, *Un mundo feliz* (que, a su vez, esta tomado de un verso de *La tempestad*, de William Shakespeare), aunque el «breve» del *Bravo New World* original fue castellanizado como «bravo» en alusión a la nacionalidad argentina de los miembros de la camarilla. N. del T)

\* Como señaló John Cassidy en una reseña publicada en la revista *New Yorker* en 2005, «lo cierto es que, tanto en Polonia como en Rusia, Sachs priorizó la ingeniería social a gran escala sobre el cambio y la construcción institucional graduales. La desastrosa política privatizadora es un buen ejemplo de ello. Aunque la mayoría de las privatizaciones tuvieron lugar después de que Sachs hubiese abandonado Rusia, hacia el final de 1994, el marco original de la política se estableció en 1992 y 1993, cuando él aún estaba allí».

\* Debe señalarse que Truglia es una figura fuera de lo común en Wall Street, donde las calificaciones de los bonos de la deuda pública y del crédito nacional de los diversos países suelen estar influidas por presiones políticas y se utilizan para incrementar, a su vez, la presión ejercida sobre cada país para que se aprueben en él «reformas pro mercado».

\* Si bien Bruno no estudió en la Universidad de Chicago, sí que lo hizo con quien sería su mentor, el destacado chicaguense Don Patinkin, a quien ya se ha citado antes en este libro por haber comparado la economía de la Escuela de Chicago con la del marxismo por el «carácter total de la lógica» de ambas.

\* El FMI suele ser descrito como un títere del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, pero rara vez han sido tan visibles los hilos que lo mueven como lo fueron durante aquellas negociaciones. Para asegurarse de que los intereses de las empresas estadounidenses quedaban protegidos en los acuerdos finales, David Lipton, subsecretario de Asuntos Internacionales del Tesoro estadounidense (y antiguo colaborador y socio de Sachs en el programa de terapia de *shock* de Polonia) voló hasta Corea del Sur y se alojó en el Hilton de Seúl (el hotel donde se estaban desarrollando las negociaciones entre el FMI y el gobierno coreano). La presencia de Lipton fue, según Paul Blustein, del *Washington Post*, “una manifestación visible de la influencia que Estados Unidos ejerce sobre la política del FMI”.

\* Por algún motivo, ese informe tan sumamente crítico no fue publicado hasta 2003, cinco años después de la crisis. Entonces ya era un poco tarde para lanzar advertencias contra el oportunismo en situaciones de crisis: el FMI se hallaba ya inmerso en pleno ajuste estructural de Afganistán y en la elaboración de nuevos planes para Irak.

\* Tamiflu se ha convertido en objeto de polémica. Cada vez son más los casos de jóvenes que han tomado el medicamento y han informado de episodios de confusión, paranoia, delirios y pensamientos suicidas. Entre noviembre de 2005 y el mismo mes de 2006 se relacionaron 25 muertes con el Tamiflu. En Estados Unidos, el prospecto del medicamento alerta a los pacientes de un «aumento del riesgo de autolesiones y confusión» y les urge a «someterse a un control estricto para detectar posibles señales de conducta inusual».

\* Todos los grandes fabricantes de armas entraron en el negocio de la participación en el gobierno en esta época. Computer Sciences, que proporciona tecnología de la información al ejército (incluyendo documentos de identidad biométricos), logró un contrato de 644 millones de dólares (uno de los más suculentos de este tipo que se han firmado nunca) con el condado de San Diego para gestionar toda su tecnología de la información. El condado no quedó satisfecho con los resultados y no renovó el contrato, que pasó a manos de otro gigante de las armas, Northrop Grumman, fabricante del bombardero furtivo B-2.

\* La falta de competencia en la concesión de contratos es uno de los elementos característicos de la era Bush. Un análisis publicado por el *New York Times* en febrero de 2007 reveló que «menos de la mitad de todas las "acciones de contrato" -nuevos contratos y pagos frente a contratos previos- están sujetas a un concurso pleno y abierto. Sólo el 48% fueron competitivas en 2005, frente al 79% de 2001».

\* El asunto de los tanques se convirtió en el último escándalo de la historia reciente del Pentágono y acabó con un directivo del Departamento de Defensa y un ejecutivo de Boeing en la cárcel. El directivo estuvo negociando un puesto en Boeing mientras el trato estaba en marcha. En una investigación posterior, a Rumsfeld se le preguntó por qué no se había enterado de un asunto tan feo en su propio departamento. Su respuesta fue que no recordaba los detalles de su intervención en un contrato que se llevó entre 17.000 millones y 30.000 millones de dinero de los contribuyentes. «No recuerdo haberlo aprobado. Y tampoco recuerdo no haberlo aprobado». Rumsfeld recibió durísimas críticas por su mala gestión, pero su falta de memoria también podría deberse a la frecuencia con la que el secretario de Defensa ha tenido que inhibirse de conversaciones sobre compras con el fin de evitar conflictos con sus muchos negocios relacionados con la defensa.

\* La oleada de libre mercado pasó de largo en la región por varias razones. A los países más ricos -Kuwait, Arabia Saudí, los Emiratos- les iba tan bien con el petróleo que no tenían deudas y lograron mantenerse al margen del control del FMI (el 84% de la economía de Arabia Saudí, por ejemplo, está controlada por el Estado). Irak tenía una enorme deuda, acumulada durante la guerra con Irán, pero con el comienzo de la era de la globalización llegó a su fin la primera guerra del Golfo e Irak se vio atada debido a las estrictas sanciones: no sólo no habría «libre mercado», sino que desaparecería virtualmente todo tipo de comercio legal.

\*\* La idea de que no participar en el Consenso de Washington podía ser suficiente para provocar una invasión extranjera puede parecer descabellada, pero existía un precedente. Cuando la OTAN bombardeó Belgrado, en 1999, la razón oficial esgrimida fueron las horribles violaciones de los derechos humanos por parte de Slobodan Milosevic. Sin embargo, en una revelación de la que apenas se ha hablado, varios años después de la guerra de Kosovo, Strobe Talbott (subsecretario de Estado con Clinton y principal negociador de Estados Unidos durante la guerra) aportó una explicación mucho menos idealista. «Mientras las naciones de la región intentaban reformar sus economías, mitigar las tensiones étnicas y ampliar la sociedad civil, Belgrado parecía deleitarse en ir continuamente en la dirección opuesta. No es de extrañar que la OTAN y Yugoslavia terminasen enfrentadas. La resistencia de Yugoslavia a los términos más amplios de la reforma política y económica, no la difícil situación de los albanos-kosovares, es lo que mejor explica la guerra de la OTAN». La revelación apareció en un libro publicado en 2005, *Collision Course: NATO, Russia, and Kosovo*, de John Norris, antiguo director de comunicaciones de Talbott.

\* La guerra del Golfo, en 1991, fue la primera confrontación retransmitida por la CNN, pero dado que la idea de una cobertura de veinticuatro horas todavía estaba muy verde, los militares no la incorporaron plenamente en sus planes.

\* La razón oficial esgrimida para explicar la destrucción total del sistema telefónico de Bagdad fue la de impedir que Sadam se comunicase con sus comandos de élite. Sin embargo, después de la guerra, los interrogadores estadounidenses realizaron extensas «entrevistas» con prisioneros iraquíes importantes y descubrieron que Sadam llevaba varios años convencido de que los espías vigilaban sus llamadas de teléfono, y por eso sólo lo había utilizado en dos ocasiones en los trece años anteriores. Como siempre, no fue necesaria la inteligencia: Bechtel dispondría de suficiente dinero para construir un nuevo sistema.

\* Se trata de un giro que arroja nueva luz a la sobrecarga de los contribuyentes norteamericanos por parte de Halliburton y a la voluntad del Pentágono de no intervenir en ese asunto: tal vez el Departamento de Defensa vio la pérdida millonaria no como un robo, sino como una reducción, como parte de la campaña para acabar con el gobierno y reforzar la economía.

\*\* Cuando Agresto fracasó estrepitosamente en su tarea de reconstruir el sistema universitario iraquí y abandonó el país sin haber cumplido su cometido, revisó su antiguo entusiasmo hacia los saqueos y se describió como un «neoconservador que se ha visto asaltado por la realidad». Éste y otros detalles proceden de la lúcida descripción que Rajiv Chandrasekaran nos ofrece de la Zona Verde en *Imperial Life in the Emerald City*.

\* Muchos de los protagonistas de la invasión y la ocupación de Irak eran veteranos del equipo original de Washington que exigió la aplicación de la terapia de *shock* en Rusia. Dick Cheney era secretario de Defensa cuando George Bush padre desarrolló su política para la Rusia postsoviética; Paul Wolfowitz era secretario de Cheney, y Condoleezza Rice ocupaba el cargo de asesora de Bush sobre la transición en Rusia. Todos estos protagonistas, y muchos de los secundarios, recordaban la experiencia de Rusia en los años noventa (a pesar de los pésimos resultados para la gente de la calle) como el modelo que Irak debía imitar en su transición.

\* Alrededor de 8.800 millones de dólares de ese dinero se conocen como «los millones perdidos de Irak» porque desaparecieron en 2004, casi sin dejar rastro, en ministerios iraquíes controlados por Estados Unidos. Bremer defendió esta negligencia ante un comité del congreso estadounidense en febrero de 2007: «Nuestra prioridad era poner en marcha la economía de nuevo. El primer paso consistió en poner dinero en manos del pueblo iraquí con la mayor rapidez posible». Cuando el comité preguntó al asesor económico de Bremer, el almirante en la reserva

David Oliver, sobre los millones perdidos, éste respondió: «Sí, lo entiendo. Estoy diciendo: ¿qué más da?».

\* Ahmed al-Rahim, un estadounidense-iraquí que trabajó con Creative Associates, explicó que «la idea inicial era que redactásemos un currículum y lo llevásemos a Irak». Los iraquíes protestaron y afirmaron que «algo creado en Estados Unidos no era aceptable, y se descartó».

\*\* De hecho, el RTI fue expulsado del país después de impedir que partidos islámicos locales tomaran el poder democráticamente en varias ciudades.

\* Ésta fue una de las razones por las que la desbaaztificación» provocó tanta ira: mientras los soldados rasos perdieron sus puestos de trabajo, junto con los maestros y médicos, a los que se les exigió que se uniesen al partido para avanzar profesionalmente, los oficiales baaztistas de alto nivel, muy conocidos por sus abusos contra los derechos humanos, fueron reclutados para imponer el orden en las ciudades y los pueblos.

\* El inconveniente era que los contratistas trabajan sin apenas supervisión. Cuando concluyó la propia investigación del ejército estadounidense sobre el escándalo de Abu Ghraib, los oficiales del gobierno encargados de supervisar a los interrogadores no estaban en Irak (y, por supuesto, tampoco en Abu Ghraib), lo que hizo «muy difícil, si no imposible, administrar un contrato de manera afectiva». El general George Fay, autor del informe, llegó a la conclusión de que «los interrogadores, analistas y líderes» del gobierno «no estaban preparados para la llegada de interrogadores contratados y no tenían formación para gestionar, controlar y disciplinar a ese nuevo personal. [...] Parece que no se realizó un ejercicio creíble de supervisión del cumplimiento del contrato en Abu Ghraib».

\* Lockheed Martin ha dado un paso más allá en esta dirección. A principios de 2007 comenzó a «comprar empresas del multimillonario mercado de la sanidad», según *Financial Times*. Además, adquirió en el acto el gigante de la ingeniería Pacific Architects and Engineers. La oleada de adquisiciones dio pie a una nueva era de insana integración vertical en el complejo del capitalismo del desastre: en conflictos futuros, Lockheed estará en situación de beneficiarse no sólo de la fabricación de lo que ellos mismos destruyan y de los cuidados de las personas a las que hieran con sus armas.

\* *Plutonomy* es un término inventado por algunos analistas de Citigroup. La tesis central gira, al contrario de lo que suele pensarse, en torno a la actitud ahorradora de la gente y cuestiona lo que enseña la macroeconomía y las economías desarrolladas. Estos analistas demuestran que hoy, en las más desigualitarias economías desarrolladas, las «plutonomías», los ricos ahorran menos que los pobres y las clases medias. (*N. de la T.*)

\* Fernando dirige el Movimiento para la Reforma de la Tierra y la Agricultura (MONLAR), una coalición de ONG de Sri Lanka que inició un llamamiento en favor de «un proceso de reconstrucción por parte de la gente» poco después del desastre.

\* Las escuelas chárter son aquellas que firman un contrato con el Estado o con el distrito, por el cual obtienen dispensas con respecto a ciertas normas escolares generales y fondos del gobierno para poder cumplir los objetivos establecidos en dicho contrato. (*N. de la T.*)

\* No existen estudios de gran alcance acerca de las condiciones laborales en Nueva Orleans, pero el Advancement Project, un grupo de base de apoyo en Nueva Orleans, estima que el 60% de los trabajadores inmigrantes en Nueva Orleans no han cobrado parte de su trabajo.

\* Este prejuicio no es exclusivo de Polonia. En marzo de 2007 el alcalde de Londres, Ken Livingstone, avisó de que «sopla en Europa oriental un peligroso viento de reacción contra los derechos de gays y lesbianas».

\* «¡Cuatro millones de trabajadores!», exclamó un grupo de escritores sindicalistas. «En Estados Unidos celebramos el nacimiento de un nuevo movimiento social global cuando 60.000 personas acudieron a la "Batalla de Seattle" en 1999.»